J. STALIN

CUESTIONES DEL LENINISMO

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

И. Сталин

J. STALIN

CUESTIONES DEL LENINISMO

EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS
MOSCU 1946

En esta tercera edición se ha revisado cuidadosamente la traducción española de «Cuestiones del leninismo» hecha de acuerdo con la última (undécima) edición rusa, pulicada por la Editorial del Estado de Literatura Política.

Ediciones en Lenguas Extranjeras

Printed in the Union of Soviet Socialist Republics

NOTA DEL EDITOR

La presente edición, undécima, de «Cuestiones del leninismo» se diferencia de la anterior por llevar incluídos nuevos trabajos que tienen una significación más o menos actual.

1) «Discurso pronunciado en el Palacio del Kremlin, ante la promoción de mandos salidos de las Academias del Ejército Rojo» (4 de mayo de 1935).

2) «Discurso pronunciado en la primera Conferencia de stajanovistas» (17 de noviembre de 1935).

3) «Sobre el proyecto de Constitución de la U.R.S.S.» (informe ante el VIII Congreso extraordinario de los Soviets, pronunciado el 25 de noviembre de 1936).

4) «Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico» (trabajo escrito por el camarada Stalin para el «Compendio de Historia del P.C.(b) de la U.R.S.S.» en septiembre de 1938).

5) «Informe ante el XVIII Congreso del Partido sobre la labor del Comité Central del P.C.(b) de la U.R.S.S.» (10 de marzo de 1939).

A fin de conservar el mismo volumen del libro, hemos omitido en la presente edición de «Cuestiones del leninismo» los trabajos siguientes: «Entrevista con la primera delegación de obreros norteamericanos», «Informe ante el XVI Congreso del Partido sobre la labor del P.C.(b) de la U.R.S.S.» y «Entrevista con el escritor inglés H. J. Wells», publicados en la décima edición de esta obra.

Las modificaciones mencionadas han sido hechas con la aprobación del autor.

Editorial del Estado de Literatura Política.

CUESTIONES DEL LENINISMO

SOBRE LOS FUNDAMENTOS DEL LENINISMO

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS EN LA UNIVERSIDAD SVERDLOV A COMIENZOS DE ABRIL DE 1924

Dedico estas páginas
a la promoción leninista.

J. STALIN

Los fundamentos del leninismo: el tema es vasto. Para agotarlo, haría falta todo un libro entero. Más aún, haría falta toda una serie de libros. Por esto, naturalmente, mis conferencias no pueden ser consideradas como una exposición completa del leninismo. Podrán ser tan sólo, en el mejor de los casos, un resumen sucinto de los fundamentos del leninismo. No obstante, estimo útil hacer este resumen, con el fin de ofrecer algunos puntos fundamentales de partida, necesarios para estudiar con fruto el leninismo.

Exponer los fundamentos del leninismo no significa aún exponer los fundamentos de la concepción del mundo de Lenin. La concepción del mundo de Lenin y los fundamentos del leninismo no son, en cuanto a volumen, una sola y misma cosa. Lenin es marxista y la base de su concepción del mundo es, naturalmente, el marxismo. Pero de esto no se deduce, en modo alguno, que la exposición del leninismo deba comenzar por la de los fundamentos del marxismo. Exponer el leninismo es exponer lo que hay de peculiar y de nuevo en las obras de Lenin, lo aportado por Lenin al tesoro general del marxismo y lo que va naturalmente unido a su nombre. Sólo en este sentido hablaré, en mis conferencias, de los fundamentos del leninismo.

¿Qué es, pues, el leninismo?

Unos dicen que el leninismo es la aplicación del marxismo a las condiciones peculiares de la situación rusa. Esta definición contiene una parte de verdad, pero dista mucho de encerrar toda la verdad. Es cierto que Lenin aplicó el marxismo a la realidad de Rusia, y lo aplicó de un modo magistral. Pero si el leninismo no fuese más que la aplicación del marxismo a la situación peculiar de Rusia, el leninismo sería un fenómeno pura y exclusivamente nacional, pura y exclusivamente ruso. Y sin embargo, sabemos que el leninismo es un fenómeno internacional, que radica en todo el desarrollo internacional, y no un fenómeno exclusivamente ruso. He aquí por qué yo entiendo que esta definición peca de unilateral.

Otros dicen que el leninismo es la resurrección de los elementos revolucionarios del marxismo de la década del 40 del siglo XIX, a diferencia del marxismo de años posteriores, que, según ellos, se moderó y dejó de ser revolucionario. Si prescindimos de esta división absurda y vulgar de la doctrina de Marx en dos partes, una revolucionaria y otra moderada, hay que reconocer que, incluso en esta definición, completamente defectuosa e insatisfactoria, se contiene una parte de verdad. Esta parte de verdad consiste en que Lenin resucitó realmente el contenido revolucionario del marxismo, enterrado por los oportunistas de la Segunda Internacional. Pero esto no es más que una parte de verdad. La verdad entera sobre el leninismo consiste en que no sólo resucitó el marxismo, sino que dió un paso más hacia adelante, prosiguiendo el desarrollo del marxismo bajo las nueavas condiciones del capitalismo y de la lucha de clases del proletariado.

¿Qué es, pues, en fin de cuentas, el leninismo?

El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. O más exactamente: el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general, la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular. Marx y Engels actuaron en el período prerrevolucionario (nos referimos a la revolución proletaria), en que aún no existía un imperialismo desarrollado, en un período de preparación de los proletarios para la revolución, en un período en que la revolución proletaria no era aún directa y prácticamente inevitable. En cambio, Lenin, discípulo de Marx y Engels, actuó en el período del imperialismo desarrollado, en el período en que se despliega la revolución proletaria, cuando la revolución proletaria ha triunfado ya en un país, ha destruído la democracia burguesa y ha inaugurado la era de la democracia proletaria, la era de los Soviets.

He aquí por qué el leninismo es un nuevo desarrollo del marxismo.

Suele señalarse por lo general el carácter extraordinariamente combativo y extraordinariamente revolucionario del leninismo. Esto es en absoluto exacto. Pero esta particularidad del leninismo se explica por dos causas: primera, porque el leninismo brotó de la revolución proletaria, cuyo sello no puede por menos de ostentar; segunda, porque creció y se fortaleció en las batallas contra el oportunismo de la Segunda Internacional, la lucha contra la cual ha sido y sigue siendo la premisa necesaria para luchar con éxito contra el capitalismo. No hay que olvidar que entre Marx y Engels, de una parte, y Lenin, de otra, media todo un período de dominio absoluto del oportunismo de la Segunda Internacional, la lucha implacable contra el cual no podía por menos de ser una de las tareas más importantes del leninismo.

I

LAS RAICES HISTORICAS DEL LENINISMO

El leninismo creció y se formó bajo las condiciones del imperialismo, cuando las contradicciones del capitalismo llegaron a su grado extremo, cuando la revolución proletaria se convirtió en una cuestión práctica inmediata, cuando el antiguo período de preparación de la clase obrera para la revolución llegó al tope y se transformó en un nuevo período de asalto directo contra el capitalismo.

Lenin calificaba el imperialismo de «capitalismo agonizante». ¿Por qué? Porque el imperialismo lleva las contradicciones del capitalismo a su último límite, al límite extremo, detrás del cual empieza la revolución. Entre estas contradicciones, hay tres que deben ser consideradas como las más importantes.

La primera contradicción es la contradicción entre el trabajo y el capital. El imperialismo es la omnipotencia de los trusts y de los consorcios monopolistas, de los bancos y de la oligarquía financiera en los países industriales. Para luchar contra esta omnipotencia, resultaban completamente insuficientes los métodos habituales de la clase obrera: los sindicatos y las cooperativas, los partidos parlamentarios y la lucha parlamentaria. O te entregas a merced del capital, vegetas a la antigua, hundiéndote cada vez más, o echas mano de un arma nueva: así plantea la cuestión el imperialismo a las masas de millones de proletarios. El imperialismo lleva a la clase obrera a la revolución.

La segunda contradicción es la contradicción entre los distintos grupos financieros y potencias imperialistas en su lucha por las fuentes de materias primas, por los territorios ajenos. El imperialismo es la exportación de capital hacia las fuentes de materias primas, la lucha furiosa por la posesión monopolista de estas fuentes, la lucha por un nuevo reparto del mundo ya repartido, lucha mantenida de un modo especialmente encarnizado por los nuevos grupos financieros y por las nuevas potencias que buscan un «puesto bajo el sol», contra los viejos grupos y potencias, tenazmente aferrados a sus conquistas. Esta lucha furiosa entre los distintos grupos capitalistas es notable en el sentido de que entraña como elemento inevitable las guerras imperialistas, las guerras por la conquista de territorios ajenos. Y, a su vez, esta circunstancia es también notable porque conduce al mutuo debilitamiento de los imperialistas, al debilitamiento de las posiciones del capitalismo en general, al acercamiento del momento de la revolución proletaria, a la necesidad práctica de esta revolución.

La tercera contradicción es la contradicción entre un puñado de naciones «civilizadas» dominadoras y los centenares de millones de hombres de los pueblos coloniales y dependientes en el mundo. El imperialismo es la explotación más descarada y la opresión más inhumana de los

centenares de millones de habitantes de las inmensas colonias y países dependientes. El objetivo de esta explotación y de esta opresión es la obtención de superganancias. Pero, al explotar esos países, el imperialismo se ve obligado a construir en ellos ferrocarriles, fábricas y talleres, centros industriales y comerciales. La aparición de la clase de los proletarios, la formación de una intelectualidad del país, el despertar de la conciencia nacional, el incremento del movimiento de liberación, son otros tantos resultados inevitables de esta «política». El incremento del movimiento revolucionario en todas las colonias y en todos los países dependientes sin excepción, atestigua esto de un modo palmario. Esta circunstancia es importante para el proletariado en el sentido de que mina en sus raíces las posiciones del capitalismo, convirtiendo a las colonias y a los países dependientes, de reservas del imperialismo en reservas de la revolución proletaria.

Tales son, en general, las contradicciones principales del imperialismo, que han convertido el antiguo capitalismo «floreciente» en un capitalismo agonizante.

La importancia de la guerra imperialista desencadenada hace diez años estriba, entre otras cosas, en que reunió en un haz todas estas contradicciones y las arrojó sobre la balanza, acelerando y facilitando con ello las batallas revolucionarias del proletariado.

Dicho en otros términos: el imperialismo ha hecho no sólo que la revolución sea prácticamente inevitable, sino que se hayan creado las condiciones favorables para el asalto directo a la fortaleza del capitalismo.

Tal es la situación internacional que ha engendrado al leninismo.

Todo esto está bien, se nos dirá; pero ¿qué tiene que ver con esto Rusia, que no era ni podía ser el país clásico del imperialismo? ¿Qué tiene que ver con esto Lenin, que actuó ante todo en Rusia y para Rusia? ¿Por qué fué precisamente Rusia el hogar del leninismo, la cuna de la teoría y de la táctica de la revolución proletaria?

Porque Rusia era el punto de convergencia de todas estas contradicciones del imperialismo.

Porque Rusia estaba preñada de revolución más que ningún otro país del mundo, lo que hacía que sólo ella se hallase en condiciones de resolver estas contradicciones por vía revolucionaria.

Empezando por que la Rusia zarista era el foco de todo género de opresión—capitalista, colonial y militar—, en su forma más inhumana y más bárbara. ¿Quién ignora que en Rusia la omnipotencia del capital se fundía con el despotismo zarista, la agresividad del nacionalismo ruso con la conducta de verdugo que el zarismo mantuvo para con los pueblos no rusos, la explotación de regiones enteras—de Turquía, de Persia, de China—con la anexión de estas regiones por el zarismo, con las guerras anexionistas? Lenin tenía razón cuando decía que el zarismo era el «imperialismo militar-feudal». El zarismo era la condensación de los aspectos más negativos del imperialismo, elevados al cuadrado.

La Rusia zarista era, además, la reserva más importante del imperialismo occidental, no sólo en el sentido de que daba libre acceso al capital extranjero, que tenía en sus manos ramas tan decisivas de la economía nacional rusa como los combustibles y la metalurgia, sino también en el sentido de que podía poner a disposición de los imperialistas occidentales millones de soldados. Basta recordar el ejército ruso de doce millones de hombres, que derramaban su sangre en los frentes imperialistas para asegurar las ganancias fabulosas de los capitalistas anglofranceses.

Además, el zarismo era no sólo el perro de presa del imperialismo en el Oriente de Europa, sino también el agente del imperialismo occidental para arrancar a la población centenares de millones, por los intereses de los empréstitos que al zarismo le facilitaban en París y en Londres, en Berlín y en Bruselas.

Finalmente, el zarismo era el aliado más fiel del imperialismo occidental para el reparto de Turquía, de Persia, de China, etc. ¿Quién ignora que el zarismo intervino en la guerra imperialista aliado a los imperialistas de la Entente y que Rusia era un elemento esencial en esta guerra?

He aquí por qué los intereses del zarismo y del imperialismo occidental se entretejían, fundiéndose, en fin de cuentas, en el ovillo único de los intereses del imperialismo. ¿Acaso podía el imperialismo de Occidente resignarse a la pérdida de un puntal tan poderoso en Oriente y de una reserva tan rica en fuerzas y en recursos como era la vieja Rusia zarista y burguesa, sin poner a prueba todas sus fuerzas para sostener una lucha a muerte contra la revolución en Rusia, a fin de defender y conservar el zarismo? ¡Naturalmente que no!

Pero de aquí se desprende que quien quisiera asestar un golpe al zarismo levantaba inevitablemente el brazo contra el imperialismo, que quien se sublevase contra el zarismo tenía que sublevarse también contra el imperialismo, pues al derribar el zarismo, si pensaba en serio no sólo en destruirlo, sino en acabar con él sin dejar restos, tenía que derribar también el imperialismo. La revolución contra el zarismo se aproximaba de este modo a la revolución contra el imperialismo, a la revolución proletaria, y tenía necesariamente que transformarse en ella.

Entretanto, estallaba en Rusia la más grande de las revoluciones populares, a cuyo frente se hallaba el proletariado más revolucionario del mundo, un proletariado que disponía de un aliado tan importante como los campesinos revolucionarios de Rusia. ¿Hace falta acaso demostrar que una revolución así no podía quedarse a mitad del camino, que, en caso de triunfar, tenía que seguir su marcha, levantando la bandera de la insurrección contra el imperialismo?

He aquí por qué Rusia tenía que convertirse en el punto de convergencia de las contradicciones del imperialismo, no sólo en el sentido de que, en Rusia precisamente, estas contradicciones se ponían de manifiesto

con una mayor facilidad a causa de su carácter especialmente monstruoso e intolerable, y no sólo porque Rusia era el puntal más importante del imperialismo occidental, el puntal que unía al capital financiero de Occidente con las colonias de Oriente, sino también porque solamente en Rusia existía una fuerza real capaz de resolver las contradicciones imperialistas por vía revolucionaria.

Pero de esto se desprende que la revolución en Rusia no podía dejar de ser proletaria, no podía dejar de revestir, desde los primeros momentos de su desarrollo, un carácter internacional, y no podía, por tanto, dejar de sacudir los cimientos mismos del imperialismo mundial.

¿Acaso los comunistas rusos podían, ante semejante estado de cosas, limitarse en su labor al marco estrechamente nacional de la revolución rusa? ¡Naturalmente que no! Por el contrario, toda la situación, tanto la interior (profunda crisis revolucionaria), como la exterior (la guerra), los empujaba a salirse en su labor de ese marco, a llevar la lucha a la palestra internacional, a poner al desnudo las llagas del imperialismo, a demostrar el carácter inevitable de la bancarrota del capitalismo, a destrozar el socialchovinismo y el socialpacifismo y, por último, a derribar el capitalismo dentro de su país y a forjar para el proletariado un arma nueva de lucha: la teoría y la táctica de la revolución proletaria, con el fin de facilitar a los proletarios de todos los países la labor de derrocar el capitalismo. Los comunistas rusos no podían obrar de otro modo, pues sólo por este camino se podía contar con que se produjesen en la situación internacional ciertos cambios, capaces de garantizar a Rusia contra la restauración del régimen burgués.

He aquí por qué Rusia se convirtió en el hogar del leninismo, y el jefe de los comunistas rusos, Lenin, en su creador.

Con Rusia y con Lenin «aconteció» en este punto aproximadamente lo mismo que había acontecido con Alemania y con Marx y Engels en la década del 40 del siglo pasado. Alemania llevaba en su entraña, como la Rusia de comienzos del siglo XX, la revolución burguesa. Por entonces, Marx escribió en el «Manifiesto Comunista»:

«Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque este país se halla en vísperas de una revolución burguesa, y porque llevará a cabo esta revolución bajo las condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, y porque, por lo tanto, la revolución burguesa alemana no puede ser más que un preludio inmediato de la revolución proletaria».

Dicho en otros términos: el centro del movimiento revolucionario se desplazaba a Alemania.

¿Puede dudarse acaso de que esta circunstancia que Marx apuntaba en el pasaje citado fué precisamente la causa probable de que Alemania fuese la cuna del socialismo científico y los jefes del proletariado alemán, Marx y Engels, sus creadores?

Pues lo mismo hay que decir, sólo que en mayor grado todavía, de la Rusia de comienzos del siglo XX. En este período, Rusia se hallaba en vísperas de la revolución burguesa y había de llevar a cabo esta revolución en las condiciones más progresivas de Europa, y con un proletariado más desarrollado que en Alemania (y ni que decir tiene que en Inglaterra y en Francia), cuando todo indicaba que esta revolución debía servir de fermento y de prólogo a la revolución proletaria. No puede ser considerado como casual el hecho de que ya en 1902, cuando la revolución rusa estaba todavía en sus comienzos, Lenin escribiese en su folleto «¿Qué hacer?» estas palabras proféticas:

«La historia plantea hoy ante nosotros [es decir, ante los marxistas rusos. *J. St.*] una tarea inmediata, que es la *más revolucionaria* de todas las tareas *inmediatas* del proletariado de ningún otro país. La realización de esta tarea, el hundimiento del más poderoso baluarte no ya de la reacción europea, sino también de la reacción asiática, convertiría al proletariado ruso en la vanguardia del proletariado revolucionario internacional» (*Lenin*, t. IV, pág. 382).

Dicho en otros términos: el centro del movimiento revolucionario debía desplazarse a Rusia.

Sabido es que el desarrollo de la revolución en Rusia ha justificado con creces esta predicción de Lenin.

Y, siendo así, ¿tiene algo de asombroso que el país que ha llevado a cabo semejante revolución y que cuenta con semejante proletariado haya sido la cuna de la teoría y la táctica de la revolución proletaria?

¿Tiene algo de asombroso que el jefe de ese proletariado, Lenin, haya sido, a la par, el creador de esta teoría y de esta táctica y el jefe del proletariado internacional?

II

EL METODO

He dicho más arriba que entre Marx y Engels, de un lado, y Lenin, de otro, media todo un período de predominio del oportunismo de la Segunda Internacional. En gracia a la exactitud, debo añadir que se trata aquí, no de un predominio formal del oportunismo, sino solamente de su predominio efectivo. Formalmente, al frente de la Segunda Internacional estaban los marxistas «fieles», los «ortodoxos»: Kautsky y otros. Sin embargo, en realidad, la labor fundamental de la Segunda Internacional seguía la línea del oportunismo. Los oportunistas, por su mismo espíritu de adaptación y su naturaleza pequeñoburguesa, se adaptaban a la burguesía; a su vez, los «ortodoxos» se adaptaban a los oportunistas, en gracia al «mantenimiento de la unidad» con ellos, en gracia a la «paz dentro del partido». Resultado de esto era el predominio del

oportunismo, pues entre la política de la burguesía y la de los «ortodoxos» se forjaba una cadena cerrada.

Fué éste un período de desarrollo relativamente pacífico del capitalismo, el período de anteguerra, por decirlo así, en que las contradicciones catastróficas del imperialismo no se revelaban aún con plena evidencia, en que las huelgas económicas de los obreros y los sindicatos se desenvolvían más o menos «normalmente», en que se obtenían triunfos «vertiginosos» en la lucha electoral y en la actuación de las fracciones parlamentarias, en que las formas legales de lucha se ponían por las nubes y se creía «matar» al capitalismo con la legalidad; en una palabra, un período en el que los partidos de la Segunda Internacional se enmohecían y no se quería pensar seriamente en la revolución, en la dictadura del proletariado, en la educación revolucionaria de las masas.

En vez de una teoría revolucionaria completa, tesis teóricas contradictorias y fragmentos de teorías, apartados de la lucha revolucionaria viva de las masas y convertidos en dogmas caducos. Para guardar las apariencias, naturalmente, se recordaba la teoría de Marx, pero era con el fin de despojarla de su espíritu revolucionario vivo.

En vez de una política revolucionaria, un filisteísmo flácido y una politiquería de temperancia; diplomacia parlamentaria y combinaciones parlamentarias. Para guardar las apariencias, naturalmente, se adoptaban acuerdos y consignas «revolucionarios», pero con el único fin de archivarlos.

En vez de educar al partido y de enseñarle una táctica revolucionaria acertada a base de sus propios errores, se esquivaban cuidadosamente los problemas espinosos, se los disimulaba y se los encubría. Para guardar las apariencias, naturalmente no se negaban a hablar a veces de estos problemas espinosos, pero era con el fin de terminar el asunto con una resolución «elástica» cualquiera.

He aquí cuáles eran la fisonomía de la Segunda Internacional, su método de trabajo, sus armas.

Entretanto, se acercaba un nuevo período de guerras imperialistas y de luchas revolucionarias del proletariado. Los antiguos métodos de lucha resultaban, evidentemente, insuficientes e ineficaces ante la omnipotencia del capital financiero.

Era necesario revisar toda la labor de la Segunda Internacional, todos sus métodos de trabajo, eliminando el filisteísmo, la estrechez mental, la politiquería, la traición, el socialchovinismo y el socialpacifismo. Era necesario revisar todo el arsenal de la Segunda Internacional, extirpar todo lo herrumbroso y caduco, forjar nuevos tipos de armas. Sin esta labor previa, no había que pensar en lanzarse a la guerra contra el capitalismo. Sin esto, el proletariado corría el riesgo de encontrarse mal armado o incluso totalmente desarmado frente a las nuevas batallas revolucionarias.

Correspondió al leninismo el honor de llevar a cabo esta revisión

general y esta limpieza general de los establos de Augias de la Segunda Internacional.

Tales fueron las circunstancias en que nació y se forjó el método del leninismo.

¿En qué estriban las exigencias de este método?

Primero: en la *revisión* de los dogmas teóricos de la Segunda Internacional bajo el fuego de la lucha revolucionaria de las masas, bajo el fuego de la práctica viva; es decir, en restablecer la unidad rota entre la teoría y la práctica, en liquidar el divorcio existente entre ellas, pues sólo así se puede crear un partido verdaderamente proletario, pertrechado con una teoría revolucionaria.

Segundo: en la *revisión* de la política de los partidos de la Segunda Internacional, no atendiendo a sus consignas y a sus resoluciones (a las que no se puede dar ningún crédito), sino a sus hechos, a sus actos, pues sólo así se puede conquistar y merecer la confianza de las masas proletarias.

Tercero: en la *reorganización* de toda la labor del Partido sobre una base revolucionaria nueva, en el sentido de educar y preparar a las masas para la lucha revolucionaria, pues sólo así se puede preparar a las masas para la revolución proletaria.

Cuarto: en la *autocrítica* de los partidos proletarios, en su instrucción y educación sobre la base de sus propios errores, pues sólo así se pueden formar los verdaderos cuadros y los verdaderos dirigentes del Partido.

Tales son los fundamentos y la esencia del método del leninismo.

¿Cómo se ha aplicado este método en la práctica?

Los oportunistas de la Segunda Internacional profesan una serie de dogmas teóricos, alrededor de los cuales danzan eternamente. He aquí algunos de ellos:

Primer dogma: sobre las condiciones de la toma del Poder por el proletariado. Los oportunistas afirman que el proletariado no puede ni debe tomar el Poder si no constituye la mayoría dentro del país. No se aduce ninguna prueba, pues no es posible justificar, ni teórica ni prácticamente, esta absurda tesis. Admitamos que sea así, contesta Lenin a los señores de la Segunda Internacional. Pero, si se produce una situación histórica (guerra, crisis agraria, etc.), en la cual el proletariado, formando la minoría de la población, tiene la posibilidad de agrupar en torno suyo a la inmensa mayoría de las masas trabajadoras, ¿por qué no ha de tomar el Poder? ¿Por qué el proletariado no ha de aprovechar una situación internacional e interior favorable para romper el frente del capital y acelerar el desenlace general? ¿Acas no dijo ya Marx, en la década del 50 del siglo pasado, que la revolucion proletaria en Alemania podría marchar «magníficamente» si fuese posible espaldarla con «una especie de segunda edición de la guerra campesina». ¿No sabe acaso todo el mundo que en Alemania había en aquel entonces relativamente menos proletarios que, por ejemplo, en Rusia en 1917? ¿Acaso

la experiencia de la revolución proletaria rusa no ha puesto de manifiesto que este dogma favorito de los héroes de la Segunda Internacional no tiene la menor significación vital para el proletariado? ¿Acaso no es evidente que la experiencia de la lucha revolucionaria de las masas echa por tierra y liquida este dogma caduco?

Segundo dogma: el proletariado no puede mantenerse en el Poder si no dispone de una cantidad suficiente de cuadros culturales y administrativos preparados, capaces de organizar la administración del país. Primero hay que preparar estos cuadros bajo las condiciones del capitalismo, y luego, tomar el Poder. Admitámoslo, contesta Lenin. Pero ¿por qué no se pueden hacer las cosas de modo que lo primero sea tomar el Poder, crear las condiciones favorables para el desarrollo del proletariado, y luego avanzar a pasos agigantados hacia la elevación del nivel cultural de las masas trabajadoras, hacia la preparación de numerosos cuadros de dirigentes y administradores extraídos del seno del proletariado? ¿Acaso la experiencia de Rusia no ha demostrado que bajo el Poder proletario los cuadros obreros de dirigentes se forman de un modo cien veces más rápido y mejor que bajo el Poder capitalista? ¿Acaso no es evidente que la realidad de la lucha revolucionaria de las masas destruye también implacablemente este dogma teórico de los oportunistas?

Tercer dogma: el método de la huelga general política es inaceptable para el proletariado, ya que es teóricamente inconsistente (véase la crítica de Engels), prácticamente peligroso (puede desorganizar la marcha normal de la vida económica del país y puede dejar vacías las cajas de los sindicatos) y no puede sustituir a las formas parlamentarias de lucha, que son la forma principal de la lucha de clases del proletariado. Bien, contestan los leninistas. Pero, en primer lugar, Engels no criticó toda huelga general, sino un determinado tipo de huelga general: la huelga general *económica* de los anarquistas, preconizada por éstos en *sustitución* de la lucha política del proletariado. ¿Qué tiene que ver con esto el método de la huelga general *política?* En segundo lugar, ¿quién y dónde ha demostrado que la forma parlamentaria sea la forma principal de lucha del proletariado? ¿Acaso la historia del movimiento revolucionario no demuestra que la lucha parlamentaria no es más que una escuela y un medio auxiliar para la organización de la lucha extraparlamentaria del proletariado, y que, bajo el régimen capitalista, las cuestiones fundamentales del movimiento obrero se dirimen por la fuerza, por la lucha directa de las masas proletarias, por la huelga general, por la insurrección? En tercer lugar, ¿de dónde se ha tomado eso de la sustitución de la lucha parlamentaria por el método de la huelga general política? ¿Dónde y cuándo han intentado los partidarios de la huelga general política sustituir las formas parlamentarias de lucha por las formas extraparlamentarias? En cuarto lugar, ¿acaso la revolución rusa no ha demostrado que la huelga general política es la más grandiosa escuela de

la revolución proletaria y un medio insustituible para movilizar y organizar a las más extensas masas del proletariado en vísperas del asalto a la fortaleza del capitalismo? ¿A qué vienen esas lamentaciones filisteas sobre la desorganización de la marcha normal de la vida económica y sobre las cajas de los sindicatos? ¿Acaso no es evidente que la experiencia de la lucha revolucionaria destruye también este dogma de los oportunistas? Y así sucesivamente.

He aquí por qué Lenin decía que «la teoría revolucionaria no es un dogma» y que «sólo se forma definitivamente en íntima relación con la práctica de un movimiento que sea realmente de masas y realmente revolucionario» («La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo»); pues la teoría debe servir a la práctica, «la teoría debe dar solución a los problemas planteados por la práctica» (¿«Quiénes son los "amigos del pueblo"?»), debe contrastarse sobre los datos de la práctica.

Por lo que se refiere a las consignas políticas y a los acuerdos políticos de los partidos de la Segunda Internacional, basta recordar la historia de la consigna «¡Guerra a la guerra!», para comprender todo lo que hay de falso y todo lo que hay de podrido en la práctica política de estos partidos, que cubren su obra antirrevolucionaria con consignas y resoluciones revolucionarias pomposas. Todo el mundo recuerda la ostentosa manifestación hecha por la Segunda Internacional en el Congreso de Basilea, en la que se amenazaba a los imperialistas con todos los horrores de la insurrección, si se decidían a desencadenar la guerra, y en la que se lanzaba la consigna amenazadora de «¡Guerra a la guerra!». Pero ¿quién no recuerda que, poco tiempo después, ante el comienzo mismo de la guerra, la resolución de Basilea fué archivada, dándose a los obreros una nueva consigna: la de exterminarse mutuamente en aras de la patria capitalista? ¿Acaso no es evidente que las resoluciones y las consignas revolucionarias no tienen ningún valor si no las fortalecen los hechos? No hay más que comparar la política leninista de transformación de la guerra imperialista en guerra civil con la política de traición de la Segunda Internacional durante la guerra, para comprender toda la bajeza de los politicastros del oportunismo y toda la grandeza del método del leninismo. No podemos por menos de reproducir aquí un pasaje tomado del libro de Lenin «La revolución proletaria y el renegado Kautsky», en el que aquél fustiga duramente la tentativa oportunista del líder de la Segunda Internacional, C. Kautsky, de juzgar a los partidos, no por sus hechos, sino por sus consignas estampadas sobre el papel y por sus documentos:

«Kautsky lleva a cabo una política típicamente pequeñoburguesa, filistea, imaginándose... que con *lanzar una consigna* cambian las cosas. Toda la historia de la democracia burguesa pone al desnudo esta ilusión: para engañar al pueblo, los demócratas burgueses han lanzado y lanzan siempre todas las «consignas» imaginables. El problema consiste en *comprobar* su sinceridad, en comparar las palabras con los *hechos*, en no contentarse con *frases* idealistas o charlatanescas, sino

en indagar la *realidad de clase*» (Lenin„ t. XXIII. pág. 377, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky»).

Y no hablo ya del miedo de los partidos de la Segunda Internacional a la autocrítica, de su manera de ocultar sus errores, de velar los problemas espinosos, de disimular sus defectos con falsas ostentaciones de bienestar, embotando el pensamiento vivo y frenando la obra de educar revolucionariamente al Partido sobre la base de sus propios errores, manera que Lenin ridiculizó y clavó en la picota. He aquí lo que en su folleto «La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo» escribía Lenin acerca de la autocrítica en los partidos proletarios:

«La actitud de un partido político ante sus errores es una de las pruebas más importantes y más fieles de la seriedad de ese partido y del cumplimiento *efectivo* de sus deberes hacia su *clase* y hacia las *masas* trabajadoras. Reconocer abiertamente los errores, poner al descubierto sus causas, analizar la situación que los ha engendrado y examinar atentamente los medios de corregirlos: esto es lo que caracteriza a un partido serio, en esto es en lo que consiste el cumplimiento de sus deberes, esto es educar e instruír a la *clase* primero, y después a las *masas*» (*Lenin*, t. XXV, pág. 200).

Otros dicen que el poner al descubierto los errores propios y el emplear la autocrítica es peligroso para el Partido, pues de ello pueden aprovecharse los adversarios contra el Partido del proletariado. Lenin no reputaba serias, sino completamente falsas semejantes objeciones. He aquí lo que ya en 1904, en su folleto «Un paso adelante, dos pasos atrás», cuando nuestro Partido era aún débil y pequeño, decía a propósito de esto:

«Observando nuestras discordias, se alegran malévolamente y hacen muecas [los adversarios de los marxistas. *J. St.*]; procurarán, naturalmente, sacar para sus fines pasajes aislados de mi folleto, dedicado a los defectos y a las fallas de nuestro Partido. Los marxistas rusos están ya lo bastante fogueados en los combates para no hacer ningún caso de estos pellizcos y proseguir, a pesar de ello, su labor de autocrítica y de descubrimiento implacable de sus propios defectos, que serán irremisible e inevitablemente superados por el desarrollo del movimiento obrero» (*Lenin*, t. VI, pág. 161).

Tales son, en general, los rasgos característicos del método del leninismo.

Lo que aporta el método de Lenin estaba ya, en lo fundamental, en la doctrina de Marx, que, según la expresión de Marx, es, «por su esencia, crítica y revolucionaria». Este espíritu crítico y revolucionario es precisamente el que impregna desde el principio hasta el fin el método de Lenin. Pero sería falso creer que el método de Lenin no es más que una simple restauración de lo aportado por Marx. En realidad, el método de Lenin no se limita a restaurar, sino que además concreta y sigue desarrollando el método crítico y revolucionario de Marx, su dialéctica materialista.

III

LA TEORIA

Destacaré de este tema tres problemas: 1) importancia de la teoría para el movimiento proletario; 2) crítica de la «teoría» de la espontaneidad, y 3) teoría de la revolución proletaria.

1. *Importancia de la teoría.* Hay quienes creen que el leninismo es la primacía de la práctica sobre la teoría, en el sentido de que lo principal en él es la aplicación de los principios marxistas, la «realización» de estos principios, y que, en lo referente a la teoría, el leninismo, según ellos, es bastante despreocupado. Es sabido que Plejánov se mofó más de una vez de la «despreocupación» de Lenin por la teoría y en especial por la filosofía. Y es sabido también que muchos de los leninistas ocupados en el trabajo práctico de hoy no son muy dados a la teoría, por efecto, sobre todo, de la enorme labor práctica que las circunstancias les obligan a desplegar. He de declarar que esta opinión, por demás extraña, que se tiene de Lenin y del leninismo, es completamente falsa y no corresponde en modo alguno a la realidad, y que la tendencia de los militantes ocupados en trabajos prácticos a prescindir de la teoría va en contra de todo el espíritu del leninismo y encierra grandes peligros para la causa.

La teoría es la experiencia del movimiento obrero de todos los países, tomada en su aspecto general. Naturalmente, la teoría deja de tener objeto cuando no se halla vinculada a la práctica revolucionaria, exactamente del mismo modo que la práctica es ciega si la teoría revolucionaria no alumbra su camino. Pero la teoría puede convertirse en una formidable fuerza del movimiento obrero si esta teoría se forma en indisoluble relación con la práctica revolucionaria, pues ella y sólo ella puede dar al movimiento la seguridad, la fuerza de orientación y la comprensión de las relaciones internas de los acontecimientos que nos rodean, pues ella y sólo ella puede ayudar a la práctica a comprender no sólo cómo y hacia dónde se mueven las clases en el momento actual, sino también cómo y hacia dónde habrán de moverse en un futuro próximo. ¿Quién sino Lenin dijo y repitió decenas de veces la conocida tesis de que

«sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario»? (*) (*Lenin*, t. IV, pág. 380, «¿Qué hacer?»).

Lenin comprendía mejor que nadie la gran importancia de la teoría, sobre todo para un partido como el nuestro, llamado a desempeñar el papel de luchador de vanguardia del proletariado internacional, que le ha cabido en suerte, y ante la complicada situación interior e internacional que le rodea. Previendo ya en 1902 este papel especial de nuestro Partido, Lenin consideraba ya entonces necesario recordar que

«sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir su misión de combatiente de vanguardia» (Lugar citado).

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

Apenas si hace falta demostrar que ahora, cuando el pronóstico de Lenin sobre el papel de nuestro Partido se ha convertido en realidad, esta tesis de Lenin adquiere una fuerza y una importancia especiales.

Acaso pudiera considerarse como la expresión más acusada de la alta importancia que Lenin asignaba a la teoría, el hecho de que nadie más que él se encargase de realizar una tarea tan seria como la de generalizar, desde el punto de vista de la filosofía materialista, lo más importante de cuanto la ciencia había aportado durante el período comprendido entre Engels y Lenin y de criticar en todos sus aspectos las corrientes antimaterialistas existentes entre los marxistas. «Con cada nuevo gran descubrimiento, el materialismo debe asumir un nuevo aspecto», decía Engels. Es sabido que nadie más que Lenin fué quien llevó a cabo esta labor respecto a su época, en su notable libro «Materialismo y empiriocriticismo». Y es sabido que Plejánov, que gustaba de mofarse de la «despreocupación» de Lenin por la filosofía, no se decidió siquiera a abordar seriamente la realización de semejante tarea.

2. *Crítica de la «teoría» de la espontaneidad, o sobre el papel de la vanguardia en el movimiento.* La «teoría» de la espontaneidad es la teoría del oportunismo, la teoría que consiste en rendir culto al movimiento obrero espontáneo, la teoría que niega de hecho el papel dirigente de la vanguardia de la clase obrera, del partido de la clase obrera.

La teoría que consiste en rendir culto a la espontaneidad es una teoría decididamente contraria al carácter revolucionario del movimiento obrero, contraria a que se oriente a éste por el camino de la lucha contra los fundamentos del capitalismo; aboga por que el movimiento marche exclusivamente por la senda de las reivindicaciones «posibles», «aceptables» para el capitalismo, aboga en absoluto por la «línea de la menor resistencia». La teoría de la espontaneidad es la ideología del tradeunionismo.

La teoría que consiste en rendir culto a la espontaneidad es resueltamente contraria a que se imprima al movimiento espontáneo un carácter consciente, metódico, es contraria a que el Partido marche al frente de la clase obrera, a que el Partido eleve a las masas a un nivel consciente, a que el Partido dirija el movimiento; aboga por que los elementos conscientes del movimiento no impidan a éste seguir su camino, aboga por que el Partido no haga más que estar atento al movimiento espontáneo y se arrastre a la zaga de éste. La teoría de la espontaneidad es la teoría que consiste en menoscabar el papel del elemento consciente dentro del movimiento, es la ideología del «seguidismo», base lógica de *todo* oportunismo.

Prácticamente, esta teoría, que entró en escena ya antes de la primera revolución rusa, condujo a que sus partidarios, los llamados «economistas», negasen la necesidad de un partido obrero independiente en

Rusia, se manifestasen en contra de la lucha revolucionaria de la clase obrera por el derrocamiento del zarismo, predicasen una política tradeunionista en el movimiento y, en general, entregasen el movimiento obrero bajo la hegemonía de la burguesía liberal.

La lucha de la vieja «Iskra» y la brillante crítica de la teoría del «seguidismo», hecha por Lenin en su folleto «¿Qué hacer?», no sólo derrotaron al llamado «economismo», sino que, además, echaron las bases teóricas para un movimiento realmente revolucionario de la clase obrera rusa.

Sin esta lucha, no hubiera podido ni siquiera pensarse en crear en Rusia un partido obrero independiente, ni en el papel dirigente de éste en la revolución.

Pero la teoría que consiste en rendir culto a la espontaneidad no es un fenómeno exclusivamente ruso. Esta teoría se halla muy extendida, cierto es que bajo una forma algo distinta, en todos los partidos de la Segunda Internacional sin excepción. Me refiero, al decir esto, a la llamada teoría de las «fuerzas productivas», vulgarizada por los líderes de la Segunda Internacional, teoría que lo justifica todo y reconcilia a todos, que constata los hechos y los explica cuando ya todo el mundo está harto de ellos y, después de constatarlos, se queda tan tranquila. Marx decía que la teoría materialista no puede limitarse a interpretar el mundo, sino que además debe transformarlo. Pero a los Kautsky y compañía no les preocupa esto y prefieren quedarse con la primera parte de la fórmula de Marx. He aquí uno de los numerosos ejemplos de aplicación de esta «teoría». Dicen que, en vísperas de la guerra imperialista, los partidos de la Segunda Internacional amenazaban con declarar la «guerra a la guerra», en el caso de que los imperialistas la iniciasen. Dicen que, en vísperas de la guerra, estos partidos metieron en un cajón la consigna de «¡Guerra a la guerra!», llevando luego a la práctica la consigna contraria de «¡Guerra por la patria imperialista!». Dicen que este cambio de consignas causó millones de víctimas entre los obreros. Pero sería un error creer que alguien tuviera la culpa de esto, que alguien fuera infiel o traidor a la clase obrera. ¡Nada de eso! Ocurrió lo que tenía que ocurrir. En primer lugar, porque la Internacional es «un instrumento de paz» y no de guerra; y, en segundo lugar, porque, dado el «estado de desarrollo de las fuerzas productivas» de aquel entonces, no podía hacerse otra cosa. La «culpa» la tienen las «fuerzas productivas». Así «nos» lo explica, exactamente, la «teoría de las fuerzas productivas» del señor Kautsky. Y quien no crea en esta «teoría», no es marxista. ¿El papel de los partidos? ¿Su importancia en el movimiento? Pero ¿qué puede hacer un partido ante un factor tan decisivo como el «estado de desarrollo de las fuerzas productivas»?...

Podríamos citar un montón de ejemplos de falsificaciones del marxismo semejantes a ésta.

¿Hace falta acaso demostrar que este «marxismo» falsificado, desti-

nado a cubrir las desnudeces del oportunismo, no es más que una variante a la europea de aquella misma teoría del «seguidismo», combatida por Lenin ya antes de la primera revolución rusa?

¿Hace falta acaso demostrar que el destruir esta falsificación teórica es condición preliminar para la creación en Occidente de partidos verdaderamente revolucionarios?

3. *Teoría de la revolución proletaria.* La teoría leninista de la revolución proletaria parte de tres tesis fundamentales.

Primera tesis. La dominación del capital financiero en los países adelantados del capitalismo; la emisión de títulos de valor, como una de las operaciones más importantes del capital financiero; la exportación de capital a las fuentes de materias primas, como una de las bases del imperialismo; la omnipotencia de la oligarquía financiera, como resultado de la dominación del capital financiero: todos estos hechos ponen al descubierto el carácter burdamente parasitario del capitalismo monopolista, hacen cien veces más sensible el yugo de los trusts y los consorcios capitalistas, acrecientan la indignación de la clase obrera contra los fundamentos del capitalismo y conducen a las masas hacia la revolución proletaria como única salvación (*Lenin,* «El imperialismo, fase superior del capitalismo»).

De aquí se desprende la primera conclusión: agudización de la crisis revolucionaria en los países capitalistas; acumulación de elementos explosivos en el frente interior, proletario, en las «metrópolis».

Segunda tesis. La exportación intensificada de capital a los países coloniales y dependientes; el ensanchamiento de las «esferas de influencia» y de los dominios coloniales, hasta llegar a abarcar todo el planeta; la transformación del capitalismo en un *sistema mundial* de esclavización financiera y de opresión colonial de la gigantesca mayoría de la población de la tierra por un puñado de países «adelantados»: todos estos hechos han convertido, de una parte, las economías nacionales y los territorios nacionales de los distintos países en eslabones de una sola cadena, llamada economía mundial; de otra parte, han dividido la población del planeta en dos campos: el de un puñado de países capitalistas «adelantados», que explotan y oprimen a vastos países coloniales y dependientes, y el de una enorme mayoría de países coloniales y dependientes, que se ven obligados a luchar por liberarse del yugo imperialista (*Lenin,* «El imperialismo...»).

De aquí se desprende la segunda conclusión: agudización de la crisis revolucionaria en los países coloniales; acrecentamiento de los elementos de indignación contra el imperialismo en el frente exterior, en el frente colonial.

Tercera tesis. La posesión monopolista de las «esferas de influencia» y de las colonias; el desarrollo desigual de los distintos países capitalistas, que conduce a una lucha furiosa por el nuevo reparto del mundo entre los países que ya se han apoderado de los territorios y los que

desean obtener «su parte»; las guerras imperialistas, como único medio de restablecer el «equilibrio» roto: todos estos hechos conducen al fortalecimiento del tercer frente, del frente intercapitalista, lo que debilita al imperialismo y facilita la unión de los dos primeros frentes contra el imperialismo, el frente proletario revolucionario y el frente de la liberación colonial (*Lenin*, «El imperialismo...»).

De aquí se desprende la tercera conclusión: la guerra es inevitable bajo el imperialismo e inevitable la coalición de la revolución proletaria de Europa con la revolución colonial del Oriente en un solo frente mundial de la revolución contra el frente mundial del imperialismo.

Lenin sintetiza todas estas conclusiones en una conclusión general: «*El imperialismo es el preludio de la revolución socialista*» (*) (*Lenin*, t. XIX, pág. 71, «El imperialismo...», prólogo).

En consonancia con esto, cambia el modo mismo de abordar el problema de la revolución proletaria, del carácter de ésta, de su extensión y profundidad, y cambia el esquema de la revolución en general.

Antes, el análisis de las premisas de la revolución proletaria se abordaba por lo general desde el punto de vista del estado económico de tal o cual país aislado. En la actualidad, este modo de abordar el problema ya no basta. Hoy, hay que tratar el asunto desde el punto de vista del estado económico de todos o de la mayor parte de los países, desde el punto de vista del estado de la economía mundial, pues ya no existen países aislados y economías nacionales aisladas que se basten a sí mismas, sino que éstas se han convertido en eslabones de una sola cadena, que se llama economía mundial, ya que el viejo capitalismo «civilizado» se ha transformado en el imperialismo, y el imperialismo es un sistema mundial de esclavización financiera y de opresión colonial de la gigantesca mayoría de la población del planeta por un puñado de países «adelantados».

Antes, solía hablarse de la existencia o de la ausencia de las condiciones objetivas para la revolución proletaria en países aislados o, con más exactitud, en tal o cual país desarrollado. Hoy, este punto de vista ya no basta. Hoy, hay que hablar de la existencia de condiciones objetivas para la revolución en el sistema general de la economía imperialista mundial considerada como un todo, aparte de que la existencia dentro de este sistema de algunos países con un desarrollo industrial insuficiente no puede representar un obstáculo insuperable para la revolución, *si* el sistema en su conjunto, o, para decirlo con más precisión, *puesto que* el sistema en su conjunto está ya maduro para la revolución.

Antes solía hablarse de la revolución proletaria en tal o cual país adelantado como de algo independiente, que se contraponía al respectivo frente nacional aislado del capital, como su antípoda. Hoy, este punto de vista ya no basta. Hoy, hay que hablar de la revolución proletaria mun-

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

dial, pues los diferentes frentes nacionales del capital se han convertido en otros tantos eslabones de una sola cadena que se llama frente mundial del imperialismo, al cual hay que contraponer el frente general del movimiento revolucionario de todos los países.

Antes, se concebía la revolución proletaria como resultado del desarrollo exclusivamente interior del país en cuestión. Hoy, este punto de vista ya no basta. Hoy, la revolución proletaria debe concebirse, ante todo, como resultado del desarrollo de las contradicciones dentro del sistema mundial del imperialismo, como resultado de la ruptura de la cadena del frente mundial imperialista en tal o cual país.

¿Por dónde empezará la revolución, en qué país podrá, ante todo, romperse el frente del capital?

Allí donde esté más desarrollada la industria, donde el proletariado forme la mayoría, donde haya más cultura, donde haya más democracia, solía contestarse antes.

No, objeta la teoría leninista de la revolución, *no es forzoso que sea allí donde la industria esté más desarrollada*, etc. El frente del capital se romperá allí donde la cadena del imperialismo sea más débil, pues la revolución proletaria es el resultado de la ruptura de la cadena del frente mundial imperialista por su sitio más débil, y puede ocurrir que el país que haya empezado la revolución, el país que haya roto el frente del capital, esté menos desarrollado en el sentido capitalista que otros países más adelantados que, sin embargo, todavía se mantienen dentro del marco del capitalismo.

En 1917, la cadena del frente imperialista mundial resultó ser más débil en Rusia que en los demás países. Fué aquí donde se rompió, dando paso a la revolución proletaria. ¿Por qué? Porque en Rusia se desarrollaba la más grande revolución popular, a la cabeza de la cual marchaba el proletariado revolucionario, que contaba con un aliado tan importante como los millones y millones de campesinos oprimidos y explotados por los terratenientes. Porque frente a la revolución se alzaba allí un representante tan odioso del imperialismo como el zarismo, falto de todo ascendiente moral y que se había atraído el odio general de la población. En Rusia, la cadena resultó ser más débil, aunque este país estuviese menos desarrollado en el sentido capitalista que Francia o Alemania, Inglaterra o los Estados Unidos, pongamos por caso.

¿Por dónde se romperá la cadena, en el próximo futuro? Volverá a romperse allí donde resulte ser más débil. No está excluída la posibilidad de que se rompa, por ejemplo, en la India. ¿Por qué? Porque en la India existe un proletariado joven, combativo y revolucionario, que cuenta con un aliado como es el movimiento de liberación nacional, un aliado indudablemente potente, indudablemente importante. Porque frente a la revolución se alza allí un enemigo de todos conocido como es el imperialismo extranjero, privado de crédito moral y que se ha ganado el odio general de las masas oprimidas y explotadas de la India.

También es perfectamente posible que la cadena se rompa en Alemania. ¿Por qué? Porque los factores que actúan, por ejemplo, en la India, empiezan a actuar también en Alemania, a la par que, como se comprende, la inmensa diferencia existente entre el nivel del desarrollo de Alemania y el de la India no puede dejar de imprimir su sello a la marcha y al desenlace de la revolución en Alemania.

He aquí por qué Lenin dice:

«Los países capitalistas de la Europa occidental llevarán a término su desarrollo hacia el socialismo... no por un proceso gradual de «maduración» del socialismo en ellos, sino mediante la explotación de unos Estados por otros, mediante la explotación del primer Estado vencido en la guerra imperialista, unida a la explotación de todo el Oriente. Y por otra parte, el Oriente se ha incorporado definitivamente al movimiento revolucionario gracias precisamente a esta primera guerra imperialista, viéndose definitivamente arrastrado a la órbita general del movimiento revolucionario mundial» (*Lenin*, t. XXVII, págs. 415-416).

Resumiendo: como regla general, la cadena del frente imperialista tiene que romperse allí donde sus eslabones sean más débiles, sin que sea forzoso, en todo caso, que se rompa allí donde el capitalismo esté más desarrollado, donde los proletarios forman un determinado tanto por ciento de la población, los campesinos otro tanto por ciento determinado, etc.

He aquí por qué los cálculos estadísticos sobre el tanto por ciento del proletariado en la población de un país determinado pierden, cuando se trata de resolver el problema de la revolución proletaria, aquella importancia excepcional que gustaban de asignarle los exégetas de la Segunda Internacional, que no han sabido comprender el imperialismo y temen a la revolución como a la peste.

Además, los héroes de la Segunda Internacional afirmaban (y siguen afirmando) que entre la revolución democráticoburguesa, de una parte, y la proletaria, de otra, existe un abismo, o por lo menos una muralla china, que separa a la una de la otra por un intervalo de tiempo más o menos largo, durante el cual la burguesía entronizada en el Poder desarrolla el capitalismo y el proletariado acumula fuerzas y se prepara para la «lucha decisiva» contra el capitalismo. Generalmente, este intervalo se calcula en muchas decenas de años, si no más. Huelga demostrar que, bajo las condiciones del imperialismo, esta «teoría» de la muralla china carece de todo sentido científico y no es ni puede ser otra cosa que un medio para encubrir y disimular con bellos colores los anhelos contrarrevolucionarios de la burguesía. No hace falta demostrar que, bajo las condiciones del imperialismo, preñado de colisiones y guerras, bajo las condiciones del «preludio de la revolución socialista», en que el capitalismo «floreciente» se convierte en capitalismo «agonizante» (*Lenin*) y el movimiento revolucionario toma incremento en todos los países del mundo; en que el imperialismo se coliga con todas las fuerzas reaccionarias, sin excepción, hasta con el zarismo y el feudalismo, haciendo con ello necesaria la coalición de todas las fuerzas revolucio-

narias, desde el movimiento proletario de Occidente hasta el movimiento de liberación nacional de Oriente; en que es imposible derrumbar las supervivencias del régimen feudal y de la servidumbre sin luchar revolucionariamente contra el imperialismo; no hace falta demostrar que, en un país más o menos desarrollado, la revolución democráticoburguesa tiene, bajo estas condiciones, que aproximarse a la revolución proletaria, que la primera tiene que transformarse en la segunda. La historia de la revolución en Rusia ha evidenciado la exactitud y el carácter incontrovertible de esta tesis. No en vano Lenin, ya en 1905, en vísperas de la primera revolución rusa, en su folleto «Dos tácticas» presentaba la revolución democráticoburguesa y la revolución socialista como dos eslabones de la misma cadena, como un cuadro único y completo de la amplitud de la revolución rusa.

«*El proletariado debe llevar a término la revolución democrática, atrayéndose a la masa de los campesinos, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía. El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose a la masa de los elementos semiproletarios de la población, para destrozar por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía.* Tales son las tareas del proletariado, que la nueva «Iskra» concibe de un modo tan estrecho en todos sus razonamientos y resoluciones sobre la amplitud de la revolución» (*Lenin*, t. VIII, pág 96. «Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática»).

Y no hablo ya de otros trabajos posteriores de Lenin, en los que la idea de la transformación de la revolución burguesa en revolución proletaria se destaca más acusadamente aún que en «Dos tácticas», como una de las piedras angulares de la teoría leninista de la revolución.

Resulta que algunos camaradas suponen que Lenin no concibió esta idea hasta el año 1916 y que hasta entonces, según ellos, entendía que la revolución en Rusia se mantendría dentro de los marcos burgueses y que, por consiguiente, el Poder pasaría de manos del órgano de la dictadura del proletariado y de los campesinos a manos de la burguesía, y no a manos del proletariado. Dícese que esta afirmación se ha deslizado incluso en nuestra prensa comunista. He de decir que dicha afirmación es completamente falsa, que no corresponde en modo alguno a la realidad.

Podría remitirme al conocido discurso pronunciado por Lenin en el III Congreso del Partido (1905), en el que se califica la dictadura del proletariado y de los campesinos, es decir, el triunfo de la revolución democrática, no como la «organización del orden», sino como la «organización de la guerra» (*Lenin*, t. VII, pág. 264).

Podría remitirme, además, a los conocidos artículos de Lenin «Sobre el Gobierno provisional» (1905), en los que, enfocando la perspectiva del desenvolvimiento de la revolución rusa, plantea al Partido la tarea de «conseguir que la revolución rusa no sea un movimiento de algunos meses, sino un movimiento de muchos años, que no conduzca tan sólo a obtener pequeñas concesiones por parte de los titulares del Poder constituído, sino al derrumbamiento completo de éste», y en los que, desen-

volviendo todavía más esta perspectiva y relacionándola con la revolución en Europa, prosigue:

«Y si se logra esto, entonces..., entonces las llamas del incendio revolucionario prenderán en Europa; el obrero europeo, cansado de la reacción burguesa, se levantará a su vez y nos enseñará «cómo se hacen las cosas»; entonces, el impulso revolucionario de Europa volverá a repercutir en Rusia, y hará de una época de algunos años revolucionarios una época de varias décadas revolucionarias...» (Lugar citado, pág. 191).

Podría remitirme, asimismo, al conocido artículo de Lenin, publicado en noviembre de 1915, en el que escribe:

«El proletariado lucha y seguirá luchando abnegadamente por la conquista del Poder, por la República, por la confiscación de las tierras..., por la participación de las «masas populares *no* proletarias» en la obra de liberar a la Rusia *burguesa* del «imperialismo» *militar-feudal* (zarismo). Y el proletariado se aprovechará *inmediatamente* (*) de esta liberación de la Rusia burguesa del yugo zarista, del poder territorial de los terratenientes, no para ayudar a los campesinos acomodados en su lucha contra los obreros agrícolas, sino para llevar a cabo la revolución socialista en alianza con los proletarios de Europa» (*Lenin*, t. XVIII, pág. 318, «Sobre las dos líneas de la revolución»).

Podría, finalmente, remitirme al conocido pasaje del folleto de Lenin «La revolución proletaria y el renegado Kautsky» en el que, refiriéndose al pasaje más arriba citado de «Dos tácticas» sobre la amplitud de la revolución rusa, llega a la siguiente conclusión:

«Ocurrió, en efecto, tal y como nosotros dijimos. La marcha de la revolución ha confirmado la exactitud de nuestro razonamiento. *Al principio*, del brazo de «todos» los campesinos, contra la monarquía, contra los terratenientes, contra el medievalismo (y en este sentido, la revolución sigue siendo burguesa, democrático-burguesa). *Después*, del brazo de los campesinos pobres, del brazo del semiproletariado, del brazo de todos los explotados, *contra el capitalismo*, incluyendo los ricachos de la aldea, los kulaks, los especuladores, y en este sentido, la revolución se convierte en *socialista*. Querer levantar una muralla china artificial entre ambas revoluciones, separar la una de la otra por algo *que no sea* el grado de preparación del proletariado y el grado de su unión con los campesinos pobres, es la mayor tergiversación del marxismo, es adocenarlo, reemplazarlo por el liberalismo» (*Lenin*, t. XXIII, pág. 391, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky»).

Creo que con esto basta.

Bien, se nos dirá, pero ¿por qué en este caso Lenin combatió la idea de la «revolución permanente (ininterrumpida)»?

Porque Lenin proponía «agotar» toda la capacidad revolucionaria de los campesinos y utilizar hasta la última gota de su energía revolucionaria para la completa liquidación del zarismo, para pasar a la revolución proletaria, mientras que los partidarios de la «revolución permanente» no comprendían el importante papel de los campesinos en la revolución rusa, menospreciaban la fuerza de la energía revolucionaria de los campesinos, menospreciaban la fuerza y la capacidad del proletariado ruso para conducir consigo a los campesinos, y con ello entorpecían la obra de liberar a los campesinos de la influencia de la burguesía, la obra de agrupar a los campesinos alrededor del proletariado.

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

Porque Lenin proponía *coronar* la obra de la revolución con el paso del Poder al proletariado, mientras que los partidarios de la revolución «permanente» querían *empezar* directamente por la toma del Poder por el proletariado, no comprendiendo que, con ello, cerraban los ojos a una «pequeñez» como la de las supervivencias del régimen de servidumbre y no tomaban en consideración una fuerza tan importante como los campesinos rusos, no comprendiendo que semejante política sólo podía entorpecer la obra de atraerse a los campesinos al lado del proletariado.

Por tanto, la lucha de Lenin contra los partidarios de la revolución «permanente» no giraba en torno a la cuestión de su continuidad, pues el propio Lenin sostenía el punto de vista de la revolución ininterrumpida, sino en torno a que aquéllos menospreciaban el papel de los campesinos, que forman la reserva más importante del proletariado, y a que no comprendían la idea de la hegemonía del proletariado.

La idea de la revolución «permanente» no es una idea nueva. El primero que la enunció fué Marx, a fines de la década del 40, en su conocido «Mensaje» a la «Liga Comunista» (1850). Fué de este documento de donde nuestros «permanentistas» sacaron la idea de la revolución ininterrumpida. Conviene hacer notar que, al adoptar la idea de Marx, nuestros «permanentistas» la modificaron algo y al modificarla la «estropearon», haciéndola inservible para la práctica. Fué necesario que la mano experta de Lenin corrigiese este error, tomase la idea de la revolución ininterrumpida de Marx en su forma pura e hiciese de ella una de las piedras angulares de su teoría de la revolución.

He aquí lo que dice Marx, en su «Mensaje», sobre la revolución ininterrumpida, después de haber enumerado una serie de reivindicaciones revolucionario-democráticas, cuya conquista encarece a los comunistas:

«Mientras que los demócratas pequeñoburgueses quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que se pueda, después de haber obtenido el mayor número posible de las reivindicaciones arriba mencionadas, nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución de una manera ininterrumpida hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el Poder del Estado, hasta que las asociaciones de los proletarios se desarrollen, y no sólo en un país, sino en todos los países predominantes del mundo, en proporciones tales, que cese la competencia entre los proletarios de estos países, y hasta que, por lo menos, las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en manos del proletariado».

Dicho en otros términos:

a) Marx no proponía, en modo alguno, *comenzar* la obra de la revolución, en la Alemania de la década del 50, directamente por el Poder proletario, *contrariamente* a los planes de nuestros «permanentistas» rusos;

b) Marx sólo proponía que se *coronase* la obra de la revolución con el Poder del Estado proletario, desalojando paso a paso de las alturas del Poder a una fracción de la burguesía tras otra, con el fin de, una vez instaurado el Poder del proletariado, encender la revolución en todos los países; concepción que está en *completa consonancia* con todo lo que

enseñó y llevó a la práctica Lenin en el transcurso de nuestra revolución, conforme a su teoría de la revolución proletaria bajo las condiciones del imperialismo.

Resulta, pues, que nuestros «permanentistas» rusos no sólo menospreciaban el papel de los campesinos en la revolución rusa y la importancia de la idea de la hegemonía del proletariado, sino que modificaban (para empeorarla) la idea de Marx sobre la revolución «permanente», haciéndola inservible para la práctica.

He aquí por qué Lenin ridiculizaba la teoría de nuestros «permanentistas», calificándola de «original» y de «magnífica» y acusándolos de no querer pararse a «reflexionar acerca de las causas de que la vida pasase de largo durante diez años por delante de esta magnífica teoría» (Véase el artículo de Lenin «Sobre las dos líneas de la revolución», escrito en 1915, diez años después de aparecer en Rusia la teoría de la «revolución permanente». *Lenin*, t. XVIII, pág. 317).

He aquí por qué Lenin reputaba esta teoría como semimenchevique, diciendo que «toma de los bolcheviques el llamamiento a la lucha revolucionaria resuelta del proletariado y a la conquista del Poder político por éste, y de los mencheviques la «negación» del papel de los campesinos» (Lugar citado).

Así están planteadas las cosas con respecto a la idea de Lenin sobre la transformación de la revolución democráticoburguesa en revolución proletaria, sobre el aprovechamiento de la revolución burguesa para pasar «inmediatamente» a la revolución proletaria.

Sigamos. Antes, considerábase imposible el triunfo de la revolución en un solo país, entendiendo que para alcanzar el triunfo sobre la burguesía era necesaria la acción conjunta de los proletarios de todos los países adelantados o, por lo menos, de la mayoría de ellos. Hoy, este punto de vista ya no corresponde a la realidad. Hoy, es preciso partir de la posibilidad de este triunfo, pues el desarrollo desigual, a saltos, de los distintos países capitalistas, bajo las condiciones del imperialismo, el desarrollo dentro del imperialismo de contradicciones catastróficas que conducen a guerras inevitables, el incremento del movimiento revolucionario en todos los países del mundo, todo ello conduce no sólo a la posibilidad, sino incluso a la necesidad del triunfo del proletariado en distintos países tomados por separado. La historia de la revolución rusa es una prueba directa de esto. Basta recordar que el derrocamiento de la burguesía sólo puede llevarse a cabo con éxito si se dan algunas condiciones absolutamente indispensables, sin las cuales no puede pensarse siquiera en la toma del Poder por el proletariado.

He aquí lo que, en su folleto «La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo», dice Lenin acerca de estas condiciones:

«La ley fundamental de la revolución, confirmada por todas ellas, y en particular por las tres revoluciones rusas del siglo XX, consiste en lo siguiente: para

la revolución no basta con que las masas explotadas y oprimidas tengan conciencia de la imposibilidad de vivir como antes y reclamen cambios; para la revolución es necesario que los explotadores no puedan vivir ni gobernar como antes. Sólo cuando las «*capas bajas*» *no quieren* lo viejo y las «capas altas» *no pueden sostenerlo al modo antiguo*, sólo entonces puede triunfar la revolución. En otros términos, esta verdad se expresa del modo siguiente: *la revolución es imposible sin una crisis nacional general (que afecte a explotados y explotadores)* (*). Por consiguiente, para la revolución hay que lograr, primero, que la mayoría de los obreros (o en todo caso, la mayoría de los obreros conscientes, reflexivos, políticamente activos) comprenda profundamente la necesidad de la revolución y esté dispuesta a sacrificar la vida por ella; en segundo lugar, es preciso que las clases gobernantes atraviesen una crisis gubernamental que arrastre a la política hasta a las masas más atrasadas..., que reduzca a la impotencia al gobierno y haga posible su derrumbamiento rápido por los revolucionarios» (*Lenin*, t. XXV, pág. 222).

Pero derribar el Poder de la burguesía e instaurar el Poder del proletariado en un solo país no significa todavía garantizar el triunfo completo del socialismo. Después de haber consolidado su Poder y arrastrado consigo a los campesinos, el proletariado del país victorioso puede y debe edificar la sociedad socialista. Pero ¿significa esto que, con ello, el proletariado logrará el triunfo completo, definitivo del socialismo, es decir, significa esto que el proletariado puede, con las fuerzas de un solo país, consolidar definitivamente el socialismo y garantizar completamente al país contra una intervención y, por consiguiente, contra la restauración? No. Para esto es necesario que la revolución triunfe por lo menos en algunos países. Por eso, el desarrollar y apoyar la revolución en otros países es una tarea esencial para la revolución victoriosa. Por eso, la revolución del país victorioso no debe considerarse como algo que se baste a sí mismo, sino como un puntal, como un medio para acelerar el triunfo del proletariado en los demás países.

Lenin expresó este pensamiento en dos palabras, cuando dijo que la misión de la revolución triunfante consiste en llevar a cabo «el máximo de lo realizable en un solo país *p a r a* desarrollar, apoyar y despertar la revolución *en todos los países*» (*Lenin*, t. XXIII, pág. 385, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky»).

Tales son, en general, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria.

IV

LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Destacaré de este tema tres cuestiones fundamentales: 1) la dictadura del proletariado, como instrumento de la revolución proletaria; 2) la dictadura del proletariado, como dominación del proletariado sobre

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

la burguesía; 3) el Poder Soviético, como forma estatal de la dictadura del proletariado.

1. *La dictadura del proletariado, como instrumento de la revolución proletaria.* La cuestión de la dictadura del proletariado es, ante todo, la cuestión del contenido fundamental de la revolución proletaria. La revolución proletaria, su movimiento, su amplitud, sus conquistas, sólo se hacen realidades de carne y hueso a través de la dictadura del proletariado. La dictadura del proletariado es el instrumento de la revolución proletaria, su órgano, su punto de apoyo más importante, creado: primero, para aplastar la resistencia de los explotadores derribados y consolidar las conquistas hechas, y segundo, para llevar a término la revolución proletaria, para llevarla hasta el triunfo completo del socialismo. Vencer a la burguesía y derrocar su Poder es cosa que la revolución podría hacer también sin la dictadura del proletariado. Pero aplastar la resistencia de la burguesía, defender la victoria y seguir avanzando hasta el triunfo final del socialismo ya no puede lograrlo la revolución, si no crea, al llegar a una determinada fase de su desarrollo, como su puntal básico, un órgano especial en forma de dictadura del proletariado.

«La cuestión fundamental de la revolución es la cuestión del Poder» (*Lenin*). ¿Quiere esto decir acaso que todo se limite a la toma del Poder, a la conquista del Poder? No. La toma del Poder no es más que el comienzo. La burguesía, aunque su Poder se derroque en un país, sigue siendo todavía, durante largo tiempo, por muchas causas, más fuerte que el proletariado que la derribó. Por eso, la cuestión está en mantenerse en el Poder, en consolidarlo, en hacerlo invencible. ¿Qué hay que hacer para alcanzar este fin? Es necesario cumplir, por lo menos, las tres tareas principales que se le plantean a la dictadura del proletariado «al día siguiente» de vencer:

a) Vencer la resistencia de los terratenientes y capitalistas derrocados y expropiados por la revolución, liquidar todas y cada una de sus tentativas para restaurar el poder del capital.

b) Organizar la labor constructiva, mediante la cohesión de todos los trabajadores en torno al proletariado, y llevar a cabo esta labor en el sentido de preparar la supresión, la destrucción de las clases.

c) Armar a la revolución, organizar el ejército de la revolución para luchar contra los enemigos exteriores, para luchar contra el imperialismo.

Para llevar a cabo, para cumplir estas tareas, es necesaria la dictadura del proletariado.

«El paso del capitalismo al comunismo — dice Lenin — llena toda una época histórica. Mientras esta época histórica no finalice, los explotadores siguen inevitablemente abrigando esperanzas de restauración, *esperanzas* que se convierten en *tentativas* de restauración. Después de la primera derrota seria, los explotadores derrocados, que no esperaban su derrocamiento, que no creían en él, que no aceptaban ni siquiera la idea de él, se lanzan con energía decuplicada, con pasión furiosa, con odio centuplicado, a la lucha por la restitución del «paraíso»

que les ha sido arrebatado, por sus familias, que antes disfrutaban de una vida tan dulce y a quienes ahora la «chusma del populacho vil» condena a la ruina y a la miseria (o al «simple» trabajo...). Y detrás de los capitalistas explotadores, viene arrastrándose una extensa masa de pequeña burguesía, de la que decenios de experiencia histórica en todos los países nos dicen que titubea y vacila, que hoy sigue al proletariado y mañana se asusta de las dificultades de la revolución, se deja llevar del pánico ante la primera derrota o semiderrota de los obreros, se pone nerviosa, se agita, lloriquea, se pasa de un campo a otro» (*Lenin*, t. XXIII, pág. 355, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky»).

Y la burguesía tiene sus razones para hacer tentativas de restauración, pues aun después de su derrocamiento sigue siendo, durante mucho tiempo todavía, más fuerte que el proletariado que la derrocó.

«Si los explotadores son derrotados solamente en un país—dice Lenin—y éste es, naturalmente, el caso típico, pues la revolución simultánea en una serie de países constituye una rara excepción, seguirán siendo, *no obstante*, *más fuertes* que los explotados» (Lugar citado, pág. 354).

¿En qué reside la fuerza de la burguesía derrocada?

En primer lugar, «en la fuerza del capital internacional, en la fuerza y la solidez de las relaciones internacionales de la burguesía» (*Lenin*, t. XXV, pág. 173, «La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo»).

En segundo lugar, en que «durante mucho tiempo después de la revolución, los explotadores siguen conservando de hecho inevitablemente una serie de enormes ventajas: conservan el dinero (no es posible suprimir el dinero de golpe), algunos que otros bienes muebles, con frecuencia valiosos; conservan las relaciones, los hábitos de organización y administración, el conocimiento de todos los «secretos» (costumbres, procedimientos, medios, posibilidades) de la administración, conservan una instrucción más elevada, su intimidad con el alto personal técnico (que vive y piensa en burgués), conservan (y esto es muy importante) una experiencia infinitamente superior en lo que respecta al arte militar, etc., etc.» (*Lenin*, t. XXIII, pág. 354, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky»).

En tercer lugar, «... *en la fuerza de la costumbre*, en la fuerza de la *pequeña producción*. Pues, por desgracia, ha quedado todavía en el mundo mucha pequeña producción y ésta *engendra* al capitalismo y a la burguesía constantemente, cada día, cada hora, por un proceso espontáneo y en masa», ... pues «suprimir las clases no consiste únicamente en expulsar a los terratenientes y a los capitalistas—esto lo hemos hecho ya nosotros con relativa facilidad—, sino también en *suprimir los pequeños productores de mercancías*. Pero a éstos *es imposible expulsarlos*, es imposible aplastarlos: *hay que entenderse* con ellos, se les puede (y se les debe) transformar, reeducar tan sólo mediante una labor de organización muy larga, lenta y cautelosa» (*Lenin*, t. XXV, págs. 173 y 189, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

He aquí por qué Lenin dice que

«la dictadura del proletariado es la guerra más abnegada y más implacable de la nueva clase contra un enemigo *más poderoso*, contra la burguesía, cuya resistencia se halla *decuplicada* por su derrocamiento»; que «la dictadura del proletariado es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad» (Lugar citado, págs. 173 y 190).

No hace falta demostrar que es absolutamente imposible cumplir estas tareas en un plazo breve, llevar todo esto a la práctica en unos cuan-

tos años. Por eso, en la dictadura del proletariado, en el tránsito del capitalismo al comunismo, no hay que ver un período pasajero, que reviste la forma de una serie de actos y decretos «revolucionarísimos», sino toda una época histórica, llena de guerras civiles y de choques exteriores, de una labor tenaz de organización y de construcción económica, de ofensivas y retiradas, de victorias y derrotas. Esta época histórica no sólo es necesaria para sentar las premisas económicas y culturales del triunfo completo del socialismo, sino también para dar al proletariado la posibilidad de, primero, educarse y templarse como fuerza capaz de gobernar el país, y, segundo, reeducar y transformar a las capas pequeñoburguesas en un sentido que asegure la organización de la producción socialista.

«Tenéis que pasar—decía Marx a los obreros—por quince, veinte, cincuenta años de guerras civiles y batallas internacionales, no sólo para cambiar el régimen existente, sino también para cambiaros vosotros mismos y capacitaros para la dominación política» (Obras completas de Marx y Engels. Edición del Instituto Marx-Engels-Lenin, t. VIII, pág. 506, «En torno a la historia de la Liga Comunista»).

Prosiguiendo y desarrollando la idea de Marx, Lenin escribe:

«Bajo la dictadura del proletariado, será preciso reeducar a millones de campesinos y pequeños propietarios, a centenares de miles de empleados, funcionarios, intelectuales burgueses, subordinando a todos al Estado proletario y a la dirección proletaria, y vencer en ellos sus hábitos y tradiciones burgueses», así como también será necesario «... reeducar... con una lucha prolongada, sobre la base de la dictadura del proletariado, a los proletarios mismos, que no se desembarazarán de sus prejuicios pequeñoburgueses de golpe, por un milagro, por gracia del Espíritu Santo o por el efecto mágico de una consigna, de una resolución, de un decreto, sino únicamente por medio de una lucha de masas prolongada y difícil contra las influencias pequeñoburguesas que existen entre las masas» (*Lenin*, t. XXV, págs. 248 y 247, «La enfermedad infantil del «izquierdismo"...»).

2. *La dictadura del proletariado, como dominación del proletariado sobre la burguesía.* Ya de lo que queda dicho se desprende que la dictadura del proletariado no es un simple cambio de personas en un gobierno, un cambio de «gabinete», etc., que deja intacto el antiguo orden económico y político. Los mencheviques y oportunistas de todos los países, que le temen a la dictadura como al fuego y sustituyen por miedo la idea de la dictadura por la de «conquista del Poder», suelen reducir la «conquista del Poder» a un cambio de «gabinete», a la subida al Poder de un nuevo ministerio, formado por individuos como Scheidemann y Noske, MacDonald y Henderson. No creemos que haga falta detenernos a explicar que estos cambios de gabinete y otros semejantes no tienen nada que ver con la dictadura del proletariado, con la conquista del verdadero Poder por el verdadero proletariado. Los MacDonald y los Scheidemann en el Poder, dejando intacto el antiguo orden de cosas burgués, sus gobiernos—llamémoslos así—no pueden ser más que un aparato puesto al servicio de la burguesía, un medio para cubrir las lacras del impe-

rialismo, un instrumento puesto en manos de la burguesía contra el movimiento revolucionario de las masas oprimidas y explotadas. El capital, cuando le resulta inadecuado, desventajoso y difícil oprimir y explotar abiertamente a las masas, necesita como pantalla gobiernos de éstos. Naturalmente, la aparición de semejantes gobiernos es síntoma de que «entre ellos» (es decir, entre los capitalistas) reina cierta inquietud, pero, a pesar de todo, los gobiernos de este tipo siguen siendo, inevitablemente, gobiernos del capital, disfrazados. De un gobierno MacDonald o Scheidemann a la conquista del Poder por el proletariado, hay tanta distancia como de la tierra al cielo. La dictadura del proletariado es, no un cambio de gobierno, sino un Estado nuevo, con nuevos órganos de Poder centrales y locales, el Estado del proletariado, que surge sobre las ruinas del Estado antiguo, del Estado de la burguesía.

La dictadura del proletariado no surge sobre la base del orden burgués, sino en el proceso de la destrucción de éste, después del derrocamiento de la burguesía, en el proceso de la expropiación de los terratenientes y capitalistas, en el proceso de la socialización de los instrumentos y medios de producción fundamentales, en el proceso de la revolución violenta del proletariado. La dictadura del proletariado es un Poder revolucionario que se apoya en la violencia contra la burguesía.

El Estado es una máquina puesta en manos de la clase dominante para aplastar la resistencia de sus adversarios de clase. *En este sentido*, la dictadura del proletariado no se distingue esencialmente en nada de la dictadura de cualquier otra clase, pues el Estado proletario es una máquina para aplastar a la burguesía. Pero hay aquí una diferencia *esencial*. Esta diferencia consiste en que todos los Estados de clase existentes hasta ahora eran la dictadura de una minoría explotadora sobre una mayoría explotada, mientras que la dictadura del proletariado es la dictadura de la mayoría explotada sobre la minoría explotadora.

Resumiendo: «*La dictadura del proletariado es la dominación del proletariado sobre la burguesía, dominación no limitada por la ley y que se basa en la violencia y goza de la simpatía y el apoyo de las masas trabajadoras y explotadas*» (*Lenin*, «El Estado y la Revolución»).

De aquí se desprenden dos conclusiones fundamentales:

Primera conclusión: La dictadura del proletariado no puede ser una democracia «completa», una democracia para *todos*, para pobres y para ricos; la dictadura del proletariado «debe ser inevitablemente un Estado democrático de una manera nueva (*para* (*) los proletarios y los desposeídos en general), y dictatorial de una manera nueva (*contra* (*) la burguesía)...» (*Lenin*, t. XXI, pág 393, «El Estado y la Revolución»). Las pláticas de Kautsky y compañía sobre la igualdad universal, sobre la democracia «pura», la democracia «perfecta», etc., no son más que la tapadera burguesa de un hecho indudable: la igualdad entre explotados y

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

explotadores es imposible. La teoría de la democracia «pura» es la teoría de la aristocracia obrera, domesticada y cebada por los saqueadores imperialistas. Esta teoría fué creada para cubrir las lacras del capitalismo, para disfrazar el imperialismo e infundirle fuerza moral en la lucha contra las masas explotadas. Bajo el capitalismo no existen ni pueden existir verdaderas «libertades» para los explotados, aunque sólo sea por el hecho de que los locales, las imprentas, los depósitos de papel, etc., necesarios para poner en práctica estas «libertades», constituyen un privilegio de los explotadores. Bajo el capitalismo, no se da ni puede darse una verdadera participación de las masas explotadas en el gobierno del país, aunque sólo sea por el hecho de que bajo las condiciones del capitalismo, aun con el régimen más democrático, los gobiernos no los forma el pueblo, sino que los forman los Rotschild, los Stinnes, los Rockefeller y los Morgan. Bajo el capitalismo, la democracia es una democracia *capitalista*, la democracia de la minoría explotadora, basada en la restricción de los derechos de la mayoría explotada y dirigida contra esta mayoría. Sólo bajo la dictadura proletaria puede haber verdaderas «libertades» para los explotados y una verdadera participación de los proletarios y de los campesinos en la gobernación del país. Bajo la dictadura del proletariado, la democracia es una democracia *proletaria*, una democracia de la mayoría explotada, basada en la restricción de los derechos de la minoría explotadora y dirigida contra esta minoría.

Segunda conclusión: La dictadura del proletariado no puede surgir como resultado del desarrollo pacífico de la sociedad burguesa y de la democracia burguesa; sólo puede surgir como resultado de la destrucción de la máquina del Estado burgués, del ejército burgués, del aparato burocrático burgués, de la policía burguesa:

«La clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines»—dicen Marx y Engels en el prólogo al «Manifiesto del Partido Comunista»—. La revolución proletaria debe «... no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, como se venía haciendo hasta ahora, sino *romperla*... y ésta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente», dice Marx en su carta a Kugelmann, escrita en 1871.

La limitación hecha por Marx respecto al continente ha servido de pretexto a los oportunistas y mencheviques de todos los países para proclamar que Marx admitía la posibilidad de una transformación pacífica de la democracia burguesa en democracia proletaria; por lo menos, respecto a algunos países que no forman parte del continente europeo (Inglaterra, Estados Unidos). En efecto, Marx admitía esta posibilidad, y tenía fundamento para admitirla, respecto a Inglaterra y los Estados Unidos, en la década del 70 del siglo pasado, cuando no existía aún el capitalismo monopolista, no existía el imperialismo, y estos países no tenían todavía, gracias a las condiciones especiales de su desenvolvimiento, un militarismo y un burocratismo desarrollados. Así se mantuvo

la cosa hasta que se desarrolló el imperialismo. Pero más tarde, pasados treinta o cuarenta años, cuando la situación de estos países se ha modificado radicalmente, cuando el imperialismo se ha desarrollado y abarca a todos los países capitalistas sin excepción, cuando el militarismo y el burocratismo han hecho su aparición en Inglaterra y en los Estados Unidos, cuando las condiciones especiales del desarrollo pacífico en Inglaterra y en los Estados Unidos han desaparecido, la salvedad hecha con respecto a estos países tiene que desaparecer por sí misma.

«Hoy—dice Lenin—, en 1917, en la época de la primera gran guerra imperialista, esta limitación hecha por Marx no tiene razón de ser. Inglaterra y Norteamérica, los más grandes y los últimos representantes—en el mundo entero—de la «libertad» anglosajona, en el sentido de ausencia de militarismo y de burocratismo, han ido rodando completamente al inmundo y sangriento pantano, común a toda Europa, de las instituciones burocrático-militares, que todo lo someten y lo aplastan. Hoy, también en Inglaterra y en Norteamérica es «condición previa de toda revolución verdaderamente popular» el *romper*, el *destruir* la «máquina estatal existente» (y que allí ha alcanzado, en los años de 1914 a 1917, la perfección «europea», la perfección común al imperialismo») (*Lenin*, t. XXI, pág. 395, «El Estado y la Revolución»).

Dicho en otros términos, la ley de la revolución violenta del proletariado, la ley de la destrucción de la máquina del Estado burgués, como premisa de esta revolución, es una ley inevitable del movimiento revolucionario en todos los países imperialistas del mundo.

Claro está que, en un porvenir lejano, si el proletariado triunfa en los países capitalistas más importantes y el actual cerco capitalista es sustituído por un cerco socialista, será absolutamente posible la trayectoria «pacífica» de desarrollo en algunos países capitalistas, en que los capitalistas, movidos por la situación internacional «desfavorable», juzguen conveniente hacer al proletariado, «voluntariamente», concesiones importantes. Pero esta hipótesis sólo se refiere a un porvenir lejano y posible. Para un porvenir cercano, esta hipótesis no tiene ningún fundamento, absolutamente ninguno.

Por eso Lenin tiene razón, cuando dice:

«La revolución proletaria es imposible sin la destrucción violenta de la máquina del Estado burgués y sin su sustitución por otra *nueva*» (*Lenin*, t. XXIII, pág. 342, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky»).

3. *El Poder Soviético, como forma de Estado de la dictadura del proletariado.* El triunfo de la dictadura del proletariado significa el aplastamiento de la burguesía, la destrucción de la máquina del Estado burgués, la sustitución de la democracia burguesa por la democracia proletaria. Esto es claro. Pero ¿con ayuda de qué organizaciones se puede llevar a cabo esta gigantesca labor? No creemos que pueda caber duda acerca de que las viejas formas de organización del proletariado, que surgieron sobre la base del parlamentarismo burgués, no sirven para una labor como ésta. ¿Cuáles son, pues, las nuevas formas de organización

del proletariado, aptas para desempeñar el papel de enterradoras de la máquina del Estado burgués, aptas no sólo para destruir esta máquina y no sólo para sustituir la democracia burguesa por la democracia proletaria, sino para convertirse en base del Poder estatal proletario?

Esta nueva forma de organización del proletariado son los Soviets.

¿En qué consiste la fuerza de los Soviets en comparación con las viejas formas de organización?

En que los Soviets son las *más vastas* organizaciones de masas del proletariado, pues sólo ellos, los Soviets, encuadran a todos los obreros sin excepción.

En que los Soviets son las *únicas* organizaciones de masas que engloban a todos los oprimidos y explotados, a los obreros y campesinos, a los soldados y marineros, y en que, como consecuencia de esto, permiten llevar a cabo la dirección política de la lucha de masas por la vanguardia de estas masas, por el proletariado, del modo más fácil y completo.

En que los Soviets son los órganos *más potentes* de la lucha revolucionaria de masas, de las acciones políticas de masas, de la insurrección de masas, órganos capaces de destruir la omnipotencia del capital financiero y de sus apéndices políticos.

En que los Soviets son organizaciones *directas* de las mismas masas, es decir, las organizaciones *más democráticas*, y, por tanto, con mayor autoridad entre las masas; facilitan en un grado máximo la participación de éstas en la organización del nuevo Estado y en su gobernación y despliegan en su grado máximo la energía revolucionaria, la iniciativa, la capacidad creadora de las masas en la lucha por la destrucción del antiguo orden de cosas y en la lucha por un orden de cosas nuevo, por un orden de cosas proletario.

El Poder Soviético es la unificación y estructuración de los Soviets locales en una organización general de Estado, en la organización estatal del proletariado, como vanguardia de las masas oprimidas y explotadas y como clase dominante, su unificación dentro de una República de los Soviets.

La esencia del Poder Soviético reside en que las organizaciones más de masas y más revolucionarias, precisamente de aquellas clases que estaban oprimidas por los capitalistas y terratenientes, son ahora «la base *permanente y única* de todo el Poder estatal, de todo el aparato del Estado», en que «precisamente estas masas que hasta en las repúblicas burguesas más democráticas», aunque con arreglo a la ley sean iguales en derechos, «de hecho, por medio de mil procedimientos y artimañas, se veían apartadas de la participación en la vida política y del goce de los derechos y de las libertades democráticas, tienen hoy una participación *permanente*, ineludible y además *decisiva*(*) en la dirección democrática del Estado» *(Lenin*, t. XXIV, pág. 13, Discurso y tesis sobre la democracia

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

burguesa y la dictadura del proletariado, presentadas al I Congreso de la Internacional Comunista).

He aquí por qué el Poder Soviético es una *nueva forma* de organización estatal, que se distingue en principio de la vieja forma democrático-burguesa y parlamentaria, un *nuevo tipo* de Estado, adecuado no a la obra de explotación y opresión de las masas trabajadoras, sino a la obra de liberar completamente a estas masas de toda opresión y de toda explotación, adecuado a la obra de la dictadura del proletariado.

Lenin tiene razón cuando dice que, con la aparición del Poder Soviético, «la época del parlamentarismo democrático-burgués ha terminado y se abre un nuevo capítulo de la historia universal: la era de la dictadura proletaria».

¿En qué consisten los rasgos característicos del Poder Soviético?

En que el Poder Soviético es la organización estatal más de masas y más democrática de todas las organizaciones de Estado posibles bajo las condiciones de la existencia de clases, pues siendo como es el terreno en que se realiza la alianza y la colaboración de obreros y campesinos explotados en la lucha contra los explotadores y apoyándose para su labor en esta alianza y en esta colaboración, es, por ello mismo, el Poder de la mayoría de la población sobre la minoría, el Estado de esa mayoría, la expresión de su dictadura.

En que el Poder Soviético es la más internacional de todas las organizaciones estatales de la sociedad de clases, porque, destruyendo toda opresión nacional y apoyándose sobre la colaboración de las masas trabajadoras de distintas nacionalidades, facilita, por ello mismo, la unificación de estas masas en una sola federación estatal.

En que el Poder Soviético facilita, por su misma estructura, la dirección de las masas oprimidas y explotadas por su vanguardia, por el proletariado, como el núcleo más cohesionado y más consciente de los Soviets.

«La experiencia de todas las revoluciones y de todos los movimientos de las clases oprimidas, la experiencia del movimiento socialista mundial—dice Lenin—nos enseña que sólo el proletariado es capaz de reunir y arrastrar consigo a las capas dispersas y atrasadas de la población trabajadora y explotada» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 14, discurso y tesis «Sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado»).

La estructura del Poder Soviético facilita la aplicación de las enseñanzas que resultan de esta experiencia.

En que el Poder Soviético, uniendo el Poder legislativo y el Poder ejecutivo en una organización única de Estado y sustituyendo los distritos electorales de tipo territorial por las unidades de producción—las fábricas y talleres—, pone a las masas obreras y a las masas trabajadoras en general, en relación directa con el aparato de dirección del Estado y las enseña a gobernar el país.

En que sólo el Poder Soviético es capaz de sustraer al ejército de la

subordinación al mando burgués y convertirlo, de instrumento de opresión del pueblo como lo es bajo el régimen burgués, en instrumento que libere al pueblo del yugo de la burguesía, tanto de la propia como de la ajena.

En que «sólo la organización soviética del Estado puede en realidad destruir de golpe y romper definitivamente el viejo aparato, es decir, el aparato burocrático y judicial burgués» (Lugar citado).

En que sólo la forma soviética de Estado, que incorpora a la participación permanente e incondicional en la dirección del Estado a las organizaciones de masas de los trabajadores y explotados, es capaz de preparar la extinción del Estado, la cual es uno de los elementos fundamentales de la futura sociedad sin Estado, de la sociedad comunista.

La República de los Soviets es, por todo esto, la forma política buscada y al fin descubierta, en cuyos marcos tiene que realizarse la liberación económica del proletariado, el triunfo completo del socialismo.

La Comuna de París fué el germen de esta forma política. El Poder Soviético es su desarrollo y su culminación.

He aquí por qué Lenin dice que

«la República de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos no es sólo la forma de tipo más elevado de las instituciones democráticas..., sino la *única(*)* forma capaz de asegurar el tránsito menos doloroso posible al socialismo» (*Lenin*, t. XXII, pág. 131, «Tesis sobre la Asamblea Constituyente»).

V

LA CUESTION CAMPESINA

Destacaré de este tema cuatro cuestiones: 1) el planteamiento de la cuestión; 2) los campesinos durante la revolución democráticoburguesa; 3) los campesinos durante la revolución proletaria; 4) los campesinos después de la consolidación del Poder Soviético.

1. *Planteamiento de la cuestión.* Algunos piensan que lo fundamental en el leninismo es la cuestión campesina, que el punto de partida del leninismo es la cuestión de los campesinos, de su papel, de su importancia. Esto es completamente falso. La cuestión fundamental del leninismo, su punto de partida, no es la cuestión campesina, sino la cuestión de la dictadura del proletariado, de las condiciones en que ésta se conquista y de las condiciones en que se consolida. La cuestión campesina, como la cuestión del aliado del proletariado en su lucha por el Poder, es una cuestión derivada.

Sin embargo, esta circunstancia no reduce en lo más mínimo la grande y palpitante importancia que indudablemente tiene esta cuestión para la revolución proletaria. Como es sabido, en las filas de los marxistas

(*) Subrayado por mí. (*J. St.*)

rusos, la cuestión campesina empezó a estudiarse de un modo serio precisamente en vísperas de la primera revolución (1905), cuando la cuestión del derrocamiento del zarismo y de la realización de la hegemonía del proletariado se planteó en toda su magnitud ante el Partido, y la cuestión del aliado del proletariado en la revolución burguesa inminente tomó un carácter palpitante. Es sabido también que la cuestión campesina adquirió en Rusia todavía mayor actualidad durante la revolución proletaria, cuando la cuestión de la dictadura del proletariado, de su conquista y de su mantenimiento condujo a la cuestión de los aliados del proletariado en la revolución proletaria inminente. Y esto es comprensible: quien marcha hacia el Poder y se prepara para él, no puede por menos de interesarse por el problema de sus verdaderos aliados.

En este sentido, la cuestión campesina es una parte de la cuestión general de la dictadura del proletariado y, como tal, una de las cuestiones más palpitantes del leninismo.

La indiferencia e incluso la actitud francamente negativa de los partidos de la Segunda Internacional ante la cuestión campesina no se explica solamente por las condiciones específicas en que se desarrolla en el Occidente. Se explica, ante todo, porque estos partidos no creen en la dictadura del proletariado, temen a la revolución y no piensan en conducir al proletariado al Poder; y quien teme a la revolución, quien no quiere llevar a los proletarios al Poder, no puede interesarse por la cuestión de los aliados del proletariado en la revolución; para quien así procede, la cuestión de los aliados es una cuestión indiferente, sin valor de actualidad. La actitud irónica de los héroes de la Segunda Internacional ante la cuestión campesina es considerada por ellos como signo de buen tono, como signo de marxismo «auténtico». En realidad, esta actitud no contiene ni un ápice de marxismo, pues la indiferencia ante una cuestión tan importante como la cuestión campesina, en vísperas de la revolución proletaria, no es más que un aspecto de la negación de la dictadura del proletariado, un signo indudable de traición directa al marxismo.

La cuestión se plantea así: *¿Están ya gastadas* o no las posibilidades revolucionarias que encierra en su seno la masa campesina, como resultado de determinadas condiciones de su existencia? Y si no lo están, *¿existe una base, una esperanza* de poder aprovechar estas posibilidades *para* la revolución proletaria, de convertir a los campesinos, a su mayoría explotada, de reserva de la burguesía, como lo fué durante las revoluciones burguesas de Occidente y lo sigue siendo aún en la actualidad, en reserva del proletariado, en aliado de éste?

El leninismo da a esta pregunta una respuesta afirmativa, es decir, reconoce la existencia de una capacidad revolucionaria en las filas de la mayoría de los campesinos y la posibilidad de aprovecharla en interés de la dictadura del proletariado. La historia de las tres revoluciones rusas confirma íntegramente las conclusiones del leninismo en punto a esta cuestión.

De aquí la conclusión práctica de apoyar, apoyar obligatoriamente a las masas trabajadoras del campo, en su lucha contra la esclavitud y la explotación, en su lucha por redimirse de la opresión y de la miseria. Esto no significa, naturalmente, que el proletariado debe apoyar *todo* movimiento campesino. Aquí se trata de un apoyo prestado a los movimientos y a las luchas de los campesinos, que faciliten directa o indirectamente el movimiento de liberación del proletariado, que impulsen, de una u otra forma, la revolución proletaria, que contribuyan a convertir a los campesinos en reserva y aliado de la clase obrera.

2. *Los campesinos, durante la revolución democráticoburguesa.* Este período abarca el espacio de tiempo comprendido entre la primera revolución rusa (1905) y la segunda (febrero de 1917) inclusive. El rasgo característico de este período consiste en que los campesinos se emancipan de la influencia de la burguesía liberal, en que los campesinos se *apartan* de los kadetes, en que *viran* hacia el proletariado, hacia el Partido bolchevique. La historia de este período es la historia de la lucha entre los kadetes(*) (burguesía liberal) y los bolcheviques (proletariado) por conquistar los campesinos. La suerte de esta lucha la decidió el período de las Dumas, pues el período de las cuatro Dumas sirvió de lección práctica a los campesinos, y esta lección les demostró palmariamente que de manos de los kadetes no recibirían ni la tierra ni la libertad, que el zar se hallaba por entero al lado de los terratenientes y que los kadetes apoyaban al zar; que la única fuerza con cuya ayuda podrían contar eran los obreros de la ciudad, el proletariado. La guerra imperialista no hizo más que confirmar las enseñanzas del período de las Dumas, llevando hasta el fin el apartamiento de los campesinos de la burguesía, llevando a término la obra de aislar a la burguesía liberal, pues los años de guerra demostraron que la esperanza de obtener del zar y de sus aliados burgueses la paz era una esperanza totalmente vana y engañosa. Sin las lecciones prácticas del período de las Dumas, hubiera sido imposible la hegemonía del proletariado.

Así fué como se formó la alianza de los obreros y los campesinos en la revolución democráticoburguesa. Así fué como se formó la hegemonía (dirección) del proletariado en la lucha conjunta por el derrocamiento del zarismo, hegemonía que condujo a la Revolución de Febrero de 1917.

Las revoluciones burguesas de Occidente (Inglaterra, Francia, Alemania, Austria) siguieron, como es sabido, otro camino. En estos países, la hegemonía no perteneció al proletariado, que, por su debilidad, no representaba ni podía representar una fuerza política independiente, sino a la burguesía liberal. Allí, los campesinos no obtuvieron su liberación del régimen de servidumbre de manos del proletariado, poco numeroso y no organizado, sino de manos de la burguesía. Allí, los campesinos

(*) «Kadetes»: nombre abreviado del partido «constitucional demócrata» de la burguesía monárquico-liberal, fundado en octubre de 1905. Se titula también «Partido de la Libertad del Pueblo». *(N. del T.)*

marchaban contra el antiguo régimen del brazo de la burguesía liberal. Allí, los campesinos representaban una reserva de la burguesía y, como consecuencia de esto, allí la revolución se tradujo en un fortalecimiento enorme de la importancia política de la burguesía.

En Rusia, por el contrario, la revolución burguesa dió resultados directamente opuestos; la revolución rusa se tradujo no en el fortalecimiento, sino en el debilitamiento de la burguesía como fuerza política; no se tradujo en la multiplicación de sus reservas políticas, sino en la pérdida de su reserva fundamental: en la pérdida de los campesinos. En Rusia, la revolución burguesa colocó en primer plano, no a la burguesía liberal, sino al proletariado revolucionario, agrupando en torno suyo a millones y millones de campesinos.

Esto explica, entre otras cosas, el hecho de que la revolución burguesa en Rusia se transformase, en un plazo relativamente breve, en revolución proletaria. La hegemonía del proletariado fué el germen y la fase de transición a la dictadura del proletariado.

¿Cómo explicar este fenómeno peculiar de la revolución rusa, que no encuentra precedentes en la historia de las revoluciones burguesas occidentales? ¿Dónde reside el origen de esta peculiaridad?

Se explica por el hecho de que en Rusia la revolución burguesa se desenvolvió bajo las condiciones de una lucha de clases más desarrollada que en Occidente, por el hecho de que el proletariado ruso había logrado ya convertirse por entonces en una fuerza política independiente, mientras que la burguesía liberal, asustada por el espíritu revolucionario del proletariado, perdió toda apariencia de revolucionarismo (sobre todo después de las enseñanzas de 1905) y se alió con el zar y los terratenientes en contra de la revolución, en contra de los obreros y de los campesinos.

Conviene fijar la atención en las siguientes circunstancias, que determinan el carácter peculiar de la revolución burguesa rusa:

a) La extraordinaria concentración de la industria rusa en vísperas de la revolución. Es sabido, por ejemplo, que el 54 por 100 de todos los obreros de Rusia trabajaba en empresas de más de 500 obreros, mientras que en un país tan desarrollado como los Estados Unidos sólo trabajaba en empresas de éstas el 33 por 100 del total de los obreros. No hace falta demostrar que ya esta sola circunstancia, unida a la existencia de un partido revolucionario como el Partido bolchevique, convertía a la clase obrera de Rusia en la fuerza más importante de la vida política del país.

b) Las escandalosas formas de explotación que imperaban en las empresas, unidas al intolerable régimen policiaco de los verdugos zaristas, hacían de toda huelga importante de los obreros un acto político grandioso y templaban a la clase obrera como fuerza revolucionaria consecuente hasta el fin.

c) La debilidad política de la burguesía rusa, convertida después de la revolución de 1905 en servidora del zarismo y en una fuerza netamente

contrarrevolucionaria, lo que se explica no sólo por el espíritu revolucionario del proletariado ruso, que echó a la burguesía en brazos del zarismo, sino porque esta burguesía dependía directamente de los pedidos del Estado.

d) La existencia de las supervivencias más escandalosas y más intolerables del feudalismo en el campo, complementadas por la omnipotencia del terrateniente, circunstancia que echó a los campesinos en brazos de la revolución.

e) El hecho de que el zarismo atropellara a todo ser viviente y agravara con su arbitrariedad la opresión de los capitalistas y de los terratenientes, circunstancia que unió la lucha de los obreros y de los campesinos en un solo torrente revolucionario.

f) La guerra imperialista, que fundió todas estas contradicciones de la vida política de Rusia en una profunda crisis revolucionaria y dió a la revolución una fuerza de empuje increíble.

En estas condiciones, ¿hacia dónde iban a dirigir sus miradas los campesinos? ¿En quién iban a buscar apoyo contra la omnipotencia del terrateniente, contra la arbitrariedad del zar, contra la guerra desastrosa, que arruinaba su economía? ¿En la burguesía liberal? Esta era un enemigo, como lo había demostrado la larga experiencia de las cuatro Dumas. ¿En los socialrevolucionarios? Estos eran, naturalmente, «mejores» que los kadetes, y su programa era «aceptable», casi campesino; pero ¿qué podían darles los socialrevolucionarios, si pensaban apoyarse sólo en los campesinos y eran débiles en la ciudad, de donde sacaba ante todo sus fuerzas el enemigo? ¿Dónde estaba la nueva fuerza que no se detendría ante nada, ni en el campo ni en la ciudad, que se situaría valientemente en primera fila, en la lucha contra el zar y los terratenientes, que ayudaría a los campesinos a sacudir su esclavitud, a conquistar la tierra, a liberarse de la opresión, de la guerra? ¿Existía en general en Rusia semejante fuerza? Sí, existía. Era el proletariado ruso, que había puesto ya de manifiesto en 1905 su fuerza, su capacidad para luchar hasta el fin, su valentía, su espíritu revolucionario.

En todo caso, no existía ninguna otra fuerza semejante, ni había de dónde sacarla.

He aquí por qué los campesinos, después de desligarse de los kadetes y vincularse a los socialrevolucionarios, llegaron al convencimiento de la necesidad de someterse a la dirección de un jefe de la revolución tan valiente como el proletariado ruso.

Tales fueron las circunstancias que determinaron la peculiaridad de la revolución burguesa en Rusia.

3. *Los campesinos, durante la revolución proletaria.* Este período abarca el intervalo comprendido entre la Revolución de Febrero (1917) y la Revolución de Octubre (1917). Es un período relativamente breve, de ocho meses solamente, pero, desde el punto de vista de la formación política y de la educación revolucionaria de las masas, esos ocho meses

pueden con toda seguridad ser equiparados a decenios enteros de desarrollo constitucional normal, pues son ocho meses de *revolución*. El rasgo característico de este período consiste en que los campesinos se radicalizan más, se desilusionan de los socialrevolucionarios, se *apartan* de los socialrevolucionarios; los campesinos dan un nuevo *viraje* hacia la *cohesión directa* en torno al proletariado, como única fuerza revolucionaria consecuente hasta el fin, capaz de llevar al país hacia la paz. La historia de este período es la historia de la lucha de los socialrevolucionarios (democracia pequeñoburguesa) y de los bolcheviques (democracia proletaria) por conquistar a los campesinos, por ganar influencia sobre la mayoría de los campesinos. La suerte de esta lucha la decidieron el período de la coalición, el período de la «kerenskiada», la negativa de los socialrevolucionarios y mencheviques a confiscar las tierras de los terratenientes, la lucha de los socialrevolucionarios y de los mencheviques por la continuación de la guerra, la ofensiva de junio en el frente, el establecimiento de la pena de muerte para los soldados, la sublevación de Kornílov.

Si antes, en el período anterior, la cuestión fundamental de la revolución había sido el derrocamiento del zarismo y del poder de los terratenientes, ahora, en el período que sigue a la Revolución de Febrero, en que ya no había zar y en que la guerra interminable había dejado exhausta la economía del país, arruinando enteramente a los campesinos, la cuestión de liquidar la guerra se había convertido en la cuestión fundamental de la revolución. El centro de gravedad se desplazó, evidentemente, de las cuestiones de carácter puramente interior a la cuestión fundamental: el de la guerra. «¡Acabar la guerra!», «¡Librarse de la guerra!»: tal era el clamor general del país extenuado y, sobre todo, de los campesinos.

Mas, para librarse de la guerra, era preciso derribar el Gobierno provisional, era necesario derribar el Poder de la burguesía, era necesario derribar el Poder de los socialrevolucionarios y mencheviques, pues eran ellos y solamente ellos quienes se esforzaban en continuar la guerra hasta «la victoria final». En la práctica, no había para salir de la guerra más camino que el derrocamiento de la burguesía.

Era una nueva revolución, una revolución proletaria, ya que arrojaba del Poder a la última fracción, la fracción de extrema izquierda de la burguesía imperialista: al partido de los socialrevolucionarios y al de los mencheviques, para crear un nuevo Poder, un Poder proletario, el Poder Soviético, para instaurar en el Poder al Partido del proletariado revolucionario, al Partido bolchevique, al Partido de la lucha revolucionaria contra la guerra imperialista y por una paz democrática. La mayoría de los campesinos apoyó la lucha de los obreros por la paz, por el Poder Soviético.

Los campesinos no tenían ni podían tener otra salida.

El período de la «kerenskiada» fué, por tanto, la mayor enseñanza

tangible para las masas trabajadoras del campo, pues demostró hasta la evidencia que, bajo el poder de los socialrevolucionarios y de los mencheviques, el país no se libraría de la guerra y los campesinos no obtendrían ni la tierra ni la libertad; que los mencheviques y los socialrevolucionarios sólo se distinguían de los kadetes por sus discursos melifluos y sus promesas engañosas, pero que, en realidad, practicaban la misma política imperialista que los kadetes, y que el único Poder capaz de conducir al país por el verdadero camino era el Poder Soviético. La prolongación de la guerra no hizo más que confirmar la verdad de esta enseñanza, espoleando la revolución y empujando a las masas de millones de campesinos y soldados por el camino de la *cohesión directa* en torno a la revolución proletaria. El aislamiento de los socialrevolucionarios y de los mencheviques se convirtió en un hecho irrevocable. Sin las enseñanzas evidentes del período de la coalición, no hubiera sido posible la dictadura del proletariado.

Tales fueron las circunstancias que facilitaron el proceso de transformación de la revolución burguesa en revolución proletaria.

Así fué como se formó en Rusia la dictadura del proletariado.

4. *Los campesinos, después de la consolidación del Poder Soviético.* Si antes, en el primer período de la revolución, la cuestión consistía principalmente en el derrocamiento del zarismo, y más tarde, después de la Revolución de Febrero, consistía ante todo en salir de la guerra imperialista mediante el derrocamiento de la burguesía, ahora, después de la liquidación de la guerra civil y de la consolidación del Poder Soviético, pasan a primer plano las cuestiones de la edificación económica. Reforzar y desarrollar la industria nacionalizada; vincular, a este efecto, la industria a la economía campesina a través del comercio regulado por el Estado; sustituir el sistema de contingentación (entrega obligatoria al Estado de los productos sobrantes) por el impuesto en especie, para luego, disminuyendo gradualmente este impuesto, pasar al intercambio entre los artículos industriales y los productos de la economía campesina; reanimar el comercio y desarrollar la cooperación, atrayendo a ésta a millones de campesinos: he aquí cómo esbozaba Lenin las tareas inmediatas de la edificación económica, encaminada a sentar las bases de la economía socialista.

Dícese que esta tarea puede resultar inasequible en un país tan campesino como Rusia. Algunos escépticos llegan incluso a decir que esta tarea es puramente utópica, irrealizable, pues los campesinos son campesinos, es decir, pequeños productores que, por tanto, no pueden ser aprovechados para organizar las bases de la producción socialista.

Pero los escépticos se equivocan, pues no tienen en cuenta algunas circunstancias que encierran, en este caso, una importancia decisiva.

Veamos las principales:

Primera. No hay que confundir a los campesinos de la Unión Soviética con los campesinos de Occidente. Un campesino que ha pasado por

la escuela de tres revoluciones, que ha luchado del brazo del proletariado y bajo la dirección del proletariado contra el zar y el Poder burgués, un campesino que ha recibido de manos de la revolución proletaria la tierra y la paz y que, gracias a esto, se ha convertido en la reserva del proletariado; este campesino no puede por menos de diferenciarse del campesino que ha luchado en la revolución burguesa bajo la dirección de la burguesía liberal, que ha recibido la tierra de manos de esta burguesía y que se ha convertido, gracias a esto, en reserva de la burguesía. No hace falta demostrar que el campesino soviético, acostumbrado a apreciar la amistad política y la colaboración política del proletariado y que debe su libertad a esta amistad y a esta colaboración, no puede por menos de ser un elemento extraordinariamente apto para la colaboración económica con el proletariado.

Engels decía que «la conquista del Poder político por el Partido socialista se ha convertido en una empresa del futuro inmediato», que «para conquistarlo, el Partido debe primero salir de la ciudad al campo y hacerse fuerte en el campo» (*). Engels escribía esto en el último decenio del siglo pasado, refiriéndose a los campesinos de Occidente. No es preciso demostrar que los comunistas rusos, que han llevado a cabo en este respecto una labor gigantesca en el transcurso de tres revoluciones, han conseguido crearse ya en el campo una influencia y un apoyo tales, que nuestros compañeros de Occidente no pueden soñar siquiera en ellos. ¿Cómo es posible negar que esta circunstancia tiene por fuerza que facilitar radicalmente, en Rusia, el establecimiento de la colaboración económica entre la clase obrera y los campesinos?

Los escépticos repiten automáticamente que los pequeños campesinos son un factor incompatible con la edificación socialista. Pero escuchad lo que dice Engels a propósito de los pequeños campesinos de Occidente:

«Estamos decididamente al lado del pequeño campesino; haremos todo lo posible para que a éste le sea más llevadera la existencia, para facilitarle el paso a la cooperación, si se decide a ello; caso de que no se halle todavía en condiciones de tomar esta decisión, trataremos de concederle el mayor tiempo posible para que pueda reflexionar acerca de esto en su parcela. Procederemos así no sólo porque consideramos posible que los pequeños campesinos que trabajan por su cuenta se pasen a nuestro lado, sino también teniendo en cuenta los intereses inmediatos del Partido. Cuanto mayor sea el número de campesinos a quienes no dejemos descender al nivel de proletarios y a los que podamos atraernos ya como campesinos, más rápida y fácilmente se llevará a cabo la transformación social. Sería tiempo perdido, para nosotros, esperar para esta transformación a que la producción capitalista se desarrolle en todas partes hasta sus últimas consecuencias, a que el último pequeño artesano y el último pequeño campesino sean víctimas de la gran producción capitalista. Los sacrificios materiales que sea necesario hacer en este sentido en interés de los campesinos, a expensas del tesoro público, podrán parecer, desde el punto de vista de la economía capitalista, dinero tirado, pero son una magnífica inversión de capital, pues economizan tal vez una

(*) *F. Engels*, «La cuestión campesina en Francia y Alemania».

suma diez veces mayor en la partida de gastos de la reorganización social en conjunto. En este sentido podemos, por consiguiente, ser muy generosos respecto a los campesinos» (Lugar citado).

Así hablaba Engels, refiriéndose a los campesinos de Occidente. ¿Y acaso no es evidente que lo que dice aquí Engels no puede llevarse a cabo en ningún sitio con tanta facilidad ni de un modo tan completo como en el país de la dictadura del proletariado? ¿Acaso no es evidente que sólo en la Rusia Soviética puede realizarse ya actualmente y de un modo completo el «paso a nuestro lado de los pequeños campesinos que trabajan por su cuenta», y que son ya una realidad los «sacrificios materiales» y «la generosidad respecto a los campesinos», necesarios para ello, y que estas y otras medidas análogas en beneficio de los campesinos se aplican ya en Rusia? ¿Y cómo puede negarse que esta circunstancia tiene, a su vez, que facilitar e impulsar la edificación económica del País Soviético?

Segunda. No hay que confundir la economía rural de Rusia con la de Occidente. En Occidente, la economía rural se desarrolla en la línea habitual del capitalismo, bajo las condiciones de una profunda diferenciación entre los campesinos, con grandes fincas y latifundios capitalistas de propiedad privada en uno de los polos, y, en el otro, pauperismo, miseria y esclavitud asalariada. Allí son completamente naturales, a consecuencia de ello, la disgregación y la descomposición. No sucede así en Rusia. En nuestro país, la economía rural no puede desarrollarse siguiendo la misma senda, ya que la existencia del Poder Soviético y la nacionalización de los instrumentos y medios fundamentales de producción no permiten un desarrollo semejante. En Rusia, el desarrollo de la economía rural tiene que seguir otro camino, el camino de la cooperación de millones de campesinos pequeños y medios, el camino del desarrollo de una cooperación rural en masa, fomentada por el Estado bajo la forma de facilidades de crédito. Lenin indicaba con razón, en sus artículos sobre la cooperación, que el desarrollo de la economía rural de nuestro país debía seguir un camino nuevo, el camino de incorporar a la mayoría de los campesinos a la edificación socialista a través de la cooperación, el camino de hacer penetrar gradualmente en la economía rural el principio del colectivismo, primero en cuanto a la venta de los productos agrícolas y después en cuanto a su producción.

En este sentido, son sumamente interesantes algunos fenómenos nuevos que se presentan en el campo, en relación con la labor de la cooperación agrícola. Es sabido que en el seno de la Unión de Cooperativas Agrícolas (Sielskosoyús) han surgido, en diferentes ramas de la economía rural—en la producción del lino, de la patata, de la manteca, etc.—, nuevas y fuertes organizaciones a las que está reservado un gran porvenir. Entre ellas figura, por ejemplo, la Cooperativa Central del Lino, que agrupa toda una red de cooperativas campesinas de producción de lino. La Cooperativa Central del Lino se ocupa de suministrar a los campesinos semillas e instrumentos de producción, compra después a los mismos cam-

pesinos toda su producción de lino, la vende en gran escala en el mercado, garantiza a los campesinos una participación en los beneficios y, de este modo, vincula la economía campesina, a través de la Unión de Cooperativas Agrícolas, con la industria del Estado. ¿Qué nombre dar a semejante forma de organización de la producción? Trátase, a mi juicio, de un sistema de gran producción agrícola socialista del Estado, basado en el trabajo a domicilio. Hablo del sistema de producción estatal-socialista basado en el trabajo a domicilio, por analogía con el sistema de trabajo a domicilio del capitalismo, que se aplica, por ejemplo, en la industria textil, y en el que los artesanos, que recibían del capitalista la materia prima y los instrumentos de trabajo y le entregaban toda su producción, eran de hecho obreros semiasalariados, que trabajaban en su domicilio. Este ejemplo es uno de los numerosos indicios de cuál es el camino que tiene que seguir en nuestro país el desarrollo de la economía rural. No me referiré aquí a otros indicios de la misma índole, en otras ramas de la economía rural.

No hace falta demostrar que la inmensa mayoría de los campesinos seguirán de buen grado este nuevo camino, rechazando la senda de los latifundios capitalistas de propiedad privada y de la esclavitud asalariada, el camino de la miseria y de la ruina.

He aquí lo que dice Lenin acerca de las trayectorias del desarrollo de nuestra economía rural:

«Todos los grandes medios de producción en poder del Estado y el Poder estatal en manos del proletariado; la alianza de este proletariado con los muchos millones de pequeños y muy pequeños campesinos; la garantía de que el proletariado dirija a los campesinos, etc., ¿acaso no es esto todo lo necesario para que, con la cooperación y nada más que con la cooperación, a la que antes motejábamos de mercantilista y que, ahora, bajo la Nep, merece también, en cierto modo, el mismo trato; acaso no es esto todo lo necesario para construir la sociedad socialista completa? No es aún la construcción de la sociedad socialista, pero sí es todo lo necesario y lo suficiente para esta construcción» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 392, «Sobre la cooperación»).

Más adelante, hablando de la necesidad de prestar apoyo financiero y toda otra clase de apoyo a la cooperación, como a un «nuevo principio de organización de la población» y un nuevo «régimen social» bajo la dictadura del proletariado, Lenin prosigue:

«Todo régimen social surge exclusivamente con el apoyo económico de una clase determinada. No hace falta recordar los centenares y centenares de millones de rublos que costó el nacimiento del capitalismo «libre». Ahora, tenemos que reconocer, obrando en consecuencia, que el régimen social que en la época actual debemos apoyar en forma extraordinaria, es el régimen cooperativo. Pero hay que apoyarlo en el verdadero sentido de la palabra, es decir, que no basta con entender por tal apoyo la ayuda prestada a cualquier clase de intercambio cooperativo, sino que por tal apoyo hay que entender aquí el prestado a un intercambio cooperativo en el que *participen efectivamente verdaderas masas de la población*» (Lugar citado, pág. 393).

¿Qué nos dicen todas estas circunstancias?

Nos dicen que los escépticos no tienen razón.

Nos dicen que quien tiene razón es el leninismo, que ve en las masas trabajadoras del campo la reserva del proletariado.

Nos dicen que el proletariado en el Poder puede y debe utilizar esta reserva, para articular la industria y la economía rural, para impulsar la construcción socialista y dar a la dictadura del proletariado aquella base necesaria, sin la cual es imposible el tránsito a la economía socialista.

VI
LA CUESTION NACIONAL

De este tema trataré sobre dos cuestiones principales: 1) planteamiento de la cuestión; 2) el movimiento de liberación de los pueblos oprimidos y la revolución proletaria.

1. *Planteamiento de la cuestión.* Durante las dos últimas décadas la cuestión nacional ha sufrido una serie de cambios muy importantes. La cuestión nacional del período de la Segunda Internacional y la cuestión nacional del período del leninismo distan mucho de ser lo mismo. Media entre ellos una diferencia profunda no sólo en cuanto a su extensión, sino también en cuanto a su carácter interno.

Antes, la cuestión nacional no se salía, habitualmente, de un círculo estrecho de cuestiones relacionadas principalmente con las nacionalidades «cultas». Irlandeses, húngaros, polacos, finlandeses, servios y algunas otras nacionalidades europeas: he aquí el círculo de pueblos sin plenitud de derechos por cuya suerte se interesaban los héroes de la Segunda Internacional. Decenas y centenares de millones de hombres de los pueblos asiáticos y africanos, que sufren la opresión nacional en la forma más brutal y cruel, quedaban generalmente fuera de su horizonte visual. No se decidían a poner en un mismo plano a los blancos y a los negros, a los pueblos «cultos» y a los «incultos». De dos o tres resoluciones vacuas y agridulces, en las que se esquivaba cuidadosamente la cuestión de la liberación de las colonias, era todo de lo que podían vanagloriarse los personajes de la Segunda Internacional. Hoy esta dualidad, estas posiciones a medias en la cuestión nacional, deben considerarse liquidadas. El leninismo ha puesto al desnudo esta incongruencia escandalosa, ha roto la muralla entre los negros y los blancos, entre los europeos y los asiáticos, entre los esclavos «cultos» e «incultos» del imperialismo, y con ello ha vinculado la cuestión nacional a la cuestión de las colonias. Como consecuencia de esto, la cuestión nacional ha dejado de ser una cuestión particular e interna de los Estados para convertirse en una cuestión general e internacional, en la cuestión mundial de liberar a los pueblos oprimidos, en los países dependientes y en las colonias, del yugo del imperialismo.

Antes, el principio de autodeterminación de las naciones solía interpretarse de un modo falso, reduciéndolo, no pocas veces, al derecho de las naciones a su autonomía. Algunos líderes de la Segunda Internacional llegaron incluso a convertir el derecho de autodeterminación en el derecho a la autonomía cultural, es decir, en el derecho de las naciones oprimidas a tener sus propias instituciones culturales, dejando todo el Poder político en manos de la nación dominante. Esta circunstancia hacía que la idea de la autodeterminación, en vez de ser un arma de lucha contra las anexiones, corriese el riesgo de convertirse en un instrumento para justificarlas. Hoy, esta confusión debe considerarse liquidada. El leninismo ha ampliado el concepto de la autodeterminación, interpretándolo como el derecho de los pueblos oprimidos de los países dependientes y de las colonias a la completa separación, como el derecho de las naciones a existir como Estados independientes. Con ello, se ha eliminado la posibilidad de justificar las anexiones mediante la interpretación del derecho de autodeterminación como el derecho a la autonomía. El principio mismo de autodeterminación, que en manos de los socialchovinistas sirvió indudablemente, durante la guerra imperialista, de instrumento para engañar a las masas, convirtióse, de este modo, en instrumento para desenmascarar todos y cada uno de los apetitos imperialistas y de las maquinaciones chovinistas, en instrumento de educación política de las masas en el espíritu del internacionalismo.

Antes, la cuestión de las naciones oprimidas solía considerarse como una cuestión puramente jurídica. Los partidos de la Segunda Internacional se entretenían con la proclamación solemne de la «igualdad de derechos de las naciones», y con innumerables declaraciones sobre la «igualdad de las naciones», encubriendo el hecho de que, bajo el imperialismo, en el que un grupo de naciones (la minoría) vive a expensas de la explotación de otro grupo de naciones, hablar de «igualdad de las naciones» es burlarse de los pueblos oprimidos. Hoy, este punto de vista jurídico-burgués sobre la cuestión nacional debe considerarse como desenmascarado. El leninismo ha hecho descender la cuestión nacional desde las alturas de las declaraciones grandilocuentes a ras de tierra, afirmando que las declaraciones sobre la «igualdad de las naciones», si no van reforzadas por un apoyo directo de los partidos proletarios a la lucha de liberación de los pueblos oprimidos, no son más que declaraciones hueras e hipócritas. Con ello, la cuestión de las naciones oprimidas se ha convertido en la cuestión de apoyar y ayudar, ayudar de un modo real y constante, a las naciones oprimidas en su lucha contra el imperialismo, por la verdadera igualdad de las naciones, por su existencia independiente como Estados.

Antes, la cuestión nacional se enfocaba de un modo reformista, como una cuestión aislada, independiente, sin relación alguna con la cuestión general del poder del capital, del derrocamiento del imperialismo, de la revolución proletaria. Dábase tácitamente por supuesto que el proleta-

riado de Europa podía triunfar sin una alianza directa con el movimiento de liberación de las colonias, que la cuestión nacional y colonial podía resolverse a la chita callando, «espontáneamente», al margen de la gran calzada de la revolución proletaria, sin lucha revolucionaria contra el imperialismo. Hoy, este punto de vista antirrevolucionario debe considerarse como desenmascarado. El leninismo ha demostrado, y la guerra imperialista y la revolución rusa lo han corroborado, que el problema nacional sólo puede resolverse en relación con la revolución proletaria y a base de ella, que el camino del triunfo de la revolución en Occidente va a través de la alianza revolucionaria con el movimiento de liberación de las colonias y de los países dependientes contra el imperialismo. La cuestión nacional es una parte de la cuestión general de la revolución proletaria, una parte de la cuestión de la dictadura del proletariado.

La cuestión se plantea así: ¿Se han *agotado ya* o no las posibilidades revolucionarias que encierra el movimiento revolucionario de liberación de los países oprimidos? Y si no se han agotado, ¿existe una base, una esperanza de poder utilizar estas posibilidades para la revolución proletaria, de convertir los países dependientes y coloniales de reserva de la burguesía imperialista en reserva del proletariado revolucionario, en aliado suyo?

El leninismo contesta a esta pregunta de un modo afirmativo; es decir, reconoce que en el seno del movimiento de liberación nacional de los países oprimidos existen posibilidades revolucionarias y que es posible utilizarlas para el derrocamiento del enemigo común, para el derrocamiento del imperialismo. La mecánica del desarrollo del imperialismo, la guerra imperialista y la revolución rusa confirman plenamente las conclusiones del leninismo sobre este particular.

De aquí la necesidad de que el proletariado apoye enérgica y activamente el movimiento de liberación nacional de los pueblos oprimidos y dependientes.

Esto no significa, naturalmente, que el proletariado deba apoyar *todo* movimiento nacional, siempre y en todas partes, en todos y cada uno de los casos concretos. De lo que se trata es de apoyar aquellos movimientos nacionales encaminados a debilitar, a derrumbar el imperialismo, y no a reforzarlo y mantenerlo. Suelen darse casos en que los movimientos nacionales de determinados países oprimidos chocan con los intereses del desarrollo del movimiento proletario. Se sobreentiende que en estos casos no se puede ni hablar siquiera de prestarles apoyo. La cuestión de los derechos de las naciones no es una cuestión aislada, una cuestión de por sí, sino que forma parte de la cuestión general de la revolución proletaria, se halla supeditado al todo y ha de ser enfocado desde el punto de vista de éste. En la década del 40 del siglo pasado, Marx defendía el movimiento nacional de los polacos y los húngaros, y estaba en contra del movimiento de los checos y de los eslavos del Sur. ¿Por qué? Por-

que los checos y los eslavos del Sur eran por aquel entonces «pueblos reaccionarios», «puestos de avanzada de Rusia» en Europa, puestos de avanzada del absolutismo, mientras que los polacos y los húngaros eran «pueblos revolucionarios», que luchaban contra el absolutismo. Porque apoyar el movimiento nacional de los checos y de los eslavos del Sur significaba entonces apoyar indirectamente al zarismo, al enemigo más peligroso del movimiento revolucionario de Europa.

«Las distintas reivindicaciones de la democracia—dice Lenin—, incluyendo la de la autodeterminación, no son algo absoluto, sino *partículas* de todo el movimiento democrático (hoy, socialista) *mundial*. Puede suceder que, en un caso dado, lo parcial se halle en contradicción con lo general; en casos tales, hay que desecharlo» (*Lenin*, t. XIX, págs. 257-258, «Balance de las discusiones sobre la autodeterminación»).

Así se plantea la cuestión, en lo que se refiere a los distintos movimientos nacionales y al posible carácter reaccionario de estos movimientos; siempre y cuando, naturalmente, que se los enfoque no desde un punto de vista formal, no desde el punto de vista de los derechos abstractos, sino en un plano concreto, desde el punto de vista de los intereses del movimiento revolucionario.

Y otro tanto hay que decir en lo que se refiere al carácter revolucionario de los movimientos nacionales en general. El carácter indiscutiblemente revolucionario de la inmensa mayoría de los movimientos nacionales es algo tan relativo y peculiar como lo es el posible carácter reaccionario de algunos movimientos nacionales concretos. El carácter revolucionario del movimiento nacional, bajo las condiciones de la opresión imperialista, no presupone en modo alguno, forzosamente, la existencia de elementos proletarios en el movimiento, la existencia de un programa revolucionario o republicano a que obedezca el movimiento, la existencia en éste de una base democrática. La lucha que el emir de Afganistán mantiene por la independencia de su país es una lucha objetivamente *revolucionaria*, a pesar de las ideas monárquicas del emir y de sus correligionarios, puesto que esta lucha debilita, descompone, socava los cimientos del imperialismo; en cambio, la lucha de demócratas y «socialistas», de «revolucionarios» y republicanos tan «audaces» como, por ejemplo, Kerenski y Tsereteli, Renaudel y Scheidemann, Chernov y Dan, Henderson y Clynes, durante la guerra imperialista, era una lucha *reaccionaria*, pues tenía como resultado cubrir las lacras del imperialismo, fortalecerlo, darle la victoria. La lucha de los comerciantes y de los intelectuales burgueses egipcios por la independencia de Egipto es, por las mismas causas, una lucha objetivamente *revolucionaria*, a pesar del origen burgués y la condición burguesa de los líderes del movimiento nacional egipcio, a pesar de que están en contra del socialismo; en cambio, la lucha del gobierno laborista inglés por mantener la situación de dependencia de Egipto es, por las mismas causas, una lucha *reaccionaria*, a pesar del origen proletario y de la condición proletaria de los miembros de este

gobierno, a pesar de que son «partidarios» del socialismo. Y no hablemos del movimiento nacional de otros países coloniales y dependientes más grandes, como la India y China, cada uno de cuyos pasos en la senda de la liberación, aun cuando infrinja las exigencias de la democracia formal, representa un mazazo asestado contra el imperialismo, es decir, un paso indiscutiblemente *revolucionario*.

Lenin tiene razón cuando dice que el movimiento nacional de los países oprimidos se debe valorar no desde el punto de vista de la democracia formal, sino desde el punto de vista de los resultados prácticos dentro del balance general de la lucha contra el imperialismo, es decir, que debe enfocarse «no aisladamente, sino en una escala mundial» (*Lenin*, t. XIX, pág. 257, «Balance de las discusiones sobre la autodeterminación»).

2. *El movimiento de liberación de los pueblos oprimidos y la revolución proletaria.* Al resolver la cuestión nacional, el leninismo parte de los principios siguientes:

a) el mundo está dividido en dos campos: el que forman un pequeño puñado de naciones civilizadas, que poseen el capital financiero y explotan a la inmensa mayoría de la población del planeta, y el campo de los pueblos oprimidos y explotados de las colonias y de los países dependientes, que forman esta mayoría;

b) las colonias y los países dependientes, oprimidos y explotados por el capital financiero, constituyen una formidable reserva y la más importante fuente de fuerzas para el imperialismo;

c) la lucha revolucionaria de los pueblos oprimidos de los países coloniales y dependientes contra el imperialismo es el único camino por el que pueden emanciparse de la opresión y de la explotación;

d) los países coloniales y dependientes más importantes han iniciado ya el movimiento de liberación nacional, que tiene que conducir por fuerza a la crisis del capitalismo mundial;

e) los intereses del movimiento proletario en los países desarrollados y del movimiento de liberación nacional en las colonias exigen que estos dos aspectos del movimiento revolucionario se unan en un frente común contra el enemigo común: contra el imperialismo;

f) la clase obrera en los países desarrollados no puede triunfar, ni los pueblos oprimidos pueden liberarse del yugo del imperialismo sin la formación y consolidación de un frente revolucionario común;

g) este frente revolucionario común no puede formarse si el proletariado de las naciones opresoras no presta un apoyo directo y resuelto al movimiento de liberación de los pueblos oprimidos contra el imperialismo «de su propia patria», pues «no puede ser libre el pueblo que oprime a otros pueblos» *(Marx)*;

h) este apoyo significa: sostener, defender y llevar a la práctica la consigna del derecho de las naciones a separarse y a existir como Estados independientes;

i) sin poner en práctica esta consigna es imposible lograr la unificación y colaboración de las naciones en una sola economía mundial, que constituye la base material para el triunfo del socialismo;

j) esta unión sólo puede ser voluntaria, erigida sobre la base de la confianza mutua y de las relaciones fraternales entre los pueblos.

De aquí se derivan dos aspectos, dos tendencias en la cuestión nacional: la tendencia a liberarse políticamente de las cadenas del imperialismo y a formar Estados nacionales independientes, que surge sobre la base de la opresión imperialista y de la explotación colonial, y la tendencia al acercamiento económico de las naciones, que brota a consecuencia de la formación de un mercado y una economía mundiales.

«El capitalismo en su desarrollo—dice Lenin— conoce dos tendencias históricas en la cuestión nacional. Primera: despertar de la vida nacional y de los movimientos nacionales, lucha contra toda opresión nacional, creación de Estados nacionales. Segunda: desarrollo y multiplicación de vínculos de todas clases entre las naciones, destrucción de las barreras nacionales, creación de la unidad internacional del capital, de la vida económica en general, de la política, de la ciencia, etc. Ambas tendencias son la ley mundial del capitalismo. La primera predomina en los comienzos de su evolución, la segunda caracteriza al capitalismo maduro, que marcha hacia su transformación en sociedad socialista» (*Lenin*, t. XVII, págs. 139-140, «Notas críticas sobre la cuestión nacional»).

Para el imperialismo, estas dos tendencias son irreconciliablemente contradictorias, pues el imperialismo no puede vivir sin explotar y sin sojuzgar por la fuerza a las colonias dentro del marco de un «todo único», el imperialismo no puede aproximar a las naciones más que mediante las anexiones y las conquistas coloniales, sin las que, hablando en términos generales, sería inconcebible.

Por el contrario, para el comunismo estas tendencias no son más que dos aspectos de una misma causa, de la causa de liberar del yugo imperialista a los pueblos oprimidos, pues el comunismo sabe que la unificación de los pueblos en una sola economía mundial, sólo es posible sobre la base de la confianza mutua y del libre consentimiento, que el camino hacia la formación de la unión voluntaria de los pueblos pasa a través de la separación de las colonias del «todo único» imperialista y de su transformación en Estados independientes.

De aquí la necesidad de una lucha tenaz, incesante, resuelta, contra el chovinismo metropolitano de los «socialistas» de las naciones dominantes (Inglaterra, Francia, Estados Unidos de América, Italia, Japón, etc.), que no quieren luchar contra sus gobiernos imperialistas, ni quieren apoyar la lucha de los pueblos oprimidos de «sus» colonias por liberarse del yugo y separarse como Estados.

Sin esta lucha, no se concibe la educación de la clase obrera de las naciones dominantes en el espíritu del verdadero internacionalismo, en el espíritu del acercamiento a las masas trabajadoras de los países dependientes y de las colonias, en el espíritu de la verdadera preparación de la revolución proletaria. Si el proletariado ruso no hubiese contado

con la simpatía y el apoyo de los pueblos oprimidos del antiguo imperio de Rusia, la revolución rusa no hubiera triunfado, Kolchak y Denikin no hubieran sido derrotados. Mas, para ganarse la simpatía y el apoyo de estos pueblos, el proletariado tuvo ante todo que romper las cadenas del imperialismo ruso y librarlos de la opresión nacional. Sin esto, hubiera sido imposible consolidar el Poder Soviético, implantar el verdadero internacionalismo y crear esa magnífica organización de colaboración de los pueblos que lleva el nombre de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y que es el prototipo viviente de lo que será la futura unificación de los pueblos en una sola economía mundial.

De aquí la necesidad de luchar contra el aislamiento nacional, contra la estrechez de miras, contra el particularismo de los socialistas de los países oprimidos, que no quieren ver más allá de su campanario nacional y no comprenden la relación que existe entre el movimiento de liberación de su país y el movimiento proletario de los países dominantes.

Sin esta lucha, es inconcebible la posibilidad de defender la política independiente del proletariado de las naciones oprimidas y su solidaridad de clase con el proletariado de los países dominantes en la lucha por derrocar al enemigo común, en la lucha por derrocar el imperialismo; sin esta lucha, no sería posible el internacionalismo.

Tal es el camino para educar a las masas trabajadoras de las naciones dominantes y oprimidas en el espíritu del internacionalismo revolucionario.

He aquí lo que dice Lenin acerca de los dos aspectos de esta labor del comunismo para educar a los obreros en el espíritu del internacionalismo:

«Esta educación... ¿puede ser *concretamente igual* en las grandes naciones opresoras que en las pequeñas naciones oprimidas, en las naciones anexionistas que en las naciones anexionadas?

Evidentemente, no. El camino hacia el objetivo común: hacia la completa igualdad de derechos, hacia el más estrecho acercamiento y la ulterior *fusión de todas* las naciones, sigue aquí, evidentemente, distintas rutas concretas; del mismo modo que, por ejemplo, el camino que conduce a un punto que se halla en el centro de esta página, parte en uno de sus extremos laterales hacia la izquierda y en el extremo opuesto hacia la derecha. Si el socialdemócrata de una gran nación opresora, anexionista, partidario de la fusión de las naciones en general, se olvida, aunque sólo sea por un instante, de que «su» Nicolás II, «su» Guillermo II, Jorge V, Poincaré y otros abogan *también en favor de la fusión* con las naciones pequeñas (por medio de las anexiones), de que Nicolás II aboga en favor de la «fusión» con Galitzia, Guillermo II en favor de la «fusión» con Bélgica, etc., ese socialdemócrata resultará ser, en teoría, un ridículo doctrinario, y en la práctica, un auxiliar del imperialismo.

El centro de gravedad de la educación internacionalista de los obreros de los países opresores tiene que estar necesariamente en la propaganda y en la defensa de la libertad de separación a favor de los países oprimidos. Sin esto, *no hay* internacionalismo. Tenemos el derecho y el deber de despreciar y calificar de imperialista y canalla a todo socialdemócrata de una nación opresora que *no* despliegue una propaganda de este tipo. Es esta una exigencia incondicional, aun-

que el *caso* de la separación no puede darse y «realizarse» antes del socialismo más que en el uno por mil de los casos...

Y, a la inversa, el socialdemócrata de una nación pequeña debe tomar como centro de gravedad de sus campañas de agitación la *primera* palabra de nuestra fórmula general: «*unión* voluntaria» de las naciones. Sin faltar a sus deberes de internacionalista, puede pronunciarse *tanto* a favor de la independencia política de su nación *como* a favor de su incorporación al Estado vecino X, Y, Z, etc. Pero deberá siempre luchar *contra* la estrechez nacional mezquina, contra el retraimiento, contra el aislamiento, por que se tenga en cuenta lo total y lo general, por la supeditación de los intereses particulares al interés general.

Gentes que no han penetrado en el problema encuentran «contradictorio» que los socialdemócratas de las naciones opresoras insistan en la «libertad de *separación*» y los socialdemócratas de las naciones oprimidas en la «libertad de *unión*». Pero, a poco que se reflexione, se ve que, partiendo de esta situación *dada*, no hay ni puede haber *otro* camino que lleve al internacionalismo y a la fusión de las naciones, no hay ni puede haber otro camino que conduzca a este fin» (*Lenin*, t. XIX, págs. 261-262, «Balance de las discusiones sobre la autodeterminación»).

VII

ESTRATEGIA Y TACTICA

Destacaré de este tema seis cuestiones: 1) la estrategia y la táctica, como ciencia de la dirección de la lucha de clases del proletariado; 2) las etapas de la revolución y la estrategia; 3) los flujos y reflujos del movimiento y la táctica; 4) la dirección estratégica; 5) la dirección táctica; 6) el reformismo y el revolucionarismo.

1. *La estrategia y la táctica, como ciencia de la dirección de la lucha de clases del proletariado.* El período de predominio de la Segunda Internacional fué, principalmente, un período durante el cual se formó y educó a los ejércitos proletarios bajo las condiciones de un desarrollo más o menos pacífico. Fué el período del parlamentarismo como forma preponderante de la lucha de clases. Las cuestiones de los grandes choques de clases, de la preparación del proletariado para las batallas revolucionarias, de los caminos hacia la conquista de la dictadura del proletariado, no estaban entonces, como parecía, a la orden del día. La tarea reducíase a utilizar todas las vías de desarrollo legal para organizar y educar a los ejércitos proletarios, para aprovecharse del parlamentarismo, adaptándose a aquellas condiciones en las cuales el proletariado asumía y, al parecer, debía reducirse a asumir el papel de oposición. No hace falta demostrar que, en un período así y con semejante manera de concebir las tareas del proletariado, no podía haber ni una estrategia completa ni una táctica bien elaborada. Había pensamientos fragmentarios, ideas aisladas sobre táctica y estrategia, pero una estrategia y una táctica como tales no existían.

El pecado mortal de la Segunda Internacional consiste, no en haber

practicado en su tiempo la táctica de aprovechar las formas parlamentarias de lucha, sino en haber exagerado la importancia de estas formas, considerándolas casi como las únicas, y en que, cuando llegó el período de las batallas revolucionarias abiertas y el problema de las formas extraparlamentarias de lucha pasó a primer plano, los partidos de la Segunda Internacional volvieron la espalda a las nuevas tareas, no las aceptaron.

Una estrategia completa y una táctica bien elaborada de la lucha del proletariado sólo podían determinarse en el período siguiente, en el período de las acciones abiertas del proletariado, en el período de la revolución proletaria, cuando la cuestión del derrocamiento de la burguesía pasó a ser una cuestión práctica inmediata, cuando la cuestión de las reservas del proletariado (estrategia) pasó a ser una de las cuestiones más palpitantes, cuando todas las formas de lucha y de organización —tanto parlamentarias como extraparlamentarias (táctica)—se revelaron en una forma perfectamente definida. Fué precisamente en este período cuando Lenin sacó a la luz las geniales ideas de Marx y Engels sobre táctica y estrategia, archivadas por los oportunistas de la Segunda Internacional. Pero Lenin no se limitó a restaurar las distintas tesis tácticas de Marx y Engels. Las desarrolló, completándolas con nuevas ideas y principios y reuniendo todo esto en un sistema de reglas y principios orientadores para la dirección de la lucha de clases del proletariado. Obras de Lenin como «¿Qué hacer?», «Dos tácticas», «El imperialismo, fase superior del capitalismo», «El Estado y la Revolución», «La revolución proletaria y el renegado Kautsky», «La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo» constituyen indiscutiblemente una valiosísima aportación al tesoro general del marxismo, a su arsenal revolucionario. La estrategia y la táctica del leninismo son la ciencia de la dirección de la lucha revolucionaria del proletariado.

2. *Las etapas de la revolución y la estrategia.* La estrategia consiste en determinar la dirección del golpe principal de ataque del proletariado, tomando por base la etapa en que se encuentra la revolución, en elaborar el plan adecuado para la distribución de las fuerzas revolucionarias (de las reservas principales y secundarias), en luchar por llevar a cabo este plan a todo lo largo de la etapa en que se encuentre la revolución.

Nuestra revolución ha pasado ya por dos etapas y ha entrado, después de la Revolución de Octubre, en la tercera. De acuerdo con esto, ha ido cambiando de estrategia.

Primera etapa. De 1903 a febrero de 1917. Objetivo: derrocamiento del zarismo, completa liquidación de las supervivencias medievales. Fuerza fundamental de la revolución: el proletariado. Reserva inmediata: los campesinos. Dirección del golpe principal: aislar a la burguesía monárquica-liberal, que se esforzaba en atraerse a los campesinos y en liquidar la revolución mediante un *acuerdo* con el zarismo. Plan de

distribución de las fuerzas: alianza de la clase obrera con los campesinos. «El proletariado debe llevar a término la revolución democrática, atrayéndose a la masa de los campesinos, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía» (*Lenin*, t. VIII, pág. 96, «Dos tácticas»).

Segunda etapa. De marzo de 1917 a octubre de 1917. Objetivo: derrocar el imperialismo en Rusia y salir de la guerra imperialista. Fuerza fundamental de la revolución: el proletariado. Reserva inmediata: los campesinos pobres. Como reserva probable, el proletariado de los países vecinos. Como factor favorable, la guerra que se prolongaba y la crisis del imperialismo. Dirección del golpe principal: aislar a la democracia pequeñoburguesa (mencheviques y socialrevolucionarios), que se esforzaba en atraerse a las masas trabajadoras del campo y en poner fin a la revolución mediante un *acuerdo* con el imperialismo. Plan de distribución de las fuerzas: alianza del proletariado con los campesinos pobres. «El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose a la masa de los elementos semiproletarios de la población, para destrozar por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía» (Lugar citado).

Tercera etapa. Comienza después de la Revolución de Octubre. Objetivo: consolidar la dictadura del proletariado en un solo país, utilizándola como punto de apoyo para el derrocamiento del imperialismo en todos los países. La revolución rebasa el marco de un solo país, comienza la época de la revolución mundial. Fuerzas fundamentales de la revolución: dictadura del proletariado en un país, movimiento revolucionario del proletariado en todos los países. Reservas principales: las masas semiproletarias y las masas de los pequeños campesinos en los países adelantados, el movimiento de liberación en las colonias y países dependientes. Dirección del golpe principal: aislar a la democracia pequeñoburguesa, aislar a los partidos de la Segunda Internacional, que son el puntal más importante de la política encaminada a llegar a un *acuerdo* con el imperialismo. Plan de distribución de las fuerzas: alianza de la revolución proletaria con el movimiento de liberación de las colonias y de los países dependientes.

La estrategia se ocupa de las fuerzas fundamentales de la revolución y de sus reservas. Cambia al pasar la revolución de una etapa a otra, permaneciendo en lo fundamental invariable a lo largo de cada etapa dada.

3. *Los flujos y reflujos del movimiento y la táctica.* La táctica es la que determina la línea de conducta del proletariado durante un período relativamente corto de flujo o reflujo del movimiento, de ascenso o descenso de la revolución, la lucha por llevar a cabo esta línea mediante la sustitución de las antiguas formas de lucha y de organización por otras nuevas, de las consignas antiguas por otras nuevas, mediante com-

binaciones de estas formas, etc. Mientras el fin de la estrategia es ganar la guerra, supongamos, contra el zarismo o contra la burguesía, llevar a término la lucha contra el zarismo o contra la burguesía, la táctica se asigna objetivos menos esenciales, pues se propone ganar no la guerra en su totalidad, sino tales o cuales batallas, tales o cuales combates, llevar a cabo con éxito estas u otras campañas, estas u otras acciones, en consonancia con la situación concreta existente en este período de ascenso o descenso de la revolución. La táctica es una parte de la estrategia, a la que está supeditada y a la que sirve.

La táctica cambia con arreglo a los flujos y reflujos. Mientras que durante la primera etapa de la revolución (1903 a febrero de 1917) el plan estratégico permaneció invariable, la táctica se modificó varias veces durante este período. De 1903 a 1905, la táctica del Partido fué una táctica ofensiva, pues se trataba de un período de flujo de la revolución; el movimiento iba en ascenso, y la táctica debía partir de este hecho. En consonancia con esto, las formas de lucha eran también revolucionarias, como correspondía a las exigencias del flujo de la revolución. Huelgas políticas locales, manifestaciones políticas, huelga política general, boicot de la Duma, insurrección, consignas revolucionarias de combate: tales fueron las formas de lucha, que se sucedieron unas a otras durante este período. En relación con las formas de lucha, cambiaron también, en este período, las formas de organización. Comités de fábrica y taller, comités revolucionarios de campesinos, comités de huelga, Soviets de diputados obreros, el Partido obrero, más o menos legal: he aquí las formas de organización durante este período.

En el período que va de 1907 a 1912, el Partido vióse obligado a pasar a la táctica de la retirada, pues nos hallábamos en un momento de descenso del movimiento revolucionario, de reflujo de la revolución, y la táctica no podía por menos de tener en cuenta este hecho. En consonancia con ello, cambiaron tanto las formas de lucha como las de organización. En vez del boicot de la Duma, participación en ella; en vez de acciones revolucionarias abiertas fuera de la Duma, intervenciones dentro de la Duma y actuación en la Duma; en vez de huelgas generales políticas, huelgas económicas parciales, o simplemente calma. Se comprende que, en este período, el Partido hubo de pasar a la ilegalidad, las organizaciones revolucionarias de masas fueron sustituídas por organizaciones culturales y educativas, por cooperativas, sociedades de seguros y otras organizaciones de tipo legal.

Otro tanto puede decirse de la segunda y tercera etapas de la revolución, en el transcurso de las cuales la táctica cambió decenas de veces, mientras que los planes estratégicos permanecieron invariables.

La táctica se ocupa de las formas de lucha y de organización del proletariado, de sus cambios y combinaciones. Partiendo de una etapa dada de la revolución, la táctica puede variar algunas veces, con arreglo a los flujos y reflujos, al ascenso o al descenso de la revolución.

4. *La dirección estratégica.* Las reservas de la revolución pueden ser:

Directas: a) los campesinos y, en general, las capas intermedias del propio país; b) el proletariado de los países vecinos; c) el movimiento revolucionario de las colonias y de los países dependientes; d) las conquistas y las realizaciones de la dictadura del proletariado, a una parte de las cuales puede el proletariado renunciar temporalmente, reservándose la superioridad de fuerzas, con objeto de sobornar a un adversario fuerte y conseguir una tregua.

Indirectas: a) las contradicciones y conflictos entre las clases no proletarias del propio país, que el proletariado puede utilizar para debilitar al adversario y para reforzar sus reservas; b) las contradicciones, conflictos y guerras (por ejemplo, la guerra imperialista) entre los Estados burgueses hostiles al Estado proletario, que el proletariado puede utilizar en su ofensiva o al maniobrar, caso de verse obligado a batirse en retirada.

No hay por qué detenerse en las reservas de la primera categoría, ya que su significación es clara para todo el mundo. Por lo que se refiere a las reservas de la segunda categoría, cuya significación no es siempre clara, hay que decir que tienen a veces una importancia primordial para la marcha de la revolución. Nadie puede negar, por ejemplo, la inmensa importancia del conflicto entre la democracia pequeñoburguesa (socialrevolucionarios) y la burguesía liberal monárquica (kadetes) durante la primera revolución y después de ella, conflicto que contribuyó indudablemente a liberar a los campesinos de la influencia de la burguesía. Y aún hay menos razones para negar la importancia gigantesca que tuvo el hecho de la guerra a muerte librada entre los principales grupos imperialistas en el período de la Revolución de Octubre, en que los imperialistas, ocupados en guerrear unos contra otros, no pudieron concentrar sus fuerzas contra el joven Poder Soviético, siendo precisamente esta circunstancia la que permitió al proletariado entregarse de lleno a organizar sus fuerzas, a consolidar su Poder y a preparar el aplastamiento de Kolchak y Denikin. Hay que suponer que hoy, cuando las contradicciones entre los grupos imperialistas se acentúan cada vez más y se hace inevitable una nueva guerra entre ellos, esta clase de reservas tendrá para el proletariado una importancia cada vez mayor.

La misión de la dirección estratégica consiste en saber utilizar acertadamente todas estas reservas, para conseguir el objetivo fundamental de la revolución en cada etapa dada de su desarrollo.

¿En qué consiste el saber utilizar acertadamente las reservas?

En cumplir algunas condiciones necesarias, entre las cuales consideramos como principales las siguientes:

Primera. Concentrar contra el punto más vulnerable del adversario las principales fuerzas de la revolución, en el momento decisivo, cuando la revolución ha madurado ya, cuando la ofensiva marcha a todo vapor, cuando la insurrección llama a la puerta y cuando el acercar las reservas

a la vanguardia constituye una condición decisiva de éxito. Como ejemplo de lo que es el saber utilizar de este modo las reservas puede servir la estrategia del Partido en el período que media entre abril y octubre de 1917. Es indudable que el punto más vulnerable del adversario, durante este período, era la guerra. Es indudable que, tomando precisamente este problema como el problema básico, fué como el Partido agrupó en torno a la vanguardia proletaria a las más extensas masas de la población. La estrategia del Partido en dicho período consistía en entrenar a la vanguardia en acciones callejeras, por medio de manifestaciones y, al mismo tiempo, en acercar las reservas a la vanguardia, por medio de los Soviets en el interior del país y de comités de soldados en el frente. El resultado de la revolución demostró que se había sabido utilizar acertadamente las reservas.

He aquí lo que a propósito de esta condición de saber utilizar estratégicamente las fuerzas de la revolución, dice Lenin parafraseando las conocidas tesis de Marx y Engels sobre la insurrección:

«*No jugar* nunca a la insurrección y, una vez empezada, saber firmemente que hay que ir hasta el fin. Hay que concentrar en el lugar y en el momento decisivos *fuerzas muy superiores* a las del enemigo; de lo contrario, éste, mejor preparado y organizado, aniquilará a los insurrectos. Una vez empezada la insurrección, hay que proceder con la mayor *decisión* y tomar infaliblemente, incondicionalmente, *la ofensiva*. «La defensiva es la muerte de la insurrección armada». Hay que esforzarse en coger al enemigo desprevenido, elegir el momento en que sus tropas se hallen dispersas. Hay que esforzarse en obtener éxitos *diarios*, aunque sean pequeños (incluso podría decirse que a cada hora, si se trata de una sola ciudad), manteniendo a toda costa la «*superioridad moral*» (*Lenin*, t. XXI, págs. 319-320, «Consejos de un ausente»).

Segunda. Elegir bien el momento del golpe decisivo, el momento de comenzar la insurrección, basándose para ello en el hecho de que la crisis ha llegado ya a su punto álgido, de que la vanguardia está dispuesta a luchar hasta el fin, de que la reserva está dispuesta a sostener a la vanguardia y de que el desconcierto en las filas del adversario ha alcanzado ya su grado máximo.

Se puede considerar completamente madura la batalla decisiva—dice Lenin—*si* «todas las fuerzas de clase que nos son adversas están suficientemente sumidas en la confusión, suficientemente enfrentadas entre sí, suficientemente debilitadas por una lucha superior a sus fuerzas», *si* «todos los elementos vacilantes, versátiles, inconsistentes, intermedios—es decir, la pequeña burguesía, la democracia pequeñoburguesa, a diferencia de la burguesía—, se han puesto bastante al desnudo ante el pueblo, se han cubierto de ignominia por su bancarrota práctica»; *si* «en el proletariado empieza a formarse y a extenderse con poderoso impulso un estado de espíritu de masas favorable a apoyar las acciones revolucionarias más resueltas, más valientes y abnegadas contra la burguesía. He aquí en qué momento está madura la revolución, he aquí en qué momento nuestra victoria está segura, si hemos calculado bien... todas las condiciones indicadas más arriba..., y hemos elegido acertadamente el momento» (*Lenin*, t. XXV, pág. 229, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

Modelo de esta estrategia puede ser considerado el modo como se llevó a cabo la insurrección de Octubre.

El incumplimiento de esta condición conduce a un error peligroso, a lo que se llama «perder el ritmo», que es lo que ocurre cuando el Partido se retrasa con respecto a la marcha del movimiento o se adelanta demasiado, exponiéndose al peligro de fracasar. Como ejemplo de lo que es «perder el ritmo», como ejemplo de cómo no se debe elegir el momento de la insurrección, puede considerarse el intento de una parte de los camaradas de comenzar la insurrección, deteniendo a los miembros de la Asamblea Democrática, en septiembre de 1917, cuando en los Soviets se notaban aún vacilaciones, el frente estaba aún en la encrucijada y las reservas no habían sido aún acercadas a la vanguardia.

Tercera. Llevar a la práctica firmemente la orientación ya adoptada, por encima de todas y cada una de las dificultades y complicaciones que se interpongan en el camino hacia el fin perseguido. Esto es necesario para que la vanguardia no pierda de vista el objetivo fundamental de la lucha y para que las masas, encaminándose a este objetivo y esforzándose por agruparse en torno a la vanguardia, no se desvíen del camino. La inobservancia de esta condición conduce a ese enorme error a que los marinos dan el nombre de «perder el rumbo». Como ejemplo de lo que es «perder el rumbo» puede ser considerada la conducta equivocada de nuestro Partido inmediatamente después de la Asamblea Democrática, al acordar tomar parte en el Anteparlamento. Era como si el Partido se hubiese olvidado, en aquel momento, de que el Anteparlamento era una tentativa de la burguesía para desviar al país del camino de los Soviets al camino del parlamentarismo burgués, y de que la participación del Partido en una institución de esta índole podía embrollar todas las cartas y desviar de su camino a los obreros y campesinos que libraban la lucha revolucionaria bajo la consigna de «¡Todo el Poder a los Soviets!» Este error se corrigió mediante la retirada de los bolcheviques del Anteparlamento.

Cuarta. Saber maniobrar con las reservas con vistas a una retirada acertada cuando el enemigo es fuerte, cuando la retirada es inevitable, cuando se sabe de antemano que es desventajoso aceptar el combate que pretende imponernos el adversario, cuando, teniendo en cuenta la correlación de fuerzas existente, la retirada se convierte para la vanguardia en el único medio de sortear el golpe y de conservar a su lado las reservas.

«Los partidos revolucionarios—dice Lenin—deben completar su instrucción. Han aprendido a atacar. Ahora, deben comprender que esta ciencia tiene que estar completada por la de saber replegarse con el mayor acierto. Hay que comprender—y la clase revolucionaria aprende a comprenderlo por su propia y amarga experiencia—que no se puede triunfar sin aprender a tomar la ofensiva y a llevar a cabo la retirada con acierto» (*Lenin*, t. XXV, pág. 177, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

El fin de esta estrategia consiste en ganar tiempo, desmoralizar al adversario y acumular fuerzas, para luego pasar a la ofensiva.

Como modelo de esta estrategia puede considerarse el tratado de

paz de Brest-Litovsk, que permitió al Partido ganar tiempo, aprovecharse de los conflictos existentes en el campo del imperialismo, desmoralizar a las fuerzas del adversario, conservar consigo a los campesinos y acumular fuerzas para preparar la ofensiva contra Kolchak y Denikin.

«Concertando la paz separada—dijo entonces Lenin—nos libramos en el mayor grado *posible, en el momento presente,* de ambos grupos imperialistas contendientes, aprovechándonos de la hostilidad existente entre ellos y de la guerra—que les impide llegar a un compromiso contra nosotros—, y conseguimos tener las manos libres durante cierto tiempo para proseguir y consolidar la revolución socialista» (*Lenin,* t. XXII, pág. 198, «Tesis sobre la conclusión de la paz separada»).

«Ahora, hasta el más necio ve—decía Lenin tres años después de firmarse la paz de Brest-Litovsk—que «la paz de Brest» fué una concesión que sirvió para fortalecernos y que dividió las fuerzas del imperialismo internacional» (*Lenin,* t. XXVII, pág. 7, «Nuevos tiempos y viejos errores renovados»).

Tales son las principales condiciones que aseguran el acierto en la dirección estratégica.

5. *La dirección táctica.* La dirección táctica es una parte de la dirección estratégica, supeditada a los objetivos y a las exigencias de ésta. La misión de la dirección táctica consiste en asimilarse todas las formas de lucha y organización del proletariado y asegurar su acertado aprovechamiento para lograr el máximo de resultados, dentro de una relación determinada de fuerzas, necesario para la preparación del éxito estratégico.

¿En qué consiste el saber utilizar acertadamente las formas de lucha y organización del proletariado?

En cumplir algunas condiciones necesarias, entre las cuales hay que considerar como principales las siguientes:

Primera. Hacer pasar a primer término las formas de lucha y organización que precisamente correspondan en mayor grado a las condiciones de flujo y reflujo del movimiento en un momento dado, y sean susceptibles de facilitar y asegurar la conducción de las masas hacia las posiciones revolucionarias, la conducción de las masas de millones de hombres hacia el frente de la revolución y su emplazamiento en el frente revolucionario.

No se trata de que la vanguardia adquiera la conciencia de que es imposible mantener el antiguo orden e inevitable su derrumbamiento. Se trata de que las masas, las masas de millones de hombres, comprendan la inevitabilidad de este derrumbamiento y manifiesten que están dispuestas a apoyar a la vanguardia. Pero las masas sólo pueden comprender esto a través de su propia experiencia. Dar a las masas de millones de hombres la posibilidad de reconocer a través de su propia experiencia que es inevitable el derrumbamiento del poder antiguo, adoptar métodos de lucha y formas de organización que faciliten a las masas, por su propia experiencia, la labor de discernir lo acertado de las consignas revolucionarias: he ahí lo que se persigue.

La vanguardia habría quedado desligada de la clase obrera y la

clase obrera habría perdido el contacto con las masas, si el Partido no hubiera resuelto en su tiempo participar en la Duma, si no hubiera resuelto concentrar sus fuerzas en la labor de la Duma y desenvolver la lucha a base de esta labor, con el fin de dar facilidades a las masas para que se convenciesen por experiencia propia de la inutilidad de aquella Duma, de la falsedad de las promesas de los kadetes, de la imposibilidad de llegar a una conciliación con el zarismo, del carácter inevitable de la alianza de los campesinos con la clase obrera. Sin la experiencia de las masas durante el período de la Duma, habría sido imposible desenmascarar a los kadetes y llevar a la práctica la hegemonía del proletariado.

El peligro de la táctica del «otsovismo» (*) consistía en que amenazaba con aislar a la vanguardia de sus reservas de millones de hombres.

El Partido se habría aislado de la clase obrera y la clase obrera habría perdido su influencia sobre las extensas masas de los campesinos y los soldados, si el proletariado hubiera seguido el camino señalado por los comunistas de izquierda, que incitaban a la insurrección en abril del año 1917, cuando todavía los mencheviques y los socialrevolucionarios no habían sido desenmascarados como partidarios de la guerra y del imperialismo, cuando todavía las masas no habían podido discernir por su propia experiencia la falsedad de las declaraciones de los mencheviques y de los socialrevolucionarios sobre la paz, la tierra y la libertad. Sin la experiencia adquirida por las masas durante el período de la «kerenskiada», los mencheviques y los socialrevolucionarios no se habrían visto aislados, y la dictadura del proletariado hubiera sido imposible. Por esto, la táctica de «explicar pacientemente» los errores de los partidos pequeñoburgueses y de luchar abiertamente dentro de los Soviets era entonces la única táctica acertada.

El peligro de la táctica de los comunistas de izquierda consistía en que amenazaba con convertir al Partido, de jefe de la revolución proletaria, en un puñado de conspiradores vacuos y sin base.

«Con sólo la vanguardia—dice Lenin—es imposible triunfar. Lanzar sólo a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia, o al menos de neutralidad benévola con respecto a ella..., sería no sólo una estupidez, sino además un crimen. Y para que en realidad toda la clase, las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar semejante posición, son insuficientes la propaganda y la agitación solas. Para ello es necesaria la propia experiencia política de estas masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones, confirmada hoy, con una fuerza y un relieve sorprendentes, no sólo en Rusia, sino también en Alemania. No sólo las masas incultas de Rusia, frecuentemente analfabetas, sino también las masas muy cultas, sin

(*) Del ruso «otosvat»: retirar, revocar. Partidarios de una corriente oportunista pequeñoburguesa, surgida en las filas del Partido bolchevique durante los años de la reacción (1908-1912). Exigían que el Partido retirase a los diputados socialdemócratas de la Duma y renunciase en general a toda actuación dentro de los sindicatos y otras organizaciones obreras legales. *(N. del T.)*

analfabetos, de Alemania, necesitaron experimentar en su propia pelleja toda la impotencia, toda la falta de carácter, toda la debilidad, todo el servilismo ante la burguesía, toda la infamia del gobierno de los caballeros de la Segunda Internacional, toda la ineluctabilidad de la dictadura de los ultrarreaccionarios (Kornílov, en Rusia, von Kapp y compañía, en Alemania) como única alternativa frente a la dictadura del proletariado, para orientarse decididamente hacia el comunismo» (*Lenin*, t. XXV, pág. 228, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

Segunda. Saber encontrar, en cada momento dado, en la cadena de procesos aquel eslabón especial, agarrándose al cual se puede dominar toda la cadena y preparar las condiciones para el éxito estratégico.

Se trata de destacar, entre la serie de tareas que se le plantean al Partido, precisamente aquella tarea inmediata cuya solución constituye el punto central y cuyo cumplimiento asegura la solución con éxito de las demás tareas inmediatas.

Podría demostrarse la importancia de esta tesis a la luz de dos ejemplos, uno tomado de un pasado ya lejano (del período de la formación del Partido) y otro, de un presente más cercano para nosotros, del período de la Nueva política económica (Nep).

En el período de la formación del Partido, cuando la innumerable cantidad de círculos y organizaciones existentes no estaban ligados entre sí, cuando los métodos rudimentarios de trabajo y el espíritu de círculo corroían al Partido de los pies a la cabeza, cuando el desconcierto ideológico constituía el rasgo característico de la vida interior del Partido, en este período, el eslabón fundamental y la tarea fundamental en la cadena de eslabones y en el conjunto de las tareas planteadas al Partido era la fundación de un periódico ilegal para toda Rusia. ¿Por qué? Porque sólo por medio de un periódico ilegal para toda Rusia podía crearse dentro del Partido, en las condiciones de aquel entonces, un núcleo sólido, capaz de unir en un haz los innumerables círculos y organizaciones, de preparar las condiciones para la unidad ideológica y táctica y de echar, de este modo, los cimientos para la formación de un verdadero Partido.

En el período de transición de la guerra a la construcción económica, cuando la industria languidecía presa de la ruina, y la economía rural sufría de la escasez de artículos manufacturados de la ciudad, cuando la alianza entre la industria del Estado y la economía campesina se convirtió en la condición fundamental para acometer con éxito la construcción socialista; en este período, el eslabón fundamental en la cadena de los procesos, la tarea fundamental entre todas era el desarrollo del comercio. ¿Por qué? Porque, bajo las condiciones de la Nep, la alianza entre la industria y la economía campesina sólo era posible a través del comercio, porque bajo las condiciones de la Nep una producción sin venta representaba la muerte para la industria, porque la industria sólo podía consolidarse ensanchando la venta por medio del desarrollo del comercio, porque sólo consolidándose en el terreno del comercio, sólo dominando el comercio, sólo apoderándose de este eslabón, se podía confiar

en crear un estrecho lazo entre la industria y el mercado campesino y resolver con éxito otras tareas inmediatas, encaminadas a crear las condiciones para la construcción de las bases de la economía socialista:

«No basta ser revolucionario y partidario del socialismo o del comunismo en general...—dice Lenin—. Es necesario saber encontrar en cada momento el eslabón preciso de la cadena al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas para retener toda la cadena y preparar sólidamente el paso al eslabón siguiente»... «En el momento actual... este eslabón es la reanimación del *comercio* interior, regulado (orientado) con acierto por el Estado. El comercio: he ahí el «eslabón» de la cadena histórica de acontecimientos, de las formas de transición de nuestra construcción socialista en 1921-1922 «*al cual hay que aferrarse con todas las fuerzas...*» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 82, «Sobre la significación del oro»).

Tales son las principales condiciones que garantizan el acierto en la dirección táctica.

6. *Reformismo y revolucionarismo.* ¿En qué se distingue la táctica revolucionaria de la táctica reformista?

Algunos creen que el leninismo está en absoluto en contra de las reformas, de los compromisos y de los acuerdos. Esto es completamente falso. Los bolcheviques saben tan bien como cualquiera que, en cierto sentido, «del lobo, un pelo»: es decir, que en ciertas condiciones las reformas en general, y los compromisos y acuerdos en particular, son necesarios y útiles.

«Hacer la guerra—dice Lenin—para derrumbar a la burguesía internacional, una guerra cien veces más difícil, prolongada y compleja que la más encarnizada de las guerras corrientes entre Estados, y renunciar de antemano a toda maniobra, a toda utilización (aunque no sea más que temporal) del antagonismo de intereses existente entre los enemigos, a los acuerdos y compromisos con posibles aliados (aunque sean provisionales, inconsistentes, vacilantes condicionales), ¿no es esto acaso algo infinitamente ridículo? ¿No se parece esto al caso del que en una ascensión difícil a una montaña inexplorada, en la que nadie hubiera puesto la planta todavía, renunciase de antemano a hacer zigzags, a volver a veces sobre sus pasos, a prescindir de la dirección elegida al principio y a probar diferentes direcciones?» (*Lenin*, t. XXV, pág. 210, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

De lo que se trata no es, evidentemente, de las reformas o de los compromisos y acuerdos de por sí, sino del uso que se hace de ellos.

Para el reformista, las reformas son el todo; a él la labor revolucionaria sólo le sirve como medio para charlar, para desorientar. Por eso, con la táctica reformista, bajo las condiciones de existencia del Poder burgués, las reformas se convierten inevitablemente en instrumento de consolidación de este Poder, en instrumento de descomposición de la revolución.

Para el revolucionario, por el contrario, lo principal es la labor revolucionaria y no las reformas; para él, las reformas son un producto accesorio de la revolución. Por eso, con la táctica revolucionaria, bajo las condiciones de existencia del Poder burgués, las reformas se transforman, naturalmente, en instrumento de descomposición de este Poder,

en instrumento de fortalecimiento de la revolución, en punto de apoyo para el desarrollo ulterior del movimiento revolucionario.

El revolucionario acepta las reformas con el fin de utilizarlas como medios para combinar la labor legal con la ilegal, con el fin de aprovecharlas como una pantalla para intensificar la labor ilegal encaminada a la preparación revolucionaria de las masas para el derrocamiento de la burguesía.

En *esto* consiste la esencia del saber utilizar revolucionariamente las reformas y los acuerdos, bajo las condiciones del imperialismo.

El reformista, por el contrario, acepta las reformas, con el fin de renunciar a toda labor ilegal, con el fin de minar la obra de la preparación de las masas para la revolución y echarse a dormir a la sombra de las reformas «otorgadas» desde arriba.

En *esto* consiste la esencia de la táctica reformista.

Así se plantea la cuestión, en lo que se refiere a las reformas y los acuerdos, bajo las condiciones del imperialismo.

Sin embargo, después del derrocamiento del imperialismo, bajo la dictadura del proletariado, la cosa cambia un poco. En ciertas condiciones, en una cierta situación, el Poder proletario puede verse obligado a apartarse temporalmente del camino de la reconstrucción revolucionaria del orden de cosas existente, para seguir el camino de su transformación gradual, «el camino reformista», como dice Lenin en su conocido artículo «Sobre la significación del oro», el camino de los movimientos de rodeo, el camino de las reformas y concesiones a las clases no proletarias, con el fin de descomponer a estas clases, dar una tregua a la revolución, acumular fuerzas y preparar las condiciones para una nueva ofensiva. No se puede negar que, en cierto sentido, este camino es un camino reformista. Sólo hay que tener presente que aquí se da una particularidad fundamental, y es que en este caso la reforma parte del Poder proletario, que su finalidad es consolidar el Poder proletario, que da a éste una tregua que necesita y que está llamada a descomponer, no a la revolución, sino a las clases no proletarias.

En estas condiciones, las reformas se convierten, por lo tanto, en su antítesis.

Si el Poder proletario puede llevar a cabo esta política es solamente porque en el período anterior la revolución ha sido lo suficientemente amplia y ha avanzado, por tanto, lo bastante para poder ahora retroceder, sustituyendo la táctica de la ofensiva por la del repliegue temporal, por la táctica de los movimientos de flanco.

Así pues, si antes, bajo el Poder burgués, las reformas eran un producto accesorio de la revolución, ahora, bajo la dictadura del proletariado, la fuente de las reformas la constituyen las conquistas revolucionarias del proletariado, las reservas acumuladas en manos del proletariado y formadas por estas conquistas.

«La relación entre las reformas y la revolución—dice Lenin—sólo ha sido definida de un modo exacto y acertado por el marxismo, si bien Marx tan sólo pudo ver esta relación bajo un aspecto, o sea bajo las condiciones anteriores al primer triunfo más o menos sólido, más o menos duradero del proletariado, aunque sea en un solo país. En estas condiciones, la base de una relación acertada era ésta: las reformas son el producto accesorio de la lucha revolucionaria de clase del proletariado... Después del triunfo del proletariado, aunque sólo sea en un país, aparece algo nuevo, en lo que se refiere a la relación entre las reformas y la revolución. En el terreno de los principios, el problema sigue planteado del mismo modo, pero en cuanto a las formas se presenta una modificación, que Marx personalmente no pudo prever, pero que sólo se puede comprender colocándose en el terreno de la filosofía y de la política del marxismo... Después del triunfo, ellas [es decir, las reformas. *J. St.*] (aunque en escala internacional sigan siendo el mismo «producto accesorio») constituyen, además, para el país en que se ha triunfado, una tregua necesaria y legítima en los casos en que es evidente que las fuerzas, después de haberse hallado sometidas a la máxima tensión, no bastan para dar tal o cual paso revolucionario. El triunfo proporciona una «reserva de fuerza» tal, que hay con qué mantenerse tanto desde el punto de vista material como moral, aun en el caso de una retirada forzosa» (*Lenin*, t. XXVII, págs. 84-85, «Sobre la significación del oro»).

VIII

EL PARTIDO

En el período prerrevolucionario, en el período de evolución más o menos pacífica, en que los partidos de la Segunda Internacional representaban la fuerza predominante dentro del movimiento obrero, y las formas parlamentarias de lucha se consideraban como fundamentales, en estas condiciones, el Partido no tenía ni podía tener una importancia tan grande y tan decisiva como la que adquirió más tarde, bajo las condiciones de los choques revolucionarios abiertos. Kautsky, defendiendo a la Segunda Internacional contra los que la atacan, dice que los partidos de la Segunda Internacional son instrumentos de paz y no de guerra, y que precisamente por esto se revelaron impotentes para hacer nada serio durante la guerra, en el período de las acciones revolucionarias del proletariado. Y esto es totalmente exacto. Pero ¿qué significa esto? Significa que los partidos de la Segunda Internacional son inservibles para la lucha revolucionaria del proletariado, que no son partidos combativos del proletariado, aptos para conducir a éste al Poder, sino máquinas electorales, adaptadas a las elecciones al parlamento y a la lucha parlamentaria. Esto explica precisamente el hecho de que, durante el período de predominio de los oportunistas de la Segunda Internacional, la organización política fundamental del proletariado no fuese el Partido, sino la fracción parlamentaria. Es sabido que en este período el Partido era, en realidad, un apéndice de la fracción parlamentaria y un elemento puesto al servicio de ésta. Huelga demostrar que, en tales condiciones y

con semejante partido al frente, no se podía ni hablar de preparar al proletariado para la revolución.

Pero las cosas cambiaron radicalmente al entrar en un nuevo período. Este nuevo período es el período de los choques abiertos entre las clases, el período de las acciones revolucionarias del proletariado, el período de la revolución proletaria, el período de la preparación directa de las fuerzas para el derrocamiento del imperialismo y la toma del Poder por el proletariado. Este período plantea ante el proletariado nuevas tareas de reorganización de toda la labor del Partido en un sentido nuevo, revolucionario, de educación de los obreros en el espíritu de la lucha revolucionaria por el Poder, de preparación y concentración de las reservas, de alianza con los proletarios de los países vecinos, de establecimiento de sólidos vínculos con el movimiento de liberación de las colonias y de los países dependientes, etc., etc. Creer que estas tareas nuevas pueden resolverse con las fuerzas de los viejos partidos socialdemócratas, educados bajo las condiciones pacíficas del parlamentarismo, equivale a condenarse a una desesperación sin remedio, a una derrota inevitable. Tener que afrontar estas tareas con los viejos partidos al frente, equivale a encontrarse completamente desarmados. Huelga demostrar que el proletariado no podía resignarse a semejante situación.

De aquí la necesidad de un nuevo partido, de un partido combativo, de un partido revolucionario, lo bastante intrépido para conducir a los proletarios a la lucha por el Poder, lo bastante experto para orientarse en las condiciones complejas de la situación revolucionaria y lo bastante flexible para sortear todos y cada uno de los escollos que se interponen en el camino hacia sus fines.

Sin un Partido así, no se puede ni pensar en el derrocamiento del imperialismo, en la conquista de la dictadura del proletariado.

Este nuevo partido es el Partido del leninismo.

¿Cuáles son las particularidades de este nuevo Partido?

1. *El Partido, como destacamento de vanguardia de la clase obrera.* El Partido tiene que ser, ante todo, el destacamento de *vanguardia* de la clase obrera. El Partido tiene que incorporar a sus filas a todos los mejores elementos de la clase obrera, asimilar su experiencia, su espíritu revolucionario, su abnegación sin límites por la causa del proletariado. Mas, para ser un verdadero destacamento de vanguardia, el Partido tiene que estar pertrechado con una teoría revolucionaria, con el conocimiento de las leyes del movimiento, con el conocimiento de las leyes de la revolución. Sin esto, no se encontrará con fuerzas bastantes para dirigir la lucha del proletariado, para conducirlo tras de sí. El Partido no puede ser el verdadero Partido si se limita a registrar lo que vive y lo que piensa la masa de la clase obrera, si marcha a la zaga del movimiento espontáneo de ésta, si no sabe vencer la inercia y la indiferencia política del movimiento espontáneo, si no es capaz de elevarse por encima de los intereses momentáneos del proletariado, si

no sabe elevar a las masas hasta el nivel de los intereses de clase del proletariado. El Partido tiene que marchar al frente de la clase obrera, tiene que ver más lejos que la clase obrera, tiene que conducir tras de sí al proletariado y no marchar a la zaga de la espontaneidad. Los partidos de la Segunda Internacional, que predican el «seguidismo», son los portadores de la política burguesa, que condena al proletariado al papel de un instrumento puesto en manos de la burguesía. Sólo un Partido que se sitúe en el punto de vista de destacamento de vanguardia de la clase obrera y sea capaz de elevar a las masas hasta el nivel de los intereses de clase del proletariado, sólo un Partido así es capaz de apartar a la clase obrera de la senda del tradeunionismo y hacer de ella una fuerza política independiente. El Partido es el jefe político de la clase obrera.

He hablado más arriba de las dificultades de la lucha de la clase obrera, de la complejidad de las condiciones de la lucha, de la estrategia y de la táctica, de las reservas y de las maniobras, de la ofensiva y de la retirada. Estas condiciones son tan complejas, si no más, como las condiciones de la guerra. ¿Quién puede orientarse en estas condiciones, quién puede dar una orientación acertada a las masas de millones de proletarios? Ningún ejército en guerra puede prescindir de un Estado Mayor experto, si no quiere verse condenado a la derrota. ¿Acaso no es claro que tampoco el proletariado, y con mayor razón, puede prescindir de este Estado Mayor, si no quiere entregarse a merced de sus enemigos jurados? Pero ¿cuál es su Estado Mayor? No puede ser otro que el Partido revolucionario del proletariado. Sin un Partido revolucionario, la clase obrera es como un ejército sin Estado Mayor. El Partido es el Estado Mayor de combate del proletariado.

Pero el Partido no puede ser tan sólo un destacamento de *vanguardia*, sino que tiene que ser, al mismo tiempo, un destacamento *de la clase*, una parte de la clase, íntimamente vinculado a ésta con todas las raíces de su existencia. La diferencia entre el destacamento de vanguardia y el resto de la masa de la clase obrera, entre los afiliados al Partido y los sin partido, no puede desaparecer mientras no desaparezcan las clases, mientras el proletariado vea engrosar sus filas con elementos procedentes de otras clases, mientras la clase obrera en su conjunto no tenga la posibilidad de elevarse hasta el nivel del destacamento de vanguardia. Pero el Partido dejaría de ser tal partido si esta diferencia se convirtiera en una ruptura, si se encerrara en sí mismo y se apartara de las masas sin partido. El Partido no puede dirigir a la clase si no está vinculado a las masas sin partido, si no hay lazos de unión entre el Partido y las masas sin partido, si estas masas no aceptan su dirección, si el Partido no goza de crédito moral y político entre las masas. Hace poco se dió ingreso en nuestro Partido a doscientos mil nuevos afiliados obreros. Lo notable aquí es el hecho de que estos obreros, más bien que venir ellos mismos al Partido, fueron mandados a él por todo el resto

de la masa sin partido, que tomó parte activa en la admisión de los nuevos afiliados y sin cuya aprobación éstos no hubieran sido admitidos. Este hecho demuestra que las grandes masas de obreros sin partido ven en nuestro Partido *su* Partido, el Partido *más cercano* y *más querido*, en cuyo engrandecimiento y fortalecimiento se hallan profundamente interesados y a cuya dirección confían de buen grado su suerte. Huelga demostrar que sin estos hilos morales imperceptibles que unen a nuestro Partido con las masas sin partido, el Partido no podría convertirse en la fuerza decisiva de su clase. El Partido es una parte inseparable de la clase obrera.

«Nosotros—dice Lenin—somos un partido de clase y por eso *casi toda la clase* (y en tiempo de guerra, en época de guerra civil, la clase en su integridad) tiene que actuar bajo la dirección de nuestro Partido, debe tener con nuestro Partido el contacto más estrecho posible; pero sería manilovismo(*) y «seguidismo» creer que casi toda o toda la clase pueda estar algún día, bajo el capitalismo, en condiciones de elevarse al grado de conciencia y de actividad de su destacamento de vanguardia, de su Partido socialdemócrata. Ningún socialdemócrata que esté aún en su sano juicio ha puesto nunca en duda que, bajo el capitalismo, ni aun la organización sindical (más primitiva y más asequible al grado de conciencia de las capas menos desarrolladas) está en condiciones de abarcar a toda o a casi toda la clase obrera. Olvidar la diferencia que existe entre el destacamento de vanguardia y todas las masas que marchan detrás de él, olvidar el deber constante que tiene el destacamento de vanguardia de *elevar* a capas cada vez más amplias a su propio nivel avanzado, no significa más que engañarse a sí mismo, cerrar los ojos ante la inmensidad de nuestras tareas y empequeñecer éstas» (*Lenin*, t. VI, págs. 205-206, «Un paso adelante, dos pasos atrás»).

2. *El Partido, como destacamento organizado de la clase obrera.* El Partido no es sólo el destacamento de *vanguardia* de la clase obrera. Si quiere dirigir realmente la lucha de clases, tiene que ser, al mismo tiempo, un destacamento *organizado* de su clase. Las tareas del Partido, bajo las condiciones del capitalismo, son extraordinariamente grandes y variadas. El Partido debe dirigir la lucha del proletariado en condiciones extraordinariamente difíciles de desarrollo interior y exterior, debe llevar al proletariado a la ofensiva cuando la situación exija marchar a la ofensiva, debe apartarlo de los golpes de un adversario fuerte cuando las condiciones exijan la retirada, debe infundir en las masas de millones de obreros sin partido, inorganizadas, el espíritu de disciplina y los métodos de lucha organizada, el espíritu de organización y de firmeza. Pero el Partido sólo puede llevar a cabo estas tareas cuando él mismo sea la personificación de la disciplina y de la organización, cuando él mismo sea el destacamento *organizado* del proletariado. Sin estas condiciones, no se puede ni hablar de que el Partido dirija verdaderamente a masas de millones de hombres del proletariado. El Partido es el destacamento organizado de la clase obrera.

(*) «Manilovismo»: placidez, inactividad, imaginación ociosa. De Manílov, uno de los personajes de la novela de Gógol «Almas muertas». *(N. del T.)*

La idea del Partido como un todo orgánico está expresada en la conocida fórmula de Lenin llevada al artículo primero de los estatutos de nuestro Partido, en el cual se considera a éste como una *suma* de organizaciones, y a los afiliados al Partido, como afiliados a una de las organizaciones del Partido. Los mencheviques, que ya en 1903 rechazaban esta fórmula, proponían, en vez de ella, el «sistema» de autoadhesión al Partido, el «sistema» de extender la «condición» de afiliado al Partido a todo «profesor» y «estudiante», a todo «simpatizante» y «huelguista», con tal de que apoyara al Partido de cualquier forma, aunque no entrara ni deseara entrar a formar parte de ninguna de las organizaciones del Partido. Huelga demostrar que este original «sistema», caso de que se hubiese afianzado en nuestro Partido, habría hecho inevitablemente que éste se viese invadido por profesores y estudiantes y que degenerase en una «entidad» borrosa, amorfa, desorganizada, que se habría perdido en el mar de los «simpatizantes», en la que se habrían borrado los límites entre el Partido y la clase y que habría malogrado la tarea del Partido de elevar a las masas inorganizadas al nivel del destacamento de vanguardia. Huelga decir que, con un «sistema» oportunista como éste, nuestro Partido no habría podido desempeñar el papel de núcleo organizador de la clase obrera en el curso de nuestra revolución.

«Desde el punto de vista de Mártov—dice Lenin—, las fronteras del Partido quedan absolutamente indefinidas, pues «cualquier huelguista» puede «declararse miembro del Partido». ¿Qué ventajas resultan de semejante vaguedad? La gran extensión de su «nombre». El daño que origina consiste en que introduce la idea *desorganizadora* de confusión entre clase y Partido» (*Lenin*, t. VI, pág. 211, «Un paso adelante, dos pasos atrás»).

Pero el Partido no es sólo una *suma* de sus organizaciones. El Partido es, al mismo tiempo, un *sistema* único de estas organizaciones, su unificación formal en un todo único, con órganos superiores e inferiores de dirección, con la subordinación de la minoría a la mayoría, con resoluciones prácticas, obligatorias para todos los miembros del Partido. Sin estas condiciones, el Partido no estaría en situación de ser un todo único organizado, capaz de llevar a cabo la dirección sistemática y organizada de la lucha de la clase obrera.

«*Antes*—dice Lenin—, nuestro Partido no era una unidad formalmente organizada, sino simplemente una suma de grupos aislados, razón por la cual no existía, ni podía existir entre ellos más relación que la de la influencia ideológica. *Ahora*, somos ya un Partido organizado, y esto entraña la creación de una autoridad, la transformación del prestigio de la idea en prestigio de la autoridad, la sumisión de los organismos inferiores a los organismos superiores del Partido» (Lugar citado, pág. 291).

El principio de la subordinación de la minoría a la mayoría, el principio de la dirección de la labor del Partido desde el centro suscita con frecuencia ataques por parte de los elementos inestables, acusaciones de «burocratismo», de «formalismo», etc. No hace falta demostrar que

la labor sistemática del Partido como un todo y la dirección de la lucha de la clase obrera no serían posibles sin la aplicación de estos principios. El leninismo, en materia de organización, es la aplicación inflexible de estos principios. Lenin califica la lucha contra estos principios de «nihilismo ruso» y de «anarquismo señorial», dignos de ser puestos en ridículo y arrojados por la borda.

He aquí lo que dice Lenin, en su libro «Un paso adelante, dos pasos atrás», a propósito de estos elementos inestables:

«Este anarquismo señorial es algo muy peculiar del nihilista ruso. La organización del Partido se le antoja una «fábrica» monstruosa; la sumisión de la parte al todo y de la minoría a la mayoría le parece un «avasallamiento»..., la división del trabajo bajo la dirección de los organismos centrales suscita en él chillidos tragicómicos contra quienes pretenden convertir a los hombres en «ruedas y tornillos» de un mecanismo..., toda mención de los estatutos de la organización del Partido le mueve a un gesto de desprecio y a la observación desdeñosa... de que se puede vivir sin estatutos...» «Parece claro que los clamores contra el famoso burocratismo no son más que un medio de encubrir el descontento por la composición personal de los órganos centrales, no son más que una hoja de parra...: ¡Eres un burócrata, porque has sido designado por un congreso sin mi voluntad y contra ella! ¡Eres un formalista, porque te apoyas en los acuerdos formales del congreso y no en mi consentimiento! ¡Obras de un modo torpemente mecánico, porque te remites a la mayoría «mecánica» del congreso del Partido y no prestas atención a mi deseo de entrar a formar parte de los órganos dirigentes! ¡Eres un déspota, porque no quieres poner el poder en manos de la vieja tertulia de buenos compadres» (*) (*Lenin*, t. VI, págs. 310 y 287).

3. *El Partido, como forma superior de organización de clase del proletariado.* El Partido es el destacamento organizado de la clase obrera. Pero el Partido no es la única organización de la clase obrera. El proletariado cuenta con toda una serie de otras organizaciones, sin las cuales no podría librar una lucha eficaz contra el capital: sindicatos, cooperativas, organizaciones de fábricas y talleres, fracciones parlamentarias, organizaciones femeninas sin partido, prensa, organizaciones culturales, organizaciones de la juventud, organizaciones revolucionarias de combate (durante las acciones revolucionarias abiertas), Soviets de diputados como forma estatal de organización (allí donde el proletariado se halla en el Poder), etc. La inmensa mayoría de estas organizaciones permanecen al margen del Partido, y sólo una parte de ellas están directamente vinculadas a éste o son ramificaciones suyas. En determinadas condiciones, todas estas organizaciones son absolutamente necesarias para la clase obrera, pues sin ellas no sería posible consolidar las posiciones de clase del proletariado en los diversos terrenos de lucha, ni sería posible templarlo como fuerza llamada a sustituir el orden de cosas burgués por el orden socialista. Pero ¿cómo llevar a cabo la dirección única, existiendo tal abundancia de organizaciones? ¿Cuál es la

(*) Se alude a la «tertulia» de Axelrod, Mártov, Pótresov y otros, que no se sometieron a los acuerdos del II Congreso y acusaban a Lenin de «burocratismo». *(J. St.)*

garantía de que esta multiplicidad de organizaciones no lleve el desconcierto a la dirección? Se dirá que cada una de estas organizaciones actúa dentro de su órbita propia, razón por la cual no pueden entorpecerse las unas a las otras. Esto, naturalmente, es exacto. Pero también lo es que todas estas organizaciones tienen que desplegar su actividad en una misma dirección, pues sirven a una *sola* clase, a la clase de los proletarios. ¿Quién—cabe preguntarse—traza la línea, la orientación general que ha de servir de guía para la labor de todas estas organizaciones? ¿Dónde está la organización central que no sólo sea capaz, por poseer la experiencia necesaria, de trazar aquella línea general, sino que, además, esté dotada de la posibilidad, por poseer la autoridad necesaria para esto, de mover a todas estas organizaciones a llevar a la práctica esta línea, con el fin de lograr la unidad en la dirección y excluir toda posibilidad de desconcierto?

Esta organización es el Partido del proletariado.

El Partido posee todas las condiciones necesarias para esto: primero, porque el Partido es el punto en que se concentran los mejores elementos de la clase obrera, que mantienen vínculos directos con las organizaciones sin partido del proletariado y que con frecuencia las dirigen; segundo, porque el Partido, como punto en que se concentran los mejores elementos de la clase obrera, es la mejor escuela de formación de los jefes de la clase obrera, capaces de dirigir todas las formas de organización de su clase; tercero, porque el Partido, como la mejor escuela para la formación de los jefes de la clase obrera, es, por su experiencia y autoridad, la única organización capaz de centralizar la dirección de la lucha del proletariado, convirtiendo así a todas y cada una de las organizaciones sin partido de la clase obrera en órganos auxiliares y en correas de transmisión que unen al Partido con la clase. El Partido es la forma superior de organización de clase del proletariado.

Esto no quiere decir, naturalmente, que las organizaciones sin partido, los sindicatos, las cooperativas, etc., deban estar formalmente subordinadas a la dirección del Partido. Se trata únicamente de que los miembros del Partido que integran estas organizaciones adopten, como elementos indudablemente influyentes, todos los medios de persuasión para conseguir que las organizaciones sin partido establezcan en su labor un contacto estrecho con el Partido y acepten voluntariamente la dirección política de éste.

He aquí por qué Lenin dice que el Partido es «la forma *superior* de unión de clase de los proletarios», cuya dirección política debe hacerse extensiva a todas las demás formas de organización del proletariado (*Lenin*, t. XXV, pág. 194, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

He aquí por qué la teoría oportunista de la «independencia» y de la «neutralidad» de las organizaciones sin partido, que da vida a parlamentarios *independientes* y a publicistas *desligados* del Partido, a

funcionarios sindicales de *mentalidad estrecha* y a cooperativistas *aburguesados*, es completamente incompatible con la teoría y la práctica del leninismo.

4. *El Partido, como instrumento de la dictadura del proletariado.* El Partido es la forma superior de organización del proletariado. El Partido es el factor básico dirigente dentro de la clase de los proletarios y entre las organizaciones de ésta. Pero de aquí no se desprende, ni mucho menos, que el Partido pueda ser considerado como un fin en sí, como una fuerza que se baste a sí misma. El Partido no sólo es la forma superior de unión de clase de los proletarios, sino que es, al mismo tiempo, un *instrumento* puesto en manos del proletariado *para* la conquista de su dictadura, cuando ésta no ha sido todavía conquistada, y *para* la consolidación y ampliación de la dictadura, cuando ya está conquistada. El Partido no podría elevarse a tal altura, en cuanto a su importancia, y no podría situarse por encima de todas las demás formas de organización del proletariado, si ante éste no se planteara el problema del Poder, si las condiciones del imperialismo, la ineluctabilidad de las guerras, la existencia de las crisis no exigieran la concentración de todas las fuerzas del proletariado en un punto, la reunión de todos los hilos del movimiento revolucionario en un haz, con el fin de derribar a la burguesía y conquistar la dictadura del proletariado. El Partido le es necesario al proletariado, ante todo, como su Estado Mayor de lucha, indispensable para la conquista victoriosa del Poder. Huelga demostrar que, sin un Partido capaz de reunir en torno suyo a las organizaciones de masas del proletariado y de centralizar en el curso de la lucha la dirección de todo el movimiento, el proletariado de Rusia no hubiera podido implantar su dictadura revolucionaria.

Pero el proletariado no necesita del Partido solamente para conquistar la dictadura; aún le es más necesario para mantenerla, consolidarla y ensancharla, en interés del triunfo completo del socialismo.

«Seguramente que hoy casi todo el mundo ve ya—dice Lenin—que los bolcheviques no se hubieran mantenido en el Poder no dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la disciplina severísima, verdaderamente férrea, dentro de nuestro Partido, sin el apoyo más completo y abnegado prestado a éste por toda la masa de la clase obrera, esto es, por todo lo que ella tiene de consciente, honrado, abnegado, influyente y capaz de conducir consigo o de atraerse tras de sí a las capas atrasadas» (*Lenin*, t. XXV, pág. 173, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

Pero ¿qué significa «mantener» y «ensanchar» la dictadura? Significa infundir a las masas de millones de proletarios el espíritu de disciplina y de organización; significa dar a las masas proletarias un refuerzo y un punto de apoyo contra las influencias corrosivas de la espontaneidad pequeñoburguesa y de los hábitos pequeñoburgueses; significa reforzar la labor de organización de los proletarios para la reeducación y la transformación de las capas pequeñoburguesas; significa ayudar a

las masas proletarias a educarse como fuerza capaz de destruir las clases y de preparar las condiciones para organizar la producción socialista. Pero todo esto no sería posible hacerlo sin un partido fuerte por su cohesión y su disciplina.

«La dictadura del proletariado—dice Lenin—es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase, sin un partido que sepa pulsar el estado de espíritu de las masas e influir sobre él, es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha» (*Lenin*, t. XXV, pág. 190, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

El proletariado necesita del Partido *para* conquistar y mantener la dictadura. El Partido es el instrumento de la dictadura del proletariado.

Pero de esto se deduce que, con la desaparición de las clases, con la desaparición de la dictadura del proletariado, deberá desaparecer también el Partido.

5. *El Partido, como unidad de voluntad, incompatible con la existencia de fracciones.* La conquista y el mantenimiento de la dictadura del proletariado son imposibles sin un partido fuerte por su cohesión y su férrea disciplina. Pero la férrea disciplina dentro del Partido es inconcebible sin la unidad de voluntad, sin la unidad de acción completa y absoluta de todos los miembros del Partido. Esto no significa, naturalmente, que con ello quede excluída la posibilidad de una lucha de opiniones dentro del Partido. Al revés, la disciplina férrea no excluye, sino que presupone la crítica y la lucha de opiniones dentro del Partido. Tampoco significa esto, con tanta mayor razón, que la disciplina deba ser «ciega». Al contrario, la disciplina férrea no excluye, sino que presupone la subordinación consciente y voluntaria, pues sólo una disciplina consciente puede ser una disciplina verdaderamente férrea. Pero, una vez terminada la lucha de opiniones, agotada la crítica y adoptado un acuerdo, la unidad de voluntad y la unidad de acción de todos los miembros del Partido es condición indispensable sin la cual no se concibe ni un partido unido ni una disciplina férrea dentro del Partido.

«En la época actual, de aguda guerra civil—dice Lenin—, el Partido Comunista sólo podrá cumplir con su deber si se halla organizado del modo más centralizado, si reina dentro de él una disciplina férrea rayana en la disciplina militar y si el centro del Partido es un órgano de autoridad dotado de plenos y amplios poderes y que goce de la confianza general de los afiliados al Partido» (V. «Condiciones de ingreso en la Internacional Comunista», t. XXV, págs. 282-283).

Así se plantea la cuestión, en lo que se refiere a la disciplina dentro del Partido, bajo las condiciones de la lucha antes de la conquista de la dictadura.

Otro tanto hay que decir, pero en grado todavía mayor, respecto a la disciplina dentro del Partido después de la conquista de la dictadura.

«El que debilita, por poco que sea—dice Lenin—, la disciplina férrea del Partido del proletariado (sobre todo en la época de su dictadura), ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado» (*Lenin*, t. XXV, pág. 190, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

De aquí se desprende que la existencia de fracciones es incompatible con la unidad del Partido y con su férrea disciplina. Huelga demostrar que la existencia de fracciones conduce a la existencia de diversos centros y que la existencia de diversos centros significa la ausencia de un centro general dentro del Partido, el quebrantamiento de la unidad de voluntad, el debilitamiento y la descomposición de la disciplina, el debilitamiento y la descomposición de la dictadura. Naturalmente, los partidos de la Segunda Internacional, que luchan contra la dictadura del proletariado y no quieren llevar a los proletarios al Poder, pueden permitirse ese liberalismo que supone la libertad de existencia de fracciones, pues ellos no necesitan para nada una disciplina férrea. Pero los Partidos de la Internacional Comunista, que basan todo su trabajo en las tareas de la conquista de la dictadura del proletariado y de su consolidación, no pueden admitir ni el «liberalismo» ni la libertad de existencia de fracciones. El Partido es la unidad de voluntad, que excluye todo fraccionalismo y toda división de poderes dentro del Partido.

De aquí la aclaración de Lenin sobre los «peligros del fraccionalismo desde el punto de vista de la unidad del Partido y de la realización de la unidad de voluntad de la vanguardia del proletariado, como condición fundamental del éxito de la dictadura del proletariado», que figura en la resolución especial del X Congreso de nuestro Partido «Sobre la unidad del Partido».

He aquí por qué Lenin exige la «supresión completa de todo fraccionalismo» y la «disolución inmediata de todos los grupos sin excepción, formados sobre tal o cual plataforma», so pena de «expulsión incondicional e inmediata del Partido» (V. la resolución de nuestro Partido «Sobre la unidad del Partido»).

6. *El Partido se consolida depurándose de los elementos oportunistas.* La fuente de fraccionalismo dentro del Partido son sus elementos oportunistas. El proletariado no es una clase cerrada. A él afluyen continuamente elementos procedentes de las filas campesinas, de la pequeña burguesía, del campo intelectual, proletarizados por el desarrollo del capitalismo. Al mismo tiempo, en la capa superior del proletariado, principalmente entre los funcionarios sindicales y entre los parlamentarios, cebados por la burguesía a expensas de las superganancias coloniales, se produce un proceso de descomposición.

«Esta capa de obreros aburguesados—dice Lenin—o de «aristocracia obrera», completamente pequeñoburgueses en cuanto a su manera de vivir, por la cuantía de sus emolumentos y por toda su mentalidad, es el apoyo principal de la Segunda Internacional, y, hoy día, el principal *apoyo social* (no militar) *de la bur-*

guesía. Pues éstos son los verdaderos *agentes de la burguesía en el seno del* movimiento *obrero*, los lugartenientes obreros de la clase capitalista, los verdaderos portavoces del reformismo y del chovinismo» (*Lenin*, t. XIX, pág. 77, «El imperialismo, fase superior del capitalismo», prólogo a las ediciones en francés y alemán).

Todos estos grupos pequeñoburgueses penetran de un modo o de otro en el Partido, llevando a éste el espíritu de vacilación y de oportunismo, el espíritu de desmoralización y de incertidumbre. Son ellos, principalmente, los que constituyen la fuente del fraccionalismo y de la disgregación, la fuente de la desorganización y de la labor de zapa realizada desde el interior del Partido. Hacer la guerra al imperialismo teniendo en la retaguardia tales «aliados», equivale a caer en la situación del hombre que se encuentra entre dos fuegos, entre los disparos del frente y de la retaguardia. Por eso, la lucha implacable contra estos elementos, su expulsión del Partido es la condición previa para luchar con éxito contra el imperialismo.

La teoría de «superar» a los elementos oportunistas mediante la lucha ideológica librada dentro del Partido, la teoría de «liquidar» a estos elementos dentro del marco de un solo Partido es una teoría podrida y peligrosa, que amenaza con condenar al Partido a la parálisis y al malestar crónico, que amenaza con sacrificar al Partido en aras del oportunismo, que amenaza con privar al proletariado de su Partido revolucionario, que amenaza con despojar al proletariado de su arma principal en la lucha contra el imperialismo. Nuestro Partido no hubiera podido encontrar su camino, no hubiera podido tomar el Poder y organizar la dictadura del proletariado, no hubiera podido salir victorioso de la guerra civil, si hubiera conservado en sus filas a los Mártov y a los Dan, a los Pótresov y a los Axelrod. Si nuestro Partido ha conseguido forjar dentro de sus filas una unidad interior y una cohesión nunca vista, se debe, ante todo, al hecho de que supo limpiarse a tiempo de la escoria del oportunismo, arrojar del Partido a los liquidadores y mencheviques. Para desarrollar y consolidar los partidos proletarios hay que depurar sus filas de oportunistas y reformistas, de socialimperialistas y socialchovinistas, socialpatriotas y socialpacifistas. El Partido se fortalece depurándose de los elementos oportunistas.

«*No es posible* triunfar en la revolución proletaria—dice Lenin—, *no es posible* defenderla, teniendo en las filas propias a reformistas, a mencheviques. Esto es evidente en el terreno de los principios. La experiencia de Rusia y de Hungría lo confirma palpablemente... En Rusia, hemos atravesado *muchas veces* por situaciones difíciles en que el régimen soviético habría sido *infaliblemente* derrotado, si hubiesen quedado mencheviques, reformistas, demócratas pequeñoburgueses dentro de nuestro Partido... En Italia, según confesión general, las cosas marchan hacia batallas decisivas entre el proletariado y la burguesía por la conquista del poder del Estado. En momentos tales, no sólo es absolutamente necesario eliminar del Partido a los mencheviques, a los reformistas, a los turatianos, sino que puede incluso resultar útil separar de todos los cargos responsables a quienes, siendo excelentes comunistas, sean susceptibles de vacilaciones y manifiesten inclinación hacia la «unidad» con los reformistas... En vísperas de la revolución y en

los momentos de la lucha más encarnizada por su triunfo, las más leves vacilaciones dentro del Partido son capaces de *echarlo todo a perder*, de hacer fracasar la revolución, de arrancar el Poder de manos del proletariado, ya que este Poder no está todavía consolidado y las arremetidas contra él son todavía demasiado fuertes. Si, en un momento así, se aparta a los dirigentes vacilantes, esto, lejos de debilitar, fortalece tanto al Partido como al movimiento obrero y a la revolución» (*Lenin*, t. XXV, págs. 462-464, «Falsos discursos sobre la libertad»).

IX

EL ESTILO EN EL TRABAJO

No se trata del estilo literario. Me refiero al estilo en el trabajo, a ese algo específico y peculiar que hay en la práctica del leninismo y que crea el tipo especial de militantes leninistas. El leninismo es una escuela teórica y práctica que moldea un tipo especial de militante del Partido y del Estado, que crea un estilo especial, el estilo leninista en el trabajo. ¿En qué consisten los rasgos característicos de este estilo? ¿Cuáles son sus particularidades?

Estas particularidades son dos: 1) el ímpetu revolucionario ruso, y 2) el sentido práctico norteamericano. El estilo leninista estriba en asociar estas dos particularidades en la labor del Partido y del Estado.

El ímpetu revolucionario ruso es el contraveneno contra la inercia, la rutina, el conservadurismo, el estancamiento mental, la actitud servil ante las tradiciones de nuestros abuelos. El ímpetu revolucionario ruso es la fuerza vivificadora que despierta el pensamiento, que lo hace avanzar, que rompe con el pasado, que brinda una perspectiva. Sin este ímpetu, no es posible ningún movimiento progresivo. Pero este ímpetu puede siempre degenerar, en la práctica, en un vacuo manilovismo «revolucionario», si no se asocia al sentido práctico norteamericano en el trabajo. Ejemplos de este tipo de degeneración los hay sobrados. ¿Quién no conoce la enfermedad del arbitrismo «revolucionario» y de la tendencia a elaborar «planes revolucionarios», tendencia que tiene su origen en la fe puesta en la virtud de los decretos, capaz de arreglarlo y de rehacerlo todo? Un escritor ruso, I. Erenburg, pinta en el cuento «El comunista perfecto» un tipo de «bolchevique» atacado de esta enfermedad, que se propone como fin trazar el esquema del hombre idealmente perfecto y ... se «ahoga» en esta «labor». En el cuento se exagera mucho la nota, pero es indudable que el autor señala la enfermedad con acierto. Sin embargo, yo creo que nadie se ha burlado de esta clase de enfermos con tanta saña y de un modo tan implacable como Lenin. «Presunción comunista»: así calificaba Lenin esa fe enfermiza en el arbitrismo y en la decretomanía.

«La presunción comunista—dice Lenin—significa que una persona que está en el Partido Comunista y no ha sido todavía eliminada de él cree que puede

resolver todos los problemas a fuerza de decretos comunistas...» (*Lenin*, t. XXVII, págs. 50-51, «La nueva política económica y las tareas de los órganos de instrucción política»).

Lenin solía oponer a la *palabrería «revolucionaria»* el trabajo sencillo y cotidiano, subrayando con ello que el arbitrismo «revolucionario» es contrario al espíritu y a la letra del auténtico leninismo.

«Menos frases pomposas—dice Lenin—y más trabajo sencillo, *cotidiano*..., menos estrépito político y mayor atención a los hechos más simples, pero vivos..., a los hechos de la edificación comunista...» (*Lenin*, t. XXIV, págs. 343 y 335, «Una gran iniciativa»).

El sentido práctico norteamericano es, en cambio, el antídoto contra el manilovismo «revolucionario» y contra el arbitrismo fantástico. El sentido práctico norteamericano es la fuerza indomable que no conoce ni admite barreras, que destruye con su tenacidad práctica toda clase de obstáculos, que siempre lleva a término la obra una vez empezada, aunque sea poco importante, y sin la cual no es concebible una labor constructiva seria. Pero el sentido práctico norteamericano puede degenerar siempre en un empirismo mezquino y sin principios, si no va asociado al ímpetu revolucionario ruso. ¿Quién no conoce la enfermedad del practicismo mezquino y del empirismo sin principios, que lleva con frecuencia a la degeneración de algunos «bolcheviques» y a su apartamiento de la causa de la revolución? Esta enfermedad peculiar ha encontrado su reflejo en el relato de B. Pilniak «El año desnudo», en el que se pinta a tipos de «bolcheviques» rusos llenos de voluntad y de decisión práctica, que «funcionan» muy «enérgicamente», pero que carecen de perspectiva, que no saben adónde van y, por consiguiente, se desvían del camino de la labor revolucionaria. Nadie se ha burlado con tanta saña de esta enfermedad del empirismo mezquino como Lenin. «Practicismo cretino». «empirismo acéfalo»: así calificaba Lenin esta enfermedad. Lenin solía oponer a esto la labor revolucionaria viva y la necesidad de tener perspectivas revolucionarias en toda nuestra labor cotidiana, subrayando con ello que el empirismo mezquino y sin principios es tan contrario al auténtico leninismo como el arbitrismo «revolucionario».

La asociación del ímpetu revolucionario ruso con el sentido práctico americano: en eso reside la esencia del leninismo en la labor del Partido y del Estado.

Sólo esta asociación da el tipo perfecto del militante leninista, el estilo leninista en el trabajo.

LA REVOLUCION DE OCTUBRE Y LA TACTICA DE LOS COMUNISTAS RUSOS

PROLOGO PARA EL LIBRO «EN EL CAMINO HACIA OCTUBRE»

I

LA SITUACION INTERIOR Y EXTERIOR EN LA REVOLUCION DE OCTUBRE

Tres circunstancias de orden exterior determinaron la relativa facilidad con que la revolución proletaria en Rusia logró romper las cadenas del imperialismo y derrocar con ello el Poder de la burguesía.

Primero, la circunstancia de que la Revolución de Octubre comenzó durante el período de una lucha encarnizada entre los dos principales grupos imperialistas, el anglofrancés y el austroalemán, cuando estos grupos, empeñados en una lucha mortal entre sí, no tenían ni tiempo ni medios para dedicar una atención seria a la lucha contra la Revolución de Octubre. Esta circunstancia tuvo una importancia enorme para la Revolución de Octubre, pues le dió la posibilidad de aprovechar los terribles choques internos que se producían en el campo imperialista, con el fin de consolidar y organizar sus fuerzas.

Segundo, la circunstancia de que la Revolución de Octubre comenzó en el curso de la guerra imperialista, cuando las masas trabajadoras, extenuadas por la guerra y ansiosas de paz, se vieron llevadas, por la lógica misma de las cosas, a la revolución proletaria, como único medio de salir de la guerra. Esta circunstancia tuvo una importancia inmensa para la Revolución de Octubre, pues puso en sus manos el potente instrumento de la paz, facilitándole la posibilidad de hacer coincidir la revolución soviética con la terminación de la odiosa guerra y, con ello, captarse la simpatía de las masas, tanto en el Occidente, entre los obreros, como en el Oriente, entre los pueblos oprimidos.

Tercero, el poderoso movimiento obrero en Europa y el hecho de haber madurado, en Occidente y en Oriente, la crisis revolucionaria, originada por la prolongada guerra imperialista. Esta circunstancia tuvo para la revolución en Rusia una importancia inapreciable, pues le aseguró fuera de Rusia aliados fieles en su lucha contra el imperialismo mundial.

Pero además de las circunstancias de orden exterior, la Revolución de Octubre contó con toda una serie de condiciones favorables de orden interior, que le facilitaron el triunfo.

Como las principales de estas condiciones, deben considerarse las siguientes:

Primera: la Revolución de Octubre contaba con el apoyo más activo de la inmensa mayoría de la clase obrera de Rusia.

Segunda: contaba con el apoyo indudable de los campesinos pobres y de la mayoría de los soldados, ansiosos de paz y de tierra.

Tercera: tenía a la cabeza, como fuerza dirigente, un partido tan probado como el Partido bolchevique, vigoroso no sólo por su experiencia, no sólo por su disciplina, templada a través de los años, sino también por los extensos vínculos que le unían a las masas trabajadoras.

Cuarta: la Revolución de Octubre tenía ante sí a enemigos relativamente fáciles de derrotar, como la burguesía rusa, más o menos débil, la clase de los terratenientes, definitivamente desmoralizada por los «motines» campesinos, y los partidos conciliadores (menchevique y socialrevolucionario), que habían sufrido una completa bancarrota en el transcurso de la guerra.

Quinta: tenía a su disposición la enorme extensión territorial del joven Estado, donde podía maniobrar libremente, retroceder cuando las circunstancias lo exigiesen, hacer una tregua, reponer sus fuerzas, etc.

Sexta: la Revolución de Octubre podía contar, en su lucha contra la contrarrevolución, con provisiones alimenticias, combustible y materias primas en cantidad suficiente dentro del país.

El conjunto de estas circunstancias exteriores e interiores creó las condiciones peculiares que permitieron a la Revolución de Octubre triunfar con relativa facilidad.

Esto no quiere decir, naturalmente, que la Revolución de Octubre no tropezara también con condiciones exteriores e interiores desfavorables. ¿No es, por ejemplo, un inconveniente el relativo aislamiento de la Revolución de Octubre, el hecho de que no hubiera a su lado o en su proximidad un país soviético en que pudiera apoyarse? Es indudable que la revolución futura, en Alemania, por ejemplo, se encontraría en una situación más ventajosa en este sentido, pues tendría al lado un país soviético tan importante por su fuerza como nuestra Unión Soviética. Y no digamos ya de la desventaja que para la Revolución de Octubre suponía la falta de una mayoría proletaria en el país.

Pero estos inconvenientes sólo subrayan la enorme importancia de las peculiares condiciones interiores y exteriores de la Revolución de Octubre, de las que hemos hablado más arriba.

No se debe olvidar ni por un instante esta peculiaridad. Hay que recordarla especialmente al analizar los acontecimientos producidos en Alemania en el otoño de 1923. La debe recordar, sobre todo, Trotski, quien establece arbitrariamente una analogía entre la Revolución de Octubre y la revolución de Alemania, y fustiga desenfrenadamente al Partido Comunista de Alemania, por sus errores reales y por los imaginarios.

«A Rusia—dice Lenin—, en la situación histórica concreta, extraordinariamente original del año 1917, le fué fácil *comenzar* la revolución socialista; en cambio, *continuarla* y llevarla a término le será a Rusia más difícil que a los países europeos. Ya a comienzos de 1918 hube de indicar esta circunstancia, y la experiencia de los dos años transcurridos desde entonces ha venido a confirmar la exactitud de aquella indicación. Condiciones específicas como fueron: 1) la posibilidad de hacer coincidir la revolución soviética con la terminación, gracias a ella, de la guerra imperialista, que había extenuado hasta lo indecible a los obreros y campesinos; 2) la posibilidad de aprovechar durante cierto tiempo la lucha a muerte en que estaban enzarzados los dos grupos mundiales más poderosos de tiburones imperialistas, grupos que no podían unirse contra el enemigo soviético; 3) la posibilidad de soportar una guerra civil relativamente larga, en parte por la gigantesca extensión del país y sus exiguos medios de comunicación; 4) la existencia de un movimiento revolucionario democráticoburgués de los campesinos, tan profundo, que el Partido del proletariado hizo suyas las reivindicaciones revolucionarias del partido de los campesinos (del partido socialrevolucionario, profundamente hostil, en su mayoría, al bolchevismo), realizándolas inmediatamente, gracias a la conquista del Poder político por el proletariado; condiciones específicas como éstas no existen ahora en Europa occidental, y la repetición de estas condiciones o de condiciones análogas no es muy fácil. He aquí por qué, entre otras cosas—pasando por alto una serie de otros motivos—, le es más difícil a la Europa occidental que a nosotros *comenzar* la revolución socialista» (*Lenin*, t. XXV, pág. 205, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»)

No se deben olvidar estas palabras de Lenin.

II

ACERCA DE DOS PARTICULARIDADES DE LA REVOLUCION DE OCTUBRE, U OCTUBRE Y LA TEORIA DE LA REVOLUCION PERMANENTE DE TROTSKI

Hay dos particularidades de la Revolución de Octubre que es indispensable aclarar, sobre todo para comprender el sentido interno y la significación histórica de esta revolución.

¿Cuáles son estas particularidades?

Primero, el hecho de que, en nuestro país, la dictadura del proletariado nació como un Poder surgido sobre la base de la alianza entre el proletariado y las masas trabajadoras del campo, dirigidas por el proletariado. Segundo, el hecho de que, en nuestro país, la dictadura del proletariado se afianzó como consecuencia de la victoria del socialismo en un solo país, poco desarrollado en el sentido capitalista, mientras que el capitalismo subsiste en otros países más desarrollados desde el punto de vista capitalista. Esto no quiere decir, naturalmente, que la Revolución de Octubre carezca de otras particularidades. Mas, para nosotros, las que tienen importancia ahora son precisamente estas dos particularidades, no sólo porque expresan de un modo preciso la esencia de la Revolución

de Octubre, sino también porque revelan magníficamente el carácter oportunista de la teoría de la «revolución permanente».

Examinemos brevemente estas particularidades.

El problema de las masas trabajadoras de la pequeña burguesía, urbana y rural, el problema de ganar a estas masas para la causa del proletariado, es el problema más importante de la revolución proletaria. ¿A quién apoyará, en la lucha por el Poder, el pueblo laborioso de la ciudad y del campo, a la burguesía o al proletariado? ¿Para quién será reserva, para la burguesía o para el proletariado? De esto depende la suerte de la revolución y la solidez de la dictadura del proletariado. Las revoluciones de 1848 y 1871, en Francia, fracasaron, principalmente, porque las reservas campesinas resultaron estar al lado de la burguesía. La Revolución de Octubre triunfó porque supo arrancarle a la burguesía sus reservas campesinas, porque supo conquistar estas reservas para la causa del proletariado, y el proletariado resultó ser en esta revolución la única fuerza dirigente de las masas de millones de trabajadores de la ciudad y del campo.

Quien no haya comprendido esto no comprenderá jamás ni el carácter de la Revolución de Octubre, ni la naturaleza de la dictadura del proletariado, ni la peculiaridad de la política interior de nuestro Poder proletario.

La dictadura del proletariado no es una simple cúspide gubernamental, «hábilmente» «seleccionada» por la mano diestra de un «estratega experto» y «que se apoya inteligentemente» en tales o cuales capas de la población. La dictadura del proletariado es la alianza de clase entre el proletariado y las masas trabajadoras del campo para derribar al capital y para el triunfo definitivo del socialismo, siempre y cuando que el proletariado sea la fuerza dirigente de esta alianza.

No se trata, por tanto, de menospreciar «un poquito» o de sobreestimar «un poquito» las posibilidades revolucionarias del movimiento campesino, como gustan de expresarse ahora algunos defensores diplomáticos de la «revolución permanente». Se trata del carácter del nuevo Estado proletario, surgido como fruto de la Revolución de Octubre. Se trata del carácter del Poder proletario, de las bases de la misma dictadura del proletariado.

«La dictadura del proletariado—dice Lenin—es una forma especial de alianza de clase entre el proletariado, vanguardia de los trabajadores, y las numerosas capas trabajadoras no proletarias (pequeña burguesía, pequeños patronos, campesinos, intelectuales, etc.) o con la mayoría de ellos, alianza dirigida contra el capital, alianza que se propone el completo derrocamiento del capital, el completo aplastamiento de la resistencia de la burguesía y de sus tentativas de restauración, alianza que tiene como fin la instauración y consolidación definitiva del socialismo» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 311, prólogo a la edición de su discurso «Cómo se engaña al pueblo con consignas de libertad e igualdad»).

Y en otro lugar:

«La dictadura del proletariado, si traducimos esta expresión latina, científica, histórico-filosófica, a un lenguaje más sencillo, significa lo siguiente: sólo una

clase determinada, a saber, los obreros urbanos y en general los obreros industriales de fábricas y talleres, está en condiciones de dirigir a toda la masa de trabajadores y explotados en la lucha por derrocar el yugo del capital, en el proceso mismo de su derrocamiento, en la lucha por conservar y consolidar el triunfo, en la obra de la creación del nuevo régimen social, socialista, en toda la lucha por la supresión completa de las clases» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 336, «Una gran iniciativa»).

Tal es la teoría de la dictadura del proletariado, formulada por Lenin.

Una de las particularidades de la Revolución de Octubre consiste en que esta revolución es la aplicación clásica de la teoría leninista de la dictadura del proletariado.

Algunos camaradas suponen que esta teoría es puramente «rusa», que sólo guarda relación con la realidad rusa. Esto es falso. Completamente falso. Cuando habla de las masas laboriosas, de las clases no proletarias, dirigidas por el proletariado, Lenin no se refiere solamente a los campesinos rusos, sino también a los elementos trabajadores de la periferia de la Unión Soviética, que eran poco antes colonias de Rusia. Lenin afirmaba constantemente que, sin la alianza con estas masas de otras nacionalidades, el proletariado de Rusia no podría triunfar. En sus artículos sobre la cuestión nacional y en los discursos pronunciados en los Congresos de la Internacional Comunista, Lenin ha dicho reiteradamente que el triunfo de la revolución mundial es imposible sin una alianza revolucionaria, sin un bloque revolucionario que una al proletariado de los países avanzados con los pueblos oprimidos de las colonias esclavizadas. ¿Y qué son las colonias sino las mismas masas laboriosas oprimidas y, ante todo, las masas laboriosas campesinas? ¿Quién ignora que el problema de libertar a las colonias es, *en esencia*, el problema de libertar del yugo y de la explotación del capital financiero a las masas trabajadoras de las clases no proletarias?

Pero de esto se desprende que la teoría leninista de la dictadura del proletariado no es una teoría puramente «rusa», sino una teoría que rige para todos los países. El bolchevismo no es un fenómeno exclusivamente ruso. «El bolchevismo»—dice Lenin—es *un «modelo de táctica para todos»* (*Lenin*, t. XXIII, pág. 386, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky»).

Tales son los rasgos característicos de la primera particularidad de la Revolución de Octubre.

¿Cómo se plantea la cuestión de la teoría de la «revolución permanente» de Trotski, desde el punto de vista de esta particularidad de la Revolución de Octubre?

No vamos a extendernos sobre la posición de Trotski en 1905, cuando se olvidó «simplemente» de los campesinos como fuerza revolucionaria, lanzando la consigna de «sin zar, pero un gobierno obrero», es decir, la

consigna de una revolución sin los campesinos. Incluso Rádek, este defensor diplomático de la «revolución permanente», se ve obligado a reconocer ahora que en 1905 la «revolución permanente» significaba un «salto en el vacío», fuera de la realidad. Por lo visto, ahora todos reconocen ya que no merece la pena ocuparse de este «salto en el vacío».

Tampoco vamos a extendernos sobre la posición de Trotski durante la guerra; por ejemplo, en 1915, cuando en su artículo «La lucha por el Poder», partiendo de que «vivimos en la época del imperialismo», de que el imperialismo «no contrapone la nación burguesa al viejo régimen, sino el proletariado a la nación burguesa», llegaba a la conclusión de que el papel revolucionario de los campesinos tenía que ir disminuyendo, de que la consigna de la confiscación de la tierra no tenía ya la misma importancia que antes. Es sabido que Lenin, analizando este artículo de Trotski, le acusaba entonces de «negar» «el papel de los campesinos», diciendo que «Trotski ayuda de hecho a los políticos obreros liberales de Rusia, quienes entienden por «negación» del papel de los campesinos *el no querer* alzarlos para la revolución» (*Lenin*, t. XVIII, pág. 318, «Sobre las dos líneas de la revolución»).

Pasemos mejor a trabajos posteriores de Trotski acerca de esta cuestión, a las obras escritas cuando la dictadura del proletariado estaba ya afianzada y cuando Trotski podía comprobar en la práctica su teoría de la «revolución permanente» y corregir sus errores. Tomemos el «Prólogo» de Trotski a su libro «1905», escrito en 1922. He aquí lo que Trotski dice en este «Prólogo» acerca de la «revolución permanente»:

«Precisamente en el período que media entre el 9 de enero y la huelga de octubre de 1905, fué cuando llegó el autor, acerca del carácter del desarrollo revolucionario de Rusia, a la concepción que ha recibido el nombre de teoría de la «revolución permanente». Este nombre abstruso quería decir que la revolución rusa, que tiene ante sí objetivos inmediatos burgueses, no podrá, sin embargo, detenerse en ellos. La revolución no podrá resolver sus tareas burguesas más inmediatas sino colocando en el Poder al proletariado. Y este último, al tomar el Poder en sus manos, no podrá quedarse en el marco burgués de la revolución. Por el contrario, precisamente para asegurar su victoria, la vanguardia proletaria tendrá que hacer, desde los primeros pasos de su dominación, las más profundas incursiones no sólo en la propiedad feudal, sino también en la propiedad burguesa. El proceder así le acarreará *choques de hostilidad* no sólo con todos los grupos burgueses que le apoyaron en los primeros momentos de su lucha revolucionaria, sino también con las *grandes masas campesinas*, con ayuda de las cuales ha llegado al Poder. Las contradicciones en la situación de un gobierno obrero en un país atrasado, con una mayoría aplastante de población campesina, podrán solucionarse *sólo* en el plano internacional, en la palestra de la revolución mundial del proletariado» (*).

Así habla Trotski de su «revolución permanente».

Es suficiente comparar esta cita con las de las obras de Lenin, acerca de la dictadura del proletariado, transcritas más arriba, para comprender

(*) Subrayado por mí. (*J. St.*)

todo el abismo que hay entre la teoría leninista sobre la dictadura del proletariado y la teoría de la «revolución permanente» de Trotski.

Lenin habla de la *alianza* entre el proletariado y las capas trabajadoras del campo, como base de la dictadura del proletariado. En cambio, según Trotski resultan «*choques de hostilidad*» entre «la vanguardia proletaria» y las «grandes masas campesinas».

Lenin habla de la *dirección*, por el proletariado, de las masas trabajadoras y explotadas. En cambio, según Trotski resultan «*contradicciones* en la situación de un gobierno obrero en un país atrasado, con una mayoría aplastante de población campesina».

Según Lenin, la revolución saca sus fuerzas, ante todo, de los obreros y campesinos de la misma Rusia. En cambio, según Trotski resulta que las fuerzas indispensables pueden obtenerse *sólo* «en la palestra de la revolución mundial del proletariado».

¿Y qué hacer si la revolución mundial ha de llegar con retraso? ¿Le queda a nuestra revolución algún rayo de esperanza? Trotski no nos deja ningún rayo de esperanza, pues «las contradicciones en la situación de un gobierno obrero... podrán solucionarse *sólo*... en la palestra de la revolución mundial del proletariado». Con arreglo a este plan, no le queda a nuestra revolución más que una perspectiva: la de vegetar en sus propias contradicciones y podrirse en vida, esperando la revolución mundial.

¿Qué es la dictadura del proletariado, según Lenin?

La dictadura del proletariado es el Poder que se apoya en la alianza del proletariado con las masas trabajadoras del campo para «el completo derrocamiento del capital», para «la instauración y consolidación definitiva del socialismo».

¿Qué es la dictadura del proletariado, según Trotski?

La dictadura del proletariado es el Poder que llega a «choques de hostilidad» con «las grandes masas campesinas» y que busca la solución de las «contradicciones» *sólo* «en la palestra de la revolución mundial del proletariado».

¿En qué se diferencia esta «teoría de la revolución permanente» de la conocida teoría del menchevismo que niega la idea de la dictadura del proletariado?

Esencialmente, en nada.

No cabe duda: la «revolución permanente» no es simple menosprecio de las posibilidades revolucionarias del movimiento campesino. La «revolución permanente» es un menosprecio tal del movimiento campesino, que conduce a la *negación* de la teoría leninista de la dictadura del proletariado.

La «revolución permanente» de Trotski es una variante del menchevismo.

Esto en cuanto a la primera particularidad de la Revolución de Octubre.

¿Cuáles son los rasgos característicos de la segunda particularidad de la Revolución de Octubre?

Estudiando el imperialismo, sobre todo en el período de la guerra, Lenin descubrió la ley de que los países capitalistas, económica y políticamente, se desarrollan de un modo desigual, a saltos. Según esta ley, el desarrollo de las empresas, de los trusts, de las ramas industriales y de los diversos países no se produce en forma igual, no sigue un turno preestablecido, de modo que un trust, una rama industrial o un país marchen constantemente a la cabeza y otros trusts u otros países vayan a la zaga sucesivamente uno tras otro, sino que se desarrollan a saltos, con interrupciones en el desarrollo de unos países y con saltos de avance en el desarrollo de otros. La tendencia, «completamente legítima», de los países que se quedan atrás, a conservar sus antiguas posiciones, y la no menos «legítima» tendencia de los países que saltan hacia adelante, a apoderarse de nuevas posiciones, hacen que las colisiones armadas entre los países imperialistas sean una necesidad ineludible. Así ha ocurrido, por ejemplo, con Alemania, que hace medio siglo era, en comparación con Francia e Inglaterra, un país atrasado. Lo mismo puede decirse del Japón, en comparación con Rusia. Sin embargo, sabido es que, ya a principios del siglo XX, Alemania y el Japón habían dado un salto tan grande, que la primera llegó a sobrepasar a Francia y comenzó a desplazar a Inglaterra en el mercado mundial, y el segundo a Rusia. De estas contradicciones, como es sabido, surgió la reciente guerra imperialista.

Esta ley parte de que:

1. «El capitalismo se ha transformado en un sistema universal de opresión colonial y de estrangulación financiera de la inmensa mayoría de la población del planeta por un puñado de países «avanzados» *(Lenin,* Prólogo a la ed. francesa de «El imperialismo, fase superior del capitalismo»).

2. «Este «botín» se reparte entre dos o tres potencias rapaces de poderío mundial, armadas hasta los dientes (Estados Unidos, Inglaterra, Japón), que, por el reparto de *su* botín, arrastran a *su* guerra a todo el mundo» (Lugar citado).

3. Al agravarse las contradicciones dentro del sistema mundial de opresión financiera, al hacerse inevitables los conflictos armados, el frente mundial del imperialismo se hace fácilmente vulnerable para la revolución, y probable su ruptura por ciertos países por separado.

4. Esta ruptura puede producirse con mayor probabilidad en aquellos lugares y países donde la cadena del frente imperialista es más débil, es decir, donde el imperialismo está menos fortificado y la revolución puede desarrollarse con mayor facilidad.

5. Por esto es perfectamente posible y probable el triunfo del socialismo en un solo país, aun en el caso de que ese país esté menos desarrollado en el sentido capitalista, manteniéndose el capitalismo en otros

países, aunque estos países estén más desarrollados en el sentido capitalista.

Tales son, en pocas palabras, las bases de la teoría leninista de la revolución proletaria.

¿En qué consiste la segunda particularidad de la Revolución de Octubre?

La segunda particularidad de la Revolución de Octubre reside en que esta revolución es un modelo de aplicación práctica de la teoría leninista de la revolución proletaria.

Quien no haya comprendido esta particularidad de la Revolución de Octubre jamás comprenderá ni el carácter internacional de esta revolución, ni su gigantesca potencia internacional, ni su peculiar política exterior.

«La desigualdad del desarrollo económico y político es—dice Lenin—una ley absoluta del capitalismo. De donde se deduce que es posible que el socialismo empiece triunfando solamente en algunos países capitalistas, o incluso en un solo país, aisladamente. El proletariado triunfante de este país, después de expropiar a los capitalistas y de organizar la producción socialista dentro de sus fronteras, se enfrentará *contra* el resto del mundo, contra el mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, organizando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario, incluso la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados». Pues «la libre unión de las naciones en el socialismo es imposible sin una lucha más o menos prolongada y tenaz de las Repúblicas socialistas contra los Estados atrasados» (*Lenin*, t. XVIII, págs. 232-233, «La consigna de los Estados Unidos de Europa»).

Los oportunistas de todos los países afirman que la revolución proletaria sólo puede comenzar—si es que ha de comenzar en general en alguna parte, según su teoría— en los países industrialmente desarrollados; que cuanto más desarrollados estén estos países en el sentido industrial, tanto mayores son las probabilidades para el triunfo del socialismo. De aquí que descarten como algo absolutamente imposible el triunfo del socialismo en un solo país, y por añadidura, poco desarrollado en el sentido capitalista. Lenin, ya durante la guerra, apoyándose en la ley del desarrollo desigual de los Estados imperialistas, opone a los oportunistas su teoría de la revolución proletaria sobre el triunfo del socialismo en un solo país, aun cuando este país esté menos desarrollado en el sentido capitalista.

Sabido es que la Revolución de Octubre confirmó completamente el acierto de la teoría leninista sobre la revolución proletaria.

¿Qué podemos decir de la «revolución permanente» de Trotski, desde el punto de vista de la teoría leninista de la revolución proletaria?

Tomemos el folleto de Trotski «Nuestra revolución» (1906).

Trotski dice:

«Sin un apoyo estatal directo del proletariado europeo, la clase obrera de Rusia no podrá mantenerse en el Poder y transformar su dominación provisional en una dictadura socialista duradera. De esto no cabe dudar ni un instante».

¿Qué dice esta cita? Que el triunfo del socialismo en un solo país, en este caso en Rusia, es imposible «*sin* un apoyo estatal directo del proletariado europeo», es decir, mientras no conquiste el Poder el proletariado europeo.

¿Qué hay de común entre esta «teoría» y la tesis de Lenin sobre la posibilidad del triunfo del socialismo «en un solo país capitalista, tomado por separado»?

Nada, evidentemente.

Pero admitamos que este folleto de Trotski, publicado en 1906, cuando era difícil definir el carácter de nuestra revolución, contiene errores involuntarios y que no corresponde por entero a las concepciones posteriores de Trotski. Examinemos otro folleto de Trotski, su «Programa de paz», publicado en 1917, en vísperas de la Revolución de Octubre, y reeditado actualmente (1924) en su libro «1917». En este folleto, Trotski critica la teoría leninista de la revolución proletaria sobre el triunfo del socialismo en un solo país, oponiéndole la consigna de los Estados Unidos de Europa. Afirma que el socialismo no puede triunfar en un solo país, que el triunfo del socialismo sólo es posible con la condición de que triunfe en algunos de los principales países de Europa (Inglaterra, Rusia, Alemania), agrupados en los Estados Unidos de Europa, siendo en otro caso totalmente imposible. Dice abiertamente que «la revolución triunfante en Rusia o en Inglaterra es inconcebible *sin* la revolución en Alemania, y viceversa».

«La única consideración histórica más o menos concreta—dice Trotski—contra la consigna de los Estados Unidos ha sido formulada en el órgano suizo «El social. demócrata» [entonces órgano central de los bolcheviques. *J. St.*], en la siguiente frase: «La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo». De aquí deduce «El Socialdemócrata» que es posible el triunfo del socialismo en un solo país, y que por tanto no hay por qué supeditar la dictadura del proletariado en cada país, tomado por separado, a la formación de los Estados Unidos de Europa. Que el desarrollo capitalista de los distintos países es desigual, es una afirmación absolutamente indiscutible. Pero esta misma desigualdad es sumamente desigual. El nivel capitalista de Inglaterra, Austria, Alemania o Francia no es el mismo. Pero en comparación con Africa y Asia, todos estos países representan la «Europa» capitalista, ya madura para la revolución social. Que ningún país debe «aguardar» a los otros en su lucha, es una idea elemental, cuya repetición es útil e indispensable, a fin de que la idea de una acción internacional paralela no sea sustituída por la idea de la inactividad internacional espectante. Sin aguardar a los demás, comenzamos y continuamos la lucha en el terreno nacional, con la plena seguridad de que nuestra iniciativa imprimirá un impulso a la lucha en otros países; y, si esto no sucediese, es inútil pensar—como lo atestiguan la experiencia histórica y las consideraciones teóricas—que la Rusia revolucionaria, por ejemplo, pudiera resistir a la Europa conservadora o, que la Alemania socialista pudiese permanecer aislada en un mundo capitalista».

Como veis, estamos ante la misma teoría del triunfo simultáneo del socialismo en los principales países de Europa, que descarta, como regla

general, la teoría leninista de la revolución sobre la victoria del socialismo en un solo país.

No cabe duda de que para el triunfo *completo* del socialismo, para la garantía *completa* contra la restauración del antiguo orden de cosas, son indispensables los esfuerzos conjuntos de los proletarios de unos cuantos países. No cabe duda de que, sin el apoyo prestado a nuestra revolución por el proletariado de Europa, el de Rusia no hubiera podido resistir la presión general; como el movimiento revolucionario en Occidente, si no le hubiera apoyado la revolución de Rusia, no habría podido desarrollarse con el ritmo que adquirió después de la instauración de la dictadura proletaria en Rusia. No cabe duda de que necesitamos de un apoyo. Pero ¿qué significa el apoyo a nuestra revolución por el proletariado de la Europa occidental? La simpatía de los obreros europeos por nuestra revolución, su disposición a desbaratar los planes de intervención de los imperialistas, ¿constituye todo esto un apoyo, una ayuda seria? Indiscutiblemente, sí. Sin este apoyo, sin esta ayuda, no solamente por parte de los obreros europeos, sino también por parte de los países coloniales y dependientes, la dictadura proletaria de Rusia se vería en un trance muy difícil. ¿Ha bastado hasta ahora con esa simpatía y con esa ayuda, unidas al poderío de nuestro Ejército Rojo y a la disposición de los obreros y campesinos de Rusia a defender con su pecho la patria socialista? ¿Ha sido suficiente todo esto para repeler los ataques de los imperialistas y lograr establecer las condiciones indispensables para una seria labor constructiva? Sí, ha sido suficiente. ¿Y esa simpatía, crece o disminuye? Indudablemente, crece. ¿Estamos, pues, en condiciones favorables no sólo para llevar hacia adelante la labor de organización de la economía socialista, sino también para prestar, a nuestra vez, un apoyo tanto a los obreros de la Europa occidental como a los pueblos oprimidos del Oriente? Sí, lo estamos. Los siete años de historia de la dictadura proletaria en Rusia lo atestiguan elocuentemente. ¿Puede, acaso, negarse que en nuestro país ha comenzado ya el poderoso proceso ascensional del trabajo? No, no se puede negar.

¿Qué significación puede tener, después de todo esto, la declaración de Trotski de que la Rusia revolucionaria no podría resistir a una Europa conservadora?

Puede tener una sola significación: primero, que Trotski no siente la potencia interior de nuestra revolución; segundo, que Trotski no comprende la importancia inapreciable del apoyo moral que los obreros de Occidente y los campesinos de Oriente prestan a nuestra revolución; tercero, que Trotski no ve el mal interior que corroe actualmente al imperialismo.

Dejándose llevar por el apasionamiento en su crítica de la teoría leninista de la revolución proletaria, Trotski, sin darse cuenta, se ha derrotado totalmente a sí mismo en su folleto «Programa de paz», publicado en 1917 y reeditado en 1924.

Pero vamos a suponer que este folleto de Trotski ha envejecido y no corresponde por cualquier motivo a sus puntos de vista actuales. Veamos las obras posteriores de Trotski, escritas después del triunfo de la revolución proletaria *en un solo país*, en Rusia. Veamos, por ejemplo, el «Epílogo» que en 1922 escribió para la nueva edición de su folleto «Programa de paz». He aquí lo que dice en este «Epílogo»:

«La afirmación, varias veces repetida en «Programa de paz», de que la revolución proletaria no puede llevarse victoriosamente a término dentro de un marco nacional, parecerá quizá a algunos lectores desmentida por la experiencia de casi cinco años de vida de nuestra República Soviética. Pero semejante conclusión sería infundada. El hecho de que el Estado obrero haya resistido contra el mundo entero en un solo país, y además, en un país atrasado, atestigua la potencia colosal del proletariado, que en otros países más avanzados y más civilizados será capaz de hacer realmente milagros. Pero, habiendo logrado mantenernos como Estado en el sentido político y militar, no hemos llegado todavía, ni siquiera nos hemos acercado a la creación de la sociedad socialista... Mientras en los demás Estados europeos se mantenga en el Poder la burguesía, nos veremos obligados, en la lucha contra el aislamiento económico, a procurar acuerdos con el mundo capitalista, y, no obstante, puede afirmarse con seguridad que estos acuerdos, en el mejor de los casos, pueden ayudarnos a cicatrizar algunas heridas económicas, a dar algunos pasos hacia adelante, pero el verdadero incremento de la economía socialista en Rusia será posible *sólo después del triunfo* (*) del proletariado en los países más importantes de Europa».

Esto es lo que dice Trotski, pecando manifiestamente contra la realidad y esforzándose obstinadamente en salvar del naufragio definitivo la «revolución permanente».

Resulta que, por más vueltas que le demos, no sólo «no hemos llegado», sino que «ni siquiera nos hemos acercado» a la creación de la sociedad socialista. Parece que alguien abrigaba la esperanza de llegar «a acuerdos con el mundo capitalista», pero que de estos acuerdos no sale nada, pues, por más vueltas que le demos, parece también que «el verdadero incremento de la economía socialista» no se logrará hasta que el proletariado triunfe «en los países más importantes de Europa».

Y como aún no se ha triunfado en Occidente, a la revolución de Rusia no le queda más que una «alternativa»: o podrirse en vida o degenerar en un Estado burgués.

No en vano Trotski viene hablando ya por espacio de dos años de la «degeneración» de nuestro Partido.

No en vano Trotski, el año pasado, profetizaba el «hundimiento» de nuestro país.

¿Cómo conciliar esta extraña «teoría» con la teoría de Lenin sobre la «victoria del socialismo en un solo país»?

¿Cómo conciliar esta extraña «perspectiva» con la perspectiva de Lenin de que la Nueva política económica nos dará la posibilidad de «sentar los cimientos de la economía socialista»?

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

Ni es posible conciliar este desaliento «permanente», por ejemplo, con las siguientes palabras de Lenin:

«Hoy el socialismo no es ya un problema de un futuro remoto, ni un cuadro abstracto o un icono. De los iconos seguimos teniendo la opinión de antes, que por cierto es muy negativa. Hemos hecho penetrar el socialismo en la vida diaria, y en este terreno tenemos que arreglárnoslas. He aquí lo que constituye la tarea de nuestros días, la tarea de nuestra época. Permitidme terminar expresando la seguridad de que, por muy difícil que sea esta tarea, por nueva que sea, en comparación con nuestras tareas anteriores, y por muchas dificultades que nos origine, todos nosotros juntos, y no mañana, sino en el transcurso de unos cuantos años, todos nosotros juntos resolveremos, cueste lo que cueste, esta tarea, de modo que la Rusia de la Nep se convierta en la Rusia socialista» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 366, discurso en el Pleno del Soviet de Moscú).

Ni es posible conciliar la desesperación «permanente» de Trotski, por ejemplo, con las siguientes palabras de Lenin:

«En efecto, todos los grandes medios de producción en poder del Estado y el Poder estatal en manos del proletariado; la alianza de este proletariado con los muchos millones de pequeños y muy pequeños campesinos; la garantía de que el proletariado dirija a los campesinos, etc., ¿acaso no es esto todo lo necesario para que, con la cooperación y nada más que con la cooperación, a la que antes motejábamos de mercantilista y que, ahora, bajo la Nep, merece también en cierto modo el mismo trato; acaso no es esto todo lo necesario para construir la sociedad socialista completa? No es aún la construcción de la sociedad socialista, pero sí es todo lo necesario y lo suficiente para esta construcción» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 392, «Sobre la cooperación»).

Es evidente que aquí no cabe ni puede caber ningún género de conciliación. La «revolución permanente» de Trotski es la negación de la teoría leninista de la revolución proletaria, y viceversa: la teoría leninista de la revolución proletaria es la negación de la teoría de la «revolución permanente».

La falta de fe en las fuerzas y en la capacidad de nuestra revolución, la falta de fe en las fuerzas y en la capacidad del proletariado de Rusia: he ahí el fondo de la teoría de la «revolución permanente».

Hasta ahora solía señalarse solamente *un* lado de la teoría de la «revolución permanente»: la falta de fe en las posibilidades revolucionarias del movimiento campesino. Ahora, para hacer justicia, hay que completar ese lado con *otro*: la falta de fe en las fuerzas y en la capacidad del proletariado de Rusia.

¿En qué se diferencia la teoría de Trotski de la teoría menchevique corriente, según la cual la victoria del socialismo en un solo país, y por añadidura, en un país atrasado, es imposible sin el triunfo previo de la revolución proletaria «en los principales países de Europa occidental»?

Esencialmente, en nada.

No cabe duda: la teoría de la «revolución permanente» de Trotski es una variante del menchevismo.

Ultimamente han surgido en nuestra prensa diplomáticos podridos,

que se esfuerzan en presentarnos la teoría de la «revolución permanente» como algo compatible con el leninismo. Claro está—dicen—que esta teoría resultó inservible en 1905. Pero el error de Trotski consiste en haberse adelantado entonces, intentando aplicar a la situación de 1905 lo que entonces no se podía aplicar. Pero más tarde, por ejemplo, en Octubre de 1917, cuando la revolución había alcanzado plena madurez, la teoría de Trotski—dicen ellos—estaba completamente en su lugar. No es difícil adivinar que el principal de estos diplomáticos sea Rádek. Podéis escucharlo:

«La guerra ha abierto un abismo entre los campesinos, que aspiran a conquistar la tierra y la paz, y los partidos pequeñoburgueses; la guerra ha colocado a los campesinos bajo la dirección de la clase obrera y de su vanguardia, el Partido bolchevique. Se ha hecho posible no la dictadura de la clase obrera y de los campesinos, sino la dictadura de la clase obrera, apoyada en los campesinos. Lo que Rosa Luxemburgo y Trotski propugnaban en contra de Lenin en 1905 [es decir, la «revolución permanente». *J. St.*], ha resultado ser, de hecho, la segunda etapa del desarrollo histórico».

Cada una de estas palabras es una falta a la verdad.

No es cierto que durante la guerra «se ha hecho posible no la dictadura de la clase obrera y de los campesinos, sino la dictadura de la clase obrera, apoyada en los campesinos». En realidad, la Revolución de Febrero de 1917 fué la realización de la dictadura del proletariado y de los campesinos, entrelazada de un modo peculiar con la dictadura de la burguesía.

No es cierto que fuesen Rosa Luxemburgo y Trotski quienes propugnaran en 1905 la teoría de la «revolución permanente», nombre que Rádek silencia púdicamente. En realidad, esta teoría la propugnaron Parvus y Trotski. Ahora, a los diez meses, Rádek se rectifica, considerando necesario echar en cara a Parvus la «revolución permanente». Pero la justicia exige de Rádek que sea también reprochado el socio de Parvus, Trotski.

No es cierto que la «revolución permanente», rechazada por la revolución de 1905, haya resultado acertada en la «segunda etapa del desarrollo histórico», es decir, durante la Revolución de Octubre. Todo el curso de la Revolución de Octubre, todo su desarrollo ha revelado y demostrado la absoluta inconsistencia de la teoría de la «revolución permanente», su absoluta incompatibilidad con los fundamentos del leninismo.

Con discursos melifluos y diplomacia podrida no se puede llenar el enorme abismo abierto entre la teoría de la «revolución permanente» y el leninismo.

III

ACERCA DE ALGUNAS PARTICULARIDADES DE LA TACTICA DE LOS BOLCHEVIQUES EN EL PERIODO DE LA PREPARACION DE OCTUBRE

Para comprender la táctica de los bolcheviques en el período de la preparación de Octubre, es necesario comprender, por lo menos, algunas particularidades sumamente importantes de esta táctica. Esto es tanto más necesario, cuanto que precisamente se pasa muchas veces por alto estas particularidades en los numerosos folletos acerca de la táctica de los bolcheviques.

¿Qué particularidades son éstas?

Primera particularidad. Oyendo a Trotski, podría pensarse que en la historia de la preparación de Octubre existen tan sólo dos períodos: el período de la exploración y el período de la insurrección, y que todo lo demás viene del diablo. ¿Qué fué la manifestación de abril de 1917? «La manifestación de abril, que tomó un rumbo más «izquierdista» que lo dispuesto, fué una incursión exploradora para ver el estado de ánimo de las masas y las relaciones entre éstas y la mayoría de los Soviets». ¿Y qué fué la manifestación de julio de 1917? A juicio de Trotski, «también esta vez el asunto se redujo, en el fondo, a una nueva exploración más amplia, en la nueva etapa más elevada del movimiento». Ni que decir tiene que la manifestación de junio de 1917, organizada a requerimiento de nuestro Partido, debe ser considerada con mucha mayor razón, según la concepción de Trotski, como una «exploración».

De aquí se deduce que los bolcheviques tenían ya preparado, en marzo de 1917, un ejército político de obreros y campesinos y que, si no lo emplearon para la insurrección ni en abril, ni en junio, ni en julio, haciendo sólo «exploraciones», fué única y exclusivamente porque «los resultados de las exploraciones» no daban entonces «indicios» favorables.

Ni que decir tiene que esta concepción simplista de la táctica política de nuestro Partido no es más que confundir la táctica militar habitual con la táctica revolucionaria de los bolcheviques.

En realidad, todas aquellas manifestaciones se debían, ante todo, al impulso espontáneo de las masas, se debían a que las masas estaban ansiosas de manifestar en la calle su indignación contra la guerra.

En realidad, el papel del Partido consistía entonces en dar forma y dirigir las acciones espontáneas de las masas por la línea de las consignas revolucionarias de los bolcheviques.

En realidad, en marzo de 1917, los bolcheviques no tenían ni podían tener un ejército político preparado. Lo fueron creando tan sólo (y lo tuvieron creado, por fin, para Octubre de 1917) en el transcurso de la lucha y de los choques de clases, de abril a octubre de 1917; lo crearon a través de la manifestación de abril y de las manifestaciones de

junio y julio, así como a través de las elecciones a las dumas de distritos y de ciudades, a través de la lucha contra la intentona de Kornílov y a través de la conquista de los Soviets. Un ejército político no es como un ejército militar. Mientras que el mando militar comienza la guerra disponiendo ya de un ejército formado, un partido debe crear su ejército en el transcurso de la lucha misma, en el transcurso de los choques entre las clases, a medida que las masas mismas se vayan convenciendo, por su propia experiencia, de lo acertado de las consignas del partido, de lo justo de su política.

Naturalmente, cada una de estas manifestaciones arrojaba, al mismo tiempo, cierta luz sobre correlaciones de fuerzas imperceptibles a simple vista, constituía una cierta exploración, pero ésta no era el motivo de la manifestación, sino su resultado natural.

Analizando los acontecimientos producidos en vísperas de la insurrección de Octubre y comparándolos con los ocurridos en el período comprendido entre abril y julio, dice Lenin:

«Precisamente las cosas no están como en vísperas del 20 y 21 de abril, del 9 de junio y del 3 de julio, pues entonces había *una efervescencia espontánea*, que nosotros, como partido, o no recogíamos (20 de abril), o conteníamos, dándole la forma de una manifestación pacífica (9 de junio y 3 de julio). Porque bien sabíamos entonces que los Soviets no eran *todavía* nuestros, que los campesinos confiaban *todavía* en el camino de los Liber-Dan y los Chernov, y no en el camino bolchevique (el de la insurrección); que, por consiguiente, no podíamos contar con la mayoría del pueblo, y que, por tanto, la insurrección era prematura» (*Lenin*, t. XXI, pág. 345. «Carta a los camaradas»).

Es evidente que sólo con «exploraciones» no se puede ir muy lejos.

Indudablemente, el asunto no consistía en «explorar», sino

1) en que el Partido, durante todo el período de la preparación de Octubre, apoyaba invariablemente su lucha en la extensión espontánea del movimiento revolucionario de las masas;

2) en que, apoyándose en esta extensión espontánea, el Partido conservaba la dirección exclusiva del movimiento;

3) en que semejante dirección del movimiento le facilitaba la formación del ejército político de masas para la insurrección de Octubre;

4) en que semejante política tenía necesariamente que conducir a que todos los preparativos de Octubre se llevasen a cabo bajo la dirección de *un solo* partido, el Partido bolchevique;

5) en que semejante preparación de Octubre condujo, a su vez, a que, como resultado de la insurrección de Octubre, el Poder quedase en manos de *un solo* partido, el Partido bolchevique.

Por tanto, la dirección exclusiva de *un solo* partido, del Partido Comunista, como factor fundamental de la preparación de Octubre, constituye el rasgo característico de la Revolución de Octubre; tal es la primera particularidad de la táctica de los bolcheviques en el período de preparación de Octubre.

No es necesario demostrar que, sin esta particularidad de la táctica de los bolcheviques, hubiera sido imposible el triunfo de la dictadura del proletariado bajo el imperialismo.

Esta es la ventaja que distingue a la Revolución de Octubre de la revolución de 1871 en Francia, donde compartían la dirección de la revolución dos partidos, ninguno de los cuales puede calificarse de Partido Comunista.

Segunda particularidad. La preparación de Octubre se llevaba a cabo, de este modo, bajo la dirección de un solo partido, del Partido bolchevique. Pero ¿cómo llevaba a cabo el Partido esa dirección, cómo la realizaba? Esa dirección consistía en aislar a los partidos *conciliadores*, por ser los grupos más peligrosos en el período de desencadenamiento de la revolución; en aislar a los socialrevolucionarios y a los mencheviques.

¿En qué consiste la regla estratégica fundamental del leninismo?

Consiste en reconocer:

1) que cuando se avecina un desenlace revolucionario, los partidos *conciliadores* constituyen el más peligroso apoyo social de los enemigos de la revolución;

2) que es imposible derribar al enemigo (al zarismo o a la burguesía) sin aislar a estos partidos;

3) que por ello, en el período de preparación de la revolución, los principales golpes deben dirigirse a aislar a estos partidos, a separar de ellos a las grandes masas trabajadoras.

En el período de la lucha contra el zarismo, cuando se preparaba la revolución democráticoburguesa (1905-1916), el apoyo social más peligroso del zarismo estaba en el partido liberalmonárquico, el partido de los kadetes. ¿Por qué? Porque era un partido conciliador, un partido de *conciliación* entre el zarismo y la mayoría del pueblo, es decir, los campesinos en su conjunto. Es natural que el Partido bolchevique dirigiese entonces sus principales golpes contra los kadetes, pues sin aislar a los kadetes no podía contarse con que los campesinos *rompieran* con el zarismo, y sin asegurar esta ruptura no podía contarse con un triunfo de la revolución. Muchos entonces no comprendían esta particularidad de la estrategia bolchevique y acusaban a los bolcheviques de exceso de «kadetofobia», afirmando que la lucha contra los kadetes «hacía olvidar» a los bolcheviques la lucha contra el enemigo principal: el zarismo. Pero estas acusaciones, carentes de base, revelaban una incomprensión evidente de la estrategia bolchevique, estrategia que exigía aislar al partido conciliador, *para* facilitar y aproximar el triunfo sobre el enemigo principal.

Huelga demostrar que sin esta estrategia, la hegemonía del proletariado en la revolución democráticoburguesa hubiera sido imposible.

En el período de la preparación de Octubre, el centro de gravedad de las fuerzas en lucha se desplazó a un nuevo plano. El zar había desaparecido. El partido de los kadetes se había transformado de fuerza

conciliadora en fuerza gobernante, en una fuerza dominante del imperialismo. No era ya la lucha entre el zarismo y el pueblo, sino entre la burguesía y el proletariado. En este período, el apoyo social más peligroso del imperialismo lo constituían los partidos democráticos pequeñoburgueses, los partidos de los socialrevolucionarios y mencheviques. ¿Por qué? Porque estos partidos eran entonces partidos conciliadores, partidos de la *conciliación* entre el imperialismo y las masas trabajadoras. Es natural que los principales golpes de los bolcheviques fueran dirigidos entonces contra estos partidos, pues sin el aislamiento de estos partidos no podía esperarse que las masas trabajadoras *rompieran* con el imperialismo, y sin asegurar esta ruptura no se podía contar con el triunfo de la revolución soviética. Muchos no comprendían entonces esta particularidad de la táctica bolchevique, acusando a los bolcheviques de «excesivo odio» contra los socialrevolucionarios y los mencheviques y de «olvido» de su objetivo fundamental. Pero todo el período de preparación de Octubre testimonia elocuentemente que sólo mediante esta táctica pudieron los bolcheviques asegurar el triunfo de la Revolución de Octubre.

El rasgo característico de este período consiste en que las masas trabajadoras del campo se radicalizaron más, se desilusionaron de los socialrevolucionarios y de los mencheviques, se alejaron de estos partidos, pasando a agruparse directamente en torno al proletariado, como única fuerza consecuentemente revolucionaria, capaz de conducir el país a la paz. La historia de este período es la historia de la lucha entre los socialrevolucionarios y mencheviques, por una parte, y los bolcheviques, por otra, para atraerse a las masas trabajadoras del campo, para conquistar a estas masas. La suerte de esta lucha la decidieron: el período de coalición, el período de Kerenski, la negativa de los socialrevolucionarios y mencheviques a confiscar la tierra de los terratenientes, la lucha de los socialrevolucionarios y de los mencheviques por la continuación de la guerra, la ofensiva del mes de junio en el frente, el establecimiento de la pena de muerte para los soldados, la sublevación de Kornílov. Y estos factores decidieron la suerte de esa lucha pura y exclusivamente en favor de la estrategia bolchevique. Pues sin aislar a los socialrevolucionarios y a los mencheviques no era posible derribar el gobierno de los imperialistas, y sin derribar este gobierno no era posible librarse de la guerra. La política de aislar a los socialrevolucionarios y mencheviques resultó ser la única política acertada.

Por tanto, el aislar a los partidos socialrevolucionario y menchevique, como línea fundamental de dirección en la labor de preparación de Octubre, es la segunda particularidad de la táctica de los bolcheviques.

Huelga demostrar que, sin esta particularidad de la táctica de los bolcheviques, la alianza entre la clase obrera y las masas trabajadoras del campo hubiera quedado flotando en el aire.

Es característico que en sus «Enseñanzas de Octubre», Trotski no dice nada o casi nada respecto a esta particularidad de la táctica bolchevique.

Tercera particularidad. La dirección del Partido, en la labor de preparación de Octubre, seguía de este modo la línea de aislar a los partidos socialrevolucionario y menchevique, la línea de arrancar de estos partidos a las grandes masas obreras y campesinas. Pero ¿cómo conseguía el Partido concretamente este aislamiento, en qué forma y bajo qué consigna? Lo realizaba como movimiento revolucionario de las masas por el Poder Soviético, bajo la consigna de «¡Todo el Poder a los Soviets!», luchando por transformar a los Soviets, de órganos de movilización de las masas en órganos de la insurrección, en órganos del Poder, en el aparato del nuevo sistema estatal proletario.

¿Por qué se aferraron los bolcheviques precisamente a los Soviets como a la palanca fundamental de organización, que podía facilitar el aislamiento de los mencheviques y de los socialrevolucionarios, que era capaz de impulsar la obra de la revolución proletaria y estaba llamada a conducir a las masas de millones y millones de trabajadores hacia el triunfo de la dictadura del proletariado?

¿Qué son los Soviets?

«Los Soviets—dijo Lenin ya en septiembre de 1917—constituyen el nuevo aparato del Estado, el cual crea, en primer lugar, la fuerza armada de los obreros y de los campesinos, no estando, además, esta fuerza apartada del pueblo, como la fuerza del viejo ejército regular, sino vinculada a él del modo más estrecho; en el sentido militar, esta fuerza es incomparablemente más potente que las anteriores; en el sentido revolucionario, es insustituíble por ninguna otra. En segundo lugar, este aparato asegura una relación con las masas, con la mayoría del pueblo, tan estrecha e indisoluble, tan fácilmente revisable y renovable, que en el aparato del Estado anterior no hay nada que se le parezca. En tercer lugar, este aparato, por el hecho de ser elegibles y revocables a voluntad del pueblo los miembros que lo constituyen, sin formalidades burocráticas, es mucho más democrático que los aparatos anteriores. En cuarto lugar, el Soviet establece una estrecha relación con las más variadas profesiones, facilitando de este modo las reformas más variadas y más profundas sin burocracia. En quinto lugar, crea una forma de organización de la vanguardia, es decir, de la parte más consciente, más enérgica, más avanzada de las clases *oprimidas*, de los obreros y de los campesinos, constituyendo, de este modo, un aparato por medio del cual la vanguardia de las clases oprimidas puede elevar, educar, instruir y conducir *a toda la masa gigantesca* de estas clases, que hasta hoy permanecía completamente al margen de la vida política, al margen de la historia. En sexto lugar, brinda la posibilidad de combinar las ventajas del parlamentarismo con las ventajas de la democracia inmediata y directa, es decir, reúne en los representantes elegidos por el pueblo la función legislativa y *la ejecutiva*. Comparada con el parlamentarismo burgués, representa un paso hacia adelante, de una importancia histórica mundial, en el desarrollo de la democracia... Si la iniciativa creadora popular de las clases revolucionarias no hubiera creado los Soviets, la revolución proletaria en Rusia sería una causa condenada al fracaso, pues con el viejo aparato el proletariado, indudablemente, no hubiera podido mantenerse en el Poder, y tampoco se puede crear de golpe un aparato nuevo». (*Lenin*, t. XXI, págs. 258-259, «¿Se sostendrán los bolcheviques en el Poder?»).

He aquí por qué los bolcheviques se asieron a los Soviets como al eslabón fundamental de organización, que podía facilitar la organización de la Revolución de Octubre y la creación de un nuevo y potente aparato del Estado proletario.

La consigna de «¡Todo el Poder a los Soviets!» pasó, desde el punto de vista de su desarrollo interno, por dos etapas: la primera, hasta la derrota de los bolcheviques en julio, durante el período de la dualidad de poderes, y la segunda, desde la derrota de la sublevación de Kornílov.

En la primera etapa, esta consigna representaba la ruptura del bloque de los mencheviques y socialrevolucionarios con los kadetes, la formación de un gobierno soviético, integrado por mencheviques y socialrevolucionarios (pues los Soviets estaban entonces en sus manos), la libertad de agitación para la oposición (es decir, para los bolcheviques) y libertad de lucha entre los partidos dentro de los Soviets, con el fin de que, mediante esta lucha, los bolcheviques lograran conquistar los Soviets y modificar la composición del Gobierno Soviético en el sentido del desarrollo pacífico de la revolución. Este plan no representaba, por supuesto, la dictadura del proletariado. Pero, indudablemente, facilitaba la preparación de las condiciones necesarias para asegurar la dictadura, pues al colocar en el Poder a los mencheviques y socialrevolucionarios y al obligarlos a poner en práctica su plataforma antirrevolucionaria, aceleraba el desenmascaramiento del verdadero carácter de estos partidos, aceleraba su aislamiento, su separación de las masas. Sin embargo, la derrota de los bolcheviques en el mes de julio interrumpió este proceso, dando preponderancia a la contrarrevolución de los generales y de los kadetes y arrojando a los socialrevolucionarios y mencheviques en brazos de esta contrarrevolución. Esta circunstancia obligó al Partido a retirar provisionalmente del orden del día la consigna de «¡Todo el Poder a los Soviets!», para volver a lanzarla cuando se produjera un nuevo ascenso de la revolución.

Le derrota de la sublevación de Kornílov inauguró la segunda etapa; la consigna de «¡Todo el Poder a los Soviets!» se puso de nuevo al orden del día. Pero ahora esta consigna no representaba ya lo mismo que en la primera etapa. Su contenido había cambiado radicalmente. Ahora esta consigna representaba la completa ruptura con el imperialismo y el paso del Poder a los bolcheviques, pues en su mayoría los Soviets ya eran bolcheviques. Ahora esta consigna representaba ya el paso inmediato de la revolución a la dictadura del proletariado por medio de la insurrección. Más aún, esta consigna significaba ya organizar y dar forma estatal a la dictadura del proletariado.

La importancia inapreciable de la táctica de transformar los Soviets en órganos del poder del Estado residía en que apartaba del imperialismo a las masas de millones y millones de trabajadores, desenmascaraba a los partidos menchevique y socialrevolucionario, como a instru-

mentos del imperialismo, y llevaba a las masas directamente, por decirlo así, hacia la dictadura del proletariado.

Por tanto, la política de transformación de los Soviets en órganos del poder del Estado, como la condición más importante para el aislamiento de los partidos conciliadores y para la victoria de la dictadura del proletariado, es la tercera particularidad de la táctica de los bolcheviques durante el período de preparación de Octubre.

Cuarta particularidad. Este cuadro no quedaría completo si no nos ocupáramos de cómo y por qué lograron los bolcheviques transformar sus consignas de partido en consignas para las masas de millones y millones de trabajadores, en consignas que impulsaban la revolución; de cómo y por qué lograron convencer de lo acertado de su política, no sólo a la vanguardia y a la mayoría de la clase obrera, sino a la mayoría del pueblo.

Es que para el triunfo de la revolución, si esta revolución es realmente popular y abarca a masas de millones de hombres, no es suficiente que las consignas del Partido sean acertadas. Para que la revolución triunfe, se exige además otra condición indispensable, a saber: que las mismas masas se convenzan, por su propia experiencia, de lo acertado de estas consignas. Sólo entonces las consignas del Partido se convierten en consignas de las masas mismas. Sólo entonces la revolución se convierte en una verdadera revolución popular. Una de las particularidades de la táctica de los bolcheviques durante el período de preparación de Octubre consiste en haber sabido trazar certeramente las rutas y los virajes que conducen de un modo natural a las masas hacia las consignas del Partido, hasta el mismo umbral de la revolución, por decirlo así, facilitándoles de este modo la posibilidad de percibir, comprobar y reconocer, por su propia experiencia, lo acertado de estas consignas. Dicho en otros términos, una de las particularidades de la táctica de los bolcheviques consiste en no confundir la dirección del Partido con la dirección de las masas, en ver claramente la diferencia que existe entre la dirección del primer tipo y la del segundo; en que es, por tanto, no sólo la ciencia de dirigir al Partido, sino también la de dirigir a las masas de millones de trabajadores.

Un ejemplo patente de cómo se manifestaba esta particularidad de la táctica bolchevique lo tenemos en la experiencia que resultó de la convocatoria y disolución de la Asamblea Constituyente.

Sabido es que los bolcheviques, ya en abril de 1917, habían lanzado la consigna de la República de los Soviets. Sabido es que la Asamblea Constituyente representaba un parlamento burgués en contradicción flagrante con las bases de una República soviética. ¿Cómo pudo ocurrir que los bolcheviques, dirigiéndose hacia la República de los Soviets, exigieran al mismo tiempo del Gobierno provisional la convocatoria inmediata de la Asamblea Constituyente? ¿Cómo pudo ocurrir que los bolcheviques, no sólo participaran en las elecciones, sino que fueran quienes

convocaran esta Asamblea Constituyente? ¿Cómo pudo ocurrir que los bolcheviques admitieran, un mes antes de la insurrección, en la transición de lo viejo a lo nuevo, la posibilidad de una combinación provisional entre la República de los Soviets y la Asamblea Constituyente?

«Ocurrió» esto por las razones siguientes:

1) la idea de la Asamblea Constituyente era una de las ideas más populares entre las grandes masas de la población;

2) la consigna de convocatoria inmediata de la Asamblea Constituyente permitía desenmascarar con más facilidad el carácter contrarrevolucionario del Gobierno provisional;

3) para desprestigiar ante las masas populares la idea de la Asamblea Constituyente, era indispensable llevar a estas masas con sus reivindicaciones sobre la tierra, la paz, el Poder Soviético, hasta los muros de la Asamblea Constituyente, haciéndolas chocar con la Asamblea Constituyente real y viva;

4) sólo así podía facilitarse que las masas se convencieran, por experiencia propia, del carácter contrarrevolucionario de la Asamblea Constituyente y de la necesidad de su disolución;

5) todo esto suponía, naturalmente, la posibilidad de admitir una combinación provisional de la República de los Soviets con la Asamblea Constituyente, como uno de los medios de eliminación de esta última;

6) semejante combinación, llevada a cabo *con* la condición del paso de todo el Poder a los Soviets, sólo habría podido representar la supeditación de la Asamblea Constituyente a los Soviets, su transformación en un apéndice de los Soviets, su extinción sin dolor.

Huelga demostrar que, sin semejante política de los bolcheviques, la disolución de la Asamblea Constituyente no se habría desarrollado tan lisa y llanamente, y que las intentonas posteriores de los socialrevolucionarios y los mencheviques bajo la consigna de «¡Todo el Poder a la Asamblea Constituyente!» no habrían fracasado tan estrepitosamente.

«Participamos—dice Lenin—, de septiembre a noviembre de 1917, en las elecciones del parlamento burgués de Rusia, de la Asamblea Constituyente. ¿Era acertada nuestra táctica o no?... ¿Acaso no teníamos nosotros, los bolcheviques rusos, en aquel período de septiembre a noviembre de 1917, más derecho que cualesquiera otros comunistas de Occidente a considerar que el parlamentarismo había caducado políticamente en Rusia? Lo teníamos, naturalmente, pues no se trata de si los parlamentos burgueses llevan mucho tiempo de existencia o existen desde hace poco, sino del grado de *preparación* (ideológica, política, práctica) de las grandes masas trabajadoras para aceptar el régimen soviético y disolver (o admitir la disolución) del parlamento democráticoburgués. Se trata de que en Rusia, de septiembre a noviembre de 1917, la clase obrera de las ciudades, los soldados y los campesinos estaban, en virtud de una serie de condiciones específicas, excepcionalmente dispuestos a aceptar el régimen soviético y a disolver el parlamento burgués más democrático; es un hecho histórico absolutamente indiscutible y plenamente demostrado. Y no obstante, los bolcheviques *no* boicotearon la Asamblea Constituyente, sino que participaron en las elecciones, tanto antes

como después de la conquista del Poder político por el proletariado» (*Lenin*, t. XXV, págs. 201-202, «La enfermedad infantil del "izquierdismo". . .»).

¿Y por qué no boicotearon los bolcheviques la Asamblea Constituyente? Porque, como dice Lenin:

«Aun unas semanas antes del triunfo de la República Soviética, aun *después* de este triunfo, la participación en un parlamento democráticoburgués no sólo no perjudica al proletariado revolucionario, sino que le facilita la posibilidad de *hacer ver* a las masas atrasadas por qué semejantes parlamentos merecen ser disueltos, *facilita* el éxito de su disolución, *facilita* la «eliminación política» del parlamentarismo burgués» (Lugar citado).

Es característico que Trotski no entienda esta particularidad de la táctica de los bolcheviques, gruñendo contra la «teoría» de combinar la Asamblea Constituyente con los Soviets, como contra una cosa a lo Hilferding.

No entiende que admitir semejante combinación, *bajo* la consigna de la insurrección y del triunfo probable de los Soviets, en relación con la convocatoria de la Asamblea Constituyente, es la única táctica revolucionaria, táctica que no tiene nada de común con la táctica a lo Hilferding de transformar los Soviets en un apéndice de la Asamblea Constituyente; que el error en que incurren algunos camaradas ante *este* problema no le da motivo para denigrar la posición absolutamente acertada de Lenin y del Partido acerca de «la forma de Estado combinada» *bajo* ciertas condiciones (*Lenin*, t. XXI, pág. 338, «Carta a los camaradas»).

No entiende que, sin la política peculiar de los bolcheviques en relación con la Asamblea Constituyente, no habrían logrado ganar para su causa a millones de hombres de las masas del pueblo; y sin ganar a estas masas, no habrían podido transformar la insurrección de Octubre en una profunda revolución popular.

Es interesante ver cómo Trotski gruñe hasta contra las palabras «pueblo», «democracia revolucionaria», etc., que suelen encontrarse en los artículos de los bolcheviques, considerándolas indecorosas para un marxista.

Por lo visto, Trotski olvida que Lenin, marxista indudable, escribió, incluso en septiembre de 1917, un mes antes del triunfo de la dictadura, sobre «la necesidad del paso inmediato de todo el Poder a manos *de la democracia revolucionaria, con el proletariado revolucionario a la cabeza*» (*Lenin*, t. XXI, pág. 198, «El marxismo y la insurrección»).

Por lo visto, Trotski olvida que Lenin, marxista indudable, al citar la célebre carta de Marx a Kugelmann (abril de 1871), donde dice que la destrucción del aparato burocrático-militar del Estado es condición previa de toda revolución verdaderamente *popular* en el continente, escribe con toda claridad las siguientes líneas:

«Merece especial atención la observación extraordinariamente profunda de Marx de que la destrucción de la máquina burocrático-militar del Estado es «condición previa de toda revolución verdaderamente *popular*». Este concepto de

revolución «popular» parece extraño en boca de Marx, y los plejanovistas y mencheviques rusos, estos secuaces de Struve que quieren hacerse pasar por marxistas, podrían tal vez explicar esta expresión de Marx como un «lapsus». Han reducido el marxismo a una deformación liberal tan lamentable, que, para ellos, no existe más que la antítesis entre revolución burguesa y proletaria, y hasta esta antítesis la comprenden de un modo increíblemente inerte... En la Europa de 1871, el proletariado no formaba la mayoría ni en un solo país del continente. Una revolución «popular», que arrastrase al movimiento verdaderamente a la mayoría, sólo podía serlo aquella que abarcase tanto al proletariado como a los campesinos. Ambas clases formaban en aquel entonces el «pueblo». Ambas clases están unidas por el hecho de que la «máquina burocrático-militar del Estado» las oprime, las esclaviza, las explota. *Destruir, romper* esta máquina: tal es el verdadero interés del «pueblo», de su mayoría, de los obreros y de la mayoría de los campesinos, tal es la «condición previa» para una alianza libre de los campesinos pobres con los proletarios, sin cuya alianza la democracia será precaria, y la transformación socialista, imposible» (*Lenin*, t. XXI, págs. 395-396, «El Estado y la Revolución»).

Estas palabras de Lenin no deben olvidarse.

Por tanto, saber convencer por experiencia propia a las masas de lo acertado de las consignas del Partido, acercando a estas masas a las posiciones revolucionarias, como la condición más importante para la conquista de millones de trabajadores para el Partido, es la cuarta particularidad de la táctica de los bolcheviques durante el período de la preparación de Octubre.

Creo que lo dicho es completamente suficiente para comprender los rasgos característicos de esta táctica.

IV

LA REVOLUCION DE OCTUBRE, COMIENZO Y PREMISA DE LA REVOLUCION MUNDIAL

Es indudable que la teoría universal del triunfo simultáneo de la revolución en los principales países de Europa, la teoría de la imposibilidad de la victoria del socialismo en un solo país, ha resultado ser una teoría artificiosa, una teoría no viable. La historia de siete años de Revolución proletaria en Rusia no habla en favor, sino en contra de esta teoría. Esta teoría no sólo es inaceptable como esquema del desarrollo de la revolución mundial, ya que está en contradicción con hechos evidentes; es todavía más inaceptable como consigna, porque no deja libre, sino que encadena la iniciativa de los países que, en virtud de ciertas condiciones históricas, se encuentran en la posibilidad de abrir por su cuenta una brecha en el frente del capital; porque no estimula a los diferentes países a emprender por separado una ofensiva activa contra el capital, sino que los condena a mantenerse pasivamente a la espectativa, en espera del momento del «desenlace general»; porque fomenta en los proletarios de los diferentes países no el espíritu de la decisión revolucionaria, sino el espíritu de las dudas a lo Hamlet: «¿Y

si los demás no nos apoyan?» Lenin tiene completa razón al decir que la victoria del proletariado en un solo país es un «caso típico», que «la revolución simultánea en una serie de países» sólo puede ocurrir como una «rara excepción» (*Lenin*, t. XXIII, pág. 354, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky»).

Pero la teoría leninista de la revolución no se circunscribe, como es notorio, sólo a este aspecto del asunto. Es, al mismo tiempo, la teoría del desarrollo de la revolución mundial (*). El triunfo del socialismo en un solo país no constituye un fin por sí mismo. La revolución triunfante en un país no debe considerarse como algo que se baste a sí mismo, sino como un apoyo, como un medio *para* acelerar el triunfo del proletariado en todos los países. Porque el triunfo de la revolución en un solo país, en este caso en Rusia, no sólo es un producto del desarrollo desigual y del desmoronamiento progresivo del imperialismo. Es, al mismo tiempo, el comienzo y la premisa de la revolución mundial.

Es indudable que las vías del desarrollo de la revolución mundial no son tan sencillas como podían parecer antes de la victoria de la revolución en un solo país, mientras no había aparecido el imperialismo desarrollado, que es el «preludio de la revolución socialista». En efecto, ha hecho su aparición un factor nuevo: la ley del desarrollo desigual de los países capitalistas, que rige bajo las condiciones del imperialismo desarrollado y que establece el carácter inevitable de los conflictos armados, el debilitamiento general del frente mundial del capital y la posibilidad de la victoria del socialismo en algunos países por separado. Ha hecho su aparición otro factor nuevo: el inmenso País Soviético, situado entre el Occidente y el Oriente, entre el centro de la explotación financiera del mundo y el campo de la opresión colonial, país cuya sola existencia revoluciona al mundo entero.

Todos estos factores (por no citar otros de menor importancia) no pueden dejar de tomarse en consideración al estudiar las vías de la revolución mundial.

Antes se solía pensar que la revolución se iría desarrollando por una «maduración» gradual de los elementos del socialismo, ante todo en los países más desarrollados, en los países «adelantados». Ahora esta idea exige modificaciones esenciales.

«El sistema de las relaciones internacionales—dice Lenin—ha tomado actualmente una forma tal, en que uno de los Estados de Europa, Alemania, se ve avasallado por los Estados vencedores. Por otra parte, una serie de Estados, que además son los más antiguos de Occidente, gracias a la victoria, se hallan en condiciones de poder aprovecharla para hacer una serie de concesiones insignificantes a sus clases oprimidas, concesiones que, no obstante, sirven para retardar el movimiento revolucionario en estos países, creando una cierta apariencia de «paz social».

Al mismo tiempo, toda una serie de países: el Oriente, la India, China, etc., se han visto definitivamente sacados de quicio, precisamente en virtud de la

(*) Véase: «Sobre los fundamentos del leninismo». *(J. St.)*

última guerra imperialista. Su desarrollo se ha orientado definitivamente hacia la escala capitalista general de Europa. Ha comenzado en ellos la misma efervescencia que en toda Europa. Y ahora todo el mundo ve ya claramente que han sido arrastrados a un proceso de desarrollo, que no puede por menos de conducir a la crisis de todo el capitalismo mundial.

En vista de esto, y en relación con ello, «los países capitalistas de la Europa occidental llevarán a término su desarrollo hacia el socialismo»... de un modo distinto a como esperábamos anteriormente. No lo llevan a término por un proceso gradual de «maduración» del socialismo en ellos, sino mediante la explotación de unos Estados por otros, mediante la explotación del primer Estado vencido en la guerra imperialista, unida a la explotación de todo el Oriente. Y, por otra parte, el Oriente se ha incorporado definitivamente al movimiento revolucionario gracias precisamente a esta primera guerra imperialista, viéndose definitivamente arrastrado a la órbita general del movimiento revolucionario mundial» (*Lenin*, t. XXVII, págs. 415-416).

Si a esto se añade el hecho de que no sólo los países vencidos y las colonias son explotados por los países vencedores, sino que, además, una parte de los países vencedores cae dentro de la órbita de la explotación financiera de los más poderosos países vencedores, de los Estados Unidos y la Gran Bretaña; que las contradicciones entre todos estos países constituyen el factor más importante de la disgregación del imperialismo mundial; que, además de estas contradicciones, existen y se están desarrollando otras contradicciones profundísimas, dentro de cada uno de estos países; que todas estas contradicciones se ahondan y se agudizan por el hecho de existir al lado de esos países la gran República de los Soviets; si tenemos todo esto en cuenta, nos habremos formado una idea más o menos completa de la peculiar situación internacional.

Lo más probable será que la revolución mundial se vaya desarrollando separándose revolucionariamente, del sistema de los Estados imperialistas, una serie de nuevos países cuyo proletariado será apoyado por el de los Estados imperialistas. Vemos que el primer país que se ha separado, el primer país que ha vencido, es ya apoyado por los obreros y las masas trabajadoras en general de los demás países. Sin este apoyo no podría mantenerse. Es indudable que este apoyo se irá intensificando y acrecentando. Pero también es indudable que el mismo desarrollo de la revolución mundial, el mismo proceso por el que se separen del imperialismo una serie de países nuevos, se irá efectuando con tanta mayor rapidez y tanto más a fondo, cuanto más firmemente se haya consolidado el socialismo en el primer país victorioso, cuanto más rápidamente se transforme este país en una base para el desarrollo ulterior de la revolución mundial, en una palanca para seguir descomponiendo el imperialismo.

Si cierta es la tesis de que el triunfo *definitivo* del socialismo en el primer país liberado no es posible sin los esfuerzos comunes de los proletarios de varios países, lo es igualmente que la revolución mundial se desarrollará con tanta mayor rapidez y tanto más a fondo, cuanto más

eficaz sea la ayuda prestada por el primer país socialista a los obreros y a las masas trabajadoras de todos los países restantes.

¿En qué debe consistir esta ayuda?

En primer lugar, en que el país que ha triunfado «lleve a cabo el máximo de lo realizable en un solo país *para* desarrollar, apoyar y despertar la revolución *en todos los países*» (*Lenin*, t. XXIII, pág. 385, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky»).

En segundo lugar, en que «el proletariado triunfante» de un país, «después de expropiar a los capitalistas y de organizar la producción socialista dentro de sus fronteras, se enfrente... *contra* el resto del mundo, contra el mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, organizando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario, incluso la fuerza de las armas contra las clases explotadoras y sus Estados» (*Lenin*, t. XVIII, págs. 232-233, «La consigna de los Estados Unidos de Europa»).

La particularidad característica de esta ayuda prestada por el país victorioso consiste no sólo en que acelera el triunfo de los proletarios de otros países, sino también en que, facilitando este triunfo, asegura con ello el triunfo *definitivo* del socialismo en el primer país victorioso.

Lo más probable es que, en el curso del desarrollo de la revolución mundial, se formen, junto a los focos del imperialismo en distintos países capitalistas, y junto al sistema de estos países en todo el mundo, focos de socialismo en distintos países soviéticos y un sistema de focos de éstos en el mundo entero, y que la lucha entre estos dos sistemas llene la historia del desarrollo de la revolución mundial.

«Pues la libre unión de las naciones en el socialismo—dice Lenin—es imposible sin una lucha más o menos prolongada y tenaz de las Repúblicas socialistas contra los Estados atrasados» (Lugar citado).

La importancia mundial de la Revolución de Octubre consiste, no solamente en que constituye la grandiosa iniciativa de un país, que ha abierto una brecha en el sistema del imperialismo, siendo el primer foco del socialismo en medio del océano de los países imperialistas, sino también en que forma la primera etapa de la revolución mundial y una base potente para su desenvolvimiento ulterior.

Por eso no tienen razón los que, olvidando el carácter internacional de la Revolución de Octubre, declaran que el triunfo de la revolución en un solo país es un fenómeno pura y exclusivamente nacional. Tampoco tienen razón los que, recordando el carácter internacional de la Revolución de Octubre, se inclinan a considerar esta revolución como algo pasivo, llamado sólo a recibir el apoyo del exterior. En realidad, no sólo la Revolución de Octubre necesita el apoyo de la revolución de otros países, sino que también la revolución de estos países necesita el apoyo de la Revolución de Octubre, a fin de acelerar y hacer avanzar la obra del derrocamiento del imperialismo mundial.

17 diciembre 1924.

EN TORNO A LAS CUESTIONES DEL LENINISMO

Dedico este trabajo a la organización de Leningrado del P.C. (b) de la U.R.S.S.

J. STALIN

I

DEFINICION DEL LENINISMO

En el folleto «Sobre los fundamentos del leninismo» se da la conocida definición del leninismo, que ha obtenido ya, por lo visto, carta de ciudadanía. Dice así:

«El leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria. O más exactamente: el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general, la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado en particular».

¿Es exacta esta definición?

Yo entiendo que sí lo es. Es exacta, en primer lugar, porque indica acertadamente las raíces históricas del leninismo, caracterizándolo como el marxismo de la *época del imperialismo,* por oposición a algunos críticos de Lenin, que entienden equivocadamente que el leninismo surgió después de la guerra imperialista. Es exacta, en segundo lugar, porque señala acertadamente el carácter internacional del leninismo, por oposición a la socialdemocracia, que entiende que el leninismo sólo es aplicable a las condiciones nacionales de Rusia. Es exacta, en tercer lugar, porque señala acertadamente el nexo orgánico que existe entre el leninismo y la doctrina de Marx, caracterizando aquél como el *marxismo* de la época del imperialismo, por oposición a algunos críticos del leninismo, que no ven en éste un nuevo desarrollo del marxismo, sino simplemente la restauración del marxismo y su aplicación a la realidad de Rusia.

No creemos que sea necesario detenerse a comentar esto.

Sin embargo, en nuestro Partido hay, al parecer, personas que consideran necesario definir el leninismo de un modo algo distinto. Así, por ejemplo, Zinóviev cree que

«el leninismo es el marxismo de la época de las guerras imperialistas y de la revolución mundial, *que se ha iniciado directamente en un país en que predominan los campesinos*» (*).

(*) Subrayado por Zinóviev. *(J. St.)*

¿Qué pueden significar las palabras subrayadas por Zinóviev? ¿Qué significa introducir en la definición del leninismo el atraso de Rusia, su carácter campesino?

Significa convertir el leninismo de una doctrina proletaria internacional, en un producto de la idiosincrasia rusa.

Significa hacer el juego a Bauer y a Kautsky, que niegan la posibilidad de aplicar el leninismo a otros países más desarrollados en el sentido capitalista.

Es indudable que la cuestión campesina tiene para Rusia una importancia grandísima, que nuestro país es un país campesino. Pero ¿qué importancia puede encerrar este hecho, para caracterizar los fundamentos del leninismo? ¿Acaso el leninismo se formó exclusivamente sobre la base de Rusia y para Rusia, y no sobre la base del imperialismo y para los países imperialistas en general? ¿Acaso obras de Lenin como «El imperialismo», «El Estado y la Revolución», «La revolución proletaria y el renegado Kautsky», «La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo», etc., sólo tienen importancia para Rusia y no para todos los países imperialistas en general? ¿Acaso el leninismo no es la síntesis de la experiencia del movimiento revolucionario de *todos* los países? ¿Acaso los fundamentos de la teoría y de la táctica del leninismo no tienen valor y no son obligatorios para los partidos proletarios de *todos* los países? ¿Acaso Lenin no tenía razón cuando decía que «el bolchevismo puede servir de modelo de táctica *para todos*»?. (*) (*Lenin*, t. XXIII, pág. 386, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky»). ¿Acaso Lenin no tenía razón cuando hablaba de «la *significación international* (*) del Poder Soviético y de los fundamentos de la teoría y de la táctica bolchevique»? (*Lenin*, t. XXV, págs. 171-172, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»). ¿Acaso no son exactas, por ejemplo, las siguientes palabras de Lenin?

«En Rusia, la dictadura del proletariado tiene que distinguirse inevitablemente por ciertas particularidades en comparación con los países avanzados, como consecuencia del grandísimo atraso y del carácter pequeñoburgués de nuestro país. Pero las fuerzas fundamentales—y las formas fundamentales de la economía social—son, en Rusia, las mismas que en cualquier otro país capitalista, por lo que *aquellas particularidades no pueden referirse en modo alguno a lo más esencial*» (*) (*Lenin*, t. XXIV, pág. 508, «La economía y la política en el período de la dictadura del proletariado»).

Y si todo eso es cierto, ¿no se desprende acaso de ello que la definición del leninismo que da Zinóviev no puede considerarse como exacta?

¿Cómo compaginar esta definición nacionalmente limitada del leninismo con el internacionalismo?

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

II

LO FUNDAMENTAL EN EL LENINISMO

En el folleto «Sobre los fundamentos del leninismo» se dice:

«Algunos piensan que lo fundamental en el leninismo es la cuestión campesina, que el punto de partida del leninismo es la cuestión de los campesinos, de su papel, de su importancia. Esto es completamente falso. La cuestión fundamental del leninismo, su punto de partida, no es la cuestión campesina, sino la cuestión de la dictadura del proletariado, de las condiciones en que ésta se conquista y de las condiciones en que se consolida. La cuestión campesina, como la cuestión del aliado del proletariado en su lucha por el Poder, es una cuestión derivada».

¿Es exacta esta tesis?

Yo entiendo que sí lo es. Esta tesis se desprende íntegramente de la definición del leninismo. En efecto, si el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria, y si el contenido básico de la revolución proletaria es la dictadura del proletariado, es evidente que lo fundamental en el leninismo estriba en la cuestión de la dictadura del proletariado, en el análisis de esta cuestión, en la fundamentación y la concreción de esta cuestión.

Sin embargo, Zinóviev no está, por lo visto, de acuerdo con esta tesis. El dice, en su artículo «En memoria de Lenin»:

«La cuestión del papel de los campesinos es, como ya he dicho, *la cuestión fundamental* (*) del bolchevismo, del leninismo».

Como veis, esta tesis de Zinóviev se desprende íntegramente de la falsa definición del leninismo por él dada. Por eso esta tesis es tan falsa como su definición del leninismo.

¿Es exacta la tesis de Lenin de que la dictadura del proletariado forma «el contenido esencial de la revolución proletaria»? (*Lenin*, t. XXIII, pág. 337, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky»). Indiscutiblemente, es exacta. ¿Es exacta la tesis de que el leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria? Entiendo que es exacta. ¿Qué se deduce entonces de esto? De esto se deduce que la cuestión fundamental del leninismo, su punto de partida, su base, es la cuestión de la dictadura del proletariado.

¿Acaso no es cierto que la cuestión del imperialismo, la cuestión del desarrollo a saltos del imperialismo, la cuestión del triunfo del socialismo en un solo país, la cuestión del Estado del proletariado, la cuestión de la forma soviética de este Estado, la cuestión del papel del Partido dentro del sistema de la dictadura del proletariado, la cuestión de los caminos de la construcción del socialismo; acaso no es cierto que todas estas cuestiones fueron puestas en claro precisamente por Lenin? ¿Acaso no es cierto que son precisamente estas cuestiones las que for-

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

man la base, el fundamento de la idea de la dictadura del proletariado? ¿Acaso no es cierto que sin analizar estas cuestiones fundamentales, sería inconcebible el análisis de la cuestión campesina desde el punto de vista de la dictadura del proletariado?

Ni que decir tiene que Lenin conocía muy bien la cuestión campesina. Ni que decir tiene que la cuestión campesina, como la cuestión del aliado del proletariado, tiene una importancia grandísima para el proletariado y forma parte integrante de la cuestión fundamental de la dictadura del proletariado. Pero ¿acaso no es evidente que si el leninismo no se hubiera planteado la cuestión fundamental de la dictadura del proletariado, no existiría tampoco la cuestión derivada de ésta, la cuestión del aliado del proletariado, la cuestión de los campesinos? ¿Acaso no es evidente que si ante el leninismo no se hubiera planteado la cuestión práctica de la conquista del Poder por el proletariado, no existiría tampoco la cuestión de la alianza con los campesinos?

Lenin no sería el ideólogo más grande del proletariado, como indiscutiblemente lo es, sino que sería un simple «filósofo campesino», como con frecuencia lo pintan los filisteos literarios del extranjero, si hubiera analizado la cuestión campesina no sobre la base de la teoría y la táctica de la dictadura del proletariado, sino pasando de largo por delante de esta base, al margen de ella.

Una de dos:

o bien la cuestión campesina es lo fundamental en el leninismo, y entonces el leninismo no sirve, no es obligatorio para los países desarrollados desde el punto de vista capitalista, para los países que no son campesinos;

o bien lo fundamental en el leninismo es la dictadura del proletariado, y entonces el leninismo es la teoría internacional de los proletarios de todos los países y sirve y es obligatorio para todos los países sin excepción, incluyendo los países desarrollados desde el punto de vista capitalista.

Hay que optar por una de las dos cosas.

III

LA CUESTION DE LA REVOLUCION «PERMANENTE»

En el folleto «Sobre los fundamentos del leninismo», a la «teoría de la revolución permanente» se la juzga como una «teoría» que menosprecia el papel de los campesinos. Allí se dice lo siguiente:

«La lucha de Lenin contra los partidarios de la revolución «permanente» no giraba en torno a la cuestión de su continuidad, pues el propio Lenin sostenía el punto de vista de la revolución ininterrumpida, sino en torno a que aquéllos menospreciaban el papel de los campesinos, que forman la reserva más importante del proletariado».

Hasta estos últimos tiempos, esta caracterización de los «permanentistas» rusos gozaba del asentimiento general. Sin embargo, aun siendo en general acertada, no puede considerarse todavía como completa. La discusión de 1924, de una parte, y de otra el estudio minucioso de las obras de Lenin, han demostrado que el error de los «permanentistas» rusos no consistía solamente en menospreciar el papel de los campesinos, sino también en menospreciar la fuerza y la capacidad del proletariado para conducir a los campesinos tras de sí, en la falta de fe en la idea de la hegemonía del proletariado.

Por eso, en mi folleto «La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos» (diciembre de 1924) amplié esta caracterización y la sustituí por otra más completa. He aquí lo que se dice en el citado folleto a este respecto:

«Hasta ahora, solía señalarse solamente *un* lado de la teoría de la «revolución permanente»: la falta de fe en las posibilidades revolucionarias del movimiento campesino. Ahora, para hacer justicia, hay que completar ese lado con *otro:* la falta de fe en las fuerzas y en la capacidad del proletariado de Rusia».

Esto no significa, naturalmente, que el leninismo haya estado o esté en contra de la idea de la revolución permanente, sin comillas, proclamada por Marx en la década del 40 del siglo pasado. Al contrario, Lenin fué el único marxista que supo comprender y desarrollar de un modo acertado la idea de la revolución permanente. La diferencia entre Lenin y los «permanentistas», en esta cuestión, consiste en que los «permanentistas» tergiversaban la idea de la revolución permanente de Marx, convirtiéndola en sabiduría inerte, libresca, mientras que Lenin la tomó en su forma pura y la convirtió en uno de los fundamentos de su teoría de la revolución. Conviene recordar que la idea de la transformación de la revolución democráticoburguesa en socialista, que Lenin traza ya en 1905, es una de las formas en que encarna la teoría marxista de la revolución permanente. He aquí lo que Lenin escribía a este respecto, ya en 1905:

«De la revolución democrática comenzaremos a pasar inmediatamente, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado, a la revolución socialista. *Nosotros somos partidarios de la revolución ininterrumpida* (*). No nos quedaremos a mitad de camino...

Sin caer en el aventurerismo, sin traicionar nuestra conciencia científica, sin ir a la caza de la popularidad barata, podemos decir y decimos *solamente una cosa:* ayudaremos con todas nuestras fuerzas a todos los campesinos a hacer la revolución democrática, *para que* a nosotros, al partido del proletariado, nos sea *más fácil* pasar lo antes posible a acometer la tarea nueva y superior: la revolución socialista» (*Lenin*, t. VIII, págs. 186-187, «La actitud de la socialdemocracia ante el movimiento campesino»).

Y he aquí lo que escribe Lenin a propósito de este tema, dieciséis años más tarde, después de la conquista del Poder por el proletariado:

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

«Los Kautsky, los Hilferding, los Mártov, los Chernov, los Hillquit, los Longuet, los Mac-Donald, los Turati y otros héroes del marxismo de la «Internacional segunda y media» no han sabido comprender... la correlación entre la revolución democráticoburguesa y la revolución proletaria socialista. *La primera se transforma en la segunda* (*). La segunda resuelve de paso los problemas de la primera. La segunda consolida la obra de la primera. La lucha y solamente la lucha determina hasta qué punto la segunda logra rebasar a la primera» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 26, «Con motivo del cuarto aniversario de la Revolución de Octubre»).

Llamo especialmente la atención acerca de la primera cita, tomada del artículo de Lenin «La actitud de la socialdemocracia ante el movimiento campesino», publicado el 1 de septiembre de 1905. Subrayo esto para conocimiento de aquéllos que aún siguen afirmando que Lenin no llegó a la idea de la transformación de la revolución democráticoburguesa en revolución socialista, a la idea de la revolución permanente, hasta después de empezada la guerra imperialista, en el año 1916 aproximadamente. Esta cita no deja lugar a dudas de que esa gente se equivoca profundamente.

IV

LA REVOLUCION PROLETARIA Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

¿En qué consisten los rasgos característicos de la revolución proletaria, que la distinguen de la revolución burguesa?

La diferencia entre la revolución proletaria y la revolución burguesa podría resumirse en cinco puntos fundamentales:

1. La revolución burguesa comienza, generalmente, ante la presencia de formas más o menos plasmadas del sistema capitalista, formas que surgen y maduran en el seno de la sociedad feudal ya antes de que estalle la revolución, mientras que la revolución proletaria comienza con la ausencia total o casi total de formas plasmadas del sistema socialista.

2. La misión fundamental de la revolución burguesa se reduce a tomar el Poder y ponerlo en consonancia con la economía burguesa existente, mientras que la misión fundamental de la revolución proletaria consiste en construir, una vez tomado el Poder, una economía nueva, socialista.

3. La revolución burguesa *termina*, generalmente, con la toma del Poder, mientras que para la revolución proletaria la toma del Poder no es más que el *comienzo*, aparte de que aquí el Poder se utiliza como palanca para la transformación de la vieja economía y para la organización de la nueva.

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

4. La revolución burguesa se limita a sustituir en el Poder a un grupo de explotadores por otro grupo de explotadores, razón por la cual no necesita destruir la vieja máquina del Estado, mientras que la revolución proletaria arroja del Poder a todos los grupos explotadores y coloca en él al jefe de todos los trabajadores y explotados, a la clase de los proletarios, razón por la cual no puede por menos de destruir la vieja máquina del Estado y sustituirla por otra nueva.

5. La revolución burguesa no puede agrupar en torno a la burguesía, por un período más o menos largo, a los millones de hombres de las masas trabajadoras y explotadas, precisamente porque se trata de trabajadores y explotados, mientras que la revolución proletaria puede y debe vincularlos al proletariado en una alianza duradera, precisamente en cuanto masas trabajadoras y explotadas, si es que quiere cumplir su misión fundamental de consolidar el Poder del proletariado y de construir la economía nueva, socialista.

He aquí algunas tesis fundamentales de Lenin a este respecto:

«Una de las diferencias fundamentales—dice Lenin—entre la revolución burguesa y la revolución socialista consiste en que para la revolución burguesa, que brota del feudalismo, se van creando gradualmente, en el seno del viejo régimen, nuevas organizaciones económicas, que modifican poco a poco todos los aspectos de la sociedad feudal. La revolución burguesa tenía una sola misión: barrer, arrojar, romper todas las ataduras de la sociedad anterior. Al cumplir esta misión, toda revolución burguesa cumple con todo lo que de ella se exige: intensifica el desarrollo del capitalismo. Completamente distinta es la situación en que se halla la revolución socialista. Cuanto más atrasado es el país que, en virtud de los zigzags de la historia, ha tenido que comenzar la revolución socialista, más difícil resulta para él pasar de las viejas relaciones del capitalismo a las del socialismo. Aquí, a las tareas destructivas se añaden otras nuevas, de inaudita dificultad: las tareas de organización» (*Lenin*, t. XXII, pág. 315, discurso pronunciado en el VII Congreso del P.C. (b) de Rusia «Sobre la guerra y la paz»).

«Si la iniciativa creadora popular—prosigue Lenin—de la revolución rusa, que pasó por la gran experiencia de 1905, no hubiera creado los Soviets ya en febrero de 1917, éstos no hubieran podido en modo alguno tomar el Poder en Octubre, pues el éxito sólo dependía de la existencia de formas de organización ya dispuestas para un movimiento que abarcaba a millones de hombres. Estas formas ya preparadas fueron los Soviets, y por esto en el terreno político nos esperaban tan brillantes éxitos y una marcha triunfal tan rotunda como la que hemos recorrido, pues la nueva forma del Poder político estaba ya dispuesta y sólo nos restaba transformar, mediante algunos decretos, el Poder de los Soviets de aquel estado embrionario en que se hallaba durante los primeros meses de la revolución, en la forma legalmente reconocida y afianzada en el Estado de Rusia: en la República Soviética de Rusia» (Lugar citado, pág. 315).

«Quedaban todavía—dice Lenin—dos tareas de una dificultad gigantesca, cuya solución no podía ser de ningún modo aquel camino triunfal por el que avanzó en los primeros meses nuestra revolución» (Lugar citado, pág. 315).

«En primer lugar, eran éstas las tareas de organización interna, que se le plantean a toda revolución socialista. La diferencia entre la revolución socialista y la burguesa está precisamente en que en el segundo caso existen formas plasmadas de relaciones capitalistas, mientras que el Poder Soviético, proletario, no se encuentra con estas relaciones plasmadas, si se prescinde de las formas más desarrolladas del capitalismo, que en el fondo sólo abarcaban unas cuantas cum-

bres de la industria y que afectaban muy poco a la agricultura. La organización de la contabilidad, el control sobre las empresas más fuertes, la transformación de todo el mecanismo económico del Estado en una sola máquina gigantesca, en un organismo económico, que funcione de tal modo que centenares de millones de personas se rijan por un solo plan: he aquí la gigantesca tarea de organización que cayó sobre nuestros hombros. Dadas las condiciones actuales del trabajo, esta tarea no admitía en modo alguno una solución de audacia, del modo como logramos resolver los problemas de la guerra civil» (Lugar citado, pág. 316).

«La segunda de aquellas dificultades gigantescas... era la cuestión internacional. Si hemos podido acabar tan fácilmente con las bandas de Kerenski, si hemos instaurado con tanta facilidad el Poder en nuestro país, si hemos conseguido sin la menor dificultad los decretos sobre la socialización de la tierra y sobre el control obrero; si hemos logrado tan fácilmente todo esto, se debe exclusivamente al hecho de que las condiciones favorables creadas durante un breve espacio de tiempo nos han protegido contra el imperialismo internacional. El imperialismo internacional, con toda la potencia de su capital, con su técnica militar organizadísima, que representa la verdadera fuerza, la verdadera fortaleza del capital internacional, no podía, en modo alguno, bajo ningún género de condiciones, coexistir al lado de la República Soviética, tanto por su situación objetiva como por los intereses económicos de la clase capitalista, que tomaban cuerpo en él; no podía, en virtud de los vínculos comerciales, de las relaciones financieras internacionales. Aquí el conflicto es inevitable. Aquí reside la más grande dificultad de la revolución rusa, su problema histórico más grande: la necesidad de resolver los problemas internacionales, la necesidad de provocar la revolución internacional» (Lugar citado, pág. 317).

He aquí el carácter interno y el sentido fundamental de la revolución proletaria.

¿Acaso se puede llevar a cabo una reconstrucción tan radical del viejo orden burgués, sin una revolución violenta, sin la dictadura del proletariado?

Evidentemente que no. Creer que semejante revolución puede llevarse a cabo pacíficamente, sin salirse del marco de la democracia burguesa, adaptada a la dominación de la burguesía, significa que quien lo cree se ha vuelto loco y ha perdido el sentido común, o que reniega cínica y abiertamente de la revolución proletaria.

Hay que subrayar esta tesis con tanta mayor fuerza y tanto más categóricamente, cuanto que se trata de una revolución proletaria que hasta ahora sólo ha triunfado en un país, cercado por países capitalistas enemigos, y cuya burguesía no puede por menos de ser apoyada por el capital internacional.

He aquí por qué dice Lenin que «la liberación de la clase oprimida es imposible, no sólo sin una revolución violenta, *sino también sin la destrucción* del aparato del Poder estatal, que ha sido creado por la clase dominante» (*Lenin*, t. XXI, pág. 373, «El Estado y la Revolución»).

«Que antes—manteniéndose en pie la propiedad privada, es decir, el poder y el yugo del capital—, la mayoría de la población se pronuncie a favor del partido del proletariado: sólo entonces podrá y deberá éste tomar el Poder, *dicen los demócratas pequeñoburgueses, de hecho criados de la burguesía, que se llaman*

«*socialistas*» (*) (*Lenin*, t. XXIV, pág. 647, «Las elecciones a la Asamblea Constituyente y la dictadura del proletariado»).

«Que antes el proletariado revolucionario derribe a la burguesía, acabe con la opresión del capital, destruya el aparato del Estado burgués; sólo entonces podrá el proletariado victorioso ganar rápidamente las simpatías y el apoyo de la mayoría de las masas trabajadoras no proletarias, satisfaciendo las aspiraciones de estas masas a expensas de los explotadores, *decimos nosotros*» (*) (Lugar citado).

«Para atraer a su lado a la mayoría de la población, el proletariado—prosigue Lenin—tiene que derribar primero a la burguesía y adueñarse del Poder del Estado; tiene, en segundo lugar, que implantar el Poder Soviético, haciendo añicos el viejo aparato estatal, con lo cual mina inmediatamente la dominación, la autoridad, la influencia de la burguesía y de los conciliadores pequeñoburgueses entre las masas trabajadoras no proletarias. Tiene, en tercer lugar, que *acabar radicalmente* con la influencia de la burguesía y de los conciliadores pequeñoburgueses entre la *mayoría* de las masas trabajadoras no proletarias, dando satisfacción *revolucionaria* a las necesidades económicas *de estas masas a expensas de los explotadores*» (Lugar citado, pág. 641).

He aquí los signos característicos de la revolución proletaria.

¿Cuáles son, en relación con esto, los rasgos fundamentales de la dictadura del proletariado, si se reconoce que la dictadura del proletariado forma el contenido fundamental de la revolución proletaria?

He aquí la definición más general de la dictadura del proletariado que da Lenin:

«La dictadura del proletariado no es la terminación de la lucha de clases, sino la continuación de ésta bajo nuevas formas. La dictadura del proletariado es la lucha de clases del proletariado que ha triunfado y que ha tomado en sus manos el Poder político contra la burguesía vencida, pero no aniquilada, no desaparecida, que no ha dejado de oponer resistencia, contra la burguesía cuya resistencia se ha reforzado» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 311, discurso pronunciado en el Congreso de las instituciones de instrucción extraescolar).

Refutando la confusión entre la dictadura del proletariado y el Poder «de todo el pueblo», un Poder elegido «por sufragio universal», un Poder que «no es de clase», Lenin dice:

«La clase que ha tomado en sus manos la dominación política, la ha tomado consciente de que es ella *sola* la que se hace cargo del Poder. Esto entra en el concepto de la dictadura del proletariado. Este concepto sólo tiene sentido cuando una clase sabe que es ella sola la que toma en sus manos el Poder político y ni se engaña a sí misma ni engaña a los demás con palabrerías acerca del Poder «de todo el pueblo», Poder «elegido por sufragio universal, consagrado por todo el pueblo» (*Lenin*, t. XXVI, pág. 286, discurso pronunciado en el Congreso de los obreros del transporte de toda Rusia).

Sin embargo, esto no significa que el Poder de una sola clase, la clase de los proletarios, que ésta no comparte, ni puede compartir con otras clases, no necesita, para alcanzar sus objetivos, la ayuda, la alianza de las masas trabajadoras y explotadas de otras clases. Al contrario, este Poder, el Poder de una sola clase, sólo se puede afianzar y llevar

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

a la práctica hasta el fin mediante una forma especial de alianza entre la clase de los proletarios y las masas trabajadoras de las clases pequeñoburguesas, comenzando por las masas trabajadoras del campo.

¿Cuál es esta forma especial de alianza y en qué consiste? ¿Esta alianza con las masas trabajadoras de otras clases no proletarias no está, en general, en pugna con la idea de la dictadura de una sola clase?

Esta forma especial de alianza consiste en que la fuerza dirigente de la alianza sea el proletariado. Esta forma especial de alianza consiste en que el dirigente del Estado, el dirigente en el sistema de la dictadura del proletariado, sea *un solo* partido, el Partido del proletariado, el Partido Comunista, que *no comparte ni puede compartir* la dirección con los demás partidos.

Como veis, la contradicción aquí es sólo aparente, imaginaria.

«La dictadura del proletariado—dice Lenin—es una *forma especial de alianza de clases* (*) entre el proletariado, vanguardia de los trabajadores, y las numerosas capas trabajadoras no proletarias (pequeña burguesía, pequeños patronos, campesinos, intelectuales, etc.) o con la mayoría de ellas, alianza dirigida contra el capital, alianza que se propone el completo derrocamiento del capital, el completo aplastamiento de la resistencia de la burguesía y de sus tentativas de restauración, alianza que tiene como fin crear y consolidar definitivamente el socialismo. Es ésta una alianza de un tipo especial, que se forma bajo condiciones especiales, o sea, bajo las condiciones de una furiosa guerra civil, la alianza de los partidarios firmes del socialismo con sus aliados vacilantes y a veces «neutrales» (en cuyo caso, de pacto de lucha la alianza se convierte en pacto de neutralidad), *alianza entre clases diferentes desde el punto de vista económico, político, social y espiritual*» (*) (*Lenin*, t. XXIV, pág. 311, discurso pronunciado en el Congreso de las instituciones de instrucción extraescolar).

En uno de sus informes, Kámenev, polemizando contra este modo de interpretar la dictadura del proletariado, dice:

«La dictadura *no es* (*) la alianza de una clase con otra».

Creo que Kámenev se refiere aquí, ante todo, a un pasaje de mi folleto «La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos», donde se dice:

«La dictadura del proletariado no es una simple cúspide gubernamental, «hábilmente» «seleccionada» por la mano diestra de un «estratega experto» y «que se apoya inteligentemente» en tales o cuales capas de la población. La dictadura del proletariado es la alianza de clase entre el proletariado y las masas trabajadoras del campo para derribar el capital, y para el triunfo definitivo del socialismo, siempre y cuando que el proletariado sea la fuerza dirigente de esta alianza».

Sostengo en su totalidad esta formulación de la dictadura del proletariado, pues entiendo que coincide íntegra y plenamente con la formulación de Lenin que acabo de citar.

Afirmo que la declaración de Kámenev de que «la dictadura *no es* la alianza de una clase con otra», hecha de una forma tan categórica,

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

no tiene nada que ver con la teoría leninista de la dictadura del proletariado.

Afirmo que de este modo sólo pueden hablar quienes no hayan comprendido el sentido de la idea de la alianza entre el proletariado y los campesinos, de la idea de la *hegemonía* del proletariado dentro de esta alianza.

Unicamente pueden hablar así quienes no hayan comprendido la tesis leninista de que

«*sólo el acuerdo con los campesinos* (*) puede salvar a la revolución socialista en Rusia, en tanto que no estalle la revolución en otros países» (*Lenin*, t. XXVI, pág. 238, discurso pronunciado en el X Congreso del P.C.(b) de Rusia «Sobre el impuesto en especie»).

Unicamente pueden hablar así quienes no hayan comprendido la tesis de Lenin, de que

«*el principio supremo de la dictadura* (*) es mantener la alianza entre el proletariado y los campesinos, para que el proletariado pueda conservar el papel dirigente y el Poder estatal» (*Lenin*, t. XXVI, pág. 460, informe presentado al III Congreso de la Internacional Comunista «Sobre la táctica del P.C.(b) de Rusia»).

Señalando uno de los objetivos más importantes de la dictadura, el de aplastar a los explotadores, Lenin dice:

«Científicamente, dictadura no significa más que un Poder ilimitado, no restringido por ninguna ley, absolutamente por ninguna norma, un Poder que se apoya directamente en la violencia»... «Dictadura significa—¡tenedlo en cuenta de una vez para siempre, señores kadetes! — un Poder ilimitado que se apoya en la fuerza y no en la ley. Durante la guerra civil, el Poder victorioso, sea el que fuere, sólo puede ser dictatorial» (*Lenin*, t. XXV, págs. 441 y 436, «En torno a la historia del problema de la dictadura»).

Pero, naturalmente, la dictadura del proletariado no se reduce solamente a la violencia, aunque sin violencia no puede haber dictadura.

«Dictadura—dice Lenin—no significa solamente violencia, aunque aquélla no sea posible sin violencia; significa también organización del trabajo, una organización superior a la precedente» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 305, del discurso «Cómo se engaña al pueblo con consignas de libertad e igualdad»).

«La dictadura del proletariado... no es sólo el ejercicio de la violencia sobre los explotadores, ni siquiera es principalmente violencia. La base económica de esta violencia revolucionaria, la garantía de su vitalidad y de su éxito, está en que el proletariado representa y pone en práctica un tipo más elevado de organización social del trabajo que el del capitalismo. En esto reside la esencia. En ello radica la fuente de la fuerza y la garantía del triunfo inevitable y completo del comunismo» (*Lenin*, t. XXIV, págs. 335-336, «Una gran iniciativa») ...«Su esencia fundamental [es decir, la de la dictadura. *J. St.*] reside en la organización y disciplina del destacamento avanzado de los trabajadores, de su vanguardia, de su único dirigente: el proletariado. Su objetivo es construir el socialismo, suprimir la división de la sociedad en clases, convertir a todos los miembros de la sociedad en trabajadores, destruir la base sobre la que descansa toda

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

explotación del hombre por el hombre. Este objetivo no puede alcanzarse de un golpe; ello exige un período de transición bastante largo del capitalismo al socialismo, tanto porque reorganizar la producción es empresa difícil, como porque se necesita tiempo para introducir cambios radicales en todos los dominios de la vida, y porque la enorme fuerza de la costumbre de dirigir de un modo pequeñoburgués y burgués la economía, sólo puede superarse en una lucha larga y tenaz. Precisamente por esto, habla Marx de todo un período de dictadura del proletariado como período de transición del capitalismo al socialismo» (Lugar citado, pág. 314).

Tales son los rasgos característicos de la dictadura del proletariado.

De aquí los tres aspectos fundamentales de la dictadura del proletariado:

1. Utilización del Poder del proletariado para aplastar a los explotadores, para la defensa del país, para consolidar las relaciones con los proletarios de otros países, para el desarrollo y el triunfo de la revolución en todos los países.

2. Utilización del Poder del proletariado para apartar definitivamente de la burguesía a las masas trabajadoras y explotadas, para consolidar la alianza entre el proletariado y estas masas, para hacer participar a estas masas en la obra de la construcción socialista. para la dirección estatal de estas masas por el proletariado.

3. Utilización del Poder del proletariado para organizar el socialismo, para suprimir las clases, para pasar a la sociedad sin clases, a la sociedad sin Estado.

La dictadura del proletariado es la suma de estos tres aspectos. Ni uno solo de estos tres aspectos puede considerarse como el *único* signo característico de la dictadura del proletariado. Por el contrario, basta con que falte aunque sólo sea uno de estos signos para que la dictadura del proletariado deje de ser dictadura, bajo las condiciones del cerco capitalista. Por esto no puede eliminarse ninguno de estos tres aspectos sin correr el riesgo de tergiversar la idea de la dictadura del proletariado. Solamente estos tres aspectos en conjunto dan la idea completa y acabada de la dictadura del proletariado.

La dictadura del proletariado tiene sus períodos, sus formas especiales, sus diversos métodos de trabajo. Durante el período de la guerra civil, salta a la vista sobre todo el aspecto de la violencia de la dictadura. Pero de aquí no se desprende, ni mucho menos, que durante el período de la guerra civil no se lleve a cabo ninguna labor constructiva. Sin labor constructiva es imposible sostener la guerra civil. Por el contrario, durante el período de la construcción del socialismo, salta a la vista sobre todo la labor pacífica, organizadora y cultural de la dictadura, la legalidad revolucionaria, etc. Pero de aquí no se desprende tampoco, ni mucho menos, que el aspecto de violencia de la dictadura haya desaparecido o pueda desaparecer durante el período de la construcción. Los órganos de represión, el ejército y otras organizaciones, siguen siendo necesarios ahora, en el período de la construcción, lo

mismo que en el período de la guerra civil. Sin estos órganos, la dictadura no podría llevar a cabo una labor constructiva más o menos garantizada. No debe olvidarse que, por el momento, la revolución no ha triunfado más que en un solo país. No debe olvidarse que, mientras exista el cerco capitalista, el peligro de intervención, con todas las consecuencias derivadas de este peligro, seguirá existiendo.

V

EL PARTIDO Y LA CLASE OBRERA DENTRO DEL SISTEMA DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

Más arriba he hablado de la dictadura del proletariado desde el punto de vista de su carácter históricamente inevitable, desde el punto de vista de su contenido de clase, desde el punto de vista de su carácter como Estado, y por fin, desde el punto de vista de sus objetivos destructores y creadores, objetivos que se realizan a lo largo de todo un período histórico, llamado período de transición del capitalismo al socialismo.

Ahora, hemos de hablar de la dictadura del proletariado desde el punto de vista de su estructura, desde el punto de vista de su «mecanismo», desde el punto de vista del papel y del significado de las «correas de transmisión», «palancas» y «fuerza orientadora», que en conjunto forman el «sistema de la dictadura del proletariado» *(Lenin)* y por medio de las cuales se lleva a cabo la labor diaria de la dictadura del proletariado.

¿Cuáles son estas «correas de transmisión» o «palancas», dentro del sistema de la dictadura del proletariado? ¿Cuál es esta «fuerza orientadora»? ¿Para qué son necesarias?

Las palancas o correas de transmisión son aquellas organizaciones de masas del proletariado sin cuya ayuda es imposible poner en práctica la dictadura.

La fuerza orientadora es el destacamento de avanzada del proletariado, su vanguardia, que forma la fuerza dirigente fundamental de la dictadura del proletariado.

Estas correas de transmisión, palancas y fuerza orientadora son necesarias para el proletariado, porque sin ellas éste se encontraría, en su lucha por el triunfo, en la situación de un ejército sin armas frente al capital organizado y armado. Estas organizaciones son necesarias para el proletariado, porque sin ellas éste sufriría una derrota indefectible en su lucha por el derrocamiento de la burguesía, en su lucha por la consolidación de su Poder, en su lucha por la construcción del socialismo. La ayuda sistemática de estas organizaciones y la fuerza orientadora de la vanguardia son necesarias, porque sin estas condiciones es imposible una dictadura del proletariado más o menos estable y sólida.

¿Cuáles son estas organizaciones?

Son, en primer lugar, los *sindicatos* obreros, con sus ramificaciones en el centro y en la base, bajo la forma de toda una serie de organizaciones de producción, de cultura, de educación, etc. Estas organizaciones unifican a los obreros de todos los oficios. No son una organización de partido. Puede decirse que los sindicatos son la organización general de la clase obrera, dominante en nuestro país. Los sindicatos son la escuela del comunismo. Destacan de su seno a los mejores hombres para la labor dirigente en todas las ramas de la administración. Sirven de enlace entre los elementos avanzados y los rezagados dentro de la clase obrera. Unen a las masas obreras con la vanguardia de la clase obrera.

Son, en segundo lugar, los *Soviets*, con sus numerosas ramificaciones en el centro y en la base, bajo la forma de organizaciones administrativas, económicas, militares, culturales y demás organizaciones del Estado, unidas a la innumerable cantidad de asociaciones de masas de trabajadores surgidas espontáneamente, que rodean a esas orgnizaciones y las unen con la población. Los Soviets son una organización de masas de todos los trabajadores de la ciudad y del campo. No son una organización de partido. Los Soviets son la expresión directa de la dictadura del proletariado. A través de los Soviets pasan todas y cada una de las medidas de consolidación de la dictadura y de la construcción del socialismo. Por medio de los Soviets se lleva a cabo la dirección estatal de los campesinos por el proletariado. Los Soviets unen a los millones y millones de trabajadores con la vanguardia del proletariado.

Son, en tercer lugar, todos los tipos de *cooperativas*, con todas sus ramificaciones. La cooperativa es una organización de masas de los trabajadores, una organización sin partido, que unifica a aquéllos, ante todo como consumidores y también, a lo largo del tiempo, como productores (en las cooperativas agrícolas). Esta organización adquiere una importancia especial después de la consolidación de la dictadura del proletariado, durante el período de la construcción en vasta escala. Facilita el contacto entre la vanguardia del proletariado y las masas campesinas y da la posibilidad de arrastrar a éstas al cauce de la edificación socialista.

Es, en cuarto lugar, la *Unión de Juventudes*. Es ésta una organización de masas de la juventud obrera y campesina, una organización que no pertenece al Partido, pero que está adherida a él. Su misión es ayudar al Partido a educar a la joven generación en el espíritu del socialismo. Suministra reservas nuevas a todas las demás organizaciones de masas del proletariado, en todas las ramas de la administración. La Unión de Juventudes ha adquirido una importancia especial después de la consolidación de la dictadura del proletariado, durante el período de la vasta labor cultural y educativa del proletariado.

Es, por último, el *Partido* del proletariado, su vanguardia. La fuerza

del Partido consiste en el hecho de que absorbe a los mejores hombres del proletariado, salidos de todas sus organizaciones de masas. Su misión consiste en *unificar* la labor de todas las organizaciones de masas del proletariado, sin excepción, y en *encaminar* sus actos hacia un solo objetivo: la liberación del proletariado. Y esto, unificar y encaminar sus actos en la línea de un solo objetivo, es absolutamente necesario, pues sin ello es imposible la unidad de la lucha del proletariado, sin ello es imposible dirigir a las masas proletarias en su lucha por el Poder, en su lucha por la construcción del socialismo. Pero sólo la vanguardia del proletariado, su Partido, es capaz de unificar y encaminar la labor de las organizaciones de masas del proletariado. Sólo el Partido del proletariado, sólo el Partido de los comunistas es capaz de desempeñar este papel de dirigente principal dentro del sistema de la dictadura del proletariado.

¿Por qué?

«Primero, porque el Partido es el punto en que se concentran los mejores elementos de la clase obrera, que mantienen vínculos directos con las organizaciones sin partido del proletariado y que con frecuencia las dirigen; segundo, porque el Partido, como punto en que se concentran los mejores elementos de la clase obrera, es la mejor escuela de formación de los jefes de la clase obrera, capaces de dirigir todas las formas de organización de su clase; tercero, porque el Partido, como la mejor escuela para la formación de los jefes de la clase obrera, es, por su experiencia y autoridad, la única organización capaz de centralizar la dirección de la lucha del proletariado, convirtiendo así a todas y cada una de las organizaciones sin partido de la clase obrera en órganos auxiliares y en correas de transmisión que unen al Partido con la clase» (Véase «Sobre los fundamentos del leninismo»).

El Partido es la fuerza dirigente fundamental dentro del sistema de la dictadura del proletariado.

«El Partido es la forma superior de la unificación de clase del proletariado» *(Lenin)*.

Resumiendo: los *síndicatos*, como organización de masas del proletariado, que vincula al Partido con la clase obrera, sobre todo en lo que a la producción se refiere; los *Soviets*, como organización de masas de los trabajadores, que vincula al Partido con éstos, sobre todo en la línea del Estado; las *cooperativas*, como organización de masas, principalmente de los campesinos, que vincula al Partido con las masas campesinas, sobre todo en la línea económica, en la línea de atraer a los campesinos a la edificación socialista; la *Unión de Juventudes*, como organización de masas de la juventud obrera y campesina, llamada a facilitar a la vanguardia del proletariado la educación socialista de la nueva generación y la formación de reservas juveniles; y finalmente, el *Partido*, como fuerza fundamental orientadora dentro del sistema de la dictadura del proletariado, llamada a dirigir a todas estas organizaciones de masas; tal es, en rasgos generales, el cuadro del «mecanismo» de la dictadura, el cuadro del «sistema de la dictadura del proletariado».

Sin el Partido, como fuerza dirigente fundamental, no puede haber una dictadura del proletariado más o menos estable y sólida.

De este modo, para decirlo con las palabras de Lenin, «se obtiene, en conjunto, un aparato proletario, formalmente no comunista, flexible y relativamente amplio, potentísimo, por medio del cual el Partido está estrechamente vinculado *a la clase* y *a la masa* y por medio del cual se lleva a cabo la *dictadura de clase*, bajo la dirección del Partido» (*Lenin*, t. XXV, pág. 192, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

Esto no significa, naturalmente, que el Partido pueda o deba sustituir a los sindicatos, a los Soviets y a las demás organizaciones de masas. El Partido lleva a cabo la dictadura del proletariado, pero no la lleva a cabo directamente, sino con la ayuda de los sindicatos, a través de los Soviets y de sus ramificaciones. Sin estas «correas de transmisión», sería imposible una dictadura más o menos sólida.

«No es posible—dice Lenin—llevar a cabo la dictadura sin que haya algunas «correas de transmisión» entre la vanguardia y la masa de la clase avanzada, entre ésta y la masa de los trabajadores»... «El partido absorbe, por decirlo así, a la vanguardia del proletariado, y esta vanguardia lleva a cabo la dictadura del proletariado. Y sin una base como los sindicatos, no se puede llevar a cabo la dictadura, no se pueden cumplir las funciones del Estado. Estas tienen que realizarse *a través* (*) de una serie de instituciones especiales de nuevo tipo también, y concretamente *por medio* (*) del aparato soviético» (*Lenin* t. XXVI, págs. 65 y 64, «Sobre los sindicatos»).

Por ejemplo, en nuestro país, en la Unión Soviética, en el país de la dictadura del proletariado, debe considerarse como expresión superior del papel dirigente del Partido el hecho de que no haya una sola cuestión política o de organización importante que las organizaciones soviéticas u otras organizaciones de masas de nuestro país resuelvan sin las indicaciones orientadoras del Partido. En *este sentido*, podría decirse que la dictadura del proletariado es, *sustancialmente*, la «dictadura» de su vanguardia, la «dictadura» de su Partido, como fundamental fuerza dirigente del proletariado. He aquí lo que Lenin decía a este respecto en el II Congreso de la Internacional Comunista:

«Tanner dice que él es partidario de la dictadura del proletariado, pero que no se representa la dictadura del proletariado como nos la representamos nosotros. Dice que nosotros entendemos por dictadura del proletariado, *sustancialmente* (*), la dictadura de su minoría organizada y consciente. En efecto, en la época del capitalismo, cuando las masas obreras se hallan sometidas a permanente explotación y no pueden desarrollar sus facultades humanas, lo que más caracteriza a los partidos políticos obreros es precisamente el hecho de que éstos sólo pueden abarcar a una minoría de su clase. Un partido político sólo puede unificar a la minoría de la clase, del mismo modo que los obreros realmente conscientes de toda sociedad capitalista, sólo forman la minoría dentro de la totalidad de los obreros. Esto nos obliga a reconocer que sólo esta minoría consciente puede dirigir a las grandes masas obreras y llevarlas con ella. Y si el camarada Tanner

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

dice que es enemigo de los partidos, pero que al mismo tiempo aboga por que la minoría de los obreros mejor organizados y más revolucionarios señale el camino a todo el proletariado, entonces yo digo que, en realidad, no hay diferencia entre nosotros» (*Lenin*, t. XXV, pág. 347, discurso pronunciado en el II Congreso de la Internacional Comunista «Sobre el papel del Partido Comunista»).

¿Significa esto, sin embargo, que se puede trazar entre la dictadura del proletariado y el papel dirigente del Partido («dictadura» del Partido) *un signo de igualdad*, que se puede *identificar* la primera con el segundo, que se puede *sustituir* la primera con el segundo? ¡Naturalmente que no! ¡Naturalmente que no se puede hacer esto! Tenemos, por ejemplo, a Sorin, que dice que «*la dictadura del proletariado es la dictadura de nuestro Partido*» (Véase «La doctrina de Lenin sobre el Partido», pág. 95). Como veis, esta tesis identifica la «dictadura del Partido» con la dictadura del proletariado. ¿Puede reputarse exacta esta identificación sin salirse del terreno del leninismo? No, no se puede. He aquí por qué no se puede:

Primero. En el pasaje arriba citado de su discurso ante el II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin no identifica en modo alguno el papel dirigente del Partido con la dictadura del proletariado. Dice únicamente que «sólo la minoría consciente [es decir, el Partido. *J. St.*] puede dirigir a las grandes masas obreras y llevarlas con ella» y que, *en este sentido precisamente*, «entendemos por dictadura del proletariado, *sustancialmente* (*), la dictadura de su minoría organizada y consciente». Decir «sustancialmente» no quiere decir «íntegramente». Decimos con frecuencia que la cuestión nacional es, sustancialmente, una cuestión campesina. Y esto es muy exacto. Pero esto no significa que la cuestión nacional se limite a la cuestión campesina, que la cuestión campesina sea igual a la cuestión nacional en todo su volumen, que la cuestión campesina se identifique con la cuestión nacional. No hace falta demostrar que la cuestión nacional es, por su volumen, una cuestión más amplia y de mayor contenido que la cuestión campesina. Otro tanto debe decirse, por analogía, respecto al papel dirigente del Partido y a la dictadura del proletariado. Si el Partido lleva a cabo la dictadura del proletariado, y en este sentido la dictadura del proletariado es, *sustancialmente*, la «dictadura» de su Partido, esto por sí solo no significa que la «dictadura del Partido» (su papel dirigente) *sea idéntica* a la dictadura del proletariado, que la primera *sea igual* a la segunda, en cuanto a su volumen. No hace falta demostrar que la dictadura del proletariado es, por su volumen, más amplia y de mayor contenido que el papel dirigente del Partido. El Partido lleva a cabo la dictadura del proletariado, pero lleva a cabo la dictadura *del proletariado*, y ninguna otra. Quien identifique el papel dirigente del Partido con la dictadura del proletariado, sustituye la dictadura del proletariado por la «dictadura» del Partido.

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

Segundo. Ni una sola resolución importante de las organizaciones de masas del proletariado se adopta sin las indicaciones orientadoras del Partido. Esto es completamente exacto. Pero ¿significa esto, acaso, que la dictadura del proletariado *se reduzca* a las indicaciones orientadoras del Partido? ¿Significa esto, acaso, que, por esta razón, las indicaciones orientadoras del Partido puedan identificarse con la dictadura del proletariado? ¡Naturalmente que no! La dictadura del proletariado consiste en las indicaciones orientadoras del Partido más la realización de estas indicaciones por las organizaciones de masas del proletariado, más su encarnación en la realidad por obra de la población. Estamos, pues, ante toda una serie de transiciones y grados intermedios, que constituyen un elemento nada despreciable de la dictadura del proletariado. Entre las indicaciones orientadoras del Partido y su encarnación en la realidad, media, pues, la voluntad y la acción de los dirigidos, la voluntad y la acción de la clase, su inclinación (o su aversión) a apoyar estas indicaciones, su aptitud (o ineptitud) para llevarlas a la práctica, su aptitud (o ineptitud) para llevarlas a la práctica precisamente en la forma que exige la situación. Huelga demostrar que el Partido, que se ha hecho cargo de la dirección, no puede dejar de tener en cuenta la voluntad, el estado y el nivel de conciencia de los dirigidos, no puede descartar la voluntad, el estado y el nivel de conciencia de su clase. Por eso, quien identifique el papel dirigente del Partido con la dictadura del proletariado, sustituye la voluntad y la acción de la clase por las directivas del Partido.

Tercero. «La dictadura del proletariado—dice Lenin—es la lucha de clases del proletariado, que ha triunfado y que ha tomado en sus manos el Poder político» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 311, discurso pronunciado en el Congreso de las instituciones de instrucción extraescolar). ¿En qué puede expresarse esta lucha de *clases?* Puede expresarse en una serie de acciones armadas del proletariado contra las intentonas de la burguesía derrocada o contra la intervención de la burguesía extranjera. Puede expresarse en la guerra civil, si el Poder del proletariado no se ha consolidado aún. Puede expresarse en una amplia labor de organización y de construcción del proletariado, ya después de la consolidación del Poder, atrayendo a esta obra a las grandes masas. En todos estos casos, quien actúa es el proletariado como *clase.* No se ha dado el caso de que el Partido, sólo el Partido, haya organizado todas estas acciones con sus exclusivas fuerzas, sin el apoyo de la clase. Generalmente, el Partido no hace más que dirigir estas acciones, y las dirige en la medida en que cuenta con el apoyo de la clase. Pues el Partido no puede igualar, no puede sustituir a la clase. Pues el Partido, con todo su importante papel dirigente, sigue siendo de todos modos *una parte* de la clase. Por eso, quien identifique el papel dirigente del Partido con la dictadura del proletariado sustituye la clase por el Partido.

Cuarto. El Partido lleva a cabo la dictadura del proletariado. «El

Partido es la vanguardia directamente gobernante del proletariado, es el dirigente» (*Lenin*). En este sentido, el Partido *toma* el Poder y *gobierna el país*. Pero esto no significa que el Partido lleve a cabo la dictadura del proletariado pasando por alto el poder del Estado, sin el poder del Estado; que el Partido gobierne el país prescindiendo de los Soviets y no a través de los Soviets. Esto no significa que el Partido puede identificarse con los Soviets, con el poder del Estado. El Partido es el núcleo central del Poder. Pero no es el poder del Estado ni se le puede identificar con él. «Como partido gobernante—dice Lenin—, no podíamos menos de refundir las «capas superiores» de los Soviets con las «capas superiores» del Partido: en nuestro país, están y seguirán estando refundidas» (*Lenin*, t. XXVI, pág. 208, informe hecho en el X Congreso del P.C.(b) de Rusia «Sobre la labor política del Comité Central»). Es absolutamente exacto. Pero con esto Lenin no quiere decir, ni mucho menos, que nuestras instituciones soviéticas, en conjunto, por ejemplo: nuestro ejército, nuestro transporte, nuestras instituciones económicas, etc., sean instituciones de nuestro Partido, que el Partido pueda sustituir a los Soviets y a sus ramificaciones, que pueda identificarse al Partido con el poder del Estado. Lenin ha repetido más de una vez que «el sistema de los Soviets es la dictadura del proletariado», que «el Poder soviético es la dictadura del proletariado» (*Lenin*, t. XXIV, págs. 14 y 15, discurso y tesis «Sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado»), pero no ha dicho nunca que el Partido sea el poder del Estado, que los Soviets y el Partido sean una y la misma cosa. El Partido, que cuenta con algunos centenares de miles de miembros, dirige los Soviets y sus ramificaciones en el centro y las localidades, ramificaciones que abarcan algunos millones de personas, afiliados al Partido y sin partido; pero no puede ni debe sustituirlas. He aquí por qué Lenin dice que «la dictadura la lleva a cabo el proletariado organizado en Soviets, dirigido por el Partido Comunista bolchevique», que «toda la labor del Partido se realiza *a través* (*) de los Soviets, que unifican a las masas trabajadoras, sin distinción de oficios» (*Lenin*, t. XXV, págs. 192 y 193, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»), que la dictadura «ha de llevarse a cabo ... *a través* (*) del aparato soviético» (*Lenin*, t. XXVI, pág. 64, «Sobre los sindicatos»). Por tanto, quien identifique el papel dirigente del Partido con la dictadura del proletariado, sustituye los Soviets, el poder del Estado, por el Partido.

Quinto. El concepto de dictadura del proletariado es un concepto estatal. La dictadura del proletariado encierra forzosamente la idea de violencia. Sin violencia no puede haber dictadura, siempre y cuando que la dictadura se entienda en el sentido exacto de la palabra. Lenin define la dictadura del proletariado como «el Poder que se apoya directamente en la *violencia*» (*Lenin*, t. XIX, pág. 315, «La consigna del

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

desarme»). Por eso, hablar de la dictadura del Partido *respecto a la clase de los proletarios* e identificarla con la dictadura del proletariado, significa decir que el Partido debe ser, en cuanto a su clase, no sólo el dirigente, no sólo el jefe y el maestro, sino una especie de poder estatal, que emplea la violencia contra ella. Por tanto, quien identifique la «dictadura del Partido» con la dictadura del proletariado parte tácitamente del hecho de que la autoridad del Partido se puede basar en la violencia, cosa absurda y que es absolutamente incompatible con el leninismo. La autoridad del Partido se mantiene por la confianza de la clase obrera. Pero la confianza de la clase obrera no se adquiere por la violencia—por la violencia es como se extingue—, sino por la teoría acertada del Partido, por la política acertada del Partido, por la fidelidad del Partido a la clase obrera, por su unión con las masas de la clase obrera, por su disposición, por su capacidad para *convencer* a las masas de lo acertado de sus consignas.

¿Qué es lo que se desprende de todo esto?

De esto se desprende:

1) que Lenin no habla de *dictadura* del Partido en el sentido literal de la palabra («Poder que se apoya en la violencia»), sino en un sentido figurado, en el sentido de dirección;

2) que quien identifique la dirección del Partido con la *dictadura* del proletariado tergiversa a Lenin, atribuyendo al Partido, falsamente, funciones de violencia con respecto a la clase obrera en su conjunto;

3) que quien atribuye al Partido funciones de violencia que no le son propias, con respecto a la clase obrera, falta a las exigencias elementales a que deben responder las relaciones mutuas acertadas entre la vanguardia y la clase, entre el Partido y el proletariado.

Hemos llegado, pues, al umbral de la cuestión de las relaciones mutuas entre el Partido y la clase, entre los miembros del Partido y los sin partido dentro de la clase obrera.

Lenin define estas relaciones como «*confianza mutua* (*) entre la vanguardia de la clase obrera y la masa obrera» (*Lenin*, t. XXVI, pág. 235, discurso pronunciado en el X Congreso del P.C.(b) de Rusia «Sobre los sindicatos»).

¿Qué significa esto?

Significa, en primer lugar, que el Partido debe estar atento a la voz de las masas; que debe prestar atención al instinto revolucionario de las masas; que debe estudiar la experiencia de la lucha de las masas, comprobando a través de ello lo acertado de su política; que debe, por tanto, no sólo enseñar a las masas, sino también aprender de ellas.

Significa, en segundo lugar, que el Partido debe conquistar, día tras día, la confianza de las masas proletarias; que, mediante su política y su labor, debe ganarse el apoyo de las masas; que no debe ordenar,

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

sino ante todo persuadir, facilitando a las masas la obra de convencerse a través de su propia experiencia de lo acertado de la política seguida por el Partido; que debe, por consiguiente, ser el dirigente, el jefe, el maestro de su clase.

Infringir estas condiciones equivale a infringir las relaciones mutuas acertadas entre la vanguardia y la clase, minar la «confianza mutua», destruir tanto la disciplina de clase como la de partido.

«Seguramente que hoy casi todo el mundo ve ya—dice Lenin—que los bolcheviques no se hubieran mantenido en el Poder no dos años y medio, sino ni siquiera dos meses y medio, sin la disciplina severísima, verdaderamente férrea, dentro de nuestro Partido, *sin el apoyo más completo y abnegado prestado a éste por toda la masa de la clase obrera* (*), esto es, por todo lo que ella tiene de consciente, honrado, abnegado, influyente y capaz de conducir consigo o de atraerse a las capas atrasadas» (*Lenin*, t. XXV, pág. 173, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

«La dictadura del proletariado—dice Lenin más adelante—es una lucha tenaz, cruenta e incruenta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad. La fuerza de la costumbre de millones y decenas de millones de hombres es la fuerza más terrible. Sin un partido férreo y templado en la lucha, sin un partido *que goce de la confianza de todo lo que haya de honrado dentro de la clase* (*), sin un partido que sepa pulsar el estado de espíritu de las masas e influir sobre él, es imposible llevar a cabo con éxito esta lucha» (*Lenin*, t. XXV, pág. 190, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

Pero ¿cómo adquiere el Partido esta confianza y este apoyo de la clase? ¿Cómo se forja la férrea disciplina, necesaria para la dictadura del proletariado? ¿Sobre qué terreno brota?

He aquí lo que dice Lenin a este respecto:

«¿Cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado? ¿Cómo se controla? ¿Cómo se refuerza? Primero, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, por su firmeza, por su espíritu de sacrificio, por su heroísmo. Segundo, por su capacidad de vincularse, aproximarse y hasta cierto punto, si queréis, *fundirse con las más grandes masas trabajadoras* (*), en primer término con la masa proletaria, *pero también con* la masa trabajadora *no proletaria*. Tercero, por lo acertado de la dirección política que lleva a cabo esta vanguardia, por lo acertado de su estrategia y de su táctica políticas, a condición de que las masas más extensas se convenzan de ello *por experiencia propia*. Sin estas condiciones, no es posible la disciplina en un partido revolucionario, verdaderamente apto para ser el partido de la clase avanzada, llamada a derrocar a la burguesía y a transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten, inevitablemente, en una ficción, en una frase, en gestos grotescos. Pero, por otra parte, estas condiciones no pueden brotar de golpe. Van formándose solamente a través de una labor prolongada, a través de una dura experiencia; su formación sólo se facilita a través de una acertada teoría revolucionaria, que, a su vez, no es ningún dogma, sino que sólo se forma definitivamente en estrecha relación con la práctica de un movimiento que sea verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario» (*Lenin*, t. XXV, pág. 174, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

Y más adelante:

«Para alcanzar la victoria sobre el capitalismo, hace falta establecer una correlación acertada entre el Partido dirigente, el Partido Comunista, la clase revolucionaria, el proletariado, y las masas, es decir, la totalidad de los trabajadores y explotados. Sólo el Partido Comunista, si realmente forma la vanguardia de la clase revolucionaria, si encuadra a los mejores representantes de la misma, si está formado por comunistas totalmente conscientes y abnegados, instruídos y templados en la experiencia de una tenaz lucha revolucionaria, si este partido ha sabido vincularse inseparablemente a toda la vida de su clase y, a través de ella, a toda la masa de los explotados, e inspirar a esta clase y a *esta masa la confianza completa* (*); sólo un partido de esta naturaleza es apto para dirigir al proletariado en la lucha más implacable, en la lucha decisiva, final, contra todas las fuerzas del capitalismo. Por otra parte, sólo bajo la dirección de un partido de esta naturaleza es capaz el proletariado de desplegar toda la potencia de su empuje revolucionario, reduciendo a la nada la inevitable apatía e incluso la resistencia de la pequeña minoría, de la aristocracia obrera, corrompida por el capitalismo, de los viejos líderes de las tradeuniones, cooperativas, etc.; sólo así es capaz el proletariado de desplegar toda su fuerza, inconmensurablemente mayor, por la estructura económica misma de la sociedad capitalista, que la proporción que representa en la población» (*Lenin*, t. XXV, pág. 315, «Tesis sobre las tareas fundamentales del II Congreso de la Internacional Comunista»).

De estas citas se desprende lo siguiente:

1) que la autoridad del Partido y la disciplina férrea dentro de la clase obrera, indispensables para la dictadura del proletariado, no se basan en el temor ni en los derechos «ilimitados» del Partido, sino en la confianza que la clase obrera deposita en éste, en el apoyo que la clase obrera presta al Partido;

2) que la confianza de la clase obrera en el Partido se adquiere no de golpe ni por medio de la violencia sobre la clase obrera, sino mediante una labor constante del Partido entre las masas, mediante una acertada política del Partido, por la capacidad del Partido para persuadir a las masas, a través de su propia experiencia, de lo acertado de su política; por la capacidad del Partido para asegurarse el apoyo de la clase obrera y llevar consigo a las masas de la clase obrera;

3) que sin una acertada política del Partido, reforzada por la experiencia de la lucha de las masas, y sin la confianza de la clase obrera, no hay ni puede haber verdadera dirección del Partido;

4) que el Partido y su dirección, si éste goza de la confianza de la clase y si esa dirección es una verdadera dirección, no pueden ser opuestos a la dictadura del proletariado, pues sin la dirección del Partido («dictadura» del Partido), que goza de la confianza de la clase obrera, no puede haber una dictadura proletaria más o menos sólida.

Si no se dan estas condiciones, la autoridad del Partido y la disciplina férrea serán o frases hueras o fanfarronadas y aventurerismo.

No se puede contraponer la dictadura del proletariado a la dirección («dictadura») del Partido. No se puede, puesto que la dirección del

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

Partido es lo principal de la dictadura del proletariado, si se tiene presente una dictadura más o menos sólida y completa y no sólo algo como, por ejemplo, la Comuna de París, que era una dictadura incompleta y poco sólida. No se puede, puesto que la dictadura del proletariado y la dirección del Partido laboran, por decirlo así, en la misma línea, actúan en idéntico sentido.

«El solo hecho—dice Lenin—de preguntar: «¿dictadura del Partido *o bien* dictadura de clase?, ¿dictadura (Partido) de los jefes *o bien* dictadura (Partido) de las masas?», acredita la más increíble e irremediable confusión de ideas... De todos es sabido que las masas se dividen en clases..., que las clases están, generalmente, en la mayoría de los casos, por lo menos en los países civilizados modernos, dirigidas por partidos políticos; que los partidos políticos están dirigidos, por regla general, por grupos más o menos estables de las personas más autorizadas, influyentes, expertas, elegidas para los cargos más responsables y que se llaman jefes... Llegar... a contraponer, en términos generales, la dictadura de las masas a la dictadura de los jefes es un absurdo ridículo y una imbecilidad» (*Lenin*, t. XXV, págs. 187 y 188, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

Esto es absolutamente exacto. Pero esta tesis exacta parte de la premisa de que existan relaciones mutuas acertadas entre la vanguardia y las masas obreras, entre el Partido y la clase. Parte del supuesto de que las relaciones mutuas entre la vanguardia y la clase sigan siendo, por decirlo así, normales, se mantengan dentro de los límites de la «confianza mutua».

Pero ¿y si las relaciones mutuas acertadas entre la vanguardia y la clase, si las relaciones de «confianza mutua» entre el Partido y la clase se infringen? ¿Y si el propio Partido comienza a ponerse, de un modo o de otro, frente a la clase, violando las bases de las relaciones mutuas acertadas con la clase, infringiendo las bases de la «confianza mutua»? ¿Pueden darse, en general, casos de éstos? Sí, pueden darse. Pueden darse:

1) *si* el Partido comienza a erigir su autoridad dentro de las masas no sobre la base de su labor y de la confianza de estas masas, sino sobre la base de sus derechos «ilimitados»;

2) *si* la política del Partido es manifiestamente falsa y el Partido no quiere revisar ni corregir su error;

3) *si*, aun siendo su política, en general, acertada, las masas no están todavía preparadas para asimilarla, y el Partido no quiere o no sabe esperar hasta dar a las masas la posibilidad de convencerse, por su propia experiencia, de lo acertado de la política del Partido.

La historia de nuestro Partido ofrece toda una serie de casos de estos. Diversos grupos y fracciones de nuestro Partido han fracasado y se han deshecho por haber infringido una de estas tres condiciones y a veces las tres juntas.

Pero de aquí se desprende que contraponer la dictadura del prole-

tariado a la «dictadura» (a la dirección) del Partido, sólo puede reputarse falso en los casos siguientes:

1) *si* la dictadura del Partido respecto a la clase obrera se entiende no como lo que es la dictadura en el verdadero sentido de esta palabra («Poder que se apoya en la violencia»), sino precisamente tal como la entiende Lenin: como la dirección del Partido que descarta toda violencia sobre la clase en su conjunto, sobre su mayoría;

2) *si* el Partido cuenta con las condiciones necesarias para ser el verdadero dirigente de la clase; es decir, si la política del Partido es acertada, si esta política corresponde a los intereses de la clase;

3) *si* la clase, si la mayoría de la clase, acepta esta política, la comprende, se convence, gracias a la labor del Partido, del acierto de esta política, confía en el Partido y lo apoya.

La infracción de estas condiciones origina inevitablemente un conflicto entre el Partido y la clase, determina una escisión entre ellos, los enfrenta el uno con la otra.

¿Se puede, acaso, imponer a la clase la dirección del Partido por la fuerza? No, no se puede. En todo caso, *semejante* dirección no podría ser más o menos duradera. El Partido, si quiere mantenerse como Partido del proletariado, debe saber que es, ante todo y sobre todo, *el dirigente, el jefe, el maestro* de la clase obrera. No podemos olvidar las palabras escritas por Lenin a este propósito en el folleto «El Estado y la Revolución»:

«Educando al Partido obrero, el marxismo educa a la vanguardia del proletariado, vanguardia capaz de tomar el Poder y *de conducir a todo el pueblo* al socialismo, de dirigir y organizar el nuevo régimen, de ser *el maestro, el dirigente, el jefe* (*) de todos los trabajadores y explotados en la obra de construir su propia vida social sin burguesía y contra la burguesía» (*Lenin*, t. XXI, pág. 386).

¿Puede, acaso, considerarse el Partido como el verdadero dirigente de la clase, si su política es falsa, si su política choca con los intereses de la clase? ¡Naturalmente que no! En casos tales, el Partido, si quiere mantenerse como dirigente, debe revisar su política, debe corregir su política, debe reconocer su error y corregirlo. En confirmación de esta tesis, podríamos remitirnos aunque sólo fuese a un hecho tomado de la historia de nuestro Partido: al período de la abolición del sistema de contingentación, en que las masas obreras y campesinas estaban manifiestamente descontentas de nuestra política, y en que el Partido emprendió franca y honradamente la revisión de esta política. He aquí lo que dijo entonces Lenin, en el X Congreso del Partido, a propósito de la abolición del sistema de contingentación y de la implantación de la Nueva política económica:

«No debemos tratar de ocultar nada, sino decir francamente que los campesinos están descontentos con la forma de relaciones establecidas entre ellos y nos-

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

otros, que no quieren esa forma de relaciones y que no seguirán viviendo así de aquí en adelante. Esto es indiscutible. Esta voluntad se ha manifestado de un modo resuelto. Es la voluntad de las inmensas masas de la población trabajadora. Debemos tenerla en cuenta, y somos políticos lo suficientemente sensatos para decir abiertamente: *¡Hay que revisar nuestra política con respecto a los campesinos!*» (*) (*Lenin*, t. XXVI, pág. 238, discurso pronunciado en el X Congreso del P.C.(b) de Rusia «Sobre el impuesto en especie»).

¿Se puede, acaso, entender que el Partido debe asumir la iniciativa y la dirección en la organización de las acciones decisivas de las masas, basándose sólo en que su política es, en general, acertada, *si* esta política no goza aún de la confianza y del apoyo de la clase, a causa, supongamos, del atraso político de ésta, *si* el Partido no ha logrado convencer aún a la clase de lo acertado de su política, a causa, supongamos, de que los acontecimientos no están todavía lo suficientemente maduros? No, no se puede. En tales casos, el Partido, si quiere ser el verdadero dirigente, debe saber esperar, debe convencer a las masas de lo acertado de su política, debe ayudar a las masas a convencerse, a través de su experiencia propia, de lo acertado de esta política.

«Si el partido revolucionario—dice Lenin—no cuenta con la mayoría dentro de los destacamentos de vanguardia de las clases revolucionarias, ni dentro del país, no se puede hablar de insurrección» (*Lenin*, t. XXI, pág. 282, «¿Se sostendrán los bolcheviques en el Poder?»).

«Si no se produce un cambio en las opiniones de la mayoría de la clase obrera, la revolución es imposible, y ese cambio se consigue a través de la experiencia política de las masas» (*Lenin*, t. XXV, pág. 221, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

«La vanguardia proletaria está conquistada ideológicamente. Esto es lo principal. Sin ello es imposible dar ni siquiera el primer paso hacia el triunfo. Pero de esto al triunfo dista todavía bastante. Con sólo la vanguardia es imposible triunfar. Lanzar sólo la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia, o al menos de neutralidad benévola con respecto a ella, que la incapacite por completo para defender al adversario, sería no sólo una estupidez, sino además un crimen. Y para que en realidad toda la clase, las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar semejante posición, son insuficientes la propaganda y la agitación solas. Para ello es necesaria la propia experiencia política de estas masas» (Lugar citado, pág. 228).

Es sabido que nuestro Partido procedió precisamente de este modo durante el período que media entre las Tesis de Abril de Lenin y la insurrección de Octubre de 1917. Y precisamente por esto, por actuar conforme a estas indicaciones de Lenin, fué por lo que salió victorioso de la insurrección.

Tales son, en lo esencial, las condiciones que han de presidir las relaciones mutuas acertadas entre la vanguardia y la clase.

¿Qué significa *dirigir*, si la política del Partido es acertada y las relaciones acertadas entre la vanguardia y la clase no se infringen?

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

Dirigir, en estas condiciones, significa saber convencer a las masas del acierto de la política del Partido; significa lanzar y poner en práctica las consignas que llevan a las masas a las posiciones del Partido y las ayudan a convencerse por su propia experiencia del acierto de la política del Partido; significa elevar a las masas al nivel de conciencia del Partido y asegurar así el apoyo de las masas, su disposición para la lucha decisiva.

Por eso, el método fundamental en la dirección de la clase por el Partido es el método de la persuasión.

«Si hoy, en Rusia—dice Lenin—, después de dos años y medio de triunfos sin precedentes sobre la burguesía rusa y la de la Entente, estableciéramos como condición precisa para el ingreso en los sindicatos el «reconocimiento de la dictadura», cometeríamos una tontería, quebrantaríamos nuestra influencia sobre las masas, ayudaríamos a los mencheviques. Porque la tarea de los comunistas consiste en saber *convencer* a los elementos atrasados, en saber trabajar *entre* ellos y no en *aislarse* de ellos mediante fantásticas consignas infantilmente «izquierdistas» (*Lenin*, t. XXV, pág. 197, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»).

Esto no significa, naturalmente, que el Partido deba convencer a todos los obreros, del primero al último; que sólo después de haberlos convencido a todos se puede pasar a los hechos, que sólo entonces se puede iniciar la acción. De ningún modo. Significa únicamente que, antes de lanzarse a acciones políticas decisivas, el Partido debe asegurarse, mediante una labor revolucionaria prolongada, el apoyo de la mayoría de las masas obreras, o por lo menos la neutralidad benévola de la mayoría de la clase. De lo contrario, la tesis leninista que presenta como condición indispensable para la revolución victoriosa el conquistar para el Partido a la mayoría de la clase obrera, carecería de todo sentido.

Ahora bien, ¿qué ha de hacerse con la minoría, si ésta no quiere, si no se presta a someterse de buen grado a la voluntad de la mayoría? ¿Puede el Partido, debe el Partido, gozando de la confianza de la mayoría, obligar a la minoría a someterse a la voluntad de la mayoría? Sí, puede y debe hacerlo. La dirección se asegura por el método de persuadir a las masas, como el método fundamental del Partido para influir sobre éstas. Pero esto no excluye el empleo de la coacción, sino que, por el contrario, lo presupone, siempre y cuando que esta coacción se base en la confianza y en el apoyo que la mayoría de la clase obrera presta al Partido, siempre y cuando que esta coacción se aplique a la minoría después de haber sabido convencer a la mayoría. Sería conveniente recordar las polémicas suscitadas a este respecto en nuestro Partido en la época en que se discutió la cuestión sindical. ¿En qué consistió entonces el error de la oposición, el error del Comité Central del Sindicato del Transporte? ¿Acaso en que la oposición consideraba posible por aquel entonces aplicar la coacción? No, no era en esto. El error de la oposición consistía entonces en que, sin estar en condiciones

de persuadir a la mayoría del acierto de su posición, habiendo perdido la confianza de la mayoría, comenzó, no obstante, a aplicar la coacción, a insistir en «sacudir» a los hombres que gozaban de la confianza de la mayoría.

He aquí lo que dijo entonces Lenin, en el X Congreso del Partido, en su discurso sobre los sindicatos:

«Para establecer relaciones mutuas, relaciones de confianza mutua entre la vanguardia de la clase obrera y la masa obrera, era necesario, si el Comité Central del Sindicato del Transporte había cometido un error..., era necesario que lo corrigiese. Pero si este error comienza a defenderse, esto se convierte en una fuente de peligros políticos. Si no se hubiese hecho todo lo posible en el sentido de la democracia, partiendo del estado de ánimo que expresa aquí Kutúsov, hubiéramos llegado a la bancarrota política. *Ante todo debemos persuadir, y luego coaccionar. Debemos, cueste lo que cueste, primero persuadir y luego coaccionar* (*). No hemos sabido convencer a las grandes masas, y hemos infringido la correlación acertada entre la vanguardia y las masas» (*Lenin*, t. XXVI, pág. 235).

Esto mismo dice Lenin en su folleto «Sobre los sindicatos»:

«Sólo hemos aplicado acertada y eficazmente la coacción, cuando hemos sabido antes cimentarla sobre la persuasión» (*Lenin*, t. XXVI, pág. 74).

Y esto es completamente exacto, pues sin ajustarse a estas condiciones no hay dirección posible; pues sólo de este modo se puede asegurar la unidad de acción en el Partido, si se trata del Partido, o la unidad de acción de la clase, si se trata de la clase en su totalidad. De otro modo, sobreviene la escisión, la desbandada, la descomposición dentro de las filas de la clase obrera.

Tales son, en general, las bases en que ha de descansar una dirección acertada del Partido.

Toda otra interpretación de lo que es la dirección, es sindicalismo, anarquismo, burocratismo, todo lo que se quiera menos bolchevismo, menos leninismo.

No se puede contraponer la dictadura del proletariado a la dirección («dictadura») del Partido, si se dan las relaciones mutuas acertadas entre el Partido y la clase obrera, entre la vanguardia y las masas obreras. Pero de aquí se desprende que mucho menos se puede identificar al Partido con la clase obrera, la dirección («dictadura») del Partido con la dictadura de la clase obrera. *Basándose* en que la «dictadura» del Partido no se puede contraponer a la dictadura del proletariado, Sorin llega a la conclusión falsa de que la «*dictadura del proletariado es la dictadura de nuestro Partido*». Pero Lenin no sólo dice que aquella contraposición es inadmisible, sino que dice al mismo tiempo que es inadmisible contraponer la «dictadura de las masas a la dictadura de los jefes». ¿No se os ocurre identificar, *basándoos en esto*, la dictadura de los jefes a la dictadura del proletariado? Por este camino, debería-

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

mos decir que la «*dictadura del proletariado es la dictadura de nuestros jefes*». A esta imbecilidad precisamente es a la que conduce, propiamente hablando, la política que identifica la «dictadura» del Partido con la dictadura del proletariado...

¿Cuál es la posición de Zinóviev a este respecto?

Zinóviev mantiene, en el fondo, el mismo punto de vista de identificar la «dictadura» del Partido con la dictadura del proletariado que mantiene Sorin, con una diferencia sin embargo: la de que Sorin se expresa más clara y francamente, mientras que Zinóviev «hace piruetas». Para convencerse de ello, basta leer el siguiente pasaje del libro de Zinóviev «El leninismo»:

«¿Qué representa—dice Zinóviev—el régimen existente en la U.R.S.S., desde el punto de vista de su contenido de clase? Es la dictadura del proletariado. ¿Cuál es el resorte inmediato del Poder, en la U.R.S.S.? ¿Quién ejerce el Poder de la clase obrera? ¡El Partido Comunista! En este sentido, *en nuestro país rige la dictadura del Partido* (*). ¿Cuál es la forma jurídica del Poder en la U.R.S.S.? ¿Cuál es el nuevo tipo del régimen de Estado creado por la Revolución de Octubre? El sistema soviético. Lo uno no contradice en modo alguno a lo otro».

Lo de que lo uno no contradice a lo otro es, naturalmente, exacto, *si* por dictadura del Partido respecto a la clase obrera en su conjunto se entiende la dirección del Partido. Pero ¿cómo se puede equiparar, *sobre esta base*, la dictadura del proletariado y la «dictadura» del Partido, el sistema soviético y la «dictadura» del Partido? Lenin identificaba el sistema soviético con la dictadura del proletariado, y tenía razón, pues los Soviets, *nuestros* Soviets, son la organización de la cohesión de las masas trabajadoras en torno al proletariado, bajo la dirección del Partido. Pero ¿cuándo, dónde, en qué obra equipara Lenin la «dictadura» del Partido a la dictadura del proletariado, la «dictadura» del Partido al sistema soviético, como lo hace ahora Zinóviev? La dictadura del proletariado no sólo no está en contradicción con la dirección («dictadura») del Partido, sino que no lo está tampoco con la dirección («dictadura») de los jefes. ¿No se os ocurre, *basándoos en esto*, proclamar que nuestro país es el país de la dictadura del proletariado, *es decir*, el país de la dictadura del Partido, *es decir*, el país de la dictadura de los jefes? Pues a esta imbecilidad precisamente es a la que conduce el «principio» de la identificación de la «dictadura» del Partido con la dictadura del proletariado, que Zinóviev desliza en una pusilánime insinuación.

En las numerosas obras de Lenin, sólo he logrado anotar cinco casos en los que Lenin toca de pasada el problema de la dictadura del Partido.

El primer caso, en una polémica con los socialrevolucionarios y los mencheviques, donde dice:

«Cuando se nos reprocha que somos la dictadura de un solo partido y se nos propone, como habéis oído, el frente único socialista, decimos: «Sí, ¡dicta-

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

dura de un solo partido! Sobre este terreno pisamos y no podemos salirnos de él, pues se trata de un partido que ha conquistado, a lo largo de varios decenios, el puesto de vanguardia de todo el proletariado fabril e industrial» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 423, discurso pronunciado en el I Congreso de los trabajadores de la enseñanza de Rusia).

El segundo caso, en la «Carta a los obreros y a los campesinos a propósito de la victoria sobre Kolchak», donde se dice:

«Asustan a los campesinos (particularmente los mencheviques y los socialrevolucionarios, todos, incluso los «izquierdistas») con el espantajo de la «dictadura de un solo partido», del Partido de los bolcheviques-comunistas. Con el ejemplo de Kolchak, los campesinos han aprendido a no temer a los espantajos. O la dictadura (es decir, el poder férreo) de los terratenientes y de los capitalistas, o la dictadura de la clase obrera» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 436).

El tercer caso, en el discurso pronunciado por Lenin en el II Congreso de la Internacional Comunista, en la polémica con Tanner. Este discurso lo he citado ya más arriba.

El cuarto caso, en unas cuantas líneas del folleto «La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo». Las citas correspondientes han quedado ya transcritas más arriba.

Y el quinto caso, en el esbozo de esquema de la dictadura del proletariado, publicado en el tercer tomo de la «Recopilación Leninista», en el que hay un subtítulo que dice: «La dictadura de un solo partido» (Véase el tomo III de la «Recopilación Leninista», pág. 497).

Conviene indicar que en dos casos de los cinco, en el último y en el segundo, Lenin pone las palabras «dictadura de un solo partido» entre comillas, queriendo hacer resaltar, manifiestamente, el sentido inexacto, figurado, de esta fórmula.

Conviene indicar también que, *en todos* estos casos, Lenin entiende por «dictadura del Partido» *con respecto a la clase obrera*, no la dictadura en el sentido propio de esta palabra («Poder que se apoya en la violencia»), sino la dirección del Partido.

Es característico que *ni en una sola* de sus obras, ni en las fundamentales ni en las de segundo orden, en las que Lenin trata o simplemente toca la dictadura del proletariado y el papel del Partido en el sistema de la dictadura del proletariado, se alude siquiera a que la «dictadura del proletariado es la dictadura de nuestro Partido». Por el contrario, cada página, cada línea de estas obras es un grito de protesta contra semejante fórmula (Véase: «El Estado y la Revolución», «La revolución proletaria y el renegado Kautsky», «La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo», etc.).

Y aún es más característico que en las tesis del II Congreso de la Internacional Comunista sobre el papel del Partido político, tesis formuladas bajo la dirección inmediata de Lenin y a las que Lenin se remite reiteradamente en sus discursos como un modelo de definición acertada del papel y de las tareas del Partido, no encontremos *ni una palabra*, literalmente *ni una sola*, sobre la dictadura del Partido.

¿Qué indica todo esto?

Indica:

a) que Lenin no consideraba irreprochable, exacta, la fórmula de la «dictadura del Partido», razón por la cual muy rara vez la emplea en sus obras y la pone a veces entre comillas;

b) que en los pocos casos en que Lenin se veía obligado a hablar, en sus polémicas con los adversarios, de la dictadura del Partido, hablaba generalmente de «dictadura *de un solo* partido»; es decir, de que nuestro Partido está en el Poder *solo*, de que *no comparte* el Poder *con otros* partidos, aclarando, además, siempre que por dictadura del Partido *con respecto a la clase obrera* se debe entender la dirección del Partido, su papel dirigente;

c) que en todos los casos en que Lenin cree necesario definir científicamente el papel del Partido dentro del sistema de la dictadura del proletariado, habla *exclusivamente* (y estos casos se encuentran por millares) del papel dirigente del Partido con respecto a la clase obrera;

d) que fué precisamente por esto por lo que Lenin no «acertó» a incluir en la resolución fundamental sobre el papel del Partido—me refiero a la resolución del II Congreso de la Internacional Comunista—la fórmula de «dictadura del Partido»;

e) que los camaradas que identifican o intentan identificar la «dictadura» del Partido—y también, por consiguiente, la «dictadura de los jefes»—con la dictadura del proletariado, no tienen razón desde el punto de vista del leninismo, y son políticamente miopes, pues con ello infringen las condiciones para que las relaciones mutuas entre la vanguardia y la clase sean acertadas.

Y no hablemos del hecho de que la fórmula «dictadura del Partido», tomada sin las reservas indicadas más arriba, puede crear toda una serie de peligros y deficiencias políticas en nuestra labor práctica. Esta fórmula, tomada sin reservas, podría indicar:

a) *a las masas sin partido:* ¡no os atreváis a contradecir, no os atreváis a razonar, porque el Partido lo puede todo, ya que estamos bajo la dictadura del Partido!

b) *a los cuadros del Partido:* ¡actuad con mayor osadía, presionad con mayor rigor, no hace falta prestar oído a la voz de las masas sin partido, pues estamos bajo la dictadura del Partido!

c) *a las cumbres del Partido:* ¡podéis permitiros el lujo de cierto engreimiento, y quizás podéis incluso presumir un poquito, puesto que estamos bajo la dictadura del Partido y, «por consiguiente», bajo la dictadura de los jefes!

Es conveniente recordar estos peligros precisamente ahora, en el período de ascenso de la actividad política de las masas, en que la disposición del Partido a prestar oído atentamente a la voz de las masas tiene para nosotros una importancia especial; en que el prestar atención a las exigencias de las masas es el postulado fundamental de nuestro

Partido; en que se exige del Partido una especial prudencia y una flexibilidad especial en su política; en que el peligro de engreimiento es uno de los peligros más serios que amenazan al Partido, en la obra de dirigir acertadamente a las masas.

No se puede por menos de recordar las preciosas palabras pronunciadas por Lenin en el XI Congreso de nuestro Partido:

«Nosotros [los comunistas. *J. St.*], después de todo, en medio de la masa del pueblo, somos como una gota en el mar, y sólo podemos gobernar si sabemos expresar con acierto lo que el pueblo piensa. Sin esto, ni el Partido Comunista conducirá al proletariado ni el proletariado conducirá a las masas, y toda la máquina se desmoronará» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 256, informe sobre la actuación política del C.C. del P.C.(b) de Rusia).

«*Expresar con acierto lo que el pueblo piensa*»; ésta es, precisamente, la condición indispensable que asegura al Partido el honroso papel de fuerza fundamental dirigente en el sistema de la dictadura del proletariado.

VI

LA CUESTION DEL TRIUNFO DEL SOCIALISMO EN UN SOLO PAIS

El folleto «Sobre los fundamentos del leninismo» (primera edición, abril de 1924) contiene dos formulaciones sobre el triunfo del socialismo en un solo país. La primera dice así:

«Antes, considerábase imposible el triunfo de la revolución en un solo país, entendiendo que para alcanzar el triunfo sobre la burguesía era necesaria la acción conjunta de los proletarios de todos los países adelantados o, por lo menos, de la mayoría de ellos. Hoy, este punto de vista ya no corresponde a la realidad. Hoy, es preciso partir de la posibilidad de este triunfo, pues el desarrollo desigual, a saltos, de los distintos países capitalistas, bajo las condiciones del imperialismo, el desarrollo dentro del imperialismo de contradicciones catastróficas que conducen a guerras inevitables, el incremento del movimiento revolucionario en todos los países del mundo, todo ello conduce no sólo a la posibilidad, sino incluso a la necesidad del triunfo del proletariado en distintos países tomados por separado» (Véase: «Sobre los fundamentos del leninismo»).

Esta tesis es completamente acertada y no necesita comentarios. Va dirigida contra la teoría de los socialdemócratas, que consideran como utopía la toma del Poder por el proletariado en un solo país, si no va acompañada al mismo tiempo por la revolución victoriosa en otros países.

Pero en el folleto «Sobre los fundamentos del leninismo» hay también otra formulación que dice (*):

(*) Se alude a la primera edición de esta obra.

«Pero derribar el Poder de la burguesía e instaurar el Poder del proletariado en un solo país, no significa todavía garantizar el triunfo completo del socialismo. Queda por resolver la misión principal del socialismo: la organización de la producción socialista. ¿Se puede cumplir esta misión, se puede lograr el triunfo definitivo del socialismo en un solo país, sin los esfuerzos conjuntos de los proletarios de unos cuantos países adelantados? No, no se puede. Para derribar a la burguesía bastan los esfuerzos de un solo país; como lo indica la historia de nuestra revolución. Para el triunfo definitivo del socialismo, para la organización de la producción socialista, ya no bastan los esfuerzos de un solo país, sobre todo de un país tan campesino como Rusia; para esto hacen falta los esfuerzos de los proletarios de unos cuantos países adelantados» (Véase: «Sobre los fundamentos del leninismo», primera ed. rusa).

Esta segunda formulación iba dirigida contra la afirmación de los críticos del leninismo, contra los trotskistas, que declaraban que la dictadura del proletariado en un solo país, sin el triunfo en otros países, no podía «sostenerse contra la Europa conservadora».

En tanto—pero sólo en tanto—en que esta formulación era entonces (abril de 1924) suficiente, prestó, indudablemente, cierta utilidad.

Pero más tarde, cuando ya se había vencido dentro del Partido la crítica al leninismo en este respecto y se puso a la orden del día una nueva cuestión, la cuestión de la posibilidad de construir la sociedad socialista completa con las fuerzas de nuestro país y sin ayuda exterior, la segunda formulación resultó ser ya manifiestamente insuficiente, y por tanto falsa.

¿En qué consiste el defecto de esta formulación?

Su defecto consiste en que enlaza en una sola dos cuestiones distintas: la cuestión de la *posibilidad* de construir el socialismo con las fuerzas de un solo país, cuestión a la que hay que dar una respuesta afirmativa, y la cuestión de si un país con dictadura del proletariado puede considerarse *completamente garantizado* contra la intervención y, por tanto, contra la restauración del viejo orden, sin una revolución victoriosa en otra serie de países, cuestión a la que hay que dar una respuesta negativa. Esto, sin hablar de que esta formulación pueda dar motivo para creer que es imposible organizar la sociedad socialista con las fuerzas de un solo país, lo cual es, naturalmente, falso.

Basándome en esto, en mi folleto «La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos» (diciembre de 1924), he modificado y corregido esta formulación, dividiendo esta cuestión en dos: en la cuestión de *la garantía completa contra la restauración del orden burgués* y en la cuestión de *la posibilidad de construir la sociedad socialista completa* en un solo país. Se ha conseguido esto, primero, tratando «el triunfo completo del socialismo» como «garantía completa contra la restauración del antiguo orden de cosas», que sólo es factible mediante los «esfuerzos conjuntos de los proletarios de unos cuantos países», y, segundo, proclamando, sobre la base del folleto de Lenin «Sobre la cooperación», la verdad indiscutible de que contamos con todos los ele-

mentos necesarios para la construcción de la sociedad socialista completa (Véase: «La Revolución de Octubre y la táctica de los comunistas rusos») (*).

Esta nueva formulación es la que sirvió de base a la conocida resolución de la XIV Conferencia del Partido «Sobre las tareas de la Internacional Comunista y del P.C.(b) de Rusia», que trata de la cuestión del triunfo del socialismo en un solo país, en relación con la estabilización del capitalismo (abril de 1925) y que considera posible y necesaria la construcción del socialismo con las fuerzas de nuestro país.

Esta formulación ha servido también de base a mi folleto «Sobre el balance de los trabajos de la XIV Conferencia del Partido», publicado inmediatamente después de esta Conferencia, en mayo de 1925.

Respecto al planteamiento de la cuestión del triunfo del socialismo en un solo país, se dice en este folleto:

«Nuestro país representa dos grupos de contradicciones. Un grupo comprende las contradicciones internas existentes entre el proletariado y los campesinos [aquí se alude a la construcción del socialismo en un solo país. *J. St.*]. El otro grupo comprende las contradicciones externas existentes entre nuestro país, como país del socialismo, y todos los demás países, como países capitalistas [aquí se alude al triunfo definitivo del socialismo. *J. St.*].» ...«Quien confunda el primer grupo de contradicciones, que es perfectamente posible vencer con los esfuerzos de un solo país, con el segundo grupo de contradicciones, para vencer las cuales hacen falta los esfuerzos de los proletarios de unos cuantos países, comete el más grave error contra el leninismo, y es, o un confusionista o un oportunista incorregible» (Véase: «Sobre el balance de los trabajos de la XIV Conferencia del Partido»).

Respecto a la cuestión del *triunfo* del socialismo en nuestro país, este folleto dice:

«Podemos construir el socialismo y lo construiremos juntamente con los campesinos, bajo la dirección de la clase obrera...», pues «bajo la dictadura del proletariado se dan en nuestro país... todas las premisas necesarias para construir la sociedad socialista completa, venciendo todas y cada una de las dificultades internas, pues podemos y debemos vencerlas con nuestras propias fuerzas» (Lugar citado).

Respecto a la cuestión del triunfo *definitivo* del socialismo, se dice:

«El triunfo definitivo del socialismo es la garantía completa contra las tentativas de intervención, y por tanto de restauración también, pues una tentativa de restauración, por poco importante que sea, sólo puede tener lugar con un considerable apoyo del exterior, con el apoyo del capital internacional. Por eso, el apoyo prestado a nuestra revolución por los obreros de todos los países, y con mucha mayor razón el triunfo de estos obreros, aunque sólo sea en unos cuantos países, es condición indispensable para garantizar plenamente al primer país victorioso contra las tentativas de intervención y de restauración, condición indispensable para el triunfo definitivo del socialismo» (Lugar citado).

Me parece que está claro.

Es sabido que en igual sentido se interpreta este problema en mi

(*) Esta nueva formulación vino luego a reemplazar a la vieja en las ediciones posteriores de «Sobre los fundamentos del leninismo».

folleto «Preguntas y respuestas» (junio de 1925) y en el informe político del C.C. ante el XIV Congreso del P. C.(b) de la U.R.S.S. (diciembre de 1925).

Tales son los hechos.

Creo que estos hechos los conoce todo el mundo, sin excluir a Zinóviev.

Si hoy, casi a los dos años de la lucha ideológica librada en el seno del Partido, y después de la resolución adoptada en la XIV Conferencia del Partido (abril de 1925), Zinóviev, en su discurso-resumen, pronunciado en el XIV Congreso del Partido (diciembre de 1925), cree posible sacar a relucir la vieja fórmula, completamente insuficiente, del folleto de Stalin, escrito en abril de 1924, como base para resolver el problema ya resuelto del triunfo del socialismo en un solo país, esta manera peculiar de Zinóviev sólo atestigua que se ha embrollado definitivamente en esta cuestión. Tirar del Partido hacia atrás, después de que ya éste se había adelantado; esquivar la resolución de la XIV Conferencia del Partido, después de haber sido confirmada por el Pleno del C. C., significa atascarse irremisiblemente en contradicciones, no tener fe en la obra de la construcción del socialismo, desviarse del camino de Lenin y suscribir su propia derrota.

¿Qué significa la *posibilidad* del triunfo del socialismo en un solo país?

Significa la posibilidad de resolver las contradicciones entre el proletariado y los campesinos con las fuerzas interiores de nuestro país, la posibilidad de que el proletariado tome el Poder y lo utilice para edificar la sociedad socialista completa en nuestro país, contando con la simpatía y el apoyo de los proletarios de los demás países, pero sin que previamente triunfe en estos países la revolución proletaria.

Sin esta posibilidad, la construcción del socialismo es una construcción sin perspectivas, una construcción sin la seguridad de llevar a cabo la construcción del socialismo. No se puede construir el socialismo sin tener la seguridad de poder llevar a cabo su construcción, sin tener la seguridad de que el atraso técnico de nuestro país no es un obstáculo *insuperable* para la construcción de la sociedad socialista completa. Negar esta posibilidad es no tener fe en la causa de la construcción del socialismo, es apartarse del leninismo.

¿Qué significa la *imposibilidad* del triunfo completo, definitivo del socialismo en un solo país sin el triunfo de la revolución en otros países?

Significa la imposibilidad de tener una garantía completa contra la intervención, y por consiguiente, contra la restauración del orden burgués, si no triunfa la revolución, por lo menos en una serie de países. Negar esta tesis indiscutible es apartarse del internacionalismo, es apartarse del leninismo.

«No vivimos solamente—dice Lenin—dentro de un Estado, sino dentro de un *sistema de Estados*, y la existencia de la República Soviética junto a los Estados

imperialistas durante un período de tiempo prolongado es inconcebible. En fin de cuentas, acabará triunfando o lo uno o lo otro. Pero, mientras este fin llega, es inevitable una serie de los más terribles choques entre la República Soviética y los Estados burgueses. Esto significa que si la clase dominante, el proletariado, quiere dominar y ha de dominar, tiene que demostrarlo también por medio de su organización militar» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 122, informe del C.C. al VIII Congreso del P.C.(b) de Rusia).

«Estamos—dice Lenin en otro lugar—ante un equilibro sumamente inestable, pero que es, con todo, un cierto equilibrio indudable, indiscutible. ¿Durará mucho tiempo? Lo ignoro, y no creo que pueda saberse. Por eso se requiere de nuestra parte la mayor prudencia. Y el primer postulado de nuestra política, la primera enseñanza que se deriva de nuestra actuación gubernamental durante este año, enseñanza que todos los obreros y campesinos deben asimilar, es la de estar en guardia, la de recordar que estamos rodeados por hombres, por clases, por gobiernos que manifiestan abiertamente el odio más grande contra nosotros. Hay que recordar que estamos siempre a un paso de una intervención» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 117, discurso pronunciado en el IX Congreso del P.C.(b) de Rusia «Sobre la política interior y exterior de la República»).

Me parece que está claro.

¿Cómo presenta Zinóviev la cuestión del triunfo del socialismo en un solo país?

Escuchad:

«Por triunfo definitivo del socialismo se debe entender, por lo menos: 1) la supresión de las clases y, por tanto, 2) la supresión de la dictadura de una sola clase, en este caso, de la dictadura del proletariado»... «Para percatarse con mayor exactitud—dice más adelante Zinóviev—de cómo se plantea este problema en nuestro país, en la U.R.S.S., en 1925, hay que distinguir dos cosas: 1) la *posibilidad* garantizada de construir el socialismo, y esta posibilidad de construir el socialismo puede concebirse también plenamente, se sobreentiende, dentro del marco de un solo país, y 2) la construcción definitiva y la consolidación del socialismo, es decir, la implantación del régimen socialista, de la sociedad socialista».

¿Qué puede significar todo esto?

Que Zinóviev no entiende por triunfo definitivo del socialismo en un solo país la garantía contra la intervención y la restauración, sino la posibilidad de construir la sociedad socialista. Y por triunfo del socialismo en un solo país Zinóviev entiende una construcción del socialismo que no pueda ni deba conducir a la construcción definitiva del socialismo. Una construcción al azar, sin perspectivas, una construcción del socialismo emprendida con la imposibilidad de construir la sociedad socialista completa: tal es la posición de Zinóviev.

Construir el socialismo *sin la posibilidad* de llevar a cabo su construcción, construir *a sabiendas de que la construcción no se llevará a cabo:* he aquí a qué incongruencias llega Zinóviev.

¡Pero esto es burlarse del problema, y no resolverlo!

He aquí otro pasaje tomado del discurso-resumen de Zinóviev en el XIV Congreso del Partido:

«Ved, por ejemplo, a dónde se ha dejado ir el camarada Yákovlev en la última conferencia del Partido en la región de Kursk. «¿Acaso—pregunta este

camarada—podemos construir en un solo país cercado de enemigos capitalistas por todas partes, acaso podemos, en estas condiciones, llevar a cabo la construcción del socialismo en un solo país?» Y contesta: «Basándonos en todo lo expuesto, tenemos derecho a decir que no sólo construímos el socialismo, sino que, a pesar de ser por el momento los únicos, a pesar de ser el único país soviético, el único Estado soviético del mundo, lo construiremos completamente» («Pravda de Kursk», núm. 279, 8 de diciembre de 1925). ¿Acaso es ésta *una manera leninista de plantear el problema, acaso no huele esto un poco a estrechez nacional?*» (*)

Por tanto, según Zinóviev, resulta que el reconocer la posibilidad de llevar a cabo la construcción del socialismo en un solo país significa adoptar una posición de estrechez nacional, y el negar esta posibilidad significa adoptar la posición del internacionalismo.

Pero, de ser esto cierto, ¿acaso valdría la pena, en absoluto, de luchar por el triunfo sobre los elementos capitalistas de nuestra economía? ¿No se desprende de aquí la imposibilidad de este triunfo?

A una capitulación ante los elementos capitalistas de nuestra economía: he aquí a lo que conduce la lógica interna de la argumentación de Zinóviev.

¡Y Zinóviev nos brinda este absurdo, que no tiene nada que ver con el leninismo, como «internacionalismo», como «leninismo cien por cien»!

Yo afirmo que, en la importantísima cuestión de la construcción del socialismo, Zinóviev se aparta del leninismo, rodando hacia el punto de vista del menchevique Sujánov.

Volvamos la vista a Lenin. He aquí lo que ya antes de la Revolución de Octubre, en el mes de agosto de 1915, dice Lenin acerca del triunfo del socialismo en un solo país:

«La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. De donde se deduce que es posible que el socialismo empiece triunfando solamente en algunos países capitalistas, o incluso en un solo país aisladamente. El proletariado triunfante de este país, después de expropiar a los capitalistas y *de organizar la producción socialista dentro de sus fronteras* (*), se enfrentará *contra* el resto del mundo, contra el mundo capitalista, atrayendo a su lado a las clases oprimidas de los demás países, organizando en ellos la insurrección contra los capitalistas, empleando, en caso necesario, incluso la fuerza de las armas, contra las clases explotadoras y sus Estados» (*Lenin*, t. XVIII, págs. 232-233, «La consigna de los Estados Unidos de Europa»).

¿Qué significa la frase de Lenin que subrayamos: «después de organizar la producción socialista dentro de sus fronteras»? Significa que el proletariado del país victorioso *puede* y *debe* organizar en su país, después de la toma del Poder, la producción socialista. ¿Y qué significa «organizar la producción socialista»? Significa llevar a cabo la construcción de la sociedad socialista. No hace falta demostrar que esta tesis de Lenin, clara y terminante, no necesita más comentarios. De otro

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

modo, serían incomprensibles los llamamientos de Lenin para que el proletariado tomase el Poder en octubre de 1917.

Veis, pues, que esta tesis tan clara de Lenin se distingue como el cielo de la tierra de la «tesis» confusa y antileninista de Zinóviev, de que se puede construir el socialismo «dentro del marco de un solo país» *sin la posibilidad* de construirlo.

Esto lo dijo Lenin en 1915, antes de la toma del Poder por el proletariado. Pero ¿se modificaron tal vez sus concepciones después de la experiencia de la toma del Poder, después de 1917? Consultemos el folleto de Lenin «Sobre la cooperación», escrito en 1923:

«En efecto—dice Lenin—, todos los grandes medios de producción en poder del Estado y el Poder estatal en manos del proletariado; la alianza de este proletariado con los muchos millones de pequeños y muy pequeños campesinos; la garantía de que el proletariado dirija a los campesinos, etc., ¿acaso no es esto todo lo necesario para que con la cooperación, y nada más que con la cooperación, a la que antes motejábamos de mercantilista y que, ahora, bajo la Nep, merece también en cierto modo el mismo trato; *acaso no es esto todo lo necesario para construir la sociedad socialista completa?* (*) No es aún la construcción de la sociedad socialista, pero sí es *todo lo necesario y lo suficiente para esta construcción*» (*) (*Lenin* t. XXVII, pág. 392).

Dicho en otros términos: podemos y debemos construir definitivamente la sociedad socialista completa, pues disponemos de todo lo necesario y lo suficiente para esta construcción.

Parece que es difícil expresarse con mayor claridad.

Comparad esta tesis clásica de Lenin con la réplica antileninista de Zinóviev a Yákovlev, y comprenderéis que Yákovlev no hace sino repetir las palabras de Lenin sobre la posibilidad de construir el socialismo en un solo país, mientras que Zinóviev, al manifestarse en contra de esta tesis, al fustigar a Yákovlev, se aparta de Lenin, adoptando el punto de vista del menchevique Sujánov, el punto de vista de la imposibilidad de construir el socialismo en nuestro país, en razón a su atraso técnico.

Entonces, ¿para qué tomamos el Poder en octubre de 1917, si no nos proponíamos llevar a cabo la construcción del socialismo?

No se debió tomar el Poder en octubre de 1917: he aquí la conclusión a que conduce la lógica interna de la argumentación de Zinóviev.

Afirmo también que, en la importantísima cuestión del triunfo del socialismo, Zinóviev va en *contra* de determinados acuerdos de nuestro Partido, que se establecen en la conocida resolución de la XIV Conferencia del Partido «Sobre las tareas de la Internacional Comunista y del P.C.(b) de Rusia, en relación con el Pleno Ampliado del C.E. de la Internacional Comunista».

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

Veamos esta resolución. He aquí lo que dice, acerca del triunfo del socialismo en un solo país:

«La existencia de dos sistemas sociales diametralmente opuestos provoca la amenaza constante de un bloqueo capitalista, de otras formas de presión económica, de intervención armada, de restauración. La única garantía para el *triunfo definitivo del socialismo*, es decir, *la garantía contra la restauración* (*) es, por tanto, el triunfo de la revolución socialista en una serie de países. . .» «El leninismo enseña que el triunfo *definitivo* del socialismo, *en el sentido de garantía completa contra la restauración* (*) del orden burgués, sólo es posible en un plano internacional. . .» «De aquí *no se desprende* (*) en modo alguno que sea imposible la construcción de la *sociedad socialista completa* (*) en un país tan atrasado como Rusia sin la «ayuda estatal» (Trotski) de los países más desarrollados en el aspecto técnico y económico» (Véase la citada resolución).

Veis, pues, que esta resolución trata del triunfo definitivo del socialismo como de una garantía contra la intervención y la restauración, *completamente al contrario* de como lo trata Zinóviev en su libro «El leninismo».

Veis, pues, que esta resolución reconoce la posibilidad de la construcción de la sociedad socialista completa en un país tan atrasado como Rusia sin la «ayuda estatal» de los países más desarrollados en el aspecto técnico y económico, *completamente al contrario* de la afirmación hecha por Zinóviev, en su réplica a Yákovlev, en su discurso de resumen pronunciado en el XIV Congreso del Partido.

¿Cómo calificar esto sino de lucha de Zinóviev *contra* la resolución de la XIV Conferencia del Partido?

Naturalmente, a veces las resoluciones del Partido no son impecables. Puede ocurrir que las resoluciones del Partido contengan errores. Hablando en términos generales, puede darse por supuesto que la resolución de la XIV Conferencia del Partido contiene también ciertos errores. Es posible que Zinóviev considere que esta resolución es equivocada. Pero, en este caso, hay que decirlo clara y abiertamente, como corresponde a un bolchevique. Sin embargo, Zinóviev no lo hace, por algún motivo. Prefiere seguir otro camino, el camino de atacar por la espalda la resolución de la XIV Conferencia del Partido, silenciando esta resolución y no criticándola de un modo más o menos abierto. Zinóviev cree, por lo visto, que este camino conduce mejor a su objetivo. Y su objetivo no es más que uno: «mejorar» la resolución y corregir «un poquito» a Lenin. ¿Hace falta acaso demostrar que Zinóviev se equivoca en sus cálculos?

¿De dónde proviene el error de Zinóviev? ¿Dónde reside la raíz de su error?

La raíz de este error reside, a mi juicio, en la seguridad de Zinóviev de que el atraso técnico de nuestro país es un obstáculo *insupe-*

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

rable para la construcción de la sociedad socialista completa, de que el proletariado no puede construir el socialismo debido al atraso técnico de nuestro país. Zinóviev y Kámenev habían intentado una vez exponer este argumento en una de las sesiones del C.C. del Partido, en vísperas de la Conferencia celebrada por el Partido en abril. Pero se les dió la oportuna réplica y se vieron obligados a retroceder, sometiéndose *formalmente* al punto de vista opuesto, al punto de vista de la mayoría del C.C. Pero, sometiéndose formalmente, Zinóviev ha proseguido durante todo el tiempo su lucha contra el punto de vista de la mayoría. He aquí lo que dice a propósito de este «incidente», producido en el C.C. del P.C.(b) de la U.R.S.S., el Comité de Moscú de nuestro Partido, en su «Respuesta» a la carta de la Conferencia del Partido de la región de Leningrado:

«No hace mucho tiempo, Zinóviev y Kámenev mantuvieron en el Buró Político el punto de vista de que no podremos, según ellos, vencer las dificultades interiores, en razón de nuestro atraso técnico y económico, si no viene a salvarnos la revolución internacional. Pero nosotros, con la mayoría del C.C., entendemos que podemos construir el socialismo, que lo estamos construyendo y que llevaremos a cabo su construcción, pese a nuestro atraso técnico y a despecho de él. Entendemos que esta construcción irá, naturalmente, mucho más despacio de lo que iría bajo las condiciones de un triunfo mundial, pero que no obstante, avanzamos y seguiremos avanzando. Entendemos asimismo que el punto de vista de Kámenev y Zinóviev expresa la falta de fe en las fuerzas internas de nuestra clase obrera y de las masas campesinas, que la siguen. Creemos que ese punto de vista significa desviarse de las posiciones leninistas» (Véase la «Respuesta» citada).

Este documento apareció en la prensa durante las primeras sesiones del XIV Congreso del Partido. Zinóviev tuvo, naturalmente, posibilidad de manifestarse en contra de este documento ya en el mismo Congreso. Es característico que Zinóviev y Kámenev no encontrasen argumentos en contra de esta grave acusación de que les hacía objeto el Comité de Moscú de nuestro Partido. ¿Es esto casual? Yo creo que no es casual. Por lo visto, la acusación daba en el blanco. Zinóviev y Kámenev dieron la callada por «respuesta» a esta acusación, porque no tenían con qué «contestar».

La nueva oposición se siente ofendida por el hecho de que se acuse a Zinóviev de falta de fe en el triunfo de la construcción socialista en nuestro país. Pero si Zinóviev, después de un año entero de discutir la cuestión del triunfo del socialismo en un solo país; después de haberse rechazado por el Buró Político del C.C. (abril de 1925) el punto de vista de Zinóviev; después de haberse formado por el Partido una opinión determinada a este respecto, opinión que se formula en la conocida resolución de la XIV Conferencia del Partido (abril de 1925); si, después de todo esto, Zinóviev se decide a manifestarse en su libro «El leninismo» (septiembre de 1925) en contra del punto de vista del Partido; si, después de esto, sigue repitiendo estas manifestaciones

en el XIV Congreso, ¿cómo explicarse todo esto, esta obstinación, esta contumacia en defender su error, no siendo porque Zinóviev está contaminado, incurablemente contaminado, de la falta de fe en el triunfo de la construcción socialista en nuestro país?

A Zinóviev le place considerar esta falta de fe suya como internacionalismo. Pero ¿desde cuándo es uso entre nosotros considerar como internacionalismo el desviarse del leninismo en la cuestión cardinal del leninismo?

¿No sería más exacto decir que quien peca aquí contra el internacionalismo y la revolución internacional, no es el Partido, sino Zinóviev? ¿Pues qué es lo que representa nuestro país, el país del «socialismo en construcción», sino la base de la revolución mundial? Pero ¿puede acaso nuestro país ser la verdadera base de la revolución mundial, si no es capaz de llevar a cabo la construcción de la sociedad socialista? ¿Acaso puede nuestro país seguir siendo el más grandioso centro de atracción para los obreros de todos los países, como lo es indudablemente en la actualidad, si no es capaz de conseguir dentro de sus fronteras el triunfo sobre los elementos capitalistas de nuestra economía, el triunfo de la construcción socialista? Yo entiendo que no. ¿Y acaso no se desprende de esto que la falta de fe en el triunfo de la construcción socialista, que el predicar esta falta de fe conduce a privar de prestigio a nuestro país como base de la revolución mundial, y que el desprestigiar así a nuestro país conduce, a su vez, a debilitar el movimiento revolucionario mundial? ¿Cuáles eran los medios de que se valían los señores socialdemócratas para ahuyentar de nuestro lado a los obreros? Ellos predicaban que «los rusos no sacarían nada en limpio». ¿Con qué combatimos nosotros ahora a los socialdemócratas, atrayendo a toda una serie de delegaciones obreras y reforzando con ello las posiciones del comunismo en el mundo entero? Con nuestros éxitos en la construcción del socialismo. ¿Y acaso no está claro, después de esto, que quien predica la falta de fe en nuestros éxitos en la construcción del socialismo, ayuda indirectamente a los socialdemócratas, debilita la amplitud del movimiento revolucionario internacional, se aparta inevitablemente del internacionalismo?...

Como veis, el «internacionalismo» de Zinóviev no queda menos malparado que su «leninismo cien por cien» en lo referente a la cuestión de la construcción del socialismo en un solo país.

Por esto, el XIV Congreso del Partido ha procedido acertadamente al definir las concepciones de la nueva oposición como «falta de fe en la construcción del socialismo» y como «tergiversación del leninismo».

VII

LA LUCHA POR EL TRIUNFO DE LA CONSTRUCCION SOCIALISTA

Entiendo que la falta de fe en el triunfo de la construcción socialista es el error fundamental de la nueva oposición. Este error es, a mi juicio, el fundamental, porque de él se derivan todos los demás errores de la nueva oposición. Los errores de la nueva oposición en las cuestiones de la Nep, del capitalismo de Estado, del carácter de nuestra industria socialista, del papel de las cooperativas bajo la dictadura del proletariado, de los métodos de lucha contra los kulaks, del papel y de la importancia relativa de los campesinos medios; todos estos errores se derivan del error fundamental de la oposición, de su falta de fe en la posibilidad de llevar a cabo la construcción de la sociedad socialista con las fuerzas de nuestro país.

¿Qué representa la falta de fe en el triunfo de la construcción del socialismo en nuestro país?

Representa, ante todo, la falta de seguridad de que las grandes masas campesinas, debido a determinadas condiciones de desarrollo de nuestro país, *puedan incorporarse* a la obra de la construcción socialista.

Representa, en segundo lugar, la falta de seguridad de que el proletariado de nuestro país, que dispone de los puestos de mando de la economía nacional, *sea capaz* de arrastrar a las grandes masas campesinas a la obra de la construcción socialista.

De estas tesis parte tácitamente la oposición, en sus argumentos sobre la trayectoria de nuestro desarrollo, dando lo mismo que lo haga consciente o inconscientemente.

¿Se puede incorporar a la gran masa campesina soviética a la obra de la construcción socialista?

En el folleto «Sobre los fundamentos del leninismo» hay a este respecto dos tesis fundamentales:

1) «No hay que confundir a los campesinos de la Unión Soviética con los campesinos de Occidente. Un campesino que ha pasado por la escuela de tres revoluciones, que ha luchado del brazo del proletariado y bajo su dirección contra el zar y el Poder burgués, un campesino que ha recibido de manos de la revolución proletaria la tierra y la paz y que, gracias a esto, se ha convertido en la reserva del proletariado; este campesino no puede por menos de diferenciarse del campesino que ha luchado en la revolución burguesa bajo la dirección de la burguesía liberal, que ha recibido la tierra de manos de esta burguesía y que se ha convertido, gracias a esto, en reserva de la burguesía. No hace falta demostrar que el campesino soviético, acostumbrado a apreciar la amistad política y la colaboración *política* con el proletariado y que debe su libertad a esta amistad y a esta colaboración, no puede por menos de ser un elemento extraordinariamente apto para la colaboración *económica* con el proletariado».

2) «No hay que confundir la economía rural de Rusia con la de Occidente. En Occidente, la economía rural se desarrolla en la línea habitual del capitalismo,

bajo las condiciones de una profunda diferenciación entre los campesinos, con grandes fincas y latifundios capitalistas de propiedad privada en uno de los polos, y, en el otro, pauperismo, miseria y esclavitud asalariada. Allí son completamente naturales, a consecuencia de ello, la disgregación y la descomposición. No sucede así en Rusia. En nuestro país, la economía rural no puede desarrollarse siguiendo la misma senda, ya que la existencia del Poder Soviético y la nacionalización de los instrumentos y medios fundamentales de producción no permiten un desarrollo semejante. En Rusia, el desarrollo de la economía rural tiene que seguir otro camino, el camino de la cooperación de millones de campesinos pequeños y medios, el camino del desarrollo de una cooperación rural en masa, fomentada por el Estado bajo la forma de facilidades de crédito. Lenin indicaba con razón, en sus artículos sobre la cooperación, que el desarrollo de la economía rural de nuestro país debía seguir un camino nuevo, el camino de incorporar a la mayoría de los campesinos a la edificación socialista a través de la cooperación, el camino de hacer penetrar gradualmente en la economía rural el principio del colectivismo, primero en cuanto a la venta de los productos agrícolas y después en cuanto a la producción»... «No hace falta demostrar que la inmensa mayoría de los campesinos seguirán de buen grado este nuevo camino, rechazando la senda de los latifundios capitalistas de propiedad privada y de la esclavitud asalariada, el camino de la miseria y de la ruina».

¿Son exactas estas tesis?

Entiendo que estas dos tesis son exactas e irrefutables para todo nuestro período de construcción, bajo las condiciones de la Nep.

No son sino la expresión de las conocidas tesis de Lenin sobre la alianza del proletariado con los campesinos, sobre la incorporación de las explotaciones campesinas al sistema del desarrollo socialista del país, sobre la necesidad de que el proletariado marche hacia el socialismo junto con las grandes masas campesinas, de que la incorporación de las masas de millones y millones de campesinos a la cooperación es el principal camino de la construcción socialista en el campo; de que con el crecimiento de nuestra industria socialista, «para nosotros el simple desarrollo de las cooperativas está identificado con el crecimiento del socialismo» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 396, «Sobre la cooperación»).

En efecto, ¿cuál es la senda que puede y debe seguir en nuestro país el desarrollo de la economía campesina?

La economía campesina no es una economía de tipo capitalista. La economía campesina, si nos fijamos en la aplastante mayoría de economías campesinas, es una pequeña economía que produce para el mercado. ¿Y qué es la pequeña economía campesina que produce para el mercado? Es una economía que oscila entre el capitalismo y el socialismo. Esta economía puede evolucionar tanto hacia el capitalismo, que es lo que ocurre actualmente en los países capitalistas, como hacia el socialismo, que es lo que debe ocurrir entre nosotros, en nuestro país, bajo la dictadura del proletariado.

¿De dónde proviene esta inestabilidad y esta falta de independencia de la economía campesina? ¿Cómo explicarla?

Se explica por la dispersión de las economías campesinas, por su falta de organización, por su dependencia de la ciudad, de la industria,

del sistema de créditos, del carácter del Poder imperante en el país; finalmente, por el principio de todos conocido de que el campo marcha y tiene necesariamente que marchar, tanto en el sentido material como en el sentido cultural, tras la ciudad.

La trayectoria capitalista del desarrollo de la economía campesina es una trayectoria que pasa a través de la más profunda diferenciación entre los campesinos, creando en un polo grandes latifundios y en otro polo depauperación en masa. Esta trayectoria es inevitable en los países capitalistas, porque el campo, la economía campesina, depende de la ciudad, de la industria, del crédito concentrado en la ciudad, del carácter del Poder, y en la ciudad reina la burguesía, la industria capitalista, el sistema capitalista de crédito, el poder del Estado capitalista.

¿Es acaso forzoso que las economías campesinas sigan esta trayectoria en nuestro país, donde la ciudad presenta una fisonomía completamente distinta, donde la industria está en manos del proletariado, donde el transporte, el sistema de créditos, el poder del Estado, etc., están concentrados en manos del proletariado, donde la nacionalización de la tierra es ley que rige para todo el país? ¡Naturalmente que no es forzoso! Por el contrario, precisamente porque la ciudad dirige al campo, y en la ciudad de nuestro país impera el proletariado, en cuyas manos están todos los puestos de mando de la economía nacional; precisamente por esto, las economías campesinas tienen que seguir en su desarrollo otra senda, la senda de la construcción socialista.

¿Qué senda es ésta?

Es la senda de la incorporación en masa de los millones de economías campesinas a todas las formas de cooperación, es la senda de la unificación de las economías campesinas dispersas en torno a la industria socialista; es la senda de la implantación de los principios del colectivismo entre los campesinos, primero en cuanto a la *venta* de los productos agrícolas y del *abastecimiento* de las economías campesinas con artículos de la ciudad y luego en lo que se refiere a la *producción* agropecuaria.

Y cuanto más allá se vaya, más inevitable se hará esta senda bajo las condiciones de la dictadura del proletariado, pues la incorporación al régimen cooperativo en el terreno de la venta, en el abastecimiento, y por último, la incorporación al régimen cooperativo en el terreno del crédito y de la producción (asociaciones agrícolas), es la única senda para la elevación del bienestar del campo, el único medio para salvar a las grandes masas campesinas de la miseria y de la ruina.

Se dice que los campesinos de nuestro país son, por su situación, reacios al socialismo y que, debido a esto, son incapaces de desarrollarse en un sentido socialista. Es, naturalmente, exacto que los campesinos, por su situación, son reacios al socialismo. Pero esto no es un argumento en contra del desarrollo de las economías campesinas por la senda del socialismo, una vez sentado que el campo sigue a la ciudad y que en la

ciudad domina la industria socialista. Durante la Revolución de Octubre, los campesinos tampoco eran socialistas por su situación y no querían, en modo alguno, implantar el socialismo en nuestro país. Trataban de conseguir, principalmente, acabar con el poder de los terratenientes y poner fin a la guerra, establecer la paz. Y, sin embargo, en aquel momento siguieron al proletariado socialista. ¿Por qué? Porque el derrocamiento de la burguesía y la toma del Poder por el proletariado socialista era entonces el único camino para salir de la guerra imperialista, el único camino para establecer la paz. Porque en aquella hora no había, no podía haber otros caminos. Porque nuestro Partido logró entonces sondear, encontrar el grado de unificación y subordinación de los intereses específicos de los campesinos (el derrocamiento de los terratenientes, la paz) a los intereses generales del país (dictadura del proletariado), que resultó aceptable y ventajoso para los campesinos. Y, pese a su carácter reacio al socialismo, los campesinos siguieron entonces al proletariado socialista.

Lo mismo hay que decir acerca de la construcción socialista en nuestro país y de la incorporación de los campesinos a los cauces de esta construcción. Los campesinos son reacios al socialismo por su situación. Pero tienen que adoptar, y forzosamente adoptarán, la trayectoria socialista, pues fuera de la alianza con el proletariado, fuera de la alianza con la industria socialista, fuera de la incorporación de las economías campesinas al cauce general del desarrollo socialista mediante la incorporación en masa de los campesinos al régimen cooperativo, no hay ni puede haber otros caminos para salvar al campesino de la miseria y de la ruina.

¿Por qué precisamente mediante la incorporación en masa de los campesinos al régimen cooperativo?

Porque en la incorporación en masa al régimen cooperativo «hemos encontrado el grado de unificación del interés privado, del interés comercial privado, de la contrastación y del control de este interés por el Estado, el grado de su subordinación a los intereses generales» *(Lenin)*, aceptable y ventajoso para los campesinos y que asegura al proletariado la posibilidad de incorporar a la gran masa campesina a la obra de la construcción socialista. Precisamente porque los campesinos encuentran ventajas en organizar la venta de sus mercancías y el abastecimiento de sus explotaciones con máquinas, mediante el sistema de la cooperación, precisamente por ello los campesinos tienen que seguir y seguirán el camino de la incorporación en masa al régimen cooperativo.

¿Y qué significa la incorporación en masa de las economías campesinas al régimen cooperativo, allí donde la industria socialista ocupa la posición dominante?

Significa *apartar* a las pequeñas economías campesinas, que producen para el mercado, del viejo camino capitalista, que trae consigo la

ruina para los campesinos en masa, y el *paso* a una nueva trayectoria, a la trayectoria de la construcción socialista.

He aquí por qué la lucha por la nueva trayectoria de desarrollo de la economía campesina, la lucha por la incorporación de la gran masa de los campesinos a la obra de la construcción del socialismo es una tarea inmediata de nuestro Partido.

El XIV Congreso del P.C.(b) de la U.R.S.S. ha procedido, por tanto, acertadamente, al decir que:

«La senda fundamental de la construcción del socialismo en el campo, dada la creciente dirección económica por parte de la industria estatal socialista, de las instituciones estatales de crédito y de otros puestos de mando, concentrados en manos del proletariado, consiste en incorporar la masa campesina fundamental a la organización cooperativa y asegurar el desarrollo socialista de esta organización, utilizando, venciendo y eliminando a sus elementos capitalistas» (Véase la resolución del Congreso sobre el informe del C.C.).

El error más profundo de la nueva oposición consiste en no tener fe en esta nueva trayectoria de desarrollo de los campesinos, en no ver o no comprender todo lo que hay de inevitable en esta trayectoria bajo las condiciones de la dictadura del proletariado. No lo comprende, porque no tiene fe en el triunfo de la construcción socialista en nuestro país, porque no tiene fe en la capacidad de nuestro proletariado para conducir con él a los campesinos por la senda del socialismo.

De aquí su incomprensión del doble carácter de la Nep, su exageración de los lados negativos de la Nep y su manera de concebir la Nep, principalmente, como un retroceso.

De aquí la exageración del papel de los elementos capitalistas de nuestra economía y el rebajamiento del papel de las palancas de nuestro desarrollo socialista (la industria socialista, el sistema de crédito, la cooperación, el Poder del proletariado, etc.).

De aquí la incompresión del carácter socialista de nuestra industria de Estado y las dudas en cuanto al acierto del plan cooperativo de Lenin.

De aquí la exageración de la diferenciación existente en el campo, el pánico ante el kulak, el rebajamiento del papel de los campesinos medios, las tentativas de frustrar la política del Partido encaminada a asegurar una alianza sólida con el campesino medio, y, en general, las oscilaciones ante la cuestión de la política del Partido en el campo.

De aquí la incompresión de la enorme labor realizada por el Partido para incorporar a las masas de millones y millones de obreros y de campesinos a la construcción de la industria y de la agricultura, a la obra de reanimar las cooperativas y los Soviets, a la administración del país, a la lucha contra el burocratismo, a la lucha por el mejoramiento y la transformación de nuestro aparato estatal, lucha que marca una nueva fase de desarrollo y sin la que no es concebible ninguna construcción socialista.

De aquí el estado de desesperación y la desorientación frente a las dificultades de nuestra construcción, las dudas respecto a la posibilidad de la industrialización de nuestro país, su charlatanería pesimista sobre la degeneración del Partido, etc.

Allí, en el campo burgués, todo marcha más o menos bien; en cambio en nuestro campo, en el campo proletario, todo marcha más o menos mal; si la revolución de los países occidentales no llega a tiempo, nuestra causa está perdida: he ahí el tono general de la nueva oposición, tono que es, a mi juicio, liquidacionista, pero que la oposición quiere hacer pasar por alguna razón (probablemente para divertir a la gente) por «internacionalismo».

La Nep es el capitalismo, dice la oposición. La Nep es, principalmente, un retroceso, dice Zinóviev. Todo eso es, naturalmente, falso. En realidad, la Nep es la política del Partido, política que admite la lucha entre los elementos socialistas y capitalistas y que se propone el triunfo de los elementos socialistas sobre los elementos capitalistas. En realidad, sólo el comienzo de la Nep fué un repliegue, pero lo que se perseguía era efectuar, en el curso del repliegue, un reagrupamiento de fuerzas e iniciar una ofensiva. En realidad, llevamos ya unos cuantos años luchando a la ofensiva, y luchando con éxito, desarrollando nuestra industria, desarrollando el comercio soviético, desalojando de sus posiciones al capital privado.

Pero ¿cuál es el sentido de la tesis de que la Nep es el capitalismo, de que la Nep es, principalmente, un retroceso? ¿De qué parte esta tesis?

Parte del falso supuesto de que en nuestro país se está llevando a cabo actualmente la simple restauración del capitalismo, el simple «retorno» al capitalismo. Sólo partiendo de este supuesto pueden explicarse las dudas de la oposición respecto al carácter socialista de nuestra industria. Sólo este supuesto puede explicar el pánico de la oposición ante el kulak. Sólo este supuesto puede explicar la prisa con que la oposición se ha agarrado a las cifras falsas sobre la diferenciación entre los campesinos. Sólo este supuesto puede explicar el olvido especial, en que incurre la oposición, de que el campesino medio es en nuestro país la figura central de la agricultura. Sólo este supuesto puede explicar el menosprecio de la importancia del campesino medio y las dudas respecto al plan cooperativo de Lenin. Sólo este supuesto puede «motivar» la falta de fe de la nueva oposición en la nueva trayectoria de desarrollo del campo, en la trayectoria de la incorporación del campo a la construcción del socialismo.

En realidad, en nuestro país se está produciendo actualmente, no un proceso unilateral de restauración del capitalismo, sino un proceso bilateral de desarrollo del capitalismo y de desarrollo del socialismo, un proceso contradictorio de lucha de los elementos socialistas contra los elementos capitalistas, un proceso de superacion de los elementos capi-

talistas por los elementos socialistas. Esto es tan indiscutible respecto a la ciudad, donde la base del socialismo es la industria del Estado, como respecto al campo, donde el asidero fundamental para el desarrollo socialista es la cooperación en masa, cooperación que se enlaza con la industria socialista.

La simple restauración del capitalismo es imposible, por el mero hecho de que en nuestro país el Poder es proletario, la gran industria está en manos del proletariado, el transporte y el crédito se hallan a disposición del Estado proletario.

La diferenciación no puede revestir las proporciones anteriores, la gran masa campesina sigue siendo el campesino medio, y el kulak no puede recobrar su fuerza anterior, por el mero hecho de que la tierra, en nuestro país, está nacionalizada, ha dejado de ser mercancía y nuestra política comercial, de crédito, de impuestos y cooperativista está orientada en el sentido de restringir las tendencias explotadoras de los kulaks, elevar el bienestar de las grandes masas campesinas y nivelar los extremos en el campo. Prescindo del hecho de que la lucha contra los kulaks se desarrolla actualmente en nuestro país no sólo en la vieja línea, en la línea de la organización de los campesinos pobres contra los kulaks, sino también en la nueva línea, en la línea de la consolidación de la alianza del proletariado y de los campesinos pobres con las masas de campesinos medios contra los kulaks. El hecho de que la oposición no comprenda el sentido y el alcance de la lucha contra los kulaks en esta segunda línea, confirma una vez más que la oposición se desvía hacia la vieja trayectoria de desarrollo del campo, hacia la trayectoria de desarrollo capitalista, en la que el kulak y los campesinos pobres constituían las fuerzas fundamentales del campo, mientras que los campesinos medios «se esfumaban».

El régimen cooperativo es una modalidad del capitalismo de Estado, dice la oposición, remitiéndose al folleto «Sobre el impuesto en especie» de Lenin, razón por la cual la oposición no tiene fe en la posibilidad de utilizar las cooperativas como el asidero principal para el desarrollo socialista. La oposición comete también aquí un error gravísimo. Esta interpretación de las cooperativas era suficiente y satisfactoria en 1921, cuando fué escrito el folleto «Sobre el impuesto en especie», cuando en nuestro país no había una industria socialista desarrollada, cuando Lenin concebía el capitalismo de Estado como la forma fundamental posible de nuestra actividad económica, enfocando las cooperativas en combinación con el capitalismo de Estado. Pero hoy, este modo de tratar el asunto ya no basta y está superado por la historia, pues de entonces a aquí los tiempos han cambiado, la industria socialista se ha desarrollado en nuestro país, el capitalismo de Estado no ha echado raíces en la medida apetecida y la cooperación, que abarca actualmente más de una decena de millones de miembros, ha comenzado a enlazarse ya con la industria socialista.

¿Cómo, si no, explicar el hecho de que, ya a los dos años de escribir

su «Impuesto en especie», es decir, en 1923, Lenin comenzase a enfocar las cooperativas de un modo distinto, entendiendo que «bajo nuestras condiciones la cooperación coincide muchas veces plenamente con el socialismo»? (*Lenin*, t. XXVII, pág. 396, «Sobre la cooperación»).

¿Cómo explicar esto si no es por el hecho de que durante estos dos años la industria socialista tuvo tiempo de desarrollarse, mientras que el capitalismo de Estado no prendió en el grado debido, razón por la cual Lenin comenzó a enfocar las cooperativas ya no en combinación con el capitalismo de Estado, sino en combinación con la industria socialista?

Las condiciones de desarrollo de las cooperativas habían cambiado. Y, con ellas, tenía que cambiar también el modo de abordar el problema de la cooperación.

He aquí, por ejemplo, un notable pasaje tomado del folleto de Lenin «Sobre la cooperación» (1923), que esclarece este problema:

«*En el capitalismo de Estado* (*) las empresas cooperativas se diferencian de las empresas estatales capitalistas, en primer lugar, en que son empresas privadas y, en segundo lugar, en que son empresas colectivas. *Bajo nuestro régimen actual* (*), las empresas cooperativas se diferencian de las empresas capitalistas privadas, por ser empresas colectivas, pero *no se diferencian* (*) de las empresas socialistas, siempre y cuando que ellas trabajen con tierra y medios de producción pertenecientes al Estado, es decir, a la clase obrera» (Lugar citado, pág. 396).

En este breve pasaje se resuelven dos grandes problemas. Primero, el problema de que «nuestro régimen actual» no es el capitalismo de Estado. Segundo, el problema de que las empresas cooperativas, enfocadas en combinación con «nuestro régimen», «no se diferencian» de las empresas socialistas.

Creo que es difícil expresarse con mayor claridad.

Pero he aquí otro pasaje tomado del mismo folleto de Lenin:

«Para nosotros el simple desarrollo de las cooperativas está indentificado (salvo la «pequeña» excepción indicada más arriba) con el crecimiento del socialismo, y a la par con esto, nos vemos obligados a reconocer el cambio radical producido en todo nuestro punto de vista sobre el socialismo» (Lugar citado).

Es evidente que el folleto «Sobre la cooperación» nos sitúa ante un nuevo modo de apreciar la cooperación, cosa que la nueva oposición no quiere reconocer, silenciándolo cuidadosamente, a despecho de los hechos, a despecho de la verdad evidente, a despecho del leninismo.

Una cosa es la cooperación enfocada en combinación con el capitalismo de Estado y otra cosa es la cooperación enfocada en combinación con la industria socialista.

Sin embargo, de esto no se puede sacar la conclusión de que medie un abismo entre el trabajo «Sobre el impuesto en especie» y el folleto «Sobre la cooperación». Esto es, naturalmente, falso. Para comprender en seguida el lazo inseparable que hay entre el trabajo «Sobre el im-

(*) Subrayado por mí. (*J. St.*)

puesto en especie» y el folleto «Sobre la cooperación», en lo que se refiere al modo de apreciar la cooperación, basta con remitirse, por ejemplo, al siguiente pasaje tomado del «Impuesto en especie». Este pasaje dice:

«El paso de la política de concesiones al socialismo es el paso de una forma de gran producción a otra forma de gran producción. El paso de la cooperación de los pequeños propietarios al socialismo es el paso de la pequeña producción a la gran producción, es decir, una transición más compleja, pero capaz, en cambio, de abarcar, en caso de éxito, a las más extensas masas de población, capaz de extirpar las más profundas y las más vitales raíces de las viejas relaciones *presocialistas* (*), incluso precapitalistas, las más tenaces en resistir a toda «innovación» (*Lenin*, t. XXVI, pág. 337).

Por esta cita se ve que ya en el período del «Impuesto en especie», cuando todavía no teníamos una industria socialista desarrollada, Lenin reputaba posible la transformación de las cooperativas, *en caso de éxito*, en un poderoso medio de lucha contra las *relaciones* «presocialistas», y por tanto contra las *relaciones capitalistas* también. Creo que fué precisamente esta idea la que le sirvió más tarde de punto de partida para su folleto «Sobre la cooperación».

Pero ¿qué se desprende de todo esto?

De todo esto se desprende que la nueva oposición no aborda el problema del régimen cooperativo de un modo marxista, sino de una manera metafísica. No ve en el régimen cooperativo un fenómeno histórico, enfocado en combinación con otros fenómenos, en combinación, por ejemplo, con el capitalismo de Estado (en 1921) o con la industria socialista (en 1923), sino como algo permanente y fijo, plasmado de una vez para siempre, como «una cosa en sí».

De aquí provienen los errores de la oposición en el problema de la cooperación, de aquí su falta de fe en la trayectoria de desarrollo del campo hacia el socialismo a través de la cooperación, de aquí la desviación de la oposición hacia el viejo camino, hacia la trayectoria de desarrollo capitalista del campo.

Tal es, en general, la actitud de la nueva oposición ante los problemas prácticos de la construcción socialista.

Sólo cabe una conclusión: la línea de la oposición—si se puede llamar a esto una línea—, las vacilaciones y titubeos de la oposición, su falta de fe y su desorientación frente a las dificultades, la llevan a la capitulación ante los elementos capitalistas de nuestra economía. En efecto, si la Nep es, principalmente, un retroceso, si se pone en duda el carácter socialista de la industria de Estado, si el kulak es casi un elemento todopoderoso, si hay que cifrar pocas esperanzas en la cooperación, si el papel del campesino medio baja en proporción progresiva, si la nueva trayectoria de desarrollo del campo es dudosa, si el Partido

(*) Subrayado por mí. (*J. St.*)

casi degenera, y si la revolución de los países occidentales no está todavía tan cerca, ¿qué queda, después de todo esto, en el arsenal de la oposición? ¿Con qué cuenta la oposición en la lucha contra los elementos capitalistas de nuestra economía? Pues no se puede emprender la lucha contando solamente con la «Filosofía de la época».

Es evidente que el arsenal de la nueva oposición, si es que a eso se le puede llamar arsenal, no es muy envidiable. No es un arsenal de armas para la lucha. Y mucho menos para el triunfo.

Es evidente que el Partido se vería perdido en «un abrir y cerrar de ojos» si se lanzara a la pelea con semejante arsenal. Tendría que capitular lisa y llanamente ante los elementos capitalistas de nuestra economía.

Por eso, el XIV Congreso del Partido ha procedido con todo acierto al dejar sentado que «la lucha por el triunfo de la edificación socialista en la U.R.S.S. es la misión fundamental de nuestro Partido»; que una de las condiciones indispensables para cumplir esta misión es «la lucha contra la falta de fe en la construcción del socialismo en nuestro país y contra las tentativas de calificar a nuestras empresas, que son empresas de «tipo consecuentemente socialista» *(Lenin)*, como empresas de «capitalismo de Estado»; que «semejantes corrientes ideológicas, al hacer imposible una actitud consciente de las masas ante la construcción del socialismo en general y de la industria socialista en particular, sólo sirven para frenar el desarrollo de los elementos socialistas de la economía y para dar al capital privado facilidades para luchar contra ellos»; y que «el Congreso considera, por tanto, necesario desplegar una amplia labor educativa con el fin de superar estas tergiversaciones del leninismo» (Véase la resolución sobre el informe del C.C. del P.C.(b) de la U.R.S.S.).

La significación histórica del XIV Congreso del P.C.(b) de la U.R.S.S. consiste en que ha sabido poner al desnudo hasta en su raíz los errores de la nueva oposición, en que ha repudiado su falta de fe y sus lamentaciones, en que ha trazado clara y nítidamente el camino para seguir luchando por el socialismo, ha dado al Partido una perspectiva de triunfo y con ello ha infundido al proletariado la fe inquebrantable en el triunfo de la edificación socialista.

25 enero 1926.

ACERCA DE LAS TRES CONSIGNAS FUNDAMENTALES DEL PARTIDO SOBRE LA CUESTION CAMPESINA

RESPUESTA AL CAMARADA YAN-SKY

Camarada Yan-sky:

He recibido a su debido tiempo, naturalmente, la carta de usted. Le ruego que me perdone por el retraso con que le contesto.

1) Lenin dice que «*la cuestión fundamental de toda revolución es la cuestión del Poder del Estado*» (Lenin, t. XXI, pág. 142, «Una de las cuestiones radicales de la revolución»). ¿En manos de qué clase o de qué clases se concentra el Poder? ¿Qué clase o qué clases deben ser derrocadas y qué clase o qué clases deben tomar el Poder? En esto reside «la cuestión fundamental de toda revolución».

Las consignas estratégicas fundamentales del Partido, que permanecen en vigor a todo lo largo de tal o cual etapa de la revolución, no podrían llamarse consignas fundamentales si no se apoyasen por entero y plenamente en esta tesis cardinal de Lenin. Las consignas fundamentales sólo pueden ser acertadas si se basan en el análisis marxista de las fuerzas de clase, si trazan un esquema acertado de la disposición de las fuerzas revolucionarias en el frente de la lucha de clases, si facilitan la tarea de conducir a las masas al frente de la lucha por el triunfo de la revolución, al frente de la lucha por la toma del Poder por una nueva clase, si facilitan al Partido la tarea de crear el amplio y potente ejército político formado por las grandes masas populares, necesario para cumplir dicha misión.

Durante esta o la otra etapa de la revolución, pueden presentarse derrotas o repliegues, reveses y ciertos errores tácticos, pero esto por sí solo no indica que la consigna estratégica fundamental sea falsa. Así, por ejemplo, la consigna fundamental de la *primera* etapa de nuestra revolución—«del brazo de todos los campesinos, contra el zar y los terratenientes, neutralizando a la burguesía, por el triunfo de la revolución democráticoburguesa»—era absolutamente acertada, a pesar de la derrota sufrida por la revolución en 1905.

Así, pues, no se debe confundir la cuestión de la consigna fundamental del Partido con la cuestión de las derrotas o los reveses de la revolución en tal o cual fase de su desarrollo.

Puede ocurrir que, en el transcurso de la revolución, la consigna fundamental del Partido haya conducido ya al derrocamiento del Poder de las viejas clases o de la vieja clase y, sin embargo, no se hayan realizado todavía una serie de reivindicaciones esenciales de la revolución, derivadas de esta consigna, o que su realización se extienda a lo largo de todo un período de tiempo, o que para realizarlas sea necesaria una nueva revolución, sin que esto por sí solo quiera decir que la consigna fundamental sea falsa. Así, por ejemplo, la Revolución de Febrero de 1917 derribó al zarismo y a los terratenientes, pero no llegó a poner en práctica la confiscación de sus tierras, etc.; pero esto por sí solo no significa que nuestra consigna fundamental de la primera etapa de la revolución fuese falsa. Otro ejemplo: la Revolución de Octubre llevó a cabo el derrocamiento de la burguesía y entregó el Poder al proletariado, pero no condujo inmediatamente: a) a llevar hasta el fin la revolución burguesa, hablando en términos generales, b) ni en particular, al aislamiento de los kulaks en el campo, sino que resolvió estas tareas a lo largo de un cierto período de tiempo. Pero esto por sí solo no quiere decir que nuestra consigna fundamental de la *segunda* etapa de la revolución—«del brazo de los campesinos pobres, contra el capitalismo en la ciudad y en el campo, neutralizando a los campesinos medios, por el Poder del proletariado»—fuese falsa.

Por tanto, no se debe confundir la cuestión de la consigna fundamental del Partido con la cuestión de los plazos y de las formas para la realización de tales o cuales reivindicaciones derivadas de ella.

Por eso, las consignas estratégicas de nuestro Partido no deben enjuiciarse ni desde el punto de vista de los éxitos o fracasos episódicos del movimiento revolucionario en tal o cual período, ni, mucho menos, desde el punto de vista de los plazos o formas de realización de tales o cuales reivindicaciones derivadas de ellas. Las consignas estratégicas del Partido sólo pueden enjuiciarse desde el punto de vista del análisis marxista de las fuerzas de clase y de la disposición acertada de las fuerzas de la revolución en el frente de la lucha por el triunfo de la revolución, por la concentración del Poder en manos de la nueva clase.

El error de usted, camarada Yan-sky, consiste en que elude o no comprende este importantísimo problema metodológico.

2) Dice usted en su carta:

«¿Es exacta la afirmación de que *sólo* hasta Octubre marchamos aliados a todos los campesinos? No, no es exacta. La consigna de la «alianza con todos los campesinos» fué una consigna válida antes de Octubre, *en el momento de la Revolución de Octubre y en el primer período después de Octubre*, en tanto que todos los campesinos estaban interesados en llevar la revolución burguesa hasta el final».

Así pues, de esta cita se deduce que la consigna estratégica del Partido en la *primera* etapa de la revolución (de 1905 a febrero de 1917), cuando se trataba de derribar el Poder del zar y de los terratenientes y

de instaurar la dictadura del proletariado y de los campesinos, *no se diferenciaba* de la consigna estratégica de la *segunda* etapa de la revolución (de febrero a octubre de 1917), en la que se trataba de derribar el Poder de la burguesía y de instaurar la dictadura del proletariado. Niega usted, por consiguiente, la diferencia fundamental entre la revolución democráticoburguesa y la revolución proletaria, socialista. E incurre en este error, porque no quiere, al parecer, comprender una cosa tan sencilla como es que el tema fundamental de toda consigna estratégica lo constituye la cuestión del Poder en una etapa dada de la revolución, la cuestión de *qué* clase se trata de derribar y a manos de *qué* clase se trata de hacer pasar el Poder. Huelga demostrar que está usted absolutamente equivocado en esto.

Dice usted que, durante la Revolución de Octubre y en el primer período después de Octubre, preconizábamos la consigna de «la alianza con *todos* los campesinos», en tanto que todos los campesinos estaban interesados en llevar la revolución burguesa hasta el final. Pero ¿quién le ha dicho a usted que el cambio radical que se produjo en Octubre y la Revolución de Octubre se redujeron a llevar hasta el final la revolución burguesa, o se planteaban esto como objetivo fundamental? ¿De dónde ha sacado usted esto? ¿Acaso el derrocamiento del Poder de la burguesía y la instauración de la dictadura del proletariado se pueden encajar dentro del marco de la revolución burguesa? ¿Acaso la conquista de la dictadura del proletariado no es algo que se sale del marco de la revolución burguesa? ¿Cómo se puede afirmar que los kulaks (también campesinos, ¿quién lo duda?) podían apoyar el derrocamiento de la burguesía y el paso del Poder al proletariado? ¿Cómo se puede negar que el decreto sobre la nacionalización de la tierra, la abolición de la propiedad privada sobre la tierra, la prohibición de las transacciones de compra y venta de tierras, etc., a pesar de que no se pueda calificar de decreto socialista, se aplicó en nuestro país *luchando* contra los kulaks y no en alianza con ellos? ¿Cómo se puede afirmar que los kulaks (también campesinos) podían apoyar los decretos del Poder Soviético sobre la expropiación de las fábricas y empresas industriales, ferrocarriles, bancos, etc., o la consigna del proletariado sobre la transformación de la guerra imperialista en guerra civil? ¿Cómo se puede afirmar que lo *fundamental*, en la Revolución de Octubre, no fueron estos actos y otros análogos, no fué el derrocamiento de la burguesía y la instauración de la dictadura del proletariado, sino el llevar hasta el final la revolución burguesa?

Es indiscutible que una de las finalidades principales de la Revolución de Octubre era llevar hasta su término la revolución burguesa, que sin la Revolución de Octubre no podía aquélla haberse llevado a cabo. del mismo modo que la misma Revolución de Octubre no habría podido afianzarse sin haber llevado hasta su término la revolución burguesa, y que en tanto en cuanto llevó hasta el final la revolución bur-

guesa, la Revolución de Octubre tenía que despertar, necesariamente, la simpatía de todos los campesinos. Todo esto es indiscutible. Pero ¿acaso, basándose en esto, se puede afirmar que el llevar hasta su término la revolución burguesa no fué un fenómeno derivado en la marcha de la Revolución de Octubre, sino su esencia o su objetivo fundamental? ¿Dónde deja usted entonces el objetivo fundamental de la Revolución de Octubre: el derrocamiento del Poder de la burguesía, la instauración de la dictadura del proletariado, la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, la expropiación de los capitalistas, etc.? Y si el tema fundamental de una consigna estratégica es siempre la cuestión cardinal de toda revolución, es decir, la cuestión del paso del Poder de manos de una clase a manos de otra, ¿no es evidente la conclusión de que la cuestión de llevar a cabo la revolución burguesa por obra del Poder del proletariado no se debe confundir con la cuestión del derrocamiento de la burguesía y de la conquista de este mismo Poder proletario, es decir, con la cuestión que constituye el tema fundamental de la consigna estratégica en la segunda etapa de la revolución?

Una de las más grandes conquistas de la dictadura del proletariado consiste en haber llevado hasta su término la revolución burguesa y en haber barrido toda la basura feudal. Para el campo, esto tuvo una importancia fundamentalísima y verdaderamente decisiva. Sin esto, no se habría llevado a cabo la fusión de las guerras campesinas con la revolución proletaria, de que hablaba Marx ya en la segunda mitad del siglo pasado. Sin esto, no se hubiera podido afianzar la propia revolución proletaria. Y al referirnos a esto, no podemos perder de vista la siguiente circunstancia importante. Llevar a su término la revolución burguesa no constituyó un acto único. En realidad, se extendió a lo largo de todo un período, abarcando no sólo una parte del año 1918, como afirma usted en su carta, sino tambien una parte del año 1919 (región del Volga y de los Urales) y de 1919-1920 (Ucrania). Al decir esto, me refiero a la ofensiva de Kolchak y Denikin, que amenazó a todos los campesinos en conjunto con el peligro de la restauración del Poder de los terratenientes y les obligó, como *conjunto* precisamente, a apretar filas en torno al Poder Soviético para asegurar el llevar hasta el fin la revolución burguesa y no perder los frutos de esta revolución. Esta complejidad y variedad de procesos de la vida real, este «abigarrado» entrelazamiento de las tareas directamente socialistas de la dictadura con las tareas de llevar a su término la revolución burguesa, son las que hay que tener siempre presentes para comprender acertadamente tanto las citas de Lenin, aducidas por usted, como la mecánica de la realización de las consignas del Partido. ¿Puede afirmarse que este entrelazamiento indique la falsedad de la consigna del Partido en la *segunda* etapa de la revolución, que esta consigna no se distinga de la consigna de la *primera* etapa de la revolución? No, no puede afirmarse. Por el contrario, este entrelazamiento no hace más que confirmar el acierto de

la consigna del Partido en la segunda etapa de la revolución: del brazo de los campesinos *pobres*, contra la burguesía capitalista de la ciudad y del campo, por el Poder del proletariado, etc. ¿Por qué? Porque para llevar a su término la revolución burguesa fué necesario *empezar* derribando en Octubre el Poder de la burguesía e instaurando el Poder del proletariado, pues sólo este Poder era capaz de llevar a su término la revolución burguesa. Y para instaurar en Octubre el Poder del proletariado era necesario preparar y organizar para la Revolución de Octubre el ejército político *adecuado*, capaz de derribar la burguesía, capaz de instaurar el Poder del proletariado. No hace falta demostrar que *este* ejército político *sólo* podíamos prepararlo y organizarlo bajo la consigna de la alianza del proletariado y de los campesinos pobres contra la burguesía y por la dictadura del proletariado. Es evidente que sin *esta* consigna estratégica, aplicada desde abril hasta octubre de 1917, no habríamos podido formar *ese* ejército político y, por tanto, no habríamos podido triunfar en Octubre, no habríamos derribado el Poder de la burguesía, ni, por consiguiente, habríamos podido llevar a su término la revolución burguesa.

He ahí por qué no se debe oponer la tarea de llevar a su término la revolución burguesa a la consigna estratégica de la segunda etapa de la revolución, consigna cuya misión era garantizar la toma del Poder por el proletariado.

No hay más que un medio para evitar todas estas «contradicciones»: reconocer la diferencia fundamental existente entre la consigna estratégica de la primera etapa de la revolución (la revolución democráticoburguesa) y la consigna estratégica de la segunda etapa de la revolución (la revolución proletaria), reconocer que durante la primera etapa de la revolución marchamos unidos a *todos* los campesinos por la revolución democráticoburguesa y que durante la sengunda etapa de la revolución marchamos unidos a los campesinos *pobres* contra el Poder del capital y por la revolución proletaria. Y no hay más remedio que reconocerlo, pues nos obliga a ello el análisis de las fuerzas de clase en la primera y en la segunda etapa de la revolución. De otro modo, no sería posible explicar el hecho de que antes de febrero de 1917 actuásemos bajo la consigna de la dictadura *democrático*-revolucionaria del proletariado y de los *campesinos*, mientras que después de febrero de 1917 sustituímos esta consigna por la de la dictadura *socialista* del proletariado y de los campesinos *pobres*. Reconozca usted, camarada Yansky, que con su esquema no es posible explicar esta sustitución de una consigna por otra en marzo-abril de 1917.

Esta diferencia fundamental entre las dos consignas estratégicas del Partido fué señalada por Lenin ya en su folleto «Dos tácticas». Lenin formulaba así la consigna del Partido en la preparación de la revolución democráticoburguesa:

«El proletariado debe llevar a término la revolución democrática, atrayéndose a la masa de los campesinos, para aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia y paralizar la inestabilidad de la burguesía» (*Lenin*, t. VIII, pág. 96, «Dos tácticas»).

Dicho en otros términos: con todos los campesinos contra la autocracia, neutralizando a la burguesía, por la revolución democrática.

Por lo que se refiere a la consigna del Partido en el período de preparación de la revolución socialista, aparece formulada por Lenin así:

«El proletariado debe llevar a cabo la revolución socialista, atrayéndose a la masa de los elementos semiproletarios de la población, para destrozar por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía» (Obra cit.).

Dicho en otros términos: del brazo de los campesinos pobres y de todas las capas semiproletarias de la población contra la burguesía, neutralizando a la pequeña burguesía de la ciudad y del campo, por la revolución socialista.

Esto era en 1905.

En abril de 1917, Lenin, caracterizando la situación política de aquel entonces como un entrelazamiento de la dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos con el Poder real de la burguesía, decía:

«La peculiaridad del momento actual, en Rusia, consiste en el *paso* de la *primera* (*) etapa de la revolución, que ha dado el Poder a la burguesía por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, a su *segunda* etapa, que debe poner el Poder en manos del proletariado y *de las capas de los campesinos pobres* (*)» («Tesis de abril» de Lenin, t. XX, pág. 88).

A fines de agosto de 1917, cuando la labor de preparación de la Revolución de Octubre se desarrollaba a todo vapor, Lenin, en un artículo especial titulado «Campesinos y obreros», escribía:

«Sólo el proletariado y los *campesinos* (*) pueden derribar la monarquía: tal era la definicion fundamental de nuestra política de clase en aquel tiempo [es decir, en 1905. *J. St.]*. Y esta definición era exacta. Los meses de febrero y marzo de 1917 lo confirmaron una vez más. Sólo el proletariado, dirigiendo a los *campesinos pobres* (*) (los semiproletarios, como se dice en nuestro programa), puede poner fin a la guerra con una paz democrática, curar sus heridas, empezar a dar los pasos ya incondicionalmente necesarios e *inaplazables* hacia el socialismo: tal es la definición de nuestra política de clase, en los momentos actuales» (*Lenin*, t. XXI, pág. 111).

Esto no debe interpretarse en el sentido de que *ahora* exista en nuestro país, como podría creerse, la dictadura del proletariado *y* de los campesinos pobres. Creer esto sería, naturalmente, falso. Marchamos hacia la Revolución de Octubre bajo la consigna de la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres y realizamos formalmente esta consigna en Octubre, en cuanto que sellamos un bloque con los social-revolucionarios de izquierda y compartimos con ellos la dirección, aun-

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

que de hecho ya en aquel entonces existía en nuestro país la dictadura del proletariado, puesto que nosotros, los bolcheviques, éramos mayoría. Pero la dictadura del proletariado *y* de los campesinos pobres dejó de existir formalmente después de la intentona de los socialrevolucionarios de izquierda, después de la ruptura del bloque con ellos, cuando la dirección pasó *por entero* y *plenamente* a manos de *un solo* partido, a manos de nuestro Partido, que no comparte ni puede compartir con ningún otro la dirección del Estado. Esto es lo que nosotros llamamos dictadura del proletariado.

Finalmente, en noviembre de 1918, echando una mirada retrospectiva al camino recorrido por la revolución, escribía Lenin:

«Sí, nuestra revolución es burguesa *mientras* marchamos *juntamente* con los campesinos como *un todo*. Nosotros teníamos una conciencia clarísima de esto, desde 1905 lo hemos dicho cientos y miles de veces, nunca hemos intentado saltar ni abolir con decretos esta etapa necesaria del proceso histórico... Pero en 1917, desde el mes de *abril, mucho antes de la Revolución de Octubre, de la toma* (*) del Poder *por nosotros* (*), dijimos abiertamente y explicamos al pueblo que ahora la revolución no podía detenerse en esta etapa, pues el país había seguido marchando, el capitalismo había seguido avanzando, la ruina había alcanzado proporciones nunca vistas, lo cual *exigía* (quiérase o no) que marcháramos adelante *hacia el socialismo*, pues *no cabía* avanzar de otro modo, salvar de otro modo al país, agotado por la guerra, *aliviar* de otro modo los sufrimientos de los trabajadores y explotados. Ocurrió, en efecto, tal y como nosotros dijimos. La marcha de la revolución ha confirmado la justeza de nuestro razonamiento. *Al principio*, del brazo «de todos» *los campesinos*, contra la monarquía, contra los terratenientes, contra el medievalismo (y en este sentido, la revolución sigue siendo burguesa, democráticoburguesa). *Después*, del brazo de los campesinos pobres, del brazo del semiproletariado, del brazo de todos los explotados, *contra el capitalismo*, incluyendo *los ricachos del campo, los kulaks, los especuladores* (*), y en este sentido, la revolución se convierte en *socialista*» (*Lenin*, t. XXIII, págs. 390-391, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky»).

Como usted ve, Lenin subrayaba reiteradamente toda la profunda diferencia entre la primera consigna estratégica, la del período de preparación de la revolución democráticoburguesa, y la segunda consigna estratégica, la del período de preparación de la Revolución de Octubre. La primera consigna era: con *todos los campesinos* contra la autocracia; la segunda: con los *campesinos pobres* contra la burguesía.

El hecho de que el llevar a su término la revolución burguesa se prolongase a lo largo de todo un período después de la Revolución de Octubre y de que en tanto que llevábamos la revolución burguesa hasta el final no pudiesen por menos de simpatizar con nosotros «todos» los campesinos, este hecho no hace cambiar ni en una tilde, como ya he dicho más arriba, la tesis fundamental de que marchamos hacia la Revolución de Octubre y triunfamos en ella juntamente con los *campesinos pobres*, de que derribamos el Poder de la burguesía e instauramos la dictadura del proletariado (uno de cuyos objetivos era el de llevar a

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

su término la revolución burguesa) en unión de los *campesinos pobres*, frente a la resistencia de los kulaks (también campesinos) y a las vacilaciones de los campesinos medios.

Creo que está claro.

3) Dice usted también en su carta:

«¿Es exacta la afirmación de que «*llegamos a la Revolución de Octubre* con la consigna de *alianza con los campesinos pobres y de neutralización de los campesinos medios*»? No, no es exacta. Por lo expuesto más arriba y por los pasajes citados de Lenin se ve que esta consigna sólo pudo surgir cuando hubo «madurado la división de clases entre los campesinos» (*Lenin*); es decir, «en el verano y otoño de 1918».

De esta cita se desprende que el Partido no marchó por la senda de la neutralización de los campesinos medios en el período de preparación de la Revolución de Octubre ni durante ésta, sino después de Octubre y principalmente después de 1918, después de los Comités de campesinos pobres. Esto es *absolutamente falso*, camarada Yan-sky. Por el contrario, la política de neutralización de los campesinos medios no comenzó, sino que *terminó* después del período de los Comités de campesinos pobres, después de 1918. La política de neutralización de los campesinos medios fué *abolida* (y no implantada) en nuestra actuación práctica precisamente después de 1918. Precisamente después de 1918, en marzo de 1919, fué cuando Lenin, en el discurso de apertura del VIII Congreso de nuestro Partido, dijo:

«Los mejores representantes del socialismo de los viejos tiempos—cuando aún creían en la revolución y la servían teórica e ideológicamente—hablaban de *neutralizar a los campesinos*, es decir, de hacer del campesino medio una capa social que, ya que no ayudase activamente a la revolución del proletariado, por lo menos no la estorbase, permaneciese neutral, no se pasase al lado de nuestros enemigos. Este planteamiento abstracto, teórico, del problema es perfectamente claro para nosotros. *Pero es insuficiente* (*). Nosotros hemos entrado en *una etapa de la edificación socialista* (*) en que es necesario trazar de un modo concreto, detallado, contrastado sobre la experiencia de la labor en el campo, las normas e indicaciones fundamentales por las que debemos guiarnos para *colocarnos en el terreno de una sólida alianza* con respecto a los campesinos medios» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 114).

Como usted ve, se llega a un resultado que es diametralmente opuesto a lo que usted dice en su carta, y, además, usted invierte la *verdadera* actuación práctica de nuestro Partido, dándole vuelta de pies a cabeza, confundiendo el *comienzo* de la neutralización con su *final*.

El campesino medio se lamentaba y vacilaba entre la revolución y la contrarrevolución mientras no se derrocó a la burguesía, mientras el Poder de los Soviets no se consolidó, razón por la cual era necesario neutralizarlo. Comenzó a pasarse a nuestro lado cuando empezó a convencerse de que la burguesía era derrocada «en serio», el Poder de los

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

Soviets se consolidaba, se daba la batalla a los kulaks y el Ejército Rojo empezaba a triunfar en los frentes de la guerra civil. Después de producirse este viraje, fué, en efecto, cuando se hizo posible la tercera consigna estratégica del Partido, lanzada por Lenin en el VIII Congreso: apoyándose en los campesinos pobres y estableciendo una sólida alianza con los campesinos medios, ¡adelante hacia la edificación del socialismo!

¿Cómo ha podido usted olvidar un hecho como éste, conocido de todo el mundo?

De su carta se desprende, asimismo, que la política de neutralización del campesino medio *al pasar* a la revolución proletaria y en los *primeros días* después del triunfo de esta revolución, era equivocada, inadecuada y, por tanto, inadmisible. Esto es *absolutamente falso*, camarada Yan-sky. La realidad es precisamente lo contrario. Después de derrocado el Poder de la burguesía y antes de consolidarse el Poder del proletariado, es precisamente cuando más vacila y se resiste el campesino medio. Durante este período es precisamente cuando más necesaria se hace la alianza con los campesinos pobres y la neutralización de los campesinos medios.

Persistiendo en su error, afirma usted que la cuestión de los campesinos tiene una gran importancia no sólo para nuestro país, sino también para los demás países «que recuerdan más o menos la economía de la Rusia de antes de Octubre». Esto último es, naturalmente, exacto. Pero he aquí lo que dice Lenin en sus tesis sobre la cuestión agraria, en el II Congreso de la Internacional Comunista, refiriéndose a la política de los partidos proletarios respecto a los campesinos medios durante el período de la toma del Poder por el proletariado. Después de definir a los campesinos pobres, o más exactamente, «a las masas trabajadoras y explotadas del campo» como un grupo aparte, formado por obreros agrícolas, semiproletarios o campesinos parcelarios y pequeños campesinos, y pasando luego a examinar la cuestión de los campesinos medios, como un grupo específico en el campo, dice Lenin:

«Por «campesinos medios», en el sentido económico de la palabra, hay que entender los pequeños agricultores que poseen, a título de propiedad o en arriendo, parcelas también pequeñas de tierra, pero que, a pesar de todo, no sólo dan por regla general, bajo el capitalismo, el rendimiento necesario para sostener pobremente su familia y su labor, sino que además tienen la posibilidad de obtener un cierto remanente, susceptible de convertirse, por lo menos en los años mejores, en capital, y que recurren con bastante frecuencia al empleo de mano de obra asalariada... El proletariado revolucionario no puede acometer—por lo menos *en un inmediato porvenir y en los primeros tiempos del período de la dictadura del proletariado*—la empresa de atraerse esta fuerza. Tiene que limitarse a la tarea de *neutralizarla*, es decir, de impedirle que preste una ayuda activa a la burguesía, en su lucha contra el proletariado» (V. Actas taquigráficas del II Congreso de la Internacional Comunista, págs. 610-611).

¿Cómo se puede afirmar, después de esto, que la política de neutralización del campesino medio «*sólo*» pudo «surgir» en nuestro país

«en el verano y en el otoño de 1918», es decir, *después* de los éxitos decisivos logrados en la consolidación del Poder de los Soviets, del Poder del proletariado?

Como usted ve, la cuestión de la consigna estratégica de los partidos proletarios en el momento de tránsito hacia la revolución socialista y de consolidación del Poder del proletariado, así como la cuestión de la neutralización de los campesinos medios, no son tan sencillas como usted se los imagina.

4) De cuanto dejamos dicho se deduce que las citas de las obras de Lenin aducidas por usted no es posible, en modo alguno, contraponerlas a la consigna fundamental del Partido en la segunda etapa de la revolución, ya que estas citas: a) no tratan de la consigna fundamental del Partido *antes* de Octubre, sino de la obra de llevar a su término la revolución burguesa *después* de Octubre; b) esas citas no refutan, sino que confirman la justeza de esta consigna. Ya he dicho más arriba, y me veo obligado a repetir aquí, que no se puede contraponer a la consigna estratégica del Partido en la segunda etapa de la revolución, en el período *anterior* a la toma del Poder por el proletariado, cuyo tema fundamental es la cuestión del Poder, la tarea de llevar a su término la revolución burguesa, puesta en práctica en el período *posterior* a la toma del Poder por el proletariado.

5) Habla usted del conocido artículo del camarada Mólotov publicado en «Pravda» con el título de «Sobre la revolución burguesa en nuestro país» (12 de marzo de 1927), que es el que, al parecer, le «movió» a usted a dirigirse a mí pidiéndome aclaraciones. Yo no sé cómo lee usted los artículos, camarada Yan-sky. También yo he leído el artículo del camarada Mólotov y entiendo que no contradice en lo más mínimo lo expuesto en mi informe ante el XIV Congreso de nuestro Partido acerca de las consignas del Partido respecto a los campesinos. El camarada Mólotov no trata, en su artículo, de la consigna fundamental del Partido durante el período de la Revolución de Octubre, sino del hecho de que, en tanto que el Partido, después de la Revolución de Octubre, llevó a su término la revolución burguesa, contaba con la simpatía de todos los campesinos. Ya he indicado antes que la comprobación de este hecho no niega, sino que, por el contrario, corrobora la verdad de la tesis fundamental, según la cual derrocamos el Poder de la burguesía e instauramos la dictadura del proletariado en unión de los campesinos pobres y neutralizando a los campesinos medios contra la burguesía de la ciudad y del campo, y sin esto no hubiéramos podido llevar a su término la revolución burguesa.

«Bolchevik», núm. 7-8,
15 abril 1927.

SOBRE LA CONSIGNA DE LA DICTATURA DEL PROLETARIADO Y DE LOS CAMPESINOS POBRES EN EL PERIODO DE PREPARACION DE LA REVOLUCION DE OCTUBRE

RESPUESTA AL CAMARADA S. POKROVSKI

Camarada Pokrovski:

Creo que su carta del 2 de mayo del corriente año no ofrece motivo ni fundamento para contestar en detalle, digámoslo así, a todos los puntos. En rigor, esta carta no contiene nada especialmente nuevo respecto a la del camarada Yan-sky. Si, a pesar de esto, contesto a su carta es porque en ella se contienen algunos elementos de restauración directa del kamenevismo del período de abril a mayo de 1917. Sólo con el fin de poner al desnudo estos elementos de restauración del kamenevismo considero necesario contestar brevemente a su carta.

1) Dice usted en su carta que, «de hecho, en el período de Febrero a Octubre, nuestra consigna era la de alianza *con todos* los campesinos», que en «el período de Febrero a Octubre el Partido mantuvo y defendió su *vieja* consigna con respecto a los campesinos: la de alianza *con todos* los campesinos en bloque».

De aquí se deduce, en primer lugar, que en el período de preparación de la Revolución de Octubre, de abril a octubre, los bolcheviques no se trazaron la tarea de deslindar a los campesinos pobres de los campesinos acomodados, sino que enfocaban a los campesinos en bloque.

De aquí se deduce, en segundo lugar, que, en el período de preparación de la Revolución de Octubre, los bolcheviques no sustituyeron la vieja consigna de «dictadura del proletariado y de los campesinos» por la nueva consigna de «dictadura del proletariado y de los campesinos pobres», sino que mantuvieron sus viejas posiciones, tal como se señalaban en el folleto de Lenin «Dos tácticas», en 1905.

De aquí se deduce, en tercer lugar, que la política bolchevique de lucha contra las vacilaciones y la política oportunista de los Soviets, en el período de preparación de la Revolución de Octubre (marzo a octubre de 1917), contra las vacilaciones de los campesinos medios en los Soviets y en el frente, contra las vacilaciones entre la revolución y la contrarrevolución, contra las vacilaciones y la política oportunista, que revistieron un carácter especialmente agudo en las jornadas de julio, cuando los Soviets, con los elementos oportunistas de los partidos social-

revolucionario y menchevique a la cabeza, marchaban al lado de los generales contrarrevolucionarios en la obra de aislar a los bolcheviques, que la lucha bolchevique contra estas vacilaciones y esta política oportunista de ciertas capas campesinas era superflua y absolutamente innecesaria.

De aquí se deduce, finalmente, que Kámenev tenía razón cuando, en abril-mayo de 1917, defendía la vieja consigna de la dictadura del proletariado y de los campesinos y que Lenin, que consideraba esta consigna ya caducada y proclamaba la nueva consigna de la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres, no tenía razón.

Basta apuntar estas cuestiones, para comprender cuán absurda es toda su carta.

Pero, como usted es gran aficionado a citas sueltas de las obras de Lenin, hagamos algunas citas.

No hace falta esforzarse mucho para demostrar que lo que para Lenin había de *nuevo* en las relaciones de clase en el campo en Rusia después de la Revolución de Febrero, desde el punto de vista del desarrollo ulterior de la revolución, no era la comunidad de intereses del proletariado y de los campesinos en su conjunto, sino la *escisión* entre los campesinos pobres y los campesinos acomodados, de los cuales los primeros, es decir, los campesinos pobres, tendían hacia el proletariado, mientras que los segundos, es decir, los campesinos acomodados, marchaban detrás del Gobierno provisional.

He aquí lo que, acerca de esto, decía Lenin en *abril* de 1917, polemizando contra Kámenev y el kamenevismo:

«Al Partido del proletariado no le es lícito cifrar *ahora* (*) esperanzas en la comunidad de intereses con los campesinos» (V. el discurso de Lenin en la Conferencia de Abril de 1917, t. XX, pág. 245).

Y en otro pasaje:

«Hoy, nos encontramos ya en los acuerdos de una serie de congresos campesinos con la idea de aguardar para resolver la cuestión agraria hasta la Asamblea Constituyente; esto es un triunfo de los *campesinos acomodados* (*), que se inclinan al lado de los kadetes» (V. el discurso de Lenin en la Conferencia de la ciudad de Petrogrado, en abril de 1917, t. XX, pág. 176).

Y más adelante:

«Es posible que los campesinos tomen toda la tierra y todo el Poder. Yo no sólo no pierdo de vista esta posibilidad ni limito mi horizonte visual al día de hoy, sino que formulo, directa y exactamente, el programa agrario teniendo en cuenta un *nuevo* fenómeno: la *escisión* (*) más profunda de los jornaleros del campo y de los campesinos pobres con los propietarios campesinos» (V. el artículo publicado por Lenin, en abril, con el título de «Cartas sobre táctica», t. XX, pág. 103).

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

He ahí lo que Lenin consideraba como lo *nuevo* y lo *importante* en la nueva situación creada en el campo *después* de la Revolución de Febrero.

He ahí de dónde partía Lenin, al trazar la política del Partido en el período posterior a febrero de 1917.

Esta era la tesis de que partía Lenin al decir, en la Conferencia de la ciudad de Petrogrado, en abril de 1917:

«Sólo al llegar aquí nos hemos enterado de que el Soviet de Diputados Obreros y Soldados ha entregado el Poder al Gobierno provisional. El Soviet de Diputados Obreros y Soldados es la realización de la dictadura del proletariado y de los soldados; de éstos, la mayoría son campesinos. Se trata, pues, de la dictadura del proletariado y de los campesinos. Pues bien: esta «dictadura» ha llegado a un acuerdo con la burguesía. No hay, pues, más remedio que *revisar el «viejo» bolchevismo* (*) (*Lenin*, t. XX, pág. 176, «Sobre el momento actual y la actitud hacia el Gobierno provisional»).

De esta misma tesis partía Lenin al escribir, en abril de 1917:

«Quien *ahora* hable solamente de la «dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos», es que se ha apartado de la realidad y que, por esta razón, *se ha pasado* de hecho a la pequeña burguesía contra la lucha proletaria de clases y hay que mandarlo al archivo de las curiosidades «bolcheviques» prerrevolucionarias (al archivo que podríamos llamar «de los viejos bolcheviques»)» (*Lenin*, t. XX, pág. 101, «Cartas sobre táctica»).

Sobre esta base, surgió, en efecto, la consigna de la dictadura del proletariado y de los campesinos *pobres, en lugar* de la vieja consigna de la dictadura del proletariado y de los campesinos.

Podrá usted decir, como dice en efecto en su carta, que esto es dar un salto trotskista por encima de la revolución campesina, aún no terminada, pero esto es tan peregrino como era otra objeción análoga a ésta, dirigida por Kámenev contra Lenin en abril de 1917. Lenin tenía perfectamente en cuenta esta objeción cuando decía:

«El trotskismo dice: «¡Sin zar, pero un gobierno obrero!» Esto es falso. La pequeña burguesía existe y no se la puede descartar. Pero hay que distinguir en ella dos partes. La parte *más pobre* (*) está al lado de la clase obrera» (*Lenin*, t. XX, pág. 182. palabras finales del discurso «Sobre el momento actual y la actitud hacia el Gobierno provisional»).

El error de Kámenev, y el de usted ahora, camarada Pokrovski, consiste en que no sabe advertir y subrayar la diferencia entre las dos partes de la pequeña burguesía y concretamente, en este caso, de los campesinos; no sabe *separar* la parte pobre de los campesinos de la masa campesina en su totalidad, y *erigir* sobre esto la política del Partido dentro de las condiciones del paso de la primera etapa de la revolución de 1917 a su segunda etapa; no sabe *extraer* de esto la nueva consigna, la

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

segunda consigna estratégica del Partido sobre la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres.

Sigamos metódicamente la historia práctica de la consigna de la «dictadura del proletariado y de los campesinos pobres», desde abril hasta octubre de 1917, en las obras de Lenin.

Abril de 1917:

«La peculiaridad del momento actual, en Rusia, consiste en el *paso* de la *primera* (*) etapa de la revolución, que ha dado el Poder a la burguesía, por carecer el proletariado del grado necesario de conciencia y de organización, a su *segunda* etapa, que debe poner el Poder en manos del proletariado y *de las capas de los campesinos pobres*» (*) («Tesis de Abril» de *Lenin*, t. XX. pág. 88).

Julio de 1917:

«Los obreros revolucionarios son, si los *campesinos pobres* (*) los apoyan, los únicos que están en condiciones de vencer la resistencia de los capitalistas de llevar al pueblo a la conquista de la tierra sin indemnización, a la plena libertad, al triunfo sobre el hambre, al triunfo sobre la guerra, hacia una paz justa y sólida» (*Lenin*, t. XXI, pág. 77, «Las enseñanzas de la revolución»).

Agosto de 1917:

«Sólo el proletariado, dirigiendo a los *campesinos pobres* (*) (el semiproletariado, como se dice en nuestro programa), puede poner fin a la guerra con una paz democrática, curar sus heridas, empezar a dar los pasos ya incondicionalmente necesarios e *inaplazables* hacia el socialismo: tal es la definición de nuestra política de clase, en los momentos actuales» (*Lenin*, t. XXI, pág. 111, «Campesinos y obreros»).

Septiembre de 1917:

«Sólo la dictadura de los proletarios y de los *campesinos pobres* (*) puede vencer la resistencia de los capitalistas, dar pruebas de una intrepidez y de una decisión por parte del Poder verdaderamente grandiosas, asegurarse el apoyo entusiasta, abnegado y verdaderamente heroico de las masas, tanto en el ejército como entre los campesinos» (*Lenin*, t. XXI, pág. 147, «Una de las cuestiones radicales de la revolución»).

Septiembre-octubre de 1917, folleto titulado «¿Se sostendrán los bolcheviques en el Poder?», en el que Lenin polemiza con «Nóvaia Zhisn» [«Vida Nueva»]:

«*O* (*) todo el Poder a la burguesía, cosa que vosotros habéis dejado de defender hace mucho tiempo y que no se atreve a apuntar ni la propia burguesía, sabiendo que el pueblo echó ya por tierra este Poder de un simple empujón el 20-21 de abril y que ahora lo echaría por tierra tres veces más resuelta y más implacablemente, *o* (*) el Poder a la pequeña burguesía, es decir, a la coalición (alianza, acuerdo) de ésta con la burguesía, pues la pequeña burguesía no quiere *ni puede* tomar el Poder por su cuenta e independientemente, como lo demuestra la experiencia de todas las revoluciones y como lo demuestra también la ciencia económica, la cual nos enseña que en un país capitalista se puede propugnar por el capital o se puede propugnar por el trabajo, pero no cabe término medio. Durante más de medio año, esta coalición ha ensayado, en Rusia, decenas de métodos y ha

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

fracasado. *O bien* (*), finalmente, todo el Poder a los proletarios y a los *campesinos pobres* (*) contra la burguesía y para vencer la resistencia de ésta. Esto no se ha ensayado aun y de esto es de lo que vosotros, señores de "Nóvaia Zhisn", *disuadís* al pueblo, atemorizándolo con vuestro propio temor a la burguesía. No vale querer cavilar una cuarta solución» (*Lenin*, t. XXI. pág. 275).

Tales son los hechos.

Usted *elude* «hábilmente» todos estos hechos y acontecimientos tomados de la historia de la preparación de la Revolución de Octubre, *descarta* «hábilmente» de la historia del bolchevismo la *lucha* de los bolcheviques durante el período de preparación de la Revolución de Octubre contra las *vacilaciones* y la política *oportunista* de los «propietarios campesinos», aposentados por aquel entonces en los Soviets, *entierra* «hábilmente» la consigna de Lenin sobre la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres, imaginándose al mismo tiempo que esto no es *violentar* la historia, *violentar* el leninismo.

Por estas citas, cuyo número podría ampliarse, debiera usted comprender, camarada Pokrovski, que los bolcheviques tomaban como punto de partida, después de febrero de 1917, no los campesinos en conjunto, sino su parte más pobre, que marchaban hacia la Revolución de Octubre no bajo la *vieja* consigna de la dictadura del proletariado y de los campesinos, sino bajo la *nueva* consigna de la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres.

De esto se desprende que los bolcheviques mantenían esta consigna en la lucha contra las vacilaciones y la política oportunista de los Soviets, contra las vacilaciones y la política oportunista de cierta parte de los campesinos, aposentados en los Soviets, contra las vacilaciones y la política oportunista de ciertos partidos de la democracia pequeñoburguesa, cuyos nombres son: el partido socialrevolucionario y el partido menchevique.

De lo dicho se desprende que, sin la nueva consigna de la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres, no habríamos podido agrupar un ejército político lo suficientemente poderoso, capaz de sobreponerse a la política oportunista de los socialrevolucionarios y mencheviques, neutralizar las vacilaciones de una cierta parte de los campesinos, derribar el Poder de la burguesía y hacer posible, de este modo, el llevar a su término la revolución burguesa.

De esto se desprende que «marchamos hacia la Revolución de Octubre y triunfamos en ella en unión de los campesinos pobres, frente a la resistencia de los kulaks (también campesinos) y a las vacilaciones de los campesinos medios» (V. mi respuesta al camarada Yan-sky).

Por tanto, en abril de 1917 y en todo el período de preparación de la Revolución de Octubre tenía razón Lenin y no Kámenev; y usted, camarada Pokrovski, al resucitar ahora el kamenevismo, aparece en una compañía muy poco envidiable.

2) En contraposición a cuanto queda expuesto, cita usted las pala-

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

bras de Lenin según las cuales en Octubre de 1917 tomamos el Poder apoyados por los campesinos *en conjunto*. Que tomamos el Poder apoyados hasta *cierto* punto por los campesinos en conjunto, es absolutamente exacto. Pero se olvida usted de añadir una «pequeñez»: los campesinos *en conjunto* nos apoyaron en Octubre y después de Octubre solamente *en tanto que* llevábamos a su término la revolución burguesa. Esto es una «pequeñez» muy importante, que decide la cuestión de que aquí se trata. «Olvidarse» de una «pequeñez» tan importante, enturbiando con ello una cuestión importantísima, es, camarada Pokrovski, inadmisible en un bolchevique.

De su carta se desprende que usted *contrapone* las palabras de Lenin sobre el apoyo de los campesinos *en conjunto* a la consigna del Partido sobre «la dictadura del proletariado y de los campesinos *pobres*», consigna dada también por Lenin. Mas, para poder contraponer estas palabras de Lenin a las citas de sus obras reproducidas más arriba, para poder refutar fundadamente las anteriores citas de Lenin sobre la consigna de la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres con las palabras del propio Lenin, citadas por usted, sobre los campesinos en conjunto, habría que demostrar, por lo menos, dos cosas:

Primero. Habría que demostrar que el llevar a su término la revolución burguesa era lo *fundamental* en la Revolución de Octubre. Lenin entiende que llevar a su término la revolución burguesa era un producto «derivado» de la Revolución de Octubre, que cumplió este cometido «de pasada». Habría, ante todo, que refutar esta tesis de Lenin y demostrar que lo *fundamental* en la Revolución de Octubre no era el derrocamiento del Poder de la burguesía y el paso del Poder al proletariado, sino llevar a su término la revolución burguesa. Pruebe usted a demostrar esto, camarada Pokrovski y, si lo consigue, entonces estaré dispuesto a reconocer que la consigna del Partido, de abril a octubre de 1917, no fué la de la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres, sino la de la dictadura del proletariado y de los campesinos. Por su carta, se ve que no considera usted posible afrontar esta más que arriesgada empresa, aunque intente demostrar «de pasada» que en una de las cuestiones más importantes de la Revolución de Octubre, en la cuestión de la paz, nos apoyaron, al parecer, *todos* los campesinos en bloque. Esto es, claro está, falso. Esto es completamente falso, camarada Pokrovski. En la cuestión de la paz, se embrolla usted situándose en un punto de vista vulgar. En realidad, la cuestión de la paz era entonces, para nosotros, la cuestión del Poder, pues sólo con el paso del Poder a manos del proletariado era posible salir de la guerra imperialista. Se ha olvidado usted, sin duda, de las palabras de Lenin cuando dice que «sólo es posible poner fin a la guerra con el paso del Poder a otra clase», que «el decir ¡abajo la guerra! no significa tirar el fusil, sino hacer pasar el Poder a otra clase». (Véase el discurso de *Lenin* en

la Conferencia de la ciudad de Petrogrado, en abril de 1917, t. XX, págs. 181 y 178).

Así, pues, una de dos: o tiene usted que demostrar que lo *fundamental* en la Revolución de Octubre era llevar a su término la revolución burguesa, o no demuestra usted eso, en cuyo caso cae de su propio peso la conclusión de que, en Octubre, los campesinos *en conjunto* sólo podían apoyarnos *en tanto que* llevábamos a su término la revolución burguesa.

Segundo. Tendría usted que demostrar que los bolcheviques podían lograr el apoyo de los campesinos *en conjunto*, en Octubre y después de Octubre, *en tanto que* llevaban a su término la revolución burguesa, *sin* aplicar sistemáticamente la consigna de la dictadura del proletariado y de los campesinos *pobres* durante todo el período de preparación de la Revolución de Octubre, *sin* mantener una lucha sistemática contra la política oportunista de los partidos pequeñoburgueses, lucha que se derivaba de esta consigna, *sin* el desenmascaramiento sistemático de las vacilaciones de ciertas capas campesinas y de sus representantes dentro de los Soviets, desenmascaramiento que se desprendía de la misma consigna. Pruebe usted a demostrar esto, camarada Pokrovski. En efecto, ¿por qué conseguimos asegurarnos el apoyo de los campesinos *en conjunto*, en Octubre y después de Octubre? Porque pudimos llevar a su término la revolución burguesa. ¿Y por qué pudimos hacerlo? Porque conseguimos derribar el Poder burgués y sustituirlo por el Poder del proletariado, el único capaz de llevar a su término la revolución burguesa. ¿Y por qué conseguimos derribar el Poder de la burguesía e instaurar el Poder del proletariado? Porque realizamos la preparación de la Revolución de Octubre bajo la consigna de la dictadura del proletariado y de los campesinos *pobres;* porque, partiendo de esta consigna, mantuvimos una lucha sistemática contra la política oportunista de los partidos pequeñoburgueses; porque, partiendo de esta consigna, mantuvimos una lucha sistemática contra las vacilaciones de los campesinos medios dentro de los Soviets; porque *sólo con esta consigna* podíamos vencer las vacilaciones de los campesinos medios, acabar con la política oportunista de los partidos pequeñoburgueses y agrupar un ejército político capaz de mantener la lucha por el paso del Poder a manos del proletariado. Huelga demostrar que sin estas condiciones previas, que determinaron la suerte de la Revolución de Octubre, no habríamos podido conseguir el apoyo de los campesinos *en conjunto* ni en Octubre ni después de Octubre.

He ahí cómo es necesario comprender, camarada Pokrovski, la fusión de las guerras campesinas con la revolución proletaria.

He ahí por qué el *contraponer* el apoyo prestado por los campesinos en conjunto en Octubre y después de Octubre al hecho de la preparación de la Revolución de Octubre bajo la consigna de la dictadura del proletariado y de los campesinos *pobres*, significa *no comprender nada del leninismo.*

Su error fundamental consiste en que usted, camarada Pokrovski, no ha comprendido ni el hecho del entrelazamiento, en el curso de la Revolución de Octubre, de las tareas *socialistas* con las tareas consistentes en llevar a cabo la revolución *burguesa*, ni la mecánica de la realización de las diversas reivindicaciones de la Revolución de Octubre derivadas de la segunda consigna estratégica del Partido sobre la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres.

Leyendo su carta, podría uno pensar que no fuimos nosotros los que pusimos a los campesinos al servicio de la revolución proletaria, sino que, por el contrario, fueron los «campesinos en conjunto», incluyendo a los kulaks, los que pusieron a su servicio a los bolcheviques. ¡Mal andarían las cosas para los bolcheviques, si tan fácilmente «se pusiesen» al servicio de las clases no proletarias!

El kamenevismo del período de abril de 1917: he ahí lo que le ata a usted los pies, camarada Pokrovski.

3) Afirma usted que Stalin no ve diferencia alguna entre la situación de 1905 y la situación de febrero de 1917. Esto, naturalmente, no es serio. Yo no he dicho ni podía decir eso. Lo único que yo decía en mi carta es que la consigna del Partido sobre la dictadura del proletariado y de los campesinos, formulada en 1905, había sido confirmada por la Revolución de Febrero de 1917. Y esto es, naturalmente, exacto. Así era, en efecto, como presentaba Lenin la situación en su artículo titulado «Campesinos y obreros», en agosto de 1917:

«Sólo el proletariado y los campesinos pueden derribar la monarquía: tal era la definición fundamental, en aquel tiempo [es decir, en 1905, *J. St.*], de nuestra política de clase. Y esta definición era exacta. *Los meses de febrero y marzo de 1917 lo confirmaron una vez más*» (*) (*Lenin*, t. XXI, pág. 111).

Lo que usted busca, camarada desmesuradamente «dialéctico», es armar camorra.

4) Intenta usted asimismo sorprender a Stalin en contradicciones, oponiendo a su tesis sobre la actitud oportunista de los campesinos medios *antes de Octubre* una cita tomada de su folleto «En torno a las cuestiones del leninismo», en la que se habla de la posibilidad de edificar el socialismo en unión de los campesinos medios *después de la consolidación de la dictadura del proletariado*. No hace falta esforzarse mucho para demostrar cuán absolutamente anticientífica es esa identificación de dos fenómenos distintos. El campesino medio de antes de Octubre, cuando estaba en el Poder la burguesía, y el campesino medio de después de la consolidación de la dictadura del proletariado, cuando la burguesía está ya expropiada, cuando la cooperación se ha desarrollado y los medios fundamentales de producción están concentrados en manos del proletariado, son dos cosas distintas. Identificar estas dos clases de

(*) Subrayado por mí. (*J. St.*)

campesinos medios y situarlos en el mismo plano, significa enfocar los fenómenos desconectados de la situación histórica y perder toda perspectiva. Es algo por el estilo de la manera zinovievista de hacer citas embrollando todas las fechas y todas las épocas. Si a esto se le llama «dialéctica revolucionaria», hay que reconocer que el camarada Pokrovski ha batido todos los records del virtuosismo de las triquiñuelas «dialécticas».

5) No trato de las demás cuestiones por considerarlas ya esclarecidas en mi correspondencia con el camarada Yan-sky.

20 mayo 1927.

EL CARACTER INTERNACIONAL DE LA REVOLUCION DE OCTUBRE

EN EL X ANIVERSARIO DE OCTUBRE

La Revolución de Octubre no es sólo una revolución circunscrita «a un marco nacional». Es, ante todo, una revolución de tipo internacional, de tipo mundial, pues representa un viraje radical en la historia de la humanidad, un viraje del viejo mundo, del mundo capitalista, al mundo nuevo, al mundo socialista.

En el pasado, las revoluciones acababan, generalmente, con la sustitución de un grupo de explotadores por otro grupo de explotadores en el timón del gobierno. Cambiaban los explotadores, pero la explotación continuaba. Así ocurrió en la época de los movimientos libertadores de los esclavos. Así ocurrió en la época de las sublevaciones de los siervos. Así ocurrió en la época de las conocidas «grandes» revoluciones de Inglaterra, Francia y Alemania. No me refiero a la Comuna de París, que fué el primer intento del proletariado—glorioso y heroico, pero, con todo, un intento fallido—de hacer virar la historia contra el capitalismo.

La Revolución de Octubre se distingue *por principio* de estas revoluciones. Se propone como objetivo no la sustitución de una forma de explotación por otra forma de explotación, de un grupo de explotadores por otro grupo de explotadores, sino la supresión de toda clase de explotación del hombre por el hombre, la supresión de todos y cada uno de los grupos de explotadores, la instauración de la dictadura del proletariado, la instauración del Poder de la clase más revolucionaria entre todas las clases oprimidas que han existido hasta hoy, la organización de la nueva sociedad socialista sin clases.

Es precisamente por esto por lo que el *triunfo* de la Revolución de Octubre marca un cambio radical en la historia de la humanidad, un cambio radical en los destinos históricos del capitalismo mundial, un cambio radical en el movimiento de liberación del proletariado mundial, un cambio radical en los métodos de lucha y en las formas de organización, en los hábitos de vida y en las tradiciones, en la cultura y en la ideología de las masas explotadas del mundo entero.

En esto reside la base de por qué la Revolución de Octubre es una revolución de tipo internacional, de tipo mundial.

Y en esto radica también la profunda simpatía que sienten por la Revolución de Octubre las clases oprimidas de todos los países, que ven en ella la garantía de su liberación.

Podrían señalarse una serie de cuestiones fundamentales en las que la Revolución de Octubre ejerce una influencia sobre el desarrollo del movimiento revolucionario del mundo entero.

1. La Revolución de Octubre se caracteriza, ante todo, por haber roto el frente del imperialismo mundial, haber derribado la burguesía imperialista en uno de los mayores países capitalistas y haber colocado en el Poder al proletariado socialista.

La clase de los asalariados, la clase de los perseguidos, la clase de los oprimidos y de los explotados se elevó *por vez primera* en la historia de la humanidad a la posición de clase *dominante*, contagiando con su ejemplo a los proletarios de todos los países.

Esto significa que la Revolución de Octubre *abrió* una nueva época, la época de las revoluciones *proletarias* en los países del *imperialismo*.

Despojó a los terratenientes y capitalistas de los instrumentos y medios de producción, convirtiéndolos en propiedad colectiva y contraponiendo de este modo la propiedad socialista a la propiedad burguesa. Con ello, evidenció la mentira de los capitalistas de que la propiedad burguesa es inviolable, sagrada, eterna.

Arrancó el Poder a la burguesía, privó de los derechos políticos a la burguesía, destruyó la máquina del Estado burgués y entregó el Poder a los Soviets, contraponiendo de este modo al parlamentarismo burgués, como democracia *capitalista*, el Poder socialista de los Soviets, como democracia *proletaria*. Tenía razón Lafargue al decir, ya en 1887, que, al día siguiente de la revolución, «todos los antiguos capitalistas serían privados de los derechos electorales». Con ello, la Revolución de Octubre evidenció la mentira de los socialdemócratas de que hoy es posible el tránsito pacífico hacia el socialismo por la senda del parlamentarismo burgués.

Pero la Revolución de Octubre no se detuvo ni podía detenerse aquí. Después de destruir lo viejo, lo burgués, emprendió la construcción de lo nuevo, de lo socialista. Los diez años transcurridos de Revolución de Octubre son diez años de edificación del Partido, de los sindicatos, de los Soviets, de la cooperación, de las organizaciones culturales, del transporte, de la industria, del Ejército Rojo. Los éxitos indiscutibles alcanzados por el socialismo en la U.R.S.S. en el frente de la edificación han demostrado claramente que el proletariado *puede* gobernar con éxito el país *sin* burguesía y *en contra* de la burguesía, *puede* construir con éxito la industria *sin* burguesía y *en contra* de la burguesía, *puede* dirigir con éxito toda la economía nacional *sin* burguesía y *en contra* de la burguesía, *puede* construir con éxito el socialismo, a pesar del cerco capitalista. La vieja «teoría» de que los explotados no pueden arreglárselas sin los explotadores, al modo como la cabeza y las otras partes

del cuerpo no pueden arreglárselas sin el estómago, no es patrimonio exclusivo de Menenio Agripa, el célebre senador romano de que nos habla la historia antigua. Esta «teoría» es hoy la piedra angular de la «filosofía» política de la socialdemocracia en general y de la política socialdemócrata de *coalición* con la burguesía imperialista en particular. Esta «teoría», que ha revestido el carácter de un prejuicio, es actualmente uno de los obstáculos más serios con que tropieza el desarrollo revolucionario del proletariado de los países capitalistas. Uno de los resultados más importantes de la Revolución de Octubre es el hecho de haber asestado el golpe de gracia a esta falsa «teoría».

¿Es que hace falta todavía demostrar que estos resultados, y otros semejantes, de la Revolución de Octubre no han podido ni pueden dejar de ejercer una influencia grande sobre el movimiento revolucionario de la clase obrera de los países capitalistas?

Hechos tan notorios para todo el mundo como el incremento progresivo del comunismo en los países capitalistas, como el acrecentamiento de las simpatías de los proletarios de todos los países hacia la clase obrera de la U.R.S.S. y, por último, la afluencia de delegaciones obreras al País de los Soviets, indican de un modo indiscutible que la semilla lanzada por la Revolución de Octubre empieza ya a dar sus frutos.

2. La Revolución de Octubre hizo estremecerse al imperialismo no sólo en los centros de su dominación, no sólo en las «metrópolis». Fué también un golpe contra la retaguardia del imperialismo, contra su periferia, minando la dominación del imperialismo en los países coloniales y dependientes.

Al derrocar a los terratenientes y a los capitalistas, la Revolución de Octubre rompió las cadenas de la opresión nacional-colonial y libertó de ellas a todos los pueblos oprimidos del vasto imperio, sin excepción. El proletariado no puede libertarse sin libertar a los pueblos oprimidos. Rasgo característico de la Revolución de Octubre es el hecho de haber llevado a cabo, en la U.R.S.S., estas revoluciones nacional-coloniales no bajo la bandera de la hostilidad nacional y de los choques entre las naciones, sino bajo la bandera de la confianza mutua y de la amistad fraternal entre los obreros y los campesinos de las nacionalidades de la U.R.S.S., no en nombre del *nacionalismo*, sino en nombre del *internacionalismo*.

Precisamente por esto, porque en nuestro país las revoluciones nacional-coloniales se llevaron a cabo bajo la dirección del proletariado y bajo la bandera del internacionalismo, precisamente por esto, los pueblos parias, los pueblos esclavos, se han elevado *por vez primera* en la historia de la humanidad a la condición de pueblos *verdaderamente* libres y *verdaderamente* iguales, contagiando con su ejemplo a los pueblos oprimidos del mundo entero.

Esto significa que la Revolución de Octubre *abrió* una nueva época, una época de revoluciones *coloniales*, que se llevan a efecto *en los paí-*

ses oprimidos del mundo *en alianza* con el proletariado, *bajo la dirección* del proletariado.

Antes, «solía» creerse que el mundo estaba dividido desde tiempos inmemoriales en razas inferiores y superiores, en negros y blancos, de los cuales los primeros no son aptos para la civilización y están condenados a ser objeto de explotación, mientras que los segundos son los únicos exponentes de la civilización, llamados a explotar a los primeros. Hoy, esta leyenda hay que considerarla como destruída y desechada. Uno de los resultados más importantes de la Revolución de Octubre es el hecho de haber asestado el golpe de gracia a esta leyenda, demostrando en la práctica que los pueblos no europeos liberados y atraídos al cauce del desarrollo soviético son capaces de impulsar una cultura *realmente* avanzada y una civilización *realmente* avanzada, no inferior en modo alguno a la de los pueblos europeos.

Antes, «solía» creerse que el único método para liberar a los pueblos oprimidos era el método del *nacionalismo burgués*, el método de separar a las naciones unas de otras, el método de desunirlas, el método de acentuar la hostilidad nacional entre las masas trabajadoras de distintas naciones. Hoy, esta leyenda hay que considerarla como refutada. Uno de los resultados más importantes de la Revolución de Octubre es el hecho de haber asestado el golpe de gracia a esta leyenda, demostrando en la práctica la posibilidad y la conveniencia del método *proletario, internacional*, de liberación de los pueblos oprimidos, como el único método acertado, demostrando en la práctica la posibilidad y la conveniencia de una *alianza fraternal* entre los obreros y campesinos de los más diversos pueblos sobre los principios del *libre consentimiento* y del *internacionalismo*. La existencia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, prototipo de la futura unificación de los trabajadores de todos los países en una sola economía mundial, no puede por menos de servir de prueba directa de esto.

No hace falta decir que estos resultados y otros semejantes de la Revolución de Octubre no podían ni pueden dejar de ejercer una influencia grande sobre el movimiento revolucionario en los países coloniales y dependientes. Hechos como el incremento del movimiento revolucionario de los pueblos oprimidos en China, en la Indonesia, en la India, etc., y el acrecentamiento de la simpatía de estos pueblos hacia la U.R.S.S., lo indican de un modo indiscutible.

Los tiempos en que se podía explotar y oprimir tranquilamente a las colonias y países dependientes *han pasado*.

Ha comenzado la era de las revoluciones libertadoras en las colonias y en los países dependientes, la era del despertar *del proletariado* de estos países, la era de su *hegemonía* en la revolución.

3. Al arrojar la semilla de la revolución tanto en los centros del imperialismo como en su retaguardia, al debilitar la potencia del imperialismo en las «metrópolis» y al hacer estremecerse su dominación en

las colonias, la Revolución de Octubre ha puesto en tela de juicio la existencia misma del capitalismo mundial *en su conjunto*.

Si, bajo las condiciones del imperialismo, el desarrollo espontáneo del capitalismo se ha transformado—en virtud de su desigualdad, en virtud del carácter inevitable de los conflictos y de los choques armados y, por último, en virtud de la carnicería imperialista sin precedentes—en un proceso de descomposición y agonía del capitalismo, la Revolución de Octubre y, como resultado de ésta, la separación de un país enorme del sistema mundial del capitalismo, no podían por menos de acelerar este proceso, minando paso a paso las bases mismas del imperialismo mundial.

Más aún. La Revolución de Octubre, al socavar el imperialismo, creó, al mismo tiempo, con la primera dictadura proletaria, una *base* potente y abierta para el movimiento revolucionario mundial, base que este movimiento *no había tenido jamás* antes y en la que ahora puede apoyarse. Creó un *centro* abierto y potente para el movimiento revolucionario mundial, centro que *no había tenido jamás* antes y en torno al cual puede ahora adquirir cohesión ese movimiento, organizando el *frente único revolucionario de los proletarios y de los pueblos oprimidos de todos los países contra el imperialismo*.

Esto significa, en primer lugar, que la Revolución de Octubre infirió una herida de muerte al capitalismo mundial, herida de la que éste no se repondrá jamás. Y por eso precisamente el capitalismo no volverá jamás a reconquistar aquel «equilibrio» y aquella «estabilidad» que tenía antes de Octubre. El capitalismo podrá estabilizarse parcialmente, podrá racionalizar su producción, entregar el gobierno del país al fascismo, acosar temporalmente a la clase obrera, pero no volverá jamás a disfrutar aquella «tranquilidad» y aquella «seguridad», aquel «equilibrio» y aquella «estabilidad» de que hacía gala antes, pues la crisis del capitalismo mundial ha alcanzado un grado tal de desarrollo, que la hoguera de la revolución se encenderá inevitablemente, ya en los centros del imperialismo, ya en la periferia, haciendo trizas los remiendos capitalistas y aproximando día tras día la caída del capitalismo. Punto por punto como en la conocida fábula: «si saca el rabo, se le queda dentro el hocico; si saca el hocico, se le queda dentro el rabo».

Esto significa, en segundo lugar, que la Revolución de Octubre elevó a una cierta altura la fuerza y la importancia, la valentía y la voluntad combativa de las clases oprimidas del mundo entero, obligando a las clases dominantes a tenerlas en cuenta como *un nuevo* e importante factor. Hoy, ya no se puede considerar a las masas trabajadoras del mundo como una «multitud ciega» que vaga en las tinieblas y carece de horizontes, ya que la Revolución de Octubre ha encendido el faro que les alumbra el camino y les señala las perspectivas. Si antes no había una tribuna *universal* abierta, desde la que se pudieran manifestar y plasmar los anhelos y las aspiraciones de las clases oprimidas, hoy esta tribuna existe

y es la primera dictadura proletaria. ¿Es que se puede dudar de que la destrucción de esta tribuna envolvería para mucho tiempo la vida político-social de los «países adelantados» en las sombras de una desenfrenada reacción negra? No puede negarse que el solo hecho de la existencia del «Estado bolchevique» pone un freno a las fuerzas negras de la reacción y facilita a las clases oprimidas la lucha por su liberación. Y es esto precisamente lo que explica ese odio bestial que los explotadores de todos los países sienten contra los bolcheviques. La historia se repite, aunque sobre bases nuevas. Lo mismo que antiguamente, en la época de la caída del *feudalismo*, la palabra «jacobino» provocaba en los aristócratas de todos los países un sentimiento de horror y repugnancia, hoy, en la época de la caída del *capitalismo*, la palabra «bolchevique» provoca también un sentimiento de horror y repugnancia en los países burgueses. Y a la inversa, así como antes el asilo y la escuela de los representantes revolucionarios de la *burguesía* ascensional era París, hoy el asilo y la escuela de los representantes revolucionarios del *proletariado* ascensional es Moscú. El odio contra los jacobinos no salvó al feudalismo del derrumbamiento. ¿Es que se puede dudar de que el odio contra los bolcheviques no salvará tampoco al capitalismo de su aplastamiento inevitable?

La era de la «estabilidad» del capitalismo *ha pasado*, arrastrando consigo la leyenda de la inamovilidad del orden burgués.

Ha comenzado la era del hundimiento del capitalismo.

4. La Revolución de Octubre no es sólo una revolución en el campo de las relaciones económicas y político-sociales. Es, al mismo tiempo, una revolución en los cerebros, una revolución en la ideología de la clase obrera. La Revolución de Octubre surgió y se consolidó bajo la bandera del marxismo, bajo la bandera de la idea de la dictadura del proletariado, bajo la bandera del leninismo, que es el marxismo de la época del imperialismo y de las revoluciones proletarias. Representa, por tanto, el triunfo del marxismo sobre el reformismo, el triunfo del leninismo sobre el socialdemocratismo, el triunfo de la Tercera sobre la Segunda Internacional.

La Revolución de Octubre abrió un abismo infranqueable entre el marxismo y el socialdemocratismo, entre la política del leninismo y la política del socialdemocratismo. Antes, *hasta el triunfo de la dictadura del proletariado*, la socialdemocracia podía alardear con la bandera del marxismo, sin negar abiertamente la idea de la dictadura del proletariado, pero sin hacer tampoco nada, absolutamente nada, por acercar la realización de esta idea, pues esta actitud de la socialdemocrcia no suponía amenaza alguna para el capitalismo. Entonces, en aquel período, la socialdemocracia se confundía formalmente, o casi se confundía, con el marxismo. Hoy, *después del triunfo de la dictadura del proletariado*, cuando todos han visto con claridad meridiana *adónde* conduce el marxismo y *qué* puede significar su triunfo, la socialdemocracia ya no

puede alardear con la bandera del marxismo, ya no puede coquetear con la idea de la dictadura del proletariado, sin crear un cierto peligro para el capitalismo. Después de haber roto hace ya mucho tiempo con el espíritu del marxismo, se ha visto obligada a romper también con la bandera del marxismo, enfrentándose abierta y francamente contra el fruto del marxismo, contra la Revolución de Octubre, contra la primera dictadura del proletariado que ha habido en el mundo. Ahora, tenía que desligarse y se desligó, en efecto, del marxismo, ya que, en las condiciones actuales, no es posible llamarse marxista sin apoyar abierta e íntegramente la primera dictadura del proletariado que ha habido en el mundo, sin librar una lucha revolucionaria contra la burguesía propia, sin crear las condiciones para el triunfo de la dictadura del proletariado en el país propio. Entre la socialdemocracia y el marxismo se ha abierto un abismo. Desde ahora, el *único* portador y baluarte del marxismo es el leninismo, el comunismo.

Pero las cosas no han parado aquí. Después de deslindar los campos entre la socialdemocracia y el marxismo, la Revolución de Octubre fué más allá, arrojando a aquélla al campo de los defensores directos del capitalismo *contra* la primera dictadura proletaria que ha habido en el mundo. Cuando señores como los Adler y Bauer, los Wells y Levy, los Longuet y Blum denigran el «régimen soviético», ensalzando la «democracia» parlamentaria, quieren decir con ello que luchan y seguirán luchando *en pro* de la restauración del orden capitalista en la U.R.S.S., *en pro* del mantenimiento de la esclavitud capitalista en los Estados «civilizados». El socialdemocratismo actual es el *puntal ideológico* del capitalismo. Lenin tenía razón una y mil veces cuando decía que los actuales políticos socialdemócratas son los «verdaderos agentes de la burguesía dentro del movimiento obrero, los lugartenientes obreros de la clase capitalista» y que, en «la guerra civil entre el proletariado y la burguesía», se colocarían inevitablemente «al lado de los versalleses contra los comuneros». *No se puede acabar con el capitalismo sin acabar con el socialdemocratismo dentro del movimiento obrero.* Por eso, la era de la agonía del capitalismo es, al mismo tiempo, la era de la agonía del socialdemocratismo dentro del movimiento obrero. La gran importancia de la Revolución de Octubre reside, entre otras cosas, en que representa el triunfo inevitable del leninismo sobre el socialdemocratismo dentro del movimiento obrero mundial.

La era de la dominación de la Segunda Internacional y del socialdemocratismo dentro del movimiento obrero *ha pasado.*

Ha comenzado la era de la dominación del leninismo y de la Tercera Internacional.

«Pravda», núm. 255,
6-7 noviembre 1927.

EN EL FRENTE DEL TRIGO

DE UNA ENTREVISTA CELEBRADA CON LOS ESTUDIANTES DEL INSTITUTO DE PROFESORES ROJOS, DE LA ACADEMIA COMUNISTA Y DE LA UNIVERSIDAD SVERDLOV, EL 28 DE MAYO DE 1928

PREGUNTA.—*¿Qué debe considerarse como lo fundamental, en nuestras dificultades en cuanto al problema del trigo? ¿Dónde está la solución de estas dificultades? ¿Cuáles deben ser las conclusiones en relación con estas dificultades, en lo que se refiere al ritmo de desarrollo de nuestra industria en general, y en particular desde el punto de vista de la correlación entre la industria ligera y la industria pesada?*

RESPUESTA.—A primera vista, podría parecer que nuestras dificultades en cuanto al trigo son puramente casuales, fruto simplemente de una mala planificación y de una serie de errores cometidos en el terreno de los balances económicos. Pero sólo a primera vista. En realidad, las causas de estas dificultades son mucho más profundas. No cabe la menor duda de que la mala planificación y los errores cometidos en cuanto a los balances económicos han desempeñado aquí un papel de considerable importancia. Pero querer explicarlo todo por la mala planificación y por los errores fortuitos sería caer en el más profundo error. Sería erróneo menospreciar la significación y la importancia de la planificación. Pero aún más erróneo sería exagerar la importancia de los planes, creyendo que hemos llegado ya a esa fase de desarrollo en que cabe planearlo y regularlo todo. Conviene no olvidar que, además de los elementos que caen dentro de la órbita de acción de nuestros planes, hay, en nuestra economía nacional, otros elementos que se salen, por ahora, de esa órbita de acción y hay, finalmente, clases hostiles a nosotros, a las que no se puede vencer pura y simplemente a fuerza de planes del órgano estatal de planificación. He aquí por qué yo entiendo que no se puede reducir todo a simples causas fortuitas, a errores de planificación, etc.

¿Dónde está, pues, la base de nuestras dificultades en el frente del trigo?

La base de nuestras dificultades en cuanto al aprovisionamiento de trigo está en que la producción de trigo para el mercado se desarrolla, en nuestro país, con mayor lentitud que la demanda de trigo. Crece la industria. Crece el número de obreros. Crecen las ciudades. Crecen, finalmente, las regiones productoras de primeras materias industriales (algodón, lino, remolacha, etc.), y con ellas crece la demanda de trigo en el mercado. Todo esto hace que aumenten rápidamente las necesidades de

trigo, de trigo mercantil. Pero la producción de trigo para el mercado aumenta con un ritmo mortal por su lentitud. No se puede decir que la cantidad de trigo almacenado y puesto a disposición del Estado en el año actual haya sido menor que la del año pasado o la del anterior. Lejos de ello, el Estado ha hecho durante este año mucho más acopio de trigo que en los años anteriores. Y sin embargo, tropezamos con dificultades en el aprovisionamiento de trigo. He aquí algunas cifras. En el año 1925-1926 pudimos reunir, hasta el 1 de abril, 434 millones de puds de trigo (*). De ellos, exportamos 123 millones de puds. Se quedaron en el país, por tanto, 311 millones de puds de trigo almacenado. En el año 1926-1927, reunimos, hasta el 1 de abril, 596 millones de puds, de los cuales exportamos 153 millones. Se quedaron, por tanto, en el país 443 millones de puds de trigo acopiado. En 1927-1928, el trigo reunido hasta el 1 de abril alcanzaba la cifra de 576 millones de puds. De ellos, se exportaron 27 millones de puds, quedándose en el país 549 millones de puds de trigo almacenado. Dicho en otros términos: hasta el 1 de abril del año actual, disponíamos, para cubrir las necesidades del país, de 100 millones de puds de trigo más que el año pasado y de 230 millones de puds más que el anterior. Pues bien; a pesar de todo, tenemos este año dificultades en el frente del trigo.

Ya he dicho en uno de mis informes que estas dificultades han sido explotadas por los elementos capitalistas del campo y, sobre todo, por los kulaks, para minar la política económica de los Soviets. No ignoráis que el Poder Soviético ha tomado una serie de medidas encaminadas a acabar con los manejos antisoviéticos de los kulaks. Por eso, no me detendré a examinarlas. Lo que aquí me interesa es otra cuestión. Me refiero a la cuestión de las causas a que responde ese desarrollo lento de la producción de trigo para el mercado, a la cuestión de por qué la producción de trigo para el mercado se desarrolla en nuestro país más lentamente que la demanda de trigo, a pesar de haberse sobrepasado ya el nivel de la superficie de siembra de antes de la guerra y el de la producción global de trigo.

En efecto, ¿acaso no es un hecho que hemos sobrepasado ya el nivel de la superficie de siembra de antes de la guerra? Sí, es un hecho. ¿Acaso no es un hecho que la producción global de cereales había llegado ya el año pasado al nivel de la producción de antes de la guerra, o sea a 5.000 millones de puds? Sí, es un hecho. ¿Cómo explicarse, entonces, que a pesar de estas dos circunstancias, sólo produzcamos la mitad de trigo que producíamos antes para el mercado y que exportemos veinte veces menos trigo que antes de la guerra? La explicación está, ante todo y fundamentalmente, en que ha cambiado la estructura de nuestra agricultura, como resultado de la Revolución de Octubre, con el paso de la gran explotación agrícola de los terratenientes y los kulaks.

(*) Un pud equivale a 16 kgs. *(N. de la E.)*

que producía la mayor cantidad de trigo para el mercado, a la pequeña y mediana economía campesina, que produce una cantidad menor de trigo mercantil. Ya el solo hecho de que antes de la guerra existiesen de 15 a 16 millones de economías campesinas individuales, mientras que actualmente existen de 24 a 25 millones de economías campesinas, indica que la base fundamental de nuestra agricultura es la pequeña economía campesina, que produce un mínimo de trigo para el mercado. La fuerza de la gran economía agrícola, sea de grandes terratenientes, de kulaks o colectiva, consiste en que la gran economía puede aplicar maquinaria agrícola, aprovecharse de los descubrimientos de la ciencia, emplear abonos, elevar la productividad del trabajo y producir, por tanto, la máxima cantitad de trigo para el mercado. Y, por el contrario, el defecto de la pequeña economía campesina consiste en que se halla privada o casi privada de la posibilidad de utilizar estos elementos, por cuya razón produce casi exclusivamente para el consumo del propio productor, lanzando una cantidad muy pequeña de productos al mercado. Tomemos, por ejemplo, los koljoses y los sovjoses. Estos producen el 47,2 por 100 de su producción global de trigo para el mercado. Dicho de otro modo, producen más trigo para el mercado que las economías de los terratenientes de antes de la guerra. ¿Y las economías pequeñas y medianas? Estas sólo producen, en total, un 11,2 por 100 del volumen global de su producción de trigo para el mercado. Como veis, la diferencia es bastante elocuente.

Citaré algunas cifras que indican cuál era la estructura de la producción de trigo en el pasado, en el período de antes de la guerra, y cuál es actualmente, en el período posterior a la Revolución de Octubre. Estas cifras han sido suministradas por el miembro de la Oficina Central de Estadística, camarada Nemchínov. Como advierte en su informe dicho camarada, estas cifras no pretenden ser absolutamente exactas y nos permiten sacar, únicamente, deducciones aproximadas. Pero, a pesar de todo, bastan para comprender la diferencia que hay entre el período de antes de la guerra y el período posterior a la Revolución de Octubre, desde el punto de vista de la estructura de la producción de trigo en general y de la producción de trigo para el mercado en particular. (v. el cuadro en la pág. siguiente.)

¿Qué nos dice este cuadro estadístico?

Nos dice, en primer lugar, que la producción de la gran masa de cereales ha pasado de los terratenientes y de los kulaks a los campesinos pobres y medios. Esto indica que los pequeños y medianos campesinos, después de haberse librado totalmente del yugo de los terratenientes y de haber quebrantado, en lo fundamental, la fuerza de los kulaks, han obtenido la posibilidad de mejorar muy considerablemente su situación material. Esto es el fruto de la Revolución de Octubre. Es aquí donde se revela, ante todo, la ventaja decisiva que las grandes masas campesinas han obtenido de la Revolución de Octubre.

	Produc. global de cereales		Trigo para el mercado, es decir, para el consumo fuera del campo		
	en millones de puds	en %	en millones de puds	en %	% para el mercado
Antes de la guerra:					
1. Terratenientes	600	12,0	281,6	21,6	47,0
2. Kulaks	1.900	38,0	650,0	50,0	34,0
3. Campesinos medios y pobres.	2.500	50,0	369,0	28,4	14.7
Total	5.000	100,0	1.300,6	100,0	26,0
En 1926—1927:					
1. Sovjoses y koljoses	80	1,7	37,8	6,0	47,2
2. Kulaks	617	13,0	126,0	20,0	20,0
3. Campesinos medios y pobres.	4.052	85,3	466,2	74,0	11,2
Total	4.749	100,0	630,0	100,0	13,3

Nos dice, en segundo lugar, que los principales poseedores de trigo para el mercado, en nuestro país, son los pequeños campesinos y, sobre todo, los campesinos medios. Lo cual significa que, como resultado de la Revolución de Octubre, la U.R.S.S. se ha convertido no sólo desde el punto de vista de la producción global de trigo, sino también desde el punto de vista de la producción de trigo para el mercado, en un país de pequeña economía campesina, y el campesino medio en la «figura central» de la agricultura.

Nos dice, en tercer lugar, que la liquidación de la gran economía agrícola de los terratenientes, la reducción de la gran economía agrícola de los kulaks a menos de la tercera parte y el paso a la pequeña economía campesina, que representa tan sólo el 11 por 100 del trigo destinado para el mercado, tenía forzosamente que conducir, como en efecto ha conducido—por la ausencia de gran producción colectiva un poco desarrollada en materia de cereales (koljoses y sovjoses)—a un brusco descenso de la producción de trigo para el mercado, comparada con la de antes de la guerra. Es un hecho que hoy, a pesar de haber alcanzado el nivel de producción global de trigo de antes de la guerra, sólo contamos con la mitad de trigo para el mercado.

He ahí dónde reside la causa fundamental de nuestras dificultades en el frente del trigo.

He ahí por qué nuestras dificultades en cuanto al aprovisionamiento de trigo no se pueden considerar como algo meramente casual.

No cabe duda de que ha desempeñado también un cierto papel

negativo el hecho de que nuestras organizaciones comerciales asumiesen el deber innecesario de abastecer de trigo a una serie de pequeñas y medianas ciudades, lo cual forzosamente tenía que disminuir, hasta cierto punto, las reservas de trigo del Estado. Pero no hay razón para dudar de que la base de nuestras dificultades en el frente del trigo no es esta circunstancia, sino el hecho del desarrollo lento de la producción de nuestra agricultura para el mercado, en contraste con el desarrollo intensivo de la demanda de trigo mercantil.

¿Dónde está la solución del problema?

Hay quienes creen que la solución del problema está en volver al régimen de los kulaks, al desarrollo y al florecimiento de la economía agraria del kulak. Quienes así piensan no se atreven a hablar de volver al régimen económico de los terratenientes, sin duda porque creen que es peligroso hablar de estas cosas en nuestros tiempos. Pero sí hablan con gran complacencia de la necesidad de desarrollar por todos los medios la economía agraria de los kulaks en interés... del Poder Soviético. Estas gentes piensan que el Poder Soviético puede apoyarse, al mismo tiempo, en dos clases opuestas: en la clase de los kulaks, cuyo principio económico es la explotación de la clase obrera, y en la clase de los obreros, cuyo principio económico es acabar con toda explotación. Es un cubileteo digno de reaccionarios. No merece la pena pararse a demostrar que estos «planes» reaccionarios no tienen nada que ver con los intereses de la clase obrera, con los principios del marxismo ni con las tareas del leninismo. Esta palabrería acerca de que el kulak «no es peor» que el capitalista de la ciudad, de que el kulak no representa, ni mucho menos, un peligro mayor del que representa en la ciudad el nepman (*) y de que, por lo tanto, no tenemos por qué «temer» ahora a los kulaks, son vacuas charlatanerías liberales, que adormecen la vigilancia de la clase obrera y de las grandes masas campesinas. No se debe olvidar que si en la industria podemos oponer al pequeño capitalista de la ciudad la gran industria socialista, que nos suministra las nueve décimas partes de toda la masa de producción de artículos industriales, a las grandes haciendas de los kulaks en el campo sólo podemos oponer hoy, en el plano de la producción, unos koljoses y unos sovjoses débiles aún, que producen ocho veces menos trigo que las economías de los kulaks. No comprender la importancia de la gran economía agrícola de los kulaks, no comprender que la importancia relativa de los kulaks, en el campo, es cien veces mayor que la importancia relativa de los capitalistas en la industria, equivale a perder el sentido común, a romper con el leninismo y a pasarse al campo de los enemigos de la clase obrera.

¿Dónde está, pues, la solución del problema?

1) La solución está, ante todo, en pasar de las pequeñas economías campesinas, atrasadas y diseminadas, a las grandes economías asociadas,

(*) «Nepman»: Patrono privado, comerciante, especulador, del primer período de la Nep. *(N. del T.)*

colectivas, dotadas de maquinaria, pertrechadas con las ventajas de la ciencia y capaces de producir la máxima cantidad de trigo para el mercado. La solución está en pasar de la economía campesina individual a la explotación agrícola colectiva, social.

Lenin exhortó al Partido a organizar koljoses ya en los primeros días de la Revolución de Octubre. Desde entonces, nuestro Partido no ha cesado de propagar la idea de los koljoses. Sin embargo, este llamamiento no ha encontrado eco entre las masas hasta estos últimos tiempos. Esto se explica, ante todo, por el hecho de que el gran desarrollo que han adquirido en el campo las sociedades cooperativas ha preparado el cambio de espíritu producido en los campesinos a favor de los koljoses, y la existencia de una serie de koljoses, que dan ya hoy una cosecha de 150 a 200 puds por hectárea y que lanzan del 30 al 40 por 100 de su producción de cereales al mercado, ha venido a impulsar con fuerza a los campesinos pobres y a las capas inferiores de los campesinos medios hacia los koljoses. Otra circunstancia que ha influído también bastante en esto es que sólo en estos últimos tiempos el Estado se ha encontrado en condiciones de financiar seriamente el movimiento koljosiano. Sabido es que en el año actual el Estado ha invertido en ayudar a los koljoses doble cantidad de fondos que en el año anterior (más de 60 millones de rublos). El XV Congreso del Partido estaba completamente en lo cierto al reconocer que han madurado ya las condiciones para un movimiento koljosiano de masas y que el fortalecimiento del movimiento koljosiano es uno de los medios más importantes para elevar en nuestro país el volumen de producción de cereales para el mercado.

En 1927, la producción global de cereales en los koljoses ascendió, según los datos de la Oficina Central de Estadística, a no menos de 55 millones de puds, con un 30 por 100, como promedio, de cereales lanzados al mercado. La creciente ola de organización de nuevos koljoses y el desarrollo de los antiguos, iniciada a comienzos de este año, deben dar un aumento considerable de la producción de trigo de los koljoses al terminar el año actual. La tarea consiste en mantener el ritmo actual de desarrollo del movimiento koljosiano, en agrandar los koljoses, en eliminar los koljoses ficticios, sustituyéndolos por koljoses efectivos, y en establecer un régimen en virtud del cual los koljoses entreguen a las organizaciones del Estado y de las cooperativas todo el trigo que produzcan para el mercado, bajo la amenaza de privarles de las subvenciones y de los créditos del Estado. Creo que, sujetándonos a estas condiciones, podremos conseguir que, a la vuelta de tres o cuatro años, los koljoses nos suministren de 40 a 50 millones de puds de trigo para el mercado.

A veces, se contrapone el movimiento koljosiano al movimiento cooperativo, creyendo indudablemente que los koljoses son una cosa y la cooperación otra. Esto es, naturalmente, falso. Hay quienes llegan, incluso, a contraponer los koljoses al plan de cooperación de Lenin. Huelga decir que esta contraposición no guarda ni la menor relación

con la verdad. En realidad, los koljoses son una modalidad de la cooperación, la modalidad más relevante de las cooperativas de producción. Hay cooperativas de consumo, cooperativas de venta y cooperativas de producción. Los koljoses constituyen una parte integrante, inseparable del movimiento cooperativo en general y del plan leninista de cooperación en particular. Llevar a la práctica el plan de cooperación de Lenin supone elevar a los campesinos de las cooperativas de consumo y de venta a las cooperativas de producción, a la cooperación koljosiana, por decirlo así. Así se explica, entre otras razones, que los koljoses comenzasen a surgir y a desarrollarse en nuestro país sólo como resultado del desarrollo y del fortalecimiento de las cooperativas de consumo y de distribución.

2) La solución está, en segundo lugar, en desarrollar y consolidar los viejos sovjoses, organizando y desarrollando otros nuevos y potentes. La producción global del trigo en los sovjoses actualmente existentes ascendió en 1927, según los datos de la Oficina Central de Estadística, a no menos de 45 millones de puds, con un 65 por 100 de producción para el mercado. Es indudable que, con un cierto apoyo por parte del Estado, los sovjoses podrían aumentar considerablemente la producción de trigo. Pero la tarea no se limita a esto. Según la decisión del Poder Soviético, en zonas de tierras no parceladas, deberán organizarse nuevos sovjoses potentes (de 10.000 a 30.000 hectáreas cada uno), que den al cabo de cinco o seis años, 100 millones de puds de trigo para el mercado. La organización de estos sovjoses se ha abordado ya. Su tarea consiste en llevar a la práctica, cueste lo que cueste, esta decisión del Poder Soviético. Creo que, a condición de que se cumplan dichas tareas, de aquí a tres o cuatro años podríamos sacar de los viejos y los nuevos sovjoses de 80 a 100 millones de puds de trigo para el mercado.

3) La solución está, finalmente, en elevar sistemáticamente el rendimiento de las cosechas de las economías campesinas individuales pequeñas y medianas. Nosotros no podemos ni debemos ayudar a las grandes economías individuales de los kulaks. Pero sí podemos y debemos ayudar a las pequeñas economías individuales de los campesinos pobres y medios, elevando su rendimiento y orientándolas hacia los cauces de la organización cooperativa. Es ésta una tarea antigua, proclamada por nosotros con especial insistencia ya en 1921, al sustituir el régimen de contingentación por el impuesto en especie. Esta tarea fué ratificada por nuestro Partido en el XIV y en el XV Congresos. La importancia de esta tarea resalta ahora, ante las dificultades con que tropezamos en el frente del trigo. Por eso, debe ser cumplida con la misma tenacidad que las dos tareas anteriores: la referente a los koljoses y la referente a los sovjoses.

Todos los datos indican que, a la vuelta de pocos años, se podría elevar el rendimiento de la cosecha de las economías campesinas en un 15 ó un 20 por 100. Actualmente, se emplean en nuestro país no menos

de 5 millones de arados primitivos. Sólo con sustituir éstos por arados con reja de hierro, conseguiríamos aumentar en proporciones muy considerables la producción de trigo en el país. Y no digamos dotando a las economías campesinas de un mínimo de abonos, de semillas seleccionadas, de maquinaria pequeña, etc. El sistema de la contratación, el método de celebrar contratos con aldeas y pueblos enteros a base de dotarlos de semillas, etc., obligándose ellos a entregar una determinada cantidad de cereales; este método es el mejor medio para elevar el rendimiento de la cosecha de las economías campesinas y atraer a los campesinos a los cauces de la cooperación. Creo que, si trabajamos seriamente en este sentido, de aquí a tres o cuatro años podremos hacer que las economías campesinas individuales pequeñas y medianas aporten, por lo menos, 100 millones de puds de trigo más para el mercado.

Es decir, que si todas estas tareas se cumplen, a la vuelta de tres o cuatro años podríamos tener a disposición del Estado de 200 a 250 millones más de puds de trigo para el mercado, cantidad poco más o menos suficiente para maniobrar como es debido, tanto dentro como fuera del país.

Tales son, en sus rasgos fundamentales, las medidas necesarias para vencer las dificultades existentes en el frente del trigo.

Combinar estas medidas fundamentales con las medidas puestas ya en práctica para mejorar la planificación en cuanto al abastecimiento del campo en mercancías, eximiendo a nuestras organizaciones comerciales del deber de abastecer de trigo a toda una serie de ciudades pequeñas y medianas: tal es la tarea que actualmente se nos plantea.

¿No convendría adoptar, a la par con estas medidas, toda otra serie de diversas medidas, como, por ejemplo, la de amortiguar el ritmo de desarrollo de nuestra industria, que hoy provoca una demanda intensiva de trigo, más intensiva que la producción de trigo para el mercado? No; no conviene. ¡En modo alguno! Amortiguar el ritmo de desarrollo de la industria significaría debilitar a la clase obrera, pues cada paso de avance que damos en el desarrollo de la industria, cada nueva fábrica, cada nuevo establecimiento industrial, representa, según la expresión de Lenin, una «nueva fortaleza» de la clase obrera, que afianza las posiciones de ésta en la lucha contra las tendencias caóticas pequeñoburguesas y contra los elementos capitalistas de nuestra economía. Por el contrario, debemos mantener el ritmo actual de desarrollo de la industria y debemos, en cuanto se nos presente la ocasión, acelerarlo, para llenar de mercancías el campo y sacar de él más trigo, para dotar a la agricultura, y sobre todo a los koljoses y sovjoses, de maquinaria, para industrializar la agricultura y elevar el contingente comercial de su producción.

¿No sería, tal vez, conveniente, para mayor «precaución», frenar el desarrollo de la industria pesada y hacer de la industria ligera, que produce, fundamentalmente, para el mercado campesino, la base de nuestra industria? ¡En modo alguno! Esto sería un suicidio; sería minar

toda nuestra industria, incluyendo la misma industria ligera. Esto equivaldría a renunciar a la consigna de la industrialización de nuestro país, a convertir a nuestro país en un apéndice del sistema de la economía capitalista. Al decir esto, partimos de las conocidas tesis fundamentales trazadas por Lenin en el IV Congreso de la Internacional Comunista y que son incondicionalmente obligatorias para todo nuestro Partido. He aquí lo que decía a este propósito Lenin, en el IV Congreso de la Internacional Comunista:

«La salvación de Rusia no está solamente en una buena cosecha en el campo —esto no basta—; ni está sólo en el buen estado de la industria ligera, que abastece a los campesinos de artículos de consumo—esto tampoco basta—; necesitamos, además, una industria *pesada*».

Y en otro pasaje:

«Economizamos en todo, hasta en escuelas. Y esto debe ser así, porque sabemos que sin salvar la industria pesada, sin restaurarla, no podremos construir ninguna clase de industria, y sin ésta pereceremos en absoluto como país independiente» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 349, «Cinco años de revolución rusa y las perspectivas de la revolución mundial»).

Estas indicaciones de Lenin no deben olvidarse.

¿Cómo repercutirán las medidas indicadas sobre la alianza de los obreros con los campesinos? Yo creo que estas medidas no harán más que facilitar el fortalecimiento de la alianza entre los obreros y los campesinos. En efecto, si los koljoses y los sovjoses se desarrollan con ritmo acelerado; si, como resultado de la ayuda directa prestada a los campesinos pequeños y medios, aumenta la cosecha en sus economías y la cooperación abarca a masas cada vez más extensas de campesinos; si el Estado obtiene nuevos cientos de millones de puds de cereales para el mercado, que necesita a fin de maniobrar con ellos; si, como fruto de todas estas medidas y de otras análogas, se va teniendo a raya a los kulaks y se les va eliminando gradualmente, ¿no es evidente que con ello se irán suavizando cada vez más las contradicciones entre la clase obrera y los campesinos dentro de la alianza de los obreros con los campesinos, irá desapareciendo la necesidad de aplicar medidas extraordinarias para el aprovisionamiento de trigo, las grandes masas campesinas irán afluyendo más y más a las formas colectivas de cultivo y la lucha por vencer a los elementos capitalistas en el campo tomará un carácter cada vez más de masas y más organizado? ¿No es evidente que, con estas medidas, la alianza entre los obreros y los campesinos sólo puede salir ganando?

Conviene tener presente, sin embargo, que la alianza entre los obreros y los campesinos, bajo el régimen de la dictadura del proletariado, no es una alianza pura y simple. Es una forma especial de la alianza de clase entre la clase obrera y las masas trabajadoras del campo, que se propone como objetivo: a) fortalecer las posiciones de la clase obrera; b) asegurar el papel dirigente de la clase obrera dentro de esta alianza; c) destruir las clases y la sociedad de clases. Toda otra interpretación

de la alianza entre los obreros y los campesinos es oportunismo, menchevismo, socialrevolucionarismo; cualquier cosa menos marxismo, menos leninismo.

¿Cómo conciliar la idea de la alianza entre los obreros y los campesinos con la conocida tesis de Lenin de que los campesinos son «la última clase capitalista»? ¿No hay en esto una contradicción? Hay, simplemente, una contradicción aparente, imaginaria. En realidad, no hay contradicción alguna. En el informe hecho ante el III Congreso de la Internacional Comunista, en el que caracteriza a los campesinos «como la última clase capitalista», Lenin razona una y otra vez la necesidad de una alianza entre los obreros y los campesinos, declarando que «el principio supremo de la dictadura es mantener la alianza entre el proletariado y los campesinos, para que el proletariado pueda conservar el papel dirigente y el poder estatal». Es evidente que Lenin no veía en esto, desde luego, ninguna contradicción.

¿Cómo se debe interpretar la tesis de Lenin de que los campesinos son «la última clase capitalista»? ¿Quiere esto decir que la masa campesina esté formada por capitalistas? No; no quiere decir eso. Quiere decir, en primer lugar, que los campesinos son una clase especial, cuya economía se basa en la propiedad privada sobre los instrumentos y medios de producción y que, por tanto, se distingue de la clase proletaria, cuya economía se basa en la propiedad colectiva sobre los instrumentos y medios de producción. Quiere decir, en segundo lugar, que los campesinos son una clase de cuyo seno brotan, nacen y se nutren los capitalistas, los kulaks y todo género de explotadores.

Y esta circunstancia ¿no es un obstáculo invencible para la organización de una alianza de obreros y campesinos? No, no lo es. La alianza del proletariado con los campesinos, bajo las condiciones de la dictadura del proletariado, no es una alianza con todos los campesinos. La alianza del proletariado con los campesinos es la alianza de la clase obrera con las masas trabajadoras del campo. Y esta alianza no puede llevarse a cabo sin luchar contra los elementos capitalistas del campo, sin luchar contra los kulaks. Esta alianza no puede ser sólida sin organizar a los campesinos pobres, que son el puntal de la clase obrera en el campo. Por eso, bajo las actuales condiciones de la dictadura del proletariado, la alianza de los obreros y campesinos sólo puede realizarse con arreglo a la conocida consigna de Lenin: apoyarse en los campesinos pobres, establecer una sólida alianza con los campesinos medios y no cejar ni un momento en la lucha contra los kulaks. Sólo poniendo en práctica esta consigna, podremos conseguir traer a las grandes masas campesinas a los cauces de la edificación del socialismo.

Como veis, la contradicción entre las dos fórmulas de Lenin no es más que una contradicción aparente, supuesta. En realidad, no hay tal contradicción.

LENIN Y LA CUESTION DE LA ALIANZA CON LOS CAMPESINOS MEDIOS

RESPUESTA AL CAMARADA S. (*)

Camarada S.:

Es falso que la consigna de Lenin de «saber llegar a un acuerdo con los campesinos medios, sin cejar ni un minuto en la lucha contra los kulaks y apoyándose firmemente sólo en los campesinos pobres», consigna lanzada en su conocido artículo sobre Pitirim Sorokin, fuese la consigna del «período de los Comités de campesinos pobres», la consigna del «final del período de la llamada neutralización de los campesinos medios». *Es absolutamente falso.* Los Comités de campesinos pobres fueron creados en junio de 1918. Hacia fines de octubre de 1918, teníamos ya en el campo superioridad de fuerzas sobre los kulaks, y los campesinos medios habían dado un *viraje* hacia el Poder Soviético. Sobre la base de este viraje fué, en efecto, como surgió la decisión del Comité Central de acabar con la dualidad de poderes entre los Soviets y los Comités de campesinos pobres, de proceder a la reelección de los Soviets de distrito y de aldea, de refundir los Comités de campesinos pobres con los Soviets de nueva elección y, consiguientemente, de liquidar aquéllos. La aplicación de este acuerdo por los Soviets fué aprobada, como es sabido, el 9 de noviembre de 1918, en el VI Congreso de los Soviets. Me refiero al decreto del VI Congreso de los Soviets, de 9 de noviembre de 1918, sobre las nuevas elecciones a los Soviets de distrito y de aldea y sobre la refundición de los Comités de campesinos pobres con los Soviets. ¿Y cuándo apareció el artículo de Lenin titulado «Las preciosas confesiones de Pitirim Sorokin», donde, en vez de la consigna de neutralizar a los campesinos medios, lanzaba la de llegar a un acuerdo con ellos? Apareció el 21 de noviembre de 1918, es decir, casi dos semanas *después* de aquel decreto del VI Congreso de los Soviets. En este artículo, Lenin dice claramente que la política de llegar a un acuerdo con los campesinos medios responde al *viraje* de éstos para pasarse a nuestro lado. He aquí las palabras de Lenin:

«En el campo, nuestra misión consiste en acabar con los terratenientes, en aplastar la resistencia de los explotadores y de los kulaks especuladores; para

(*) Se reproduce algo extractada. *(J. St.)*

cso, *sólo* podemos apoyarnos firmemente en los semiproletarios, en los campesinos pobres. Pero el campesino medio no es enemigo nuestro. Ha vacilado, vacila y seguirá vacilando; la tarea de influir sobre los vacilantes *no es la misma* que la de aniquilar a los explotadores y la de vencer a los enemigos activos. Saber llegar a un acuerdo con los campesinos medios, sin cejar ni un minuto en la lucha contra los kulaks y apoyándose firmemente sólo en los campesinos pobres: tal es la tarea del momento actual, pues es ahora precisamente cuando el *viraje de los campesinos medios hacia nosotros es inevitable* (*) en virtud de las causas expuestas más arriba» (*Lenin*, t. XXIII, pág. 294, «Las preciosas confesiones de Pitirim Sorokin»).

¿Y qué se deduce de esto?

Pues de esto se deduce que la consigna de Lenin no se refiere al período *antiguo*, al período de los Comités de campesinos pobres y de la neutralización de los campesinos medios, sino al *nuevo* período, al período del acuerdo con éstos. Esa consigna refleja, por tanto, no el *final* del período antiguo, sino el *comienzo* del nuevo.

Pero la afirmación de usted acerca de la consigna de Lenin no es falsa solamente desde el punto de vista formal, en el aspecto cronológico, por decirlo así, sino que es falsa también en cuanto a su esencia. Es sabido que la consigna de Lenin sobre el acuerdo con los campesinos medios, como consigna nueva, fué proclamada como consigna de nuestro Partido en su VIII Congreso (marzo de 1919). Es sabido que el VIII Congreso del Partido fué, por esto mismo, el Congreso que echó las bases de nuestra política de alianza firme con los campesinos medios. Es sabido que en el VIII Congreso del Partido fué aprobado también nuestro programa, el programa del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S. Y es sabido que en este programa se contienen algunos puntos especiales acerca de la actitud del Partido ante los diversos grupos existentes en el campo: los campesinos pobres, los campesinos medios y los kulaks. ¿Qué se dice en estos puntos del programa del P.C.(b) de la U.R.S.S. sobre los grupos sociales en el campo y sobre las relaciones del Partido con ellos? Oíd:

«Para toda su labor en el campo, el Partido Comunista de Rusia seguirá *apoyándose*, como hasta aquí, *en las capas proletarias y semiproletarias de la aldea;* las organizará, ante todo, como fuerza independiente, creando células del Partido en la aldea, organizaciones de campesinos pobres, un tipo especial de sindicatos de proletarios y semiproletarios del campo, etc., estrechando por todos los medios sus lazos con el proletariado de la ciudad y arrancándolas a la influencia de la burguesía del campo y de los intereses pequeñoburgueses.

Respecto a los kulaks, a la burguesía de la aldea, la política del Partido Comunista de Rusia consistirá *en luchar resueltamente contra sus tentativas explotadoras, en aplastar su resistencia contra la política soviética.*

Respecto a los campesinos medios, la política del Partido Comunista de Rusia consistirá en atraerlos paulatina y sistemáticamente a la labor de la construcción socialista. El Partido se traza como objetivo apartarlos de los kulaks, atraerlos al lado de la clase obrera prestando una atención solícita a sus necesidades,

(*) Todos los subrayados son míos. (*J. St.*)

luchando contra su atraso por medio de medidas de influencia ideológica, y en modo alguno con medidas de coacción, aspirando, en todos los casos que afecten a sus intereses vitales, a llegar a *acuerdos prácticos con ellos*, haciéndoles concesiones en cuanto a la fijación de los métodos de aplicación de reformas socialistas» (*) (Actas taquigráficas del VIII Congreso del P. C. (b) de Rusia, pág. 396).

¡Intente usted descubrir la más pequeña diferencia, aunque sea una diferencia puramente verbal, entre estos puntos del programa y la consigna de Lenin! No descubrirá usted esa diferencia, por la sencilla razón de que no existe. Más aún. No puede caber la menor duda de que la consigna de Lenin no sólo no contradice los acuerdos del VIII Congreso sobre los campesinos medios, sino que, por el contrario, es la formulación más precisa y más acertada de ellos. Y es un hecho que el programa del P.C.(b) de la U.R.S.S. fué aprobado en marzo de 1919, en el VIII Congreso del Partido, donde se discutió especialmente la cuestión de los campesinos medios, y el artículo de Lenin contra Pitirim Sorokin, donde se proclamó la consigna de llegar a un acuerdo con los campesinos medios, se publicó en la prensa en noviembre de 1918, cuatro meses antes del VIII Congreso.

¿Acaso no es evidente que el VIII Congreso del Partido *confirmó por entero y plenamente* la consigna de Lenin, proclamada en su artículo contra Pitirim Sorokin, como la consigna que el Partido estaba obligado a *seguir* para toda su labor en el campo *en todo el período actual de la construcción socialista?*

¿Dónde está la sal de la consigna de Lenin?

La sal de la consigna de Lenin está en que destaca con maravilloso acierto la *triple* tarea de la labor del Partido en el campo, expresada en una fórmula concisa: a) *apoyarse* en los campesinos pobres; b) llegar a un *acuerdo* con los campesinos medios; c) no cejar ni un minuto en la *lucha* contra los kulaks. Intente usted tomar de esta fórmula una de sus partes, como base para la labor en el campo en este momento dado, dejando a un lado las demás, y se verá indefectiblemente en un callejón sin salida. ¿Acaso se puede, en las condiciones de la fase actual de la edificación socialista, llegar a un acuerdo efectivo y sólido con los campesinos medios sin apoyarse en los campesinos pobres y sin luchar contra los kulaks? No; no se puede. ¿Acaso se puede, en las condiciones de la fase actual de desarrollo, luchar eficazmente contra los kulaks sin apoyarse en los campesinos pobres y sin llegar a un acuerdo con los campesinos medios? No, no se puede. ¿Es que cabe expresar con mayor acierto, en una fórmula sintética, esta triple tarea de la labor del Partido en el campo? Yo creo que la consigna de Lenin es la expresión más acertada de esta tarea. Hay que reconocer que no se sabría expresar esto mejor de lo que lo ha hecho Lenin . . .

¿Por qué es necesario subrayar la oportunidad de la consigna de

(*) Subrayado por mí. *(I. St.)*

Lenin *precisamente ahora*, precisamente *en las actuales condiciones* de la actuación en el campo?

Porque es precisamente ahora cuando se advierte en algunos camaradas la tendencia a desmembrar la *triple* tarea de la labor del Partido en el campo y a desglosar las partes que la integran. Así lo confirma plenamente la experiencia de nuestra campaña de aprovisionamiento de cereales en enero-febrero del año actual. Que es necesario llegar a un acuerdo con los campesinos medios, lo saben todos los bolcheviques. Lo que no todos saben es cómo hay que llegar a este acuerdo. Unos piensan llegar a un acuerdo con los campesinos medios renunciando a luchar contra los kulaks o amortiguando esta lucha, por temor a que la lucha contra los kulaks pueda asustar a una parte de los campesinos medios, a los más acomodados. Otros piensan llegar a un acuerdo con los campesinos medios renunciando a trabajar para organizar a los campesinos pobres o amortiguando este trabajo, por temor a que la organización de los campesinos pobres conduzca a que éstos se aislen y a que este aislamiento pueda asustar y apartar de nosotros a los campesinos medios. Y, como resultado de estas desviaciones contra la línea acertada, se llega a olvidar la tesis marxista de que los campesinos medios son una clase vacilante, de que el acuerdo con los campesinos medios sólo puede ser sólido a condición de que se luche resueltamente contra los kulaks y se intensifique el trabajo entre los campesinos pobres, de que sin estas condiciones el campesino medio puede inclinarse hacia el kulak como hacia una fuerza. Recuerde usted las palabras pronunciadas por Lenin en el VIII Congreso del Partido:

«Es necesario fijar la actitud ante una clase que *no tiene una firme posición definida* (*). El proletariado en masa es partidario del socialismo, y la burguesía en masa está en contra del socialismo; definir la relación entre estas dos clases es fácil. Pero, cuando nos enfrentamos con una capa social como la de los campesinos medios, vemos que *ésta es una clase que vacila*. El campesino medio es en parte propietario y en parte trabajador. No explota a otros elementos trabajadores. Se ha visto obligado decenas de años a defender su situación con mayores sacrificios, ha experimentado en su pelleja la explotación de los terratenientes y de los capitalistas, lo ha padecido todo, pero, al mismo tiempo, es propietario. Por eso, nuestra actitud ante esta clase vacilante presenta enormes dificultades» (Actas taquigráficas del VIII Congreso del P.C.(b) de Rusia, pág. 346).

Pero hay, además, otras desviaciones contra la línea justa, no menos peligrosas que las anteriores. Hay quienes luchan contra los kulaks, pero de un modo tan torpe y tan absurdo, que los golpes van a descargar sobre los campesinos medios y pobres. Como resultado de esto, el kulak resulta indemne, la causa de la alianza con los campesinos medios sale quebrantada y una parte de los campesinos pobres cae temporalmente en las garras de los kulaks, que luchan para socavar la política soviética. Y se dan también casos en los que la lucha contra los kulaks se intenta

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

convertir en supresión de los kulaks y la labor de aprovisionamiento de cereales en sistema de contingentación, olvidando que, en las condiciones actuales, la supresión de los kulaks es una estupidez y que el sistema de contingentación no significa la alianza con los campesinos medios, sino la lucha contra ellos.

¿De dónde provienen estas desviaciones contra la línea del Partido?

De no comprender que la triple tarea de la labor del Partido en el campo es una tarea *única* e *indivisible*. De no comprender que *no se puede desglosar* la tarea de la lucha contra los kulaks de la tarea de llegar a un acuerdo con los campesinos medios y que, a su vez, ambas tareas son inseparables de la de convertir a los campesinos pobres en el puntal del Partido en el campo (*).

¿Qué hay que hacer para que estas tareas no se disocien unas de otras en el transcurso de nuestra actuación diaria en el campo?

Para esto, es necesario, por lo menos, dar una consigna de dirección que condense todas estas tareas en una fórmula común y que, por tanto, no permita que se disocien unas de otras.

(*) De donde se deduce que las desviaciones contra la línea acertada producen dos clases de peligros para la causa de la alianza de los obreros y campesinos: uno es el de aquellos que pretenden convertir las medidas extraordinarias, que podemos denominar temporales, para el aprovisionamiento de cereales, en el rumbo permanente o, por lo menos, en un rumbo largo del Partido, y otro el de aquellos que pretenden aprovecharse de la derogación de estas medidas extraordinarias para dejar sueltos a los kulaks, para proclamar la plena libertad de comercio, sin la regulación de éste por los órganos del Estado. Por eso, para garantizar la línea acertada hay que luchar en dos frentes.

Aprovecho la ocasión para advertir que nuestra prensa no se ajusta siempre a esta norma, dando, a veces, pruebas de cierta unilateralidad. Suele ocurrir, por ejemplo, que se desenmascare a quienes pretenden convertir las medidas extraordinarias para el aprovisionamiento de cereales, que tienen carácter temporal, en el rumbo permanente de nuestra política, poniendo con ello en peligro la causa de la alianza. Y eso está muy bien. Lo que no está bien, y es falso, es que, a la par que se hace eso, no se ponga la necesaria atención en desenmascarar como es debido a quienes ponen en peligro la causa de la alianza por el otro flanco, en desenmascarar a quienes se entregan a las tendencias caóticas pequeñoburguesas y exigen que se amortigüe la lucha contra los elementos capitalistas del campo y se implante la plena libertad de comercio, sin la intervención reguladora del Estado, socavando de este modo la causa de la alianza por el otro flanco. Esto ya no está bien. Esto es no ver más que un lado de la cuestión.

También suele ocurrir que se desenmascare a quienes niegan, digamos, la posibilidad y la conveniencia de elevar las pequeñas y medianas economías campesinas individuales, que son, en la fase actual, la base de la agricultura. Esto está muy bien. Lo que ya no está bien, y es falso, es que a la par con esto, no se desenmascare a quienes rebajan la importancia de los koljoses y los sovjoses y no ven que la tarea de elevar las economías campesinas individuales pequeñas y medianas debe complementarse con la tarea práctica de fomentar la organización de koljoses y sovjoses. Esto es ya no ver más que un lado de la cuestión.

Para garantizar la línea acertada, es necesario luchar *en los dos frentes* y desprenderse de toda unilateralidad.

¿Existe en el arsenal de nuestro Partido semejante fórmula, semejante consigna?

Sí, existe. Esta fórmula es la consigna de Lenin: «saber llegar a un acuerdo con los campesinos medios, sin cejar ni un minuto en la lucha contra los kulaks y apoyándose firmemente sólo en los campesinos pobres».

He aquí por qué yo entiendo que esta consigna es la más conveniente y amplia y que es necesario destacar en primer plano esta consigna, *precisamente ahora, precisamente bajo las actuales condiciones* del trabajo en el campo.

Usted considera la consigna de Lenin como una consigna «de oposición» y pregunta en su carta: «*¿Cómo pudo ocurrir que... esta consigna de oposición se publicase en «Pravda» el 1 de mayo de 1928..., cómo puede explicarse la publicación de esta consigna en las columnas de «Pravda», órgano del C.C. del P.C.(b) de la U.R.S.S.? ¿Se trata, simplemente, de un descuido técnico o constituye una transacción con la oposición respecto a la cuestión de los campesinos medios?*» Hay que reconocer que no se para usted en barras. Y, sin embargo, no haría usted mal en proceder con cautela, camarada S., para que su celo no le llevase a usted a la conclusión de que debió *prohibirse* la publicación de nuestro programa, en el cual se confirma plenamente la tesis de Lenin (¡es un hecho!), programa elaborado fundamentalmente por Lenin (¡que no militaba, ni mucho menos, en la oposición!) y aprobado por el VIII Congreso del Partido (¡que tampoco era un órgano de la oposición!). ¡Más respeto para los conocidos puntos de nuestro programa sobre los grupos sociales del campo! ¡Más respeto para los acuerdos del VIII Congreso del Partido sobre los campesinos medios!... Por lo que se refiere a su frase sobre la «transacción con la oposición repecto a la cuestión de los campesinos medios», creo que esta frase no merece la pena de ser refutada; es una frase que se le ha escapado a usted, tal vez, en su acaloramiento.

Al parecer, le desconcierta a usted el hecho de que en la consigna de Lenin y en el programa del P.C.(b) de la U.R.S.S., aprobado en el VIII Congreso, se hable de llegar a un *acuerdo* con los campesinos medios, siendo así que, en su discurso de apertura del VIII Congreso, Lenin habló de una *alianza sólida* con ellos. Tal vez vea usted en esto una especie de contradicción. Posiblemente se incline usted, incluso, a suponer que la política de *acuerdo* con los campesinos medios es algo por el estilo de un apartamiento de la política de *alianza* con ellos. Esto es falso, camarada S. Esto es un gran error. Eso sólo pueden pensarlo quienes leen la letra de las consignas, pero son incapaces de comprender su sentido. Eso sólo pueden pensarlo quienes no conocen la historia de la consigna de la alianza, del acuerdo con los campesinos medios. Eso sólo pueden pensarlo quienes son capaces de suponer que Lenin, al

preconizar en su discurso de apertura del VIII Congreso la política de una «sólida alianza» con los campesinos medios, *se apartaba* de sí mismo, al declarar en otro discurso suyo *en el mismo* Congreso y en el programa del Partido, aprobado en el VIII Congreso, que lo que ahora necesitamos es la política de un «acuerdo» con los campesinos medios.

¿Dónde está el quid de la cuestión? El quid de la cuestión está en que ni Lenin ni el Partido, representado por el VIII Congreso, ven *ninguna diferencia* entre la idea del «acuerdo» y la idea de «alianza». El quid de la cuestión está en que Lenin emplea en todas partes, en todos sus discursos ante el VIII Congreso, las ideas de «alianza» y «acuerdo» como *equivalentes*. Otro tanto hay que decir de la resolución del VIII Congreso «Sobre la actitud ante el campesino medio», en la que igualmente se emplean las ideas de «acuerdo» y «alianza» como *equivalentes*. Y como Lenin y el Partido no consideran la política del acuerdo con los campesinos medios como una política casual y fugaz, sino como una política *duradera*, tenían y tienen todas las razones para denominar la política del acuerdo con los campesinos medios una política de sólida alianza con ellos, y, viceversa, la política de sólida alianza con los campesinos medios como una política de acuerdo con ellos. No hay más que leer las actas taquigráficas del VIII Congreso del Partido y la resolución de este mismo Congreso sobre los campesinos medios, para convencerse de esto.

He aquí un fragmento del discurso de Lenin en el VIII Congreso:

«Con mucha frecuencia, por la inexperiencia de los funcionarios de los Soviets y por las dificultades del problema, los golpes que iban destinados a los kulaks se descargaban sobre los campesinos medios. En este punto, hemos cometido gravísimos errores. La experiencia reunida en este respecto nos ayudará a hacer todo lo posible para evitar esto en lo sucesivo. La tarea que tenemos planteada no es una tarea teórica, sino práctica. Sabéis perfectamente bien que se trata de una tarea difícil. No disponemos de bienes que ofrecer al campesino medio, y éste es materialista, hombre práctico, y exige bienes materiales concretos, bienes que ahora no podemos darle y de los cuales el país tendrá que prescindir aún, tal vez, durante meses de dura lucha, lucha que ya hoy nos augura una victoria completa. Pero podemos hacer mucho en la práctica de nuestra administración; podemos mejorar nuestro aparato y corregir una enorme cantidad de abusos. Podemos y debemos enderezar y corregir la línea de nuestro Partido, que no tiende suficientemente *al bloque, a la alianza, al acuerdo* (*) con los campesinos medios» (Actas taquigráficas del VIII Congreso del P.C.(b) de Rusia, págs. 24-25).

Como usted ve, Lenin no distingue entre «acuerdo» y «alianza».

He aquí ahora un fragmento de la resolución del VIII Congreso «Sobre la actitud ante el campesino medio»:

«Confundir a los campesinos medios con los kulaks, hacer extensiva a aquéllos, en mayor o menor grado, las medidas dirigidas contra los kulaks significa infringir del modo más grave no sólo todos los decretos del Poder Soviético y toda su política, sino además todos los principios fundamentales del comunismo, que seña-

(*) Subrayado por mí. *(S. St.)*

lan el *acuerdo* del proletariado con los campesinos medios, durante el período de la lucha decisiva del proletariado por el derrocamiento de la burguesía, como una de las condiciones para el tránsito indoloro hacia la abolición de toda explotación.

Los campesinos medios, que tienen raíces económicas relativamente fuertes, por razón del atraso de la técnica agraria con respecto a la técnica industrial, hasta en los países capitalistas más adelantados, y no digamos en Rusia, subsistirán durante un tiempo bastante largo, después que comience la revolución proletaria. Por eso, la táctica de los funcionarios de los Soviets en el campo, al igual que la de los militantes del Partido, deberá contar con un *largo período de colaboración* con los campesinos medios...

...Por tanto, una política plenamente acertada del Poder Soviético en el campo garantizará *la alianza y el acuerdo* del proletariado triunfante con los campesinos medios...

...La política del Gobierno obrero y campesino y del Partido Comunista deberá seguir inspirándose también en lo sucesivo en este *espíritu de acuerdo* del proletariado y de los campesinos pobres con los campesinos medios» (*) (Actas taquigráficas del VIII Congreso del P.C.(b) de Rusia, págs. 417-420).

Como usted ve, tampoco la resolución distingue entre «acuerdo» y «alianza».

No estará de más advertir que en esta resolución del VIII Congreso no se dice ni una palabra de una «sólida alianza» con los campesinos medios. ¿Quiere esto decir, sin embargo, que la resolución *se aparte* con ello de la política de «sólida alianza» con los campesinos medios? No; no quiere decir eso. Quiere decir, simplemente, que la resolución emplea como equivalente las ideas de «acuerdo» y «colaboración» y la de «sólida alianza». Y es lógico, puesto que no cabe establecer una «alianza» con los campesinos medios si no se llega a un «acuerdo» con ellos, y la alianza con los campesinos medios no puede ser «sólida» si no media un acuerdo y una colaboración «duraderos» con ellos.

Tales son los hechos.

Una de dos: *o* Lenin y el VIII Congreso del Partido *se apartaron* de la declaración leninista sobre una «sólida alianza» con los campesinos medios, *o* no hay más remedio que desechar esta absurda suposición y reconocer que Lenin y el VIII Congreso del Partido no establecen *ninguna* diferencia entre la idea de «acuerdo» y la idea de una «sólida alianza».

Así pues, quien no quiera dejarse llevar de un vacuo apego a la letra, quien desee penetrar en el sentido de la consigna leninista que nos habla de apoyarse en los campesinos pobres, llegar a un acuerdo con los campesinos medios y luchar contra los kulaks, no puede por menos de comprender que la política de *acuerdo* con los campesinos medios es la política de una *sólida alianza* con ellos.

El error de usted consiste en que no ha sabido comprender las marrullerías de la oposición y se ha dejado llevar de sus provocaciones, cayendo en el cepo que le había puesto el enemigo. Los marrulleros de la oposición chillan y alborotan haciendo creer que ellos son partidarios

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

de la consigna de Lenin sobre el acuerdo con los campesinos medios; pero hacen la alusión provocadora de que una cosa es el «acuerdo» con los campesinos medios y otra una «sólida alianza» con ellos. Con esto pretenden matar dos pájaros de un tiro: en primer lugar, encubrir su verdadera posición acerca de los campesinos medios, que no es la de llegar a un acuerdo con ellos, sino la de la «*discordia* con los campesinos medios» (véase el conocido discurso de Smirnov, militante de la oposición, citado por mí en la XVI Conferencia de la organización regional de Moscú del Partido); en segundo lugar, engañar a los bolcheviques ingenuos haciéndoles creer en la *imaginaria* diferencia entre «acuerdo» y «alianza» y acabando por desorientarlos y apartarlos de Lenin.

¿Y qué hacen, como respuesta a esto, algunos de nuestros camaradas? En vez de arrancarles la careta a los granujas de la oposición, en vez de demostrarles que engañan al Partido respecto a la verdadera posición que ellos mantienen, lo que hacen es morder el anzuelo, caer en el cepo y dejar que los aparten de Lenin. La oposición alborota a propósito de la consigna de Lenin y sus adeptos se hacen pasar por partidarios de la consigna leninista; por tanto, debo desentenderme de esta consigna, para que no me confundan con la oposición, pues de otro modo podrán acusarme de «transigir con la oposición»: ¡he ahí la lógica de esos camaradas!

Y éste no es el único ejemplo de los métodos marrulleros de la oposición. Tome usted, por ejemplo, la consigna de la autocrítica. Los bolcheviques no pueden desconocer que la consigna de la autocrítica es la base de la actuación de nuestro Partido, el medio de fortalecer la dictadura proletaria, la esencia del método bolchevique de educación de los cuadros. La oposición arma un gran estrépito haciendo creer que la consigna de la autocrítica la ha inventado ella, la oposición; que el Partido le ha arrebatado a ella esta consigna, capitulando con ello ante la oposición. Con este proceder, la oposición pretende conseguir, por lo menos, dos cosas: en primer lugar, ocultar a la clase obrera, engañándola a cuenta de esto, que entre la autocrítica de la oposición, cuya finalidad es *destruir* la idea del Partido, y la autocrítica bolchevique, cuya finalidad es *fortalecer* la idea del Partido, media un abismo; en segundo lugar, hacer que muerda el anzuelo algún que otro ingenuo y se desentienda de la consigna bolchevique de la autocrítica.

¿Y cómo reaccionan ante esto algunos de nuestros camaradas? En vez de quitarles la careta a los granujas de la oposición y de defender la consigna de la autocrítica bolchevique, caen en el cepo, vuelven la espalda a la consigna de la autocrítica, bailan al son que les toca la oposición y... capitulan ante ella, creyendo equivocadamente que de este modo impiden que se les confunda con la oposición.

Ejemplos de éstos podríamos poner todo un montón.

Pero nosotros no podemos bailar, en nuestra actuación, al son que

nos toque nadie. Ni mucho menos podemos guiarnos, en nuestra actuación, por lo que los elementos de la oposición digan de nosotros. Seguiremos nuestro camino sin preocuparnos ni de las granujerías de la oposición ni de los errores de algunos de nuestros bolcheviques, que se dejan llevar de las provocaciones de los elementos de la oposición. Recuerde usted las palabras citadas por Marx: «¡Sigue tu camino y deja que las gentes murmuren!»

12 junio 1928.
«Pravda», núm. 152,
3 julio 1928.

SOBRE EL PELIGRO DE DERECHA EN EL PARTIDO COMUNISTA (BOLCHEVIQUE) DE LA U.R.S.S.

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL PLENO DEL COMITE DE MOSCU DEL PARTIDO Y DE LA COMISION DE CONTROL DE MOSCU, EL 19 DE OCTUBRE DE 1928

Creo, camaradas, que es necesario, ante todo, dejar a un lado las pequeñeces, las cuestiones personales, etc., para resolver el problema que nos interesa, que es el de la desviación de derecha. ¿Existe en nuestro Partido un peligro de derecha, un peligro oportunista? ¿Existen condiciones objetivas favorables para este peligro? ¿Cómo se debe luchar contra él? He aquí los problemas que hoy se nos plantean. Y no los resolveremos si no dejamos a un lado todas las pequeñeces y todos los elementos extraños a ellos que los enturbian y que impiden comprender la esencia del problema.

No tiene razón Zapolski cuando dice que el problema de la desviación de derecha es un problema casual. Afirma que todo el problema se reduce no a una desviación de derecha, sino a una disputa, a intrigas personales, etc. Admitamos por un momento que aquí, como en toda lucha, jueguen cierto papel las rencillas y las intrigas personales. Pero explicarlo todo como efecto de una rencilla y no ver detrás de ésta la esencia del problema, es desviarse del camino certero, del camino marxista. No es posible que una organización tan grande, tan vieja, tan coherente como lo es sin duda alguna la organización de Moscú, pueda verse estremecida de arriba abajo y puesta en movimiento por obra de unos cuantos camorristas o intrigantes. No, camaradas; estos milagros no suelen darse en el mundo. Aparte de que no es posible apreciar tan ligeramente la fuerza y el poder de la organización de Moscú. Es evidente que aquí están en juego causas más profundas, que no tienen nada que ver con las disputas ni con las intrigas.

No tiene tampoco razón Fruntov, que, aun reconociendo la existencia de un peligro de derecha, no lo considera digno de que se ocupen de él seriamente gentes serias y de sentido práctico. Según él, parece como si el problema de la desviación de derecha fuera un asunto para ser tratado por gentes vocingleras y no por hombres serios. Comprendo perfectamente a Fruntov, quien hasta ahora se ha visto tan absorbido por el trabajo práctico cotidiano, que no ha tenido tiempo de pararse a pensar en las perspectivas de nuestro desarrollo. Pero esto no quiere

decir que debamos tomar como dogma para nuestro trabajo de construcción el estrecho practicismo realista de algunos militantes del Partido. El sano sentido práctico está muy bien, pero si pierde de vista las perspectivas del trabajo y no supedita su labor a la línea fundamental del Partido, se convierte en un estorbo. Por otra parte, no es difícil comprender que el problema de la desviación derechista es un problema que afecta a la línea fundamental de nuestro Partido, el problema de saber si es exacta o falsa la perspectiva de desarrollo trazada por nuestro Partido en su XV Congreso.

No tienen razón tampoco aquellos camaradas que, al enjuiciar el problema de la desviación de derecha, lo reducen a la cuestión de las personas que representan esta desviación. Señaladnos, dicen estos camaradas, a los derechistas o a los conciliadores, decidnos quiénes son, para que podamos ajustarles las cuentas. Este planteamiento del problema es falso. Naturalmente, las personas desempeñan cierto papel. Pero de lo que se trata aquí no es de las personas, sino de las condiciones, de las circunstancias, que engendran un peligro de derecha dentro del Partido. Podríamos alejar a las personas, pero esto no significaría extirpar en su raíz el peligro derechista en nuestro Partido. Por eso, la cuestión de las personas no resuelve el problema, aunque tiene un interés indudable. No podemos por menos de recordar, a propósito de esto, un episodio que se produjo en Odesa hacia fines de 1919 y comienzos de 1920, cuando nuestras tropas, después de arrojar a los denikinistas de Ucrania, aplastaron a los últimos restos de las tropas de Denikin en la región de Odesa. Una parte de los combatientes del Ejército Rojo se dedicó a buscar en Odesa tenazmente a la Entente, convencida de que si daban con ella, con la Entente, se acabaría la guerra. (*Grandes risas.*) Imaginémonos que los combatientes del Ejército Rojo hubiesen encontrado en Odesa a algún representante de la Entente. Es indudable que con ello no se habría resuelto el problema de la Entente, ya que las raíces de ésta no estaban en Odesa, aunque aquél fuese el último territorio ocupado por las tropas de Denikin, sino en el capitalismo mundial. Lo mismo puede decirse de algunos de nuestros camaradas, que ante el problema de la desviación de derecha dirigen sus tiros contra las personas que encarnan esta desviación, sin preocuparse de las condiciones que la engendran.

Por eso, lo primero que tenemos que exponer aquí es el problema de las condiciones que han hecho surgir la desviación de derecha, y también la desviación de «izquierda» (trotskista) contra la línea leninista.

La desviación derechista del comunismo, *bajo las condiciones del capitalismo*, es la tendencia, la propensión de una parte de los comunistas—no definida aún, ciertamente, y tal vez no consciente de ello, pero que a pesar de todo existe—a apartarse de la línea revolucionaria del marxismo, inclinándose del lado de la socialdemocracia. Cuando

ciertos círculos comunistas niegan la oportunidad de la consigna de «clase contra clase» en la lucha electoral (en Francia) o se manifiestan en contra de que el Partido Comunista presente una candidatura independiente (en Inglaterra) o no quieren agudizar el problema de la lucha contra la socialdemocracia de «izquierda» (en Alemania), etc., etc., esto significa que dentro del Partido Comunista hay gente que pugna por adaptar el comunismo al socialdemocratismo. El triunfo de la desviación de derecha en los Partidos Comunistas de los países capitalistas equivaldría al hundimiento ideológico de los Partidos Comunistas y a un fortalecimiento enorme del socialdemocratismo. ¿Y qué significa este fortalecimiento enorme del socialdemocratismo? Significa reforzar y fortalecer el capitalismo, pues la socialdemocracia es el principal sostén del capitalismo dentro de la clase obrera. Por tanto, el triunfo de la desviación de derecha en los Partidos Comunistas de los países capitalistas conduciría al acrecentamiento de las condiciones necesarias para el *mantenimiento* del capitalismo.

La desviación de derecha del comunismo, *bajo las condiciones de desarrollo soviético*, donde el capitalismo está ya derrocado, pero donde todavía no han sido extirpadas sus raíces, significa la tendencia, la propensión de una parte de los comunistas—no definida aún, ciertamente, y tal vez no consciente de ello, pero que a pesar de todo existe—a apartarse de la línea general de nuestro Partido, inclinándose al lado de la ideología burguesa. Cuando algunos círculos de nuestros comunistas intentan hacer retroceder a nuestro Partido para que no aplique los acuerdos del XV Congreso, negando la necesidad de la ofensiva contra los elementos capitalistas del campo, o exigiendo el amortiguamiento del desarrollo de nuestra industria, por entender que su ritmo actual de desarrollo es ruinoso para nuestro país, o negando la conveniencia de asignar subvenciones del Estado a los koljoses y a los sovjoses, por creer que esto es dinero tirado a la calle, o negando la conveniencia de la lucha contra el burocratismo sobre la base de la autocrítica, por entender que la autocrítica quebranta nuestro aparato, o exigiendo que se suavice el monopolio del comercio exterior, etc., etc., esto quiere decir que en las filas de nuestro Partido hay gente que—sin que tal vez ella misma se dé cuenta de lo que hace—intenta adaptar la obra de nuestra construcción socialista a los gustos y a las necesidades de la burguesía «soviética». El triunfo de la desviación de derecha en nuestro Partido equivaldría a fortalecer en proporciones inmensas los elementos capitalistas de nuestro país. ¿Y qué significa fortalecer los elementos capitalistas de nuestro país? Significa debilitar la dictadura del proletariado y fortalecer las posibilidades de restauración del capitalismo. Por tanto, el triunfo de la desviación de derecha en nuestro Partido significaría la maduración de las condiciones necesarias *para la restauración* del capitalismo en nuestro país.

¿Existen en nuestro país, en el País Soviético las condiciones que

hagan *posible* la restauración del capitalismo? Sí, existen. Tal vez esto parezca extraño, pero es un hecho, camaradas. Hemos derribado el capitalismo, hemos implantado la dictadura del proletariado y desarrollamos con ritmo acelerado nuestra industria socialista, articulando con ella la economía campesina. Pero aún no hemos extirpado las raíces del capitalismo. ¿Dónde anidan estas raíces? Anidan en la producción de mercancías, en la pequeña producción de la ciudad y, sobre todo, del campo. La fuerza del capitalismo reside, como dice Lenin, «en la fuerza de la *pequeña producción*. Pues, por desgracia, ha quedado todavía en el mundo mucha pequeña producción y ésta *engendra* al capitalismo y a la burguesía constantemente, cada día, cada hora, por un proceso espontáneo y en masa» (*Lenin*, t. XXV, pág. 173, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»). Es evidente que mientras la pequeña producción tenga en nuestro país proporciones de masa y hasta un carácter predominante, y mientras *engendre* el capitalismo y la burguesía constantemente y en masa, sobre todo bajo las condiciones de la Nep, se dan en nuestro país las condiciones que hacen *posible* la restauración del capitalismo.

¿Existen en nuestro país, en el País Soviético, los medios y las fuerzas necesarios para destruir, para liquidar la *posibilidad* de restauración del capitalismo? Sí, existen. En esto, precisamente, se basa el acierto de la tesis de Lenin sobre la *posibilidad* de construir en la U.R.S.S. una sociedad socialista completa. Para esto, es necesario afianzar la dictadura del proletariado, fortalecer la alianza de la clase obrera y de los campesinos, desarrollar nuestros puestos de mando desde el punto de vista de la industrialización del país, aplicar un ritmo rápido de desarrollo de la industria, electrificar el país, reedificar toda nuestra economía nacional sobre una nueva base técnica, organizar la cooperación en masa de los campesinos y elevar el rendimiento de su economía, unificar paulatinamente las economías campesinas individuales en economías colectivas, desarrollar los sovjoses, limitar y eliminar los elementos capitalistas de la ciudad y del campo, etc., etc.

He aquí lo que dice Lenin a propósito de esto:

«Mientras vivamos en un país de pequeña economía campesina, el capitalismo tendrá, en Rusia, una base económica más sólida que el comunismo. Es preciso no olvidarlo. Todo el que observe atentamente la vida del campo, comparándola con la vida de la ciudad, sabe que no hemos extirpado las raíces del capitalismo, ni hemos eliminado el fundamento, la base del enemigo interior. Este se apoya en la pequeña economía, y para aplastarlo no hay más que un medio: reconstruir la economía del país, la agricultura inclusive, sobre una nueva base técnica, sobre la base técnica de la gran producción moderna. Y esta base no puede ser más que una: la electricidad. El comunismo es el Poder Soviético más la electrificación de todo el país. De otro modo, el país seguirá siendo un país de pequeña economía campesina, y es necesario que tengamos clara conciencia de esto. Somos más débiles que el capitalismo, no sólo en el plano mundial, sino también dentro del país. Esto lo sabe todo el mundo. Dándonos cuenta de ello, organizaremos las cosas de forma que la base económica pase de la pequeña economía campesina

a la gran industria. Sólo cuando esté electrificado el país y cuando la industria, la agricultura y el transporte descansen sobre la base técnica de la gran industria moderna, sólo entonces habremos triunfado por completo» (*Lenin*, t. XXVI, págs. 46-47, discurso pronunciado en el VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia «Sobre la labor del Consejo de Comisarios del Pueblo»).

De aquí se desprende, en primer lugar, que mientras vivamos en un país de pequeña economía campesina, mientras no hayamos extirpado las raíces del capitalismo, el capitalismo tendrá en nuestro país una base económica más sólida que el comunismo. Puede ocurrir que se derribe un árbol sin arrancar sus raíces, por no disponer de fuerza bastante para ello. Y de aquí es precisamente de donde se deduce la *posibilidad* de la restauración del capitalismo en nuestro país.

De lo dicho se desprende, en segundo lugar, que, además de la posibilidad de la restauración del capitalismo, existe también, en nuestro país, la *posibilidad del triunfo del socialismo*, ya que *podemos* destruir la *posibilidad* de restaurar el capitalismo, podemos extirpar las raíces del capitalismo y conseguir el triunfo completo sobre el capitalismo *si* desplegamos un gran esfuerzo para llevar a cabo la electrificación del país, *si* damos a la industria, a la agricultura y al transporte la base técnica de la gran industria moderna. Y de aquí es precisamente de donde se deduce la *posibilidad* del triunfo del socialismo en nuestro país.

De lo dicho se desprende, finalmente, que no es posible construir el socialismo sólo en la industria, dejando que la agricultura se desarrolle espontáneamente y situándose en el punto de vista de que el campo «seguirá por sí mismo» a la ciudad. La existencia de una industria socialista en la ciudad es el factor fundamental para la transformación socialista del campo. Pero esto no quiere decir que este factor sea suficiente. Para que la ciudad socialista pueda arrastrar consigo hasta el fin al campo, es necesario, como dice Lenin, «reconstruir la economía del país, *la agricultura inclusive* (*), sobre una nueva base técnica, sobre la base técnica de la gran producción moderna».

¿No se halla en contradicción con esta cita de Lenin otra cita tomada de sus obras, según la cual «la Nep nos garantiza plenamente la *posibilidad* de echar los cimientos de la economía socialista»? No; no hay tal contradicción. Lejos de ello, ambas citas coinciden por entero. Lenin no dice, ni mucho menos, que la Nep nos aporte el socialismo ya terminado. Lo único que nos dice es que la Nep nos garantiza la *posibilidad* de echar los cimientos de la economía socialista. Entre la *posibilidad* de construir el socialismo y *su construcción efectiva*, media una gran diferencia. No hay que confundir la posibilidad con la realidad. Precisamente para convertir esta posibilidad en realidad es para lo que Lenin propone la electrificación del país y el establecimiento de la base técnica de la gran industria moderna para la industria, la

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

agricultura y el transporte, como condición del triunfo definitivo del socialismo.

Pero no es posible realizar en uno o dos años esta condición necesaria para la construcción del socialismo. No es posible conseguir en uno o en dos años industrializar el país, construir una potente industria, organizar la cooperación de masas de millones de campesinos, dar una nueva base técnica a la agricultura, unificar las economías campesinas individuales en grandes economías colectivas, desarrollar los sovjoses, limitar y vencer los elementos capitalistas de la ciudad y del campo. Para esto, hacen falta años y años de intensa labor constructiva de la dictadura del proletariado. Y mientras no se haga esto—y no se hará de repente—, seguiremos siendo un país de pequeña economía campesina, en que la pequeña producción engendrará al capitalismo y a la burguesía constantemente y en masa y donde seguirá manifestándose el peligro de una restauración del capitalismo. Y como el proletariado no vive en el vacío, sino dentro de la vida más real y concreta, con toda su diversidad, los elementos burgueses que surgen sobre la base de la pequeña producción «cercan al proletariado por todas partes de tendencias caóticas pequeñoburguesas, lo impregnan de estas tendencias, lo desmoralizan con ellas, provocan constantemente en el seno del proletariado recaídas de pusilanimidad pequeñoburguesa, de atomización, de individualismo, de oscilaciones entre la exaltación y el abatimiento» (*Lenin*, t. XXV, pág. 189, «La enfermedad infantil del "izquierdismo"...»), e infunden, de este modo, al proletariado y a su Partido ciertas vacilaciones, una cierta indecisión.

He ahí dónde reside la raíz y la base de todo género de vacilaciones y desviaciones contra la línea leninista en las filas de nuestro Partido.

He ahí por qué no hay que considerar como un problema banal el problema de la desviación derechista o «izquierdista» dentro de nuestro Partido.

¿En qué consiste el peligro de la desviación de *derecha*, francamente oportunista, dentro de nuestro Partido? En que *menosprecia* la fuerza de nuestros enemigos, la fuerza del capitalismo, en que no ve el peligro de la restauración del capitalismo, en que no comprende la mecánica de la lucha de clases bajo las condiciones de la dictadura del proletariado, razón por la cual propende con tanta facilidad a hacer concesiones al capitalismo, exigiendo que se amortigüe el ritmo de desarrollo de nuestra industria, exigiendo que se den facilidades a los elementos capitalistas de la ciudad y del campo, exigiendo que se haga pasar a segundo plano el problema de los koljoses y de los sovjoses, exigiendo que se suavice el monopolio del comercio exterior, etc., etc. Es indudable que el triunfo de la desviación de derecha en nuestro Partido desencadenaría las fuerzas del capitalismo, minaría las posiciones revolucionarias del proletariado y aumentaría las probabilidades de restauración del capitalismo en nuestro país.

¿En qué consiste el peligro de la desviación «*izquierdista*» (trotskista) dentro de nuestro Partido? En que *exagera* la fuerza de nuestros enemigos, la fuerza del capitalismo, en que no ve más que la posibilidad de restauración del capitalismo, sin ver, en cambio, la posibilidad de construir el socialismo con las fuerzas de nuestro país, en que se deja llevar de la desesperación y se ve obligado a consolarse con divagaciones acerca del termidorismo de nuestro Partido. De las palabras de Lenin de que, «mientras vivamos en un país de pequeña economía campesina, el capitalismo tendrá, en Rusia, una base económica más sólida que el comunismo», de estas palabras de Lenin, los desviacionistas de «izquierda» sacan la falsa conclusión de que en la U.R.S.S. es imposible, en términos generales, construir el socialismo, de que no se conseguirá nada de los campesinos, de que la idea de la alianza de la clase obrera con los campesinos es una idea caduca, de que si no viene pronto en nuestra ayuda la revolución triunfante en los países occidentales, la dictadura del proletariado en la U.R.S.S. se hundirá o degenerará, de que si no se acepta un plan fantástico de superindustrialización, implantado aunque sea a costa de romper con los campesinos, hay que dar por fracasada la causa del socialismo en la U.R.S.S. De aquí el aventurerismo en la política de los desviacionistas de «izquierda». De aquí los saltos de «superhombres» que dan en política. Es indudable que el triunfo de la desviación de «izquierda» en nuestro Partido conduciría a la ruptura de la clase obrera con su base campesina, a la ruptura de la vanguardia de la clase obrera con el resto de la masa obrera y, consiguientemente, a la derrota del proletariado, facilitando con ello las condiciones necesarias para la restauración del capitalismo.

Como veis, ambos peligros, el de «izquierda» y el de derecha, ambas desviaciones contra la línea leninista, la desviación de derecha y la de «izquierda», conducen, aunque partiendo de diferentes extremos, al mismo resultado.

¿Cuál de estos peligros es el peor? Yo creo que ambos son peores. La diferencia entre estas dos desviaciones, desde el punto de vista de la lucha eficaz contra ellas, consiste en que la desviación de «izquierda» es más clara, en este momento, para el Partido, que la desviación de derecha. El hecho de que llevamos ya varios años luchando intensamente contra la desviación de «izquierda» no podía, naturalmente, pasar en vano para el Partido. Es evidente que, durante los años de lucha contra la desviación «izquierdista», trotskista, el Partido ha aprendido mucho, y ya no es fácil engañarle con frases «izquierdistas». Por lo que se refiere al peligro de derecha, que existía ya antes y que ahora se manifiesta más marcadamente como consecuencia del fortalecimiento de las tendencias caóticas pequeñoburguesas, en relación con la crisis del abastecimiento del año pasado, yo creo que es menos claro para ciertos sectores de nuestro Partido. Por eso, sin atenuar ni en un ápice la lucha contra el peligro «izquierdista», trotskista, la tarea consiste en acentuar

la lucha contra la desviación de derecha, tomando todas las medidas necesarias para conseguir que este peligro sea tan claro para el Partido como lo es el peligro trotskista.

El problema de la desviación de derecha no se plantearía ante nosotros con un carácter tan agudo como el que hoy presenta, si no estuviese relacionado con el problema de las *dificultades* de nuestro desarrollo. Pero el asunto está, precisamente, en que la existencia de la desviación derechista complica las dificultades de nuestro desarrollo y frena la superación de estas dificultades. Precisamente por eso, porque el peligro derechista entorpece la lucha para vencer estas dificultades, es por lo que el problema de liquidar el peligro de derecha presenta una importancia tan grande para nosotros.

Dos palabras acerca del carácter de nuestras dificultades. Conviene tener presente que nuestras dificultades no son dificultades de estancamiento ni de decadencia. Hay dificultades relacionadas con la decadencia de la economía o con su estancamiento, en cuyo caso se hacen esfuerzos por conseguir que el estancamiento sea menos nocivo o la decadencia de la economía menos profunda. Pero nuestras dificultades no tienen nada que ver con esto. El rasgo característico de nuestras dificultades consiste en que son dificultades de *desarrollo*, dificultades de crecimiento. Cuando nosotros hablamos de dificultades, nos referimos, generalmente, al porcentaje de *elevación* de nuestra industria, al porcentaje de *aumento* de la superficie de siembra, a la cantidad de puds en que hay que *elevar* la cosecha, etc., etc. Precisamente por eso, porque nuestras dificultades son dificultades de desarrollo, y no dificultades de decadencia o de estancamiento, no deben significar nada peligroso para el Partido. Pero las dificultades son, a pesar de todo, dificultades. Y como para vencerlas hace falta poner en tensión todas las fuerzas, hacen falta firmeza y tenacidad, y no todos poseen estas cualidades en grado suficiente, tal vez por cansancio o por desaliento o porque se aspire a una vida tranquila, sin luchas ni agitaciones, comienzan precisamente las vacilaciones y los titubeos, los virajes para buscar la línea de menor resistencia, las divagaciones sobre la necesidad de atenuar el ritmo de desarrollo de la industria, de dar facilidades a los elementos capitalistas, el negar la necesidad de la existencia de los koljoses y los sovjoses y, en general, de todo lo que se salga del marco de la situación habitual tranquila y del trabajo cotidiano. Pero jamás podremos avanzar sin vencer las dificultades que se interponen en nuestro camino. Y para vencer estas dificultades, lo primero que hace falta es acabar con el peligro de derecha, lo primero que hace falta es vencer la desviación derechista, que frena la lucha contra la dificultades e intenta minar la voluntad de nuestro Partido en la lucha por vencer estas dificultades. Y al decir esto, me refiero, naturalmente, a la lucha real, y no a la lucha verbal, sobre el papel, contra la desviación de derecha. En nuestro Partido, hay gentes que están dispuestas, para tranquilizar su conciencia,

a proclamar la lucha contra el peligro de derecha al modo como los curas cantan el «¡aleluya, aleluya!», pero sin aplicar ninguna, absolutamente ninguna medida práctica para poner en marcha la lucha contra la desviación derechista y vencerla de un modo práctico. Esta tendencia es la que nosotros llamamos tendencia *conciliadora* con respecto a la desviación de derecha, francamente oportunista. No es difícil comprender que la lucha general contra esta corriente conciliadora es parte integrante de la lucha contra la desviación derechista, contra el peligro de derecha, pues es imposible vencer la desviación derechista, oportunista, sin luchar sistemáticamente contra los conciliadores, que amparan en su regazo a los oportunistas.

La cuestión de las personas que sirven de agentes a la desviación derechista tiene, indudablemente, interés, aunque no sea decisiva. Tuvimos ocasión de tropezar con agentes del peligro derechista en las organizaciones de base de nuestro Partido el año pasado durante la crisis de aprovisionamiento de cereales, en que toda una serie de comunistas de los distritos rurales y de las aldeas se levantó contra la política del Partido, laborando en pro de la alianza con los elementos kulaks. Como sabéis, esta clase de elementos ha sido arrojada de nuestro Partido en la primavera de este año, cosa que se recuerda, especialmente, en el conocido documento del C.C. de nuestro Partido, publicado en febrero del año actual. Pero sería falso decir que en el Partido no quedan ya elementos de éstos. Si dirigimos la mirada a las organizaciones comarcales y provinciales del Partido y nos detenemos a examinar cuidadosamente el aparato de los Soviets y de las cooperativas, descubrimos también aquí, sin gran esfuerzo, agentes del peligro derechista y casos de conciliación con éste. Son conocidas las «cartas», «declaraciones» y otros documentos de una serie de funcionarios del aparato de nuestro Partido y de los Soviets, en los que se expresa de un modo muy concreto la tendencia a la desviación derechista. Como sabéis, a estas cartas y documentos se aludía en el acta del Pleno de julio del C.C. Si, remontándonos todavía más, nos fijamos en el Comité Central, habremos de reconocer que también dentro de este organismo se encuentran algunos elementos, aunque ciertamente muy poco considerables, de actitud conciliadora ante el peligro de derecha. El acta del Pleno de julio del C.C. es un testimonio directo de esto. ¿Y en el Buró Político? ¿Hay en el Buró Político alguna desviación? No; en nuestro Buró Político no hay derechistas, ni izquierdistas, ni conciliadores con unos ni con otros. Esto es necesario que quede sentado aquí del modo más categórico. Es hora ya de acabar con las murmuraciones que hacen rodar por ahí los que quieren mal al Partido y toda clase de elementos de la oposición, diciendo que en el Buró Político de nuestro C.C. existe una desviación derechista o una actitud conciliadora respecto a ella.

¿Han existido vacilaciones y titubeos en la organización de Moscú o en su órgano dirigente, el Comité de Moscú? Sí; han existido. Sería

necio querer afirmar ahora que no han existido esos titubeos y vacilaciones. El sincero discurso de Penkov es un testimonio directo de ello. Penkov no es un militante de última fila en la organización y en el Comité de Moscú. Y ya habéis escuchado cómo ha reconocido, abierta y francamente, sus errores ante toda una serie de problemas importantísimos de la política de nuestro Partido. Esto no quiere decir, naturalmente, que todo el Comité de Moscú se dejase llevar por esas vacilaciones. Nada de eso. Documentos como la circular dirigida en octubre de este año por el Comité de Moscú a los afiliados de esta organización demuestran de un modo indubitable que el Comité de Moscú ha logrado sobreponerse a las vacilaciones de algunos de sus miembros. Y no dudo que el núcleo dirigente del Comité de Moscú logrará corregir definitivamente la situación.

Algunos camaradas se sienten molestos ante el hecho de que se hayan mezclado en este asunto las organizaciones de radio del Partido, planteando el problema de la necesidad de acabar con los errores y las vacilaciones de tales o cuales dirigentes de la organización de Moscú. No acierto a comprender a qué razones puede obedecer esa molestia. ¿Qué hay de malo en que las asambleas de activistas de radio de la organización de Moscú levantasen la voz, exigiendo la liquidación de los errores y vacilaciones? ¿Acaso nuestro trabajo no se desenvuelve bajo el signo de la autocrítica desde abajo? ¿Acaso no es un hecho que la autocrítica estimula la actividad de la base del Partido y de la masa proletaria en general? ¿Qué hay de malo ni de peligroso en que los activistas de radio demostrasen estar a la altura de la situación?

¿El C.C. ha procedido acertadamente, al mezclarse en este asunto? Yo entiendo que sí, que el C.C. ha procedido acertadamente. Bersin cree que el C.C. procede demasiado bruscamente, al plantear el problema de la destitución de uno de los dirigentes de radio, contra el que se manifestó la organización de partido del radio correspondiente. Pero esto es completamente falso. Podría recordarle a Bersin algunos episodios de los años 1919 y 1920, en que ciertos miembros del C.C., que cometieron errores no muy graves, a mi juicio, respecto a la línea del Partido, fueron ejemplarmente sancionados, a propuesta de Lenin, y uno de ellos fué destinado al Turkestán y otro estuvo a punto de ser expulsado del C.C. ¿Tenía razón Lenin, al proceder así? Sí, yo entiendo que tenía toda la razón. Por aquel entonces, la situación existente en el C.C. no era la de hoy. La mitad del C.C. era trotskista y no existía una situación firme ni siquiera en el seno del Comité Central mismo. Hoy, el C.C. procede de un modo incomparablemente más suave. ¿Por qué? ¿Acaso porque nosotros pretendamos ser más benignos que Lenin? No; nada de eso. Lo que ocurre es que hoy la situación del C.C. es más firme que entonces y esto permite al Comité Central proceder con mayor suavidad. Y tampoco tenía razón Sájarov al afirmar que el C.C. no intervino con la rapidez debida. No tenía razón, pues él ignora, al parecer, que la inter-

vención del C.C. data ya, en rigor, del mes de febrero de este año. Sájarov puede convencerse de esto, si él lo desea. Es cierto que la intervención del C.C. no dió inmediatamente resultados positivos. Pero sería peregrino culpar de ello al Comité Central.

Conclusiones: 1) el peligro derechista representa un peligro grave para nuestro Partido, pues tiene sus raíces en la situación económico-social de nuestro país; 2) el peligro de la desviación derechista se recrudece ante la existencia de dificultades que es imposible vencer no venciendo a la desviación derechista y a la tendencia conciliadora respecto a ella; 3) en la organización de Moscú ha habido vacilaciones y titubeos, ha habido elementos de inestabilidad; 4) el núcleo del Comité de Moscú, con la ayuda del C.C. y de los activistas de los radios, ha tomado todas las medidas necesarias para acabar con las vacilaciones; 5) no cabe duda de que el Comité de Moscú logrará sobreponerse a los errores advertidos antes; 6) la tarea consiste en liquidar la lucha interna, en conseguir fundir en un solo bloque la organización de Moscú y en llevar a cabo con éxito la reelección de las direcciones de las células sobre la base de una amplia autocrítica. (*Aplausos.*)

SOBRE LA DESVIACION DERECHISTA EN EL PARTIDO COMUNISTA (BOLCHEVIQUE) DE LA U.R.S.S.

EXTRACTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL PLENO DEL C.C. DEL P.C.(b) DE LA U.R.S.S. EN ABRIL DE 1929

I

LOS CAMBIOS EN LAS RELACIONES DE CLASE Y NUESTRAS DISCREPANCIAS

¿En qué consisten nuestras discrepancias y con qué cuestiones guardan relación?

Guardan relación, ante todo, con la cuestión de los cambios en las relaciones de clase, que en estos últimos tiempos se vienen produciendo en nuestro país y en los países capitalistas. Hay camaradas que piensan que las discrepancias existentes en nuestro Partido tienen un carácter casual. Esto es falso, camaradas, absolutamente falso. Las discrepancias existentes en el seno de nuestro Partido han surgido a causa de estos cambios en las relaciones de clase, a causa de este recrudecimiento de la lucha de clases que se vienen produciendo en estos últimos tiempos y que determinan un viraje en la marcha de las cosas. El error fundamental del grupo de Bujarin consiste en no ver estos cambios en las relaciones y este viraje, en no verlos ni querer advertirlos. Así se explica, principalmente, su incomprensión respecto a las nuevas tareas del Partido y de la Internacional Comunista, incomprensión que constituye el rasgo característico de la nueva oposición.

¿No habéis observado, camaradas, cómo, en sus discursos ante el Pleno del C.C. y la Comisión Central de Control, los dirigentes de la nueva oposición han eludido en absoluto la cuestión de los cambios en las relaciones de clase ocurridos en nuestro país y no han dicho ni una palabra acerca del recrudecimiento de la lucha de clases, ni han aludido siquiera de pasada al hecho de que nuestras discrepancias se hallan vinculadas precisamente a este recrudecimiento de la lucha de clases? Han hablado de todo; han hablado de filosofía y de teoría; pero no han dicho ni una palabra de esos cambios en las relaciones de clase, que son los que determinan la orientación y la actuación práctica de nuestro Partido en el momento actual. ¿Cómo explicarse este hecho tan peregrino? ¿Acaso por olvido? ¡Naturalmente que no! Los políticos no pueden olvidarse de lo fundamental. La explicación está en que no ven ni comprenden los nuevos procesos revolucionarios que se están produ-

ciendo en la actualidad, tanto en nuestro país como en los países capitalistas. La explicación está en que pasan por alto lo fundamental, en que pasan por alto esos cambios en las relaciones de clase que un político no tiene derecho a omitir. Así se explica, principalmente, la perplejidad y el desconcierto de que da pruebas la nueva oposición ante las nuevas tareas de nuestro Partido.

Recordad los últimos acontecimientos producidos dentro de nuestro Partido. Recordad las consignas que nuestro Partido ha dado en los últimos tiempos, en relación con los nuevos cambios de las relaciones de clase habidos en nuestro país. Me refiero a consignas como la de la *autocrítica*, como la del recrudecimiento de *la lucha contra el burocratismo y de la depuración del aparato soviético*, a la de la *organización de nuevos cuadros de dirigentes de la economía y de especialistas rojos*, a la del fortalecimiento del *movimiento koljosiano y sovjosiano*, a la de la *ofensiva contra el kulak*, a la de la *reducción del precio de coste* y a la del *mejoramiento* radical *en la actuación práctica de los sindicatos*, a la de la *depuración del Partido*, etc. A algunos camaradas estas consignas se les antojaban desconcertantes y vertiginosas. Sin embargo, es evidente que estas consignas son las más necesarias y las más actuales del Partido, en el momento presente.

La cosa comenzó cuando, en relación con el proceso de Shajti, planteamos de un modo nuevo la cuestión de los nuevos cuadros de la economía, la cuestión de la formación de especialistas rojos, salidos de la clase obrera, para sustituir a los viejos técnicos. ¿Qué reveló el proceso de Shajti? Reveló que la burguesía no estaba, ni mucho menos, aplastada; que organizaba y seguiría organizando el sabotaje contra nuestra obra de edificación económica; que nuestras organizaciones económicas y sindicales e incluso una parte de nuestras organizaciones de partido pasaban por alto el trabajo de zapa de nuestros enemigos de clase y que, por tanto, era necesario fortalecer y perfeccionar, por todos los medios y poniendo a contribución todas las fuerzas, nuestras organizaciones y desarrollar y fortalecer su vigilancia de clase.

Y en relación con esto, se agudizaba la cuestión de la consigna de *autocrítica*. ¿Por qué? Porque no es posible perfeccionar nuestras organizaciones económicas, sindicales y de partido, no es posible hacer avanzar la construcción del socialismo y poner un freno al sabotaje de la burguesía, sin desplegar en toda su amplitud la crítica y la autocrítica, sin poner bajo el control de las masas la actuación de nuestras organizaciones. En efecto, se da el caso de que el sabotaje se manifestaba y se sigue manifestando no sólo en las regiones productoras de carbón, sino también en el ramo de la metalurgia, de la industria de guerra, en el Comisariado de Vías de Comunicación, en la industria del oro y del platino, etc., etc. De aquí la consigna de la autocrítica.

Además, en relación con las dificultades del aprovisionamiento de cereales y con la actuación de los kulaks contra la política soviética de

precios, agudizamos la cuestión de desarrollar por todos los medios la creación de koljoses y sovjoses, la cuestión de la ofensiva contra el kulak y de la organización del aprovisionamiento de cereales, mediante la presión sobre los elementos kulaks y acomodados del campo. ¿Qué revelaron las dificultades del aprovisionamiento de cereales? Revelaron que el kulak no se dormía, que crecía, que organizaba el trabajo de zapa contra la política del Poder Soviético y que nuestras organizaciones de partido, soviéticas y cooperativas, o por lo menos una parte de ellas, o no veían al enemigo, o se adaptaban a él, en vez de presentarle batalla.

De aquí la nueva agudización de la consigna de autocrítica, de la consigna de fiscalización y perfeccionamiento de nuestras organizaciones de partido, cooperativas y de aprovisionamiento en general.

Además, en relación con las nuevas tareas de reconstrucción de nuestra industria y de nuestra agricultura sobre la base del socialismo, surgía la consigna de reducir sistemáticamente el precio de coste, de fortalecer la disciplina del trabajo, de desarrollar la emulación socialista, etc. Y estas tareas exigían revisar toda la actuación práctica de los sindicatos y del aparato soviético, reanimar radicalmente estas organizaciones y depurarlas de elementos burocráticos.

De aquí la agudización de la consigna de la lucha contra el burocratismo en los sindicatos y en el aparato soviético.

Finalmente, surgía la cuestión de la consigna de la depuración del Partido. Sería ridículo pensar en la posibilidad de fortalecer nuestras organizaciones soviético-económicas, sindicales y cooperativas, en la posibilidad de limpiarlas de la basura del burocratismo, sin limpiar y aguzar el filo del Partido mismo. No cabe duda de que los elementos burocráticos anidan no sólo en las organizaciones económicas y cooperativas, soviéticas y sindicales, sino también en las organizaciones del propio Partido. Y si el Partido es la fuerza dirigente de todas estas organizaciones, es evidente que la depuración del Partido constituye la premisa obligada sin la que no puede llevarse a término la reanimación y el perfeccionamiento de todas las demás organizaciones de la clase obrera. De aquí la consigna de depuración del Partido.

¿Son casuales estas consignas? No; no son casuales. Vosotros mismos veis que no lo son. *Estas consignas son los eslabones necesarios de una cadena ininterrumpida, que se llama ofensiva del socialismo contra los elementos capitalistas.*

Estas consignas se hallan vinculadas, ante todo, al período de la reconstrucción de nuestra industria y de nuestra agricultura sobre la base del socialismo. ¿Qué significa la reconstrucción de la economía nacional sobre la base del socialismo? Significa la ofensiva del socialismo contra los elementos capitalistas de la economía nacional en todo el frente. Es el paso más serio de la clase obrera de nuestro país hacia

la construcción del socialismo. Mas, para poder llevar a cabo dicha reconstrucción, lo primero que hace falta es perfeccionar y fortalecer los cuadros de los constructores del socialismo, tanto los cuadros dirigentes de la economía, de los Soviets y de los sindicatos, como los de las cooperativas y del Partido, hace falta limpiar y aguzar el filo de todas nuestras organizaciones, limpiarlas de basura, hace falta redoblar la actividad de las masas de millones de hombres de la clase obrera y de los campesinos.

Además, estas consignas se hallan vinculadas al hecho de la resistencia de los elementos capitalistas de la economía nacional contra la ofensiva del socialismo. El llamado proceso de Shajti no se puede considerar como un hecho casual. Las «gentes de Shajti» están hoy en todas las ramas de nuestra industria. Muchas de ellas han sido apresadas, pero no lo han sido todas, ni mucho menos. El sabotaje de los intelectuales burgueses es una de las formas más peligrosas de la resistencia contra el socialismo que avanza. Y este sabotaje es tanto más peligroso cuanto que se halla vinculado al capital internacional. El sabotaje burgués es una prueba indudable de que los elementos capitalistas no se han rendido, ni mucho menos, sino que acumulan fuerzas para lanzarse a nuevas ofensivas contra el Poder Soviético. Por lo que se refiere a los elementos capitalistas del campo, aún hay menos razones para considerar como un hecho casual la actitud de los kulaks contra la política soviética de precios, actitud que se viene manteniendo desde hace ya dos años. Hay muchos que hasta ahora aún no pueden explicarse el hecho de que los kulaks hayan entregado espontáneamente su trigo hasta 1927 y a partir de esta fecha hayan dejado de entregarlo de la misma manera espontánea. Pero este hecho no tiene nada de sorprendente. Si antes el kulak era relativamente débil y no tenía la posibilidad de organizar seriamente su economía, no contaba con bastante capital para fortalecerla, lo cual le obligaba a lanzar al mercado todo o casi todo el sobrante de su producción de cereales, ahora, después de una serie de años de buenas cosechas, después de conseguir organizar su economía y acumular el capital necesario, cuenta ya con la posibilidad de maniobrar en el mercado, con la posibilidad de ir almacenando trigo, esta divisa de las divisas, formándose una reserva personal, y prefiere llevar al mercado carne, avena, cebada y otros artículos de segunda categoría. Hoy sería ridículo pensar que el kulak va a entregarnos el trigo voluntariamente. He ahí dónde reside la raíz de la resistencia que el kulak opone ahora a la política del Poder Soviético.

¿Y qué significa la resistencia de los elementos capitalistas de la ciudad y del campo contra la ofensiva del socialismo? Significa la reagrupación de las fuerzas de los enemigos de clase del proletariado, que se proponen como objetivo defender el viejo régimen contra el nuevo. Fácil es comprender que este hecho tiene forzosamente que recrudecer la lucha de clases. Pero, a fin de aplastar la resistencia de los enemigos

de clase y despejar el camino para los avances del socialismo, hace falta, aparte de otras cosas, limpiar y aguzar el filo de todas nuestras organizaciones, limpiarlas de burocratismo, mejorar sus cuadros y movilizar a las masas de millones de hombres de la clase obrera y de las capas trabajadoras rurales contra los elementos capitalistas de la ciudad y del campo.

He ahí los cambios en las relaciones de clase a los que obedecen las actuales consignas de nuestro Partido.

Otro tanto hay que decir acerca de los cambios en las relaciones de clase producidos en los países capitalistas. Sería ridículo pensar que la estabilización del capitalismo se mantiene inalterable. Y aún más ridículo sería afirmar que la estabilización se afianza, se mantiene sólidamente. En realidad, la estabilización del capitalismo se va socavando y quebrantando cada mes, cada día que pasa. El recrudecimiento de la lucha por los mercados y las materias primas, el aumento de los armamentos, la agudización del antagonismo entre los Estados Unidos e Inglaterra, el desarrollo del socialismo en la U.R.S.S., la radicalización de la clase obrera de los países capitalistas, la ola de huelgas y de batallas de clase en los países europeos, el incremento del movimiento revolucionario en las colonias, incluyendo la India, el desarrollo del comunismo en todos los países del mundo, son todos hechos que revelan de un modo indudable que en los países del capitalismo están madurando los elementos de un nuevo auge revolucionario.

De aquí la tarea de agudizar la lucha contra la socialdemocracia, y ante todo contra su ala «izquierda», como sostén social del capitalismo. De aquí la tarea de agudizar en el seno de los Partidos Comunistas la lucha contra sus elementos de derecha, como agentes de la influencia socialdemócrata. De aquí la tarea de agudizar la lucha contra las tendencias conciliadoras respecto a la desviación derechista, tendencias que sirven de refugio al oportunismo en los Partidos Comunistas. De aquí la consigna de depurar de tradiciones socialdemócratas a los Partidos Comunistas. Y de aquí la llamada nueva táctica del comunismo en los sindicatos. Algunos camaradas no comprenden el sentido y la significación de estas consignas. Pero los marxistas se darán cuenta siempre de que sin llevar a la práctica estas consignas es imposible preparar a las masas proletarias para las nuevas batallas de clase, es imposible derrotar a la socialdemocracia, es imposible seleccionar los verdaderos dirigentes del movimiento comunista, capaces de llevar a la clase obrera a la lucha por el derrocamiento del capitalismo.

He ahí, camaradas, los cambios en las relaciones de clase producidos en nuestro país y en los países del capitalismo y sobre la base de los cuales han ido surgiendo las consignas actuales de nuestro Partido, tanto en la línea de su política interior, como en la línea de la Internacional Comunista.

Nuestro Partido ve estos cambios en las relaciones de clase, com-

prende la importancia de las nuevas tareas y moviliza las fuerzas para realizarlas. Por eso, hace frente a los acontecimientos pertrechado con todas las armas. Por eso, no teme las dificultades que se alzan ante él, ya que está preparado para vencerlas.

La desgracia de la nueva oposición, la desgracia del grupo Bujarin, consiste en que no ve estos cambios en las relaciones de clase, ni comprende las nuevas tareas del Partido. Precisamente por eso, porque no las comprende, se encuentra en un estado de completo desconcierto, dispuesto a huir de las dificultades, a retroceder ante ellas, a abandonar sus posiciones.

¿Habéis visto alguna vez a los pescadores capear un temporal en un río caudaloso, como, por ejemplo, el Yenisei? Yo los he visto más de una vez. Unos pescadores, al ver que se avecina la tormenta, concentran todas sus fuerzas, dan ánimo a sus hombres y ponen audazmente proa al temporal: «¡Animo, muchachos, agarrad bien el timón y cortad las olas, que ya saldremos adelante!». Pero hay otra clase de pescadores que, en cuanto barruntan la tempestad, se desaniman, comienzan a lamentarse y desmoralizan a su propia gente: «¡Qué desgracia, se acerca el temporal! ¡Tumbaos en el fondo de la barca, muchachos, y cerrad los ojos, que tal vez las olas nos lleven a la orilla!» *(Risas.)* Creo que no hace falta pararse a demostrar que la actitud y la conducta del grupo Bujarin se parecen como una gota de agua a otra gota de agua a la actitud y la conducta de la segunda clase de pescadores, los que se dejan llevar del pánico ante las dificultades.

Decimos que en Europa están madurando las condiciones para un nuevo auge revolucionario y que este hecho nos impone nuevas tareas en cuanto al fortalecimiento de la lucha contra las desviaciones de derecha dentro de los Partidos Comunistas y a la expulsión de los desviacionistas de derecha del seno de estos Partidos, al fortalecimiento de la lucha contra los conciliadores que encubren a los desviacionistas de derecha, al fortalecimiento de la lucha contra las tradiciones socialdemócratas dentro de los Partidos Comunistas, etc., etc. Pero Bujarin nos contesta que todo esto son futilezas, que no tenemos semejantes tareas nuevas y que, en realidad, el problema se reduce a que la mayoría del Comité Central desea «meterse» con él, es decir, con Bujarin.

Decimos que los cambios en las relaciones de clase producidos en nuestro país nos imponen nuevas tareas, que exigen una reducción sistemática del precio de coste y el fortalecimiento de la disciplina de trabajo en las empresas, y que es imposible llevar a la práctica estas tareas sin hacer cambiar radicalmente toda la actuación práctica de los sindicatos. Pero Tomski nos contesta que todo esto son para nosotros futilezas, que no tenemos semejantes tareas nuevas y que, en realidad, todo el problema se reduce a que la mayoría del Comité Central quiere «meterse» con él, es decir, con Tomski.

Decimos que la reconstrucción de la economía nacional nos impone

nuevas tareas en cuanto al fortalecimiento de la lucha contra el burocratismo del aparato administrativo y económico, en cuanto a depurar de elementos podridos y extraños, de saboteadores, etc., etc., este aparato. Pero Rykov nos contesta que todo esto son para nosotros futilezas, que no tenemos semejantes tareas nuevas y que, en realidad, el problema se reduce a que la mayoría del Comité Central quiere «meterse» con él, es decir, con Rykov.

¿No es ridículo esto, camaradas? ¿No es evidente que Bujarin, Tomski y Rykov no ven más allá de sus narices?

La desgracia del grupo Bujarin consiste en que no ve los nuevos cambios en las relaciones de clase ni comprende las nuevas tareas del Partido. Precisamente por eso, porque no las comprende, se ve obligado a ir a remolque de los acontecimientos y a capitular ante las dificultades.

He ahí dónde está la raíz de nuestras discrepancias.

II

DISCREPANCIAS EN CUANTO A LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Ya he dicho que Bujarin no ve ni comprende las nuevas tareas que se imponen a la Internacional Comunista en cuanto a la expulsión de los elementos de derecha de los Partidos Comunistas, teniendo a raya a los conciliadores y depurando de tradiciones socialdemócratas a los Partidos Comunistas, tareas que imponen las condiciones del nuevo auge revolucionario, que está madurando. Esta tesis se halla plenamente confirmada por nuestras discrepancias en cuanto a las cuestiones referentes a la Internacional Comunista.

¿Por dónde han comenzado las discrepancias en este terreno?

Han comenzado con las tesis de Bujarin sobre la situación internacional presentadas en el VI Congreso. La práctica que solía seguirse era que las tesis fuesen examinadas previamente en el seno de la delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S. Pero, en este caso, no se siguió la práctica acostumbrada. Las tesis, firmadas por Bujarin, fueron enviadas a la delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S. al mismo tiempo que a las delegaciones extranjeras del VI Congreso. Y estas tesis resultaron ser no satisfactorias en toda una serie de puntos. La delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S. hubo de introducir en ellas unas 20 enmiendas.

Esta circunstancia contribuyó a hacer un poco desagradable la situación de Bujarin. Pero ¿quién tenía la culpa de ello? ¿Por qué Bujarin envió sus tesis a las delegaciones extranjeras antes de que fuesen examinadas por la delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S.? ¿Podía esta delegación abstenerse de introducir en ellas enmiendas, si las tesis no eran

satisfactorias? Resultado de esto fué que la delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S. presentó unas tesis sobre la situación internacional, que eran, en el fondo, nuevas y que las delegaciones extranjeras empezaron a contraponer las viejas tesis presentadas por Bujarin. Es evidente que esta situación poco agradable no se habría producido si Bujarin no se hubiese precipitado a enviar sus tesis a las delegaciones extranjeras.

Yo quisiera señalar cuatro enmiendas fundamentales, introducidas en las tesis de Bujarin por la delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S. Quisiera señalar estas enmiendas fundamentales, para demostrar con mayor claridad el carácter de las divergencias existentes en cuanto a las cuestiones referentes a la Internacional Comunista.

La *primera cuestión* era la del carácter de la estabilización del capitalismo. En las tesis de Bujarin resulta que, en los momentos actuales, no hay nada nuevo que socave la estabilización capitalista, sino que, por el contrario, el capitalismo *se rehace* y se mantiene, en lo fundamental, más o menos *sólidamente*. Es evidente que la delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S. no podía avenirse a esta caracterización del llamado tercer período, es decir, del período que estamos atravesando. No podía avenirse a esto, porque el haber mantenido esta caracterización del tercer período habría podido dar argumentos a nuestros críticos para decir que nos colocábamos en el punto de vista del llamado «saneamiento» del capitalismo, es decir, en el punto de vista de Hilferding, en el cual no podemos colocarnos los comunistas. En vista de esto, la delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S. introdujo una enmienda haciendo resaltar que la estabilización capitalista no es ni puede ser sólida, sino que se socava y se seguirá socavando por la marcha de los acontecimientos, debido a la agravación de la crisis del capitalismo mundial. Esta cuestión encierra, camaradas, una importancia decisiva para las secciones de la Internacional Comunista. De que la estabilización capitalista se socave o se afiance depende toda la actitud de los Partidos Comunistas, en su labor política diaria. De que atravesemos por un período de descenso del movimiento revolucionario, por un período de simple acumulación de fuerzas, o de que vivamos un período de maduración de las condiciones para un nuevo auge revolucionario, un período de preparación de la clase obrera para las luchas de clases venideras, depende la posición táctica de los Partidos Comunistas. La enmienda propuesta por la delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S. y aceptada luego por el Congreso era buena, precisamente, porque encerraba una posición clara ante la segunda perspectiva, ante la perspectiva de la maduración de las condiciones del nuevo auge revolucionario.

La *segunda cuestión* era la de la lucha contra la socialdemocracia. En las tesis de Bujarin se decía que la lucha contra la socialdemocracia es una de las tareas fundamentales de las secciones de la Internacional Comunista. Lo cual es exacto, naturalmente. Pero esto no basta. Para luchar con éxito contra la socialdemocracia, es necesario agudizar la

cuestión de la lucha contra la llamada ala «izquierda» de la socialdemocracia, contra esa ala «izquierda» que, jugando con frases «izquierdistas» y engañando hábilmente con ello a los obreros, frena a éstos para que no abandonen la socialdemocracia. Es evidente que, sin dar la batalla a los socialdemócratas de «izquierda», es imposible vencer a la socialdemocracia en general. Pues bien: en las tesis de Bujarin se eludía completamente la cuestión de la socialdemocracia de «izquierda», lo que, claro está, constituye una gran deficiencia, razón por la cual la delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S. hubo de introducir en ellas la enmienda correspondiente, enmienda que fué luego aceptada por el Congreso.

La *tercera cuestión* era la de los conciliadores dentro de las secciones de la Internacional Comunista. En las tesis de Bujarin se hablaba de la necesidad de luchar contra los desviacionistas de derecha, pero sin decir una palabra de la lucha contra los que adoptan una actitud conciliadora respecto a ellos. Esto es, naturalmente, una gran deficiencia. Es que cuando se declara la guerra a los desviacionistas de derecha, éstos se disfrazan, generalmente, detrás de los conciliadores y colocan al Partido en una situación difícil. Para salir al paso de esta maniobra de los desviacionistas de derecha, es necesario plantear la cuestión de la lucha resuelta contra los conciliadores. Por eso, la delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S. consideró necesario introducir en las tesis de Bujarin la correspondiente enmienda, que fué luego aceptada por el Congreso.

La *cuarta cuestión* era la de la disciplina. En las tesis de Bujarin no se hablaba para nada de la necesidad de mantener una disciplina férrea dentro de los Partidos Comunistas. Esto era también una falla bastante grande. ¿Por qué? Porque en el período de fortalecimiento de la lucha contra la desviación de derecha, en el período de aplicación de la consigna de depurar de elementos oportunistas a los Partidos Comunistas, los desviacionistas de derecha se organizan, generalmente, en fracciones y establecen su propia disciplina fraccional, rompiendo y violando la disciplina del Partido. Para mantener al Partido a salvo de estos manejos fraccionales de los desviacionistas de derecha, es necesario plantear la cuestión de una disciplina férrea dentro del Partido y de la necesidad de que los miembros del Partido se sometan incondicionalmente a ella. Sin esto, no hay ni por qué pensar en mantener una lucha seria contra la desviación derechista. Por eso, la delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S. introdujo en las tesis de Bujarin la correspondiente enmienda, que fué aceptada por el VI Congreso.

¿Podíamos nosotros dejar de presentar estas enmiendas a las tesis de Bujarin? Es evidente que no podíamos. Los antiguos decían refiriéndose al filósofo Platón: «Somos amigos de Platón, pero lo somos todavía más de la verdad». Pues bien; lo mismo podemos decir nosotros de Bujarin: somos amigos de Bujarin, pero somos todavía más amigos de la verdad, del Partido, de la Internacional Comunista. Por eso la dele-

gación del P.C.(b) de la U.R.S.S. se vió en la obligación de presentar estas enmiendas a las tesis de Bujarin.

Tal fué, por decirlo así, la *primera etapa de nuestras discrepancias*, en cuanto a las cuestiones referentes a la Internacional Comunista.

La *segunda etapa de nuestras discrepancias* está relacionada con el caso que se conoce con el nombre de Wittorf y Thaelmann. Wittorf era el secretario de la organización de Hamburgo, acusado de malversación de los fondos del Partido y expulsado del Partido por esta causa. Los conciliadores del Comité Central del Partido Comunista de Alemania, aprovechándose de las relaciones existentes entre Wittorf y el camarada Thaelmann, aunque el camarada Thaelmann nada tenía que ver con el delito de Wittorf, convirtieron el asunto Wittorf en asunto Thaelmann e iniciaron el asalto a la dirección del Partido Comunista alemán. Seguramente sabéis por la prensa que los conciliadores Ewert y Gerhardt consiguieron arrastrar consigo durante algún tiempo a la mayoría del Comité Central del Partido Comunista de Alemania contra el camarada Thaelmann. ¿Y qué pasó? Que alejaron a Thaelmann de la dirección del Partido y comenzaron a acusarle de corrupción, procediendo a publicar una resolución «adecuada», sin que el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista la conociese ni la sancionase. De este modo, en vez de cumplir las normas del VI Congreso de la I.C. acerca de la lucha contra los conciliadores, en vez de luchar contra la desviación derechista y los conciliadores, lo que se hacía, en realidad, era violar descaradamente estas normas y luchar contra la dirección revolucionaria del Partido Comunista alemán, contra el camarada Thaelmann, lucha que se proponía como objetivo *encubrir* la desviación derechista y *afianzar* a los conciliadores dentro de las filas de los comunistas alemanes.

Pues bien; en vez de volver grupas y corregir la situación, en vez de restablecer en su pleno vigor las normas del VI Congreso que habían sido violadas, llamando al orden a los conciliadores, Bujarin propone en su conocida carta que se *sancione* el golpe de Estado de los conciliadores, que se entregue a éstos el Partido Comunista de Alemania y que el camarada Thaelmann sea nuevamente difamado en la prensa, publicándose una declaración más acerca de su culpabilidad. ¡Y a un hombre así se le llama «dirigente» de la Internacional Comunista! ¡Vaya unos «dirigentes»!

El Comité Central examinó la propuesta de Bujarin y la rechazó. A Bujarin esto no le gustó, naturalmente. Pero ¿quién tenía la culpa de ello? Los acuerdos del VI Congreso no fueron tomados para que se violasen, sino para que se cumpliesen. Y si el VI Congreso resolvió declarar la guerra a los desviacionistas de derecha y a los conciliadores, manteniendo en la dirección del Partido Comunista de Alemania a su núcleo fundamental, con el camarada Thaelmann a la cabeza, y a los conciliadores Ewert y Gerhardt se les antojaba echar por tierra este acuerdo, el deber de Bujarin era llamar al orden a los conciliadores y

no poner en manos de éstos la dirección del Partido Comunista de Alemania. La culpa la tenía Bujarin, que se «olvidaba» de los acuerdos del VI Congreso.

La *tercera etapa de nuestras discrepancias* se relaciona con la cuestión de la lucha contra los derechistas dentro del Partido Comunista de Alemania, con la cuestión del aplastamiento de la fracción Brandler y Talheimer y la expulsión del Partido Comunista alemán de los líderes de esta fracción. La «posición» de Bujarin y de sus amigos ante esta cuestión cardinal consistía en rehuir constantemente la solución de este problema. Se trataba, en el fondo, del problema de la suerte del Partido Comunista de Alemania. Y sin embargo, Bujarin y sus amigos, sabiendo esto, se pasaban el tiempo frenando el asunto y rehuyendo sistemáticamente el deber de asistir a las reuniones de los organismos correspondientes. ¿Para qué? Tal vez para poder presentarse como «inocentes» tanto ante la Internacional Comunista como ante la derecha del Partido Comunista alemán. Para poder decir más tarde: «No hemos sido nosotros, los bujarinistas, sino que ha sido la mayoría del Comité Central, la que ha impuesto la expulsión de Brandler y Talheimer del Partido Comunista». ¡Y a esto se llama luchar contra el peligro de derecha!

Finalmente, la *cuarta etapa de nuestras discrepancias* es la relacionada con la exigencia de Bujarin, formulada ante el Pleno de noviembre del C.C., de que fuese llamado de Alemania Neumann y se llamase al orden al camarada Thaelmann, que, en uno de sus discursos, había criticado, al parecer, el informe de Bujarin en el VI Congreso. No podíamos avenirnos, naturalmente, a la exigencia de Bujarin, no teniendo como no teníamos en nuestras manos ningún documento que la justificase. Bujarin se comprometió a presentar documentos contra Neumann y Thaelmann. Pero no presentó ninguno. En vez de presentar esos documentos, lo que hizo fué enviar a los miembros de la delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S. el conocido discurso de Humbert-Droz ante el secretariado político del Comité Ejecutivo de la I.C., aquel mismo discurso que el Presidium del Comité Ejecutivo de la I.C. calificó de oportunista. Enviando este discurso a los miembros de la delegación del P.C.(b) de la U.R.S.S. y recomendándolo como material contra Thaelmann, Bujarin pretendía demostrar la razón de su exigencia, al pedir que fuese llamado de Alemania Neumann y se llamase al orden al camarada Thaelmann. Pero lo que, en realidad, demostraba al proceder así, era su solidaridad con Humbert-Droz, cuya posición es caracterizada por el Comité Ejecutivo de la I.C. como oportunista.

He aquí, camaradas, los principales puntos de nuestras discrepancias en cuanto a las cuestiones referentes a la Internacional Comunista.

Bujarin piensa que, al luchar contra la desviación derechista y los conciliadores que la amparan dentro de las secciones de la Internacional Comunista, al depurar de elementos y tradiciones socialdemócratas el Partido Comunista alemán y el Partido Comunista checoslovaco, al

eliminar del Partido Comunista a los Brandler y los Talheimer, lo que hacemos es «descomponer» y «hundir» la Internacional Comunista. Nosotros, por el contrario, pensamos que, al mantener esta política y al agudizar la cuestión de la lucha contra los desviacionistas de derecha y los conciliadores que los amparan, lo que hacemos es fortalecer la Internacional Comunista, depurarla de oportunistas, bolchevizar sus secciones y ayudar a los Partidos Comunistas a preparar a la clase obrera para los combates revolucionarios que se avecinan.

Como veis, no son simples cuestiones de matiz en el seno del C.C. del P.C.(b) de la U.R.S.S., sino discrepancias bastante serias que afectan a las cuestiones cardinales de la política de la Internacional Comunista.

III

DISCREPANCIAS EN MATERIA DE POLITICA INTERIOR

Me he referido ya más arriba a los cambios en las relaciones de clase y a la lucha de clases dentro de nuestro país. He dicho ya que el grupo Bujarin está afectado de ceguera y no ve estos cambios, ni comprende las nuevas tareas del Partido. Y he dicho que debido a esto han surgido en la nueva oposición ese estado de desconcierto, el temor a las dificultades, la predisposición a capitular ante ellas. No se puede decir que estos errores de la nueva oposición hayan caído del cielo. Lejos de ello, están relacionados con esa fase de desarrollo que hemos recorrido ya y a la que se da el nombre de período de *restauración* de la economía nacional, durante el cual el trabajo de edificación marchaba por la vía pacífica, de un modo automático, por decirlo así, durante el cual no se daban aún esos cambios en las relaciones de las clases que existen ahora, ni se daba aún esa agudización de la lucha de clases con la que en los momentos actuales nos encontramos. Pero hoy nos hallamos en una nueva fase de desarrollo, distinta del período anterior, del período de la restauración. Hoy, nos encontramos en un nuevo período de edificación, en el período de la *reconstrucción* de toda la economía nacional sobre la base del socialismo. Este nuevo período provoca nuevos cambios en las relaciones de clase, una agudización de la lucha de clases. Y exige nuevos métodos de lucha, la reagrupación de nuestras fuerzas, el perfeccionamiento y el fortalecimiento de todas nuestras organizaciones. La desgracia del grupo Bujarin consiste, precisamente, en que vive en el pasado, en que no ve los rasgos característicos de este nuevo período, ni comprende la necesidad de aplicar nuevos métodos de lucha. De aquí su ceguera, su desconcierto, su pánico ante las dificultades.

a) *Sobre la lucha de clases*

¿En qué estriba la base teórica de esta ceguera y de este desconcierto del grupo Bujarin?

Yo creo que la base teórica de esta ceguera y de este desconcierto es el modo falso, no marxista, que tiene Bujarin de abordar la cuestión de la lucha de clases en nuestro país. Me refiero, al decir esto, a la teoría no marxista de Bujarin sobre la integración gradual de los kulaks en el socialismo y a su incomprensión de la mecánica de la lucha de clases bajo la dictadura del proletariado.

Aquí, se ha citado varias veces el conocido pasaje del folleto de Bujarin titulado «El camino hacia el socialismo», que habla de la integración gradual de los kulaks en el socialismo. Pero se ha citado con algunas mutilaciones. Permitidme que yo lo cite en su integridad. Es necesario hacerlo así, camaradas, para poner de manifiesto hasta qué punto se aparta Bujarin de la teoría marxista de la lucha de clases. Escuchad:

«La red fundamental de nuestras organizaciones cooperativas campesinas estará formada por células cooperativas no de kulaks, sino «de trabajo», que evolucionarán hacia el sistema de nuestros órganos generales de Estado y se convertirán, de este modo, en *eslabones de la cadena general de la economía socialista*. De otra parte, *los nidos cooperativos de los kulaks irán integrándose también, exactamente lo mismo*, a través de los bancos, etc., *en este sistema*; pero serán *hasta cierto punto un cuerpo extraño por el estilo de las empresas de concesión, por ejemplo*» (*).

Al citar este pasaje del folleto de Bujarin, algunos camaradas prescindieron, con su cuenta y razón, de la última parte, que habla de las concesiones. Rosit, queriendo, indudablemente, ayudar a Bujarin, se aprovechó de esto y gritó desde su escaño que se tergiversaba el texto de Bujarin. Y lo notable es que la sal de toda la cita reside precisamente en esta última parte, referente a las concesiones. Pues si se coloca en el mismo plano a los concesionarios y a los kulaks y éstos se integran gradualmente en el socialismo, ¿a qué conclusión se llega? Sólo se puede llegar a una conclusión, a saber: que los concesionarios se integran gradualmente también en el socialismo, que los que se integran gradualmente en el socialismo no son solamente los kulaks, sino los concesionarios. *(Risas.)*

Tal es la conclusión a que se llega.

Rosit.—Pero Bujarin dice que serán «un cuerpo extraño».

Stalin.—Bujarin no dice que serán «un cuerpo extraño», sino que serán «hasta cierto punto un cuerpo extraño». Es decir, que los kulaks y los concesionarios son, «hasta cierto punto», un cuerpo extraño dentro del sistema del socialismo. Pero el error de Bujarin consiste, precisamente, en esto, en creer que los kulaks y los concesionarios, siendo «hasta cierto punto» un cuerpo extraño, se integran gradualmente a pesar de

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

todo en el socialismo. He ahí a qué absurdos lleva la teoría de Bujarin. ¡Los capitalistas de la ciudad y del campo, los kulaks y los concesionarios, integrándose gradualmente en el socialismo!: he ahí adónde ha ido a parar Bujarin. No, camaradas; no es ese «socialismo» el que nosotros necesitamos. ¡Que Bujarin se quede con él, si quiere!

Hasta ahora, nosotros, los marxistas-leninistas, siempre habíamos pensado que entre los capitalistas de la ciudad y del campo, de una parte, y de otra parte la clase obrera, existe un antagonismo *irreconciliable* de intereses. En esto es, precisamente, en lo que se basa la teoría marxista de la lucha de clases. Pero ahora, según la teoría de Bujarin acerca de la *integración pacífica* de los capitalistas en el socialismo, resulta que todo esto se vuelve patas arriba, que desaparece el antagonismo irreconciliable entre los intereses de clase de los explotadores y los explotados y que los explotadores evolucionan hacia el socialismo.

Rosit.—Eso no es cierto, pues se presupone la dictadura del proletariado.

Stalin.—Pero la dictadura del proletariado es la forma más aguda de la lucha de clases.

Rosit.—Ese es el asunto.

Stalin.—Y por lo que dice Bujarin, se llega a la conclusión de que los capitalistas se van integrando en esta misma dictadura del proletariado. No veo cómo Rosit no comprende esto. ¿Contra quién se iba a luchar, contra quién se iba a dirigir esta forma de la lucha de clases, la más aguda de todas, si los capitalistas de la ciudad y del campo fuesen integrándose en el sistema de la dictadura del proletariado? La dictadura del proletariado es necesaria para mantener una lucha irreconciliable contra los elementos capitalistas, para aplastar a la burguesía y extirpar las raíces del capitalismo. Si los capitalistas de la ciudad y del campo, si los kulaks y los concesionarios, se van integrando en el socialismo, ¿qué falta hace la dictadura del proletariado?, y si hace falta, ¿para aplastar a qué clase?

Rosit.—La cosa está, precisamente, en que, según Bujarin, esa integración gradual presupone la lucha de clases.

Stalin.—Por lo que veo, Rosit se ha juramentado para servir a Bujarin. Pero le presta un flaco servicio, pues, queriendo salvarle, lo que hace en realidad es empujarle para que se ahogue sin remedio. Bien dice el refrán que «un oso servicial es el peor de los enemigos». *(Grandes risas.)*

Una de dos: o entre la clase capitalista y la clase obrera, situada en el Poder y que ha implantado su dictadura, media un antagonismo irreconciliable de intereses, o no media este antagonismo irreconciliable de intereses, en cuyo caso no quedará más camino que proclamar la armonía de los intereses de clase.

O la teoría marxista de la lucha de clases *o* la teoría de la evolución de los capitalistas hacia el socialismo. *O* el antagonismo irrecon-

ciliable de los intereses de clase *o* la teoría de la armonía de los intereses de clase. Una de dos.

A «socialistas» del tipo de Brentano o de Sidney Webb, que predican la integración gradual del socialismo en el capitalismo y del capitalismo en el socialismo, les puede uno comprender, pues estos «socialistas» son, en el fondo, antisocialistas, unos liberales burgueses. A quien no se puede comprender es a quien, deseando pasar por marxista, predica la teoría de la integración gradual de los capitalistas en el socialismo.

En su discurso, Bujarin ha intentado reforzar la teoría de la integración gradual de los kulaks en el socialismo remitiéndose a una conocida cita de Lenin. Y al proceder así, afirma que Lenin dice *exactamente lo mismo* que Bujarin. Esto es falso, camaradas. Esto es una burda e intolerable calumnia contra Lenin. He aquí el texto de la cita de Lenin:

«Naturalmente, en nuestra República Soviética, el régimen social se basa en la colaboración de dos clases, los obreros y los campesinos, colaboración en la que ahora se admiten también, bajo ciertas condiciones, los «nepman», es decir, la burguesía» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 405, «Cómo reorganizar la Inspección obrera y campesina»).

Como veis, aquí no se habla para nada de la integración gradual de los capitalistas en el socialismo. Lo único que se dice es que «admitimos» también, en la colaboración entre los obreros y campesinos, «bajo ciertas condiciones», a los nepman, es decir, a la burguesía. ¿Qué quiere decir esto? ¿Quiere decir que, con ello, admitamos la posibilidad de que los nepman vayan integrándose en el socialismo? Naturalmente que no. Esa cita de Lenin sólo puede ser interpretada así por quien haya perdido la vergüenza. Lenin quiere decir, simplemente, que, *por ahora*, no destruímos la burguesía, que, *por ahora*, no le confiscamos sus bienes, sino que permitimos que siga existiendo bajo ciertas condiciones, es decir, siempre y cuando se someta sin reservas a las leyes de la dictadura del proletariado o, lo que es lo mismo, mediante la progresiva limitación de los capitalistas, limitación cuya meta es su eliminación paulatina de la economía nacional. ¿Se puede llevar a cabo la eliminación de los capitalistas y la extirpación de las raíces del capitalismo, sin una rabiosa lucha de clases? No, no se puede. ¿Se pueden destruir las clases manteniéndose dentro de la teoría y de la práctica de la integración gradual de los capitalistas en el socialismo? No, no se puede. Esa teoría y esa práctica sólo sirven para fomentar y perpetuar las clases, pues la tal teoría es opuesta a la doctrina de la lucha de clases. Pues bien; la cita de Lenin se basa absoluta e íntegramente en la teoría de la lucha de clases, bajo la dictadura del proletariado. ¿Qué puede haber de común entre la teoría de Bujarin sobre la integración gradual de los kulaks en el socialismo y la teoría de Lenin sobre la dictadura del proletariado, como la forma más aguda de la lucha de clases? Es evidente que entre una y otra no media la menor afinidad. Bujarin entiende que,

bajo la dictadura del proletariado, la lucha de clases debe *extinguirse* y *desaparecer*, para poder destruir las clases. En cambio, Lenin enseña que las clases sólo pueden destruirse por medio de una lucha de clases tenaz, lucha que bajo la dictadura del proletariado es *todavía más rabiosa* que antes.

«La destrucción de las clases—dice Lenin—es obra de una larga, difícil y tenaz *lucha de clases*, que *no desaparece* (como expresan los banales personajes del viejo socialismo y de la vieja socialdemocracia) *después* del derrocamiento del poder del capital, *después* de la destrucción del Estado burgués, *después* de la implantación de la dictadura del proletariado, sino que se limita a cambiar de forma, haciéndose en muchos aspectos todavía más encarnizada» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 315, «Un saludo a los obreros húngaros»).

He ahí lo que Lenin dice acerca de la destrucción de las clases.

Destrucción de las clases *por medio de una implacable lucha de clases del proletariado:* tal es la fórmula de Lenin.

Destrucción de las clases *por medio de la extinción de la lucha de clases y de la integración gradual de los capitalistas en el socialismo:* tal es la fórmula de Bujarin.

¿Qué puede haber de común entre estas dos fórmulas? Es evidente que no puede haber entre ellas la menor afinidad.

La teoría bujarinista de la integración gradual de los kulaks en el socialismo equivale, por tanto, al abandono de la teoría marxista-leninista de la lucha de clases y a la aproximación a la teoría del socialismo de cátedra.

Aquí es donde está la raíz de todos los errores de Bujarin y de sus amigos.

Podrá objetarse que no vale la pena detenerse mucho tiempo a criticar la teoría bujarinista de la integración gradual de los kulaks en el socialismo, puesto que ella misma habla—y no sólo habla, sino que clama—en contra de Bujarin. Pero esto es falso, camaradas. Mientras esta teoría permanecía oculta, cabía no prestarle atención, puesto que no son pocas las tonterías de ese género que se contienen en los escritos de diferentes camaradas. Y, en efecto, hasta estos últimos tiempos no prestábamos atención a esta teoría de Bujarin. Pero, últimamente, la situación ha cambiado un poco. Las tendencias caóticas pequeñoburguesas, que han comenzado a pulular en los últimos años, empezaron a dar vida a esta teoría antimarxista, prestándole un carácter de actualidad. Hoy, ya no es posible decir que esta teoría permanece oculta. Hoy, esta peregrina teoría de Bujarin pretende ser la bandera de la desviación derechista en nuestro Partido, la bandera del oportunismo. Por eso, no podemos ya pasar de largo ante ella, sino que tenemos el deber de deshacerla como una teoría falsa y dañina, para facilitar a nuestros camaradas de partido la lucha contra la desviación de derecha.

b) *Sobre la agudización de la lucha de clases*

El segundo error de Bujarin, que se desprende del primero, consiste en su modo falso, no marxista, de abordar la cuestión de la agudización de la lucha de clases, del reforzamiento de la resistencia de los elementos capitalistas contra la política socialista del Poder Soviético. ¿De qué se trata? ¿Se trata, acaso, de que los elementos capitalistas se desarrollen más rápidamente que el sector socialista de nuestra economía, lo que les permite reforzar su resistencia, minando las bases de la construcción socialista? No; no se trata de eso. Además, es falso que los elementos capitalistas se desarrollen más rápidamente que el sector socialista. Si eso fuese cierto, la edificación socialista se hallaría ya al borde de la ruina. De lo que se trata es de que el socialismo se lanza eficazmente a la ofensiva contra los elementos capitalistas, de que el socialismo se desarrolla *más rápidamente* que los elementos capitalistas, de que, gracias a esto, *disminuye* la importancia relativa de los elementos capitalistas, lo que hace que éstos se vean en peligro mortal y redoblen su resistencia. Y por el momento, pueden redoblar su resistencia todavía, no sólo porque cuentan con la ayuda del capitalismo mundial, sino porque, a pesar de disminuir su importancia relativa y a pesar de disminuir también su desarrollo relativo, comparado con el del socialismo, los elementos capitalistas siguen desarrollándose de un modo absoluto, lo que les da cierta posibilidad de acumular fuerzas para oponerse al desarrollo del socialismo. Sobre esta base es sobre la que se producen, *en una determinada fase de desarrollo y bajo condiciones dadas* de correlación de las fuerzas, la agudización de la lucha de clases y el reforzamiento de la resistencia de los elementos capitalistas de la ciudad y del campo. El error de Bujarin y de sus amigos consiste en que no comprenden una verdad tan sencilla y tan evidente como ésta. Su error consiste en que no abordan la cuestión de un modo marxista, sino al modo filisteo, intentando explicar la agudización de la lucha de clases con todo género de razones fortuitas, por ejemplo, la «inepcia» del aparato soviético, la política «imprudente» de los dirigentes locales, la «falta» de flexibilidad, las «exageraciones», etc., etc.

He aquí, por ejemplo, una cita tomada del folleto de Bujarin titulado «El camino hacia el socialismo», que revela el modo absolutamente no marxista de abordar la cuestión de la agudización de la lucha de clases:

«De vez en cuando, la lucha de clases en el campo estalla en sus antiguas manifestaciones, provocando esta agudización, por lo común, los elementos kulaks. Cuando, por ejemplo, los kulaks o las gentes que se lucran a costa de otros y que se abrieron paso a los órganos del Poder Soviético, comienzan a disparar contra los corresponsales rurales, esto es una manifestación de la lucha de clases en su forma más aguda. [Lo cual es falso, pues la forma más aguda de la lucha de clases es la insurrección. *J. St.*] Pero estos casos suelen darse, generalmente, allí donde el aparato local soviético es todavía débil. *A medida que se perfecciona este apa-*

rato. a medida que se fortalecen todas las células de base del Poder Soviético, a medida que se perfeccionan y refuerzan las organizaciones locales del Partido y de las Juventudes en las aldeas, *esta clase de fenómenos* se encontrarán cada vez más raramente, como se ha patentizado en absoluto, y acabarán *por desaparecer sin dejar rastro*» (*).

Como vemos, la agudización de la lucha de clases se explica, según Bujarin, por razones imputables al aparato soviético, por la aptitud o la ineptitud, por la fuerza o la debilidad de nuestras organizaciones de base. Según esto, el sabotaje de los técnicos burgueses en Shajti, que es una forma de resistencia de los elementos burgueses contra el Poder Soviético y una forma de agudización de la lucha de clases, se explica no por la correlación de las fuerzas de clase, no por el desarrollo del socialismo, sino por la ineptitud de nuestro aparato soviético. Es decir, que hasta que se manifestó el sabotaje en masa en el distrito de Shajti, nuestro aparato era bueno, pero, después, en el momento en que se manifestó ese sabotaje en masa, el aparato comenzó a ser, por las razones que fuese, completamente inservible. Es decir, que hasta el año pasado, cuando el abastecimiento de víveres se realizaba automáticamente y la lucha de clases no se había agudizado todavía de un modo especial entre nosotros, nuestras organizaciones locales eran buenas y hasta ideales, pero desde el año pasado, a partir del momento en que la resistencia de los kulaks adquirió formas especialmente agudas, nuestras organizaciones empezaron a ser malas e inservibles en absoluto. Esto no es una explicación, sino que es burlarse de quien la busca. Esto no es ciencia, sino charlatanería.

¿Cómo se explica esta agudización de la lucha de clases?

Se explica por dos causas.

En primer lugar, por nuestros avances, por nuestra ofensiva, por el desarrollo de las formas socialistas de la economía, tanto en la industria como en la agricultura, desarrollo que va acompañado por la eliminación correspondiente de los consiguientes grupos de capitalistas de la ciudad y del campo. El quid de la cuestión consiste en que estamos viviendo bajo la fórmula leninista de «quién vencerá a quién»; o nosotros les hacemos morder el polvo a ellos, a los capitalistas, y les presentamos, como decía Lenin, batalla final y decisiva, o ellos nos hacen morder el polvo a nosotros.

En segundo lugar, por el hecho de que los elementos capitalistas no están dispuestos a retirarse voluntariamente de la escena, sino que se resisten y seguirán resistiéndose al socialismo, pues ven que se acercan los últimos días de su existencia. Y pueden todavía ofrecer resistencia, porque, a pesar de la disminución de su importancia relativa, siguen desarrollándose en términos absolutos: la pequeña burguesía, tanto la de la ciudad como la del campo, hace brotar de su seno, como decía Lenin, todos los días y a todas horas, capitalistas grandes y pequeños,

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

y estos elementos capitalistas toman todas las medidas para defender su existencia.

En la historia, no se ha dado jamás el caso de que las clases moribundas se retiren voluntariamente de la escena. No se ha dado jamás en la historia el caso de que la burguesía agonizante no apelase a sus últimas fuerzas para defender su existencia. Lo mismo si nuestro aparato soviético de base es bueno que si es malo, nuestros avances, nuestra ofensiva, atarán corto a los elementos capitalistas y los eliminarán, y éstos, las clases agonizantes, ofrecerán resistencia, por encima de todo.

Tal es la base social en que descansa la agudización de la lucha de clases.

El error de Bujarin y de sus amigos consiste en que identifican el aumento de la resistencia de los capitalistas con el aumento de su importancia relativa. Pero esta identificación carece de toda base. Carece de base, porque si los capitalistas se resisten, esto no quiere decir, ni mucho menos, que sean más fuertes que nosotros. Ocurre, precisamente, todo lo contrario. Las clases agonizantes no hacen resistencia porque sean más fuertes que nosotros, sino porque el socialismo se desarrolla más rápidamente que ellas, debilitándolas. Precisamente por eso, porque ven que son más débiles, presienten que se acercan los últimos días de su existencia y se ven forzadas a resistirse por todos los medios, con todas sus fuerzas.

Tal es la mecánica de la agudización de la lucha de clases y de la resistencia de los capitalistas, en el momento histórico actual.

¿Cuál debe ser la política del Partido, ante tal estado de cosas?

Debe ser la de poner en guardia a la clase obrera y a las masas explotadas del campo, elevar su capacidad combativa y desarrollar su agilidad de movilización para la lucha contra los elementos capitalistas de la ciudad y del campo, para la lucha contra los enemigos de clase que se resisten. La teoría marxista-leninista de la lucha de clases es buena, entre otras cosas, porque facilita la movilización de la clase obrera contra los enemigos de la dictadura del proletariado.

¿Por qué es dañina la teoría bujarinista de la integración gradual de los capitalistas en el socialismo y la concepción bujarinista acerca del problema de la agudización de la lucha de clases?

Porque adormece a la clase obrera, porque mina la agilidad de movilización de las fuerzas revolucionarias de nuestro país, porque desmoviliza a la clase obrera y facilita la ofensiva de los elementos capitalistas contra el Poder Soviético.

c) *Sobre los campesinos*

El tercer error de Bujarin se refiere a la cuestión de los campesinos. Es sabido que la cuestión de los campesinos es una de las cuestiones más importantes de nuestra política. En nuestras condiciones, la

masa campesina está formada por diversos grupos sociales, a saber: campesinos pobres, campesinos medios y kulaks. Es lógico que nuestra actitud ante estos grupos no sea la misma. Consideramos a los campesinos pobres como *sostén* de la clase obrera, a los campesinos medios como *aliados* y a los kulaks como *enemigos de clase:* he ahí nuestra actitud ante estos grupos sociales. Todo esto es lógico y bien conocido. Sin embargo, Bujarin ve las cosas de otro modo. En su modo de caracterizar a los campesinos, se evapora toda diferenciación, desaparece toda clasificación en varios grupos sociales y sólo queda en pie una mancha gris, llamada aldea. En su concepción, el kulak no es kulak, el campesino medio no es campesino medio, y en la aldea existe una miseria general. Así lo dijo él, en efecto, en el discurso que pronunció aquí: ¿Acaso nuestro kulak puede ser llamado kulak? Este kulak es un mendigo, dijo. Y nuestro campesino medio ¿se parece en algo a un campesino medio?, preguntó Bujarin. Es un mendigo, muerto de hambre. Huelga decir que este punto de vista acerca de los campesinos es fundamentalmente falso e incompatible con el leninismo.

Lenin decía que los campesinos son la *última clase capitalista.* ¿Es exacta esta tesis? Sí, absolutamente exacta. ¿Por qué se califica a los campesinos como la última clase capitalista? Porque de las dos clases fundamentales que integran nuestra sociedad, los campesinos son aquella clase cuya economía se basa en la propiedad privada y en la pequeña producción de mercancías. Porque los campesinos, mientras sean campesinos dedicados a la pequeña producción de mercancías, engendrarán y no podrán por menos de engendrar capitalistas, constante e ininterrumpidamente. Y este hecho tiene para nosotros una importancia decisiva, por lo que se refiere a nuestra actitud marxista ante la cuestión de la alianza de la clase obrera con los campesinos. Esto quiere decir que lo que nosotros necesitamos no es una alianza *cualquiera* con los campesinos, sino solamente aquella *alianza* que se basa en la lucha contra los elementos capitalistas del campo. Como veis, la tesis de Lenin sobre los campesinos como última clase capitalista, no sólo no contradice la idea de la alianza de la clase obrera con los campesinos, sino que, por el contrario, da a esta alianza una base, haciendo de ella una alianza de la clase obrera con los campesinos, dirigida contra los elementos capitalistas de nuestra economía. Lenin estableció esta tesis para señalar que la alianza de la clase obrera con los campesinos sólo puede ser sólida a condición de que se base en la lucha contra esos elementos capitalistas que la masa campesina engendra.

El error de Bujarin consiste en que no comprende ni admite esta cosa tan sencilla, en que se olvida de los grupos sociales existentes en el campo, en que de su campo visual desaparecen los kulaks y los campesinos pobres, quedando en pie solamente una masa difusa de campesinos medios. Esto es, indudablemente, una desviación de Bujarin hacia la derecha, por oposición a la desviación «izquierdista», trotskista, que

no ve en la aldea más grupos sociales que los de los campesinos pobres y los kulaks y de cuyo campo visual desaparecen, por tanto, los campesinos medios.

¿En qué consiste la diferencia entre el trotskismo y el grupo Bujarin, en lo que se refiere a la cuestión de la alianza con los campesinos? En que el trotskismo se declara *en contra* de la política de una alianza *sólida* con las masas de campesinos medios, mientras que el grupo bujarinista es partidario de *cualquier* alianza con los campesinos. Huelga decir que ambos puntos de vista son falsos y que tanto vale el uno como el otro.

El leninismo aboga absolutamente por una alianza sólida con las grandes masas campesinas, por una alianza con los campesinos medios, pero no por una alianza cualquiera, sino por una alianza que asegure el *papel dirigente* de la clase obrera, que *fortalezca* la dictadura del proletariado y que *facilite la obra de la destrucción de las clases.*

«Por acuerdo entre la clase obrera y los campesinos—dice Lenin—puede entenderse todo. Si no se tiene presente que, desde el punto de vista de la clase obrera, los acuerdos sólo son admisibles, acertados y posibles en principio, cuando ayudan a la dictadura de la clase obrera y son una de las medidas encaminadas a la destrucción de las clases, en ese caso, la fórmula del acuerdo de la clase obrera con los campesinos sigue siendo, naturalmente, una fórmula, que mantienen en sus concepciones todos los enemigos del Poder Soviético y todos los enemigos de la dictadura del proletariado» (*Lenin*, t. XXVI, pág. 387, ed. rusa).

Y más adelante:

«Hoy—dice Lenin—el proletariado tiene en sus manos el Poder y lo dirige. El proletariado dirige a los campesinos. ¿Qué significa dirigir a los campesinos? Significa, en primer lugar, marchar rumbo a la destrucción de las clases y no hacia la pequeña producción. Si nos desviáramos de esta línea fundamental y cardinal, dejaríamos de ser socialistas y caeríamos en el campo de esos pequeñoburgueses, en el campo de los socialrevolucionarios y mencheviques, que son hoy los más enconados enemigos del proletariado» (Lugar citado, págs. 399-400).

He ahí el punto de vista de Lenin sobre la cuestión de la alianza con las grandes masas campesinas, con los campesinos medios.

El error del grupo Bujarin, en lo que se refiere a la cuestión de los campesinos medios, consiste en que no ve el doble carácter, la doble situación que ocupa el campesino medio entre la clase obrera y los capitalistas. «Los campesinos medios son una clase vacilante», dijo Lenin. ¿Por qué? Porque el campesino medio, de una parte, es un trabajador, lo que le acerca a la clase obrera, pero de otra parte es un propietario, y esto le acerca a los kulaks. De aquí las vacilaciones del campesino medio. Y esto no es cierto solamente en el campo de la teoría. Estas vacilaciones se manifiestan también en la práctica todos los días y a todas horas.

«El campesino—dice Lenin—, como trabajador, se inclina hacia el socialismo, prefiriendo la dictadura de los obreros a la dictadura de la burguesía. Pero, como vendedor de su trigo, el campesino se inclina hacia la burguesía, hacia el comercio libre, es decir, vuelve la vista hacia atrás, hacia el capitalismo «habitual»,

hacia el viejo capitalismo «tradicional» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 314, «Un saludo a los obreros húngaros»).

Por eso, la alianza con los campesinos medios sólo puede ser una alianza sólida si va dirigida contra los elementos capitalistas, contra el capitalismo en general, si asegura el papel dirigente de la clase obrera dentro de esta alianza y facilita la obra de destrucción de las clases.

Es extraño que el grupo Bujarin se olvide de cosas tan sencillas y tan lógicas.

d) *Sobre la Nep y las relaciones de intercambio*

El cuarto error de Bujarin es el que se refiere a la cuestión de la Nep. Aquí el error de Bujarin consiste en no ver el doble carácter de la Nep, en no ver más que uno de sus aspectos. Cuando implantamos la Nep, en 1921, dirigimos su filo contra el comunismo de guerra, contra aquel régimen y aquel orden social que excluían la posibilidad de *toda* libertad de comercio, *cualquiera que fuese*. Entendíamos y seguimos entendiendo que la Nep significa una *cierta* libertad comercial. Bujarin ha recordado este aspecto del asunto. Y ha hecho muy bien. Pero Bujarin se equivoca al creer que la Nep se reduce a este aspecto. Se olvida de que en ella hay también otro. El quid de la cuestión está en que la Nep no significa una libertad *completa* de comercio, el *libre* juego de los precios en el mercado. La Nep es una libertad de comercio dentro de *ciertos* límites, dentro de un *cierto* marco, *a condición de que el Estado se asegure el papel de regulador en el mercado*. En esto consiste, en efecto, el segundo aspecto de la Nep. Aspecto que no es menos importante, suponiendo que no sea más, que el primero. En nuestro país, no existe el libre juego de los precios en el mercado, como suele existir en los países capitalistas. Nosotros determinamos, fundamentalmente, el precio del trigo. Determinamos los precios de los artículos industriales. Nos esforzamos en llevar a cabo una política de reducción del precio de coste y de rebaja de los precios de los artículos industriales, aspirando a mantener estables los precios de los productos agrícolas. ¿No es evidente que este régimen peculiar y específico del mercado no existe en ninguno de los países capitalistas?

De aquí se desprende que, mientras exista la Nep, tienen que mantenerse también en pie sus dos aspectos: el primero, dirigido contra el régimen del comunismo de guerra y cuya finalidad es asegurar una *cierta* libertad de comercio, y el segundo, dirigido contra la *plena* libertad comercial y cuya finalidad es asegurar el papel regulador del Estado en el mercado. Destruid uno de los aspectos y la Nep desaparecerá.

Bujarin cree que a la Nep sólo la amenaza el peligro de «izquierda», por parte de quienes pretenden acabar con *toda* libertad de comercio. Esto es falso. Esto es un crasísimo error. Además, ahora, este peligro es mucho menos real, pues en nuestro país no hay o casi no hay, actual-

mente, en nuestras organizaciones locales ni centrales, quien no comprenda la necesidad y la conveniencia de mantener una *cierta* libertad de comercio. Bastante más real es el peligro de derecha, el peligro que amenaza por parte de quienes pretenden acabar con el papel regulador del Estado en el mercado, por parte de quienes pretenden «emancipar» al mercado y abrir así una nueva era de plena libertad de comercio. No cabe la menor duda de que este peligro de ruptura de la Nep por la derecha es, hoy, mucho más real. Conviene no olvidar que las tendencias caóticas pequeñoburguesas trabajan precisamente en este sentido, en el sentido de romper la Nep por el flanco derecho. Y conviene también recordar que las lamentaciones de los kulaks y de los elementos acomodados, que las lamentaciones de los especuladores y acaparadores, por las que se dejan influir con frecuencia muchos de nuestros camaradas, disparan contra la Nep, precisamente por este flanco. El hecho de que Bujarin no vea este segundo peligro, verdaderamente real, de ruptura de la Nep, atestigua de un modo indudable que se encuentra bajo la presión de los elementos pequeñoburgueses.

Bujarin recomienda la «normalización» del mercado y «maniobrar» con los precios de aprovisionamiento del trigo por regiones; es decir, la subida del precio del trigo. ¿Qué significa esto? Significa que no le satisfacen las condiciones soviéticas del mercado, que desea frenar el papel regulador del Estado sobre el mercado y que propone hacer concesiones a los elementos pequeñoburgueses que socavan la Nep por el flanco de la derecha.

Supongamos por un momento que siguiésemos los consejos de Bujarin. ¿Qué resultados se conseguirían con esto? Elevaríamos los precios del trigo, supongamos, en el otoño, al comenzar el período de aprovisionamiento. Pero como en el mercado hay siempre gente, especuladores y acaparadores, que pueden pagar por el trigo tres veces más, y como nosotros no podemos ponernos en el mismo plano que los especuladores, pues ellos compran, a lo sumo, una decena de millones de puds, mientras que nosotros tenemos que comprar cientos de millones, resultará que los que tienen trigo en su poder seguirán reteniéndolo, esperando a que suban todavía más los precios. Es decir, que, al llegar la primavera, que es cuando el Estado siente, sobre todo, necesidad de trigo, tendríamos que volver a subir los precios. ¿Y qué significaría subir los precios del trigo en la primavera? Significaría sacrificar a los pobres y a las gentes modestas del campo, que se verían obligados a comprar, en parte para la sementera y en parte para el consumo doméstico, el mismo trigo que vendieron en el otoño a precio más bajo. ¿Es que, con estas operaciones, conseguiríamos algún resultado serio, en el sentido de obtener la cantidad suficiente de trigo? Lo más probable es que no consiguiésemos nada, pues siempre habría especuladores y acaparadores que se las arreglarían para pagar el doble y el triple por el mismo trigo. Y tendríamos que disponernos a elevar nuevamente el

precio del trigo, esforzándonos en vano en atajar a los acaparadores y especuladores.

De donde se deduce que, puestos en el camino de elevar los precios del trigo, tendríamos que seguir elevándolos constantemente, sin la menor garantía de obtener la cantidad suficiente de trigo.

Pero la cosa no para aquí. En primer lugar, la elevación de los precios de *aprovisionamiento* del trigo nos obligaría luego a elevar también los precios de las materias primas, para mantener una cierta proporción en los precios de los productos agrícolas. En segundo lugar, la elevación de los precios de aprovisionamiento del trigo no nos permitiría mantener el bajo precio del pan en las ciudades; es decir, que tendríamos que elevar también los precios de *venta* del pan. Y como nosotros no podemos ni debemos perjudicar a los obreros, nos veríamos obligados a elevar rapidísimamente los salarios. Y esto conduciría forzosamente a elevar también los precios sobre los artículos industriales, pues en otro caso se produciría una afluencia excesiva de medios de la ciudad al campo, contraria a los intereses de la industrialización. Y como resultado de esto, tendríamos que nivelar los precios sobre los artículos industriales y los productos agrícolas, no sobre la base de los precios *bajos* o, por lo menos, estabilizados, sino sobre la base de los precios *altos*, tanto del trigo como de los artículos industriales. Dicho en otros términos: tendríamos que poner rumbo al *encarecimiento* de los artículos industriales y de los productos agrícolas. Fácil es comprender que estas «maniobras» con los precios conducirían forzosamente a la liquidación total de la política soviética de precios, a la liquidación del papel regulador del Estado en el mercado y al desencadenamiento completo de las tendencias caóticas pequeñoburguesas. ¿Quién saldría ganando con esto? Solamente saldrían ganando los sectores acomodados de la ciudad y del campo, pues el encarecimiento de los artículos industriales y de los productos agrícolas los haría inasequibles tanto para la clase obrera como para los campesinos pobres y los sectores modestos del campo. Saldrían ganando los kulaks y las personas acomodadas, los nepman y otras clases pudientes.

También esto sería una alianza, pero una alianza a su manera: la alianza con los sectores pudientes del campo y de la ciudad. Y los obreros y los sectores modestos del campo tendrían perfecto derecho a preguntarnos: ¿Qué Poder es éste, el de los obreros y campesinos o el de los kulaks y los nepman?

A la ruptura con la clase obrera y con los sectores modestos del campo y a la alianza con los sectores acomodados del campo y de la ciudad: he ahí adónde nos conducirían esa «normalización» bujariniana del mercado y esas «maniobras» con los precios del trigo por regiones.

Es evidente que el Partido no puede marchar por ese camino catastrófico.

Hasta qué punto embrolla Bujarin todas las ideas sobre la Nep y

hasta qué punto es prisionero de las tendencias caóticas pequeñoburguesas se ve, entre otras cosas, por la actitud más que negativa que mantiene ante la cuestión de las nuevas formas de intercambio de mercancías entre la ciudad y el campo, entre el Estado y los campesinos. Bujarin se indigna y clama contra el hecho de que el Estado sea un proveedor de mercancías para los campesinos, y éstos, proveedores de trigo para el Estado. Según él, esto es violar todas las normas de la Nep, violación que significa casi romper con ella. ¿Por qué, nos preguntamos, a título de qué? ¿Qué puede haber de malo en que el Estado, la industria del Estado, sea la que provea de mercancías a los campesinos y éstos los que suministren trigo para la industria, para el Estado? ¿Qué puede haber de malo, desde el punto de vista del marxismo y de la política marxista de la Nep, en que los campesinos se hayan *convertido* ya en proveedores de algodón, de remolacha, de lino, para las necesidades de la industria del Estado, y la industria del Estado en proveedora de mercancías urbanas, de simientes y de instrumentos de producción para estas ramas de la economía rural? El método de contratación es, aquí, el método fundamental para establecer estas nuevas formas de intercambio de mercancías entre la ciudad y el campo. Pero ¿acaso el método de contratación es incompatible con las exigencias de la Nep? ¿Qué puede haber de malo en que los campesinos *se hagan* proveedores del Estado también en cuanto al trigo y no sólo en cuanto al algodón, la remolacha y el lino, gracias al mismo método de contratación? ¿Por qué al comercio en partidas pequeñas, al comercio al por menor se le puede llamar intercambio de mercancías, y el comercio en gran escala sobre la base de contratos previamente establecidos en cuanto a los precios y a la calidad de los productos no se puede considerar como intercambio de mercancías? ¿Por qué esta incongruencia? ¿Acaso es difícil comprender que estas nuevas formas de intercambio en masa de mercancías con arreglo al método de la contratación entre la ciudad y el campo han surgido precisamente sobre la base de la Nep y constituyen el más formidable paso de avance dado por nuestras organizaciones hacia el fortalecimiento de la dirección socialista de la economía nacional con arreglo a un plan?

¿No es extraño que Bujarin se haya olvidado de comprender estas cosas tan sencillas y tan lógicas?

e) *Sobre el ritmo de desarrollo de la industria y las nuevas formas de alianza entre la ciudad y el campo*

Y por último, la cuestión del ritmo de desarrollo de la industria y de las nuevas formas de la alianza entre la ciudad y el campo. Es ésta una de las cuestiones más importantes en torno a las cuales giran nuestras discrepancias. La importancia de esta cuestión reside en que en ella

vienen a confluir todos los hilos de nuestras discrepancias *prácticas* en cuanto a las cuestiones de la política económica del Partido.

¿Qué formas nuevas de alianza son éstas, qué significa esto desde el punto de vista de nuestra política económica?

Significa, ante todo, que, además de las viejas formas de alianza entre la ciudad y el campo, en que la industria satisfacía principalmente las necesidades *personales* del campesino (en cuanto a telas, zapatos, artículos manufacturados en general, etc.), necesitamos nuevas formas de alianza, en que la industria satisfaga las necesidades de *producción* de la economía campesina (en cuanto a maquinaria agrícola, tractores, simientes seleccionadas, abonos químicos, etc.). Si antes satisfacíamos *principalmente* las necesidades personales del campesino, preocupándonos poco de las necesidades de producción de su economía, ahora, sin dejar de atender a las necesidades personales del campesino, debemos cuidarnos fundamentalmente de abastecer las economías campesinas de maquinaria agrícola, tractores, abonos químicos, etc. y de cuanto se relacione directamente con la reconstrucción de la agricultura sobre una nueva base técnica. Mientras se trataba de *restaurar* la agricultura y de hacer que los campesinos se apropiasen las tierras de los antiguos terratenientes y kulaks, podíamos contentarnos con las viejas formas de alianza. Pero ahora, que se trata de la *reconstrucción* de la agricultura, esto ya no basta. Ahora, hay que ir más allá, ayudando al campesino a reconstruir su producción agrícola sobre la base de una nueva técnica y del trabajo colectivo.

Esto significa, en segundo lugar, que a la par que renovamos el instrumental de nuestra industria, debemos comenzar a renovar también seriamente el instrumental de nuestra agricultura. Estamos renovando, y en parte hemos renovado ya, el instrumental de nuestra industria, dándole una nueva base técnica, dotándola de nuevas máquinas perfeccionadas y de cuadros nuevos y más capaces. Estamos construyendo nuevas fábricas y empresas industriales y reconstruyendo y ampliando las antiguas; desarrollamos la metalurgia, la industria química, la construcción de maquinaria. Sobre esta base, se desarrollan las ciudades, se multiplican los nuevos centros industriales y se amplían los antiguos. Sobre esta base crece la demanda de productos alimenticios y de materias primas para la industria. Pero la agricultura sigue trabajando con las viejas herramientas y con los viejos y patriarcales métodos de cultivo de la tierra, con la vieja y primitiva técnica, ya hoy inservible o casi inservible, con las viejas formas individuales de cultivo y de trabajo, propias de la pequeña economía campesina. ¿Qué indica, por ejemplo, el hecho de que, mientras antes de la revolución existían en nuestro país unos 16 millones de economías agrícolas, hoy existan no menos de 25 millones? ¿Qué quiere decir esto, sino que la agricultura presenta un carácter cada vez más atómico y desperdigado? El rasgo característico de las pequeñas economías diseminadas es que no pueden aprovecharse sufi-

cientemente de la técnica, de la maquinaria, de los tractores, de la ciencia agronómica existente, sino que son centros de pequeña producción de mercancías. De aquí la escasez de producción agrícola para el mercado. De aquí el peligro de una ruptura entre la ciudad y el campo, entre la industria y la agricultura. De aquí la necesidad de impulsar, de acelerar la agricultura, para que adquiera el ritmo de desarrollo de nuestra industria. Pues bien; para que no exista este peligro de ruptura, es necesario comenzar seriamente a renovar el instrumental de la agricultura sobre la base de una nueva técnica. Y para renovar este instrumental, es necesario ir paulatinamente agrupando en grandes economías, en economías colectivas las economías campesinas diseminadas, es necesario organizar la agricultura sobre la base del trabajo colectivo, agrandar las economías colectivas, desarrollar los viejos y los nuevos sovjoses, aplicar sistemáticamente las formas de la contratación en masa en todas las ramas fundamentales de la agricultura, desarrollar el sistema de las estaciones de máquinas y tractores, que ayudan a los campesinos a asimilarse la nueva técnica y a colectivizar el trabajo; en una palabra, es necesario ir desplazando las pequeñas economías campesinas hacia la producción colectiva, pues sólo la gran producción de tipo colectivo es capaz de aprovechar en su totalidad los resultados de la ciencia y de la nueva técnica y hacer avanzar a pasos agigantados nuestra agricultura.

Esto no quiere decir, naturalmente, que debamos abandonar las pequeñas economías de los campesinos pobres y medios. No, no quiere decir eso. La pequeña economía individual de los pequeños y medianos campesinos desempeña y seguirá desempeñando en el futuro inmediato un papel predominante, para el abastecimiento de la industria en víveres y materias primas. Precisamente por eso, es necesario apoyar a las economías individuales de los campesinos pobres y medios. Pero esto no significa que la economía campesina individual *por sí sola* sea suficiente. Así lo atestiguan nuestras dificultades de aprovisionamiento de cereales. Por eso hay que *complementar* el desarrollo de la economía individual del campesino pobre y medio impulsando por todos los medios las economías colectivas y los sovjoses. Por eso, es necesario tender un puente entre las economías individuales de los campesinos pobres y medios y las formas colectivas, sociales, de economía mediante la contratación en masa, por medio de estaciones de máquinas y tractores, desarrollando por todos los medios la cooperación social, para facilitar de todos estos modos el paso de los campesinos del régimen individual al régimen de trabajo colectivo. Sin atenerse a estas condiciones, será imposible imprimir un desarrollo serio a la agricultura. Sin estas condiciones será imposible resolver el problema del trigo. Sin atenerse a estas condiciones, será imposible librar a los campesinos modestos de la pobreza, de la miseria.

Esto significa, finalmente, que es necesario desarrollar por todos los

medios nuestra industria, como fuente fundamental para ayudar a la producción agrícola en su reconstrucción; que es necesario desarrollar la metalurgia, la industria química, la construcción de maquinaria; que es necesario construir fábricas de tractores, fábricas de maquinaria agrícola, etc. Huelga demostrar que es imposible desarrollar los koljoses, que es imposible desarrollar las estaciones de máquinas y tractores, sin atraer a las grandes masas campesinas a las formas de cultivo colectivo a través de la contratación en masa, sin dotar a las economías agrícolas de una cantidad considerable de tractores, de maquinaria agrícola, etc. Pero no es posible dotar al campo de maquinaria agrícola y de tractores, sin desarrollar nuestra industria con ritmo acelerado. De aquí el ritmo rápido de desarrollo de nuestra industria, como clave para la reconstrucción de la agricultura sobre la base del colectivismo.

Tal es el sentido y la significación de las nuevas formas de la alianza.

El grupo Bujarin no tiene más remedio que reconocer de palabra la necesidad de las nuevas formas de la alianza. Pero esto no es más que un reconocimiento *verbal*, animado de la intención de meter de contrabando, bajo la bandera del reconocimiento verbal de las nuevas formas de la alianza, algo que es precisamente *lo contrario*. En realidad, Bujarin es contrario a las nuevas formas de la alianza. Para Bujarin, el punto de partida no es el ritmo rápido de desarrollo de la industria, como palanca para la reconstrucción de la producción agrícola, sino el desarrollo de la economía campesina individual. Para él, lo primordial es la «normalización» del mercado y la admisión del libre juego de los precios en el mercado de los productos agrícolas, lo que equivale, en el fondo, a admitir la libertad completa de comercio. De aquí su actitud recelosa ante los koljoses, actitud que se manifestó en su discurso ante el Pleno de julio del C.C. y en las tesis presentadas por él a este mismo Pleno. De aquí su actitud negativa ante todas y cada una de las formas de medidas extraordinarias contra los kulaks para el aprovisionamiento de cereales. Es sabido que Bujarin huye de las medidas extraordinarias como el diablo del agua bendita. Es sabido que Bujarin sigue todavía sin comprender que, bajo las condiciones actuales, el kulak no aportará voluntariamente, espontáneamente, la cantidad de trigo que hace falta. Así lo demuestran dos años de experiencia en el terreno del aprovisionamiento de cereales.

Ahora bien; ¿qué hacer si no existe bastante trigo en el mercado? Bujarin contesta: no alarméis a los kulaks con medidas extraordinarias e importad el trigo del extranjero. No hace mucho que nos proponía importar del extranjero 50 millones de puds de trigo; es decir, que nos gastásemos en esto unos 100 millones de rublos en divisas extranjeras. ¿Y si las divisas extranjeras nos hacen falta para importar maquinaria con destino a la industria? Bujarin replica a esto: hay que dar preferencia a la importación de trigo, colocando en segundo plano, evidentemente, la importación de maquinaria para la industria.

Y así se llega a la conclusión de que la base para resolver el problema del trigo y reconstruir la agricultura no está en acelerar el ritmo de desarrollo de la industria, sino en desarrollar la economía campesina individual, incluyendo la economía campesina del kulak, sobre la base del mercado libre y del libre juego de los precios en él.

Por donde nos encontramos con dos planes diferentes de política económica.

Plan del Partido:

1. Estamos renovando la instalación de la industria (reconstrucción).

2. Comenzamos seriamente a renovar el instrumental de la agricultura (reconstrucción).

3. Para esto, es necesario ampliar la organización de koljoses y sovjoses y aplicar la contratación en masa y el método de las estaciones de máquinas y tractores, como medios para establecer una *alianza de producción* entre la industria y la agricultura.

4. Por lo que se refiere a las dificultades de aprovisionamiento de cereales en los momentos actuales, es necesario reconocer la necesidad de aplicar medidas extraordinarias pasajeras, reforzadas con la ayuda cívica prestada por las masas campesinas pobres y medias, como uno de los medios para vencer la resistencia de los kulaks y arrancarles la mayor cantidad posible de trigo sobrante, indispensable para poder prescindir de las importaciones de trigo y destinar las divisas a desarrollar la industria.

5. La hacienda individual de los campesinos pobres y medios tiene y seguirá teniendo una importancia predominante para abastecer al país de víveres y materias primas, pero por sí sola no basta ya; por eso, hay que *complementar* el desarrollo de las economías individuales de los campesinos pobres y medios con el desarrollo de los koljoses y sovjoses, con la contratación en masa y con el desarrollo intensivo de las estaciones de máquinas y tractores, con el fin de facilitar la eliminación de los elementos capitalistas de la agricultura y el paso gradual de las economías campesinas individuales a los cauces de las grandes economías colectivas, a los cauces del trabajo colectivo.

6. Mas, para poder conseguir todo esto, es necesario, ante todo, intensificar el desarrollo de la industria metalúrgica, química y de construcción de maquinaria, la construcción de fábricas de tractores, la fabricación de maquinaria agrícola, etc. Sin esto, será imposible resolver el problema de los cereales y reconstruir la agricultura.

Conclusión: *la clave para la reconstrucción de la agricultura está en acelerar el ritmo de desarrollo de nuestra industria.*

Plan de Bujarin:

1. «Normalización» del mercado, reconocimiento del libre juego de los precios en el mercado y elevación de los precios del trigo, sin repa-

rar en que esto pueda conducir al encarecimiento de los artículos industriales, de las materias primas y del pan.

2. Desarrollar por todos los medios las economías campesinas individuales, amortiguando en cierta medida el ritmo de desarrollo de los koljoses y sovjoses (tesis de Bujarin en julio, discurso de Bujarin en el Pleno de julio).

3. Aprovisionamiento espontáneo, excluyéndose siempre, y bajo cualesquiera condiciones, incluso la aplicación parcial de medidas extraordinarias contra los kulaks, aunque estas medidas cuenten con el apoyo de la masa de los campesinos medios y pobres.

4. En caso de que haya escasez de trigo, importar trigo por valor hasta de 100 millones de rublos.

5. Si no hay bastantes divisas para atender a la importación de trigo y a la importación de maquinaria para la industria, reducir la importación de maquinaria y, por tanto, amortiguar el ritmo de desarrollo de nuestra industria; de otro modo, la agricultura «se estancará» o incluso «caerá verticalmente».

Conclusión: *la clave para la reconstrucción de la agricultura está en desarrollar la economía campesina individual.*

¡Así están planteadas las cosas, camaradas!

El plan de Bujarin es el plan de *reducción* del ritmo de desarrollo de la industria y de *socavamiento* de las nuevas formas de la alianza.

Tales son nuestras discrepancias.

¿No vamos retrasados, en cuanto al desarrollo de las nuevas formas de la alianza, en cuanto al desarrollo de los koljoses, de los sovjoses, etc.?

Hay quien afirma que el Partido se ha retrasado, por lo menos, dos años en cuanto a este asunto. Esto es falso, camaradas. Es absolutamente falso. Eso sólo pueden decirlo los vocingleros «izquierdistas», que no tienen idea de lo que es la economía de la U.R.S.S. ¿Qué significa retrasarse, en este asunto? Si se alude a la conveniencia de haber previsto la necesidad de los koljoses y de los sovjoses, diremos que lo hicimos ya durante la Revolución de Octubre. Que el Partido previó la necesidad de los koljoses y sovjoses ya durante la Revolución de Octubre, es cosa que nadie puede dudar. Finalmente, se puede consultar nuestro programa, aprobado en el VIII Congreso del Partido (en marzo de 1919). En él aparece expresada con toda claridad la necesidad de los koljoses y sovjoses. Pero el simple hecho de que la dirección de nuestro Partido previese la necesidad de los koljoses y sovjoses no bastaba para llevar a la práctica y organizar un *movimiento de masas* en pro de su creación. Por tanto, de lo que se trataba no era de prever, sino de *realizar* el plan de la organización de koljoses y sovjoses. Mas, para realizar este plan, era necesario que se diesen toda una serie de condiciones que no se daban antes en nuestro país y que no se han presentado hasta estos últimos tiempos. Esta es la cuestión, camaradas.

Para poder llevar a la práctica el plan de un movimiento de masas en pro de los koljoses y los sovjoses, era necesario, ante todo, que la dirección del Partido se viese apoyada en esto por la *masa* del Partido. Y nuestro Partido es, como se sabe, un partido de millones de hombres. Por tanto, era necesario convencer a la gran masa del Partido del acierto de la política de su dirección. Esto, en primer lugar.

Para ello, era necesario, además, que entre los campesinos se produjese un movimiento de masas hacia los koljoses, que los campesinos no desconfiasen de los koljoses, sino que afluyesen a ellos por su propio impulso, convenciéndose por experiencia de las ventajas de los koljoses sobre la economía individual. Y esto es un asunto serio, que requiere cierto tiempo. Esto, en segundo lugar.

Para ello, era necesario, además, que el Estado dispusiese de los medios materiales precisos para financiar el movimiento, para financiar los koljoses y sovjoses. Y para esto, hacían falta cientos y cientos de millones, queridos camaradas. Esto, en tercer lugar.

Para ello, era necesario, finalmente, que se hubiese desarrollado la industria en el grado más o menos suficiente para dotar a la agricultura de maquinaria agrícola, de tractores, de abonos químicos, etc. Esto, en cuarto lugar.

¿Se puede afirmar que todas estas condiciones se daban ya en nuestro país, hace dos o tres años? No, no se puede afirmar esto.

No se debe olvidar que nosotros somos *un partido gobernante y no un partido de oposición*. Los partidos de oposición pueden lanzar consignas—me refiero a las consignas prácticas cardinales del movimiento—para ponerlas en práctica después de su subida al Poder. Nadie puede echar en cara a un partido de oposición el que no realice sus consignas cardinales inmediatamente, pues todo el mundo comprende que no es él, el partido de oposición, quien gobierna, sino que son otros partidos. Pero la cosa cambia radicalmente cuando se trata de un partido gobernante, como lo es el Partido bolchevique. Las consignas de un partido así no son simples consignas (consignas de agitación), sino bastante más, pues tienen la fuerza de *decisiones prácticas, fuerza de ley*, de algo que es necesario poner en práctica, inmediatamente. Nuestro Partido no puede lanzar una consigna práctica y luego dar largas a su realización. Esto sería engañar a las masas. Para lanzar una consigna, sobre todo una consigna tan importante como el paso de masas de millones de campesinos a los cauces del colectivismo, es menester que se den ya las condiciones necesarias para poder proceder directamente a su realización; es necesario, finalmente, crear, organizar estas condiciones. He ahí por qué a nosotros no nos bastaba sólo con que la dirección del Partido previese la necesidad de los koljoses y sovjoses, sino que necesitábamos contar con las condiciones necesarias para *realizar*, para *llevar a la práctica* nuestras consignas.

¿Estaba *la masa* de nuestro Partido dispuesta a desarrollar por todos

los medios los koljoses y los sovjoses, hace dos o tres años, por ejemplo? No, entonces aún no estaba dispuesta a hacerlo. El viraje serio de las masas del Partido hacia las nuevas formas de la alianza no comenzó a producirse hasta que se presentaron las primeras dificultades serias de aprovisionamiento de cereales. Fué necesario que se presentasen estas dificultades, para que la masa del Partido percibiese en todo su alcance la necesidad de forzar la creación de las nuevas formas de la alianza y, sobre todo, de los koljoses y sovjoses, y apoyase resueltamente, en esta línea, a su Comité Central. He ahí una de las condiciones con la que no contábamos y que existe hoy.

¿Existía en nuestro país, hace dos o tres años, un movimiento serio de las masas de millones de campesinos a favor de los koljoses y de los sovjoses? No, no existía. Todo el mundo sabe que hace dos o tres años los campesinos veían con malos ojos los sovjoses y que a los koljoses los consideraban como una especie de «comunas» inútiles. ¿Y ahora? Ahora, la cosa ha cambiado. Ahora tenemos ya capas enteras de campesinos que ven en los sovjoses y en los koljoses una fuente de ayuda a la economía campesina por medio de semillas, de ganado seleccionado, de maquinaria agrícola, de tractores, etc. Ahora, no hay más que proporcionar maquinaria agrícola y tractores, y los koljoses avanzarán con ritmo acelerado.

¿De dónde nació este viraje producido en determinadas capas, bastante extensas, de los campesinos? ¿Qué favoreció este viraje? Ante todo, el desarrollo de la cooperación y el sentido colectivo de las cooperativas. No cabe duda de que sin el potente desarrollo de la cooperación, sobre todo de las cooperativas agrícolas, que han creado entre los campesinos el terreno psicológico propicio para los koljoses, no existiría hoy esa inclinación a los koljoses que se manifiesta en capas enteras de la masa campesina. También tuvo su importancia la existencia de koljoses bien organizados, que daban a los campesinos un ejemplo de cómo se podía mejorar la economía agrícola, unificando las pequeñas economías campesinas en grandes economías colectivas. Y desempeñó también su papel la existencia de sovjoses convenientemente organizados, que ayudaban a los campesinos a mejorar sus economías. Y omito otros hechos que todos vosotros sabéis sobradamente. He ahí otra condición con la que no contábamos antes y que ahora existe.

¿Cabe afirmar, además, que, hace dos o tres años, teníamos la posibilidad de financiar seriamente los koljoses y los sovjoses, invirtiendo en esto cientos de millones de rublos? No, no cabe afirmarlo. Sabéis perfectamente que entonces no disponíamos de medios suficientes ni siquiera para desarrollar ese mínimo de industria sin el cual es imposible industrialización alguna, sin hablar ya de la reconstrucción de la agricultura. ¿Podíamos retirar estos medios de la industria, que es la base para la industrialización del país, y transferirlos a los koljoses

y a los sovjoses? Es evidente que no podíamos. ¿Y ahora? Ahora, disponemos de medios para desarrollar los koljoses y los sovjoses.

¿Se puede, finalmente, afirmar que, hace dos o tres años, teníamos en nuestra industria una base suficiente para dotar intensivamente a la agricultura de maquinaria agrícola, tractores, etc.? No, no cabe afirmar eso. Entonces, la tarea consistía en crear una *base industrial mínima* para dotar a la agricultura de máquinas y tractores *en el porvenir*. La creación de esta base absorbía por aquel entonces nuestros exiguos recursos financieros. ¿Y ahora? Ahora disponemos ya de esa base industrial para la agricultura. O, por lo menos, esa base se está creando con ritmo acelerado.

Vemos, por tanto, que las condiciones necesarias para el desarrollo en masa de los koljoses y los sovjoses no han sido creadas en nuestro país hasta los últimos tiempos.

Así es como se plantea la cuestión, camaradas.

He ahí por qué no se puede afirmar que nos hayamos retrasado en el desarrollo de las nuevas formas de la alianza.

f) *Bujarin como teórico*

Tales son, fundamentalmente, los principales errores del teórico de la oposición derechista, de Bujarin, ante las cuestiones fundamentales de nuestra política.

Se dice que Bujarin es un teórico de nuestro Partido. Bujarin es, indudablemente, un teórico, y un teórico de no poca talla. Pero la cuestión está en que, en cuanto a teoría, no todo le marcha bien. Basta fijarse en el cúmulo de errores cometidos por él en cuanto a las cuestiones de la política del Partido que acabamos de examinar. No es posible que estos errores, errores que afectan a la línea de la Internacional Comunista, a la cuestión de la lucha de clases, a la de la agudización de la lucha de clases, a la de los campesinos, a la de la Nep, a la de las nuevas formas de la alianza; no es posible que todos estos errores se manifiesten en él de un modo fortuito. No; estos errores no son fortuitos. Estos errores de Bujarin, responden a sus puntos de vista falsos, a sus defectos teóricos. Sí; Bujarin es un teórico, pero un teórico no del todo marxista, un teórico que tiene todavía mucho que aprender para llegar a ser un teórico marxista completo.

Se ha hablado de la conocida carta del camarada Lenin sobre Bujarin como teórico. Permitidme que dé lectura a esta carta:

«Refiriéndome a los jóvenes miembros del C.C.—dice Lenin—, diré algunas palabras acerca de Bujarin y de Piatakov. Son, a mi juicio, las capacidades más destacadas (entre las más jóvenes), y en cuanto a ellos, debemos tener en cuenta lo siguiente: Bujarin no sólo es un valiosísimo y excelente teórico del Partido, sino que además se le considera, legítimamente, como el favorito de todo el Partido; pero *sus concepciones teóricas difícilmente podrían considerarse como absolu-*

tamente marxistas, pues hay en ellas algo escolástico (jamás ha estudiado y creo que jamás ha comprendido totalmente la dialéctica)» (*) (Acta taquigráfica del Pleno de julio, 1926, t. IV, pág. 66).

Por tanto, un teórico sin dialéctica. Un teórico escolástico. Un teórico cuyas «concepciones teóricas difícilmente podrían considerarse como absolutamente marxistas». He ahí cómo caracteriza Lenin la fisonomía de Bujarin como teórico.

Comprenderéis, camaradas, que un teórico así tiene todavía mucho que aprender. Y si Bujarin comprendiese que su formación de teórico no está aún terminada, que necesita todavía aprender, que es un teórico que aún no ha asimilado plenamente la dialéctica, y la dialéctica es el alma del marxismo; si comprendiese esto, sería más modesto, y, con ello, sólo saldría ganando el Partido. Pero el mal está en que Bujarin no adolece de modestia. No sólo no adolece de modestia, sino que se lanza incluso a querer enseñar a nuestro maestro Lenin en toda una serie de cuestiones. Sobre todo en la cuestión del Estado. Eso es lo malo, camaradas.

Permitidme que me remita, a propósito de esto, a la conocida polémica teórica planteada en 1916 entre Lenin y Bujarin respecto a la cuestión del Estado. Es necesario, para que se vea cuán desmedidas son las pretensiones de Bujarin, que se atreve a querer enseñar a Lenin, y dónde están las raíces de sus fallas teóricas, en cuestiones tan importantes como la de la dictadura del proletariado, la lucha de clases, etc. Como es sabido, en 1916 apareció en la revista titulada «La Internacional de la Juventud», un artículo de Bujarin, con la firma de «Nota Bene» y dirigido, en el fondo, contra Lenin. En este artículo, escribía Bujarin:

«... Es completamente erróneo querer buscar las diferencias entre los socialistas y los anarquistas en el hecho de que los primeros sean partidarios y los segundos adversarios del Estado. La diferencia entre ellos está en que la socialdemocracia revolucionaria pretende organizar la nueva producción social como una producción centralizada, es decir, como la más progresiva técnicamente, mientras que la producción anarquista descentralizada no significaría más que un paso atrás hacia la vieja técnica, hacia la vieja forma de empresa...»

«... Para la socialdemocracia, que es, o por lo menos debiera ser, la educadora de las masas, hoy es más necesario que nunca subrayar su hostilidad de principio frente al Estado... La actual guerra ha puesto de manifiesto cuán profundas son las raíces de la concepción estatal en el espíritu de los obreros».

Criticando estas concepciones de Bujarin, Lenin contestó en un artículo especial, publicado en 1916:

«Esto es falso. El autor plantea la cuestión de las diferencias que median entre los socialistas y los anarquistas *respecto al Estado*, pero *no* contesta a esta cuestión, sino a *otra*, que es la de su diferente actitud ante la base económica de la sociedad futura. Esta es, indudablemente, una cuestión muy importante y necesaria. Pero de aquí no se desprende que se pueda olvidar lo *fundamental* en cuanto a la diferente actitud de los socialistas y los anarquistas ante el Estado.

(*) Subrayado por mí. (*J. St.*)

Los socialistas son partidarios de utilizar el Estado moderno y sus instituciones en la lucha por la emancipación de la clase obrera, y también de la necesidad de utilizar el Estado como una forma peculiar de transición del capitalismo al socialismo. Esta forma de transición, que constituye *también* un Estado, es la dictadura del proletariado. Los anarquistas pretenden «abolir» el Estado, «hacerlo saltar» (sprengen), como se expresa en un pasaje «Nota Bene», atribuyendo por error esta idea a los socialistas. Los socialistas—el autor cita, por desgracia, algunas palabras de Engels, que guardan muy poca relación con el tema—reconocen la muerte lenta, la «extinción» «paulatina» del Estado *después* de la expropiación de la burguesía.

Para «subrayar» «la hostilidad de principio» respecto al Estado, es necesario comprenderla «claramente», y la claridad es precisamente lo que le falta al autor. La frase de las «raíces de la concepción estatal» es completamente confusa; no es ni marxista ni socialista. No es la «concepción estatal» la que choca con la negación del Estado, sino la política oportunista (es decir, la actitud oportunista, reformista, burguesa, ante el Estado) la que choca con la política de la socialdemocracia revolucionaria (es decir, con la actitud de la socialdemocracia revolucionaria ante el Estado burgués y ante la utilización del Estado contra la burguesía, para el derrocamiento de ésta). Son cosas totalmente, absolutamente distintas» (*Lenin*, t. XIX, pág. 296, «La Internacional de la Juventud»).

Creo que está claro el asunto, como está claro también en qué charca semianarquista fué a caer Bujarin.

STEN.—Lenin, en aquel entonces, no había formulado aún en forma desarrollada la necesidad de «destruir» el Estado. Bujarin, aun cometiendo errores anarquistas, se acercaba a la formulación de este problema.

STALIN.—No, aquí no se trata ahora de eso, sino de la actitud ante el Estado en general; se trata de que, según Bujarin, la clase obrera debe ser, *por principio*, enemiga de *todo* Estado, sin excluir el Estado de la clase obrera.

STEN.—Lenin, en aquel entonces, sólo hablaba de la utilización del Estado, pero sin referirse para nada, en su crítica de Bujarin, a la «voladura del Estado».

STALIN.—Se equivoca usted. Me atrevo a asegurarle que de lo que aquí se trata es de que los obreros deben, según Bujarin (y los anarquistas), subrayar su hostilidad de principio contra todo Estado, y por tanto también contra el Estado del período de transición, contra el Estado de le clase obrera. Intente usted explicar a nuestros obreros que a la clase obrera se le debe inculcar una hostilidad de principio contra la dictadura proletaria, ya que también ésta es un Estado. La posición de Bujarin, expuesta en su artículo de «La Internacional de la Juventud», es la posición de la negación del Estado en el período de transición del capitalismo al socialismo. Bujarin pasa por alto aquí una «pequeñez», a saber: todo el período de transición, durante el cual la clase obrera, si quiere realmente aplastar a la burguesía y construir el socialismo, no puede prescindir de su propio Estado. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, es falso que el camarada Lenin no se refiriese, en su crítica de entonces, a la teoría de la «voladura», de la «abolición» del Estado en general.

Lenin no sólo se refería a esta teoría, como se ve por la cita reproducida aquí por mí, sino que, además, la criticaba como una teoría anarquista, contraponiéndola a la teoría de la *creación* de un nuevo Estado después del derrocamiento de la burguesía, a saber: el Estado de la dictadura proletaria. Finalmente, no se debe confundir la teoría anarquista de la «voladura» del Estado con la teoría marxista de la «destrucción», de la «ruptura» de la máquina del Estado *burgués*. Hay camaradas que tienden a confundir estas dos ideas distintas, creyendo que son expresiones de un mismo pensamiento. Esto es falso. Es absolutamente falso, camaradas. Lenin, al criticar la teoría anarquista de la «voladura» y de la «abolición» del Estado en general, arrancaba precisamente de la teoría marxista de la «destrucción» de la máquina del Estado *burgués*.

Tal vez no estará de más citar aquí, para mayor claridad, uno de los manuscritos del camarada Lenin acerca del Estado, escrito evidentemente a fines de 1916 o comienzos de 1917 (antes de la Revolución de Febrero de 1917). Este manuscrito nos permite comprobar fácilmente: a) que, al criticar los errores semianarquistas de Bujarin en cuanto a la cuestión del Estado, Lenin arrancaba de la teoría marxista de la «destrucción» de la máquina del Estado burgués, y b) que, aunque Bujarin, según la expresión de Lenin, estuviese «más cerca de la verdad que Kautsky», «en vez de desenmascarar a los kautskianos, les ayuda con sus propios errores». He aquí el texto de este manuscrito.

«La carta de *Engels a Bebel* de 18-28 de marzo de 1875 tiene una importancia *excepcional* para el problema del Estado.

Copio literalmente el pasaje más importante:

«... El Estado popular libre se ha convertido en el Estado libre. Gramaticalmente hablando, un Estado libre es un Estado que es libre respecto a sus ciudadanos, es decir, un Estado con un gobierno despótico. *Habría que abandonar toda esa charlatanería acerca del Estado*, sobre todo *después de la Comuna, que no era ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra*. Los anarquistas nos han echado en cara más de la cuenta eso del «Estado popular», a pesar de que ya la obra de Marx contra Proudhon, y luego el «Manifiesto Comunista», dicen expresamente que, *con la implantación del régimen social socialista, el Estado se disolverá por sí mismo* [sich auflöst], *y desaparecerá*. Siendo el Estado una institución meramente transitoria, que se utiliza en la lucha, en la revolución, para someter por la violencia a sus adversarios, es un absurdo hablar de un Estado libre del pueblo: mientras el proletariado *necesite* todavía del Estado, no lo necesitará *en interés de la libertad, sino para someter a sus adversarios, y tan pronto como pueda hablarse de libertad, el Estado como tal dejará de existir*. Por eso nosotros propondríamos decir siempre, en vez de la palabra *Estado*, la palabra "*Comunidad*" [Gemeinwesen], una buena y antigua palabra alemana, que equivale a la palabra francesa "*Commune*". [Subrayado por Engels].

Es este, probablemente, el pasaje más saliente, y, sin duda alguna, el más duro, por decirlo así, «*contra* el Estado», en Marx y Engels.

1) «Habría que abandonar toda esa charlatanería acerca del Estado».

2) «La Comuna *no* era ya un Estado, en el verdadero sentido de la palabra». (¿Qué era, entonces? ¡Una forma de transición del Estado al no Estado, evidentemente!)

3) Los anarquistas nos han echado en cara (in die Zähne geworfen) eso del «Estado popular». (Marx y Engels estaban, evidentemente avergonzados de este error manifiesto de sus amigos alemanes; sin embargo, pensaban—y, *bajo las circunstancias entonces existentes*, tenían, naturalmente, razón—que este error era incomparablemente menos grave que el de los anarquistas. ¡¡N.B. esto!!)

4) El Estado «se descompondrá» («se disolverá») por sí mismo [*Nota Bene*] y desaparecerá...» (comparad, además, «se extinguirá») «con la implantación del régimen socialista...»

5) El Estado es «una institución transitoria», necesaria «en la lucha, en la revolución...» (necesaria *para el proletariado*, naturalmente)...

6) El Estado se necesita *no para la libertad*, sino para el *aplastamiento* (Niederhaltung no significa, propiamente hablando, aplastar, sino contener la restauración, mantener en sumisión) *de los adversarios del proletariado*.

7) Cuando haya libertad, el Estado dejará de existir.

8) «Nosotros» (o sea, Engels y *Marx*) propondríamos «*siempre*» (en el programa) hablar, en vez de «Estado», de "Comunidad" [Gemeinwesen], de «Commune»!!!

Aquí, se ve claramente cómo, no sólo los oportunistas, sino también Kautsky, han vulgarizado, corrompido a Marx y Engels.

¡Los oportunistas *no* han comprendido ni una sola de estas ocho riquísimas ideas!

Han tomado *solamente* las necesidades prácticas del presente: hacer uso de la lucha política, hacer uso del Estado *actual* para instruir y educar al proletariado, para «arrancar concesiones». Esto es exacto (contra los anarquistas), pero no es, sin embargo, más que una centésima parte del marxismo, si cabe expresarse aritméticamente.

En su obra de propagandista y en toda su obra de publicista, Kautsky ha ocultado completamente (¿u olvidado?, ¿o no comprendido?) los puntos 1, 2, 5, 6, 7 y 8 y la «destrucción» de que habla Marx (en su polémica con Pannekoek en 1912 o 1913 [véanse más abajo págs. 45-47]. Kautsky ha caído ya completamente en el oportunismo al tratar esta cuestión)...

Nosotros nos distinguimos de los anarquistas: α) por la utilización del Estado *ahora y* β) durante la *revolución* proletaria («dictadura del proletariado»), puntos de la mayor importancia práctica, en este mismo momento. (¡Y es esto lo que Bujarin ha *olvidado*!)

De los oportunistas, por las verdades más profundas, «más eternas» referentes αα) al carácter «pasajero» del Estado; ββ) al *daño* de las «charlatanerías» acerca de él ahora; γγ) a la dictadura del proletariado, que no tiene enteramente el carácter de un Estado, δδ) a la contradicción entre el Estado y la libertad, εε) a la mayor exactitud de la idea (concepción, término programático) de «comunidad» en vez de Estado, ΣΣ) a la «destrucción» (Zerbrechen) de la máquina burocrático-militar. No hay que olvidar tampoco que la *dictadura del proletariado* es repudiada directamente por los oportunistas declarados de Alemania (Bernstein, Kolb, etc.), e *indirectamente* por el programa oficial y por Kautsky, que guarda silencio acerca de esto, en toda su agitación, y tolera a renegados como Kolb y compañía.

A Bujarin se le escribió en agosto de 1916: «Debes dejar *madurar plenamente* tus ideas sobre el Estado». Pero, *sin dejarlas* madurar, se lanzó a la prensa como «Nota Bene» y lo hizo de tal modo, que, en vez de desenmascarar a los kautskianos, ¡¡*los ayuda* con sus propios errores!! Pero, en lo esencial del asunto, Bujarin está más cerca de la verdad que Kautsky» *(N. Lenin)*.

He aquí la breve historia de esta polémica teórica sobre el Estado. Parece que la cosa está clara: a Bujarin, que ha cometido errores

semianarquistas, no le queda más camino que corregir estos errores y seguir marchando detrás de las huellas de Lenin. Pero así sólo piensan los leninistas. Por lo visto, Bujarin no es de este parecer. Lejos de eso, afirma que el que está en un error no es él, sino Lenin; que no es él quien siguió o tiene que seguir las huellas de Lenin, sino, por el contrario, fué Lenin quien se vió obligado a seguir las huellas de Bujarin. ¿No lo creéis, camaradas? Entonces, seguid escuchando. Después de esta polémica, ocurrida en 1916, al cabo de nueve años, durante los cuales Bujarin guardó silencio, *un año después de la muerte de Lenin*, en 1925, Bujarin publicó en la antología titulada «La revolución en el Derecho», un artículo «Sobre la teoría del Estado imperialista» que en su día había sido rechazado por la redacción de la revista «Anales Socialdemócratas» (es decir, por Lenin), y en una *nota* del cual declara abiertamente que la razón, en esta polémica, estaba de parte de él, de Bujarin, y no de parte de Lenin. Podrá parecer inverosímil, pero es un hecho, camaradas.

He aquí el texto de esta nota:

«A este artículo, publicado en «La Internacional de la Juventud», replicó en una nota V. I. [es decir, Lenin]. El lector advertirá fácilmente que yo no incurría en los errores que se me achacaban, pues comprendía claramente la necesidad de la dictadura del proletariado; y de otra parte, leyendo la nota de Ilich, se ve que, por aquel entonces, él *adoptaba una posición falsa ante la tesis de la «destrucción» del Estado* (del Estado burgués, se entiende), *confundiendo este problema con el problema de la extinción de la dictadura del proletariado* (*). Tal vez yo hubiera debido desarrollar más, entonces, el tema de la dictadura. Pero diré, para descargo mío, que *por aquel entonces* estaba tan extendida la epidemia socialdemocrática de ensalzamiento del Estado burgués, que era natural que yo concentrase toda la atención en el problema de la *destrucción* de esta máquina.

Cuando volví de los Estados Unidos a Rusia y vi a Nadiezhda Konstantínovna [Krupskaia] (en el VI Congreso, ilegal, celebrado durante la época en que V. I. estaba oculto), sus primeras palabras fueron estas: «V. I. me ha dicho que le comunique que ahora ya no discrepa de usted en cuanto al problema del Estado». Estudiando el problema, *Ilich llegó a las mismas conclusiones* (*) respecto a la «destrucción» del Estado; pero él desarrolló este tema y luego el de la dictadura, de tal modo, que sentó época en la evolución del pensamiento teórico en esta dirección».

Así escribe Bujarin, refiriéndose a Lenin, *pasado un año* de la muerte de éste.

¡Ahí tenéis un botón de muestra de la fatuidad verdaderamente hipertrofiada de un teórico a medias!

Es muy posible que Nadiezhda Konstantínovna dijese a Bujarin algo de lo que éste escribe. Pero ¿qué se deduce de aquí? De aquí se deduce, simplemente, que Lenin tenía alguna razón para pensar que Bujarin había renunciado o estaba dispuesto a renunciar a sus errores. Esto y sólo esto. Pero Bujarin interpretaba la cosa de otro modo. Y decidió que, en lo sucesivo, el creador, o por lo menos el inspirador, de la teoría marxista del Estado, no era Lenin, sino él, Bujarin.

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

Hasta ahora, nosotros nos considerábamos y seguimos considerándonos leninistas. Pero ahora resulta que tanto Lenin como nosotros, sus discípulos, somos bujarinistas. Es un poco ridículo, camaradas. Pero ¿qué queréis? Así ocurre cuando tenemos que habérnoslas con esa hinchada fatuidad de Bujarin.

Podría tal vez pensarse que Bujarin se trabucó al escribir la nota al artículo a que hacemos referencia más arriba, que dijo una tontería y luego se olvidó de rectificarla. Pero esta interpretación sería falsa. Se ha podido comprobar que Bujarin, al escribir dicha nota, la escribió completamente en serio. Y se ha podido comprobar, entre otras cosas, porque la afirmación, contenida en esa nota, de los *errores* de Lenin y la *razón* de Bujarin, fué repetida no hace mucho, en 1927, es decir, más de dos años después de su primera salida contra Lenin, en la semblanza biográfica de Bujarin hecha por Maretski, sin que Bujarin pensase siquiera en protestar contra éste... atrevimiento de Maretski. Es evidente que la agresión de Bujarin contra Lenin no puede considerarse como un hecho fortuito.

Llegamos, pues, a la conclusión de que tiene razón Bujarin y no Lenin y de que el inspirador de la teoría marxista del Estado no es Lenin, sino Bujarin.

Tal es, camaradas, el cuadro de las deformaciones teóricas y las pretensiones teóricas de Bujarin.

¡Y después de eso, este hombre tiene aún la audacia de decir aquí, en su discurso, que en la posición teórica de nuestro Partido hay «algo que flaquea», que en la posición teórica de nuestro Partido existe una desviación hacia el trotskismo! ¡Y eso lo dice ese mismo Bujarin que incurre (y que ha incurrido en el pasado) en una serie de errores teóricos y prácticos crasísimos, que no hace mucho tenía por maestro a Trotski, que todavía ayer quería formar bloque con los trotskistas contra los leninistas y se deslizaba hacia ellos por la puerta trasera! ¿No es ridículo todo esto, camaradas?

g) *¿Plan quinquenal o plan bienal?*

Permitidme que pase ahora a examinar el discurso de Rykov. Si Bujarin intentaba fundamentar teóricamente la desviación derechista, Rykov, en su discurso, se esfuerza por dar a esta causa la base de una serie de propuestas prácticas, asustándonos con los «horrores» de nuestras dificultades en el terreno de la economía rural. Lo cual no quiere decir que Rykov no se interese por las cuestiones teóricas. Sí que se interesa. Pero, interesándose por ellas, comete, por lo menos, dos errores importantes.

En su proyecto de resolución sobre el Plan quinquenal, rechazado por la Comisión del Buró Político, Rykov dice que «la idea central del

Plan quinquenal consiste en el desarrollo de la productividad del trabajo del pueblo». Y a pesar de que la Comisión del Buró Político ha rechazado este punto de vista, absolutamente falso, Rykov lo ha defendido aquí, en su discurso. ¿Es cierto que la idea central del Plan quinquenal, en el *País Soviético*, es el desarrollo de la productividad del trabajo? No; es falso. Lo que nosotros necesitamos no es un desarrollo *cualquiera* de la productividad del trabajo del pueblo. Lo que necesitamos es un *determinado* desarrollo de la productividad del trabajo, a saber: aquel que garantice el *predominio sistemático del sector socialista de la economía nacional sobre el sector capitalista.* Esta es la cuestión, camaradas. Un Plan quinquenal que se olvidase de esta idea central no sería un Plan quinquenal, sino un absurdo quinquenal. El desarrollo de la productividad del trabajo en general interesa a toda sociedad, a la sociedad capitalista y a la sociedad anterior al capitalismo. Lo que diferencia a la sociedad *soviética* de toda otra sociedad es, precisamente, el hecho de que lo que a ella le interesa no es un desarrollo cualquiera de la productividad del trabajo, sino aquel que garantiza el predominio de las formas socialistas de economía sobre las demás formas, y principalmente sobre las formas capitalistas de la economía, el que garantiza, por tanto, la derrota y la eliminación de las formas capitalistas de la economía. Y Rykov se olvida de esta idea, que es realmente la idea central del Plan quinquenal de desarrollo de la sociedad *soviética.* He aquí su primer error teórico.

Su segundo error consiste en no distinguir o no querer comprender la distinción que hay, desde el punto de vista del intercambio de mercancías, entre los koljoses, por ejemplo, y cualquier forma de economía individual, incluyendo dentro de ella la economía individual capitalista. Rykov asegura que, desde el punto de vista del intercambio de mercancías en el mercado de cereales, desde el punto de vista del aprovisionamiento de cereales, él no ve ninguna diferencia entre los koljoses y los poseedores privados de trigo; por tanto, a él le es indiferente que el trigo se compre a un koljós, a un propietario privado o a un acaparador cualquiera de trigo de la Argentina. Pero esto es falso, camaradas; absolutamente falso. Es la repetición de la conocida tesis de Frumkin, cuando aseguraba que le era indiferente dónde y a quién se compraba el trigo, si a un particular o a un koljós. Esto es una manera solapada de defender, de rehabilitar, de justificar las maquinaciones de los kulaks en el mercado cerealista. El hecho de que esta defensa se lleve a cabo desde el punto de vista del intercambio de mercancías no impide que sea, a pesar de todo, una justificación de las maquinaciones de los kulaks en el mercado de cereales. Si, desde el punto de vista del intercambio de mercancías, no existe diferencia entre las formas colectivas y las formas no colectivas de economía, ¿merece la pena de desarrollar los koljoses, merece la pena de concederles exenciones, merece la pena de preocuparse de la difícil empresa de vencer a los elementos capita-

listas en la agricultura? Es evidente que Rykov parte de un punto de vista falso. Y éste es su segundo error teórico.

Pero todo esto lo hemos dicho de pasada. Pasemos ahora a examinar el problema práctico planteado en el discurso de Rykov.

Rykov ha afirmado aquí que, además del Plan quinquenal, era necesario implantar otro plan paralelo, a saber: un plan bienal de desarrollo de la agricultura. Esta propuesta de un plan bienal paralelo la razonaba invocando las dificultades con que se tropieza en el terreno de la economía agraria. Decía que el Plan quinquenal está bien y que es partidario del mismo; pero que, si al mismo tiempo trazamos un plan bienal de la agricultura, estará aún mejor; de otro modo, la agricultura se estancará. Aparentemente, esta propuesta no encierra nada malo. Pero, si nos fijamos bien, vemos que este plan bienal de la agricultura está concebido para subrayar el carácter irreal, utópico, del Plan quinquenal, y viceversa. ¿Podíamos nosotros estar de acuerdo con esto? Indudablemente que no. Y dijimos a Rykov: si no está usted conforme con el Plan quinquenal, en lo que a la agricultura se refiere, si considera usted insuficientes las cantidades que en el Plan quinquenal se asignan al desarrollo de la agricultura, díganos usted claramente cuáles son sus enmiendas, cuáles son las inversiones complementarias que usted propone, y estamos dispuestos a llevarlas al Plan quinquenal. ¿Y qué resultó? Resultó que Rykov no aportó ninguna enmienda referente a inversiones complementarias para la agricultura. ¿Para qué, pues, ese plan bienal de desarrollo de la economía agraria? Además del Plan quinquenal—le dijimos también—, hay planes anuales, que son una parte del Plan quinquenal, y en los referentes a los dos primeros años se pueden introducir las enmiendas concretas que usted aporte para el incremento de la agricultura, si es que tiene alguna enmienda que aportar. ¿Y qué sucedió? Sucedió que Rykov no supo aportar ningún plan concreto de asignaciones complementarias. Y entonces comprendimos que aquella propuesta del plan bienal de Rykov no estaba inspirada en el deseo de incrementar la agricultura, sino en la aspiración de subrayar el carácter irreal, utópico, del Plan quinquenal, en el deseo de echar por tierra el Plan quinquenal. Para el «espíritu», para guardar las apariencias, el Plan quinquenal; para la realidad, para el trabajo práctico, el plan bienal; he ahí la estrategia de Rykov. Rykov lanzaba a la escena su plan bienal para luego, en el transcurso de la realización práctica del Plan quinquenal, contraponer a éste el plan bienal, reducir el Plan quinquenal y adaptarlo al plan bienal, mermando y cercenando las asignaciones destinadas a la industria.

He ahí por qué razones hubimos de desechar la propuesta de Rykov de un plan bienal paralelo.

h) *La cuestión de la superficie de siembra*

Rykov quiso asustar aquí al Partido asegurando que la superficie de siembra, en la U.R.S.S., tiende sistemáticamente a disminuir. Y al decir esto, apuntaba de reojo al Partido, haciendo ver que la política de éste era la culpable de que la superficie de siembra disminuyese. No dijo abiertamente que marchábamos hacia la degradación; pero la impresión que dejaba su discurso era ésa. ¿Es cierto que la superficie de siembra tiende a disminuir sistemáticamente? No; es falso. Rykov operaba aquí con las cifras medias de la superficie de siembra en nuestro país. Pero el método de las cifras medias, no corregidas con los datos por regiones, no es un método científico. Acaso Rykov haya leído alguna vez «El desarrollo del capitalismo en Rusia», de Lenin. Si lo ha leído, quizá se acuerde de cómo Lenin zarandea en él a los economistas burgueses que manejan el método de las cifras medias sobre el desarrollo de la superficie de siembra y hacen caso omiso de los datos por regiones. Es extraño que Rykov repita aquí los errores de los economistas burgueses. Pues bien; si nos fijamos en el movimiento de la superficie de siembra por regiones, es decir, si abordamos la cuestión científicamente, vemos que en unas regiones la superficie de siembra crece *sistemáticamente*, mientras que en otras decrece *a veces*, con arreglo, principalmente, a las condiciones meteorológicas, sin que haya datos que permitan afirmar que en ninguna región cerealista importante se acuse un descenso *sistemático* de la superficie de siembra.

En realidad, acusan un descenso en cuanto a la superficie de siembra, en estos últimos tiempos, las regiones afectadas por las heladas o por las sequías, por ejemplo en algunos distritos de Ucrania.

UNA VOZ.—No en toda Ucrania.

SHLIJTER.—En Ucrania, la superficie de siembra ha aumentado el 2,7 por 100.

STALIN.—Me refiero a la parte esteparia de Ucrania. En cambio, en otras regiones, por ejemplo en Siberia, en el Volga, en Kasajstán, en Bashkiria, etc., no afectadas por condiciones climatológicas desfavorables, la superficie de siembra aumenta constantemente. ¿Cómo explicarse que en unas regiones la superficie de siembra aumente sistemáticamente y en otras disminuya de vez en cuando? No es posible afirmar que la política del Partido en Ucrania sea una y en el Oriente o en el centro de la U.R.S.S. otra. Esto es absurdo, camaradas. Es evidente que las condiciones climatológicas tienen aquí una importancia considerable.

Es cierto que los kulaks reducen la superficie de siembra, independientemente de las condiciones climatológicas. De esto tiene la «culpa», tal vez, la política del Partido, consistente en apoyar a la masa de campesinos pobres y medios *contra* los kulaks. Pero ¿qué se deduce de aquí? ¿Acaso nosotros nos hemos comprometido nunca a mantener una política que diese satisfacción a todos los grupos sociales del campo, incluyendo

a los kulaks? ¿Acaso nosotros podíamos mantener, si queríamos ser marxistas, una política que diese satisfacción a los explotadores y a los explotados? ¿Qué tiene de particular que, como resultado de nuestra política leninista, encaminada a atar corto y a eliminar a los elementos capitalistas del campo, los kulaks comenzasen a reducir parcialmente la tierra sembrada? ¿Acaso podía ser de otro modo? Si se entiende que esta política es falsa, debe decirse abiertamente. Pero es extraño que gentes que se llaman marxistas, llevadas del miedo, intenten presentar la reducción parcial de las tierras sembradas por los kulaks como una prueba de la reducción de la superficie de siembra *en general;* que olviden que, además de los kulaks, existen los campesinos pobres y medios, que siembran cada vez más, y que existen los koljoses y sovjoses, cuya superficie de siembra aumenta con ritmo acelerado.

Finalmente, hay en el discurso de Rykov otra falsedad, referente a la cuestión de la superficie de siembra. Rykov se lamentaba aquí de que en algunos sitios, sobre todo en aquellos donde más desarrollados se hallan los koljoses, comienza a reducirse la tierra cultivada individualmente por los campesinos pobres y medios. Y esto es cierto. Pero ¿qué hay de malo en ello? ¿Y cómo podría ser de otro modo? Si los campesinos pobres y medios comienzan a abandonar las tierras cultivadas individualmente y pasan al régimen colectivo, ¿no es evidente que el ensanchamiento y la multiplicación de los koljoses tienen que traducirse en una cierta reducción de la tierra labrada individualmente por los campesinos pobres y medios? ¿Qué queréis? Hoy, los koljoses cuentan con algo más de dos millones de hectáreas de tierra. Al terminar el Plan quinquenal, agruparán más de 25 millones de hectáreas. ¿A costa de quién va a aumentar el fondo de tierras de los koljoses? A costa de las tierras individuales de los campesinos pobres y medios. ¿Qué queréis? ¿Acaso hay otro camino para llevar la economía individual de los campesinos pobres y medios a los cauces de la economía colectiva? ¿Acaso no es evidente que el fondo de tierras de los koljoses tiene que incrementarse, en toda una serie de regiones, a costa de las tierras cultivadas individualmente? Es extraño que haya quien no quiera comprender estas cosas tan sencillas.

i) *Sobre el acopio de cereales*

Acerca de nuestras dificultades en punto al acopio de cereales, se han contado aquí una serie de leyendas. En cambio, no se han tenido en cuenta los factores principales de estas dificultades. Se ha olvidado, ante todo, que en este año hemos reunido de 500 a 600 millones de puds de trigo y centeno—hablo del volumen global de la cosecha—menos que el año pasado. ¿Podía dejar de reflejarse esto en nuestro acopio de cereales? Naturalmente que no podía por menos de reflejarse. Pero

¿cabe echar la culpa de esto a la política del Comité Central? No; la política del C.C. no tiene nada que ver con esto. La mala cosecha grave en la zona esteparia de Ucrania (heladas y sequías) y la mala cosecha parcial del Cáucaso Septentrional, de la región central de las Tierras Negras y de la región Noroeste es lo que explica este fenómeno. Así se explica, principalmente, que el 1 de abril del año anterior movilizásemos en Ucrania 200 millones de puds de trigo y centeno y este año sólo hayamos movilizado de 26 a 27 millones de puds. Y ésta es también la causa de que el acopio de trigo y centeno en la región central de las Tierras Negras haya descendido casi a una octava parte y en el Cáucaso Septentrional a la cuarta parte. En el Oriente, al acopio de trigo acusa, en algunas regiones, resultados casi dobles a los del año anterior. Pero estos resultados no podían compensar ni han compensado, naturalmente, el déficit de cereales que se acusa en Ucrania, en el Cáucaso Septentrional y en la región central de las Tierras Negras. No debe olvidarse que, en cosechas normales, Ucrania y el Cáucaso rinden más de la mitad, y a veces hasta las dos terceras partes del acopio total de cereales de la U.R.S.S. Es extraño que Rykov no haya tenido en cuenta esta circunstancia.

Hay, finalmente, una segunda circunstancia, que constituye el factor fundamental de nuestras dificultades pasajeras en cuanto al acopio de cereales. Me refiero a la resistencia que los kulaks y los elementos acomodados de la aldea oponen a la política de acopio de cereales del Poder Soviético. Rykov ha pasado por alto este factor. Y pasar por alto este factor significa omitir lo fundamental en punto al acopio de cereales. ¿Qué indica la experiencia de los últimos años, en este terreno? Indica que las capas acomodadas del campo, que tienen en su poder un sobrante considerable de cereales y que ocupan una posición predominante en el mercado, no quieren entregar voluntariamente la cantidad necesaria de cereales al precio señalado por el Poder Soviético. Para asegurar el abastecimiento de cereales de las ciudades y centros industriales, del Ejército Rojo y de las regiones destinadas a cultivos industriales, necesitamos unos 500 millones de puds de trigo anuales. Por vía voluntaria, conseguimos reunir de 300 a 350 millones de puds. Los 150 millones restantes no hay más remedio que obtenerlos por medio de una presión organizada sobre los kulaks y los sectores acomodados del campo. He ahí lo que nos enseña la experiencia del acopio de cereales en los dos últimos años.

¿Qué ha ocurrido durante estos dos años? ¿De dónde provienen esos cambios? ¿Por qué antes la cosa marchaba automáticamente y ahora no marcha? Lo ocurrido es que, durante estos años, los kulaks y los elementos acomodados del campo se han desarrollado; que estos años de buena cosecha no han pasado en vano para ellos; que estos elementos se han fortalecido económicamente, han acumulado sus capitalitos, y ahora pueden maniobrar en el mercado, reteniendo el sobrante de trigo, en espera de precios altos, y dedicándose a otros cultivos. El trigo

no es una mercancía como otra cualquiera. El trigo no es el algodón, que no se puede comer y que no es posible vender a todo el mundo. A diferencia del algodón, el trigo, en las condiciones actuales de nuestro país, es una mercancía que todo el mundo apetece y sin la cual no se puede vivir. Y el kulak sabe esto y se aprovecha de ello, contagiando a todos los poseedores de trigo. El kulak sabe que el trigo es la divisa de las divisas. El kulak sabe que el sobrante de trigo no sólo es un medio para enriquecerse, sino además un medio para esclavizar a los pobres. En las condiciones actuales, el sobrante de trigo en manos del kulak es un medio para el fortalecimiento económico y político de estos elementos. Por eso, al quitar a los kulaks el sobrante de trigo, no sólo facilitamos el abastecimiento de trigo de las ciudades y del Ejército Rojo, sino que, además, despojamos al kulak del medio de fortalecerse económica y políticamente.

¿Qué hace falta, para obtener este sobrante de trigo? Hace falta, ante todo, acabar con la psicología del automatismo, como algo dañino y perjudicial. Hace falta *organizar* el acopio de cereales. Hace falta movilizar a las masas de campesinos pobres y medios contra los kulaks y organizar la ayuda cívica de aquéllos a las medidas del Poder Soviético, encaminadas a intensificar el acopio de cereales. La importancia de los métodos de acopio de cereales aplicados en los Urales y en Siberia con arreglo al principio de fijar los campesinos mismos la cantidad de cereales a suministrar por cada uno, consiste precisamente en que permite movilizar a las capas trabajadoras del campo contra los kulaks, para reforzar el acopio de cereales. La experiencia ha demostrado que este método nos da resultados positivos. Y ha demostrado, además, que estos resultados positivos se consiguen en dos direcciones: en primer lugar, retiramos a los elementos acomodados del campo su sobrante de trigo, facilitando de este modo el abastecimiento del país; en segundo lugar, movilizamos para ello a las masas de campesinos pobres y medios contra los kulaks, haciéndoles abrir los ojos políticamente y organizándolos como un potente ejército político de muchos millones de hombres en el campo. Algunos camaradas no se dan cuenta de esta segunda circunstancia, que es uno de los resultados importantes, si no el más importante de todos, del método de acopio de cereales empleado en los Urales y en Siberia. Es cierto que este método se combina, a veces, con la aplicación de medidas extraordinarias contra los kulaks, lo que provoca cómicas lamentaciones por parte de Bujarin y de Rykov. Pero ¿qué hay de malo en esto? ¿Por qué, a veces, bajo determinadas condiciones, no es lícito aplicar medidas extraordinarias contra nuestro enemigo de clase, contra los kulaks? ¿Por qué vamos a encarcelar o enviar al territorio de Turujansk a centenares a los especuladores de las ciudades, y a los kulaks, que intentan estrangular el Poder Soviético y esclavizar a los campesinos pobres, no vamos a poderles quitar por medio de la coacción social el sobrante de trigo a los precios de acopio con arreglo a los cuales entregan

el trigo a nuestras organizaciones los campesinos pobres y medios? ¿De dónde se saca eso? ¿Acaso nuestro Partido se ha manifestado nunca *en principio* contra la aplicación de medidas extraordinarias a los kulaks? Al parecer, Rykov y Bujarin son contrarios, *por principio*, a todo lo que sea aplicar a los kulaks medidas extraordinarias. Pero esto es una política liberal burguesa, no una política marxista. No podéis ignorar que, después de implantarse la Nep, Lenin se manifestaba incluso en favor del restablecimiento de la política de los Comités de campesinos pobres, claro está que bajo determinadas condiciones. ¿Y qué es la aplicación parcial de medidas extraordinarias contra los kulaks? No es ni una gota en el mar, comparada con la política de los Comités de campesinos pobres.

Los adeptos del grupo Bujarin confían en convencer al enemigo de clase de que renuncie voluntariamente a sus intereses y nos entregue voluntariamente el sobrante de trigo. Confían que el kulak, que se ha fortalecido, que tiene la posibilidad de reponerse con otros cultivos y que esconde el trigo sobrante, que este mismo kulak nos va a entregar voluntariamente el sobrante de trigo al precio señalado por nosotros. ¿Es que se han vuelto locos? Indudablemente, quien tal espera es que no comprende la mecánica de la lucha de clases, que no sabe lo que son las clases. ¿Acaso no saben cómo los kulaks se burlan de nuestros activistas y de nuestro Poder Soviético, en las asambleas organizadas para reforzar el acopio de cereales? ¿Acaso no conocen hechos como, por ejemplo, aquel del Kasajstán, en que nuestro agitador, después de estarse dos horas intentando convencer a los poseedores de trigo de que lo entregasen para alimentar al país, oyó que un kulak, con la pipa en la boca, le contestaba: «¡Baila un poquito, muchacho, y te daré dos puds de trigo!»

VOCES.—¡Qué canallas!

STALIN.—¡Id a convencer a esa gente! Sí, camaradas; las clases son las clases. De esta verdad no nos apeará nadie. El método aplicado en los Urales y en Siberia es bueno, precisamente, porque facilita la posibilidad de enfrentar a los campesinos pobres y medios contra los kulaks; porque facilita la posibilidad de vencer la resistencia de los kulaks y los obliga a entregar a los órganos del Poder Soviético el trigo sobrante.

Hoy, la palabra que está más de moda en las filas de la nueva oposición, en las filas del grupo Bujarin, es la de «abusos» en el acopio de cereales. Esta palabra tiene, entre ellos, gran aceptación porque les permite enmascarar su propia línea. Cuando quieren enmascarar su línea, acostumbran a decir: nosotros, naturalmente, no somos contrarios a que se presione sobre los kulaks; pero somos contrarios a los abusos que se cometen en este terreno y que afectan al campesino medio. Y luego, se ponen a contarnos horrores de estos abusos, nos leen cartas de «campesinos» y cartas llenas de pánico de algunos camaradas por el estilo de Márkov, para llegar a la conclusión de que es necesario abolir la polí-

tica de presión sobre los kulaks. ¿Qué os parece? *Puesto que* se cometen abusos en la aplicación de una política acertada, *se impone abolir esta política acertada.* He ahí el método habitual de los oportunistas: invocando los abusos que se cometen en la aplicación de una línea acertada, suprimir esta línea, sustituyéndola por otra oportunista. Además, el grupo de Bujarin tiene buen cuidado de no decir que hay otra clase de abusos, más peligrosos y más dañinos, a saber: los abusos que conducen a la alianza con los kulaks, a adaptarse a los elementos acomodados del campo, a pretender sustituir la política revolucionaria del Partido por la política oportunista de los desviacionistas de derecha.

Todos nosotros somos, naturalmente, contrarios a esos abusos. Todos somos contrarios a que los golpes dirigidos contra los kulaks se descarguen contra los campesinos medios. Esto es evidente y no puede suscitar la menor duda. Pero somos resueltamente contrarios a que, con esa charlatanería acerca de los abusos, que practica con tanto ahinco el grupo Bujarin, se pretenda anular la política revolucionaria de nuestro Partido, suplantándola por la política oportunista de Bujarin. No; ese ardid no prosperará.

Indicadnos una sola medida política del Partido que no haya ido acompañada de tales o cuales abusos. Lo que de aquí se deduce es que hay que luchar contra los abusos. Pero ¿acaso *por esta razón* se puede censurar la línea del Partido, que es la única línea acertada? Tomemos, por ejemplo, una medida como la implantación de la jornada de trabajo de siete horas. Es indudable que esta medida constituye una de las medidas más revolucionarias implantadas por nuestro Partido en los últimos tiempos. Pero ¿quién ignora que esta medida, profundamente revolucionaria por su esencia, va acompañada en la práctica de una serie de abusos a veces verdaderamente infames? ¿Quiere esto decir que debamos suprimir la política de implantación de la jornada de siete horas? ¿Comprenden los que militan en la nueva oposición en qué charca caen, cuando dan aire a los abusos que se manifiestan en el acopio de cereales?

IV

SOBRE LA LUCHA CONTRA LA DESVIACION DERECHISTA

Hemos enumerado, pues, las principales cuestiones de nuestras discrepancias, tanto en el terreno de la teoría como en el terreno de la política de nuestro Partido, en la línea de la Internacional Comunista y en la línea de la política interior. De lo dicho se desprende que la afirmación de Rykov de que tenemos una *sola* línea política no corresponde a la realidad. De lo dicho se desprende que tenemos, en realidad, *dos* líneas políticas. Una es la línea general del Partido, la línea revolucionaria, leninista, de nuestro Partido. Otra es la línea del grupo

Bujarin. Esta segunda línea no está aún completamente definida, en parte porque dentro del grupo Bujarin existe una confusión inconcebible de ideas, y en parte porque esta segunda línea, comprendiendo lo débil que es, por su importancia dentro del Partido, procura disfrazarse de distintos modos. Pero, a pesar de todo, esta línea existe, como veis, y existe como una línea *diferente* de la línea del Partido, como una línea *opuesta* a la línea general del Partido en casi todas las cuestiones de nuestra política. Esta segunda línea es, fundamentalmente, la línea de la desviación *derechista.*

Bujarin ha hablado aquí de la «ejecución civil» de tres miembros del Buró Político que, según sus palabras, estaban siendo «criticados» por las organizaciones de nuestro Partido. Ha dicho que el Partido había decretado la «ejecución civil» de tres miembros del Buró Político, Bujarin, Rykov y Tomski, criticando sus errores en la prensa y en los mítines, mientras ellos, los tres miembros del Buró, se veían «obligados» a callar. Esto son necedades, camaradas. Estas son falsedades de un comunista liberalizante, que intenta debilitar al Partido en su lucha contra la desviación derechista.

Según Bujarin, si él y sus amigos se ponen de acuerdo para incurrir en los errores de una desviación derechista, el Partido no tiene derecho a desenmascarar estos errores, sino que debe suspender la lucha contra la desviación derechista y aguardar a que a Bujarin y a sus amigos se les antoje rectificar sus errores. ¿No es demasiado lo que Bujarin exige de nosotros? ¿Acaso cree que el Partido existe para él y no él para el Partido? ¿Quién le obliga a callar, a permanecer pasivo cuando todo el Partido se moviliza contra la desviación derechista y desencadena un ataque resuelto contra las dificultades? ¿Por qué Bujarin y sus amigos más íntimos no se ponen en pie ahora y no mantienen una lucha decidida contra la desviación derechista y contra los conciliadores? ¿Puede nadie dudar que el Partido acogería con agrado el hecho de que Bujarin y sus amigos más íntimos se decidiesen a dar este paso, que no es tan difícil? ¿Por qué no se deciden a dar este paso, que es, en fin de cuentas, obligado para ellos? ¿No será porque los intereses de su grupo son, para ellos, más sagrados que los intereses del Partido y que la línea general de éste? ¿Quién tiene la culpa de que, en la lucha contra la desviación de derecha, no se vea por ningún lado a Bujarin, Rykov y Tomski? ¿No es evidente que esa charlatanería acerca de la «ejecución civil» de tres miembros del Buró Político no es más que el intento mal disfrazado de estos tres miembros del Buró de obligar al Partido a callar y a suspender la lucha contra la desviación derechista?

La lucha contra la desviación derechista no es, para nuestro Partido, una tarea secundaria, sino una de sus tareas decisivas. Si en nuestro mismo seno, en el seno de nuestro mismo Partido, en el Estado Mayor político del proletariado, que dirige el movimiento y lleva al proletariado a la victoria; si en el seno de este mismo Estado Mayor, permi-

tiésemos que existan y actúen libremente agentes de la desviación de derecha, que intentan desmovilizar al Partido, descomponer a la clase obrera, adaptar nuestra política al gusto de la burguesía «soviética» y retroceder de este modo ante las dificultades de nuestra obra de edificación; si consintiésemos esto, ¿qué significaría? ¿No significaría que pretendemos frenar la revolución, descomponer nuestra obra de edificación socialista, huir ante las dificultades y entregar nuestras posiciones a los elementos capitalistas? ¿Comprende el grupo Bujarin que el renunciar a la lucha contra la desviación derechista equivale a *traicionar* a la clase obrera, a *traicionar* la revolución? ¿Comprende el grupo Bujarin que, sin derrotar a la desviación derechista y a los conciliadores, es imposible vencer las dificultades que se alzan ante nosotros, y que, sin vencer estas dificultades, jamás podremos lograr éxitos decisivos en la obra de edificación del socialismo? ¿Qué vale, al lado de todo esto, esa lamentable frase de la «ejecución civil» de tres miembros del Buró Político?

No, camaradas; al Partido no se le asusta con esas charlatanerías liberales de «ejecuciones civiles». El Partido exige de vosotros una lucha resuelta contra la desviación derechista y contra los conciliadores, al igual que la que libran todos los miembros del C.C. de nuestro Partido. Y exige esto de vosotros, para facilitar la movilización de la clase obrera, organizar la ofensiva del socialismo en todos los frentes, vencer la resistencia de los enemigos de clase y garantizar la superación de las dificultades con que tropieza esta obra de edificación. U os sometéis a esta exigencia del Partido, en cuyo caso éste os recibirá con los brazos abiertos, o no lo hacéis, en cuyo caso os atendréis a las consecuencias.

EL AÑO DEL GRAN VIRAJE

EN EL XII ANIVERSARIO DE LA REVOLUCION DE OCTUBRE

El año que acaba de transcurrir ha sido el año del gran viraje en todos los frentes de la construcción socialista. Este viraje se ha producido y se sigue produciendo bajo el signo de la *ofensiva* resuelta del socialismo contra los elementos capitalistas de la ciudad y del campo. El rasgo característico de esta ofensiva consiste en que nos ha proporcionado ya una serie de *éxitos* decisivos en los sectores fundamentales de la reconstrucción socialista de nuestra economía nacional.

De aquí se desprende que el Partido ha sabido aprovecharse ventajosamente del repliegue habido en las primeras fases de la Nep, para luego, en las fases subsiguientes, organizar el *viraje* y lanzarse a una *ofensiva victoriosa* contra los elementos capitalistas.

Lenin dijo, al implantarse la Nep:

«Ahora nos replegamos, retrocedemos; pero lo hacemos para, después del repliegue inicial, tomar impulso y avanzar con mayor fuerza. Sólo bajo esta condición nos replegamos ahora, al implantar nuestra nueva política económica..., para luego, después del repliegue, lanzarnos con mayor empuje a la ofensiva» (*Lenin.* t. XXVII, págs. 361-362, discurso pronunciado en el Pleno del Soviet de Moscú).

El balance del año que acaba de transcurrir indica, sin dejar lugar a dudas, que el Partido está cumpliendo con éxito en su labor esta indicación decisiva de Lenin.

* * *

Si nos fijamos en los resultados del año que acaba de transcurrir, en lo que se refiere a la edificación económica, que tiene una importancia tan decisiva para nosotros, vemos que los *éxitos* de nuestra ofensiva en este frente, que nuestras *realizaciones* durante el año transcurrido se pueden reducir a tres aspectos fundamentales.

I

EN EL TERRENO DE LA PRODUCTIVIDAD DEL TRABAJO

No cabe duda de que uno de los hechos más importantes, si no el más importante de todos, de nuestra obra de construcción en el año último es que hemos conseguido que se produjese un *viraje decisivo* en el terreno de la productividad del trabajo. Este viraje se ha expresado en el desarrollo de la *iniciativa creadora* y en el potente *auge de trabajo* de las masas de millones de hombres de la clase obrera en el frente de la construcción socialista. He aquí nuestra primera y fundamental *conquista* durante el año que acaba de transcurrir.

El desarrollo de la iniciativa creadora y del entusiasmo en el trabajo de las masas ha sido estimulado en tres direcciones fundamentales: a) en la lucha contra el burocratismo, que entorpece la iniciativa y la actividad de trabajo de las masas, por medio de la *autocrítica;* b) en la de la lucha contra los que faltan injustificadamente al trabajo y contra los infractores de la disciplina proletaria en el trabajo, por medio de la *emulación socialista;* y finalmente, c) en la de la lucha contra la rutina y el estancamiento en la producción, por medio de la organización de la *semana de trabajo ininterrumpido* (*). Como resultado de todo esto, hemos conseguido realizaciones formidables en el frente del trabajo, manifestadas en el entusiasmo y la emulación en el trabajo de las masas de millones de hombres de la clase obrera, en todos los confines de nuestro inmenso país. La importancia de esta conquista es verdaderamente incalculable, pues sólo el fervor en el trabajo y el entusiasmo que por éste sienten las masas de millones de hombres puede asegurar ese desarrollo progresivo de la productividad del trabajo sin el que el socialismo jamás podrá triunfar definitivamente sobre el capitalismo.

«La productividad del trabajo—dice Lenin—es, en última instancia, lo más importante, lo decisivo para el triunfo del nuevo régimen social. El capitalismo consiguió una productividad del trabajo sin precedentes bajo el feudalismo. Y el capitalismo podrá ser y será definitivamente derrotado porque el socialismo logra una nueva productividad del trabajo muchísimo más alta» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 342, «Una gran iniciativa»).

Partiendo de esto, Lenin afirma que

«debemos dejarnos arrastrar por ese entusiasmo para el trabajo, por esa voluntad y tenacidad en el trabajo, de la que ahora depende la más rápida salvación de los obreros y campesinos, la salvación de la economía nacional» (*Lenin*, t. XXV, pág. 477, discurso pronunciado con motivo del tercer aniversario de la Revolución de Octubre).

Tal es la tarea planteada por Lenin al Partido.

(*) Régimen de trabajo con arreglo al cual las empresas (o instituciones) funcionan cada día y los obreros y empleados disfrutan de un día de descanso cada cinco de trabajo. *(N. del T.)*

El año que acaba de transcurrir revela que el Partido está cumpliendo con éxito esta tarea, venciendo resueltamente las dificultades que se alzan en este camino.

He ahí la primera conquista importante del Partido en el año que acaba de transcurrir.

II

EN EL TERRENO DE LA EDIFICACION INDUSTRIAL

Inseparablemente unida a esta primera conquista del Partido, se halla la segunda. Esta segunda conquista consiste en que, durante el año que acaba de transcurrir, hemos logrado resolver favorablemente, en lo fundamental, el *problema de la acumulación* para la construcción básica de la industria pesada, consiguiendo un *ritmo acelerado* de desarrollo de la producción de medios de producción y creando las premisas necesarias para convertir a nuestro país en un país *metalúrgico*. Tal es nuestra segunda y más importante *realización* en el año que acaba de transcurrir.

El problema de la industria ligera no presenta grandes dificultades. Este problema ha sido resuelto por nosotros hace ya algunos años. Más difícil y más importante es el problema de la industria pesada. *Más difícil* porque requiere inversiones gigantescas, para las cuales, como nos enseña la historia de los países industrialmente atrasados, la industria pesada tiene que recurrir a formidables empréstitos a largo plazo. *Y más importante,* puesto que sin desarrollar la industria pesada no podemos construir ninguna industria ni llevar adelante la industrialización. Y como nosotros no contábamos ni contamos con empréstitos a largo plazo ni con ningún género de créditos a larga vista, este problema se planteaba ante nosotros con caracteres agudos más que evidentes. A esto se atenían, en efecto, los capitalistas de todos los países al denegarnos toda clase de empréstitos y créditos, suponiendo que seríamos incapaces de resolver con nuestras propias fuerzas el problema de la acumulación, que fracasaríamos ante el problema de la reconstrucción de la industria pesada y que nos veríamos obligados a pedirles auxilio, entregándonos a su vasallaje.

¿Qué indican, a este respecto, los resultados del año que acaba de transcurrir? La importancia de estos resultados está en que han echado por tierra los cálculos de los señores capitalistas. El año que acaba de transcurrir revela que, a pesar del bloqueo financiero franco y encubierto contra la U.R.S.S., no nos hemos sometido al vasallaje de los capitalistas y hemos resuelto con éxito, mediante la movilización de nuestras propias fuerzas, el problema de la acumulación, sentando las bases de la industria pesada. Esto no pueden negarlo ya ni los enemigos más rabiosos de la clase obrera. En efecto, si en el año anterior las inversiones para la construcción básica en la gran industria sobrepasaron la cifra de 1.600 millones de rublos, de los cuales se invirtieron en

la industria pesada unos 1.300 millones, y las inversiones de la misma clase en la gran industria, durante este año, exceden de 3.400 millones de rublos, de los cuales se destinan más de 2.500 millones a la industria pesada; si durante el año anterior la producción global de la gran industria arrojó un aumento del 23 por 100, siendo el aumento de la industria pesada del 30 por 100, y si la producción global de la gran industria en el año anterior registra un aumento del 32 por 100, con un alza del 46 por 100 en lo referente a la industria pesada, ¿no es evidente que el problema de la acumulación para la construcción de la industria pesada no ofrece ya, para nosotros, dificultades invencibles? ¿Cómo es posible dudar de que avanzamos a marcha acelerada por la senda del desarrollo de nuestra industria pesada, sobrepasando los viejos ritmos y dejando atrás nuestro «tradicional» atraso?

¿Tiene algo de extraño, después de lo que queda dicho, que los cálculos del Plan quinquenal hayan sido rebasados, en el año que acaba de transcurrir, y que la variante *máxima* del Plan quinquenal, que los plumíferos burgueses refutaban como una «fantasía inasequible» y que sembraba el espanto entre nuestros oportunistas de derecha (grupo Bujarin), se haya convertido, en realidad, en la variante *mínima* del Plan quinquenal?

«La salvación de Rusia—dice Lenin—no está solamente en una buena cosecha en el campo— esto no basta—, ni está sólo en el buen estado de la industria ligera, que abastece a los campesinos de artículos de consumo— esto tampoco basta—; necesitamos, además, una industria *pesada*... Sin salvar la industria pesada, sin restaurarla, no podremos construir ninguna clase de industria, y sin ésta pereceremos incluso como país independiente... La industria pesada necesita subsidios del Estado. Si no los encontramos, pereceremos no ya solamente como Estado socialista, sino como Estado civilizado» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 349, «Cinco años de revolución rusa y las perspectivas de la revolución mundial»).

Véase en qué términos tan tajantes formula Lenin el problema de la acumulación y la misión del Partido en cuanto a la creación de una industria pesada.

El año que acaba de transcurrir revela que el Partido ha afrontado con éxito esta misión, venciendo resueltamente todas y cada una de las dificultades que se alzan en este camino.

Esto no quiere decir, naturalmente, que la industria no vaya a tropezar ya con ninguna dificultad seria. La tarea de crear una industria pesada no tropieza sólo con el problema de la acumulación. Tropieza también con la cuestión de los cuadros, con el problema: a) *de incorporar* a la construcción del socialismo a decenas de miles de técnicos y de especialistas con una ideología soviética, y b) *de formar* nuevos técnicos y especialistas rojos salidos de la clase obrera. Si el problema de la acumulación se puede considerar, fundamentalmente, resuelto, el problema de los cuadros está aguardando aún su solución. Y el problema de los cuadros es hoy, en la fase de la reconstrucción técnica de la industria, el problema decisivo de la construcción socialista.

«Lo fundamental—dice Lenin— que nos falta es el grado de cultura, la capacidad para administrar... Tanto desde el punto de vista económico como desde el punto de vista político, la Nep nos garantiza plenamente la posibilidad de echar los cimientos de la economía socialista. El problema está «solamente» en la capacidad cultural del proletariado y de su vanguardia» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 207, Carta al camarada V. Mólotov sobre el plan del informe político al XI Congreso del Partido).

Es evidente que aquí se trata, ante todo, del problema de la «capacidad cultural», del problema de los cuadros para la obra de la edificación económica en general y para la construcción y la administración de la industria en particular.

Y de aquí se desprende que, a pesar de las importantísimas realizaciones logradas en el terreno de la acumulación y que tienen una importancia esencial para la industria pesada, el problema de la construcción de una industria pesada no puede considerarse resuelto completamente mientras no se resuelva el problema de los cuadros.

Al Partido se le plantea, pues, la tarea de acometer de lleno el problema de los cuadros y de tomar esta fortaleza, cueste lo que cueste.

He ahí la segunda conquista del Partido en el año que acaba de transcurrir.

III

EN EL TERRENO DE LA CONSTRUCCION DE LA ECONOMIA RURAL

Pasemos, finalmente, a la tercera conquista del Partido durante el año que acaba de transcurrir, conquista que se halla orgánicamente vinculada a las dos anteriores. Me refiero al *viraje radical* producido en el desarrollo de nuestra agricultura, al paso de la pequeña y atrasada economía *individual* a la grande y adelantada agricultura *colectiva*, al cultivo en común de la tierra, a las estaciones de máquinas y tractores, a los arteles y los koljoses, basados en la nueva técnica, y, finalmente a los gigantescos sovjoses, dotados de cientos de tractores y máquinas combinadas. La conquista lograda por el Partido, en este aspecto, consiste en que hemos conseguido *apartar* a las grandes masas campesinas, en toda una serie de zonas, de la vieja trayectoria *capitalista* de desarrollo, que sólo favorece a un puñado de ricachos capitalistas y hunde en la miseria a la gran mayoría de los campesinos, llevándolas a la nueva trayectoria de desarrollo, a la trayectoria *socialista*, que elimina a los ricachos capitalistas y fortalece de una manera nueva a los campesinos medios y pobres, dotándolos de nuevos instrumentos de trabajo, dotándolos de tractores y de maquinaria agrícola y dándoles, con ello, la posibilidad de salir de la miseria y de la servidumbre del kulak, para marchar por el ancho camino del cultivo cooperativo y colectivo de la tierra. La conquista lograda por el Partido consiste en que hemos con-

seguido organizar este *viraje radical* en la misma entraña de las masas campesinas, atrayendo a las grandes masas de campesinos pobres y medios, a pesar de todas las dificultades inconcebibles con que hemos tropezado y a pesar de la oposición desesperada de toda clase de fuerzas tenebrosas, desde los kulaks y los popes hasta los filisteos y los oportunistas de derecha.

He aquí algunas cifras. En 1928, la superficie de siembra de los sovjoses era de 1.425.000 hectáreas, con una producción para el mercado de más de seis millones de quintales de trigo (más de 36 millones de puds); la superficie de siembra de los koljoses era de 1.390.000 hectáreas, con una producción para el mercado de cerca de tres millones y medio de quintales de trigo (más de 20 millones de puds). En 1929, la superficie de siembra de los sovjoses es de 1.816.000 hectáreas, con una producción mercantil de cerca de ocho millones de quintales de trigo (unos 47 millones de puds), y la superficie de siembra de los koljoses, de 4.262.000 hectáreas, con una producción para el mercado de unos trece millones de quintales de trigo (78 millones de puds aproximadamente). En el próximo año, en 1930, la superficie de siembra de los sovjoses ascenderá, según las cifras de control, a 3.280.000 hectáreas, con una producción para el mercado de dieciocho millones de quintales de trigo (unos 110 millones de puds), y la superficie de siembra de los koljoses será de 15.000.000 de hectáreas, con una producción de trigo para el mercado de unos cuarenta y nueve millones de quintales (unos 300 millones de puds). O, dicho en otros términos: en el próximo año, en 1930, la producción de trigo para el mercado de los sovjoses y koljoses ascenderá a más de 400 millones de puds, o sea más del 50 por 100 de la producción de trigo para el mercado de *toda* la agricultura (para el comercio fuera del campo).

Hay que reconocer que este ritmo impetuoso de desarrollo *no tiene precedente* ni aun en nuestra industria socialista, cuyo ritmo de desarrollo se caracteriza por su gran envergadura.

¿No es evidente que ante nuestra gran agricultura socialista (koljosiana y sovjosiana), que está empezando, se abre un gran porvenir, que está llamada a adquirir un desarrollo prodigioso?

Este éxito sin precedentes conseguido en el terreno de la agricultura se explica por toda una serie de causas, entre las que podemos señalar, por lo menos, las siguientes:

Se explica, ante todo, porque el Partido ha aplicado la política leninista de educar a las masas, atrayendo consecuentemente a las masas campesinas a los koljoses a través de la difusión del régimen cooperativo. Se explica porque el Partido ha luchado con éxito tanto contra los que intentaban rebasar el movimiento e imponer por decreto el desarrollo de los koljoses (contra los fraseólogos de «izquierda») como contra los que intentaban sujetar al Partido y marchar a la zaga del movimiento (contra los chapuceros de derecha). Sin esta política, el

Partido no habría podido convertir el movimiento koljosiano en un verdadero movimiento de masas de los mismos campesinos.

«Cuando el proletariado y los soldados de la guarnición de Petrogrado tomaron el Poder— dice Lenin— sabían perfectamente que, para construir en el campo, tropezarían con grandes dificultades; que aquí habría que proceder más paulatinamente; que el intentar implantar aquí, por medio de decretos y por medio de leyes, el cultivo colectivo de la tierra, sería la mayor de las necedades; que por este camino podría marchar un puñado insignificante de campesinos conscientes, pero que la inmensa mayoría de los campesinos no se planteaba este objetivo, Por eso, nosotros nos limitamos a lo que era absolutamente necesario hacer en interés del desarrollo de la revolución, no adelantándonos en modo alguno al desarrollo de las masas, sino aguardando a que éstas, con su misma experiencia y su misma lucha, impulsasen el movimiento» (*Lenin*, t. XXIII, pág. 252, discurso pronunciado con motivo del aniversario de la Revolución, el 6 de noviembre de 1918, en el VI Congreso extraordinario de los Soviets de toda Rusia).

Si el Partido pudo lograr una victoria tan formidable en el frente de la organización de los koljoses, fué por haber sabido aplicar con toda precisión esta directiva táctica de Lenin.

Este éxito sin precedentes logrado en el campo de la agricultura se explica, en segundo lugar, porque el Poder Soviético se hizo cargo acertadamente de las crecientes necesidades de los campesinos en cuanto a los nuevos instrumentos de trabajo, en cuanto a la nueva técnica, porque supo comprender acertadamente la situación desesperada de los campesinos mientras subsistieran las viejas formas de cultivo de la tierra, y, teniendo en cuenta todo esto, organizó a su debido tiempo la ayuda a los campesinos bajo la forma de centros de alquiler de maquinaria, de columnas de tractores, de estaciones de tractores y de maquinaria agrícola, organizando el cultivo colectivo de la tierra, sembrando de koljoses el campo y por último, ayudando bajo todos sus aspectos a la economía campesina por medio de los sovjoses. Era la primera vez que aparecía en la historia de la humanidad un gobierno, el Gobierno de los Soviets, que demostraba prácticamente que estaba dispuesto a ayudar y que era capaz de ayudar a las masas trabajadoras del campo, de un modo sistemático y estable, a desarrollar su *producción*. ¿Acaso no es evidente que las masas campesinas trabajadoras, que padecían una penuria secular de instrumentos de trabajo, no podían por menos de acoger esta ayuda que se les dispensaba, marchando por la senda del movimiento koljosiano? ¿Y acaso puede extrañar que hoy la vieja consigna de los obreros: «De cara al campo», se complemente, a su vez, con la nueva consigna de los campesinos koljosianos: «De cara a la ciudad»?

Este éxito sin precedentes logrado en el terreno de la organización de los koljoses se explica, finalmente, por el hecho de que fueron los obreros más avanzados de nuestro país los que tomaron este asunto en sus manos. Me refiero a las brigadas obreras, que se lanzaron a decenas y a centenares por las regiones más importantes de nuestro país. Hay que reconocer que, de todos los actuales y posibles propagandistas

del movimiento koljosiano, los mejores propagandistas entre las masas campesinas son los obreros. No tiene, pues, nada de extraño que los obreros consiguiesen convencer a los campesinos de las ventajas de la gran economía colectiva sobre la pequeña economía individual, tanto más cuanto que los koljoses y sovjoses ya existentes son un ejemplo patente que demuestra estas ventajas.

Tales son las causas que explican la conquista lograda por nosotros en el terreno de la organización de los koljoses; conquista que es, a mi juicio, la más importante y decisiva entre todas las de estos últimos años.

Han sido destruídas y pulverizadas las objeciones de la «ciencia» contra la posibilidad y la conveniencia de organizar grandes fábricas trigueras de 50 a 100 mil hectáreas. La realidad se ha encargado de refutar las objeciones de la «ciencia», demostrando una vez más que no es sólo la realidad la que tiene que aprender de la «ciencia», sino que a ésta no le sobraría tampoco aprender de la realidad. En los países capitalistas, no pueden existir esas fábricas gigantescas de producción de trigo. Pero nuestro país no es un país capitalista. Es necesario no olvidar esta «pequeña» diferencia. En los países capitalistas, no es posible organizar grandes fábricas de producción de trigo sin comprar toda una serie de tierras o pagar la renta absoluta del suelo, lo que grava la producción con un gasto gigantesco, ya que en esos países existe la propiedad privada de la tierra. En cambio, en la U.R.S.S. no existe la renta absoluta del suelo ni la compraventa de tierras, lo cual no puede por menos de crear condiciones favorables para que se desarrolle la producción de trigo en gran escala, puesto que en la U.R.S.S. no existe la propiedad privada sobre la tierra. En los países capitalistas, la finalidad que se persigue al organizar la producción de trigo en gran escala es obtener un máximo de ganancias o, por lo menos, las equivalentes al llamado tipo medio de ganancia, sin lo cual el capital no tiene, hablando en términos generales, el menor interés en lanzarse a organizar explotaciones trigueras. En cambio, en la U.R.S.S., las grandes explotaciones de producción de trigo, que son explotaciones del Estado, no necesitan, para desarrollarse, obtener una ganancia máxima ni media, sino que pueden contentarse con una ganancia mínima y, a veces, desenvolverse incluso sin obtener ganancia alguna, lo cual crea nuevas condiciones favorables para el desarrollo de la producción triguera en gran escala. Finalmente, bajo el capitalismo no existen, para las grandes explotaciones de producción de trigo, ventajas especiales de créditos y de impuestos, como existen y seguirán existiendo bajo el régimen soviético, basado en el apoyo prestado al sector socialista. Todo esto es lo que olvidaba esa venerable «ciencia».

Se han hundido y pulverizado las afirmaciones de los oportunistas de derecha (grupo Bujarin) en el sentido de que: a) los campesinos no entrarán en los koljoses; b) el ritmo acelerado de desarrollo de los

koljoses sólo puede provocar el descontento de las masas y el abismo entre los campesinos y la clase obrera; c) el «camino real» del desarrollo socialista en el campo *no* son los koljoses, *sino* la cooperación; d) el desarrollo de los koljoses y la ofensiva contra los elementos capitalistas del campo puede dejar al país sin trigo. Todo esto se ha venido a tierra, y se ha pulverizado como vieja hojarasca liberal-burguesa.

En primer lugar, los campesinos han entrado en los koljoses; han entrado aldeas, distritos y comarcas enteras.

En segundo lugar, el movimiento koljosiano en masa, lejos de debilitarla, refuerza la alianza entre los campesinos y los obreros, dándole una nueva base, una base de producción. Hoy, hasta los ciegos ven que si entre las grandes masas campesinas existe ahora algún descontento serio, este descontento no se refiere a la política koljosiana del Poder Soviético, sino al hecho de que el Poder Soviético no puede ponerse al nivel del ritmo de desarrollo del movimiento koljosiano, proveyendo a los campesinos de maquinaria agrícola y de tractores.

En tercer lugar, la discusión acerca del «camino real» del desarrollo socialista del campo es una discusión escolástica, buena para jóvenes liberales pequeñoburgueses del tipo de Eijenwald y Slepkov. Es evidente que, mientras no existía un movimiento koljosiano de masas, el «camino real» del desarrollo socialista en el campo eran las formas inferiores de cooperación, las cooperativas de consumo y de venta; pero cuando apareció en escena la forma superior de cooperación, la forma koljosiana, ésta se convirtió en el «camino real» de desarrollo. El camino real—sin comillas—del desarrollo socialista en el campo es el plan de cooperación de Lenin, que abarca todas las formas de cooperación agrícola, desde las inferiores (cooperativas de consumo y de venta) hasta las superiores (cooperativas de producción: koljoses). *Contraponer* los koljoses a la cooperación significa burlarse del leninismo y certificar la propia ignorancia de quien tal hace.

En cuarto lugar, hoy hasta los ciegos ven que, sin la ofensiva contra los elementos capitalistas del campo y sin el desarrollo del movimiento koljosiano y sovjosiano, ni habríamos conseguido esos éxitos decisivos en materia de acopio de cereales que hemos conseguido en el año actual, ni se habrían reunido esas decenas de millones de reservas intangibles de trigo que se han acumulado en manos del Estado. Más aún; puede afirmarse con certeza que, gracias al desarrollo del movimiento koljosiano y sovjosiano, saldremos o hemos salido ya definitivamente de la crisis triguera. Y si el desarrollo de los koljoses y los sovjoses toma un ritmo acelerado, no cabe la menor duda de que, a la vuelta de unos tres años, nuestro país será uno de los primeros países productores de trigo, si no el primero del mundo.

¿Qué es lo que hay de *nuevo* en el actual movimiento koljosiano? Lo que hay de nuevo y decisivo en el actual movimiento koljosiano es que ahora los campesinos no ingresan en los koljoses por grupos suel-

tos, como ocurría antes, sino por aldeas enteras, por municipios, por distritos y hasta por comarcas. ¿Qué significa esto? Significa *que a los koljoses han comenzado a afluir en masa los campesinos medios.* Tal es la base sobre la que descansa ese viraje radical en el desarrollo de la agricultura que constituye la conquista más importante del Poder Soviético durante el año que acaba de transcurrir.

Se ha hundido y ha saltado hecha añicos aquella «concepción» menchevique del trotskismo sobre la incapacidad de la clase obrera para arrastrar consigo a las grandes masas campesinas en el terreno de la construcción socialista. Hoy, hasta los ciegos ven que el campesino medio ha abrazado la senda koljosiana. Hoy, es evidente para todos que el Plan quinquenal de la industria y de la agricultura es el Plan quinquenal de edificación de la sociedad socialista, y que quienes no tienen fe en la posibilidad de construir el socialismo en nuestro país, no tienen derecho a aclamar nuestro Plan quinquenal.

Se hunde y se hace añicos la última esperanza de los capitalistas de todos los países, que sueñan con restaurar en la U.R.S.S. el capitalismo: el «sacrosanto principio de la propiedad privada». Los campesinos, a quienes ellos consideran como el material que abona el terreno para el capitalismo, abandonan en masa la tan ensalzada bandera de la «propiedad privada» y pasan a los cauces del colectivismo, a los cauces del socialismo. Se hunde la última esperanza de restauración del capitalismo.

Así se explican, aparte de otras razones, los intentos desesperados que despliegan los elementos capitalistas de nuestro país para levantar contra el socialismo, que marcha a la ofensiva, todas las fuerzas del viejo mundo; intentos que conducen al recrudecimiento de la lucha de clases. El capital no quiere «ir integrándose» en el socialismo.

Y esto es también lo que explica esos ladridos rabiosos contra el bolchevismo lanzados en estos últimos tiempos por todos los perros de presa del capital, todos los Struve y los Hessen, los Miliukov y los Kerenski, los Dan y los Abramóvich. Para ellos, no es ninguna broma; es la desaparición de la última esperanza de restauración del capitalismo.

¿Qué indica esta irritación rabiosa de nuestros enemigos de clase y esos ladridos furiosos de los lacayos del capital, sino que nuestro Partido ha conseguido, realmente, una victoria decisiva en el frente más difícil de la edificación socialista?

«Solamente si se consigue—dice Lenin—hacer ver prácticamente a los campesinos las ventajas del cultivo agrícola social, colectivo, en forma de cooperativas y arteles; solamente si se logra ayudar al campesino por medio del régimen cooperativo, del artel, sólo entonces la clase obrera, que tiene en sus manos el Poder del Estado, demostrará realmente al campesino su razón y atraerá realmente a su lado, de un modo sólido y auténtico, a la masa de millones y millones de campesinos» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 579, discurso pronunciado en el I Congreso de las comunas rurales y los arteles agrícolas, el 4 de diciembre de 1919).

Así plantea Lenin la cuestión del camino por el que hay que atraer a las masas de millones y millones de campesinos al lado de la clase obrera, el camino por el que hay que hacer marchar a los campesinos por el cauce de los koljoses.

El año transcurrido revela que el Partido afronta con éxito esta tarea, venciendo resueltamente todas y cada una de las dificultades que se alzan en este camino.

«En la sociedad comunista—dice Lenin—, el campesino medio sólo vendrá a nuestro lado cuando le facilitemos y mejoremos sus condiciones económicas de vida. Si mañana pudiéramos entregarles 100.000 tractores de primera clase, abastecerlos de gasolina y dotarlos de mecánicos (y sabéis de sobra que, por ahora, esto es una fantasía), el campesino medio diría: «Voto por la comuna» (es decir, por el comunismo). Mas, para poder hacer esto, tenemos que vencer antes a la burguesía internacional y obligarla a suministrarnos esos tractores, o elevar nuestra productividad hasta el punto de que podamos suministrarlos nosotros mismos. Sólo así se planteará certeramente este problema» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 170, discurso pronunciado en el VIII Congreso del P.C.(b) de Rusia «Sobre el trabajo en el campo»).

He ahí cómo plantea Lenin la cuestión del camino que hay que seguir para renovar el instrumental técnico del campesino medio y para traerle al lado del comunismo.

El año que acaba de transcurrir revela que el Partido afronta también con éxito esta tarea. Es sabido que en la primavera del próximo año de 1930 rodarán por nuestros campos más de 60.000 tractores; un año después, más de 100.000 tractores, y a los dos años, más de 250.000. Hoy, estamos, pues, en condiciones de convertir con creces en realidad lo que hace pocos años se consideraba como una «fantasía».

En esto estriba la causa de que el campesino medio se haya pasado al lado de la «comuna».

He ahí la tercera conquista lograda por nuestro Partido.

Tales son las conquistas fundamentales del Partido en el año que acaba de transcurrir.

CONCLUSION

Marchamos a todo vapor por el camino de la industrialización, hacia el socialismo, dejando a la zaga el atraso secular de la «vieja Rusia». Nuestro país se está convirtiendo en un país metalúrgico, en un país de automovilismo, en un país tractorizado. Y cuando pongamos a la U.R.S.S. al volante del automóvil y al mujik al volante del tractor, ¡que esos honorables capitalistas, que tanto se envanecen de su «civilización», intenten alcanzarnos! ¡Ya veremos entonces qué países pueden «clasificarse» como atrasados y cuáles como adelantados!

«Pravda», núm. 259,
7 noviembre 1929.

SOBRE LAS CUESTIONES DE LA POLITICA AGRARIA EN LA U.R.S.S.

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CONFERENCIA DE LOS ECONOMISTAS AGRARIOS MARXISTAS EL 27 DE DICIEMBRE DE 1929

Camaradas:

El hecho fundamental de nuestra vida económico-social en el momento presente, hecho que atrae la atención general, es el gigantesco desarrollo del movimiento koljosiano.

El rasgo característico del actual movimiento koljosiano estriba en que a los koljoses afluyen no sólo grupos sueltos de campesinos pobres, como ocurría hasta ahora, sino también masas de campesinos medios. Esto quiere decir que el movimiento koljosiano se ha convertido, de un movimiento de grupos aislados y de capas intermedias de trabajadores campesinos, en un movimiento de millones y millones de campesinos, de las grandes masas campesinas. Y así es, entre otras cosas, como hay que explicarse el hecho extraordinariamente importante de que el movimiento koljosiano, habiendo adquirido el carácter de un creciente y poderoso alud *contra los kulaks*, barra la resistencia de los kulaks que se alzan en su camino, acabe con esos elementos y abra la senda para una amplia obra de edificación socialista en el campo.

Pero, si tenemos razones para enorgullecernos de los éxitos *prácticos* logrados en el terreno de la edificación socialista, no podemos decir lo mismo en cuanto a los éxitos de nuestra labor *teórica*, en el campo de la economía en general y en el de la agricultura en particular. Lejos de ello, hay que reconocer que nuestro pensamiento teórico va en retraso con respecto a nuestros éxitos prácticos, que existe una cierta discordancia entre los éxitos prácticos y el desarrollo del pensamiento teórico. Y, sin embargo, es necesario que la labor teórica no sólo no se quede rezagada del trabajo práctico, sino que incluso se adelante a él, pertrechando a nuestros prácticos en su lucha por el triunfo del socialismo.

No voy a detenerme a demostrar aquí la importancia de la teoría. Vosotros la conocéis de sobra. Es sabido que la teoría, cuando es verdadera teoría, da a los hombres prácticos capacidad de orientación, claridad de perspectivas, seguridad en el trabajo, fe en el triunfo de nuestra causa. Y todo esto encierra—y no puede por menos de encerrar—una importancia formidable para nuestra obra de edificación socialista. El

mal está en que empezamos a flaquear precisamente en este terreno, en el terreno del estudio teórico de las cuestiones de nuestra economía. ¿Cómo, si no, explicar el hecho de que en nuestro país, en nuestra vida político-social, sigan circulando aún toda una serie de teorías burguesas y pequeñoburguesas en torno a las cuestiones de nuestra economía? ¿Cómo explicarse que estas teorías y estas divagaciones no hayan encontrado, hasta ahora, la réplica adecuada? ¿Cómo explicarse que comiencen a caer en el olvido, que no se popularicen en nuestra prensa, que no se destaquen en primer plano, no se sabe por qué, una serie de tesis fundamentales de la economía política marxista-leninista, que son el contraveneno más eficaz para esas teorías burguesas y pequeñoburguesas? ¿Acaso es difícil comprender que sin una lucha implacable contra las teorías burguesas, desarrollada sobre la base de la teoría marxista-leninista, es imposible un triunfo completo sobre nuestros enemigos de clase?

La nueva experiencia práctica engendra un nuevo modo de abordar las cuestiones de la economía del período de transición. Hoy, se plantean de un modo nuevo las cuestiones de la Nep, de las clases, del ritmo de la edificación, de la alianza, de la política del Partido. Y para no quedarse a la zaga de la práctica, hay que preocuparse ya de estudiar todas estas cuestiones desde el punto de vista de la nueva situación. Sin esto, será imposible acabar con esas teorías burguesas, que ofuscan la mente de nuestros hombres prácticos. Sin esto, será imposible desarraigar esas teorías, que han adquirido ya la solidez de prejuicios, pues sólo luchando contra los prejuicios burgueses en el terreno de la teoría podremos afianzar las posiciones del marxismo-leninismo.

Permitidme examinar los rasgos característicos de algunos, por lo menos, de esos prejuicios burgueses, llamados teorías, y demostrar a la luz de algunas de las cuestiones cardinales de nuestra edificación que aquéllos son insostenibles.

I

TEORIA DEL «EQUILIBRIO»

No ignoráis, sin duda alguna, que entre los comunistas circula todavía, a estas alturas, la llamada teoría del «equilibrio» de los sectores de nuestra economía nacional. Esta teoría no tiene, naturalmente, nada que ver con el marxismo. Sin embargo, esta teoría es propagada con todo celo en el campo derechista. Según esta teoría, hay en nuestra economía, de una parte, un sector socialista, que es una especie de compartimento, y de otra parte un sector no socialista, capitalista si queréis, que forma otro compartimento distinto. Ambos compartimentos marchan por raíles diferentes y avanzan tranquilamente, cada cual por su vía, sin chocar entre sí. Sabemos por la geometría que dos líneas paralelas no

se encuentran jamás. Sin embargo, los autores de esta curiosa teoría entienden que estos sectores paralelos llegarán a unirse un día, y que el día en que se unan se implantará en nuestro país el socialismo. Además, esta teoría no tiene en cuenta que detrás de tales «compartimentos» están determinadas clases y que los tales «compartimentos» avanzan en medio de una furiosa lucha de clases, que es una lucha a vida o muerte, una lucha en la que se plantea «quién vencerá a quién».

No es difícil comprender que esta teoría no guarda la menor relación con el leninismo. No es difícil comprender que esta teoría se propone, como finalidad, objetivamente, defender las posiciones de la economía campesina individual, pertrechar a los elementos kulaks con una «nueva» arma teórica en su lucha contra los koljoses y desacreditar las posiciones del movimiento koljosiano. Y, sin embargo, esta teoría sigue, hasta hoy, circulando por nuestra prensa. Y no se puede decir que nuestros teóricos le hayan opuesto una resistencia seria, ni mucho menos una resistencia demoledora. ¿Cómo explicar esta inconsecuencia, si no por el retraso con que marcha nuestro pensamiento teórico?

Y, sin embargo, bastaría con sacar del arsenal del marxismo la teoría de la reproducción y contraponerla a esa teoría del «equilibrio» de los sectores de la economía, para que no quedase ni rastro de ella. En efecto, la teoría marxista de la reproducción nos enseña que la sociedad moderna no puede desarrollarse sin acumular año tras año, y para poder acumular no hay más camino que ampliar año tras año la producción. Esto es evidente y fácilmente comprensible. Nuestra gran industria socialista centralizada se desarrolla con arreglo a la teoría marxista de la reproducción en escala progresiva, pues su volumen crece todos los años, incrementa su acumulación y avanza a pasos agigantados. Pero nuestra gran industria no es toda nuestra economía nacional. Por el contrario, en nuestra economía nacional sigue predominando, todavía hoy, la pequeña economía campesina. ¿Se puede afirmar que nuestra pequeña economía campesina se desarrolla con arreglo al principio de la reproducción en escala progresiva? No, no puede afirmarse. Nuestra pequeña economía campesina no sólo no realiza, en términos generales, el principio de la reproducción amplificada de año en año, sino que, por el contrario, ni siquiera tiene siempre la posibilidad de realizar el principio de la reproducción simple. ¿Cabe hacer avanzar con ritmo acelerado nuestra industria socialista, teniendo una base agrícola como la pequeña economía campesina, incapaz de amplificar en escala progresiva la reproducción y que, además, representa una fuerza predominante dentro de nuestra economía nacional? No, no cabe. ¿Cabría, al cabo de un período más o menos largo de tiempo, fundar el Poder Soviético y la edificación socialista sobre esas dos bases *distintas:* sobre la base de la economía socialista en gran escala y centralizada y sobre la base de una pequeña economía mercantil campesina, tan desperdigada y atrasada? No; esto no sería posible. Esto tendría que conducir,

necesariamente, más tarde o más temprano, a un total derrumbamiento de toda nuestra economía nacional. ¿Donde está, pues, la solución? La solución está en ampliar las economías agrícolas, en hacer a la agricultura apta para un régimen de acumulación, para la reproducción en escala progresiva, transformando de este modo la base agrícola de nuestra economía nacional. ¿Cómo conseguir esto? Hay dos caminos: hay el camino *capitalista*, que consiste en ampliar las economías agrícolas transplantando a ellas el capitalismo, camino que conduce al empobrecimiento del campesino y al desarrollo de las explotaciones capitalistas en la agricultura. Este camino nos está vedado a nosotros, por ser incompatible con la economía soviética. Pero hay otro camino, que es el camino *socialista*, que consiste en sembrar de koljoses y sovjoses nuestra agricultura y que conduce a la agrupación de las pequeñas economías campesinas en grandes unidades agrícolas colectivas, pertrechadas con la técnica y la ciencia, y a la eliminación de los elementos capitalistas del campo. Este segundo camino es el nuestro.

Por tanto, la cuestión está planteada así: una de dos, o marchamos hacia *atrás*, hacia el capitalismo, o hacia *adelante*, hacia el socialismo. No hay ni puede haber una solución intermedia. La teoría del «equilibrio» es el intento de encontrar un tercer camino. Precisamente por eso, porque basa sus cálculos en ese camino intermedio, que no existe, es una teoría utópica, antimarxista.

Como veis, bastaría con contraponer la teoría marxista de la reproducción a la teoría del «equilibrio» de los sectores de la economía, para no dejar ni rastro de esta teoría.

¿Por qué no hacen esto nuestros economistas agrarios marxistas? ¿A quién puede beneficiar el hecho de que siga circulando en nuestra prensa esa ridícula teoría del «equilibrio» y en cambio permanezca archivada la teoría marxista de la reproducción?

II

LA TEORIA DEL «AUTOMATISMO» EN LA EDIFICACION SOCIALISTA

Pasemos a examinar el segundo prejuicio arraigado en la Economía política, la segunda teoría de tipo burgués. Me refiero a la teoría del «automatismo» en la edificación socialista, teoría que nada tiene que ver con el marxismo y que, sin embargo, es propagada celosamente por los desviacionistas de derecha. Los autores de esta teoría afirman, sobre poco más o menos, lo siguiente: En nuestro país existía el capitalismo, la industria se desarrollaba sobre una base capitalista y el campo marchaba detrás de la ciudad capitalista de un modo espontáneo, automático, transformándose a imagen y semejanza de la ciudad capitalista. Pues

bien: si bajo el capitalismo ocurría *esto*, ¿por qué no ha de ocurrir lo mismo bajo el régimen soviético, por qué el campo, la pequeña economía campesina, no puede marchar automáticamente detrás de la ciudad socialista, transformándose espontáneamente a imagen y semejanza de ella? Los autores de esta teoría afirman, sobre la base de este argumento, que el campo puede, en efecto, marchar detrás de la ciudad socialista de un modo automático. De donde surge, lógicamente, la pregunta: ¿para qué lanzarse a crear sovjoses y koljoses? ¿Es que vale la pena romper una lanza por esto, si el campo puede, sin necesidad de ello, marchar por su propio impulso detrás de la ciudad socialista?

He aquí otra teoría que tiene también como finalidad, objetivamente, poner en manos de los elementos capitalistas del campo una nueva arma para luchar contra los koljoses. El fondo antimarxista de esta teoría no deja lugar a ninguna duda.

¿No es extraño que, a estas alturas, nuestros teóricos aún no hayan encontrado tiempo para demoler esta peregrina teoría, que enturbia el cerebro de nuestros prácticos del movimiento koljosiano?

No cabe duda de que el papel dirigente de la ciudad socialista respecto al campo, en el que prepondera la pequeña economía campesina, es grande e inapreciable. En esto es, precisamente, en lo que se basa la importancia transformadora de la industria con relación a la agricultura. Pero ¿acaso basta esto para que el campo con su pequeña economía campesina, marche por propio impulso detrás de la ciudad por los cauces de la edificación socialista? No, en modo alguno. Bajo el capitalismo, el campo marchaba espontáneamente detrás de la ciudad, porque la economía capitalista de la ciudad y la pequeña economía mercantil del campesino son, en el fondo, *un solo tipo* de economía. Naturalmente, la pequeña economía mercantil del campesino no es aún una economía capitalista. Pero se halla dentro del mismo tipo de economía del capitalismo, puesto que se basa en la propiedad privada sobre los medios de producción. Lenin tiene razón una y mil veces, cuando, en sus glosas marginales a la «Economía del período de transición», de Bujarin, habla de «la tendencia mercantil-*capitalista* de los campesinos» en contraste con la tendencia *socialista* del proletariado (*). Y esto es, precisamente, lo que explica por qué «la pequeña producción *engendra* constantemente, todos los días y a todas horas, espontáneamente y en masa, el capitalismo y la burguesía» *(Lenin)*. ¿Acaso cabe afirmar, consecuentemente, que la pequeña economía mercantil campesina forma parte del mismo tipo de economía que la producción socialista de la ciudad? Es indudable que no cabe afirmar esto, sin romper con el marxismo. De otro modo, Lenin no diría que «mientras vivamos en un país de pequeña economía campesina, el capitalismo tendrá, en Rusia, una base económica más sólida que el comunismo». Por tanto, la teo-

(*) Subrayado por Lenin. *(J. St.)*

ría del automatismo en la edificación socialista es una teoría podrida, antileninista. Por tanto, para que el campo, con su pequeña economía campesina, marche detrás de la ciudad socialista, hace falta, además, una cosa: *sembrar* el campo de grandes economías socialistas bajo la forma de sovjoses y koljoses, que serán la base del socialismo y que podrán *arrastrar* consigo, con la ciudad socialista a la cabeza, a las grandes masas campesinas.

La cosa es clara. La teoría del «automatismo» en la edificación socialista es una teoría antimarxista. La ciudad socialista debe *arrastrar* consigo al campo, con su pequeña economía campesina, *sembrar* de koljoses y sovjoses el campo y transformar la aldea, sobre la base de una nueva convivencia, de la convivencia armónica socialista.

Es extraño que esta teoría antimarxista del «automatismo» en la edificación socialista no haya encontrado hasta hoy la merecida réplica por parte de nuestros teóricos agrarios.

III

LA TEORIA DE LA «ESTABILIDAD» DE LA PEQUEÑA ECONOMIA CAMPESINA

Pasemos a examinar el tercer prejuicio arraigado en la Economía política, la teoría de la «estabilidad» de la pequeña economía campesina. Nadie ignora las objeciones de los economistas burgueses contra la conocida tesis del marxismo acerca de las ventajas de las grandes sobre las pequeñas empresas, tesis que, según sus impugnadores, sólo rige para la industria, pero que es inaplicable a la agricultura. Los teóricos socialdemócratas del tipo de David y de Hertz, que propugnan esta teoría, han intentado «apoyarse» en el hecho de que el pequeño campesino resiste, aguanta, está dispuesto a afrontar las privaciones que sean con tal de defender su puñado de tierra, por cuya razón la pequeña economía campesina revela su estabilidad en la lucha contra la gran economía agraria. No es difícil comprender que semejante «estabilidad» es peor que cualquier inestabilidad. No es difícil comprender que la finalidad de esta teoría antimarxista no es otra que ensalzar y afianzar el orden capitalista. Precisamente por eso, porque persigue esa finalidad, es por lo que los marxistas han logrado destruir esta teoría tan fácilmente. Pero lo que nos interesa aquí no es esto. Lo que aquí nos interesa es que nuestra experiencia práctica, nuestra realidad, aporta nuevos argumentos contra esta teoría, y nuestros teóricos, inexplicablemente, no quieren o no saben utilizar esta nueva arma contra los enemigos de la clase obrera. Me refiero, al decir esto, a la experiencia práctica de la destrucción de la propiedad privada sobre la tierra, a la experiencia práctica de la nacionalización de la tierra en nuestro país, que ha emancipado al pequeño campesino de su apego servil a su puñado de tierra,

facilitando con ello el paso de la *pequeña* economía campesina a la *gran* economía colectiva.

En efecto, ¿qué es lo que llevaba, lo que lleva y lo que seguirá llevando aún al pequeño campesino de Europa occidental a sentir ese apego por su pequeña economía mercantil? Es, ante todo y fundamentalmente, la existencia de un puñado de tierra de su propiedad, la existencia de la propiedad privada sobre la tierra. El pequeño campesino se pasaba años y años reuniendo dinero para comprar un puñado de tierra y, cuando lograba adquirirlo, era natural que no quisiera perderlo, que prefiriera pasar por toda clase de privaciones, que prefiriera caer en el salvajismo, antes que perder su puñado de tierra, base de su economía individual. ¿Puede afirmarse que ese factor siga existiendo aún, bajo esa misma forma, en nuestro país, dentro de las condiciones del régimen soviético? No, no puede afirmarse. No puede afirmarse, porque en nuestro país no hay ya propiedad privada sobre la tierra. Y precisamente por eso, porque en nuestro país ya no existe la propiedad privada sobre la tierra, es por lo que nuestros campesinos no siguen sintiendo ese apego servil por la tierra que sienten los campesinos de los países occidentales. Y esta circunstancia no puede por menos de facilitar el encauzamiento de la pequeña economía campesina por el carril de los koljoses.

He ahí una de las causas de por qué a las *grandes* economías agrícolas, a los koljoses, les es tan fácil, en nuestro país, bajo las condiciones creadas por la nacionalización de la tierra, demostrar sus *ventajas* sobre la *pequeña* economía campesina.

He ahí dónde reside la gran importancia revolucionaria de las leyes agrarias soviéticas, que han destruído la renta absoluta del suelo, aboliendo la propiedad privada sobre la tierra y decretando la nacionalización de ésta.

Y esto pone consiguientemente a nuestra disposición un nuevo argumento contra los economistas burgueses, que proclaman la estabilidad de la pequeña economía campesina, en la lucha de ésta contra la gran economía.

¿Por qué nuestros teóricos agrarios no utilizan suficientemente este nuevo argumento en su lucha contra toda suerte de teorías burguesas?

Al decretar la nacionalización de la tierra, hemos partido, entre otras cosas, de las premisas teóricas que se contienen en el tercer tomo del «Capital», en la conocida obra de Marx titulada «Teorías sobre la plusvalía» y en los trabajos agrarios de Lenin, que son un riquísimo arsenal de pensamientos teóricos. Al decir esto, me refiero a la teoría de la renta del suelo en general y a la teoría de la renta absoluta del suelo en particular. Hoy, es evidente para todos que las tesis teóricas contenidas en estas obras han sido brillantemente confirmadas por la experiencia práctica de nuestra edificación socialista en la ciudad y en el campo.

Lo único que no se comprende es por qué esa teoría anticientífica de los economistas «soviéticos» del tipo de Chayánov puede circular

libremente en nuestra prensa y los geniales trabajos de Marx, Engels y Lenin sobre la teoría de la renta del suelo y de la renta absoluta del suelo no sólo no se popularizan ni se destacan en primer plano, sino que permanecen archivados.

Tal vez recordéis el conocido folleto de Engels «La cuestión campesina». Recordáis, sin duda, con qué cuidado aborda Engels la cuestión del paso de los pequeños campesinos a la senda de la economía cooperativa, a la senda de la economía colectiva. Permitidme que cite el pasaje del folleto de Engels que trata de esto:

«Estamos decididamente al lado del pequeño campesino; haremos todo lo posible para que a éste le sea más llevadera la existencia, para facilitarle el paso a la cooperación, si se decide a ello; caso de que no se halle todavía en condiciones de tomar esta decisión, trataremos de concederle *el mayor tiempo posible* para que pueda reflexionar acerca de esto *en su parcela*» (*).

Veis con cuánto cuidado aborda Engels la cuestión del encauzamiento de la economía campesina individual por la senda del colectivismo. ¿Cómo explicar ese cuidado que pone Engels y que, a primera vista, podría parecer exagerado? ¿De qué premisa parte, al razonar así? Es indudable que parte del hecho de la existencia de la propiedad privada sobre la tierra, del hecho de que el campesino posee «su parcela», de la cual se le hace difícil desprenderse. Tal es el campesino de los países occidentales. Tal es el campesino de los países capitalistas, en los que existe la propiedad privada sobre la tierra. Se comprende que en esos países haya que proceder con un cuidado exquisito. Pero ¿puede afirmarse que en nuestro país, en la U.R.S.S., exista la misma situación? No, no puede afirmarse. Y no puede afirmarse, por la sencilla razón de que en la U.R.S.S. no existe propiedad privada sobre la tierra, que es lo que hace que el campesino sienta apego a su economía individual. No puede afirmarse, por la sencilla razón de que en la U.R.S.S. existe la nacionalización de la tierra, que facilita el paso del campesino individual a los cauces del colectivismo.

He ahí una de las causas de la facilidad y la rapidez relativas con que en nuestro país se desarrolla, en estos últimos tiempos, el movimiento koljosiano.

Es lamentable que nuestros teóricos agrarios no hayan intentado aún poner de relieve con la debida claridad esta diferencia entre la situación del campesino en la U.R.S.S. y en los países occidentales. Esta labor tendría, sin embargo, una importancia formidable no sólo para nosotros, para los militantes soviéticos, sino también para los comunistas de todos los países, pues para la revolución proletaria en los países capitalistas no es indiferente el que se vean obligados a construir el socialismo al día siguiente de la toma del Poder por el proletariado sobre la base de la nacionalización de la tierra o sin esta base.

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

En un artículo publicado hace poco en la prensa («El año del gran viraje»), desarrollaba yo los conocidos argumentos sobre las ventajas de la grande sobre la pequeña economía agrícola, teniendo en cuenta los grandes sovjoses. Huelga demostrar que todos estos argumentos son también aplicables a los koljoses, como grandes economías agrícolas. Y al decir esto, no me refiero solamente a los koljoses avanzados, que poseen una base de máquinas y tractores, sino también a los koljoses de tipo primario, que representan, por decirlo así, el período manufacturero del régimen koljosiano y que trabajan con el ganado y los aperos de los campesinos. Aludo a esos koljoses de tipo primario que se crean actualmente en las regiones de colectivización en masa y que se basan en la simple aportación de los instrumentos de producción de los campesinos. Tomemos, por ejemplo, los koljoses del distrito de Joper, en la antigua región del Don. A primera vista, estos koljoses no parecen diferenciarse en nada, desde el punto de vista de la técnica, de la pequeña economía campesina (pocas máquinas, pocos tractores). Sin embargo, la simple aportación de los instrumentos campesinos al fondo común de los koljoses produce efectos con los que ni siquiera habían soñado nuestros prácticos del movimiento koljosiano. ¿En qué se acusan estos efectos? En que el paso de los campesinos a los koljoses se ha traducido en un aumento del 30, del 40 y del 50 por 100 de la superficie de cultivo. ¿Cómo explicarse estos efectos «vertiginosos»? Por el hecho de que los campesinos, impotentes bajo el régimen del trabajo individual, se han convertido, al aportar sus instrumentos de trabajo a los koljoses y agruparse en éstos, en una fuerza poderosísima. Por el hecho de que los campesinos han adquirido la posibilidad de trabajar las tierras que bajo el régimen de trabajo individual eran difícilmente cultivables: las tierras baldías y la tierra virgen. Por el hecho de que los campesinos han obtenido la posibilidad de tomar las tierras baldías en sus manos, la posibilidad de poner en explotación las tierras yermas, los pedazos de tierra sueltos, los linderos, etc.

La cuestión del cultivo de las tierras abandonadas y de la tierra virgen tiene una importancia enorme para nuestra agricultura. Como sabéis, en los tiempos pasados la cuestión agraria era el eje del movimiento revolucionario en Rusia. Y el movimiento agrario tenía como una de sus finalidades acabar con la escasez de tierras. Había, por aquel entonces, muchos que pensaban que la escasez de tierras era absoluta: es decir, que en la U.R.S.S. no había ya tierras libres, aptas para el cultivo. ¿Qué ha demostrado la realidad? Ha demostrado, y hoy es evidente para todo el mundo, que en la U.R.S.S. había y hay decenas de millones de hectáreas de tierras libres. Lo que ocurría era que los campesinos de entonces no tenían, con sus pobres instrumentos de trabajo, la menor posibilidad de cultivarlas. Precisamente por eso, porque no estaban en condiciones de cultivar la tierra virgen y las tierras abandonadas, se concentraban sobre las «tierras fáciles», sobre las tierras de

propiedad de los terratenientes, que eran las que el campesino podía cultivar con sus aperos y su trabajo individual. He ahí en qué consiste la base de la «escasez de tierras». No es, pues, extraño que nuestro «Trust de los cereales» esté hoy en condiciones de poner en explotación veinte millones de hectáreas de tierras libres, no ocupadas por los campesinos y que habría sido imposible cultivar bajo el régimen del trabajo individual y con los aperos de la pequeña economía campesina.

La importancia del movimiento koljosiano en todas sus fases—tanto en su fase primaria como en su fase más avanzada, en que está ya dotado de tractores—estriba en que, gracias a él, los campesinos pueden poner en explotación las tierras abandonadas y la tierra virgen. En esto está el secreto del formidable aumento de la superficie de siembra tan pronto como los campesinos pasan al régimen del trabajo colectivo, y en esto reside una de las causas de la superioridad del régimen koljosiano sobre la economía campesina individual.

Huelga decir que esta superioridad de los koljoses sobre la economía campesina individual será todavía más indiscutible cuando esos koljoses de tipo primario que existen en los distritos de colectivización total cuenten con la ayuda de nuestras estaciones y columnas de máquinas y tractores y cuando los koljoses mismos puedan concentrar en sus manos los tractores y las segadoras-trilladoras.

IV

LA CIUDAD Y EL CAMPO

Hay un prejuicio, cultivado por los economistas burgueses, el de las llamadas «tijeras», al que hay que declarar una guerra implacable, como a todas las demás teorías burguesas que aún se hallan extendidas, por desgracia, en la prensa soviética. Me refiero a la teoría de los que dicen que la Revolución de Octubre ha dado a los campesinos menos que la Revolución de Febrero; mejor dicho, que la Revolución de Octubre no ha dado realmente nada a los campesinos. Este prejuicio fué puesto durante algún tiempo en circulación, en nuestra prensa, por uno de los economistas «soviéticos». Es cierto que este economista «soviético» se desdijo más tarde de su teoría. *(Una voz:* ¿Quién era?) Era Groman. Pero esta teoría fué recogida por la oposición trotskista-zinovievista y utilizada contra el Partido. Y no hay ninguna razón para afirmar que en la actualidad no siga circulando por los rincones de la opinión pública «soviética». Este es un problema muy importante, camaradas. Es algo que afecta a la cuestión de las relaciones entre la ciudad y el campo, a la cuestión de la destrucción del contraste entre la ciudad y el campo. Este problema afecta a la cuestión actual de las «tijeras». Por

eso, creo que merece la pena de que nos ocupemos un poco detenidamente de esta peregrina teoría.

¿Es cierto que la Revolución de Octubre no ha dado nada a los campesinos? Veamos cuáles son los hechos.

Tengo en la mano el conocido resumen del notable estadístico Nemchínov, publicado en mi artículo «En el frente del trigo». De este resumen se desprende que, antes de la revolución, los terratenientes «producían» no menos de 600 millones de puds de cereales. Es decir, que los *terratenientes* disponían entonces de unos 600 millones de puds de cereales. Los *kulaks* «producían», en aquella época, 1.900 millones de puds. Era una fuerza muy considerable la que representaban entonces los kulaks. Los *campesinos pobres* y los *campesinos medios* producían 2.500 millones de puds. He ahí cuál era la situación en el campo bajo el viejo régimen, antes de la Revolución de Octubre.

¿Qué cambios se han producido en el campo, después de Octubre? Tomaré las cifras que da el citado resumen estadístico. Me fijaré, por ejemplo, en el año 1927. ¿Cuánto produjeron en este año los *terratenientes?* Es evidente que no produjeron, ni podían producir nada, ya que los terratenientes fueron suprimidos por la Revolución de Octubre. Y fácilmente se comprende que este hecho tenía que significar un gran alivio para los campesinos, que de este modo se libraron del yugo de los terratenientes. Esto ha sido, indudablemente, una gran conquista para los campesinos, conquista que se debe a la Revolución de Octubre. ¿Cuánto produjeron los *kulaks* en 1927? 600 millones de puds, en vez de 1.900. Es decir, que, después de la Revolución de Octubre, la fuerza de los kulaks quedó reducida a menos de un tercio. Fácil es comprender que esto tenía que representar un gran alivio en la situación de los campesinos pobres y de los campesinos medios. ¿Y cuánto produjeron en 1927 los *campesinos pobres y medios?* 4.000 millones de puds, en vez de 2.500. Es decir, que, después de la Revolución de Octubre, los campesinos pobres y medios producían 1.500 millones de puds de trigo más que antes de la Revolución.

Tales son los hechos. Y éstos demuestran que los campesinos pobres y medios han obtenido de la Revolución de Octubre ventajas gigantescas.

He ahí lo que la Revolución de Octubre ha dado a los campesinos pobres y medios.

¿Cómo, después de esto, se puede afirmar que la Revolución de Octubre no ha dado nada a los campesinos?

Pero no es esto todo, camaradas. La Revolución de Octubre ha destruído la propiedad privada sobre la tierra, ha acabado con el régimen de compraventa de la tierra, ha implantado el principio de la nacionalización del suelo. ¿Qué significa esto? Significa que ahora el campesino, para producir trigo, ya no necesita comprar la tierra. Antes, se pasaba años y años acumulando los medios necesarios para adquirir un poco de tierra, se hundía en un mar de deudas, se entregaba a las garras de

la usura, todo para adquirir un poco de tierra. Y el dinero invertido en comprar la tierra gravaba, naturalmente, sobre el coste de la producción del trigo. Hoy, el campesino no necesita hacer eso. Hoy, puede producir trigo sin necesidad de comprar la tierra. ¿Es que esto no representa un alivio para el campesino? Claro está que lo representa.

Además, hasta hace poco, el campesino veíase obligado a arañar la tierra con sus viejos aperos y con los métodos del trabajo individual. Todo el mundo sabe que el trabajo individual, con los viejos instrumentos de producción ya hoy inadecuados, no da el rendimiento que es indispensable para poder vivir medianamente, para poder elevar sistemáticamente el nivel material de vida del campesino, para desarrollar su cultura y hacerle marchar por el ancho camino de la edificación socialista. Hoy, después del desarrollo intensivo del movimiento koljosiano, el campesino tiene la posibilidad de asociar su trabajo al trabajo de sus vecinos, agruparse con ellos en el koljós, roturar la tierra virgen y aprovechar las tierras abandonadas, obtener máquinas y tractores, duplicando y hasta triplicando con ello la productividad de su trabajo. ¿Qué significa esto? Significa que hoy el campesino, gracias al régimen koljosiano, puede producir mucho más que antes, sin necesidad de trabajar más. Significa, por tanto, que hoy la producción de trigo resulta mucho más barata que en los viejos tiempos. Significa, finalmente, que con el precio del trigo estabilizado, el campesino puede sacar de su trigo mucho más de lo que sacaba antes.

¿Cómo, después de todo esto, se puede afirmar que la Revolución de Octubre no ha dado ninguna ventaja a los campesinos?

¿No es evidente que quienes defienden esas patrañas calumnian a las claras al Partido y al Poder Soviético?

¿Qué se desprende de aquí?

De aquí se desprende que la cuestión de las «tijeras», la cuestión de acabar con este fenómeno, debe plantearse hoy de un modo nuevo. De aquí se desprende que, si el movimiento koljosiano sigue desarrollándose con el ritmo actual, este fenómeno desaparecerá rápidamente. De aquí se desprende que la cuestión de las relaciones entre la ciudad y el campo se plantea sobre una base nueva, que el contraste entre la ciudad y el campo irá borrándose con ritmo acelerado.

Y esta circunstancia encierra, camaradas, una importancia formidable para toda nuestra obra de construcción. Esto hará cambiar la psicología del campesino y le orientará hacia la ciudad. Esto echa los cimientos para la destrucción de la antítesis entre la ciudad y el campo. Esto crea la base para que la consigna del Partido: «de cara al campo» se complemente con la consigna de los campesinos koljosianos: «de cara a la ciudad». Y en esto no hay nada de sorprendente, pues los campesinos reciben ahora de la ciudad máquinas, tractores, agrónomos, organizadores y, finalmente, ayuda directa para luchar contra los kulaks y acabar con ellos. El campesino del viejo régimen, con su desconfianza feroz hacia

la ciudad, a la que consideraba como un ladrón, va pasando a segundo plano, sustituído por el campesino del nuevo régimen, por el campesino koljosiano, que mira a la ciudad con la esperanza de obtener de ella una ayuda efectiva *para su producción*. El campesino de tipo antiguo, que temía descender a campesino pobre, que sólo furtivamente escalaba el puesto de kulak (¡por miedo a verse privado del derecho de voto!), es sustituído por un nuevo tipo de campesino, ante el cual se abre una nueva perspectiva: la de entrar en el koljós, saliendo de la miseria para marchar por el ancho camino de la prosperidad económica.

He ahí cómo han cambiado las cosas, camaradas.

Por eso es tanto más lamentable que nuestros teóricos agrarios no hayan tomado todas las medidas necesarias para exterminar y arrancar de cuajo las teorías burguesas de toda laya, que intentan desacreditar las conquistas de la Revolución de Octubre y el creciente movimiento koljosiano.

V

QUE SON LOS KOLJOSES

Los koljoses, como *tipo* de economía, son una de las formas de la economía socialista. Acerca de esto, no puede caber ninguna duda.

Uno de los oradores que ha hablado aquí, lo ha hecho para desacreditar los koljoses. Ha afirmado que los koljoses, como organización económica, no presentan ninguna afinidad con la forma socialista de economía. Debo declarar, camaradas, que esta definición de los koljoses es absolutamente falsa. No cabe la menor duda de que esta definición no tiene nada que ver con el leninismo.

¿Qué es lo que caracteriza un tipo de economía? Son, evidentemente, las relaciones que se establecen entre los hombres en el proceso de producción. ¿Qué otra cosa, si no, podría caracterizar un tipo de economía? ¿Acaso en los koljoses hay una clase de hombres que son propietarios de los medios de producción y otra clase de hombres carentes de estos medios? ¿Acaso en los koljoses hay una clase de explotadores y otra clase de explotados? ¿Acaso los koljoses no representan la socialización de los instrumentos fundamentales de producción sobre la tierra, que, además, no pertenece a nadie más que al Estado? ¿Qué razón hay para afirmar que los koljoses, como tipo de economía, no representan una de las formas de la economía socialista?

Es indudable que en el seno de los koljoses hay contradicciones. Es indudable que en el seno de los koljoses hay supervivencias individualistas y hasta kulakistas, que aún no han desaparecido, pero que desaparecerán forzosamente en el transcurso del tiempo, a medida que los koljoses se fortalezcan, a medida que se les dote de maquinaria. Pero ¿acaso

se puede negar que, tomados en conjunto, con todas sus contradicciones y sus defectos, los koljoses, como hecho *económico*, representan, fundamentalmente, una nueva trayectoria de desarrollo del campo, la trayectoria de desarrollo *socialista* del campo, por *oposición* a la trayectoria kulakista, *capitalista* de desarrollo? ¿Acaso se puede negar que los koljoses (hablo de los koljoses, y no de los seudo-koljoses) son, bajo las condiciones de nuestro país, la base y el foco de la edificación socialista en el campo y que se han creado en rabiosa lucha contra los elementos capitalistas?

¿No es evidente que los intentos de algunos camaradas de desacreditar a los koljoses y presentarlos como una forma burguesa de economía carecen de todo fundamento?

En 1923, no existía aún en nuestro país un movimiento koljosiano de masas. En su folleto: «Sobre la cooperación», Lenin tenía presentes todas las formas de cooperación, tanto las inferiores (las cooperativas de consumo y de venta) como las superiores (la forma koljosiana). ¿Y qué decía entonces Lenin acerca de la cooperación y de las empresas cooperativas? He aquí una cita tomada de su folleto:

«Bajo nuestro régimen actual, las empresas cooperativas se diferencian de las empresas capitalistas privadas por ser empresas colectivas, pero *no se diferencian* (*) de las empresas socialistas, siempre y cuando que ellas trabajen con tierra y medios de producción pertenecientes al Estado, es decir, a la clase obrera» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 396, «Sobre la cooperación»).

Como veis, Lenin no enfoca las empresas cooperativas como empresas aisladas, sino en relación con el régimen existente, en relación con el hecho de que trabajen sobre la tierra perteneciente al Estado, en un país en que los medios de producción pertenecen al Estado; y, enfocándolas de este modo, Lenin afirma que las empresas cooperativas no se distinguen de las empresas socialistas.

Así se expresa Lenin, hablando de las empresas cooperativas en general.

¿No es evidente que lo mismo puede decirse, y con mayor razón aún, de los koljoses de nuestro período?

Así se explica también, entre otras razones, que Lenin considere «el simple desarrollo de la cooperación», bajo las condiciones de nuestro país, «como idéntico al desarrollo del socialismo».

Veis, pues, que, al desacreditar a los koljoses, el orador a que he aludido más arriba comete un error gravísimo contra el leninismo.

Y este error conduce al otro error en que incurría el mismo orador y que se refiere a la lucha de clases en los koljoses. Este orador describía con colores tan vivos la lucha de clases en los koljoses, que parece como si esta lucha de clases *no se distinguiese* de la que se desarrolla fuera de los koljoses. Más aún, se podría creer que es todavía más ra-

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*.

biosa. Por lo demás, no fué ese orador el único que incurrió en este defecto. Las divagaciones acerca de la lucha de clases, los chillidos y lamentaciones a cuenta de esta lucha de clases dentro de los koljoses son, hoy, un rasgo característico de nuestros charlatanes «izquierdistas». Y lo más cómico de estos chillidos es que esas plañideras «ven» la lucha de clases allí donde no existe o casi no existe y, en cambio, no la ven donde hierve y se desborda.

¿Hay elementos de lucha de clases en los koljoses? Sí, los hay. No puede por menos de haber elementos de lucha de clases en los koljoses, existiendo en ellos, como existen todavía, vestigios de la psicología individualista, e incluso de la psicología de kulak; existiendo todavía en ellos, como existe, cierta desigualdad. ¿Pero puede afirmarse que la lucha de clases que se desarrolla dentro de los koljoses tiene el mismo carácter que la que se desarrolla fuera de ellos? No. En esto reside el error de nuestros fraseólogos «izquierdistas», en que no ven esta diferencia. ¿Qué representa la lucha de clases *fuera* de los koljoses, *antes* de crearse éstos? Representa la lucha contra los kulaks, que *poseen* los instrumentos y medios de producción, con ayuda de los cuales *esclavizan* a los campesinos pobres. Representa una lucha a vida o muerte. ¿Y qué significa la lucha de clases *sobre la base* de los koljoses? Significa, ante todo, que el kulak ha sido aniquilado y privado de los instrumentos y medios de producción. Significa, en segundo lugar, que los campesinos pobres y medios se han agrupado en koljoses, socializando en ellos los instrumentos y medios fundamentales de producción. Significa, finalmente, que la lucha que aquí se debate es la que se ventila entre los koljosianos que no se han librado aún de los vestigios individualistas y kulakistas y que intentan utilizar en provecho suyo esa desigualdad relativa que aún hay en los koljoses, y los koljosianos que anhelan desterrar de los koljoses estos vestigios y estas desigualdades. ¿No es evidente que sólo los ciegos pueden no ver la diferencia entre la lucha de clases que se libra dentro de los koljoses y la que se desarrolla fuera de ellos?

Sería un error pensar que, teniendo los koljoses, tenemos ya todo lo necesario para construir el socialismo. Y aún sería un error mayor pensar que los koljosianos, por el mero hecho de serlo, se han convertido en socialistas. No; para transformar al campesino koljosiano, hay que trabajar todavía mucho sobre él, corregir su psicología individualista y hacer de él un auténtico trabajador de la sociedad socialista. Y esto se conseguirá con tanta mayor rapidez cuanto más rápidamente se mecanicen y tractoricen los koljoses. Pero esto no disminuye en lo más mínimo la trascendental importancia de los koljoses, como palancas de la transformación socialista del campo. La gran importancia de los koljoses consiste precisamente en que son la base fundamental para la aplicación de máquinas y tractores a la agricultura, en que son la base fundamental para la transformación del campesino, para hacer cambiar su psico-

logía en el sentido del socialismo proletario. Lenin tiene razón cuando dice:

«La obra de transformar al pequeño agricultor, de transformar toda su psicología y sus costumbres, es una obra de varias generaciones. El resolver este problema en lo que se refiere al pequeño agricultor, el sanear, por decirlo así, toda su psicología, sólo podrá conseguirse mediante una base material, mediante la técnica, mediante la aplicación a la agricultura de tractores y máquinas en gran escala, mediante la electrificación en gran escala» (*Lenin*, t. XXVI, pág. 239, discurso pronunciado en el X Congreso del P.C.(b) de Rusia «Sobre el impuesto en especie»).

¿Quién puede negar que los koljoses son, precisamente, la única forma de economía socialista mediante la cual pueden los millones y millones de pequeños campesinos tener acceso a las máquinas y a los tractores, que son las palancas del auge económico, las palancas del desarrollo socialista de la agricultura?

Nuestros fraseólogos «izquierdistas» se olvidan de todo esto.

Y también se olvida de esto nuestro orador.

VI

LOS CAMBIOS EN LAS RELACIONES DE CLASE Y EL VIRAJE EN LA POLITICA DEL PARTIDO

Finalmente, tenemos la cuestión de los cambios en las relaciones de clase y de la ofensiva del socialismo contra los elementos capitalistas del campo.

El rasgo característico en nuestro trabajo, durante el año último, consiste: *a*) en que hemos desplegado, como Partido y como Poder Soviético, una ofensiva en todo el frente contra los elementos capitalistas del campo; *b*) en que esta ofensiva ha dado y sigue dando, como es sabido, resultados *positivos* muy apreciables.

¿Qué significa esto? Significa que hemos pasado de la política de *limitación* de las tendencias explotadoras de los kulaks a la política de *liquidación* de los kulaks como clase. Significa que hemos realizado y seguiremos realizando uno de los virajes decisivos en toda nuestra política.

Hasta estos últimos tiempos, el Partido adoptaba la actitud de *limitar* las tendencias explotadoras de los kulaks. Como es sabido, esta política fué preconizada ya en el VIII Congreso. Esta misma política fué proclamada de nuevo al implantarse la Nep y en el XI Congreso de nuestro Partido. Todos conocéis la célebre carta de Lenin dirigida a Preobrazhenski (en 1922), en la que planteaba nuevamente la cuestión de la necesidad de aplicar esta política. Y fué, finalmente, ratificada por el XV Congreso de nuestro Partido. Esta política es la que hemos venido aplicando hasta estos últimos tiempos.

¿Era acertada esta política? Sí, era, indudablemente, acertada. ¿Podíamos, hace cinco o hace tres años, emprender semejante ofensiva contra los kulaks? ¿Podíamos, por aquel entonces, contar con que esta ofensiva tuviese éxito? No, no podíamos. Esto habría sido un aventurerismo muy peligroso. Esto habría sido jugar de un modo peligrosísimo a la ofensiva. Lo más probable es que, siguiendo este camino, hubiéramos fracasado y, al fracasar, hubiéramos afianzado las posiciones de los kulaks. ¿Por qué? Porque no teníamos aún en nuestras manos esos puntos fundamentales de apoyo en el campo que hoy nos da la extensa red de sovjoses y koljoses, sin los cuales no podíamos emprender, por falta de base, una ofensiva decisiva contra los kulaks, porque, por aquel entonces, no teníamos aún la posibilidad de *sustituir* la producción capitalista de los kulaks por la producción socialista de los koljoses y sovjoses.

En 1926-27, la oposición trotskista-zinovievista se empeñó en imponer al Partido la política de la ofensiva inmediata contra los kulaks. El Partido no se lanzó a esta peligrosa aventura, pues sabía que no es de gentes serias entregarse a juegos ofensivos. La ofensiva contra los kulaks es una cosa seria, que no hay que confundir con las declamaciones contra los kulaks. Ni hay que confundirla tampoco con la política de escaramuzas con los kulaks, política que la oposición trotskista-zinovievista se empeñó en imponer al Partido. Lanzarse a la ofensiva contra los kulaks significa aplastarlos y liquidarlos como clase. Si no se persigue este objetivo, la ofensiva no es más que un tema declamatorio, una escaramuza, una charlatanería, cualquier cosa menos una verdadera ofensiva bolchevique. Lanzarse a la ofensiva contra los kulaks significa prepararse para ello y asestarles serios golpes, tan serios que no puedan volver a levantar cabeza. Esto es lo que nosotros, los bolcheviques, llamamos una verdadera ofensiva. ¿Podíamos emprender esta ofensiva, con perspectivas de éxito, hace cinco o tres años? No, no podíamos.

En realidad, los kulaks producían, en 1927, más de 600 millones de puds de cereales, de los cuales exportaban fuera de la aldea, por vía de intercambio, unos 130 millones de puds. Era ésta una fuerza bastante seria, que no había más remedio que tomar en consideración. ¿Cuánto producían, por aquel entonces, nuestros koljoses y sovjoses? Unos 80 millones de puds, de los que lanzaban al mercado (trigo mercantil) unos 35 millones. Juzgad vosotros mismos si, en estas condiciones, podíamos entonces *sustituir* la producción y el trigo mercantil de los kulaks por la producción y el trigo mercantil de nuestros koljoses y sovjoses. Es evidente que no podíamos. ¿Qué hubiera significado, en estas condiciones, emprender una ofensiva decisiva contra los kulaks? Hubiera significado, según todas las probabilidades, fracasar, afianzar las posiciones de los kulaks y quedarse sin pan. He aquí por qué no podíamos ni debíamos emprender entonces una ofensiva contra los kulaks, a despecho de todas las declamaciones aventureristas de la oposición trotskista-zinovievista.

¿Y ahora? ¿Cuál es, ahora, la situación? Ahora, contamos ya con una base material suficientemente fuerte para asestar serios golpes a los kulaks, para vencer su resistencia, para liquidarlos como clase y *sustituir* su producción por la producción de los koljoses y sovjoses. Como es sabido, en 1929 la producción de trigo de los koljoses y sovjoses no ha sido inferior a 400 millones de puds (200 millones de puds menos que la producción global de los kulaks en 1927). Sabido es, asimismo, que en 1929 los koljoses y sovjoses han lanzado al mercado más de 130 millones de puds (es decir, más que los kulaks en 1927). Y es sabido, finalmente, que en 1930 la producción global de cereales de los koljoses y sovjoses no será inferior a 900 millones de puds (es decir, que excederá a la producción global de los kulaks en 1927), y que lanzarán al mercado más de 400 millones de puds (o sea una cifra incomparablemente superior a la de los kulaks en 1927).

He aquí cómo está planteada actualmente la situación, camaradas.

He aquí el desplazamiento que se ha producido en la economía de nuestro país.

He aquí el desplazamiento de las fuerzas de clase que se ha producido en nuestro país en estos últimos tiempos.

Hoy, contamos, pues, como veis, con la base material necesaria para *sustituir* la producción de los kulaks por la producción de los koljoses y sovjoses. Por eso, hoy, nuestra ofensiva contra los kulaks logra éxitos indudables. Así es como hay que lanzarse a la ofensiva contra los kulaks, si ha de ser una verdadera ofensiva y no, simplemente, una vacua declamación contra ellos.

He aquí por qué hemos pasado, en estos últimos tiempos, de la política de *limitación* de las tendencias explotadoras de los kulaks a la política de *liquidación de los kulaks como clase*.

¿Y por lo que se refiere a la política de expropiación de los kulaks? ¿Es posible admitir la expropiación de los kulaks en las zonas de colectivización en masa?, nos preguntan de distintos lados. La pregunta es ridícula. Admitir la expropiación de los kulaks era imposible mientras nos manteníamos en el punto de vista de la restricción de las tendencias explotadoras de los kulaks, mientras no podíamos pasar a la ofensiva resuelta contra los kulaks, mientras no podíamos sustituir la producción de éstos por la producción de los koljoses y sovjoses. Entonces, la política de no admitir la expropiación de los kulaks era necesaria y acertada. Pero ¿ahora? Ahora, la cosa ha cambiado. Ahora podemos ya emprender una ofensiva resuelta contra los kulaks, vencer su resistencia, liquidarlos como clase y sustituir su producción por la producción de los koljoses y sovjoses. Ahora, la expropiación de los kulaks la llevan a cabo las mismas masas de campesinos pobres y medios, al realizar la colectivización en masa. Ahora la expropiación de los kulaks en los distritos de colectivización en masa no es ya una simple medida administrativa, sino que es, en esos distritos, parte integrante de la creación

y desarrollo de los koljoses. Por eso, es ridículo y poco serio detenerse a tratar ahora de la expropiación de los kulaks. Al que le cortan la cabeza no se le pregunta si quiere cortarse el pelo.

No menos ridícula es la pregunta de si se debe admitir a los kulaks en los koljoses. Naturalmente que no se les puede admitir. No se les puede admitir, porque son enemigos jurados del movimiento koljosiano. Me parece que la cosa es clara.

VII

CONCLUSIONES

He ahí, camaradas, seis cuestiones cardinales que no pueden pasar por alto, en su labor teórica, nuestros economistas agrarios marxistas.

La importancia de estas cuestiones estriba, ante todo, en que su estudio marxista permite desarraigar toda clase de teorías burguesas que aún circulan por ahí, difundidas a veces — para vergüenza nuestra— por nuestros camaradas comunistas y que enturbian el cerebro de nuestros hombres prácticos. Hace ya mucho tiempo que todas esas teorías deberían haber sido desarraigadas y eliminadas, pues sólo luchando implacablemente contra esas teorías puede desarrollarse y fortalecerse el pensamiento teórico de los economistas agrarios marxistas.

La importancia de estas cuestiones estriba, finalmente, en que dan una nueva fisonomía a las viejas cuestiones de la economía del período de transición.

Hoy, la cuestión de la Nep, la de las clases, la de los koljoses, la de la economía del período de transición, se plantean de un modo nuevo. Hay que poner al descubierto el error de quienes conciben la Nep como un repliegue y solamente como un repliegue. La realidad es que, ya al implantar la Nep, decía Lenin que esta política no se reducía a un repliegue, sino que era, al mismo tiempo, la preparación para una nueva ofensiva decisiva contra los elementos capitalistas de la ciudad y del campo. Hay que poner al descubierto el error de quienes piensan que la Nep sólo sirve para establecer el enlace entre la ciudad y el campo. El enlace que nosotros necesitamos entre la ciudad y el campo no es un enlace cualquiera, sino aquel que asegure el triunfo del socialismo. Y si mantenemos la Nep, es porque esta política sirve a la causa del socialismo. Cuando deje de cumplir esta misión, la mandaremos al diablo. Lenin decía que la Nep se había implantado de un modo serio y para mucho tiempo. Pero lo que jamás dijo Lenin es que se implantase para siempre.

Hay que plantear también la cuestión de popularizar la teoría marxista de la reproducción. Es necesario estudiar la cuestión que se refiere al esquema del balance de nuestra economía nacional. Lo que la Oficina

Central de Estadística publicó en 1926 como balance de la economía nacional, no es un balance, sino un juego de cifras. Tampoco resuelve la cuestión el modo como Basárov y Groman tratan el problema del balance de la economía nacional. Son los marxistas revolucionarios los que tienen que estudiar el esquema del balance de la economía nacional de la U.R.S.S., si quieren ocuparse en realidad del estudio de las cuestiones de la economía del período de transición.

Sería una buena cosa que nuestros economistas marxistas formasen un grupo especial de colaboradores para estudiar las cuestiones de la economía del período de transición, tal como están planteadas bajo las nuevas condiciones.

SOBRE LA CUESTION DE LA POLITICA DE LIQUIDACION DE LOS KULAKS COMO CLASE

En el número 16 de «Krásnaia Sviesdá» [«Estrella Roja»], en un artículo titulado «La liquidación de los kulaks como clase», artículo que es, en general, indiscutiblemente acertado, se contienen dos inexactitudes en cuanto a la formulación. Creo que es necesario rectificar estas inexactitudes.

1. En el citado artículo, se dice:

«En el período de restauración de la economía realizamos una política de restricciones contra los elementos capitalistas de la ciudad y del campo. Al comenzar el período de reconstrucción, pasamos de la política de restricciones a la política de eliminación de aquellos elementos».

Esta afirmación es inexacta. La política de restricciones contra los elementos capitalistas y la política de eliminación de estos elementos no son dos políticas distintas. Son una y la misma política. La eliminación de los elementos capitalistas del campo es resultado inevitable y parte *integrante* de la política de restricciones contra los elementos capitalistas, de la política de restricciones contra las tendencias explotadoras de los kulaks. La eliminación de los *elementos* capitalistas del campo no es todavía la eliminación de los kulaks como *clase*. Es la eliminación y superación de los *destacamentos sueltos* de los kulaks que no pudieron hacer frente durante largo tiempo a la presión fiscal, que no pudieron hacer frente al sistema de medidas restrictivas del Poder Soviético. Es lógico que la política de restricciones contra las tendencias explotadoras de los kulaks, la política de restricciones contra los elementos capitalistas del campo no puede por menos que conducir a la eliminación de grupos sueltos de kulaks. Por eso, la climinación de estos grupos sueltos de kulaks no puede considerarse sino como resultado inevitable y parte integrante de la política de restricciones contra los elementos capitalistas del campo.

Esta política no la hemos mantenido solamente en el período de restauración de la economía, sino también en el período de reconstrucción, en el período subsiguiente al XV Congreso del Partido (diciembre de 1927), en el período de la XVI Conferencia de nuestro Partido (abril de 1929), así como también después de esta Conferencia, hasta el verano

de 1929, en que entramos en la fase de la colectivización en masa, en que se produjo el *viraje* hacia la política de *liquidación* de los kulaks como *clase*.

Si examinamos los documentos más importantes del Partido, aunque sólo sea a partir del XIV Congreso, celebrado en diciembre de 1925 (v. la resolución sobre el informe del C.C.), hasta la XVI Conferencia, celebrada en abril de 1929 (v. la resolución «Sobre los caminos para impulsar la agricultura»), no podemos por menos de advertir que la tesis sobre las «restricciones de las tendencias explotadoras de los kulaks» o de la «limitación del desarrollo del capitalismo en el campo» va siempre *a la par* de la tesis sobre la «eliminación de los elementos capitalistas del campo», sobre la «superación de los elementos capitalistas del campo».

¿Qué significa esto?

Esto significa que el Partido *no separa* la eliminación de los elementos capitalistas del campo y la política de restricciones contra las tendencias explotadoras de los kulaks, la política de restricciones contra los elementos capitalistas del campo.

El XV Congreso del Partido, al igual que la XVI Conferencia, se mantiene por entero sobre la base de la política «de restricción de las tendencias explotadoras de la burguesía agraria» (v. la resolución del XV Congreso «Sobre el trabajo en el campo»), sobre la base de la política de «adoptar nuevas medidas que restrinjan el desarrollo del capitalismo en el campo» (lugar citado), sobre la base de la política de «restringir resueltamente las tendencias explotadoras del kulak» (v. la resolución del XV Congreso sobre el Plan quinquenal), sobre la base de la política de la «ofensiva contra el kulak», en el sentido de «pasar a la restricción más a fondo, más sistemática y tenaz, del kulak y del comerciante privado» (lugar citado), sobre la base de la política de «eliminar económicamente, de un modo todavía más resuelto», a los «elementos de la economía capitalista privada» de la ciudad y del campo (v. la resolución del XV Congreso sobre el informe del C.C.).

Así, pues, a) no tiene razón el autor del citado artículo, al presentar la política de restricciones contra los elementos capitalistas y la política de eliminación de estos elementos como dos políticas distintas. Los hechos indican que se trata de una política general de restricción del capitalismo, de la cual es parte integrante y resultado la eliminación de destacamentos sueltos de kulaks.

Así, pues, b) no tiene razón el autor del citado artículo, al afirmar que la eliminación de los elementos capitalistas del campo no comenzó hasta el período de la reconstrucción, hasta el período del XV Congreso. En realidad, esta eliminación se llevó a efecto tanto antes del XV Congreso, en el período de restauración de la economía, como después del XV Congreso, en el período de la reconstrucción. Lo único que se hizo en el período del XV Congreso fué reforzar la política de restricción de

las tendencias explotadoras de los kulaks con nuevas medidas complementarias, como resultado de lo cual tenía necesariamente que intensificarse también la eliminación de grupos sueltos de kulaks.

2. En el citado artículo, se dice:

«La política de liquidación de los kulaks como clase se deriva en su totalidad de la política de eliminación de los elementos capitalistas y es la continuación de esa política en una nueva etapa».

Esta afirmación es imprecisa y, por tanto, falsa. Se comprende que la política de liquidación de los kulaks como clase no podía caer del cielo. Esta política fué preparada por todo el período anterior de restricción y, consiguientemente, de eliminación de los elementos capitalistas del campo. Pero esto no quiere decir que no se diferencie *radicalmente* de la política de restricción (y eliminación) de los elementos capitalistas del campo, que sea la *continuación* de la política de restricción. Expresarse como se expresa nuestro autor equivale a negar la existencia de un *viraje* en el desarrollo del campo desde el verano de 1929. Expresarse así equivale a negar el hecho de que durante este período *cambió radicalmente* la política de nuestro Partido en el campo. Expresarse así equivale a ofrecer cierto asidero ideológico a los elementos derechistas de nuestro Partido, que ahora se aferran a los acuerdos del XV Congreso contra la *nueva* política del Partido, del mismo modo que Frumkin se aferraba en su día a los acuerdos del XIV Congreso contra la política de creación de los koljoses y sovjoses.

¿De qué partía el XV Congreso, al proclamar el reforzamiento de la política de restricción (y eliminación) de los elementos capitalistas del campo? Del hecho de que, a pesar de esta política de restricción, los kulaks, como *clase, se mantendrían*, a pesar de todo, durante algún tiempo. *Fundándose en esto*, el XV Congreso dejó en vigor la ley sobre los arriendos de tierras, aunque sabía perfectamente que los arrendatarios serían, en su inmensa mayoría, kulaks. *Fundándose en esto*, el XV Congreso dejó en vigor la ley sobre el empleo de trabajo asalariado en el campo, exigiendo la aplicación exacta de esta ley. *Fundándose en esto*, se proclamó una vez más la prohibición de expropiar a los kulaks. ¿Acaso estas leyes y estas disposiciones están en contradicción con la política de *restricción* (y eliminación) de los elementos capitalistas del campo? ¡Indiscutiblemente, *no*! ¿Acaso estas leyes y estas disposiciones están en contradicción con la política de *liquidación* de los kulaks como clase? ¡Indiscutiblemente, *sí*! Por tanto, estas leyes y estas disposiciones deben ser dejadas a un lado, ahora, en las regiones de colectivización en masa, cuyo radio de acción crece no ya por días, sino por horas. Por lo demás, en las regiones de colectivización en masa, ya la propia marcha del movimiento koljosiano se ha encargado de eliminarlas.

¿Cabe, después de esto, afirmar que la política de liquidación de

los kulaks como clase sea la *continuación* de la política de restricción (y eliminación) de los elementos capitalistas del campo? Es evidente que no.

El autor del citado artículo olvida que no es posible eliminar la clase de los kulaks, como tal clase, por medio de medidas fiscales y medidas restrictivas de otro género, *dejando* en manos de esta clase los instrumentos de producción con el derecho a disfrutar libremente de la tierra y *manteniendo* en vigor la ley sobre el empleo de trabajo asalariado en el campo, la ley sobre los arriendos de tierras y la prohibición de expropiar a los kulaks. El autor olvida que, siguiendo la política de restricción de las tendencias explotadoras de los kulaks, sólo se puede contar con la eliminación de destacamentos aislados de kulaks, lo cual no excluye, sino que, por el contrario, presupone, el *mantenimiento*, hasta un momento dado, de los kulaks como clase. Para eliminar a los kulaks como clase, no basta con la política de restricción y eliminación de grupos aislados de kulaks. Para eliminar a los kulaks como clase, hay que *aplastar* en campo abierto la resistencia de esta clase y *cegar* las fuentes económicas de su existencia y desarrollo (el libre disfrute de la tierra, los instrumentos de producción, los arrendamientos, el derecho a emplear trabajo asalariado, etc.). Y en esto es en lo que consiste el *viraje* hacia la política de liquidación de los kulaks como clase. Sin esto, las conversaciones sobre la eliminación de los kulaks como clase no son *más* que *vacua charlatanería*, que sólo puede aprovechar y favorecer a los elementos de la desviación derechista. Sin esto, es inconcebible una colectivización seria, y mucho más una colectivización en masa, del campo. Esto lo han comprendido bien nuestros campesinos pobres y medios, al destruir a los kulaks y llevar a cabo la colectivización en masa. Pero algunos de nuestros camaradas no lo han comprendido aún, al parecer.

Por tanto, la política actual del Partido en el campo no es la *continuación* de la política anterior, sino un *viraje* de la anterior política de *restricción* (y eliminación) de los elementos capitalistas del campo a la nueva política de *liquidación* de los kulaks como clase.

«Krásnaia Sviesdá», núm. 18,
21 enero 1930.

LOS EXITOS SE NOS SUBEN A LA CABEZA

EN TORNO A LAS CUESTIONES DEL MOVIMIENTO KOLJOSIANO

Hoy, todo el mundo habla de los éxitos del Poder Soviético en el movimiento koljosiano. Hasta nuestros enemigos se ven obligados a reconocer que hemos conseguido éxitos importantes. Y estos éxitos son, realmente, grandes.

Es un hecho que el 20 de febrero del año actual se había colectivizado ya el 50 por 100 de las economías campesinas de la U.R.S.S. Esto quiere decir que el 20 de febrero de 1930 se había *superado* el Plan quinquenal en más del doble.

Es un hecho que el 28 de febrero del año actual los koljoses habían conseguido *ya* entregar más de 36 millones de quintales de simiente para la siembra de primavera, o sea, más del 90 por 100 del Plan; es decir, cerca de 220 millones de puds. No se puede por menos de reconocer que este acopio de 220 millones de puds solamente entre los koljoses—después de haber cumplido con éxito el plan de acopio de cereales—representa una conquista formidable.

¿Qué indica esto?

Indica que *se puede considerar ya asegurado el viraje radical del campo hacia el socialismo.*

No hace falta pararse a demostrar que estos éxitos encierran una importancia formidable para los destinos de nuestro país, para toda la clase obrera como fuerza dirigente del País Soviético y, finalmente, para el mismo Partido. Sin hablar de los resultados prácticos inmediatos, estos éxitos encierran una importancia inmensa para la vida interna del propio Partido, para la educación de nuestro Partido. Infunden a nuestro Partido un espíritu de vigor y de fe en sus propias fuerzas. Pertrechan a la clase obrera con la fe en el triunfo de nuestra causa. Atraen a nuestro Partido nuevas reservas de millones de hombres.

De aquí la tarea que se le plantea al Partido: *afianzar* los éxitos conseguidos y *utilizarlos* con arreglo a un plan, para seguir avanzando.

Pero los éxitos tienen también su lado negativo, sobre todo cuando se consiguen con relativa «facilidad», de un modo «inesperado», por decirlo así. Estos éxitos inducen a veces a la presunción y a la fanfarronería: «¡No se nos resiste nada!», «¡Podemos reírnos de todo!» Estos éxitos se les suben muchas veces a la cabeza a la gente, que empieza a marearse a fuerza de éxitos, perdiendo el sentido de la medida y la ca-

pacidad de comprensión de la realidad, tendiendo a exagerar sus propias fuerzas y a menospreciar las fuerzas del adversario y propendiendo a intentos aventureros de resolver «en un abrir y cerrar de ojos» todos los problemas de la construcción del socialismo. Cuando esto ocurre, no hay ni que hablar de preocuparse de *afianzar* los éxitos conseguidos y de *utilizarlos* con arreglo a un plan para seguir avanzando. Pues ¿para qué fortalecer los éxitos conseguidos, si somos capaces de plantarnos «en un abrir y cerrar de ojos» en la victoria completa del socialismo, si «no se nos resiste nada» y «podemos reírnos de todo»?

De aquí la tarea que se le plantea al Partido: luchar resueltamente contra estos estados de espíritu peligrosos y perjudiciales para la causa y librar de ellos al Partido.

No se puede decir que estos estados de espíritu peligrosos y perjudiciales para la causa hayan llegado a adquirir una cierta difusión en las filas de nuestro Partido. Pero se dan dentro de él, y no hay razón ninguna para afirmar que no vayan a ganar terreno. Y si estos estados de espíritu llegasen a adquirir entre nosotros carta de naturaleza, no cabe duda de que el movimiento koljosiano saldría considerablemente debilitado y adquiriría realidad el peligro del fracaso de este movimiento.

De aquí la tarea que se plantea a nuestra prensa: desenmascarar sistemáticamente estos estados de espíritu antileninistas y cuantos se parezcan a ellos.

Citaré algunos hechos.

1. Los éxitos de nuestra política koljosiana se explican, entre otras razones, porque esta política se basa en el carácter *voluntario* del movimiento koljosiano y *tiene en cuenta la diversidad de condiciones* existentes en las diversas regiones de la U.R.S.S. Los koljoses no se pueden imponer a la fuerza. Esto sería estúpido y reaccionario. El movimiento koljosiano debe descansar sobre el apoyo activo que le presten las grandes masas campesinas. No es posible tampoco trasplantar mecánicamente los esquemas de la organización koljosiana de las regiones desarrolladas a las regiones que aún no lo están. Esto sería estúpido y reaccionario. Esta «política» echaría por tierra de un manotazo la idea de la colectivización. Hay que tener en cuenta minuciosamente la diversidad de condiciones existentes en las diferentes regiones de la U.R.S.S., para determinar el ritmo y los métodos de la organización de koljoses.

Las regiones que marchan a la cabeza del movimiento koljosiano en nuestro país son las regiones cerealistas. ¿Por qué? En primer lugar, porque en estas regiones existe una cantidad mayor de sovjoses y koljoses ya afianzados, que permitieron a los campesinos convencerse prácticamente de la fuerza y la importancia de la nueva técnica, de la fuerza y la importancia de la nueva organización, de la organización colectiva de la economía. En segundo lugar, porque estas regiones han pasado ya por la escuela de dos años de lucha contra los kulaks, en los tiempos de la campaña de acopio de cereales, cosa que necesariamente allanó el

camino al movimiento koljosiano. Y, finalmente, porque estas regiones se han visto dotadas en grandes proporciones, durante estos últimos años, de los mejores cuadros de los centros industriales.

¿Cabe afirmar que estas condiciones especialmente favorables se dan también en otras regiones, por ejemplo, en las regiones consumidoras por el estilo de nuestras regiones del Norte, o en las regiones de nacionalidades todavía atrasadas, por ejemplo, en el Turquestán?

No, no cabe afirmar esto.

Es evidente que el principio de atención a la diversidad de condiciones existentes en las diferentes regiones de la U.R.S.S., a la par con el principio del carácter voluntario, constituye una de las premisas más importantes para un movimiento koljosiano sólido.

¿Y qué ocurre, a veces, en la práctica? ¿Puede decirse que el principio de la voluntariedad y de la atención a las particularidades locales no se infrinja, en una serie de regiones? No, no puede decirse esto, por desgracia. Es sabido, por ejemplo, que en una serie de distritos norteños de la zona consumidora, donde las condiciones favorables para proceder a la organización inmediata de los koljoses son relativamente menores que en los distritos cerealistas, se tiende con frecuencia a *suplantar* la labor preparatoria de organización de los koljoses por decretos burocráticos imponiendo la colectivización, por acuerdos sobre el papel acerca del desarrollo de los koljoses, por la organización de koljoses sobre el papel, koljoses que no existen aún en la realidad, pero acerca de cuya «existencia» hay puñados de jactanciosas resoluciones. O fijémonos en algunos distritos del Turquestán, donde las condiciones favorables para proceder a la organización inmediata de koljoses son todavía menores que en las regiones norteñas de la zona consumidora. Es sabido que en una serie de distritos del Turquestán se han hecho ya intentos para «alcanzar y sobrepasar» a las regiones adelantadas de la U.R.S.S., amenazando con emplear la fuerza militar y con privar de agua para el riego y de artículos industriales a aquellos campesinos que no quieren todavía entrar en los koljoses.

¿Qué puede haber de común entre esta «política» propia del sargento Prishibéiev (*) y la política del Partido, que se basa en el carácter voluntario del movimiento koljosiano y en la atención a las particularidades locales, para la organización de koljoses? Es evidente que entre ellas no hay nada ni puede haber nada de común.

¿A quién pueden favorecer esas deformaciones, esas imposiciones burocráticas por decreto del movimiento koljosiano, esas amenazas indignas contra los campesinos? ¡A nadie más que a nuestros enemigos!

¿A qué pueden conducir esas deformaciones? A fortalecer a nuestros enemigos y a desacreditar la idea del movimiento koljosiano.

(*) «Sargento Prishibéiev»: tipo de militar bruto, guardián inoportuno del orden y de las costumbres públicas, descrito por A. Chéjov en su narración titulada «El sargento Prishibéiev». *(N. del T.)*

¿No es evidente que los autores de esas deformaciones, que se creen unos «izquierdistas», lo que hacen, en realidad, es llevar agua a los molinos del oportunismo derechista?

2. Uno de los mayores méritos de la estrategia política de nuestro Partido consiste en saber encontrar, en cada momento dado, el *eslabón fundamental* del movimiento, del que hay que tirar para hacer marchar toda la cadena hacia un solo objetivo y lograr, de este modo, resolver el problema planteado. ¿Puede decirse que el Partido ha sabido encontrar ya el eslabón fundamental del movimiento koljosiano en el sistema de la organización de koljoses? Sí, puede y debe decirse.

¿Cuál es este eslabón fundamental?

¿Es, tal vez, *la asociación para el cultivo en común* de la tierra? No, no es eso. Las asociaciones para el cultivo en común de la tierra, en las que no están aún socializados los medios de producción, representan ya una fase superada del movimiento koljosiano.

¿Es, tal vez, la *comuna agrícola?* No, no es la comuna. Esta representa todavía, por el momento, un fenómeno aislado dentro del movimiento koljosiano. Aún no han madurado las condiciones necesarias para las comunas agrícolas, como forma *predominante*, entendiendo por comuna aquel sistema en que se colectiviza no sólo toda la producción, sino también la distribución.

El eslabón fundamental del movimiento koljosiano, su forma *predominante*, en este momento dado, en la que hay que apoyarse actualmente, es el *artel agrícola.*

En el *artel agrícola* se colectivizan los medios más importantes de producción, principalmente en el cultivo de cereales: el trabajo, el disfrute de la tierra, las máquinas y los aperos de labranza, el ganado de labor y las construcciones necesarias para la explotación. En él *no se colectivizan* los huertos de legumbres y de frutales, la casa-vivienda, una determinada parte del ganado lechero, el ganado menor, las aves domésticas, etc. El artel es el *eslabón fundamental del movimiento koljosiano*, porque es la forma más adecuada para la solución del problema de los cereales. Y el problema de los cereales es el *eslabón fundamental en el sistema de toda la agricultura*, porque sin resolver este problema sería imposible resolver ni el problema de la ganadería (tanto el de la pequeña como el de la gran ganadería) ni el problema de los cultivos técnicos y especiales, que producen las materias primas fundamentales para la industria. He ahí por qué el artel agrícola es, en este momento dado, el eslabón fundamental de todo el sistema del movimiento koljosiano.

De esta consideración parte el «Estatuto-modelo» de los koljoses, cuyo texto definitivo se publica hoy (*).

(*) En «Pravda» del 2 de marzo de 1930.

Y de esta consideración deben partir también nuestros militantes del Partido y de los Soviets, uno de cuyos deberes consiste en asimilarse sustancialmente este Estatuto y llevarlo a la práctica en su integridad.

Tal es la posición del Partido en este momento.

¿Cabe afirmar que esta posición del Partido se lleve a la práctica sin infracciones ni tergiversaciones? No, no se puede afirmar esto, por desgracia. Es sabido que en una serie de distritos de la U.R.S.S., donde la lucha por la existencia de los koljoses dista todavía mucho de estar terminada y donde los arteles no están aún afianzados, se hacen intentos para salirse del marco del artel y saltar de golpe a la comuna agrícola. Y, sin que los arteles estén afianzados, se procede a «socializar» las viviendas de los campesinos, el ganado lechero y las aves domésticas, «socialización» que, por lo demás, degenera en una serie de decretos burocráticos sobre el papel, puesto que no se dan aún las condiciones que la hacen necesaria. Parece como si estuviera ya resuelto en los koljoses el problema de los cereales, como si este problema fuese ya una fase superada, como si la tarea fundamental de los momentos actuales no fuese la solución del problema cerealista, sino la solución del problema de la ganadería y de las aves. ¿A quién favorece esa «labor» atolondrada, que consiste en involucrar las diversas formas del movimiento koljosiano? ¿A quién puede servir esa estúpida y dañosa precipitación? ¿Acaso no es evidente que irritar al campesino koljosiano con la «socialización» de su vivienda, de todo el ganado lechero, de todo el ganado menor y de las aves domésticas, cuando aún *no está resuelto* el problema de los cereales y cuando la forma koljosiana de artel *no está afianzada* aún; acaso no es evidente que semejante «política» sólo puede servir y favorecer a nuestros peores enemigos? Uno de estos celosos «socializadores» ha llegado incluso a dar una orden a los arteles prescribiendo «inventariar en el plazo de tres días todas las aves domésticas de cada campesino», creando el cargo de «inspectores» especiales para este inventario y control, con la misión de «ocupar los puestos de mando en los arteles», de «dirigir el combate socialista, sin abandonar su puesto», y—¡naturalmente!—de meter a todo el artel en un puño. ¿Qué política es ésta: una política de dirección de los koljoses o una política de *descomposición* y *descrédito* de ellos? ¡Y no hablemos de esos—con perdón sea dicho—«revolucionarios» que *comienzan* a organizar los arteles quitando las campanas de las iglesias! Quitar las campanas de las iglesias: ¿habéis visto nunca mayores rrrevolucionarios?

¿Cómo han podido surgir entre nosotros esos ensayos atolondrados de «socialización», esos intentos ridículos de atropellarse a uno mismo, intentos cuya finalidad es eludir las clases y la lucha de clases, pero en realidad lo que hacen es servir a nuestros enemigos de clase? Estos ensayos sólo podían surgir dentro del ambiente de nuestros «fáciles» e «inesperados» éxitos en el frente de la organización de koljoses. Sólo podían surgir como resultado del vértigo que se ha producido en las

filas de un sector del Partido: «¡Nada se nos resiste!», «¡Podemos reírnos de todo!» Sólo podían surgir como resultado de que algunos de nuestros camaradas han perdido la cabeza ante los éxitos y se les ha empañado, por un momento, el sentido común y la claridad de visión.

Para corregir la línea de nuestro trabajo en lo que se refiere al movimiento koljosiano, *es necesario poner fin a este estado de espíritu.*

En esto reside ahora una de las tareas más urgentes de nuestro Partido.

El arte de dirigir es una empresa seria. No hay que quedarse rezagado en el movimiento, pues quedarse rezagado significa perder el contacto con las masas. Pero tampoco hay que adelantarse, pues adelantarse significa perder la unión con las masas. El que quiera dirigir un movimiento y mantener al mismo tiempo el contacto con las masas de millones de hombres, deberá luchar en los dos frentes: contra los que se rezagan y contra los que se adelantan.

Nuestro Partido es fuerte e invencible porque, dirigiendo el movimiento, sabe mantener y multiplicar sus vínculos con las masas de millones de obreros y campesinos.

«Pravda», núm. 60,
2 marzo 1930.

RESPUESTA A LOS CAMARADAS KOLJOSIANOS

Por la prensa se sabe que el artículo de Stalin titulado «Los éxitos se nos suben a la cabeza» y la conocida decisión del Comité Central «Sobre la lucha contra las infracciones de la línea del Partido en el movimiento koljosiano» han tenido una gran repercusión entre los prácticos de este movimiento. En relación con esto, he recibido durante estos días una serie de cartas de camaradas koljosianos, en las que me piden que conteste a las preguntas formuladas en ellas. Mi deber hubiera sido contestar estas cartas por vía privada. Pero esto resultaba imposible, pues más de la mitad de estas cartas vienen sin las señas de los que las firman (se han olvidado de indicar la dirección). Además, las preguntas formuladas en estas cartas encierran un enorme interés político para todos nuestros camaradas. Aparte de esto, es evidente que yo no podía dejar sin respuesta a aquellos camaradas que se han olvidado de indicar sus señas. Por todas estas razones, me veo en la necesidad de contestar públicamente, es decir, por medio de la prensa, a las cartas de los camaradas koljosianos, tomando de ellas todas las preguntas importantes a este respecto. He seguido este camino con tanta mayor satisfacción cuanto que así lo ha acordado el Comité Central.

Primera pregunta.—¿Dónde está *la raíz* de los errores que se cometen en cuanto a la cuestión campesina?

Respuesta.—En la equivocada actitud ante el campesino medio. En el hecho de consentir el empleo de la violencia en cuanto a las relaciones económicas con el campesino medio. En el hecho de olvidar que la alianza económica con las masas campesinas medias no puede basarse en medidas de violencia, sino en el acuerdo con los campesinos medios, en la alianza con ellos. En el hecho de olvidar que la base del movimiento koljosiano, en el momento actual, es la alianza de la clase obrera y de los campesinos pobres con los campesinos medios, contra el capitalismo en general y contra los kulaks en particular.

Mientras la ofensiva se libraba contra los kulaks en frente único con los campesinos medios, todo marchaba bien. Pero cuando algunos de nuestros camaradas, embriagados por los éxitos, comenzaron a pasar insensiblemente de la senda de la ofensiva contra los kulaks a la senda de la lucha contra el campesino medio, y cuando, en su celo por con-

seguir un hinchado porcentaje de colectivización, comenzaron a aplicar medidas de violencia contra el campesino medio, privándole de los derechos electorales, «deskulakizándolo» y expropiándolo, la ofensiva empezó a deformarse, el frente único con el campesino medio empezó a quebrantarse, y, como es natural, el kulak obtuvo la posibilidad de volver a levantar cabeza.

Se olvidaba que la violencia es necesaria y beneficiosa en la lucha contra nuestros enemigos de clase, pero inadmisible y funesta respecto al campesino medio, que es nuestro aliado.

Se olvidaba que las cargas de caballería, necesarias y beneficiosas para resolver problemas de carácter militar, son perjudiciales y funestas para resolver los problemas de la organización de koljoses, organización que, además, requiere la alianza con los campesinos medios.

En esto reside la raíz de los errores que se han cometido en la cuestión campesina.

He aquí lo que dice Lenin refiriéndose a las relaciones económicas con el campesino medio:

«Debemos, ante todo, tomar como base la verdad de que aquí no es posible de modo alguno, por la misma naturaleza del asunto, conseguir algo con los métodos de la violencia. Aquí, la tarea económica se plantea de un modo completamente distinto. Aquí no se trata de esa cúspide que es posible derribar dejando en pie todos los cimientos, todo el edificio. Aquí no existe esa cúspide que eran los capitalistas de la ciudad. *Aquí, el actuar por medio de la violencia significa echarlo todo a perder... No hay nada más necio que la idea misma de la violencia en lo que se refiere a las relaciones económicas del campesino medio*» (*Lenin*, t. XXIV, pag. 168, discurso pronunciado en el VIII Congreso del P.C.(b) de Rusia «Sobre el trabajo en el campo»).

Y además:

«*La violencia respecto al campesino medio es perjudicial en grado sumo.* Se trata de una capa social numerosísima, de muchos millones de hombres. Incluso en Europa, donde jamás ha alcanzado tanta fuerza, donde se hallan desarrolladas en proporciones gigantescas la técnica y la cultura, la vida urbana y los ferrocarriles, y donde hubiera sido mucho más fácil pensar en esto, ni uno solo de los socialistas más revolucionarios ha llegado jamás a proponer la aplicación de medidas de violencia contra los campesinos medios» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 167).

Creo que está claro.

Segunda pregunta.—¿Cuáles son los principales errores que se cometen en el movimiento koljosiano?

Respuesta.—Estos errores son, por lo menos, tres.

1) Infringir el principio leninista de la voluntariedad en la organización de koljoses. Infringir las instrucciones fundamentales del Partido y el Estatuto-modelo del artel agrícola sobre el carácter voluntario de la organización de koljoses.

El leninismo enseña que a los campesinos hay que atraerlos a los cauces de la economía colectiva por la vía voluntaria, convenciéndoles de las ventajas de la economía social, colectiva, sobre la economía indi-

vidual. El leninismo enseña que sólo se puede convencer a los campesinos de las ventajas de la economía colectiva siempre y cuando que se les *enseñe* y se les *demuestre* en la práctica, sobre la experiencia, que los koljoses son mejores que las economías individuales, que son más beneficiosos que las explotaciones individuales, que ofrecen a los campesinos, a los campesinos pobres y a los campesinos medios, una salida para librarse de la penuria y de la miseria. El leninismo enseña que, si no se observan estas condiciones, los koljoses no podrán ser jamás organizaciones sólidas. El leninismo enseña que todo intento de imponer por la fuerza el régimen koljosiano, que todo intento de implantar koljoses por medio de la coacción, sólo puede dar resultados negativos, sólo puede hacer que los campesinos aborrezcan el movimiento koljosiano.

En efecto, mientras se observó esta norma fundamental, el movimiento koljosiano consiguió un éxito tras otro. Pero algunos de nuestros camaradas, embriagados por los éxitos, comenzaron a despreciar esta norma, comenzaron a dar pruebas de una precipitación extraordinaria y, en su celo por lograr un elevado porcentaje de colectivización, comenzaron a implantar koljoses por medio de la coacción. Y no tiene nada de sorprendente que los resultados negativos de esta «política» no se hiciesen esperar mucho tiempo. Aquellos koljoses creados aprisa y corriendo se desmoronaban con la misma rapidez con que se habían formado, y una parte de los campesinos, que el día antes cifraban en los koljoses una confianza inmensa, comenzaban a apartarse de ellos.

Tal es el primero y más importante error cometido en el movimiento koljosiano.

He aquí lo que dice Lenin, refiriéndose al carácter voluntario de la organización de koljoses:

«Ahora, nuestra misión es pasar al cultivo *colectivo* de la tierra, pasar a la *gran* economía colectiva. Pero el Poder Soviético no puede emplear aquí ningún género de coacción; ninguna ley puede obligar a esto. Las *comunas* agrícolas se crean *voluntariamente* y el paso al *cultivo colectivo* de la tierra sólo puede ser *voluntario*, sin que en este punto el Gobierno obrero y campesino pueda emplear, ni la ley pueda consentir, la más pequeña coacción. Si alguno de vosotros observase coacciones de esta especie, debe saber que se trata de abusos, que se trata de infracciones de la ley, que nosotros nos esforzaremos en corregir y rectificaremos por todos los medios» (*) (*Lenin*, t. XXIV, pág. 43, respuesta a las notas dirigidas a Lenin en las sesiones del I Congreso de los obreros agrícolas de la región de Petrogrado, el 13 de marzo de 1919).

Y más adelante:

«Solamente si se consigue *hacer ver* prácticamente a los campesinos las ventajas del cultivo agrícola social, en forma de cooperativas y arteles; solamente si se logra ayudar al campesino por medio del régimen cooperativo del artel; sólo entonces la clase obrera, que tiene en sus manos el Poder del Estado, demostrará

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

realmente al campesino su razón y atraerá realmente a su lado de un modo sólido y auténtico a la masa de millones y millones de campesinos. Por eso, no se puede exagerar la importancia de ninguna clase de medidas que tienden a favorecer la agricultura cooperativa y de artel. Tenemos millones de explotaciones aisladas, desperdigadas, perdidas en el aislamiento de los campos... Sólo cuando *se demuestre prácticamente, sobre la experiencia,* de un modo que lo comprendan los campesinos, que el paso a la agricultura cooperativa y de artel es necesario y posible, sólo entonces tendremos razón para decir que hemos dado un paso serio por la senda de la agricultura socialista en un país campesino tan inmenso como Rusia» (*) (*Lenin*, t. XXIV, pág. 579-580, discurso pronunciado en el I Congreso de las comunas rurales y de los arteles agrícolas).

Y, finalmente, he aquí otro pasaje de las obras de Lenin:

«Estimulando toda clase de cooperación, al igual que las comunas agrícolas de campesinos medios, los representantes del Poder Soviético no deben consentir *ni la más pequeña coacción* para la creación de esas comunas. Sólo son verdaderamente valiosas aquellas asociaciones organizadas por los mismos campesinos por acuerdo voluntario y libre entre ellos y cuyas ventajas han sido comprobadas por ellos en la práctica. *El exceso de precipitación, en esto, es perjudicial*, pues lo único que se consigue con eso es reforzar los prejuicios del campesino medio contra toda innovación. A aquellos representantes del Poder Soviético que se permitan emplear la coacción, no sólo directa, sino aunque sólo sea indirecta para asociar a los campesinos en comunas, se les deben exigir las más severas responsabilidades y alejarlos del trabajo en el campo» (*) (*Lenin*, t. XXIV, pág. 174, Resolución del VIII Congreso del P.C.(b) de Rusia «Sobre la actitud ante el campesino medio»).

Creo que está claro.

Huelga decir que el Partido llevará a cabo con todo rigor estas indicaciones de Lenin.

2) Infringir el principio leninista que consiste en tener en cuenta, para la organización de koljoses, la diversidad de condiciones existentes en las diferentes regiones de la U.R.S.S.; olvidar que en la U.R.S.S. existen las más diversas regiones, con un régimen económico distinto y con diferente nivel de cultura; olvidar que entre estas regiones hay regiones adelantadas, regiones medias y regiones atrasadas; olvidar que el ritmo del movimiento koljosiano y los métodos de organización de koljoses *no pueden ser los mismos* para todas estas regiones, que distan mucho de ser iguales.

«Sería un error—dice Lenin—empezar a dar decretos para todas las localidades de Rusia con arreglo a un patrón; que los comunistas bolcheviques, los militantes soviéticos de Ucrania y del Don, pretendiesen hacerlos extensivos, sin selección alguna, en bloque, a las demás regiones»..., pues «nosotros no nos sujetamos en modo alguno a patrones fijos, ni decidimos de una vez para siempre que nuestra experiencia, la experiencia de la Rusia Central, puede ser aplicada íntegramente a toda la periferia» (*Lenin*, t. XXIV, págs. 125-126, informe del C.C. en el VIII Congreso del P.C.(b) de Rusia).

Lenin dice también que

«querer sujetar a un patrón, medir por el mismo rasero a la Rusia Central, a Ucrania y a Siberia, sería la mayor de las necedades» (*Lenin*, t. XXVI, pág. 243,

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

discurso pronunciado en el X Congreso del P.C.(b) de Rusia «Sobre el impuesto en especie»).

Finalmente, Lenin exhorta a los comunistas del Cáucaso a que

«comprendan *la peculiaridad de su situación, de la situación de sus Repúblicas, a diferencia de la situación y de las condiciones de la R.S.F.S.R., que comprendan la necesidad no de copiar nuestra táctica, sino de modificarla después de profunda reflexión y de acuerdo con la diversidad de las condiciones concretas*» (*Lenin*, t. XXVI, pág. 191, «A los camaradas comunistas de Azerbaidzhán, Georgia, Armenia, Daguestán y de la República de los Gortsi»).

Creo que está claro.

Tomando como base estas indicaciones de Lenin, el Comité Central de nuestro Partido, en su decisión «Sobre el ritmo de la colectivización» (v. «Pravda» del 6 de enero de 1930), ha dividido las regiones de la U.R.S.S., desde el punto de vista del ritmo de colectivización, en tres grupos, de los cuales el Cáucaso Septentrional, el Volga Central y el Bajo Volga pueden, en líneas generales, poner fin a la colectivización en la primavera de 1931; las demás regiones cerealistas (Ucrania, la región central de las Tierras Negras, Siberia, los Urales, Kasajstán, etc.) podrán poner término a ella, fundamentalmente, en la primavera de 1932, y las regiones restantes podrán alargar la colectivización hasta que termine el Plan quinquenal, o sea hasta 1933.

Creo que esto es fácilmente comprensible.

Pero ¿qué sucedía en la práctica? Sucedía que algunos de nuestros camaradas, embriagados por los primeros éxitos del movimiento koljosiano, se olvidaban alegremente de las indicaciones de Lenin y de la decisión del Comité Central. La región de Moscú, en su celo febril por conseguir cifras hinchadas de colectivización, comenzó a orientar a sus militantes en el sentido de terminar la colectivización en la primavera de 1930, a pesar de tener por delante no menos de tres años (hasta fines de 1932). La región central de las Tierras Negras, no queriendo «ser menos que los otros», comenzó a oriental a sus militantes en el sentido de poner fin a la colectivización en la primera mitad de 1930, a pesar de disponer de no menos de dos años (hasta fines de 1931). Y los transcaucasianos y los turquestanos, en su celo por «alcanzar y sobrepasar» a las regiones más adelantadas, comenzaron a orientarse en el sentido de terminar la colectivización en «plazo brevísimo», a pesar de tener por delante *cuatro* años enteros (hasta fines de 1933). Y como es lógico, ante este «ritmo» precipitado de colectivización, las regiones menos preparadas para el movimiento koljosiano, en su celo por «sobrepasar» a las regiones más preparadas, se vieron precisadas a poner en marcha una fuerte presión administrativa, intentando compensar los factores de que se carecía para un ritmo tan rápido del movimiento koljosiano con el propio ardor administrativo. Los resultados son conocidos de todos. Todos conocen el embrollo que se armó en estas regiones y que fué necesario deshacer mediante la intervención del Comité Central.

Tal es el segundo error cometido en el movimiento koljosiano.

3) Infringir en la organización de koljoses el principio leninista según el cual es inadmisible saltar por encima de una forma del movimiento no acabada. Infringir el principio leninista según el cual no hay que anticiparse al desarrollo de las masas, no hay que imponer por decreto los movimientos de masas, no hay que desligarse de las masas, sino avanzar en unión de ellas e impulsándolas, atrayéndolas a nuestras consignas y facilitándoles las posibilidades de convencerse, por su propia experiencia, de la verdad de nuestras consignas.

«Cuando el proletariado y los soldados de la guarnición de Petrogrado tomaron el Poder —dice Lenin—, sabían perfectamente que, para construir en el campo, tropezarían con mayores dificultades; que aquí habría que proceder más paulatinamente; que el *intentar implantar aquí, por medio de decretos* y por medio de leyes, el *cultivo colectivo de la tierra*, sería *la mayor de las necedades;* que por este camino podría marchar un puñado insignificante de campesinos conscientes, pero que la inmensa mayoría de los campesinos no se planteaban este objetivo. Por eso nosotros nos limitamos a lo que era absolutamente necesario hacer en interés del desarrollo de la revolución: *no adelantarnos* en modo alguno *al desarrollo de las masas*, sino aguardar a que éstas, con su misma experiencia y su misma lucha, impulsasen el movimiento» (*) (*Lenin*, t. XXIII, pág. 252, discurso pronunciado en el VI Congreso extraordinario de los Soviets de toda Rusia, el 6 de noviembre de 1918, con motivo del aniversario de la Revolución).

Partiendo de estas indicaciones de Lenin, el Comité Central, en su conocida decisión «Sobre el ritmo de la colectivización» (v. «Pravda» del 6 de enero de 1930), ha reconocido: a) que la forma fundamental del movimiento koljosiano, en el momento actual, es el artel agrícola; b) que era necesario, en vista de esto, redactar un Estatuto-modelo del artel agrícola, como forma fundamental del movimiento koljosiano; c) que no es posible tolerar, en nuestra actuación práctica, que el movimiento koljosiano «se decrete» desde arriba, ni que «se juege a la colectivización».

Esto significa que, en el momento actual, debemos marchar rumbo no a la comuna, sino al artel agrícola, como forma fundamental de organización de koljoses, que no es posible tolerar que se salte por encima del artel agrícola para ir hacia la comuna y que no es posible tampoco suplantar el movimiento de masas de los campesinos hacia los koljoses con «decretos», implantando koljoses o «jugando a los koljoses».

Creo que está claro.

Pero ¿qué sucedía en la realidad? Sucedía que algunos de nuestros camaradas, embriagados por los primeros éxitos del movimiento koljosiano, se olvidaban alegremente de las indicaciones de Lenin y de la decisión del Comité Central. En vez de organizar un movimiento de masas para la creación de arteles agrícolas, estos camaradas comenzaban a encauzar directamente a los campesinos individuales hacia el régimen de la comuna. En vez de afianzar los arteles, como forma del movimiento,

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

comenzaban a «socializar» por la coacción el ganado menor, las aves, el ganado lechero doméstico y las viviendas. Los resultados de esta precipitación, inadmisible para un leninista, están a la vista de todos. Como regla general, no se han creado, naturalmente, comunas estables. Pero, en cambio, se ha dejado hundirse una serie de arteles agrícolas. Es cierto que quedan en pie una serie de «magníficas» resoluciones. Pero ¿para qué sirven?

Tal es el tercer error que se ha cometido en el movimiento koljosiano.

Tercera pregunta.—¿Cómo han podido surgir estos errores y cómo puede el Partido corregirlos?

Respuesta.—Estos errores han surgido sobre la base de nuestros rápidos éxitos en el movimiento koljosiano. A veces los éxitos se suben a la cabeza y engendran una fanfarronería y una presunción exageradas. Esto puede acontecerles fácilmente a los representantes del partido que está en el Poder. Sobre todo cuando se trata de un partido como el nuestro, cuya fuerza y cuya autoridad son casi ilimitadas. Aquí, son perfectamente posibles estos hechos de fatuidad comunista contra los que luchaba implacablemente Lenin. Aquí, es perfectamente posible la fe en la omnipotencia de los decretos, de las órdenes y de las resoluciones. Aquí, es perfectamente real el peligro de que las medidas revolucionarias del Partido pasen a ser en algunos lugares de nuestro inmenso país decretos vacuos y burocráticos, en manos de unos cuantos representantes del Partido. Y al decir esto no me refiero solamente a los militantes locales, sino también a algunos miembros de Comités regionales y hasta a ciertos miembros del Comité Central.

«La presunción comunista—dice Lenin—significa que una persona que está en el Partido Comunista y no ha sido todavía eliminada de él, cree que puede resolver todos los problemas a fuerza de decretos comunistas» (*Lenin*, t. XXVII, págs. 50-51, «La nueva política económica y las tareas de los órganos de instrucción política»).

Tal es el terreno en el que han brotado esos errores cometidos en el movimiento koljosiano, errores que han quebrantado la línea del Partido en cuanto a la organización de koljoses.

¿Cuál es el peligro que encierran estos errores e infracciones, si continúan desarrollándose, si no se liquidan rápidamente y sin dejar rastro?

El peligro consiste en que estos errores lleven directamente al descrédito del movimiento koljosiano, a la ruptura con los campesinos medios, a la desorganización de los campesinos pobres, a la confusión dentro de nuestras filas, a la debilitación de toda nuestra construcción socialista y a la restauración del kulak. Dicho en pocas palabras, estos errores tienden a desviarnos del camino del afianzamiento de la alianza con las grandes masas campesinas, del camino del afianzamiento de la dictadura del proletariado, llevándonos al camino de la ruptura con dichas masas, al camino del socavamiento de la dictadura proletaria.

Este peligro comenzó ya a manifestarse en la segunda mitad de febrero, en el mismo momento en que una parte de nuestros camaradas, fascinada por los éxitos anteriores, se desvió al galope de la senda leninista. El Comité Central del Partido apreció la importancia de este peligro y, tomando cartas en el asunto sin tardanza, encargó a Stalin de salir al paso de esos camaradas desbocados, con un artículo especial sobre el movimiento koljosiano. Hay quien piensa que el artículo titulado «Los éxitos se nos suben a la cabeza» es el fruto de la iniciativa personal de Stalin. Esto, naturalmente, es una tontería. Si en nuestro Partido existe un Comité Central, no es para permitir que, en asuntos como éstos, nadie, sea quien fuere, actúe en forma personal. No; esto era un sondeo a fondo del Comité Central. Y, después de poner en claro la profundidad y las proporciones de los errores cometidos, el Comité Central se apresuró a descargar sobre estos errores todo el peso de su autoridad, publicando su importante decisión de 15 de marzo de 1930.

Es difícil detener a tiempo, en su furiosa carrera, y volver al buen camino, a quienes a todo trance se precipitan hacia el abismo. Pero nuestro C.C. se llama precisamente Comité Central del Partido leninista porque es capaz de vencer dificultades mayores que éstas. Y las ha vencido ya, en su parte fundamental.

Es difícil, en casos como éste, que destacamentos enteros del Partido detengan su marcha, que vuelvan a tiempo al buen camino y rehagan sus filas sobre la marcha. Pero nuestro Partido se llama precisamente el Partido de Lenin, porque tiene la flexibilidad necesaria para vencer este género de dificultades. Y las ha vencido ya, en su parte fundamental.

Lo más importante, aquí, es tener la valentía de reconocer sus errores y la fuerza necesaria para liquidarlos lo antes posible. El miedo a reconocer los errores propios, después de dejarse fascinar por éxitos fugaces, el miedo a la autocrítica, el no querer corregir rápida y resueltamente sus errores: he ahí la principal dificultad. Pero vale la pena de vencer esta dificultad, vale la pena de echar por tierra los hinchados castillos de crifras y el maximalismo oficinesco-burocrático, vale la pena de centrar nuestra atención en las tareas organizativo-económicas de la creación de koljoses, a fin de conseguir que no quede ni rastro de esos errores. Y no hay razón para dudar de que el Partido ha logrado ya, en lo fundamental, vencer esta peligrosa dificultad.

«Todos los partidos revolucionarios—dice Lenin—que se han hundido hasta ahora, se han hundido por *presunción*, por no saber apreciar dónde residía su fuerza *y por miedo a hablar de sus debilidades*. Pero nosotros no nos hundiremos, porque no tenemos miedo a hablar de nuestras debilidades y aprenderemos a vencerlas» (*) (*Lenin*, t. XXVII, págs. 260-261, palabras de clausura del informe político del C.C. en el XI Congreso del P.C.(b) de Rusia).

Estas palabras de Lenin no deben olvidarse nunca.

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

Cuarta pregunta.—La lucha contra estas infracciones ¿no supone que el Partido dé marcha atrás, que retroceda?

Respuesta.—¡Naturalmente que no! Sólo pueden hablar de retroceso, aquí, quienes consideren la persistencia en los errores y en las infracciones como un avance y la lucha contra los errores como un retroceso. ¡Bonito «avance» ese avance que consiste en acumular errores e infracciones!

Hemos destacado el artel agrícola como forma fundamental del movimiento koljosiano en el momento actual, estableciendo un Estatuto-modelo congruente, como norma directiva para los que trabajan en la organización de koljoses. ¿Acaso retrocedemos de estas posiciones? ¡Naturalmente que no!

Hemos destacado la necesidad de llegar, en el terreno de la producción, a una firme alianza de la clase obrera y los campesinos pobres con los campesinos medios, como base del movimiento koljosiano en el momento actual. ¿Acaso retrocedemos de estas posiciones? ¡Naturalmente que no!

Hemos destacado la consigna de la liquidación de los kulaks como clase como consigna fundamental de nuestra labor práctica en el campo, en el momento actual. ¿Acaso retrocedemos de estas posiciones? ¡Naturalmente que no!

Ya en enero de 1930, fijamos un determinado ritmo para la colectivización de la agricultura de la U.R.S.S., dividiendo las regiones del País Soviético en determinados grupos y estableciendo un ritmo especial para cada uno de ellos. ¿Acaso retrocedemos de estas posiciones? ¡Naturalmente que no!

¿Dónde está, entonces, el «retroceso» del Partido?

Queremos que los que han incurrido en errores e infracciones los rectifiquen y los corrijan. Queremos que los atolondrados dejen su atolondramiento, para volver a las posiciones leninistas. Queremos esto, pues sólo bajo esta condición podremos proseguir una *verdadera* ofensiva contra nuestros enemigos de clase. ¿Quiere esto decir que demos marcha atrás? ¡Naturalmente que no! Esto quiere decir, pura y simplemente, que queremos mantener una ofensiva *verdadera* y no jugar atolondradamente a la ofensiva.

¿No es evidente que sólo las gentes desorientadas, los deformadores «izquierdistas» pueden considerar esta posición del Partido como un retroceso?

Esos que charlan de retrocesos no comprenden, por lo menos, dos cosas:

1) No conocen las leyes de la ofensiva. No comprenden que una ofensiva *sin afianzar* las posiciones conquistadas es una ofensiva condenada al fracaso. ¿Cuándo puede tener éxito una ofensiva, en el terreno de la guerra, por ejemplo? Cuando la fuerza no se limita a avanzar a tontas y a locas, sino que, al mismo tiempo que avanza, se esfuerza por

fortificar las posiciones conquistadas, por *reagrupar* sus fuerzas con arreglo a la nueva situación, por *aproximar* los servicios, por *acercar* las reservas. ¿Para qué es necesario todo esto? Para asegurarse contra lo imprevisto, para acabar con las brechas sueltas a que está expuesta toda ofensiva y para preparar, de este modo, el aplastamiento total del enemigo. El error de las tropas polacas, en 1920—fijándonos solamente en el aspecto militar de la cuestión—, consistió precisamente en haber desdeñado esta norma. Y así se explica, aparte de otras razones, que después de avanzar rápidamente hasta Kíev, se viesen obligadas a retroceder con la misma rapidez hasta Varsovia. Y el error de las tropas soviéticas en 1920—fijándonos también solamente en el aspecto militar de la cuestión—, consistió en que, en su ofensiva sobre Varsovia, repitieron el error de los polacos.

Otro tanto cabe decir en lo que se refiere a las leyes de la ofensiva en el frente de la lucha de clases. No es posible desarrollar con éxito una ofensiva encaminada a la liquidación del enemigo de clase *sin fortificar* las posiciones conquistadas, *sin reagrupar* las fuerzas, sin dotar el frente de *reservas*, sin acercar los *servicios*, etc.

Lo que ocurre es que los atolondrados no comprenden las leyes de la ofensiva. Pero el Partido sí las comprende y las pone en práctica.

2) No comprenden el carácter de clase de la ofensiva. Chillan acerca de la ofensiva. Pero ¿ofensiva contra *qué* clase y en alianza con *cuál?* Nuestra ofensiva va, en alianza con los campesinos medios, contra los elementos capitalistas del campo, pues sólo esta ofensiva puede darnos la victoria. Pero ¿qué ocurre si, en el calor de su carrera desenfrenada, ciertos destacamentos del Partido comienzan a desviar de su verdadero camino la ofensiva y a volver los tiros contra nuestro aliado, contra el campesino medio? La ofensiva que nosotros necesitamos no es una ofensiva *cualquiera*, sino una ofensiva contra una determinada clase y en alianza con otra clase determinada. También Don Quijote creía que atacaba a sus enemigos cuando se lanzaba contra los molinos de viento, y ya sabemos cómo se rompió la cabeza en esta ofensiva, si podemos llamarla así.

Al parecer, nuestros deformadores «izquierdistas» sienten envidia de los laureles de Don Quijote.

Quinta pregunta.—¿Cuál es nuestro mayor peligro, el de derecha o el de «izquierda»?

Respuesta.—Nuestro mayor peligro es el de derecha. El peligro de derecha era y sigue siendo el más importante.

¿No contradice esta afirmación a la conocida tesis de la decisión del Comité Central, de fecha 15 de marzo de 1930, según la cual los errores y las infracciones de los deformadores «izquierdistas» son, ahora, el principal freno del movimiento koljosiano? No; no la contradice. Los errores de los deformadores «izquierdistas», en lo que se refiere al movimiento koljosiano, son de tal naturaleza, que crean las condiciones

favorables para que se refuerce y fortalezca la desviación derechista dentro del Partido. ¿Por qué? Porque estos errores presentan la línea del Partido en un sentido inverso; es decir, porque facilitan la obra de desacreditar al Partido y, por tanto, facilitan la lucha de los elementos derechistas contra la dirección del Partido. El descrédito de la dirección del Partido es precisamente el terreno elemental en el cual—y sólo en él—puede desenvolverse la lucha de los desviacionistas de derecha contra el Partido. Y este terreno se lo ofrecen a los desviacionistas de derecha los deformadores «izquierdistas», sus errores e infracciones. Por eso, para luchar con éxito contra los oportunistas de derecha, hay que vencer los errores de los oportunistas de «izquierda». Los deformadores «izquierdistas» son, objetivamente, aliados de los desviacionistas de derecha.

Tal es el enlace peculiar que media entre el oportunismo de «izquierda» y el desviacionismo de derecha.

Este enlace es lo que explica el hecho de que algunos «izquierdistas» hablen, a veces, de un bloque con los derechistas. Y esto explica también el original fenómeno de que una parte de los «izquierdistas», que todavía ayer «desarrollaban» una ofensiva fulminante y querían colectivizar la U.R.S.S. en dos o tres semanas, adopten hoy una actitud pasiva, se metan las manos en los bolsillos y cedan tranquilamente el campo a los desviacionistas de derecha, marchando de este modo por la línea de un verdadero retroceso (¡sin comillas!) ante los kulaks.

La peculiaridad del momento actual consiste en que la lucha contra los errores de los deformadores «izquierdistas» es la condición y la forma específica para una lucha victoriosa contra el oportunismo de derecha.

Sexta pregunta.—¿Cómo enjuiciar el hecho de que una parte de los campesinos abandone los koljoses?

Respuesta.—El hecho de que una parte de los campesinos abandone los koljoses significa que, en estos últimos tiempos, se han creado una cantidad de koljoses precarios, que ahora se están limpiando de elementos poco seguros. Significa que los koljoses sin una base sólida desaparecerán, mientras que los sólidamente organizados permanecerán en pie y se afianzarán. Yo entiendo que esto es un fenómeno perfectamente normal. Algunos camaradas, ante estos hechos, se entregan a la desesperación, se dejan llevar del pánico y se aferran convulsivamente a porcentajes de inflación. Otros se alegran malignamente y pronostican el «fracaso» del movimiento koljosiano. Unos y otros se equivocan de medio a medio. Unos y otros están muy lejos de comprender de un modo marxista la esencia del movimiento koljosiano.

Abandonan los koljoses, en primer lugar, las llamadas almas muertas. Esto no es, ni mucho menos, una retirada, sino una revelación del vacío. ¿Acaso necesitan los koljoses almas muertas? ¡Naturalmente que no! Y me parece que los camaradas del Norte del Cáucaso y de Ucra-

nia proceden muy acertadamente al disolver los koljoses integrados por almas muertas, para organizar koljoses verdaderamente vivos y firmes. Con esto, el movimiento koljosiano sólo puede salir ganando.

Abandonan los koljoses, en segundo lugar, los elementos extraños, los elementos directamente hostiles a nuestra causa. Es evidente que cuanto antes sean eliminados estos elementos, mejor será para el movimiento koljosiano.

Abandonan los koljoses, finalmente, los elementos vacilantes, que no podemos incluir ni entre los elementos extraños ni entre las almas muertas. Son esos mismos campesinos a quienes aún no hemos sido capaces de convencer *hoy* de la verdad de nuestra causa; pero a quienes probablemente convenceremos *mañana*. La retirada de estos campesinos representa una pérdida importante, aunque pasajera, para el movimiento koljosiano. Por eso, el luchar por estos elementos vacilantes dentro de los koljoses es, hoy, una de las tareas más urgentes del movimiento koljosiano.

Llegamos, pues, a la conclusión de que el hecho de que una parte de los campesinos abandonen los koljoses no es un fenómeno exclusivamente negativo. Llegamos a la conclusión de que en tanto que los koljoses se liberen de las almas muertas y de los elementos extraños, este fenómeno representa un proceso beneficioso de saneamiento y fortalecimiento de los koljoses.

Hace un mes, se calculaba que la colectivización pasaba del 60 por 100, en las regiones cerealistas. Hoy, es evidente que, si sólo tenemos en cuenta los koljoses verdaderos, más o menos sólidos, esta cifra sería exagerada. Pero si el movimiento koljosiano, después de la retirada de una parte de los campesinos, se consolida sobre la cifra del 40 por 100 de tierras colectivizadas, en las regiones cerealistas—cifra que responde, ciertamente, a lo posible—, esto será, en el momento actual, una realización formidable del movimiento koljosiano. Al decir esto, señalo una cifra media para las regiones cerealistas, aunque sé perfectamente que hay ciertos distritos en que la colectivización en masa alcanza ya la cifra del 80 al 90 por 100. El 40 por 100 de las tierras colectivizadas, en las regiones cerealistas, significa que para la primavera de 1930 podremos *duplicar* el primitivo Plan quinquenal de colectivización.

¿Quién se atreverá a negar el carácter *decisivo* de esta realización *histórica*, en el desarrollo socialista de la U.R.S.S.?

Séptima pregunta.—¿Hacen bien los campesinos vacilantes, al salirse de los koljoses?

Respuesta.—No; hacen mal. Al salirse de los koljoses, van en contra de sus propios intereses, pues sólo los koljoses permiten a los campesinos acabar con la miseria y la ignorancia. Al salirse de los koljoses, se colocan en una situación peor, pues se privan de las exenciones y las ventajas que el Poder Soviético concede a los koljoses. Los errores e infracciones que se cometan en los koljoses no son motivo para aban-

donarlos. Los errores deben corregirse con el esfuerzo de todos, permaneciendo en el koljós. La corrección de estos errores es tanto más fácil cuanto que el Poder Soviético lucha contra ellos con todas sus fuerzas.

Lenin dice que

«el sistema de la pequeña economía, bajo el régimen de producción de mercancías, *no está en condiciones* de liberar a la humanidad de la miseria de las masas y de su opresión» (*Lenin*, t. XX, pág. 122, «Las tareas del proletariado en nuestra revolución»).

Lenin dice que

«con la pequeña economía no es posible librarse de la miseria» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 540. «Sobre el trabajo en el campo»).

Lenin dice que

«si seguimos con las pequeñas economías como en el pasado, aun siendo ciudadanos libres en una tierra libre, nos amenaza, a pesar de todo, una catástrofe inminente» (*Lenin*, t. XX, pág. 417, discurso pronunciado en el I Congreso de los diputados campesinos de toda Rusia, en 1917. «Sobre la cuestión agraria»).

Lenin dice que

«sólo con la ayuda del trabajo colectivo, cooperativo, en forma de artel, es posible salir del atolladero en que nos ha metido la guerra imperialista» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 537, «Sobre el trabajo en el campo»).

Lenin dice que

«es necesario pasar al cultivo en común de la tierra en grandes explotaciones modelo», pues «sin esto no es posible salir de ese desastre, de esa situación sencillamente desesperada en que se encuentra Rusia» (*Lenin*, t. XX, pág. 418, «Sobre la cuestión agraria»).

¿Qué significa todo esto?

Significa que los koljoses son el *único* medio que permite a los campesinos salir de la miseria y la ignorancia.

Es, pues, evidente que los campesinos proceden desacertadamente cuando se salen de los koljoses.

Lenin dice:

«Todos vosotros sabéis, naturalmente, por toda la actuación del Poder Soviético, qué *importancia tan enorme* concedemos nosotros a las comunas, a los arteles y, en general, a toda clase de organizaciones destinadas a convertir, que gradualmente contribuyen a convertir la pequeña economía campesina individual en una economía colectiva, bajo la forma de cooperativa o de artel» (*) (*Lenin*, t. XXIV, pág. 579, discurso pronunciado en el I Congreso de las comunas rurales y los arteles agrícolas).

Lenin dice que

«el Poder Soviético da, directamente, *preferencia* a las comunas y a las cooperativas, colocándolas *en primer lugar*» (*) (*Lenin*, t. XXIII, pág. 399, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky»).

¿Qué quiere decir esto?

Esto quiere decir que el Poder Soviético concederá a los koljoses exenciones y privilegios respecto a los campesinos individuales. Esto

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

quiere decir que concederá a los koljoses exenciones tanto en el sentido de poner tierras a su disposición como en el sentido de dotarlos de maquinaria, de tractores, de simiente, etc., en el sentido de facilitarles el pago de los impuestos y en el sentido de concederles créditos.

¿Por qué concede el Poder Soviético exenciones y privilegios a los koljoses?

Porque los koljoses son el único medio de librar a los campesinos de la miseria.

Porque el ayudar a los koljoses es la forma más eficaz de ayudar a los campesinos pobres y a los campesinos medios.

En estos días, el Poder Soviético ha decidido *eximir* de impuestos *por dos años* a todo el ganado de labor colectivizado de los koljoses (caballos, bueyes, etc.) y a todas las vacas, cerdos, ovejas y aves, tanto los que figuren en el fondo colectivo de los koljoses como los que pertenezcan individualmente a los koljosianos.

El Poder Soviético ha decidido, además, *prorrogar* hasta fines de año el plazo para el pago de todos los créditos abiertos a los koljosianos y *cancelar* todas las multas y penas impuestas por los tribunales antes del 1 de abril a los campesinos agrupados en koljoses.

Y ha decidido, finalmente, abrir créditos a los koljosianos, en el año actual, por la cifra total de 500 millones de rublos.

Estas exenciones son una ayuda dispensada a los koljosianos. Estas exenciones favorecen a los koljosianos que han sabido mantenerse firmes en los koljoses, que han sido fuertes en la lucha contra los enemigos de éstos, que han defendido a los koljoses y que han mantenido en alto la gran bandera del movimiento koljosiano. Estas exenciones benefician a los campesinos pobres y medios que forman hoy la médula de nuestros koljoses, que sabrán fortalecer y plasmar nuestros koljoses y que atraerán al campo del socialismo a millones y millones de campesinos. Estas exenciones benefician a los campesinos koljosianos que forman hoy los cuadros fundamentales de los koljoses y que merecen plenamente ser considerados como los héroes del movimiento koljosiano.

Estas exenciones *no favorecerán* a los campesinos que se han salido de los koljoses.

¿No es acaso evidente que, al salirse de los koljoses, los campesinos cometen un error?

¿No es acaso evidente que sólo volviendo a los koljoses pueden acogerse al disfrute de todos estos beneficios?

Octava pregunta.—En cuanto a las comunas, ¿no es conveniente disolverlas?

Respuesta.—No; no es conveniente ni hay para qué disolverlas. Me refiero, naturalmente, a las comunas que tienen una existencia real y no a las que sólo existen sobre el papel. En las regiones cerealistas de la U.R.S.S., hay una serie de comunas magníficas, que merecen ser esti-

muladas y apoyadas. Me refiero a las viejas comunas, que han pasado por los años de prueba y que se han templado en la lucha, mereciendo en absoluto que se respete su existencia. Por lo que se refiere a las nuevas comunas, a las comunas creadas recientemente, la única manera de que puedan justificar su existencia es que se hayan constituído *voluntariamente*, con el apoyo activo de los campesinos, sin que la socialización haya sido realizada *a la fuerza*.

La creación y el desarrollo de las comunas es una cosa complicada y difícil. Las comunas grandes y estables sólo podrán existir y desenvolverse si cuentan con cuadros y con dirigentes expertos. El paso precipitado del régimen del artel al régimen de la comuna sólo puede dar como resultado el hacer que los campesinos se aparten del movimiento koljosiano. Por eso hay que adoptar ante esta cuestión una posición muy prudente y no incurrir en ningún género de precipitaciones. El artel es un tipo de organización más sencillo y más asequible a la conciencia de las grandes masas campesinas. Por eso el artel es, en el momento actual, la forma más difundida del movimiento koljosiano. Sólo en tanto que se fortalezcan y se estabilicen los arteles agrícolas, se podrán sentar las bases para un movimiento de masas de los campesinos hacia la comuna. Por eso la comuna, que es la forma más elevada, sólo podrá ser el eslabón fundamental del movimiento koljosiano en el porvenir.

Novena pregunta.—¿Qué debe hacerse con los kulaks?

Respuesta.—Hasta ahora, hemos venido hablando del campesino medio. El campesino medio es el aliado de la clase obrera, y la política que sigamos con él debe ser de amistad. No ocurre lo mismo con el kulak. El kulak es el enemigo del Poder Soviético. Con él no hay ni puede haber paz. Nuestra política respecto al kulak es la política de su eliminación como clase. Lo cual no quiere decir, naturalmente, que podamos liquidarle de la noche a la mañana. Pero sí quiere decir que hemos de tomar las medidas necesarias para cercarle y liquidarle.

He aquí lo que dice Lenin acerca del kulak:

«Los kulaks son los más feroces, lo más burdos y los más desenfrenados explotadores, los que, más de una vez, en la historia de otros países, han restaurado el poder de los terratenientes, de los reyes, de los curas y de los capitalistas. Hay más kulaks que terratenientes y capitalistas. Pero a pesar de ello, los kulaks forman una minoría dentro del pueblo... Estos vampiros se aprovecharon de la miseria del pueblo durante la guerra, amasaron miles y cientos de miles de rublos, encareciendo los precios del trigo y de otros productos. Estas arañas engordaron a costa de los campesinos, arruinados por la guerra, y a costa de los obreros hambrientos. Estas sanguijuelas chuparon la sangre de los trabajadores, aumentando sus riquezas a medida que aumentaba el hambre de los obreros en las ciudades y en las fábricas. Estos vampiros acumulaban y siguen acumulando en sus manos la tierra de los terratenientes, esclavizaban y siguen esclavizando a los campesinos pobres» (*Lenin*, t. XXIII, págs. 206-207, «¡Camaradas obreros! ¡Vamos a la lucha final decisiva!»).

Hasta ahora, hemos tolerado a estos vampiros, a estas arañas y sanguijuelas, aplicando la política de poner coto a sus tendencias explota-

doras. Los tolerábamos porque no teníamos con qué sustituir la economía de los kulaks, la producción de los kulaks. Pero ahora tenemos ya la posibilidad de sustituirla con ventaja por la economía de nuestros koljoses y sovjoses. No hay, pues, por qué seguir tolerando a estos vampiros, a estas sanguijuelas. Seguir tolerando a estos vampiros y a estas sanguijuelas que pegan fuego a los koljoses, que asesinan a los activistas koljosianos e intentan hacer fracasar la siembra, sería ir contra los intereses de los obreros y de los campesinos.

Por eso, la política de liquidación de los kulaks como clase debe llevarse a cabo con toda la tenacidad y la consecuencia de que sólo son capaces los bolcheviques.

Décima pregunta.—¿Cuál es la tarea práctica más urgente de los koljoses?

Respuesta.—La tarea práctica más urgente de los koljoses consiste en luchar por la siembra, en luchar por extender todo lo posible la superficie sembrada, en luchar por una buena organización de la siembra.

A la tarea de la siembra deben adaptarse ahora todas las demás tareas de los koljoses.

Al trabajo de organización de la siembra deben supeditarse ahora todos los demás trabajos de los koljoses.

Esto quiere decir que la firmeza de los koljoses y de sus activistas sin partido, la capacidad de los dirigentes de los koljoses y de su núcleo bolchevique deberán probarse no con infladas resoluciones y con mensajes grandilocuentes, sino sobre la realidad viva de una buena organización de la siembra.

Mas, para poder cumplir con honor esta tarea práctica, es necesario que la atención de los activistas koljosianos se consagre a las cuestiones *económicas* de la organización de los koljoses, a las cuestiones de la organización *koljosiana interna.*

Hasta estos últimos tiempos, ocupaba el centro de la atención de los activistas koljosianos el afán de conseguir un elevado porcentaje de colectivización, sin querer ver la diferencia entre la colectivización real y efectiva y la colectivización en el papel. Ahora, este afán por las cifras altas debe dejarse a un lado. Ahora, la atención de los activistas koljosianos debe concentrarse en el *afianzamiento* de los koljoses, en la *plasmación* de los koljoses en el terreno de la organización, en la *organización* del trabajo práctico en los koljoses.

Hasta estos últimos tiempos, la atención de los activistas koljosianos se concentraba en la organización de grandes economías koljosianas, en la organización de las llamadas economías «gigantes», las cuales frecuentemente no eran más que pesadas oficinas dedicadas sólo al papeleo y carentes de raíces económicas en las aldeas y en los campos. El trabajo aparente absorbía el trabajo real. Ahora, esta carrera desenfrenada detrás de resultados aparentes debe dejarse a un lado. Ahora, la atención de los activistas koljosianos debe dirigirse al trabajo de organización y

económico de los koljoses en las aldeas y en los campos. Y cuando este trabajo dé sus frutos, ya surgirán por sí mismas las economías «gigantes».

Hasta estos últimos tiempos, se concedía poca atención a la incorporación de los campesinos medios al trabajo de dirección dentro de los koljoses. Y sin embargo, entre los campesinos medios hay gentes magníficas que podrían ser excelentes administradores de la economía koljosiana. Ahora, hay que liquidar esa falla de nuestro trabajo; es decir, que ahora la tarea consiste en incorporar al trabajo de dirección dentro de los koljoses a los mejores hombres salidos del seno de los campesinos medios, permitiéndoles que desarrollen en este terreno su capacidad.

Hasta estos últimos tiempos, no se concedía la atención suficiente al trabajo entre las campesinas. El período que acaba de transcurrir demuestra que el trabajo entre las campesinas es el lado más flojo de nuestro trabajo. Ahora, es necesario liquidar resuelta e irrevocablemente esta falla.

Hasta estos últimos tiempos, los comunistas de una serie de distritos partían del criterio de que podían resolver todos los problemas de la organización de koljoses con sus propias fuerzas. Y, partiendo de esto, no se preocupaban lo bastante de incorporar a los sin partido a los trabajos responsables dentro de los koljoses, de destacar a los sin partido a puestos responsables dentro de los koljoses, de organizar en los koljoses un amplio núcleo de activistas sin partido. La historia de nuestro Partido demuestra y el período del movimiento koljosiano que acaba de transcurrir revela una vez más que este punto de vista es radicalmente falso. Si los comunistas se encierran en su caparazón aislándose de los sin partido, lo echarán todo a perder. Si los comunistas han logrado cubrirse de gloria en la lucha por el socialismo y los enemigos del comunismo han sido aplastados, es, entre otras cosas, porque los comunistas han sabido ganar para la causa a los mejores hombres de entre los sin partido, porque han sabido sacar fuerzas de las grandes masas de gentes sin partido, porque han sabido rodear a su Partido de una amplia capa de activistas sin partido. Ahora, es necesario liquidar resuelta e irrevocablemente esta falla de nuestro trabajo respecto a los sin partido.

Corregir estos defectos de nuestro trabajo y liquidarlos radicalmente: he aquí lo que significa encauzar por el buen camino el trabajo *económico* de los koljoses.

Resumiendo:

1) Una buena organización de la siembra: tal es la tarea.

2) Concentrar la atención en las cuestiones económicas del movimiento koljosiano: tal es el medio necesario para cumplir esta tarea.

«Pravda», núm. 92,
3 abril 1930.

LAS TAREAS DE LOS DIRIGENTES DE LA INDUSTRIA

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA PRIMERA CONFERENCIA DE DIRIGENTES DE LA INDUSTRIA SOCIALISTA DE LA U.R.S.S., EL 4 DE FEBRERO DE 1931

Camaradas:

Los trabajos de vuestra Conferencia tocan a su fin. A continuación vais a adoptar las resoluciones pertinentes. No dudo de que van a ser tomadas por unanimidad. En estas resoluciones (yo las conozco algo) vais a aprobar las cifras de control correspondientes al plan de la industria de 1931 y a comprometeros a llevarlas a la práctica.

La palabra de un bolchevique es una palabra seria. Los bolcheviques tienen la costumbre de cumplir las promesas que hacen. Pero ¿qué significa el compromiso de ejecutar lo que representan las cifras de control establecidas para el año 1931? Significa asegurar el crecimiento general de la producción industrial en un 45 por 100. Pero esto es una enorme tarea. Más todavía; un compromiso tal no solamente quiere decir que hacéis la promesa de cumplir nuestro Plan quinquenal en cuatro años—ello es cosa decidida que no precisa ninguna nueva resolución—, sino que *significa que prometéis realizarlo en tres años en las ramas fundamentales y decisivas de la industria.*

Está bien que la Conferencia haga la promesa de cumplir el plan de 1931 y de ejecutar el Plan quinquenal en tres años. Pero nosotros estamos aleccionados por una «amarga experiencia». Sabemos que las promesas no siempre se cumplen. A principios de 1930 también se hizo la promesa de cumplir el plan anual. Se trataba entonces de aumentar la producción de nuestra industria en un 31 a 32 por 100. Sin embargo, esta promesa no fué cumplida completamente. El crecimiento efectivo de la producción industrial fué en el año 1930 de un 25 por 100. Debemos preguntarnos: ¿no se repetirá otro tanto este año? Los dirigentes, los cuadros de nuestra industria hacen ahora la promesa de aumentar la producción industrial de 1931 en un 45 por 100. ¿Dónde está la garantía de que la promesa será cumplida?

¿Qué se precisa para alcanzar las cifras propuestas, para conseguir un aumento de la producción en un 45 por 100, para llegar a cumplir el Plan quinquenal no ya en cuatro, sino en tres años en las ramas fundamentales y decisivas?

Dos condiciones fundamentales son para esto necesarias.

En primer lugar, que existan posibilidades reales o, como decimos, «objetivas».

En segundo término, es preciso que haya el deseo y la capacidad necesaria para dirigir nuestras empresas de tal manera, que estas posibilidades se conviertan en realidad.

¿Teníamos el año pasado las posibilidades «objetivas» precisas para la ejecución completa del Plan? Sí, las teníamos. Hechos incontrovertibles lo atestiguan. Son los siguientes: en marzo y abril del año último, la industria proporcionó un aumento de la producción en un 31 por 100 en comparación con el año anterior. ¿Por qué, entonces, preguntamos, no hemos cumplido el plan del año entero? ¿Qué nos lo impidió? ¿Qué faltó para ello? *Nos faltó la capacidad para utilizar las posibilidades existentes. Nos faltó saber dirigir adecuadamente las fábricas, los talleres y las minas.*

Poseíamos la primera condición: las posibilidades «objetivas» para la ejecución del plan. Pero no disponíamos de la segunda condición en un grado suficiente: la capacidad para dirigir la producción. Y precisamente por esto, porque nos faltó saber dirigir las empresas, es por lo que el plan quedó incumplido. En lugar de un 31 ó un 32 por 100 de aumento, conseguimos sólo un 25 por 100.

Evidentemente, un 25 por 100 *de aumento* es una cosa importante. Ni uno solo de los países capitalistas tuvo en el año 1930, ni lo tiene ahora, *aumento alguno* en la producción. En todos los países capitalistas sin excepción, se acusa una marcada *caída* de la producción. En tales condiciones, un *aumento* del 25 por 100 representa un gran paso adelante. Pero podíamos dar más. Para ello teníamos en nuestras manos todas las condiciones «objetivas» precisas.

Así, pues, ¿qué garantía hay de que este año no se repetirá el caso del año pasado, de que el plan será ejecutado completamente, de que las posibilidades existentes van a ser utilizadas por nosotros debidamente y de que vuestra promesa no quedará en parte en el papel?

En la historia de los Estados, de los países, de los ejércitos, se han dado casos en los que todas las posibilidades para el éxito y la victoria existían, pero en los que tales posibilidades quedaron sin utilizar, porque los dirigentes no supieron apreciarlas ni utilizarlas y los ejércitos sufrieron la derrota.

¿Tenemos nosotros todas las posibilidades necesarias para alcanzar las cifras propuestas para el año 1931?

Sí, poseemos estas posibilidades.

¿En qué consisten? ¿Qué se precisa para que estas posibilidades se conviertan en realidad?

Ante todo, son precisas suficientes *riquezas naturales* en el país: mineral de hierro, hulla, petróleo, trigo, algodón. ¿Tenemos de todo esto? Sí; lo tenemos y en mayor cantidad que cualquier otro país. Tome-

mos aunque no sea más que los Urales, donde existe una combinación de riquezas tal, como no es posible encontrar en país alguno. Mineral de hierro, carbón, petróleo, trigo; ¡qué no habrá en los Urales! En nuestro país existe de todo, excepto tal vez el caucho. Pero dentro de un año o dos tendremos también incluso caucho a nuestra disposición. De este lado, del lado de las riquezas naturales estamos provistos plenamente. Tenemos hasta más de lo necesario.

¿Qué se precisa aún?

Se precisa la *existencia de un Poder* que tenga el deseo y disponga de la fuerza para poner en valor estas inmensas riquezas en beneficio del pueblo. ¿Tenemos tal Poder? Sí. Es verdad, sin embargo, que nuestro trabajo para la puesta en valor de las riquezas naturales no se hace siempre sin rozamientos entre nuestros propios ejecutantes. Por ejemplo, el año anterior el Poder Soviético tuvo que sostener una cierta lucha para el establecimiento de una segunda base hullera y metalúrgica, sin la cual no podemos continuar nuestro desenvolvimiento. Pero ya hemos vencido estos obstáculos y dispondremos en corto plazo de esta base.

¿Qué más se precisa?

Es necesario que este Poder goce del *apoyo* de los millones de obreros y campesinos. ¿Dispone de tal apoyo nuestro Poder? Sí. En todo el mundo no encontraréis otro Poder que como el Soviético goce de un apoyo parecido de los obreros y de los campesinos. No voy a referirme al hecho del crecimiento de la emulación socialista, al hecho del crecimiento del trabajo de choque ni a la campaña de lucha por rebasar el plan industrial y financiero. Todos estos hechos, en los que tan claramente aparece el apoyo que las grandes masas prestan al Poder Soviético, son de todos conocidos.

¿Qué más es aún preciso para alcanzar y sobrepasar las cifras de control propuestas para 1931?

Es preciso, además, que exista *un régimen* que esté libre de las enfermedades incurables del capitalismo y que presente serias ventajas sobre el capitalismo. La crisis, el paro forzoso, el despilfarro, la miseria de las grandes masas: he ahí las enfermedades incurables del capitalismo. Nuestro régimen no sufre estas enfermedades porque el Poder está en nuestras manos, en las de la clase obrera, porque nosotros planificamos la economía, acumulamos metódicamente los recursos y los distribuímos adecuadamente entre las ramas de la economía nacional. Nosotros estamos libres de las enfermedades incurables del capitalismo. En esto estriba nuestra diferencia y nuestra ventaja decisiva sobre el capitalismo. Ved cómo los capitalistas pretenden salir de la crisis: disminuyen hasta el máximo el salario de los obreros; bajan hasta el máximo el precio de las materias primas y de los productos alimenticios. Pero no quieren bajar de una manera considerable los precios de los productos industriales. Esto significa que ellos pretenden escapar de la crisis a expensas de los principales consumidores de mercancías, a

expensas de los obreros, a expensas de los campesinos, a expensas de los trabajadores de los países productores de materias primas y de productos alimenticios. Los capitalistas sierran la rama que los sostiene. En lugar de una salida de la crisis, lo que obtienen es una agravación de la misma, una acumulación de nuevas premisas conducentes a otra crisis todavía más cruel. Nuestra ventaja estriba en que nosotros ignoramos las crisis debidas a la sobreproducción, en que no tenemos ni tendremos millones de obreros sin trabajo, en que no tenemos anarquía en la producción porque nuestra economía está regida por un plan. Pero esto no es todo. Somos el país de la industria más concentrada. Lo que significa que podemos edificar nuestra industria sobre la base de la mejor técnica y de este modo garantizar una productividad del trabajo jamás conocida, un ritmo de acumulación sin precedente. Nuestra pasada debilidad estribaba en que nuestra industria se basaba en una economía campesina pequeña y fragmentada. Pero esto *fué*. Ahora tal cosa no sucede. Mañana, tal vez dentro de un año, nos convertiremos en el país de la agricultura más grande del mundo. Los sovjoses y koljoses, que son formas de la gran economía, han producido este año ya la mitad de todo nuestro grano destinado al mercado. Y esto significa que nuestro régimen, el régimen soviético, nos da unas posibilidades para la rápida progresión tales como no las puede soñar ningún país burgués.

¿Qué más hace falta para avanzar a pasos agigantados?

Precisa que exista un *partido* suficientemente coherente y unido para orientar los esfuerzos de todos los mejores elementos de la clase obrera hacia un *solo punto*, y suficientemente experimentado para no retroceder ante las dificultades y para aplicar sistemáticamente una política justa, revolucionaria, bolchevique. ¿Existe entre nosotros un partido así? Sí, existe. ¿Es justa su política? Sí, es justa, por cuanto ha producido importantes éxitos. Ahora esto lo reconocen no sólo los amigos, sino incluso los enemigos de la clase obrera. Ved cómo ladran y se enfurecen contra nuestro Partido todos los conocidos «respetables» gentlemen: Fish, en América; Churchill, en Inglaterra; Poincaré, en Francia. ¿Por qué ladran y rabian? Porque la política de nuestro Partido es justa, porque va de éxito en éxito.

He aquí, camaradas, todas las posibilidades que nos facilitan la realización de las cifras previstas para 1931, las que permiten ejecutar el Plan quinquenal en cuatro años, e incluso en tres, en las ramas fundamentales.

Así, pues, la primera condición para ejecutar el plan, las posibilidades «objetivas», las tenemos.

¿Disponemos de la segunda condición, es decir, de la capacidad para utilizar estas posibilidades?

O dicho de otra manera, ¿tenemos una buena dirección de las fábricas, de los talleres y de las minas? ¿Todo marcha perfectamente?

Desgraciadamente, no todo marcha como es debido. Y nosotros, como bolcheviques, debemos declararlo clara y abiertamente.

¿Qué significa dirigir la producción? Entre nosotros, no siempre se considera a la manera bolchevique la cuestión de la dirección de las empresas. Muy a menudo hay entre nosotros quien piensa que dirigir significa firmar papeles. Es triste, pero es una realidad. Algunas veces, sin quererlo, se acuerda uno de los «pompadours» de Schedrín (*). Recordad cómo la «pompadour» aleccionaba al joven «pompadour»: «No te rompas la cabeza con la ciencia, no profundices en las cosas, que los otros se tomen el trabajo de hacerlo, esto no es asunto que te incumbe; lo que te cuadra es dirigir, firmar papeles». Hay que reconocer, para vergüenza nuestra, que también entre nosotros, los bolcheviques, hay bastantes que dirigen firmando papeles. En cuanto a llegar al fondo de los asuntos, capacitarse técnicamente, ser maestros de su oficio, eso ni por pienso.

¿Cómo ha podido suceder que nosotros, los bolcheviques, que hemos hecho tres revoluciones, que vencimos en una guerra civil atroz, que hemos llevado a cabo la ingente tarea de la creación de la industria, que hemos orientado a los campesinos por el camino del socialismo, en cuanto se trata de dirigir la producción caigamos en el papeleo?

La razón está en que firmar un papel es más fácil que dirigir la producción. Por ello muchos dirigentes de la industria han tomado el camino del menor esfuerzo. En esto hay también una falta nuestra, una falta del centro. Hace unos diez años se lanzó esta consigna: «Dado que los comunistas no conocen todavía como es debido la técnica de la producción y que todavía necesitan aprender a dirigir la economía, los viejos técnicos e ingenieros, los especialistas conducirán la producción. Vosotros, los comunistas, no os mezcléis en los asuntos técnicos; pero, sin intervenir, estudiad la técnica, estudiad sin descanso la ciencia de la dirección de la producción, para convertiros después, junto con los especialistas que nos son fieles, en los verdaderos dirigentes de la producción, en los verdaderos dueños de las empresas». Tal fué la consigna. ¿Qué sucedió en realidad? La segunda parte de esta fórmula fué dejada de lado, porque aprender es más difícil que firmar papeles; en cuanto a la primera parte de la misma, se la ha envilecido interpretando la no intervención como la renuncia al estudio de la técnica de la producción. De ello ha resultado un absurdo, una cosa perjudicial y peligrosa de la que cuanto antes nos libremos tanto mejor.

La vida misma nos ha demostrado más de una vez que las cosas iban mal a este respecto. El proceso de Shajti fué la primera señal. Puso de manifiesto que las organizaciones del Partido y de los sindicatos han adolecido de falta de vigilancia revolucionaria. Ha demostrado que los

(*) «Pompadour»: tipo de sátrapa, pintado por el famoso satírico ruso Schedrín en su obra «El Pompadour y la Pompadour». *(N. del T.)*

dirigentes de nuestras organizaciones económicas están en un vergonzoso retraso en el aspecto técnico, que ciertos viejos ingenieros y técnicos, trabajando sin control, caían con más facilidad en el sabotaje, tanto más cuanto que los enemigos del extranjero los asediaban con «proposiciones». La segunda señal la constituyó el proceso del «Partido Industrial».

Es evidente que en el fondo del sabotaje se encuentra la lucha de clases. Es del todo evidente que el enemigo de clase resiste furiosamente a la ofensiva socialista. Pero esto solo no basta para explicarse un desarrollo tan amplio del sabotaje.

¿Cómo pudo el sabotaje alcanzar tan grandes proporciones? ¿Quién tiene la culpa de ello? La culpa es nuestra. Si hubiéramos organizado la dirección de la economía de otra manera, si nos hubiéramos puesto mucho antes a estudiar la técnica del trabajo, asimilar la técnica, si hubiéramos intervenido más frecuentemente y con conocimiento de causa en la dirección de la economía, los saboteadores no hubieran podido sabotear tan temerariamente.

Nos es preciso llegar a ser nosotros mismos los especialistas, los maestros del oficio, volver la vista hacia los conocimientos técnicos: en ese sentido nos empuja la vida. Pero ni el primer aviso, ni siquiera el segundo, han conseguido que se produzca el cambio debido. Hora es ya, hace tiempo que es hora, de que nos volvamos hacia la técnica. Es ya hora de abandonar la vieja consigna, la consigna gastada de la no intervención en la técnica y de convertirnos nosotros mismos en especialistas, en conocedores de los asuntos, de llegar a ser verdaderos maestros en el oficio.

Se pregunta con frecuencia por qué no tenemos una dirección unipersonal. Tal cosa no existe y no la tendremos mientras no dominemos la técnica. En tanto que entre nosotros, los bolcheviques, no exista un número suficiente de hombres bien poseídos de los problemas técnicos, económicos y financieros, no habrá una verdadera dirección unipersonal. Escribid todas las resoluciones que os plazcan, haced todos los juramentos que queráis, pero si no alcanzáis a ser maestros de la técnica, de la economía, de las finanzas de la fábrica, del taller o de la mina, no habrá una buena marcha, no habrá dirección unipersonal.

La tarea, por consiguiente, consiste en la toma de posesión por nosotros mismos de la técnica, en llegar a ser nosotros mismos los verdaderos dueños de las empresas. Sólo así tendremos la garantía de que nuestros planes serán completamente ejecutados y la dirección única conseguida.

La cosa, claro está, no es fácil, pero es perfectamente realizable. La ciencia, la experiencia técnica, el saber; todo esto se adquiere. Hoy no se los tiene, pero mañana se tendrán. Lo esencial aquí es el deseo ardiente, bolchevique, de llegar a dominar la técnica, de poseer la ciencia de la producción. Cuando se siente un deseo firme se puede obtener todo, todo se puede realizar.

A veces, se pregunta si no se deberá amortiguar algo el ritmo, contener el movimiento. ¡No, no es posible, camaradas! ¡No se debe disminuir el ritmo! Al contrario, hay que aumentarlo en la medida de nuestras fuerzas y de nuestras posibilidades. A esto nos obliga el compromiso que hemos tomado ante los obreros y los campesinos de la U.R.S.S. Esto exigen nuestras obligaciones con la clase obrera del mundo entero.

Amortiguar el ritmo significa quedarse atrás. Y los que se quedan atrás son derrotados. Y nosotros no queremos ser derrotados. ¡No, no lo queremos! La historia de la vieja Rusia consistía, entre otras cosas, en que era constantemente derrotada por su atraso. La derrotaron los khanes mongoles. La derrotaron los beys turcos. La derrotaron los señores feudales de Suecia. La derrotaron los «panis» de Polonia y Lituania. La derrotaron los capitalistas de Inglaterra y Francia. La derrotaron los barones del Japón. La derrotaron todos, por su atraso. Por su atraso militar, por su atraso cultural, por su atraso estatal, por su atraso industrial y por su atraso agrícola. La batían porque ello era productivo y porque se podía hacer impunemente. Acordaos de las palabras del poeta de antes de la revolución: «Eres mísera y opulenta, eres vigorosa e impotente, madrecita Rusia». Estas palabras del viejo poeta las aprendieron bien estos señores. La golpeaban diciendo: «¿Eres opulenta?» Luego se puede uno beneficiar a tus expensas. La golpeaban diciendo: «¿Eres mísera e impotente?» Luego se te puede golpear y despojar impunemente. Porque tal es la ley de los explotadores: golpear a los atrasados y a los débiles. Es la ley feroz del capitalismo. ¿Eres atrasado, eres débil? Nunca tendrás rozón y, por consiguiente, se te puede batir y someter a servidumbre. ¿Eres poderoso? Entonces tienes razón y, por consiguiente, eres de temer.

He aquí por qué no podemos continuar atrasados.

En el pasado no teníamos y no podíamos tener Patria. Pero ahora que hemos derribado el capitalismo y que el Poder entre nosotros es un Poder obrero, tenemos una Patria y defenderemos su independencia. ¿Queréis que nuestra Patria socialista sea derrotada y que pierda su independencia? Pues si no lo queréis, debéis liquidar su atraso en el plazo más corto posible y desarrollar los verdaderos ritmos bolcheviques en la edificación de su economía socialista. No hay otro camino. Por esto Lenin decía, en los días de Octubre: «o la muerte o alcanzar y sobrepasar a los países capitalistas adelantados».

Marchábamos 50 ó 100 años detrás de los países más adelantados. En diez años, tenemos que ganar este terreno. O lo hacemos o nos aplastan.

He aquí lo que nos dictan nuestros compromisos con los obreros y los campesinos de la U.R.S.S.

Pero nosotros tenemos, además, otros compromisos más serios y más importantes todavía. Se trata de los compromisos frente al proletariado del mundo entero. Estos coinciden con los primeramente citados, pero

nosotros los valoramos más alto todavía. La clase obrera de la Unión Soviética es una parte de la clase obrera mundial. Nosotros vencimos no solamente gracias a los esfuerzos de la clase obrera de la U.R.S.S., sino gracias también al apoyo de la clase obrera mundial. Sin una ayuda como ésta, hace ya tiempo que se nos hubiera deshecho. Se dice que nuestro país es la brigada de choque del proletariado de todos los países. Esto está bien dicho. Pero, por lo mismo, ello nos impone las obligaciones más serias. ¿Por qué razón el proletariado internacional nos apoya y por qué nosotros merecemos tal ayuda? Porque nosotros fuimos los primeros en lanzarnos al combate contra el capitalismo, porque fuimos los primeros en instaurar el Poder obrero y porque antes que nadie nos pusimos a construir el socialismo. Porque nosotros trabajamos en una empresa que si consigue el éxito va a revolucionar el mundo entero y va a liberar a toda la clase obrera. ¿Qué se precisa para alcanzar el éxito? Liquidar nuestro atraso y desarrollar ritmos elevados, bolcheviques, en la construcción. Debemos marchar hacia adelante de una manera tal, que la clase obrera del mundo entero pueda decir al mirarnos: «He ahí mi destacamento de vanguardia, mi brigada de choque, mi Poder obrero; he ahí mi Patria. Ellos van realizando su obra—que es también la nuestra—; pues bien, sostengámoslos contra los capitalistas y habremos impulsado la obra de la revolución mundial». ¿Debemos justificar las esperanzas de la clase obrera mundial, cumplir los compromisos con ella tomados? Sí, debemos hacer todo esto si no queremos cubrirnos de oprobio.

Tales son nuestras obligaciones interiores e internacionales.

Como veis, ellas nos dictan ritmos bolcheviques de desarrollo.

No diré que en lo que concierne a la dirección de la economía no hayamos hecho nada en estos últimos años. Se ha hecho algo y hasta podríamos decir mucho. Hemos doblado la producción de la industria en comparación con la de antes de la guerra. Hemos creado la producción agrícola más grande del mundo. Pero hubiéramos podido hacer todavía más si nos hubiéramos preocupado durante este tiempo de adueñarnos verdaderamente de la producción, de su técnica, de su aspecto económico y financiero.

En un período máximo de diez años debemos ganar el terreno que nos separa de los países capitalistas más adelantados. En nuestro país se dan todas las posibilidades «objetivas» para ello. Lo único que nos hace falta es saber aprovechar verdaderamente estas posibilidades. Y esto depende de nosotros y *solamente* de nosotros. Es hora ya de que aprendamos a aprovechar estas posibilidades. Es hora ya de acabar con ese punto de vista podrido de no intervenir en la producción. Es hora ya de adoptar otro punto de vista, un punto de vista nuevo, en armonía con el período actual: el de intervenir en todo. El director de una fábrica debe intervenir en todos los asuntos, escrutarlo todo, no perder de vista nada, aprender y aprender siempre. Los bolcheviques deben dominar la

técnica. Es hora ya de que los bolcheviques se conviertan ellos mismos en técnicos. La técnica, en el período de la reconstrucción, lo decide todo. Y un director de industria que no tenga el deseo de estudiar la técnica, que no aspire a dominarla, ése no es un dirigente, sino un hombre ridículo.

Se dice que es difícil llegar a dominar la técnica. ¡Eso es falso! No existe fortaleza que los bolcheviques no puedan tomar. Hemos resuelto una serie de tareas extraordinariamente difíciles. Hemos derrocado el capitalismo. Hemos tomado el Poder. Hemos montado una industria socialista gigantesca. Hemos hecho entrar a los campesinos medios por el camino del socialismo. Lo más importante en el sentido de la construcción lo hemos hecho ya. Nos queda sólo una parte pequeña: estudiar la técnica, adquirir la ciencia. Y cuando lo hayamos conseguido, desenvolveremos unos ritmos tales, como ahora no nos atrevemos ni a soñar siquiera. ¡Y lo haremos, si sinceramente nos lo proponemos!

NUEVA SITUACION, NUEVAS TAREAS PARA LA ORGANIZACION DE LA ECONOMIA

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA CONFERENCIA DE DIRIGENTES DE LA INDUSTRIA, EL 23 DE JUNIO DE 1931

Camaradas:

De los materiales de la Conferencia se desprende que, en lo que respecta al cumplimiento del plan, nuestra industria presenta un cuadro bastante abigarrado. Existen ramas de la industria que han conseguido un aumento de la producción durante los cinco meses pasados de un 40 ó 50 por 100 en comparación con el año pasado. Otras ramas no han alcanzado a dar más de un 20 ó un 30 por 100 de aumento, y finalmente, otros sectores de la industria han conseguido un aumento mínimo, algo así como de un 6 ó un 10 por 100 y hasta menos. Entre estos últimos hay que situar la industria hullera y la siderúrgica. El cuadro, como veis, es abigarrado.

¿Cómo explicar este abigarramiento? ¿Dónde radica el retraso de algunas ramas de la industria? ¿Cuál es la causa de que algunas ramas de la industria no rindan en total más que un 20 ó un 25 por 100 de aumento y que en la industria hullera y en la siderúrgica éste sea menor todavía, lo que les hace quedarse a la zaga de las otras ramas?

La causa estriba en que en los últimos tiempos las condiciones del desarrollo de la industria han cambiado radicalmente; se ha creado una situación nueva que reclama nuevos métodos de dirección. Pero algunos de nuestros dirigentes de la industria, en lugar de modificar el sistema de trabajo, siguen trabajando a la antigua. El hecho es que las nuevas condiciones de desarrollo de la industria exigen que el trabajo sea ejecutado de un modo nuevo y, sin embargo, algunos de nuestros dirigentes de la industria no lo comprenden y no ven que ahora hay que dirigir de una manera nueva.

En esto estriba el atraso de algunas ramas de nuestra industria.

¿En qué consisten estas nuevas condiciones de desarrollo de nuestra industria? ¿De dónde provienen?

Estas condiciones son, por lo menos, seis.

Examinémoslas:

I

LA MANO DE OBRA

Se trata ante todo de proveer de *mano de obra* a las empresas. Otras veces, generalmente, los obreros venían por su propio impulso a las fábricas y a los talleres; existía una especie de movimiento espontáneo a este respecto. Este movimiento espontáneo era consecuencia de que había parados, de que existía un proceso de diferenciación en el campo, de qué existía la miseria y había miedo al hambre, que empujaba a las gentes desde el campo a la ciudad. ¿Recordáis la fórmula de la «huída del mujik del campo a la ciudad»? ¿Qué es lo que obligaba al campesino a huir del campo a la ciudad? El miedo al hambre, la falta de trabajo, el hecho de que para él era el campo una madrastra y que siempre estaba dispuesto a echarse en brazos del mismo diablo con tal de recibir algún trabajo.

Esto era así, poco más o menos, en un pasado reciente.

¿Se puede decir que tenemos ahora un cuadro igual? No, no se puede decir esto. Al contrario, la situación ha cambiado ahora de un modo radical. Y precisamente porque la situación ha cambiado es por lo que no tenemos afluencia espontánea de mano de obra. ¿Qué es lo que ha cambiado, en esencia, durante este tiempo? En primer lugar, hemos liquidado el paro forzoso; por consiguiente, hemos destrozado la fuerza que gravitaba sobre el «mercado de trabajo». En segundo lugar, hemos socavado en su raíz la diferenciación en el campo y, por consiguiente, hemos acabado con la miseria de las masas, que echaba al campesino del campo hacia la ciudad. Finalmente, hemos provisto al campo de decenas de miles de tractores y de máquinas agrícolas; hemos vencido al kulak, hemos organizado koljoses y hemos dado la posibilidad a los campesinos de vivir y trabajar humanamente. Ahora no se puede decir que el campo sea para el campesino una madrastra. Y precisamente por esto el campesino permanece instalado en el campo y no tenemos ya ni «huída del mujik del campo a la ciudad» ni afluencia espontánea de mano de obra.

Como veis, tenemos ahora una situación completamente nueva y nuevas condiciones para proveer de mano de obra a las empresas.

¿Qué resulta de esto?

En primer lugar, resulta que no se puede contar más con la afluencia espontánea de la mano de obra. Por lo tanto, que de la «política» de la afluencia espontánea hay que pasar a la política de reclutamiento *organizado* de obreros para la industria. Pero para esto existe solamente un camino, el de los contratos de las organizaciones económicas con los koljoses y los koljosianos. Vosotros sabéis que ciertas organizaciones económicas y algunos koljoses han entrado ya por este camino y que la experiencia ha demostrado que la práctica de estos contratos produce

resultados de importancia, tanto para los koljoses como para las empresas industriales.

En segundo lugar, resulta que es necesario pasar inmediatamente a la *mecanización* de los procesos más pesados del trabajo, desarrollando a toda marcha la mecanización (en la industria forestal, construcción, industria hullera, carga y descarga, transporte, siderurgia, etc.). Esto no quiere decir, claro está, que haya que abandonar el trabajo manual. Al contrario, el trabajo manual todavía durante mucho tiempo va a jugar un papel de los más importantes en la producción. Lo que esto quiere decir es que la mecanización de los procesos de trabajo constituye para nosotros esa fuerza *nueva* y *decisiva* sin la cual no es posible sostener ni nuestros ritmos ni las nuevas escalas de producción.

Existe todavía entre nosotros un número considerable de dirigentes de la industria que «no creen» en la mecanización ni en los contratos con los koljoses. Son los mismos dirigentes que no comprenden la nueva situación, no quieren trabajar de una manera nueva y suspiran por los «viejos y buenos tiempos» en los que la mano de obra «acudía por sí misma» a las empresas. Es innecesario decir que tales dirigentes están tan alejados de las nuevas tareas que la nueva situación nos plantea, en relación con la edificación económica, como lo está el cielo de la tierra. Piensan, evidentemente, que las dificultades de mano de obra son un fenómeno casual; que la falta de mano de obra desaparecerá por sí misma, como si dijéramos de una manera espontánea. Esto es un error, camaradas. Las dificultades de mano de obra no pueden desaparecer por sí mismas. No pueden desaparecer más que a costa de nuestros propios esfuerzos.

Así, pues: *reclutar de manera organizada la mano de obra por medio de contratos con los koljoses, mecanizar el trabajo;* ésta es la tarea.

En esto consiste la primera nueva condición que exige el desarrollo de nuestra industria.

Pasemos al examen de la segunda condición.

II

EL SALARIO DE LOS OBREROS

Acabo de hablar de reclutamiento organizado de los obreros para nuestras empresas. Pero reclutar obreros no es todo. Para asegurar mano de obra a nuestras empresas, es necesario ligar los obreros a la producción y hacer que el efectivo obrero en la empresa sea más o menos estable. Apenas es necesario demostrar que sin un efectivo permanente de obreros, que hayan asimilado en mayor o menor grado la técnica de la producción y estén acostumbrados a los nuevos mecanismos, es imposible marchar hacia adelante e imposible ejecutar los planes de

producción. De otra manera, se está obligado continuamente a instruir de nuevo a los obreros y malgastar la mitad del tiempo en su aprendizaje, en lugar de utilizarlo en la producción.

¿Qué pasa en realidad ahora entre nosotros? ¿Se puede decir que el efectivo obrero en las empresas sea más o menos permanente? No, desgraciadamente, no se puede decir eso. Al contrario, existe todavía en las empresas lo que se llama la *fluctuación* de la mano de obra. Hay más; en una serie de empresas, la fluctuación de la mano de obra, lejos de desaparecer, por el contrario, crece y se acentúa. En todo caso, encontraréis pocas empresas en las que el efectivo de obreros no cambie a lo largo de un semestre y hasta de un trimestre, por lo menos en la proporción de un 30 ó un 40 por 100.

Antes, en el período de la restauración de la industria, cuando nuestro utillaje técnico no era complicado y las escalas de producción no eran grandes, se podía «tolerar» más o menos lo que se llama la fluctuación de la mano de obra. Ahora es otra cosa. Ahora la situación ha cambiado radicalmente. Ahora, en el período de gran desarrollo de la reconstrucción, cuando las escalas de producción son inmensas y el utillaje técnico es complicado en extremo, la fluctuación de la mano de obra se ha convertido en un azote de la producción, que desorganiza nuestras empresas. «Tolerar» ahora la fluctuación de la mano de obra significa desorganizar nuestra industria, acabar con la posibilidad de ejecutar los planes de producción, con la posibilidad de mejorar la calidad de los productos.

¿Cuál es la causa de la fluctuación de la mano de obra?

La organización defectuosa del sistema de salarios, el sistema defectuoso de la escala de tarifas, la nivelación «izquierdista» de los salarios. En una serie de empresas las tarifas de salarios están establecidas de tal manera, que la diferencia entre el trabajo calificado y el no calificado, entre el trabajo penoso y el trabajo fácil desaparece o casi desaparece. La nivelación da por resultado que el obrero no calificado no tiene interés en pasar a la categoría de los obreros calificados y de esta manera se encuentra privado de la perspectiva de superación, lo que hace que se sienta como «ave de paso» en la producción, en la que no trabaja más que temporalmente para hacerse con un poco de dinero y marchar a otra parte a «buscar fortuna». La nivelación da por resultado que el obrero calificado se ve obligado a ir de empresa en empresa para encontrar por fin una donde se sepa apreciar adecuadamente su trabajo calificado.

De aquí el movimiento «general» de empresa en empresa, la fluctuación de la mano de obra.

Para hacer desaparecer este mal, es necesario suprimir la nivelación y romper el antiguo sistema de tarifas. Para hacer desaparecer este mal es necesario organizar un sistema de tarifas que tenga en cuenta las diferencias entre el trabajo calificado y el trabajo no calificado, entre el trabajo penoso y el trabajo ligero. No se puede tolerar que un laminador

de la siderurgia gane lo mismo que un barrendero. No se puede tolerar que un maquinista de ferrocarriles reciba igual salario que un copista. Marx y Lenin dicen que la diferencia entre el trabajo calificado y el no calificado existirá aún bajo el sistema socialista, e incluso después de la supresión de las clases, que solamente bajo el comunismo es cuando deberá desaparecer esta diferencia, y por esto, incluso bajo el socialismo, «el salario» debe ser pagado según el trabajo rendido y no según las necesidades. Pero nuestros niveladores dirigentes de la industria y de los sindicatos no están de acuerdo con esto y piensan que esta diferencia ha desaparecido ya bajo nuestro régimen soviético. ¿Quién está en lo cierto, Marx y Lenin o los niveladores? Hay que creer que los que tienen la razón son Marx y Lenin. Pero de ello resulta que quien establece ahora el sistema de tarifas bajo «los principios» niveladores, sin tener en cuenta la diferencia entre el trabajo calificado y el no calificado, ése rompe con el marxismo y rompe con el leninismo.

En cada rama de la industria, en cada empresa, en cada taller, existen grupos destacados de obreros más o menos calificados a los que hay que ligar a la producción, ante todo y sobre todo, si queremos de verdad asegurar la estabilidad del efectivo obrero en la empresa. Estos grupos destacados de obreros constituyen por sí mismos el núcleo fundamental de la producción. Ligarlos a la empresa, al taller, significa ligar a ella todo el efectivo de los obreros, es atacar en su raíz la fluctuación de la mano de obra. Pero ¿cómo ligarlos a la empresa? Ello es solamente posible mediante ascensos, mediante la elevación de los salarios, organizando de tal manera los salarios, que permita apreciar debidamente la calificación del trabajador. Pero ¿qué significa ascenderlos y elevar el nivel de su salario? Además de otras cosas, esto significa abrir horizontes a los obreros no calificados y estimularlos para avanzar, para hacerlos entrar en la categoría de obreros calificados. Todos sabéis que ahora necesitamos cientos de miles y millones de obreros calificados. Mas para formar obreros calificados hay que estimular a los obreros que todavía no lo son y abrir ante ellos perspectivas de un avance en su trabajo, de un ascenso. Y cuanto más decididamente emprendamos este camino, tanto mejor, porque en ello estriba el mejor remedio para liquidar la fluctuación de la mano de obra. Economizar en este aspecto es cometer un crimen, ir contra los intereses de nuestra industria socialista.

Pero esto no es todo.

Para ligar a los obreros a la empresa es necesario continuar mejorando la alimentación y las condiciones de vivienda de los obreros. No se puede negar que en el aspecto de la construcción de viviendas y en el del aprovisionamiento de los obreros se ha hecho mucho durante estos últimos años. Pero lo hecho resulta del todo insuficiente para cubrir rápidamente las crecientes necesidades de los obreros. No se puede invocar el hecho de que antes había menos viviendas que ahora y que, por lo tanto, se puede uno contentar con los resultados obtenidos. No se debe

invocar tampoco el hecho de que antes el aprovisionamiento de los obreros era peor que ahora y que, por lo tanto, cabe contentarse con la situación existente. Sólo gentes podridas y rancias hasta la médula pueden consolarse invocando el pasado. Lo que hay que tomar como punto de partida no es el pasado, sino las necesidades crecientes de los obreros en el presente. Es necesario comprender que las condiciones de existencia de los obreros han cambiado entre nosotros radicalmente. El obrero de hoy no es el que era antes. El obrero de hoy, nuestro obrero soviético, quiere vivir con sus necesidades materiales y culturales cubiertas, tanto desde el punto de vista de su aprovisionamiento de productos alimenticios y desde el de la vivienda, como desde el de la satisfacción de sus necesidades culturales y todas las demás. Tiene derecho a esto y nosotros tenemos el deber de proporcionarle estas condiciones. Es verdad que ahora no sufre de la falta de trabajo, que está libre del yugo capitalista, que ya no es un esclavo, sino el dueño de su trabajo. Pero esto no es bastante. El obrero exige que todas sus necesidades materiales y culturales sean satisfechas y nosotros tenemos el deber de dar satisfacción a tales reivindicaciones. No olvidemos que nosotros tenemos con él ciertas exigencias: le exigimos disciplina en el trabajo, un trabajo intenso, la emulación y el trabajo de choque. No olvidéis que la enorme mayoría de los obreros han aceptado estas exigencias del Poder Soviético con un gran entusiasmo y las cumplen heroicamente. Por eso, no os asombréis si, ya que cumplen las exigencias del Poder Soviético, los obreros a su vez exigen de él el cumplimiento de sus compromisos en cuanto al mejoramiento continuo de su situación material y cultural.

Por lo tanto: *liquidar la fluctuación de la mano de obra, suprimir la nivelación, organizar de una manera justa los salarios, mejorar las condiciones de existencia de los obreros;* tal es la tarea.

He aquí en lo que consiste la segunda nueva condición del desarrollo de nuestra industria.

Pasemos al examen de la tercera condición.

III

ORGANIZACION DEL TRABAJO

He hablado antes de la necesidad de liquidar la fluctuación de la mano de obra y de su fijación en las empresas. Pero la fijación del personal no agota todo el problema. Es poco el conseguir la supresión de la fluctuación. Hay que colocar además a los obreros en condiciones tales de trabajo, que les permitan trabajar con esmero, elevar el rendimiento, mejorar la calidad de la producción. Se trata, por consiguiente, de organizar el trabajo en las empresas de tal manera, que el rendimiento aumente de mes en mes, de trimestre en trimestre.

¿Puede decirse que la organización del trabajo tal como hoy existe en nuestras empresas responde a las exigencias modernas de la producción? Desgraciadamente, esto no puede afirmarse. En todo caso, todavía existen entre nosotros una serie de empresas en las que la organización del trabajo es extremadamente defectuosa, donde en lugar de orden y coordinación en el trabajo lo que hay es desorden y confusión; donde en lugar de responsabilidad en el trabajo lo que reina es una total irresponsabilidad y la *impersonalización de la responsabilidad.*

¿Qué es la impersonalización de la responsabilidad? Es la ausencia de toda responsabilidad en el trabajo que se confía, la falta de responsabilidad frente a los mecanismos, las máquinas y las herramientas. Hay que comprender que sin responsabilidad personal no puede existir ningún aumento ni siquiera un poco serio en la productividad del trabajo, en la mejora de la calidad de los productos, en el cuidado y la atención con los mecanismos, con las máquinas, con las herramientas. Todos sabéis a lo que condujo la falta de responsabilidad personal en los transportes por ferrocarril. A los mismos resultados conduce en la industria. Hemos suprimido la falta de responsabilidad personal en el transporte ferroviario y mejorado su trabajo. Debemos hacer otro tanto en la industria, con el fin de elevar su trabajo a un grado superior.

Antes podíamos bien que mal «contentarnos» con esta mala organización en el trabajo que tan bien se aviene con la falta de responsabilidad personal y con la falta de responsabilidad de cada uno para un trabajo concreto dado. Ahora es muy distinto. Ahora la situación es completamente otra. Con las grandiosas escalas de producción actuales y con la existencia de empresas gigantes, la falta de responsabilidad personal es un azote de la industria de tal importancia, que constituye una amenaza para todas nuestras realizaciones en cuanto a la producción y a su organización en las empresas.

¿Cómo ha podido la falta de responsabilidad personal tomar carta de naturaleza en una serie de nuestras empresas? Se ha introducido en las empresas como una secuela ilegítima de la semana ininterrumpida. Sería equivocado decir que la semana ininterrumpida lleva consigo forzosamente la falta de responsabilidad personal en la producción. Con una debida organización del trabajo, con la organización de la responsabilidad personal ante el trabajo, con la asignación de determinados grupos de obreros para los mecanismos y máquinas, con una acertada organización de relevos que no cedan unos a otros en cuanto a la calidad y calificación de sus componentes, con todas estas condiciones reunidas, la semana ininterrumpida produce un aumento enorme del rendimiento y del mejoramiento de la calidad del trabajo y elimina la falta de responsabilidad personal. Así sucede, por ejemplo, en los ferrocarriles en los que se practica en la actualidad la semana de trabajo ininterrumpido, pero donde ya no existe falta de responsabilidad personal. ¿Podemos decir que en las empresas industriales tengamos un cuadro tan favorable

en lo que respecta a la semana ininterrumpida? Desgraciadamente, no se puede decir tal cosa. De hecho, una serie de empresas nuestras adoptaron la semana ininterrumpida demasiado a la ligera, sin preparar previamente las condiciones necesarias, sin organizar de manera debida los relevos, iguales en lo posible por su calidad y por su calificación, sin responsabilizar a cada uno en un trabajo concreto dado. Esto ha tenido como consecuencia que la semana ininterrumpida, abandonada a la espontaneidad, se ha convertido en falta de responsabilidad personal. Como resultado tenemos en una serie de empresas una semana ininterrumpida en el papel, verbal, y una falta de responsabilidad que no está en el papel, sino que es real. La consecuencia es una ausencia de sentido de responsabilidad por el trabajo, falta de cuidado con los mecanismos, deterioro en masa de las máquinas y falta de estímulo para elevar la productividad del trabajo. Por eso no les falta razón a los obreros cuando dicen: «nosotros elevaríamos el rendimiento del trabajo y lo mejoraríamos, pero ¿quién apreciaría entonces el esfuerzo cuando nadie responde de nada?»

De todo esto resulta que algunos de nuestros camaradas se han apresurado demasiado acá y allá a introducir la semana ininterrumpida y en su precipitación la han desnaturalizado y la han convertido en falta de responsabilidad personal. Para liquidar esta situación y suprimir la irresponsabilidad personal existen dos soluciones. O bien modificar las condiciones de aplicación de la semana ininterrumpida, siguiendo el ejemplo de lo hecho en los transportes por ferrocarril, de una manera tal que no pueda convertirse en falta de responsabilidad personal; o bien allí donde faltan las condiciones favorables para tal experiencia, abandonar la semana ininterrumpida que existe en el papel y volver provisionalmente a la semana interrumpida de seis días, como se ha hecho recientemente en la fábrica de tractores de Stalingrado, al tiempo que se preparan las condiciones para volver a la semana ininterrumpida no ficticia, sino real; para volver a la semana ininterrumpida, pero sin irresponsabilidad personal.

No existen otras soluciones.

No puede dudarse que nuestros dirigentes de la industria comprenden esto suficientemente bien. Pero se callan. ¿Por qué? Porque por lo visto temen la verdad. Pero ¿desde cuándo los bolcheviques temen a la verdad? ¿No es cierto que en una serie de empresas la semana ininterrumpida ha traído como consecuencia la falta de responsabilidad personal, que la semana ininterrumpida se ha desnaturalizado así hasta un grado extremo? Se pregunta uno: ¿para qué puede servir una semana ininterrumpida de tal naturaleza? ¿Quién se atreverá a afirmar que el interés de mantener esta ficticia y desnaturalizada semana ininterrumpida es más alto que el interés de una organización acertada del trabajo, más alto que el interés de un desarrollo del rendimiento del trabajo, más alto que el interés de una semana ininterrumpida real, superior al interés de nuestra industria

socialista? ¿No es evidente que cuanto antes enterremos la semana ininterrumpida ficticia, antes lograremos organizar la semana ininterrumpida no ficticia, sino real?

Algunos camaradas creen que la falta de responsabilidad personal se puede destruir como por encanto, por medio de discursos grandilocuentes. En todo caso, yo conozco un cierto número de dirigentes de la industria que en su lucha contra la irresponsabilidad personal se reducen a intervenir en las reuniones profiriendo maldiciones contra ella; creen, por lo visto, que después de tales discursos la falta de responsabilidad personal va a desaparecer por sí misma o, como si dijéramos, de manera espontánea. Se equivocan profundamente si piensan que se la puede eliminar en la práctica por medio de discursos y por arte de encantamiento. No, camaradas, la falta de responsabilidad no desaparecerá nunca por sí misma. Sólo nosotros podemos y debemos destruirla, porque nosotros con vosotros estamos en el Poder y nosotros junto con vosotros somos los responsables de todo, incluso de la falta de responsabilidad personal. Yo creo que sería mucho mejor que nuestros dirigentes de la industria, en lugar de ocuparse de discursos y encantamientos, se instalasen durante un mes o dos, pongo por caso, en la mina o en la fábrica y estudiasen todos los detalles y «pequeñeces» de la organización del trabajo, que destruyeran allí prácticamente la falta de responsabilidad y después extendieran la experiencia de la empresa dada a otras empresas. Esto valdría más. Esto constituiría una lucha efectiva contra la falta de responsabilidad personal, un esfuerzo por conseguir una acertada organización bolchevique del trabajo, una lucha por una distribución conveniente de las fuerzas de la empresa.

Así, pues: *liquidar la falta de responsabilidad personal, mejorar la organización del trabajo, repartir convenientemente las fuerzas en la empresa;* tal es la tarea.

He aquí en lo que consiste la tercera nueva condición del desarrollo de nuestra industria.

Pasemos al examen de la cuarta condición.

IV

LA CUESTION DE LOS INTELECTUALES TECNICOS DE LA PRODUCCION SALIDOS DE LA CLASE OBRERA

La situación ha cambiado igualmente en lo que concierne a los cuadros dirigentes de la industria en general y del personal de ingenieros y técnicos en particular.

Antes sucedía entre nosotros que la fuente fundamental de toda nuestra industria la constituía la base hullera y metalúrgica de Ucrania. Ella era la que proveía de metales a todas nuestras regiones industriales,

tanto las del Sur como las de Moscú y Leningrado. También era ella la que proveía de carbón a nuestras principales empresas de la U.R.S.S. No incluyo aquí los Urales, dado que la importancia de los Urales en comparación con la de la cuenca del Donetz representaba una cantidad insignificante. De este modo disponíamos de tres centros principales para la formación de cuadros dirigentes de la industria: el Sur, la región de Moscú y la de Leningrado. Se comprende que, en tal situación, bien que mal podíamos arreglarnos con un mínimo de ingenieros y técnicos como el de que podía entonces disponer nuestro país.

Esto sucedía en un pasado reciente.

Pero ahora tenemos una situación completamente distinta. Ahora es evidente, según yo creo, que conservando los ritmos actuales de desarrollo y las gigantescas escalas de producción no puede ya bastarnos solamente la base hullera y metalúrgica de Ucrania. Vosotros sabéis que ya no nos basta con la hulla y el metal de Ucrania, a pesar del aumento de su producción. Sabéis que por ello nos hemos visto obligados a crear una nueva base hullera y metalúrgica en el Este: la de los Urales-cuenca de Kusnietsk. Sabéis que esta base la estamos creando con todo éxito. Pero esto no es suficiente. Nos era preciso crear, además, una metalurgia en la misma Siberia, para dar satisfacción a sus crecientes necesidades; y la estamos creando. Hemos tenido que crear, además de esto, una nueva base de metales no ferruginosos en el Kasajstán y en el Turquestán. Y, finalmente, hemos tenido que ejecutar grandes trabajos de tendido de líneas férreas. Así nos lo dictan los intereses de toda la U.R.S.S. en conjunto, los de las Repúblicas periféricas tanto como los intereses del centro.

De esto se desprende que no podemos ya contentarnos con un número de ingenieros, de técnicos y de dirigentes de industria como el que nos bastaba antes. De esto se desprende que los viejos centros de formación de ingenieros y técnicos no bastan ya, y es necesario crear toda una red de nuevos focos en los Urales, en Siberia, en el Asia central. Nos es imprescindible ahora asegurarnos un número tres, cinco veces mayor de ingenieros, técnicos y dirigentes de la industria, si queremos de verdad realizar el programa de industrialización socialista de la U.R.S.S.

Pero necesitamos no dirigentes, ingenieros y técnicos *cualesquiera*. Precisamos, por el contrario, *tales* dirigentes, ingenieros y técnicos, que sean capaces de comprender la política de la clase obrera de nuestro país, de asimilarse esta política y que sean aptos para aplicarla conscientemente. ¿Qué significa esto? Significa que nuestro país ha entrado en una fase de desarrollo en la que *la clase obrera debe formar sus propios intelectuales técnicos de la producción*, capaces de defender sus intereses en la producción como intereses de la clase dominante.

No ha habido una clase dominante que haya podido prescindir de sus propios intelectuales. No hay, por tanto, razón para pensar que la

clase obrera de la U.R.S.S. pueda prescindir de sus propios intelectuales técnicos de la producción.

El Poder Soviético tuvo en cuenta esta circunstancia y ha abierto las puertas de las escuelas superiores en todas las ramas de la economía nacional a los hombres de la clase obrera. Como sabéis, decenas de miles de jóvenes obreros y campesinos estudian ahora en las escuelas superiores. Si antes, bajo el capitalismo, las escuelas superiores constituían un monopolio de los señoritos, ahora bajo el régimen soviético es la juventud obrera y campesina la que constituye en ellas la fuerza dominante. No hay duda de que pronto saldrán de nuestras escuelas superiores miles de nuevos técnicos e ingenieros, nuevos capitanes de nuestra industria.

Pero esto no es más que un lado de la cuestión. El otro estriba en que la intelectualidad técnica procedente de la clase obrera se formará no solamente con las gentes procedentes de las escuelas superiores, sino que será reclutada también entre los trabajadores prácticos de nuestras empresas, entre los obreros calificados, entre los hombres cultos de la clase obrera de la fábrica, del taller y de la mina. Los iniciadores de la emulación, los jefes de brigadas de choque, los inspiradores prácticos del entusiasmo en el trabajo, los organizadores de los trabajos en tales o cuales sectores de la edificación, ésa es la nueva capa de la clase obrera, que, con los camaradas salidos de las escuelas superiores, debe formar el núcleo de la intelectualidad de la clase obrera, el núcleo de los cuadros dirigentes de nuestra industria. Lo que hay que hacer es no rechazar a estos camaradas llenos de iniciativa, promoverlos más decididamente a los puestos de mando, darles los medios para poner de manifiesto su capacidad de organización, darles la posibilidad de completar sus conocimientos y crear para ellos un ambiente apropiado, sin escatimar recursos.

Entre estos camaradas hay un buen número de hombres sin partido. Pero esto no puede ser un obstáculo para promoverlos audazmente a los puestos de dirección. Por el contrario, precisamente a ellos, a estos camaradas sin partido, es a los que se debe rodear de una atención particular, ayudarles a llegar a los puestos de mando para que se den cuenta por los hechos de que el Partido sabe apreciar a los trabajadores capaces y de talento. Algunos camaradas creen que para los puestos de dirección de las fábricas, de los talleres, no se puede designar más que a camaradas del Partido. Por ello rechazan frecuentemente a camaradas sin partido capaces y llenos de iniciativa, para colocar en los primeros puestos a camaradas del Partido, a pesar de que sean menos aptos y carezcan de iniciativa. No hace falta explicar que nada hay más estúpido y más reaccionario que tal, permítaseme llamarla así, «política». Apenas si cabe demostrar que con una «política» de tal naturaleza lo único que se consigue es desacreditar el Partido y distanciar de él a los obreros sin partido. Nuestra política no consiste en absoluto en convertir el Partido en una casta cerrada. Nuestra política estriba en que entre los

obreros miembros del Partido y los obreros sin partido exista una atmósfera de «confianza mutua», una atmósfera de «control mutuo» *(Lenin)*. Nuestro Partido es fuerte entre la clase obrera, entre otras cosas, porque aplica precisamente esta política.

Así, pues: *hacer de modo que la clase obrera de la U.R.S.S. disponga de sus propios intelectuales técnicos de la producción;* ésta es la tarea.

En esto consiste la cuarta nueva condición del desarrollo de nuestra industria.

Pasemos al examen de la quinta condición.

V

INDICIOS DEL CAMBIO PRODUCIDO ENTRE LOS ANTIGUOS INTELECTUALES TECNICOS DE LA PRODUCCION

La cuestión de la actitud que debe observarse frente a los antiguos intelectuales técnicos burgueses se plantea también de otra manera.

Hace unos dos años, nuestra situación a este respecto consistía en que la parte más calificada de los antiguos intelectuales técnicos estaba contaminada de la enfermedad del sabotaje. Más aún; el sabotaje constituía entonces una especie de moda entre los de su clase. Unos saboteaban, los otros encubrían a los saboteadores, unos terceros se lavaban las manos y conservaban la neutralidad y otros, por último, oscilaban entre el Poder Soviético y los saboteadores. Es evidente que la mayoría de los antiguos intelectuales técnicos continuó trabajando con más o menos lealtad. Pero aquí tratamos ahora no de la mayoría, sino de la parte más calificada de los intelectuales técnicos.

¿Qué fué lo que dió origen al movimiento de sabotaje y qué fué lo que le dió calor? La agravación de la lucha de clases dentro de la U.R.S.S., la política de ofensiva del Poder de los Soviets contra los elementos capitalistas de la ciudad y del campo, la resistencia de estos últimos a la política del Poder de los Soviets, la complicación de la situación internacional, la dificultad de la organización de los koljoses y de los sovjoses. Si la actividad de la parte combativa de los saboteadores estaba respaldada por las maquinaciones intervencionistas de los imperialistas de los países burgueses y aumentada por las dificultades en materia de trigo en el interior del país, las oscilaciones de la otra parte de los antiguos intelectuales técnicos con tendencia hacia los saboteadores activos estaban estimuladas por las habladurías de moda entre los charlatanes trotskistas-mencheviques, que decían «que de todas maneras no saldrá nada positivo de los koljoses y sovjoses», «que el Poder de los Soviets degenera y deberá caer pronto», «que los bolcheviques con su política favorecen la intervención», etc., etc. Además, si hasta entre ciertos viejos bolcheviques, entre los que habían caído en la desviación

derechista hubo quienes no resistieron al «contagio» y durante este período oscilaron apartándose del Partido, no es cosa de asombrarse de que una cierta parte de los antiguos intelectuales técnicos que no habían respirado nunca el bolchevismo empezaran ellos también a oscilar, por la gracia de Dios.

Se comprende que en tal situación el Poder de los Soviets no podía practicar más que una sola política en relación con los viejos intelectuales técnicos: practicar una política de *aplastamiento* de los saboteadores activos, de *diferenciación* de los neutros y de *atracción* de los leales.

Esto sucedía hace un año o dos.

¿Se puede decir que nuestra situación sea hoy exactamente la misma? No, esto no puede decirse. Al contrario, entre nosotros se ha creado ahora una situación absolutamente diferente. Empezando por el hecho de que hemos derrotado y estamos reduciendo con éxito a los elementos capitalistas de la ciudad y del campo. Claro que esto no puede alegrar a los antiguos intelectuales. Es muy probable que ellos continúen expresando su condolencia a sus derrotados amigos. Pero no sucede nunca que los simpatizantes, y menos aún los neutrales y dudosos, compartan voluntariamente la suerte de sus amigos activos después de que estos últimos han sufrido una derrota tan cruel e irreparable. Además, hemos superado las dificultades de trigo, y no solamente superado, sino que exportamos al extranjero una cantidad de trigo como no habíamos todavía alcanzado a exportar desde que existe el Poder de los Soviets. Por lo tanto, este «argumento» de los dudosos cae también por su base. Además, ahora hasta los ciegos ven que en el frente de la creación de los koljoses y sovjoses hemos vencido decididamente, alcanzando inmensos éxitos. Por lo tanto, el argumento más importante del «arsenal» de los antiguos intelectuales se ha convertido en la nada. En lo que respecta a las esperanzas intervencionistas de los intelectuales burgueses, hay que convenir en que, por lo menos hasta ahora, se han revelado como castillos en el aire. En efecto, durante seis años se les ha prometido la intervención armada y ni una vez se llegó a intentar. Es ya hora de reconocer que a nuestros perspicaces intelectuales burgueses se los llevaba sencillamente de la nariz. Nada digo sobre la conducta misma de los saboteadores activos durante el conocido proceso de Moscú, que debió desprestigiar y en efecto desprestigió la idea del sabotaje.

Se comprende que estas nuevas circunstancias no hayan podido dejar de influir sobre nuestros antiguos intelectuales técnicos. La nueva situación debía forzosamente crear, y creó en efecto, un nuevo estado de espíritu entre los viejos intelectuales técnicos. Esto es precisamente lo que explica el hecho de que existan indicios seguros de un viraje hacia el Poder de los Soviets de una cierta parte de estos intelectuales que antes simpatizaban con los saboteadores. El hecho mismo de que no solamente esta capa de viejos intelectuales, sino una parte considerable de

saboteadores declarados de ayer, comienzan a trabajar en una serie de fábricas y talleres al lado de la clase obrera, atestigua indudablemente que el viraje entre los antiguos intelectuales técnicos ha comenzado ya. Lo que no significa, claro está, que en nuestro país se hayan acabado los saboteadores. De ninguna manera. Saboteadores hay y habrá mientras perduren las clases entre nosotros y mientras subsista el cerco capitalista. Lo que ocurre es que, desde el momento en que una considerable parte de los viejos intelectuales técnicos, que tiempos atrás simpatizaban de una manera u otra con los saboteadores, se ha vuelto ahora hacia el Poder de los Soviets, los saboteadores activos se han quedado reducidos a un número muy pequeño, están aislados y deben por el momento circunscribirse a una actividad profundamente clandestina.

De esto se deduce que, de acuerdo con esto, nuestra política también debe cambiar frente a los antiguos intelectuales técnicos. Si en el período álgido de sabotaje nuestra actitud hacia los viejos intelectuales se ha caracterizado, sobre todo, como una política de aplastamiento, ahora, en el momento del viraje de estos intelectuales hacia el Poder de los Soviets, nuestra actitud hacia ellos debe manifestarse, principalmente, en una política que tienda a atraerlos y a rodearlos de atenciones. Sería injusto y antidialéctico continuar la vieja política en las nuevas y modificadas condiciones. Sería tonto e irracional ver ahora casi en cada especialista o ingeniero de la vieja escuela un presunto criminal y saboteador. La «especialistofobia» ha sido siempre y sigue siendo considerada ahora entre nosotros como un fenómeno perjudicial y vergonzoso.

En resumen: *modificar la actitud frente a los ingenieros y técnicos de la vieja escuela, prestarles más atención y solicitud, atraerlos más decididamente al trabajo;* he aquí la tarea.

En esto consiste la quinta nueva condición del desarrollo de nuestra industria.

Pasemos al examen de la última condición.

VI

SOBRE EL PRINCIPIO DE LA RENTABILIDAD

El cuadro resultaría incompleto si yo no me refiriese a una nueva condición más. Se trata de las fuentes de acumulación para la industria, para la economía nacional, y de la intensificación de los ritmos de esta acumulación.

¿En qué consiste lo nuevo y particular en el desenvolvimiento de nuestra industria, desde el punto de vista de la acumulación? En que las viejas fuentes de acumulación empiezan ya a ser insuficientes para seguir desarrollando la industria. En que, por consiguiente, es necesario encontrar nuevas fuentes de acumulación e incrementar las antiguas, si

queremos de verdad mantener y desarrollar los ritmos bolcheviques de la industrialización.

Por la historia de los países capitalistas se sabe que no ha habido ni un solo Estado joven deseoso de elevar su industria a un grado superior, que haya podido hacerlo sin la ayuda exterior en forma de créditos y empréstitos a largo plazo. Partiendo de esto, los capitalistas de los países occidentales negaron a rajatabla a nuestro país créditos y empréstitos, creyendo que la falta de éstos socavaría seguramente la industrialización de nuestro país. Pero los capitalistas se equivocaron. No tuvieron en cuenta que nuestro país, a diferencia de los países capitalistas, dispone de algunas fuentes peculiares de acumulación suficientes para establecer y desarrollar más todavía la industria. Y, en efecto, no solamente hemos restablecido la industria, no solamente hemos restablecido la agricultura y los transportes, sino que hemos logrado poner en pie la obra grandiosa de la reconstrucción de la industria pesada, de la agricultura y de los transportes. Se comprende que en esta obra hayamos consumido decenas de miles de millones de rublos. ¿De dónde hemos sacado estos miles de millones? De la industria ligera, de la agricultura, de las acumulaciones presupuestarias. Esto es lo que ocurrió entre nosotros durante los últimos tiempos.

Pero ahora la cuestión se presenta de una manera completamente distinta. Si antes las viejas fuentes de acumulación bastaban para la reconstrucción de la industria y de los transportes, ahora empiezan, evidentemente, a no ser suficientes. No se trata ahora sólo de reconstruir la vieja industria. Se trata, por el contrario, de crear una nueva industria técnicamente equipada en los Urales, en Siberia, en Kasajstán. Se trata de crear una nueva y gran producción agrícola en las regiones trigueras, una gran producción en las zonas ganaderas y en las zonas proveedoras de materias primas de la U.R.S.S. Se trata de crear una nueva red de ferrocarriles entre el Este y el Oeste de la Unión Soviética. Se comprende que las viejas fuentes de acumulación no puedan bastar para esta obra grandiosa.

Pero esto no es todo. A lo citado hay que añadir la circunstancia de que, como consecuencia de la mala gestión administrativa, los principios de rentabilidad se han encontrado enteramente comprometidos en toda una serie de nuestras empresas y organizaciones económicas. Es un hecho que en una serie de empresas y organizaciones económicas hace tiempo que se acabó de contar, de calcular y de establecer balances justificativos de los ingresos y de los gastos. Es un hecho que en una serie de empresas y de organizaciones económicas las nociones de «régimen de economía», «reducción de gastos improductivos», «racionalización de la producción» se pasaron hace tiempo de moda. Por lo visto, cuentan con que el Banco de Estado «de todas maneras librará las cantidades necesarias». Es un hecho que en los últimos tiempos los precios de coste en una serie de empresas han empezado a subir. Se les señaló

la necesidad de bajar los precios de coste en un 10 por 100 y más, y en lugar de eso los han elevado. ¿Qué es lo que significa la baja de los precios de coste? Todos sabéis que cada tanto por ciento en la baja del precio de coste significa para la industria una acumulación interior de 150 a 200 millones de rublos. Está, pues, claro que elevar los precios de coste en estas condiciones es perder para la industria y para el conjunto de la economía nacional centenas de millones de rublos.

De todo esto resulta que no es posible ya desenvolverse únicamente con la industria ligera, con sólo las acumulaciones presupuestarias, con sólo los beneficios de la agricultura. La industria ligera constituye una riquísima fuente de acumulación y tiene ahora todas las probabilidades de desarrollarse más todavía, pero la capacidad de esta fuente tiene sus límites. La agricultura es una fuente de acumulación no menos rica, pero ella misma precisa ahora, en el período de su reconstrucción, de la ayuda financiera del Estado. En cuanto a las acumulaciones presupuestarias, vosotros mismos sabéis que no pueden y no deben ser ilimitadas. ¿Qué queda entonces? Queda la industria pesada. Hay, pues, que procurar que la industria pesada, y principalmente su parte de construcción mecánica, produzca también acumulaciones de recursos. Por consiguiente, al tiempo que se refuerzan y desarrollan las viejas fuentes de acumulación, hay que hacer lo necesario para que la industria pesada y ante todo la construcción de máquinas produzca también acumulación.

Esta es la salida.

¿Qué hace falta para esto? Suprimir el desbarajuste administrativo, movilizar los recursos interiores de la industria, introducir y fortalecer la aplicación del principio de rentabilidad en todas nuestras empresas, bajar de manera sistemática el precio de coste, intensificar la acumulación interior en todas las ramas de la industria, sin excepción.

Esta es la solución.

Así, pues: *implantar y fortalecer la aplicación del principio de rentabilidad, intensificar la acumulación interior de la industria;* tal es la tarea.

VII

TRABAJAR DE MANERA NUEVA, DIRIGIR DE FORMA NUEVA

Tales son, camaradas, las nuevas condiciones del desarrollo de nuestra industria.

La importancia de estas nuevas condiciones estriba en que ellas crean una situación nueva en la industria, una situación que exige nuevos procedimientos de trabajo, nuevos métodos de dirección.

Así, pues:

a) Resulta de este modo que no se debe seguir ya contando como antes con la afluencia espontánea de mano de obra. Para asegurar mano de obra a la industria es preciso reclutarla de un modo organizado y hay que mecanizar el trabajo. Creer que se puede prescindir de la mecanización con los ritmos de trabajo y las escalas de nuestra producción significa querer vaciar el océano a cucharadas.

b) Resulta también que no se puede tolerar por más tiempo la fluctuación de la mano de obra en la industria. Para verse libres de este mal es necesario organizar el abono de los salarios de forma nueva y hacer que el efectivo de trabajadores en las empresas sea lo más estable posible.

c) Resulta, además, que no se puede seguir tolerando la falta de responsabilidad personal en la producción. Para librarse de este mal es necesario organizar de forma nueva el trabajo, es necesario distribuir la mano de obra de tal manera, que cada grupo de obreros sea responsable de su trabajo, de las máquinas, de los útiles y de la calidad del trabajo.

d) Resulta, además, que no es posible seguir contentándose como antes con el mínimo de viejas fuerzas de ingenieros y técnicos que heredamos de la Rusia burguesa. Para aumentar los ritmos y las escalas actuales de producción es necesario hacer que la clase obrera disponga de sus propios intelectuales, técnicos de la producción.

e) Resulta, además, que no se puede ya como antes arrojar al mismo montón a todos los especialistas e ingenieros y técnicos de la vieja escuela. Para responder al cambio de la situación hay que modificar nuestra política y dedicar el máximo de solicitud a los especialistas, ingenieros y técnicos que se orientan decididamente hacia la clase obrera.

f) Resulta, finalmente, que no es posible seguir reduciéndose como antes a las viejas fuentes de acumulación. Para garantizar el desarrollo ulterior de la industria y de la agricultura es necesario poner a contribución nuevas fuentes de acumulación, liquidar el desbarajuste administrativo, introducir el principio de rentabilidad, bajar el precio de coste e intensificar la acumulación interior de la industria.

Estas son las nuevas condiciones del desarrollo de la industria, que exigen nuevos procedimientos de trabajo, nuevos procedimientos de dirección en la edificación económica.

¿Qué es preciso para organizar la dirección de una forma nueva?

Lo primero que se necesita es que nuestros dirigentes de la industria comprendan la nueva situación, estudien concretamente las nuevas condiciones del desarrollo de la industria y organicen su trabajo según las exigencias de la nueva situación.

En segundo lugar, es preciso que los cuadros de nuestra industria dirijan las empresas no de una manera «general» ni «en el aire», sino concreta y efectivamente, que ellos se planteen cada cuestión no como

un motivo de charla, sino para tratarla de una manera estrictamente práctica; que no se reduzcan a contestaciones protocolarias o a frases y consignas de tipo general, sino que profundicen en la técnica del oficio, que penetren en los detalles del trabajo, que analicen hasta «las cosas pequeñas», porque es precisamente con estas «cosas pequeñas» con las que ahora se edifican las grandes.

Para esto hace falta también que nuestros voluminosos trusts actuales, que constan a veces de cien a doscientas empresas, sean reducidos, fraccionándolos inmediatamente en varios trusts. Se comprende que un presidente de trust que tenga que entenderse con cien y más empresas no pueda conocer a fondo sus fábricas, ni sus posibilidades, ni su trabajo. Es evidente que no conociendo las fábricas no tiene posibilidad de dirigirlas. Por consiguiente, para permitir a los presidentes de los trusts estudiar las fábricas y dirigirlas efectivamente, es necesario descargarlos del excedente de fábricas, es necesario dividir los trusts en varios trusts y aproximarlos a las mismas.

Para ello es preciso que nuestros trusts pasen de la dirección por consejos de administración a la dirección unipersonal. Ahora sucede que en los consejos de administración de los trusts existen 10 ó 15 personas que escriben papeles y discuten. No se puede seguir dirigiendo así, camaradas. Hay que acabar con la «dirección» del papeleo y entrar de lleno en un trabajo real, práctico, bolchevique. Que a la cabeza del trust quede el presidente y algunos suplentes. Esto será más que suficiente para administrar el trust. Y en cuanto a los otros miembros del consejo de administración, sería preferible bajarlos a las fábricas y los talleres. Esto sería tan útil para ellos como para el trabajo.

Para esto es preciso también que los presidentes de los trusts y sus sustitutos visiten más frecuentemente las fábricas y estén más tiempo en ellas, para llevar a cabo su trabajo, conozcan mejor a los cuadros de las fábricas y no sólo los aleccionen, sino que también aprendan de ellos. Creer que se puede dirigir ahora desde una oficina, quedándose en un despacho, lejos de las fábricas, es estar desorientado. Para dirigir las fábricas hay que estar más continuamente en contacto con los cuadros de las empresas, hay que establecer con ellos una conexión viva.

Y, finalmente, dos palabras sobre nuestro plan de producción para 1931. Existen alrededor de nuestro Partido filisteos que aseguran que nuestro programa de producción es fantástico e irrealizable. Estos son del género de los «prudentísimos pececillos» de Schedrín que están siempre dispuestos a extender a su alrededor el «vacío de la falta de inteligencia». ¿Nuestro programa de producción es real? Indudablemente, sí. Es real aunque no fuera más que porque disponemos de todas las condiciones necesarias para su realización. Es real, aunque sólo sea porque su ejecución depende ahora exclusivamente de nosotros mismos, de nuestra capacidad, de nuestro deseo de utilizar las riquísimas posibilidades de que disponemos. Si no, ¿cómo explicarse que toda una serie

de empresas y de ramas de la industria han *sobrepasado* el plan? Sería tonto pensar que el plan de producción se reduce a una enumeración de cifras y tareas. En realidad, el plan de producción es la actividad viva y práctica de millones de personas. La realidad de nuestro plan de producción son los millones de trabajadores que están creando una vida nueva. La realidad de nuestro programa son los hombres vivos, somos todos nosotros, nuestra voluntad de trabajo, nuestra predisposición para trabajar de forma nueva, nuestra decisión de ejecutar el plan. ¿Existe entre nosotros esta decisión? Sí, existe. Por consiguiente, nuestro programa de producción puede y debe ser realizado. *(Aplausos prolongados.)*

SOBRE ALGUNAS CUESTIONES DE LA HISTORIA DEL BOLCHEVISMO

CARTA A LA REDACCION DE LA REVISTA «PROLETARSKAIA REVOLUTSIA» («LA REVOLUCION PROLETARIA»)

Estimados camaradas:

Protesto decididamente contra la publicación en la revista «Proletárskaia Revolutsia» (núm. 6, 1930) del artículo semitrotskista de Slutski contra el Partido, «Los bolcheviques sobre la socialdemocracia alemana en el período de su crisis de anteguerra», como artículo de discusión.

Slutski afirma que Lenin (los bolcheviques) desestimaba el peligro del *centrismo* en la socialdemocracia alemana y, en general, en la socialdemocracia de anteguerra, es decir, desestimaba el peligro del oportunismo encubierto, el peligro del conciliacionismo con el oportunismo. Dicho de otra manera, según Slutski, resulta que Lenin (los bolcheviques) no llevó a cabo una lucha implacable contra el oportunismo, puesto que la desestimación del centrismo es, en el fondo, la renuncia a una lucha desplegada contra el oportunismo. Resulta de esta manera que Lenin, en el período anterior a la guerra, no era aún un auténtico bolchevique, que sólo en el período de la guerra imperialista, o incluso al fin de esta guerra, Lenin se convirtió en un auténtico bolchevique. Esto es lo que sostiene Slutski en su artículo. Y vosotros, en vez de condenar a este «historiador» de nuevo cuño como calumniador y falsificador, os enzarzáis en discusiones con él, le dais tribuna. No puedo dejar de protestar contra la publicación, en vuestra revista, del artículo de Slutski como artículo de discusión, puesto que no es posible convertir en objeto de discusión una cuestión como el *bolchevismo* de Lenin, la cuestión de si Lenin *llevó a cabo* una implacable lucha de principios contra el centrismo, como uno de tantos aspectos del oportunismo, o *no la llevó*, si Lenin *fué* un verdadero bolchevique o *no lo fué*.

En vuestra explicación «De la redacción», enviada al Comité Central el 20 de octubre, vosotros reconocéis que la redacción ha cometido un error publicando el artículo de Slutski en calidad de artículo de discusión. Esto, naturalmente, está bien, a pesar de que la declaración de la redacción aparece con un gran retraso; pero vosotros cometéis en vuestra declaración un nuevo error, declarando que «la redacción considera extremadamente actual desde el punto de vista político y nece-

sario el ulterior análisis en las páginas de «Proletárskaia Revolutsia» de todo el círculo de problemas ligados con las relaciones entre los bolcheviques y la II Internacional de anteguerra». Esto significa que vosotros tenéis el propósito de meter nuevamente a la gente en una discusión sobre cuestiones que son axiomas del bolchevismo. Esto significa que la cuestión del bolchevismo de Lenin tratáis de convertirla, nuevamente, de un axioma en un problema que necesita un «análisis ulterior». ¿Por qué? ¿Con qué fundamento? Todo el mundo sabe que el leninismo nació, creció y se fortaleció en una lucha sin piedad contra el oportunismo de todas las especies y, entre ellas, contra el centrismo en Occidente (Kautsky) y contra el centrismo en nuestro país (Trotsky y otros). Esto no lo pueden negar ni siquiera los enemigos abiertos del bolchevismo. Esto es un axioma y, vosotros tratáis de llevarnos hacia atrás, intentando convertir un axioma en un problema, sujeto a «análisis ulterior». ¿Por qué? ¿Con qué fundamento? ¿Puede ser por desconocimiento de la historia del bolchevismo? ¿Quizá en aras de un liberalismo podrido, para que los Slutski y demás discípulos de Trotski no puedan decir que los obligan a callar? Es un liberalismo bastante extraño, practicado a costa de los intereses vitales del bolchevismo...

¿Qué es, precisamente, lo que la redacción considera digno de discusión en el artículo de Slutski?

1) Slutski afirma que Lenin (los bolcheviques) no llevó a cabo una línea de ruptura, de escisión con los oportunistas de la socialdemocracia alemana, con los oportunistas de la II Internacional del período de anteguerra. Vosotros queréis discutir contra esta tesis trotskista de Slutski. Pero ¿qué hay aquí de discutible? ¿Acaso no es claro que Slutski calumnia sencillamente a Lenin, a los bolcheviques? La calumnia debe ser condenada y no convertida en un objeto de discusión.

Todo bolchevique sabe, si es, realmente, un bolchevique, que Lenin mucho tiempo antes de la guerra, más o menos en 1903 ó 1904, cuando se formó en Rusia el grupo de los bolcheviques y cuando por primera vez se dieron a conocer los izquierdistas en la socialdemocracia alemana, llevaba una línea de ruptura, de escisión con los oportunistas, en nuestro país, en el Partido Socialdemócrata de Rusia, y allí, en la II Internacional, particularmente en la socialdemocracia alemana. Todo bolchevique sabe que, precisamente por esto, los bolcheviques, ya entonces (1903-1905), se conquistaron en las filas de los oportunistas de la II Internacional el honroso título de «escisionistas» y «desorganizadores». Pero ¿qué podía hacer Lenin, qué podían hacer los bolcheviques, si los izquierdistas en la II Internacional y, sobre todo, en la socialdemocracia alemana representaban un grupo débil e impotente, no plasmado en el terreno de la organización, no preparado ideológicamente, que temía hasta el pronunciar las palabras «ruptura» y «escisión»? No se puede exigir que Lenin, que los bolcheviques organizaran desde Rusia la escisión en los partidos occidentales, en vez de hacerlo los izquierdistas. Y

no hablo ya de que la debilidad en el terreno de organización y la debilidad ideológica era uno de los rasgos característicos de los socialdemócratas de izquierda, no sólo en el período de anteguerra. Este rasgo negativo fué conservado por los izquierdistas, como es sabido, incluso en el período de la postguerra. Todos conocemos la característica de los socialdemócratas de izquierda alemanes que se da en el artículo de Lenin «Sobre un folleto de Junius» (*), escrito en octubre de 1916, es decir, pasados dos años del comienzo de la guerra, donde Lenin, criticando una serie de graves errores políticos cometidos por los socialdemócratas de izquierda en Alemania, habla de *«la debilidad de todos los izquierdistas alemanes, envueltos por todas partes en la abominable red de la hipocresía kautskiana, en su pedantería, en su «benevolencia» hacia los oportunistas»*, donde dice que *«Junius no se ha liberado completamente del «medio ambiente» de los socialdemócratas alemanes, incluso de izquierda, que temen la escisión, que temen plantear resueltamente las consignas revolucionarias»*.

De todos los grupos de la II Internacional, los bolcheviques rusos fueron, entonces, el único capaz, por su experiencia de organización y por su preparación ideológica, de emprender una acción seria en el sentido de la ruptura abierta, de la escisión con sus oportunistas en la socialdemocracia rusa. Si los Slutski intentaran, no ya demostrar, sino tan siquiera suponer, que Lenin y los bolcheviques rusos no utilizaron todo su poder para organizar la escisión con los oportunistas (Plejánov, Mártov, Dan) y expulsar a los centristas (Trotski y demás partidarios del Bloque de Agosto), sería posible discutir acerca del bolchevismo de Lenin, acerca del bolchevismo de los bolcheviques. Pero la cosa consiste en que los Slutski no se atreven a proferir una palabra en favor de tan salvaje suposición. No se atreven porque saben que todo el mundo conoce los hechos de la política decidida de ruptura con los oportunistas de todas las especies, llevada a cabo por los bolcheviques rusos (1904-1912), y que estos hechos se levantan contra tal suposición. No se atreven porque saben que al día siguiente serían clavados en la picota de la vergüenza.

Pero he aquí la cuestión: ¿podían los bolcheviques rusos llevar a cabo en sus filas la escisión con los oportunistas y centristas-conciliadores mucho antes de la guerra imperialista (1904-1912), no llevando a cabo, al mismo tiempo, una línea de ruptura, una línea de escisión con los oportunistas y centristas de la II Internacional? ¿Quién puede dudar que los bolcheviques rusos consideraban su política frente a los oportunistas y centristas como un modelo de política para los izquierdistas de Occidente? ¿Quién puede dudar que los bolcheviques rusos impulsaban por todos los medios a los socialdemócratas de izquierda en Occidente y, en particular, a los de la socialdemocracia alemana, a la ruptura, a la escisión con sus oportunistas y centristas? No es culpa de

(*) «Junius»: Rosa Luxemburgo, líder de los socialdemócratas alemanes de izquierda.

Lenin ni de los bolcheviques rusos si los socialdemócratas de izquierda en Occidente resultaron no estar maduros para seguir los pasos de los bolcheviques rusos.

2) Slutski reprocha a Lenin y a los bolcheviques que ellos no apoyaron a los izquierdistas en la socialdemocracia alemana decidida e invariablemente, que los apoyaron solamente con serias reservas, que motivos fraccionales les impedían apoyar a los izquierdistas hasta el fin. ¿Vosotros queréis discutir contra esta acusación charlatana y completamente falsa? Pero ¿es que hay en ella algo discutible? ¿No es, acaso, evidente que Slutski aquí maniobra y trata de encubrir, con falsas acusaciones contra Lenin y los bolcheviques, los verdaderos errores en las posiciones de los izquierdistas alemanes? ¿Acaso no está claro que los bolcheviques no podían sostener a los izquierdistas en Alemania, que vacilaban a cada paso entre el bolchevismo y el menchevismo, *sin* serias reservas, *sin* seria crítica de sus errores, *no traicionando* a la clase obrera y a su revolución? Las maniobras torcidas deben ser condenadas, pero no convertidas en objeto de discusión.

Sí, los bolcheviques apoyaron a los socialdemócratas de izquierda en Alemania sólo con reservas serias que son conocidas, criticando sus errores semimencheviques. Pero por esta razón se les debe saludar y no condenar.

¿Hay gentes que dudan de esto?

Recordemos los hechos más conocidos de la historia.

a) En 1903 aparecieron serias discrepancias entre los bolcheviques y los mencheviques en Rusia sobre la cuestión de quién puede ser miembro del Partido. Con su formulación sobre la pertenencia al Partido, los bolcheviques querían crear un freno en materia de organización contra la avalancha de elementos no proletarios que afluía al Partido. El peligro de una tal avalancha era entonces más que real, teniendo en cuenta el carácter democráticoburgués de la revolución rusa. Los mencheviques rusos defendieron la posición contraria, que abría de par en par las puertas del Partido a los elementos no proletarios. En vista de la importancia de las cuestiones de la revolución rusa para el movimiento revolucionario mundial, los socialdemócratas del occidente de Europa decidieron intervenir en el asunto. Intervinieron también los socialdemócratas de izquierda en Alemania, Parvus y Rosa Luxemburgo, entonces líderes de los izquierdistas. ¿Y qué ocurrió? Ambos se pronunciaron contra los bolcheviques. Junto con esto fué lanzada la acusación dirigida a los bolcheviques, de tendencias ultracentralistas y blanquistas. En seguida estos epítetos vulgares y pequeñoburgueses fueron recogidos por los mencheviques y difundidos por todo el mundo.

b) En 1905 se desarrollaron las discrepancias de los bolcheviques y mencheviques en Rusia sobre el carácter de la revolución rusa. Los bolcheviques sustentaban la idea de la alianza de la clase obrera con los campesinos bajo la hegemonía del proletariado. Los bolcheviques afir-

maban que las cosas debían ser llevadas hacia la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos con el fin de pasar inmediatamente de la revolución democráticoburguesa a la revolución socialista, asegurándose el apoyo de las capas pobres del campo. Los mencheviques en Rusia rechazaban la idea de la hegemonía del proletariado en la revolución democráticoburguesa. A la política de alianza de la clase obrera con los campesinos, preferían la política de componendas con la burguesía liberal, y la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos la declararon un esquema reaccionario blanquista, que contradecía el desarrollo de la revolución burguesa. ¿Qué actitud adoptaron respecto a estas discusiones los izquierdistas de la socialdemocracia alemana, Parvus y Rosa Luxemburgo? Ellos inventaron un esquema utópico y semimenchevique de revolución permanente (monstruosa deformación del esquema revolucionario marxista) penetrado enteramente por la negación menchevique de la alianza de la clase obrera y de los campesinos, y la contrapusieron al esquema bolchevique de la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos. Más tarde, este esquema semimenchevique de la revolución permanente fué recogido por Trotski (y en parte por Mártov) y convertido en arma de lucha contra el leninismo.

c) En el período de anteguerra, en los partidos de la II Internacional entró en escena, como una de las cuestiones de mayor actualidad, la cuestión nacional y colonial, la cuestión de las nacionalidades oprimidas y de las colonias, la cuestión de la liberación de las nacionalidades oprimidas y de las colonias, la cuestión de los caminos de lucha contra el imperialismo, la cuestión de los caminos para el derrocamiento del imperialismo. En interés del desenvolvimiento de la revolución proletaria y del asedio del imperialismo, los bolcheviques propusieron la política de apoyo al movimiento de liberación de las nacionalidades oprimidas y de las colonias sobre la base de la autodeterminación de las naciones y elaboraron el esquema del frente único entre la revolución proletaria de los países avanzados y el movimiento revolucionario de liberación de los pueblos coloniales y de los países oprimidos. Los oportunistas de todos los países, los socialchovinistas y socialimperialistas de todos los países se apresuraron, en relación con esto, a enfrentarse con los bolcheviques. Los bolcheviques eran perseguidos como perros rabiosos. ¿Qué posición adoptaron entonces los socialdemócratas de izquierda en el Occidente? Ellos idearon la teoría semimenchevique del imperialismo, rechazaron el principio de la autodeterminación de las naciones en su concepción marxista (hasta la separación y formación de Estados independientes), rechazaron la tesis sobre la gran importancia revolucionaria del movimiento de liberación de las colonias y de los países oprimidos, rechazaron la tesis de la posibilidad de un frente único entre la revolución proletaria y el movimiento nacional de liberación y contrapusieron a esto todo ese emplasto semimenchevique que es una desestimación completa

de la cuestión nacional y colonial, del esquema marxista de los bolcheviques. Es sabido que este emplasto semimenchevique fué recogido después por Trotski y utilizado como arma de lucha contra el leninismo.

Tales son los errores de los socialdemócratas de izquierda de Alemania, por todos conocidos.

No hablaré de otros errores de los izquierdistas alemanes, criticados en los correspondientes artículos de Lenin.

No hablaré tampoco de los errores cometidos por ellos en su apreciación de la política de los bolcheviques en el período de la Revolución de Octubre.

¿Qué nos dicen estos errores de los izquierdistas alemanes tomados de la historia del período de anteguerra, sino que los socialdemócratas de izquierda, a pesar de su izquierdismo, no se habían librado aún del lastre menchevique?

Naturalmente, los izquierdistas en Alemania no tenían sólo serios errores. Ellos tienen en su haber también grandes y serios hechos revolucionarios. Me refiero a una serie de méritos suyos y de intervenciones revolucionarias en las cuestiones de política interior y, en particular, de la lucha electoral, en las cuestiones de la lucha parlamentaria y extraparlamentaria, sobre la huelga general, sobre la guerra, sobre la revolución de 1905 en Rusia, etc. Precisamente por esto los bolcheviques contaban con ellos, como con izquierdistas, y los apoyaron, los empujaron hacia adelante. Pero esto no quita, ni puede quitar, el hecho de que los socialdemócratas de izquierda de Alemania tuvieron al mismo tiempo una serie de errores políticos y teóricos muy graves, que ellos no se liberaron todavía de la carga menchevique y necesitaban, por lo tanto, la crítica más severa por parte de los bolcheviques.

Juzgad ahora vosotros mismos. ¿Podían Lenin y los bolcheviques apoyar a los socialdemócratas de izquierda de Occidente *sin serias reservas, sin una crítica severa* de sus errores, no traicionando los intereses de la clase obrera, no traicionando los intereses de la revolución, no traicionando el comunismo?

¿Acaso no está claro que Slutski, al reprochar a Lenin y a los bolcheviques una cosa por la que debía aplaudirles si él fuera un bolchevique, se desenmascara a sí mismo hasta el fin como un semimenchevique, como un trotskista enmascarado?

Slutski hace la suposición de que Lenin y los bolcheviques, en su apreciación de los izquierdistas de Occidente, partían de sus motivos fraccionales, que, de esta manera, los bolcheviques rusos sacrificaban a los intereses de su fracción la gran causa de la revolución internacional. Apenas si es necesario demostrar que no puede haber nada más vulgar y más infame que dicha suposición. No puede haber nada más vulgar, puesto que hasta los mencheviques más desenfrenados y vulgares comienzan a comprender que la revolución rusa no es un asunto privado de los rusos, que ella, por el contrario, es la causa de la clase obrera

de todo el mundo, la causa de la revolución proletaria mundial. No puede haber nada más infame, puesto que hasta los calumniadores profesionales de la II Internacional comienzan a comprender que el internacionalismo consecuentemente revolucionario de los bolcheviques es un modelo de internacionalismo proletario para los obreros de todos los países.

Sí, los bolcheviques rusos llevaron al primer plano las cuestiones palpitantes de la revolución rusa, como las cuestiones acerca del Partido, sobre la actitud de los marxistas hacia la revolución democráticoburguesa, sobre la alianza de la clase obrera con los campesinos, sobre la hegemonía del proletariado, sobre la lucha parlamentaria y extraparlamentaria, sobre la huelga general, sobre la transformación de la revolución democráticoburguesa en socialista, sobre la dictadura del proletariado, sobre el imperialismo, sobre la autodeterminación de las naciones, sobre el movimiento de liberación de las nacionalidades oprimidas y de las colonias, sobre la política de apoyo de este movimiento, etc. Ellos plantearon estas cuestiones como piedra de toque en la cual probaron la firmeza revolucionaria de los socialdemócratas de izquierda de Occidente. ¿Tenían derecho a esto? Sí, lo tenían. No sólo lo tenían, sino que estaban obligados a obrar de esa forma. Estaban obligados a obrar de esa forma, ya que todas estas cuestiones eran, al mismo tiempo, cuestiones palpitantes de la revolución mundial, a cuyas tareas subordinaban los bolcheviques su política, su táctica. Estaban obligados a obrar de esa forma, ya que solamente en estas cuestiones era posible comprobar verdaderamente el revolucionarismo de unos u otros grupos de la II Internacional. Nosotros nos preguntamos: ¿dónde está el «fraccionalismo» de los bolcheviques rusos y dónde, por tanto, los motivos «fraccionales»?

Lenin, ya en 1902, escribió en su folleto «¿Qué hacer?» que «*la historia plantea hoy ante nosotros una tarea inmediata, que es la más revolucionaria de todas las tareas inmediatas del proletariado de ningún otro país*», que «*la realización de esta tarea, el hundimiento del más poderoso baluarte no ya de la reacción europea, sino también de la reacción asiática, convertiría al proletariado ruso en la vanguardia del proletariado revolucionario internacional*». Desde la publicación del folleto «¿Qué hacer?» han pasado 30 años. Nadie se atreve a negar que los acontecimientos de este período confirmaron brillantemente las palabras de Lenin. Pero ¿no se desprende de esto que la revolución rusa fué (y sigue siendo) un punto de unión de la revolución mundial, que las cuestiones esenciales de la revolución rusa fueron, al mismo tiempo (y lo son ahora), cuestiones esenciales de la revolución mundial?

¿Acaso no está claro que sólo en estas cuestiones esenciales era posible comprobar verdaderamente el revolucionarismo de los socialdemócratas de izquierda de Occidente?

¿Acaso no está claro que los que consideran estas cuestiones como

cuestiones «fraccionales» se desenmascaran plenamente como gentes vulgares y degeneradas?

3) Slutski afirma que aún no ha sido encontrada una suficiente cantidad de documentos oficiales que demuestren la existencia de una lucha decidida e implacable de Lenin (los bolcheviques) contra el centrismo. Con esta tesis burocrática opera él como argumento irrebatible en favor de la tesis de que Lenin (los bolcheviques), por lo visto, desestimaban el peligro del centrismo en la II Internacional. Vosotros os enzarzáis a discutir contra este galimatías, contra este embrollo desvergonzado. Pero ¿qué hay aquí de discutible? ¿Es que no está claro que con la charlatanería acerca de los documentos, Slutski intenta ocultar la pobreza y la falsedad de su llamada tesis?

Slutski considera insuficientes los documentos existentes en el Partido. ¿Por qué? ¿Con qué fundamento? ¿Es que los documentos por todos conocidos relativos a la línea de la II Internacional, así como los relativos a la lucha dentro del Partido en la socialdemocracia rusa, no son suficientes para demostrar con toda claridad la intransigencia revolucionaria de Lenin y de los bolcheviques en su lucha contra los oportunistas y centristas? ¿Conoce, en general, Slutski estos documentos? ¿Qué más documentos necesita él?

Admitamos que, aparte de los documentos ya conocidos, se ha encontrado todo un montón de otros documentos, como, por ejemplo, las resoluciones de los bolcheviques que insisten una vez más en la necesidad de la liquidación del centrismo. ¿Significa esto, acaso, que la existencia de unos documentos de papel son suficientes para demostrar el revolucionarismo auténtico y la auténtica intransigencia de los bolcheviques frente al centrismo? ¿Quién, aparte de los burócratas incurables, puede basarse en un simple documento de papel? ¿Quién, que no sea un ratón de biblioteca, deja de comprender que a los partidos y a los líderes se les comprueba antes que nada *por sus hechos* y no sólo por sus declaraciones? La historia conoce no pocos socialistas, que suscribían con presteza cualquier resolución revolucionaria para evadirse de los críticos importunos. Pero esto no significa que ellos *llevaran a la práctica* estas resoluciones. La historia conoce, además, no pocos socialistas que exigían a voz en grito a los partidos obreros *de otros* países las acciones más revolucionarias. Pero esto no significa, ni mucho menos, que ellos *no se inclinasen* en su partido o en su país ante *sus* oportunistas, ante *su* burguesía. ¿No fué por esto por lo que Lenin nos enseñó a comprobar los partidos revolucionarios, las tendencias, a los líderes, no por sus declaraciones y resoluciones, sino por sus *hechos*?

¿Acaso no está claro que si Slutski quisiera comprobar de hecho la intransigencia de Lenin y de los bolcheviques en sus posiciones frente al centrismo, no debía tomar como *base* de su artículo documentos aislados y dos o tres cartas personales, sino juzgar a los bolcheviques por sus *hechos*, por su *historia*, por su *actuación*? ¿Acaso entre nosotros, en

la socialdemocracia rusa, no hubo oportunistas y centristas? ¿Acaso los bolcheviques no desarrollaron una lucha decidida e intransigente contra todas estas tendencias? ¿Acaso estas tendencias no estaban ligadas ideológicamente y en el terreno de la organización con los oportunistas y centristas del Occidente? ¿Acaso los bolcheviques no aplastaron a los oportunistas y centristas como no los destruyó ningún grupo de izquierda en el mundo? ¿Cómo se puede decir después de todo esto que Lenin y los bolcheviques desestimaban el peligro del centrismo? ¿Por qué Slutski ha olvidado estos hechos, que tienen una importancia decisiva para la característica de los bolcheviques? ¿Por qué no ha utilizado el método más seguro, que es el de juzgar a Lenin y a los bolcheviques por sus obras, por sus hechos? ¿Por qué ha preferido un método menos seguro, el de rebuscar entre papeles tomados al azar?

Porque empleando un método más seguro, el de juzgar a los bolcheviques por sus obras, hubiera deshecho al instante de arriba abajo toda la tesis de Slutski.

Porque juzgando a los bolcheviques por sus hechos hubiera demostrado que los bolcheviques son *la única* organización revolucionaria en el mundo que aplastó de un modo consecuente a los oportunistas y centristas y los arrojó del seno del Partido.

Porque apelando a los hechos auténticos y a la verdadera historia de los bolcheviques, hubiera demostrado que los maestros de Slutski, los trotskistas, fueron el grupo *principal* y *fundamental* que cultivó el centrismo en Rusia y que creó para esto una organización especial, como foco del centrismo: el Bloque de Agosto.

Porque juzgando a los bolcheviques por sus hechos, desenmascararía definitivamente a Slutski como falsificador de la historia de nuestro Partido, que intenta encubrir el centrismo del trotskismo en la época de anteguerra con acusaciones calumniosas lanzadas contra Lenin y contra los bolcheviques, afirmando que Lenin y los bolcheviques desestimaban el peligro del centrismo.

He aquí lo que pasa, camaradas redactores, con Slutski y su artículo.

Vosotros veis que la redacción ha cometido un error, tolerando la discusión con un falsificador de la historia de nuestro Partido.

¿Qué ha podido impulsar a la redacción a seguir un camino tan equivocado? Yo creo que la ha empujado a este camino el liberalismo podrido, que tiene actualmente una cierta difusión entre una parte de los bolcheviques. Algunos bolcheviques piensan que el trotskismo es una fracción del comunismo, que, es cierto, tiene errores, hace muchas estupideces, a veces hasta es antisoviético, pero que, a pesar de todo, es una fracción del comunismo. De aquí parte un cierto liberalismo frente a los trotskistas y los que piensan como ellos. No es necesario demostrar que una tal opinión sobre el trotskismo es profundamente errónea y dañosa. De hecho, el trotskismo hace ya tiempo que dejó de ser una fracción del comunismo. De hecho, el trotskismo es un destacamento de van-

guardia de la burguesía contrarrevolucionaria, que lleva a cabo una lucha contra el comunismo, contra el Poder Soviético, contra la construcción del socialismo en la U.R.S.S.

¿Quién ha dado a la burguesía contrarrevolucionaria un arma ideológica contra el bolchevismo como la tesis de la imposibilidad de la construcción del socialismo en nuestro país, como la tesis de la inevitabilidad de la degeneración de los bolcheviques, etc.? Esta arma se la dió el trotskismo. No se puede considerar como una casualidad el hecho de que todos los grupos antisoviéticos en la U.R.S.S., en sus intentos de justificar lo inevitable de la lucha contra el Poder Soviético, se basaban en la conocida tesis del trotskismo sobre la imposibilidad de construir el socialismo en nuestro país, sobre la inevitable degeneración del Poder Soviético, sobre la probabilidad de la vuelta al capitalismo.

¿Quién ha dado a la burguesía contrarrevolucionaria en la U.R.S.S. armas tácticas como los intentos de intervenciones abiertas contra el Poder Soviético? Estas armas se las ha dado el trotskismo, que intentó organizar manifestaciones antisoviéticas en Moscú y Leningrado el 7 de noviembre de 1927. Es un hecho que estas intervenciones antisoviéticas de los trotskistas alentaron a la burguesía y provocaron un trabajo de sabotaje de los técnicos burgueses.

¿Quién ha dado a la burguesía contrarrevolucionaria un arma de organización como los intentos de crear organizaciones antisoviéticas clandestinas? Esta arma se la han dado los trotskistas al organizar su grupo ilegal antibolchevique. Es un hecho que el trabajo ilegal antisoviético de los trotskistas facilitó la organización de grupos antisoviéticos en la U.R.S.S.

El trotskismo es un destacamento de vanguardia de la burguesía contrarrevolucionaria.

He aquí por qué el liberalismo respecto al trotskismo, aunque éste esté derrotado y enmascarado, es una negligencia muy cercana al crimen, a la traición a la clase obrera.

He aquí por qué los intentos de algunos «literatos» e «historiadores» de pasar de contrabando a nuestra literatura su solapada basura trotskista, deben encontrar en los bolcheviques una resistencia decisiva.

He aquí por qué no se debe permitir una discusión literaria con los contrabandistas trotskistas.

Me parece que los «historiadores» y «literatos» del corte de los contrabandistas trotskistas intentan llevar a cabo su trabajo de contrabando, hasta ahora, en dos líneas:

En primer lugar, ellos intentan demostrar que Lenin, en el período de antes de la guerra, desestimaba el peligro del centrismo, dando lugar con esto a que el lector inocente saque la conclusión de que Lenin, por lo visto, no era aún entonces un revolucionario auténtico, que él se convirtió en un revolucionario auténtico solamente después de la guerra, después de que se «rearmó» con la ayuda de Trotski. Se puede conside-

rar a Slutski como representante típico de este género de contrabandistas. Hemos visto más arriba que Slutski y compañía no valen tanto como para ocuparse mucho de ellos.

En segundo lugar, ellos intentan demostrar que Lenin, en el período de antes de la guerra, no comprendía la necesidad de la transformación de la revolución democráticoburguesa en revolución socialista, y con esto se da lugar a que el lector inexperto saque la conclusión de que Lenin, por lo visto, no era todavía un bolchevique auténtico, que él comprendió la necesidad de esta transformación solamente después de la guerra, después de que se «rearmó» con la ayuda de Trotski. Se puede considerar como representante típico de este género de contrabandistas a Volosiévich, autor del «Curso de Historia del P.C.(b) de la U.R.S.S.». Es verdad que Lenin, ya en 1905, escribió que «*de la revolución democrática comenzaremos a pasar inmediatamente, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado consciente y organizado, a la revolución socialista*», que «*nosotros somos partidarios de la revolución ininterrumpida*», que «*no nos quedaremos a mitad de camino*». Es verdad que hechos y documentos de carácter análogo se podrían encontrar en gran cantidad en las obras de Lenin. Pero ¿qué les importan a los Volosiévich los hechos de la vida y de la actividad de Lenin? Los Volosiévich escriben para, adornándose con los colores de los bolcheviques, pasar su contrabando antileninista, mentir sobre los bolcheviques y falsificar la historia del Partido bolchevique.

Como veréis, un Volosiévich vale un Slutski.

Estos son los «caminos y las encrucijadas» de los contrabandistas trotskistas.

Vosotros mismos comprenderéis que no es cosa de que la redacción facilite la actividad contrabandista de semejantes «historiadores», facilitándoles una tribuna de discusión.

La tarea de la redacción consiste, a mi modo de ver, en elevar las cuestiones de la historia del bolchevismo a la altura debida, colocando el estudio de la historia de nuestro Partido sobre un terreno científico, bolchevique, y acentuar la vigilancia contra los trotskistas y toda otra clase de falsificadores de la historia de nuestro Partido, arrancándoles sistemáticamente la careta.

Esto es mucho más necesario teniendo en cuenta que incluso algunos de nuestros historiadores—me refiero a los historiadores sin comillas, a los historiadores *bolcheviques* de nuestro Partido— no están liberados de errores que llevan el agua al molino de los Slutski y Volosiévich. Por desgracia, no es aquí una excepción el camarada Yaroslavski, cuyos libros sobre la historia del P.C.(b) de la U.R.S.S., a pesar de su valor, contienen una serie de errores de principio y de carácter histórico.

Con saludos comunistas

J. Stalin

«Proletárskaia Revolutsia»,
núm. 6 (113), 1931.

BALANCE DEL PRIMER PLAN QUINQUENAL

DISCURSO PRONUNCIADO ANTE EL PLENO DEL C.C. Y DE LA COMISION CENTRAL DE CONTROL DEL P.C.(b) DE LA U.R.S.S.
7 DE ENERO DE 1933

I

IMPORTANCIA INTERNACIONAL DEL PLAN

Camaradas:

Al conocerse el primer Plan quinquenal, fueron pocos los que creyeron que tendría una enorme importancia internacional. Al contrario, muchos creían que el Plan quinquenal era un asunto privado de la Unión Soviética, un asunto importante y serio, pero, en resumidas cuentas, un asunto privado, nacional, de la Unión Soviética.

Sin embargo, la historia ha demostrado que la importancia internacional del Plan quinquenal es inmensa. La historia ha demostrado que el Plan quinquenal no es un asunto privado de la Unión Soviética, sino un asunto de todo el proletariado internacional.

Ya mucho antes de la aparición del Plan quinquenal, en la época en que terminábamos la lucha contra los intervencionistas y pasábamos a la construcción de nuestra economía, Lenin decía que la organización de nuestra economía tiene una gran importancia internacional, que cada paso adelante que la Unión Soviética da en el camino de la construcción de su economía encuentra una enorme resonancia en las más variadas capas de los países capitalistas y divide a los hombres en dos campos: el de los partidarios de la revolución proletaria y el de sus adversarios.

Lenin decía en aquel entonces:

«Ahora nuestra principal influencia sobre la revolución internacional la ejerceremos mediante nuestra política económica. Todo el mundo, todos los trabajadores de todos los países del mundo, sin excepción ni exageración de ninguna clase, tienen fijas sus miradas en la República Soviética de Rusia. Esto lo hemos logrado ya... En este terreno, la lucha está planteada en escala mundial. Si llegamos a resolver esta tarea, ganaremos la partida en escala internacional, segura y definitivamente. Por eso, los problemas de la construcción de la economía revisten para nosotros una importancia absolutamente excepcional. Debemos obtener en este frente el triunfo, mediante un ascenso y un avance lentos y graduales — pues no es posible hacerlo en forma rápida—, pero seguros» (*Lenin*, t. XXVI, págs. 410-411, discurso de clausura en la Conferencia del P.C.(b) de Rusia, el 28 de mayo de 1921).

Esto fué dicho en la época en que terminábamos la guerra contra la intervención, en que pasábamos de la lucha armada contra el capitalismo a la lucha en el frente económico, cuando entrábamos en el período de la construcción de la economía.

Han pasado muchos años desde aquel entonces, y cada paso del Poder Soviético en el terreno de la construcción de la economía ha ido confirmando espléndidamente de año en año, de trimestre en trimestre, el acierto de las palabras del camarada Lenin.

Pero la confirmación más brillante de la verdad de las palabras de Lenin la tenemos en el Plan quinquenal de nuestra construcción, en la elaboración de ese plan, en su desarrollo, en su realización. En efecto, parece ser que ningún paso de cuantos hemos dado en el dominio de la construcción económica de nuestro país ha hallado tanta resonancia en las más variadas capas de los países capitalistas de Europa, de América, de Asia, como esta cuestión del Plan quinquenal, de su desarrollo, de su realización.

Al principio, el Plan quinquenal fué acogido por la burguesía y su prensa con burlas. «Fantasía», «delirio», «utopía»; así calificaron entonces a nuestro Plan quinquenal. Luego, cuando se vió que la realización del Plan quinquenal daba resultados positivos, comenzaron a tocar a rebato, afirmando que el Plan quinquenal amenazaba la existencia de los países capitalistas, que su realización inundaría de mercancías los mercados europeos, que intensificaría el «dumping» y aumentaría el paro. Más tarde, cuando tampoco esta maniobra contra la Unión Soviética dió los resultados apetecidos, se inició una serie de peregrinaciones a la U.R.S.S. de representantes de las más diversas empresas, de corresponsales de prensa, de representantes de diferentes sociedades, etc., que querían ver con sus propios ojos la verdad de lo que ocurre en la U.R.S.S. No me refiero a las delegaciones obreras que desde el comienzo de la aparición del Plan quinquenal expresaron su admiración por las iniciativas y los éxitos del Poder Soviético y se manifestaron dispuestas a apoyar a la clase obrera de la U.R.S.S.

Justamente desde entonces, comenzó la división de la llamada opinión pública, de la prensa burguesa, de las sociedades burguesas de todo género, etc. Unos afirmaban que el Plan quinquenal sufriría el más rotundo fracaso y que los bolcheviques se hallarían al borde de la catástrofe. Otros, por el contrario, aseguraban que, a pesar de no ser los bolcheviques gente recomendable, realizarían el Plan quinquenal, y que, probablemente, conseguirían su objetivo, a pesar de todo.

Quizá no esté de más citar las opiniones de diversas clases de órganos de la prensa burguesa.

Tomemos, por ejemplo, el diario norteamericano «New York Times». A fines de noviembre de 1932, dicho diario escribe:

«El Plan quinquenal de la industria, que pretendía desafiar el sentido de las proporciones, que perseguía su fin «sin detenerse ante gastos», de lo que frecuen-

temente se jactaba con orgullo Moscú, no es, en realidad, un plan. Es una especulación».

Resulta que el Plan quinquenal ni siquiera es un plan, sino una mera especulación. Y he aquí la opinión del diario burgués británico «Daily Telegraph», publicada a fines de noviembre de 1932:

«Si se considera el Plan como piedra de toque de la «economía planificada», se debe reconocer que ha fracasado completamente».

Opinión del «New York Times», en el mes de noviembre de 1932:

«La colectivización ha fracasado ruidosamente. Ha llevado a Rusia al borde del hambre».

Opinión del diario burgués polaco «Gazeta Polska», publicada en el verano de 1932:

«La situación demuestra, al parecer, que el gobierno soviético, con su política de colectivización del campo, ha caído en un atolladero».

Opinión del diario británico burgués «The Financial Times», publicada en noviembre de 1932:

«Stalin y su Partido se encuentran, a consecuencia de su política, frente a la bancarrota del sistema del Plan quinquenal y frente al fracaso de todas las tareas que debía realizar».

Opinión de la revista italiana «Politica»:

«Sería absurdo creer que 4 años de trabajo de un pueblo que cuenta con 160 millones de habitantes, 4 años de tensión económica y política sobrehumana por parte de un régimen de una fuerza como la que representa el régimen bolchevique no hayan creado nada. Al contrario, han creado mucho... Y, sin embargo, estamos frente a la catástrofe; esto es un hecho evidente para todos. Tanto los amigos como los enemigos, bolcheviques y antibolcheviques, oposicionistas de la derecha y de la izquierda, se han convencido de esto».

Por último, he aquí la opinión de la revista burguesa norteamericana «Current History»:

«Una ojeada a la actual situación de Rusia nos lleva a la conclusión de que el programa del Plan quinquenal ha fracasado, tanto en lo que respecta a los objetivos anunciados, como, en mayor escala aún, en lo que se refiere a sus principios básicos».

Tales son las opiniones de una parte de la prensa burguesa.

Dudo que valga la pena criticar a los autores de las opiniones citadas. Creo que no vale la pena, pues esta gente «de cabeza dura» pertenece a la clase de fósiles del período medioeval para los cuales los hechos no tienen importancia alguna, y cualquiera que fuese la realización de nuestro Plan quinquenal, seguirán repitiendo lo mismo.

Pasemos a las opiniones de otros órganos de prensa procedentes también del campo burgués.

He aquí la opinión del conocido diario burgués de Francia «Le Temps», publicada en el mes de enero de 1932:

...«La Unión Soviética ha ganado la primera partida industrializándose sin la ayuda del capital extranjero».

Opinión del mismo diario «Le Temps», publicada en el verano de 1932:

...«El comunismo franquea con ritmos gigantescos la etapa reconstructiva que en el régimen capitalista es preciso recorrer a paso lento... En Francia, donde la propiedad territorial está subdividida hasta el infinito entre los propietarios privados, es imposible mecanizar la agricultura, mientras que los Soviets, al industrializar su agricultura, han sabido resolver este problema... En rivalidad con nosotros, los bolcheviques han ganado la partida».

Opinión de la revista burguesa británica «The Round Table»:

«Las realizaciones del Plan quinquenal constituyen un fenómeno sorprendente. Las fábricas de tractores de Járkov y de Stalingrado, la fábrica de automóviles "Amo" de Moscú, la fábrica de automóviles de Nizhni Nóvgorod, la central hidroeléctrica del Dniéper, las grandiosas fundiciones de acero de Magnitogorsk y de Kusnietsk, una red de fábricas de construcciones mecánicas y de productos químicos en la región de los Urales, que se transforma en un Ruhr soviético, todos esos éxitos en el ramo de la industria testimonian, a la par con otros, que pese a todas las dificultades, la industria soviética, como planta bien irrigada, crece y se fortalece... El Plan quinquenal ha echado los cimientos para el desarrollo futuro y ha reforzado extraordinariamente la potencia de la U.R.S.S.»

Opinión del diario británico burgués «The Financial Times»:

«Los éxitos obtenidos en la industria de la construcción de maquinaria no pueden ser puestos en duda. La exaltación de esos éxitos en la prensa y en los discursos no está desprovista de fundamento. No se debe olvidar que antes Rusia producía sólo máquinas e instrumental de los menos complicados. Es cierto que, hasta en estos precisos momentos, las cifras absolutas de la importación de máquinas e instrumentos acusan un aumento; pero la proporción entre las máquinas importadas y las fabricadas en la U.R.S.S. sigue descendiendo sin cesar. La U.R.S.S. fabrica actualmente todos los equipos necesarios para su industria siderúrgica y eléctrica. Ha sabido crear su propia industria automovilística. Ha organizado la producción de útiles e instrumentos en todos sus grados, desde los instrumentos minúsculos de alta precisión hasta las más pesadas prensas. En lo concerniente a las máquinas agrícolas, la U.R.S.S. no depende ya de las importaciones extranjeras. Por otra parte, el Gobierno Soviético toma medidas para que el retardo en la producción de carbón y de hierro no impida la realización del Plan quinquenal en 4 años. Es indiscutible que las inmensas fábricas recientemente construídas aseguran un acrecentamiento considerable de la producción de la industria pesada».

Opinión del diario burgués austriaco «Die Neue Freie Presse», publicada a principios de 1932:

«Se puede maldecir el bolchevismo, pero hay que conocerlo. *El plan quinquenal es un nuevo coloso* que hay que tener en cuenta, en todo caso desde el punto de vista económico».

Opinión del capitalista británico Gibson Jarvie, presidente del banco «The United Dominion», formulada en octubre de 1932:

«Debo declarar que no soy comunista ni bolchevique, sino un capitalista y un individualista convencido... Rusia progresa en el instante en que muchas

de nuestras fábricas están inactivas y cerca de tres millones de personas, en nuestro país, van buscando desesperadamente trabajo. El Plan quinquenal ha sido objeto de burlas, se ha presagiado su fracaso. Pero tened la seguridad de que se ha hecho más de lo que el Plan quinquenal se había propuesto... En todas las ciudades industriales que he visitado, he visto nuevos barrios, construídos según un plan determinado, con amplias calles, bordeadas de árboles y dotadas de plazas, con casas del tipo más moderno, con escuelas, hospitales, clubs obreros y las inevitables casas-cuna y jardines infantiles, donde se cuida a los niños de las madres obreras... No intentéis menospreciar los planes rusos, ni vayáis a cometer el error de esperar que el Gobierno Soviético pueda quebrar... La Rusia de hoy es un país dotado de un alma y de un ideal. Rusia da muestras de una actividad asombrosa. Creo que las aspiraciones de Rusia son sanas... Quizá lo más importante es que toda la juventud y todos los obreros de Rusia poseen ahora algo que falta, desgraciadamente, en los países capitalistas: la esperanza».

Opinión de la revista americana burguesa «The Nation», formulada en noviembre de 1932:

«Los cuatro años del Plan quinquenal han tenido *éxitos* realmente *notables*. La Unión Soviética está dedicada con una actividad intensa, propia de los tiempos de guerra, a la tarea creadora de la construcción de las bases de una nueva vida. *La fisonomía del país sufre literalmente una metamorfosis, al punto de ser irreconocible*... Esto es cierto en lo que se refiere a Moscú, con sus centenares de calles y plazas asfaltadas de nuevo, con sus nuevos edificios, con sus nuevos suburbios y con el cordón de nuevas fábricas suburbanas. Es también cierto en lo que se refiere a las ciudades de menor importancia. Nuevas ciudades han surgido en las estepas y en los desiertos; y no son solamente algunas ciudades aisladas, sino medio centenar de ciudades, por lo menos, con una población de 50.000 hasta 250.000 habitantes. Todas ellas han surgido en los últimos 4 años y cada una es el centro de una nueva empresa o de una serie de empresas construídas para explotar los recursos naturales del país. Centenares de nuevas centrales eléctricas regionales y toda una serie de gigantescas empresas, como Dnieprostrói, transforman gradualmente la fórmula de Lenin: «El socialismo es el Poder Soviético más la electrificación» en una realidad... La Unión Soviética ha organizado la producción en masa de un número considerable de objetos que Rusia nunca fabricaba: tractores, segadoras-trilladoras, aceros extrafinos, caucho sintético, cojinetes, potentes motores Diesel, turbinas de 50.000 kilovatios, aparatos telefónicos, máquinas eléctricas para la industria minera, aeroplanos, automóviles, bicicletas, sin contar centenares de tipos de nuevas máquinas... Por primera vez en la historia, Rusia extrae aluminio, magnesita, apatitos, yodo, potasa y muchos otros productos de valor. *No son ya las cruces y las cúpulas de las iglesias las que sirven de guías en las llanuras de la Unión Soviética, sino los elevadores de granos y las torres de los silos.* Los koljoses construyen casas, establos, chiqueros. La electricidad penetra en el campo, conquistado ya por la radio y por los diarios. Los obreros aprenden a trabajar con las máquinas más modernas. Los jóvenes campesinos construyen y manejan las máquinas agrícolas más grandes y complicadas que América haya jamás visto. *Rusia comienza a «pensar con máquinas»*. Rusia pasa aceleradamente del siglo de la madera al siglo del hierro, del acero, del cemento armado y de los motores».

Opinión de «Forward» de Glasgow, revista reformista de «izquierda» de Inglaterra, formulada en septiembre de 1932:

«Salta a la vista el inmenso trabajo de edificación que está llevando a cabo la U.R.S.S. Nuevas fábricas, nuevas escuelas, nuevos cinematógrafos, nuevos clubs, nuevas casas gigantescas, nuevas construcciones en todas partes. Muchas de ellas

ya están terminadas, otras están aún rodeadas de andamios. Es difícil relatar a los lectores ingleses lo que ha sido hecho durante estos últimos dos años y lo que se está a punto de hacer. Es preciso ver para creer. Los éxitos que hemos obtenido durante la guerra son una bagatela en comparación con lo que está llevando a cabo la U.R.S.S. Los americanos reconocen que hasta el período de fiebre constructiva más intenso en los estados del Oeste no ha tenido nada parecido a la febril actividad creadora que la U.R.S.S. está desplegando ahora. Durante los dos últimos años, la U.R.S.S. ha sido teatro de tantos cambios, que uno renuncia a imaginar lo que será este país dentro de diez años... Arrojad de vuestras cabezas todas las fantásticas historias terroríficas que os relatan los periódicos ingleses, que con tanta tenacidad y estupidez siguen calumniando a la U.R.S.S. Arrojad también de vuestras cabezas la verdad a medias y las impresiones fundadas en la incomprensión puestos en circulación por los intelectuales «dilettanti», que miran a la U.R.S.S. con altanería, a través de los lentes de la clase media, pero que carecen de la menor idea de lo que allí está pasando... La U.R.S.S. está construyendo una nueva sociedad sobre bases sólidas. Para realizar este objetivo, es preciso afrontar muchos riesgos, es preciso trabajar con entusiasmo, con una energía que hasta ahora el mundo no había conocido, es preciso luchar contra enormes dificultades, inevitables, si es que se quiere construir el socialismo en un vasto país, aislado del resto del mundo. Pero, después de haber visitado por segunda vez el país en el término de dos años, he tenido la impresión de que marcha por el camino del progreso sólido, que planifica, crea y construye, y todo esto en una escala que es un evidente desafío al mundo capitalista hostil».

Tal es la disparidad de opiniones y la división en el campo de los círculos burgueses, de los cuales unos están por la exterminación de la U.R.S.S. con su Plan quinquenal pretendidamente fracasado, mientras que otros están, por lo visto, por la colaboración comercial con la U.R.S.S., considerando, evidentemente, que podrían sacar alguna ventaja de los éxitos del Plan quinquenal.

La actitud de la clase obrera de los países capitalistas frente al Plan quinquenal, frente a los éxitos de la construcción socialista en la U.R.S.S., es muy diferente. Podríamos limitarnos a reproducir la opinión de una de las numerosas delegaciones obreras que llegan anualmente a la U.R.S.S.; por ejemplo, la de la delegación obrera belga. Esta opinión es típica para todas las delegaciones obreras sin excepción, ya se trate de una delegación inglesa o francesa, alemana, americana o de cualquier otro país. Dice así la declaración de los delegados belgas:

«Estamos entusiasmados por la formidable construcción que hemos observado durante nuestro viaje. Tanto en Moscú como en Makeévka, Górlovka, Járkov y Leningrado, hemos podido comprobar el entusiasmo con que se trabaja. Todas las máquinas son de novísima construcción. En las fábricas hay limpieza, mucho aire y mucha luz. Hemos visto la medida en que se presta en la U.R.S.S. ayuda médica y sanitaria a los obreros. Las viviendas obreras están construídas cerca de las fábricas. En los barrios obreros hay escuelas y casas-cuna; los niños están rodeados del mayor cuidado. Hemos podido ver la diferencia entre las fábricas viejas y las recién construídas, entre las viejas y las nuevas viviendas. Todo lo que hemos visto nos ha dado una impresión clara de la enorme fuerza de los trabajadores, que están construyendo una nueva sociedad bajo la dirección del Partido Comunista. Hemos observado en la U.R.S.S. un gran progreso cultural, mientras que en otros países reina la decadencia en todos los dominios y el paro forzoso hace estragos. Hemos podido ver las enormes dificultades que los trabajadores

soviéticos encuentran en su camino. Y con tanto mayor motivo comprendemos el orgullo que sienten al mostrar sus victorias. Estamos convencidos de que vencerán todos los obstáculos».

Aquí tenéis la importancia internacional del Plan quinquenal. Bastó realizar el trabajo constructivo durante unos 2 ó 3 años, bastó mostrar los primeros éxitos del Plan quinquenal, para que todo el mundo se dividiera en dos campos: el de la gente que ladra sin cesar contra nosotros y el de la que está asombrada de los éxitos del Plan quinquenal, sin hablar de la existencia y del fortalecimiento de nuestro propio campo en todo el mundo: el campo de la clase obrera de los países capitalistas, que se regocija de los éxitos de la clase obrera de la U.R.S.S. y está dispuesta a sostenerla para espanto de la burguesía del mundo entero.

¿Qué significa esto?

Esto significa que la importancia internacional del Plan quinquenal, la importancia internacional de sus éxitos y de sus conquistas está fuera de toda duda.

Esto significa que en la entraña de los países capitalistas está latente la revolución proletaria. Y precisamente por esto, porque en su entraña está latente la revolución proletaria, la burguesía quisiera extraer de los fracasos del Plan quinquenal nuevos argumentos contra la revolución; mientras el proletariado, al revés, se esfuerza por sacar y saca, en efecto, de los éxitos del Plan quinquenal nuevos argumentos en favor de la revolución y contra la burguesía de todo el mundo.

Los éxitos del Plan quinquenal movilizan las fuerzas revolucionarias de la clase obrera de todos los países contra el capitalismo. Este es un hecho indiscutible.

No cabe duda de que la importancia revolucionaria internacional del Plan quinquenal es realmente inconmensurable.

Por eso debemos conceder una atención tanto mayor a la cuestión del Plan quinquenal, del contenido de éste, de sus tareas fundamentales.

Debemos analizar con un cuidado tanto mayor el balance del Plan quinquenal, el balance de su realización y de su aplicación en la práctica.

II

LA TAREA FUNDAMENTAL DEL PLAN QUINQUENAL Y EL CAMINO DE SU REALIZACION

Pasemos ahora a la cuestión del Plan quinquenal en su esencia.

¿Qué es el Plan quinquenal?

¿En qué consistía la tarea fundamental del Plan quinquenal?

La tarea fundamental del Plan quinquenal consistía en encauzar nuestro país, con su técnica atrasada, a veces medieval, por la vía de la técnica nueva, moderna.

La tarea fundamental del Plan quinquenal residía en transformar a la U.R.S.S. de un país agrario y débil, dependiente de los caprichos de los países capitalistas, en un país industrial y poderoso, plenamente dueño de sí mismo e independiente de los caprichos del capitalismo mundial.

La tarea fundamental del Plan quinquenal estribaba en transformar la U.R.S.S. en un país industrial, y sobre esta base desplazar por completo a los elementos capitalistas, ensanchar el frente de las formas socialistas de la economía y crear una base económica para la supresión de las clases en la U.R.S.S., para la construcción de la sociedad socialista.

La tarea fundamental del Plan quinquenal consistía en crear en nuestro país una industria que fuese capaz de reequipar y reorganizar, sobre bases socialistas, no sólo la industria en su conjunto, sino también el transporte y la agricultura.

La tarea fundamental del Plan quinquenal residía en encauzar la agricultura, pequeña y dispersa, por la vía de la gran economía colectiva, en asegurar con ello la base económica del socialismo en el campo y liquidar de este modo la posibilidad de la restauración del capitalismo en la U.R.S.S.

Por último, la tarea del Plan quinquenal consistía en crear dentro del país todas las premisas técnicas y económicas indispensables para elevar al máximo la capacidad de defensa del país, susceptible de organizar una resistencia decisiva a todas y cada una de las tentativas de intervención armada desde el exterior, a todos y cada uno de los intentos de agresiones militares desde el exterior.

¿Qué es lo que ha dictado esta tarea fundamental del Plan quinquenal? ¿En qué se ha fundado?

La necesidad de liquidación del atraso técnico y económico de la U.R.S.S., atraso que la condena a una existencia poco envidiable; la necesidad de crear en el país premisas que le permitan no sólo alcanzar, sino también sobrepasar con el tiempo, en el terreno técnico y económico, a los países capitalistas avanzados.

La consideración de que el Poder Soviético no podría subsistir mucho tiempo sobre la base de la industria atrasada, que solamente la gran industria moderna, que no sólo no se quede atrás, sino que pueda con el tiempo sobrepasar la industria de los países capitalistas, puede servir de fundamento real y seguro al Poder Soviético.

La consideración de que el Poder Soviético no puede basarse por mucho tiempo sobre dos bases opuestas, sobre la industria socialista, que *está aniquilando* a los elementos capitalistas, y sobre la pequeña economía campesina individual, que los *engendra.*

La consideración de que mientras la agricultura carezca de una base de gran producción, mientras las pequeñas explotaciones campesinas no estén unificadas en grandes economías colectivas, el peligro de la restau-

ración del capitalismo en la U.R.S.S. es el peligro más real de todos los peligros posibles.

Lenin dijo:

«La revolución hizo que en algunos meses Rusia alcanzase por su régimen *político* a los países avanzados.

Pero esto es poco. La guerra es implacable y presenta la cuestión con agudeza despiadada: perecer o alcanzar y sobrepasar a los países avanzados, *también en el sentido económico*... Perecer o encaminarse a todo vapor hacia adelante. Así está planteada la cuestión por la historia» (*Lenin*, t. XXI, pág. 191, «La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla»).

Lenin dijo:

«Mientras vivamos en un país de pequeña economía campesina, el capitalismo tendrá en Rusia una base económica más sólida que el comunismo. Es preciso no perder de vista esto. Todo el que observe atentamente la vida del campo, comparándola con la vida de la ciudad, sabe que no hemos extirpado las raíces del capitalismo, ni hemos eliminado el fundamento, la base del enemigo interior. Este se apoya en la pequeña economía, y para aplastarlo no hay más que un medio: reconstruir la economía del país, la agricultura inclusive, sobre una nueva base técnica, sobre la base técnica de la gran producción moderna... Sólo cuando esté electrificado el país, y cuando la industria, la agricultura y el transporte descansen sobre la base técnica de la gran industria moderna, sólo entonces habremos triunfado por completo» (*Lenin*, t. XXVI, págs. 46-47, informe presentado al VIII Congreso de los Soviets de toda Rusia «Sobre la labor del Consejo de Comisarios del Pueblo»).

Precisamente estas tesis de Lenin han servido de base a las consideraciones del Partido que condujeron a la elaboración del Plan quinquenal, a la determinación de su tarea fundamental.

Así se plantea la cuestión en cuanto a la tarea fundamental del Plan quinquenal.

Pero no es posible emprender al azar, de cualquier manera, la realización de un plan tan grandioso. Para realizarlo, es preciso, ante todo, encontrar el eslabón fundamental del plan, pues solamente hallándolo, y bien asidos a él, se puede sacar los demás eslabones.

¿Cuál ha sido el eslabón fundamental del Plan quinquenal?

Este eslabón fundamental ha sido la industria pesada y su núcleo básico, la construcción de máquinas. Pues únicamente la industria pesada es capaz de reconstruir y poner sobre un pie firme tanto la industria en su conjunto como el transporte y la agricultura. Y por ella había que comenzar la realización del Plan quinquenal. Por lo tanto, el restablecimiento de la industria pesada debía servir de base para la realización del Plan quinquenal.

Tenemos indicaciones de Lenin también respecto a este punto:

«La salvación de Rusia no está solamente en una buena cosecha en el campo—esto no basta—, ni está sólo en el buen estado de la industria ligera, que abastece a los campesinos de artículos de consumo—esto tampoco basta—; necesitamos, además, un industria *pesada*... Sin salvar la industria pesada, sin restaurarla no podremos construir ninguna clase de industria, y sin ésta, pereceremos en absoluto como país independiente... La industria pesada necesita subsidios del Estado.

Si no los encontramos, pereceremos no ya solamente como Estado socialista, sino como Estado civilizado» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 349, «Cinco años de revolución rusa y las perspectivas de la revolución mundial»).

Pero el restablecimiento y el desarrollo de la industria pesada, sobre todo en un país tan atrasado, tan pobre como lo era el nuestro al comenzar el Plan quinquenal, es muy difícil, ya que la industria pesada exige, como es sabido, enormes inversiones financieras y la existencia de un cierto mínimo de fuerzas técnicas expertas, sin lo cual, hablando en términos generales, es imposible el restablecimiento de la industria pesada. ¿Sabía esto nuestro Partido, se daba cuenta de ello? Sí, el Partido lo sabía. Y no sólo lo sabía, sino que lo declaraba públicamente. El Partido sabía la forma y los medios con que había sido formada la industria pesada en Inglaterra, en Alemania, en América. El Partido sabía que la industria pesada había sido construída en dichos países bien con la ayuda de grandes empréstitos, bien mediante el despojo de otros países, o mediante uno y otro medio simultáneamente. El Partido sabía que esos caminos están cerrados para nuestro país. ¿Con qué ha contado, pues, el Partido? Ha contado con las propias fuerzas de nuestro país. Ha contado con que, disponiendo del Poder Soviético y apoyándose en la nacionalización de la tierra, de la industria, de los transportes, de los bancos, del comercio, podremos implantar el más estricto régimen de economías, con el fin de acumular suficientes recursos que son indispensables para el restablecimiento y el desarrollo de la industria pesada. El Partido ha dicho claramente que esta obra exigirá serios sacrificios, que debemos aceptar esos sacrificios, abierta y conscientemente, si queremos lograr nuestro propósito. El Partido ha contado con levantar esta obra mediante las fuerzas interiores de nuestro país sin onerosos créditos y empréstitos del exterior.

He aquí lo que dijo Lenin a este respecto:

«Debemos tratar de construir un Estado en el que los obreros conserven su dirección sobre los campesinos, en el que conserven la confianza de éstos, y en el que, practicando la más severa política de economías, eliminen de sus relaciones sociales hasta el menor indicio de gastos superfluos.

Debemos reducir nuestro aparato estatal, economizando hasta el máximo. Debemos eliminar de él todos los indicios de gastos superfluos, de lo cual nos quedó tanto de la Rusia zarista, de su aparato burocrático capitalista.

¿Será esto acaso el reinado de la estrechez campesina?

No; si conservamos la dirección de la clase obrera sobre los campesinos, obtendremos la posibilidad, mediante una política de economías llevada al grado superlativo en nuestro país, de lograr que todo ahorro, por nimio que sea, se conserve para el desarrollo de nuestra gran industria mecanizada, para el desarrollo de la electrificación, de la explotación de la fuerza hidráulica y de la turba, para la terminación del Voljovstrói, etc.

En esto, y solamente en esto, residirá nuestra esperanza. Sólo entonces estaremos en condiciones de cambiar, hablando en sentido figurado, de caballo, es decir: del extenuado caballo campesino, del mujik, del caballo de las economías calculadas para un país campesino arruinado, por un caballo que busca y no puede

dejar de buscar para sí el proletariado, por el caballo de la gran industria mecanizada, de la electrificación, del Voljovstrói, etc.» (*Lenin*, t. XXVII, pág. 417).

Cambiar el caballo mísero del mujik por el caballo de la gran industria mecanizada, es el objetivo que el Partido seguía al elaborar el Plan quinquenal y al tratar de cumplirlo.

Establecer un riguroso régimen de economías y acumular medios indispensables para financiar la industrialización de nuestro país, es el camino que había que seguir para lograr el restablecimiento de la industria pesada y la realización del Plan quinquenal.

¿Que era una empresa atrevida? ¿Que era un camino difícil? Nuestro Partido se llama Partido leninista precisamente por esto, porque no tiene derecho a temer las dificultades.

Hay más. La seguridad del Partido en la posibilidad de realización del Plan quinquenal y la fe en las fuerzas de la clase obrera eran fuertes hasta tal punto, que el Partido creyó posible realizar esta difícil obra en vez de 5 años, como lo exigía el Plan quinquenal, en 4 años; más exactamente, en 4 años y 3 meses, si añadimos el trimestre especial.

Sobre esta base surgió la célebre consigna: «El Plan quinquenal en 4 años».

¿Y qué?

Los hechos han demostrado más tarde que el Partido tenía razón.

Los hechos han demostrado que sin esta audacia y sin esta fe en las fuerzas de la clase obrera el Partido no hubiera podido lograr la victoria de la que ahora nos enorgullecemos con pleno derecho.

III

LOS RESULTADOS DEL PLAN QUINQUENAL EN LA INDUSTRIA

Pasemos ahora a la cuestión de los resultados de la realización del Plan quinquenal.

¿Cuál es el balance del Plan quinquenal en 4 años en el terreno de la *industria?*

¿Hemos logrado el triunfo en este aspecto?

Sí. Y no sólo hemos logrado la victoria, sino que hemos hecho mucho más de lo que nosotros mismos esperábamos, más de lo que podían esperar las imaginaciones más ardientes en nuestro Partido. Ni siquiera los enemigos lo niegan ahora. Y mucho menos lo pueden negar nuestros amigos.

No teníamos industria metalúrgica, base de la industrialización del país. Y ahora la tenemos.

No teníamos industria de tractores. Y ahora la tenemos.

No teníamos industria automovilística. Y ahora la tenemos.

No teníamos industria de construcción de maquinaria. Y ahora la tenemos.

No teníamos una industria química seria y moderna. Y ahora la tenemos.

No teníamos industria verdadera y seria para producir la maquinaria agrícola moderna. Y ahora la tenemos.

No teníamos industria de la aviación. Y ahora la tenemos.

En lo que concierne a la producción de energía eléctrica, ocupábamos el último puesto. Actualmente, ocupamos uno de los primeros.

En la extracción de productos petrolíferos y de la hulla ocupábamos el último puesto. Actualmente nos hallamos en uno de los primeros puestos.

Teníamos únicamente la base carbonífera y metalúrgica de Ucrania, que podíamos explotar con dificultad. Hemos logrado no solamente elevar dicha base, sino crear una nueva base carbonífera-metalúrgica en el Este, que constituye el orgullo de nuestro país.

Teníamos una sola base de la industria textil, en el Norte de nuestro país. Hemos logrado crear para un futuro próximo dos nuevas bases de la industria textil en el Asia Central y en la Siberia Occidental.

Y no solamente hemos creado estas nuevas ramas grandiosas de la industria, sino que las creamos en tales proporciones y en una escala tal, que las proporciones y la escala de la industria europea palidecen en comparación con las nuestras.

Y todo esto ha conducido a que los elementos capitalistas fueran desplazados de la industria, definitiva e irrevocablemente, mientras que la industria socialista ha venido a ser la única forma de industria en la U.R.S.S.

Y todo esto ha conducido a que nuestro país se transforme de un país agrario en industrial, pues la proporción de la producción industrial con respecto a la agrícola se ha elevado, del 48 por 100, que era a principios del Plan quinquenal (1928), al 70 por 100 a fines del cuarto año del Plan quinquenal (1932).

Y todo esto ha tenido como resultado que, al terminar el cuarto año del Plan quinquenal, hemos logrado realizar el programa de la producción industrial calculada para cinco años en un 93,7 por 100, elevando en más de *tres veces* el volumen de la producción industrial, en comparación con el nivel de antes de la guerra, y a más de *dos veces*, en comparación con el nivel de 1928. Y en lo que respecta al programa de producción en la industria pesada, hemos realizado el Plan quinquenal en un 108 por 100. Ciertamente, llevamos todavía un retraso de un 6 por 100 sobre el programa general del Plan quinquenal. Esto se explica por el hecho de que en vista de la negativa de los países vecinos a firmar con nosotros pactos de no agresión y a causa de las complicaciones en el Extremo Oriente, hemos tenido que destinar rápidamente una serie de fábricas a la producción de instrumentos modernos de

defensa, con el fin de fortalecer nuestra defensa. Esta transformación, en vista de la necesidad de atravesar por un cierto período preparatorio, ocasionó que estas fábricas tuvieran que suspender la producción durante 4 meses, lo que no ha podido dejar de repercutir en la realización del programa general de la producción de 1932 previsto por el Plan quinquenal. Esta operación ha tenido por resultado que hayamos podido llenar íntegra y plenamente las lagunas en lo concerniente a la capacidad de defensa del país. Pero ha tenido también que repercutir en forma negativa en el cumplimiento del programa de producción de acuerdo con el Plan quinquenal. No cabe la menor duda de que sin esta circunstancia incidental no sólo hubiéramos realizado, sino que con seguridad hubiéramos superado la parte cuantitativa del Plan quinquenal.

Por último, todo esto ha originado que la Unión Soviética se transformara de un país débil y sin preparación para la defensa, en un país potente en el sentido de la capacidad de defensa, en un país presto para todas las eventualidades, en un país capaz de producir en vasta escala todos los modernos instrumentos de defensa y proveer de ellos a su ejército en caso de una agresión desde el exterior.

Este es, en general, el balance del Plan quinquenal en 4 años en el dominio de la industria.

Ahora juzgad vosotros mismos, después de esto, el valor que tienen todas las divagaciones de la prensa burguesa sobre el «fracaso» del Plan quinquenal en lo referente a la industria.

¿Y cómo van las cosas en los países *capitalistas*, que atraviesan actualmente una dura crisis, en el crecimiento de su producción industrial?

He aquí algunos datos oficiales de todos conocidos.

Mientras el volumen de la producción industrial en la U.R.S.S. *ha crecido* a fines de 1932 en un 334 por 100, en comparación con el nivel de antes de la guerra, el volumen de la producción industrial de los Estados Unidos *ha descendido* durante el mismo período al 84 por 100 del nivel de antes de la guerra; el de Inglaterra, al 75 por 100; el de Alemania, al 62 por 100.

Mientras el volumen de la producción industrial en la U.R.S.S. *ha crecido* a fines de 1932 en un 219 por 100, en comparación con el nivel de 1928, el volumen de la producción industrial de los Estados Unidos *ha descendido* durante el mismo período al 56 por 100; el de Inglaterra, al 80 por 100; el de Alemania, al 55 por 100; el de Polonia, al 54 por 100.

¿Qué nos muestran los datos precedentes sino que el sistema capitalista de producción industrial ha fracasado frente al sistema soviético, que el sistema soviético de la industria tiene todas las ventajas sobre el sistema capitalista?

Se nos dice que todo eso está bien, que se han construído muchas fábricas nuevas, que están echadas las bases de la industrialización; pero que hubiera sido mucho mejor renunciar a la política de industrializa-

ción, a la política de ampliar la fabricación de medios de producción, o por lo menos relegar esta obra al último plano, con tal de producir más telas, más calzado, vestidos y otros artículos de consumo popular. Que se han producido muchos menos artículos de consumo popular de lo que es necesario, y que esto nos crea no pocas dificultades.

Pero es preciso saber, es preciso darse cuenta de adónde nos hubiera conducido la política de relegar al último plano las tareas de industrialización. Claro está que la mitad de los 1.500 millones de rublos oro, gastados durante este período en el equipamiento de nuestra industria pesada, los hubiéramos podido invertir en la importación de algodón, cueros, lana, caucho, etc. Y en este caso tendríamos más telas, más calzado, más vestidos. Pero no tendríamos industria de tractores, ni industria automovilística, no tendríamos una industria siderúrgica más o menos desarrollada, no tendríamos metal para la producción de máquinas y estaríamos desarmados frente al cerco capitalista armado de la técnica más moderna. Nos privaríamos entonces de la posibilidad de proveer a nuestra agricultura de tractores y de máquinas agrícolas, es decir, estaríamos sin pan. Nos privaríamos de la posibilidad de triunfar sobre los elementos capitalistas en el país, o sea, aumentaríamos inconcebiblemente las probabilidades de restauración del capitalismo. No tendríamos todos los medios modernos de defensa, sin los cuales es imposible la independencia nacional del país, sin los cuales el país se transforma en un campo de operaciones militares por parte de los enemigos exteriores. Nuestra situación sería entonces más o menos análoga a la situación de la actual China, país que no dispone de industria pesada propia, carece de industria militar propia y es despedazado por todos los que lo codician.

En una palabra, tendríamos en este caso la intervención armada; no pacto de no agresión, sino la guerra, una guerra peligrosa y mortífera, una guerra sangrienta y desigual, pues en esta guerra estaríamos casi desarmados frente a los enemigos que disponen de todos los medios modernos de ataque.

He aquí el aspecto que toma el asunto, camaradas.

Claro está que un poder estatal que se respete, un partido que se respete, no podía de ningún modo adoptar un punto de vista tan funesto.

Y justamente porque el Partido ha rechazado esta orientación antirrevolucionaria, precisamente por eso, el Partido ha logrado un triunfo decisivo en lo que se refiere a la realización del Plan quinquenal en el dominio de la industria.

Al realizar el Plan quinquenal, al organizar la victoria en el dominio de la construcción industrial, el Partido ha aplicado la política de los ritmos más acelerados en el desarrollo de la industria. El Partido parecía espolear al país, acelerando su marcha hacia adelante.

¿Ha procedido con acierto el Partido, al aplicar la política de los ritmos más acelerados?

Sí, con acierto absoluto.

No hay más remedio que espolear a un país que llevaba 100 años de retraso y al que amenaza, por eso mismo, un peligro mortal. Solamente de este modo era posible brindar al país la posibilidad de reequiparse rápidamente sobre la base de la nueva técnica y salir, por fin, al amplio camino de su desarrollo.

Además, no podíamos saber el día en que los imperialistas atacarían a la U.R.S.S., interrumpiendo nuestra construcción; pero de que podrían atacarnos en cualquier momento, aprovechando la debilidad técnica y económica de nuestro país, no podía caber la menor duda. Por esta razón el Partido se vió obligado a impulsar al país para no perder tiempo, aprovechando íntegramente la tregua, hasta crear en la U.R.S.S. las bases de la industrialización, que significan las bases de su poderío. El Partido no ha tenido la posibilidad de aguardar y maniobrar; tuvo que emplear la política de los ritmos más intensos.

Por último, el Partido tenía que terminar en el plazo más breve con la debilidad del país en el dominio de la defensa. Las condiciones del momento, el crecimiento de los armamentos en los países capitalistas, el fracaso de la idea del desarme, el odio de la burguesía internacional a la U.R.S.S., todo esto impulsaba al Partido a intensificar el fortalecimiento de la capacidad de defensa del país, base de su independencia.

¿Pero tenía el Partido la posibilidad efectiva de realizar la política de los ritmos más acelerados? Sí, la tenía. El Partido tenía esa posibilidad, no sólo porque supo poner oportunamente en movimiento al país en el sentido de un avance rápido, sino, sobre todo, porque podía apoyarse en la obra de la construcción amplia y nueva en las fábricas viejas o reequipadas, que los obreros y el personal de ingenieros y técnicos habían puesto ya en pleno funcionamiento y que hacían posible, por tanto, la aplicación del ritmo más rápido de desarrollo.

He aquí la base sobre la cual ha crecido entre nosotros, en el período del primer Plan quinquenal, el rápido ascenso de la nueva construcción, el entusiasmo de la edificación en gran escala, los héroes y los obreros de choque de las nuevas construcciones, la práctica de impetuosos ritmos de desarrollo.

¿Se puede afirmar que durante el segundo Plan quinquenal tendremos que aplicar idéntica política de ritmos acelerados?

No, no se puede decir.

En primer término, como resultado del eficaz cumplimiento del Plan quinquenal, *hemos realizado ya* en lo fundamental su tarea capital, la creación de la base de una nueva técnica moderna para la industria, los transportes y la agricultura. ¿Es necesario, después de esto, impulsar y espolear al país? Claro está que ahora ya no es necesario.

En segundo lugar, como resultado de la realización eficaz del Plan quinquenal, *hemos logrado ya* elevar la capacidad de defensa del país

a la altura debida. ¿Es necesario, después de esto, impulsar y espolear al país? Claro está que ahora ya no es necesario.

Por último, como resultado de la realización eficaz del Plan quinquenal, hemos conseguido construir decenas y centenares de nuevas grandes fábricas y combinados con una nueva y compleja técnica. Esto significa que en el volumen de la producción industrial no serán ya las viejas fábricas, cuya técnica hemos asimilado, las que desempeñarán el papel fundamental en el segundo quinquenio, como ha ocurrido en el período del primer Plan quinquenal, sino las nuevas fábricas, cuya técnica no hemos asimilado todavía y de la que es preciso posesionarse. Pero la buena explotación de las nuevas empresas y el dominio de la nueva técnica representa dificultades mucho mayores que el aprovechamiento de las viejas fábricas o de las reequipadas, cuya técnica ya está dominada. Esto requiere más tiempo para elevar la calificación de los obreros y del personal de ingenieros y técnicos y para adquirir nuevos hábitos a fin de aprovechar por completo la nueva técnica. Es evidente, después de esto, que aunque quisiéramos no podríamos aplicar en el período del segundo Plan quinquenal, sobre todo en los primeros dos o tres años, la política de los ritmos más acelerados de desarrollo.

Por eso creo que para el segundo Plan quinquenal tendremos que adoptar ritmos menos acelerados en el crecimiento de la producción industrial. Durante el período del primer Plan quinquenal, el aumento anual de la producción industrial ha sido de un 22 por 100 por término medio. Creo que para el segundo Plan quinquenal habrá que adoptar el 13-14 por 100 de aumento anual, como término medio. Para los países capitalistas, este ritmo de aumento de la producción industrial representa un ideal inasequible. Y no solamente este ritmo de aumento de la producción industrial, sino el promedio de un 5 por 100 de aumento anual constituye para ellos actualmente un ideal inasequible. Pero por eso son precisamente países capitalistas. Muy distinto es cuando se trata del País Soviético, con el sistema soviético de economía. Con nuestro sistema tenemos plena posibilidad de alcanzar y debemos alcanzar el 13-14 por 100 de aumento anual de la producción como *mínimo*.

Durante el período del primer Plan quinquenal, hemos sabido organizar el entusiasmo, el fervor en la *nueva construcción* y hemos logrado éxitos decisivos. Esto está muy bien. Pero ahora no basta. Ahora debemos completar esta obra con el entusiasmo, con el ímpetu por la *buena explotación* de las nuevas fábricas y el dominio de la nueva técnica, con la elevación seria de la productividad del trabajo, con la reducción seria del costo de la producción.

Esto es actualmente lo esencial.

Pues sólo sobre esta base podemos lograr, en la segunda mitad del segundo Plan quinquenal, un nuevo y poderoso impulso, tanto en el dominio de la construcción como en el del aumento de la producción industrial.

Por último, unas palabras sobre los ritmos mismos y sobre el porcentaje del aumento anual de la producción. Nuestros dirigentes industriales se ocupan poco de esta cuestión. Sin embargo, es una cuestión muy interesante. ¿Qué es el porcentaje del aumento en la producción y qué es lo que encierra en sí cada tanto por ciento de aumento? Tomemos, por ejemplo, el año 1925, período reconstructivo. El aumento anual de la producción fué en aquel entonces de un 66 por 100. La producción global de la industria equivalía a 7.700 millones de rublos. El 66 por 100 de aumento constituía entonces, en cifras absolutas, 3.000 millones y pico. Cada tanto por ciento, pues, equivalía en aquel entonces a 45 millones. Veamos ahora el año 1928. Ese año ha dado el 26 por 100 de aumento, es decir, casi tres veces menos, en lo que se refiere al porcentaje del año 1925. La producción global de la industria equivalía a 15.500 millones de rublos. Todo el aumento anual en cifras absolutas fué de 3.280 millones de rublos. Cada tanto por ciento de aumento, pues, equivalía entonces a 126 millones de rublos, o sea que constituía casi el triple de la suma de 1925, cuando teníamos el 66 por 100 de aumento. Tomemos, por último, el año 1931. Ese año dió el 22 por 100 de aumento, es decir, la tercera parte del obtenido en 1925. La producción global de la industria constituía entonces 30.800 millones de rublos. Todo el aumento dió en cifras absolutas 5.600 millones y pico. Por lo tanto, cada porcentaje de aumento representaba más de 250 millones de rublos, o sea 6 veces más de lo que era en 1925, cuando teníamos el 66 por 100 de aumento, y el doble del obtenido en 1928, cuando teníamos más del 26 por 100 de aumento.

¿Qué es lo que prueba esto? Que al estudiar los ritmos del aumento de la producción es imposible circunscribirse a considerar tan sólo la suma total del porcentaje en el aumento; hay que saber también qué es lo que se esconde tras cada tanto por ciento de aumento y cuál es la suma total del aumento anual de la producción. Tomemos, por ejemplo, para 1933 el 16 por 100 de aumento, es decir, la cuarta parte de lo que era en 1925. Esto no significa de ningún modo que el aumento de la producción en este año también constituirá la cuarta parte. El aumento de la producción en 1925, en cifras absolutas, era de 3.000 millones y pico, y cada tanto por ciento equivalía a 45 millones de rublos. No cabe duda que el aumento de la producción en 1933 en cifras absolutas, con la norma del 16 por 100 de aumento, será no menor de 5.000 millones de rublos, es decir, casi el doble del conseguido en 1925, y cada tanto por ciento de aumento equivaldrá, por lo menos, a 320-340 millones de rublos, es decir, será por lo menos siete veces más de lo que era cada tanto por ciento de aumento en 1925.

Tal es el aspecto de la cuestión, camaradas, si analizamos el problema de los ritmos y del porcentaje de aumento en forma concreta.

Este es el estado de cosas con respecto a los resultados del Plan quinquenal en 4 años en el dominio de la industria.

IV

LOS RESULTADOS DEL PLAN QUINQUENAL EN LA AGRICULTURA

Pasemos a la cuestión de los resultados del Plan quinquenal en 4 años en el dominio de la agricultura.

El Plan quinquenal en el dominio de la agricultura ha sido el plan de colectivización. ¿En qué se basaba el Partido al aplicar la colectivización?

El Partido se basaba en que, para afianzar la dictadura del proletariado y construir la sociedad socialista, es indispensable, además de la industrialización, el paso de la pequeña economía campesina individual a la gran agricultura colectiva, provista de tractores y de máquinas modernas, como la única base sólida del Poder Soviético en el campo.

El Partido se basaba en que, sin la colectivización, es imposible encauzar a nuestro país por el amplio camino de la construcción de la base económica del socialismo, es imposible librar del yugo de la miseria y de la ignorancia a millones de trabajadores del campo.

Lenin dijo que

«con la pequeña economía no es posible librarse de la miseria» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 540, «Sobre el trabajo en el campo»).

Lenin dijo que

«si seguimos con las pequeñas economías como en el pasado, aun siendo ciudadanos libres en una tierra libre, nos amenaza, a pesar de todo, una catástrofe inevitable» (*Lenin*, t. XX, pág. 417, «Sobre la cuestión agraria»).

Lenin dijo que

«sólo con ayuda del trabajo colectivo, cooperativo, en forma de artel, es posible salir del atolladero en que nos ha metido la guerra imperialista» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 537, «Sobre el trabajo en el campo»).

Lenin dijo que

«es necesario pasar al cultivo en común de la tierra en grandes economías modelo; sin esto, no es posible salir de ese desastre, de esa situación sencillamente desesperada en que se encuentra Rusia» (*Lenin*, t. XX, pág. 418, «Sobre la cuestión agraria»).

Partiendo de lo antedicho, Lenin llegaba a la siguiente conclusión fundamental:

«Solamente si se consigue hacer ver prácticamente a los campesinos las ventajas del cultivo agrícola social, colectivo, en forma de cooperativas y arteles; solamente si se logra ayudar al campesino por medio del régimen cooperativo, del artel, sólo entonces la clase obrera, que tiene en sus manos el Poder del Estado, demostrará realmente al campesino su razón y atraerá realmente a su lado, de un modo sólido y auténtico, a la masa de millones y millones de campesinos» (*Lenin*,

t. XXIV, pág. 579, discurso pronunciado en el I Congreso de las comunas rurales y de los arteles agrícolas).

El Partido se basaba en estas tesis de Lenin al aplicar el programa de colectivización de la agricultura, el programa del Plan quinquenal en el dominio de la agricultura.

La tarea del Plan quinquenal en la agricultura consistía en unificar las pequeñas economías campesinas, individuales y dispersas, privadas de la posibilidad de utilizar tractores y máquinas agrícolas modernas, en grandes economías colectivas, equipadas de todos los instrumentos modernos de una agricultura altamente desarrollada, y en cubrir de economías estatales modelo, de sovjoses, el área libre de cultivo.

La tarea del Plan quinquenal en el dominio de la agricultura consistía en transformar la U.R.S.S., de país de pequeños campesinos y atrasado, en un país de gran agricultura, organizada sobre la base del trabajo colectivo y con el máximo de rendimiento de productos para el mercado.

¿Qué ha conseguido el Partido al aplicar el programa del Plan quinquenal en 4 años en el dominio de la agricultura? ¿Ha cumplido dicho programa o ha sufrido un fracaso?

El Partido ha conseguido que en el transcurso de unos 3 años se pudieran organizar más de 200 mil granjas colectivas y cerca de 5.000 sovjoses de índole cerealista y ganadera, habiendo logrado simultáneamente aumentar durante 4 años el área de cultivo en 21 millones de hectáreas.

El Partido ha conseguido que los koljoses reúnan actualmente más del 60 por 100 de las economías campesinas, abarcando más del 70 por 100 de toda el área de cultivo, lo que significa la *superación* del Plan quinquenal *en tres veces*.

El Partido ha conseguido que, en vez de 500 ó 600 millones de puds de cereales para el mercado que se almacenaban en el período del predominio de la economía campesina individual, se tenga hoy la posibilidad de almacenar anualmente de 1.200 a 1.400 millones de puds de cereales.

El Partido ha conseguido que los kulaks fuesen derrotados como clase, por más que no están aún del todo rematados, que los campesinos trabajadores se vean libres de la esclavitud y de la explotación por parte de los kulaks y que el Poder Soviético tenga ahora una sólida base económica en el campo, la base de la economía colectiva.

El Partido ha conseguido que la U.R.S.S. se haya transformado, de un país de pequeña economía campesina, en el país de la más grande agricultura del mundo.

Tal es, en términos generales, el balance del Plan quinquenal en 4 años en el dominio de la agricultura.

Juzgad ahora lo que valen después de esto las divagaciones de la

prensa burguesa acerca del «fracaso» de la colectivización, acerca del «fracaso» del Plan quinquenal en el dominio de la agricultura.

¿Y cómo andan las cosas en este terreno en los países *capitalistas*, que atraviesan actualmente una ruda crisis agrícola?

He aquí los datos oficiales conocidos de todos.

En los más importantes países productores de cereales, la superficie sembrada está reducida en un 8-10 por 100. La superficie de algodón de los Estados Unidos está reducida en un 15 por 100; en Alemania y en Checoslovaquia, está reducida la superficie sembrada de remolacha azucarera en un 22-30 por 100; en Lituania y Letonia está reducida en un 25-30 por 100 la superficie sembrada de lino.

Según los datos del Departamento de Agricultura estadounidense, el valor global de la producción agrícola en los Estados Unidos *se ha reducido* de 11.000 millones de dólares en 1929 a 5.000 millones en 1932, o sea más de un 50 por 100. En el mismo país *se ha reducido* el valor global de la producción de cereales de 1.288 millones de dólares, en 1929, a 391 millones de dólares en 1932, es decir, más de un 68 por 100. En el algodón, en el mismo país, la *reducción* es de 1.389 millones de dólares en 1929 a 397 millones de dólares en 1932, o sea más del 70 por 100.

¿No atestiguan, acaso, todos estos hechos las ventajas del sistema soviético de la agricultura sobre el sistema capitalista? ¿No evidencian, acaso, estos hechos que los koljoses son una forma mucho más vital de economía que las economías individuales y capitalistas?

Se dice que los koljoses y los sovjoses no son suficientemente rentables, que absorben enormes recursos, que no hay razón alguna para sostener semejantes empresas, que sería más conveniente liquidarlas, dejando sólo las rentables. Pero de este modo puede hablar solamente gente que no entiende absolutamente nada de cuestiones de la economía nacional, de cuestiones económicas. Más de la mitad de las fábricas textiles eran hace algunos años no rentables. Una parte de nuestros camaradas nos proponía en aquel entonces cerrar estas fábricas. ¿Qué hubiera sido de nosotros, si les hubiéramos hecho caso? Hubiéramos cometido el mayor de los crímenes ante el país, ante la clase obrera, pues hubiéramos arruinado nuestra industria, que se iba levantando. ¿Y cómo procedimos en aquel entonces? Esperamos poco más de un año, logrando que toda la industria textil fuera rentable. ¿Y nuestra fábrica de automóviles en la ciudad de Gorki? Tampoco es aún rentable. ¿No ordenaríais cerrarla? Y nuestra metalurgia que tampoco es todavía rentable, ¿hay que cerrarla también, camaradas? Si vamos considerando de esta manera la rentabilidad, deberíamos desarrollar hasta el máximo solamente algunas ramas industriales que rinden los más altos beneficios, como, por ejemplo, la industria de confitería, la harinera, la de perfumería, la de tejidos de punto, la industria de juguetes, etc. No estoy, por supuesto, contra el desarrollo de esas ramas industriales. Al contrario, deben ser desarro-

lladas, puesto que también son necesarias para la población. Pero, en primer lugar, no pueden ser desarrolladas sin maquinaria y sin combustible, que les suministra la industria pesada. En segundo lugar, no es posible basar sobre ellas la industrialización. En esto estriba la cuestión, camaradas.

No es posible considerar la rentabilidad desde el punto de vista mercantilista, desde el punto de vista del momento. La rentabilidad debe ser considerada desde el punto de vista de la economía nacional en su conjunto y con una perspectiva de algunos años. Sólo un punto de vista semejante puede ser denominado realmente leninista, realmente marxista. Y este punto de vista es obligado no sólo en lo que respecta a la industria, sino, y en grado mayor, en lo que respecta a los koljoses y sovjoses. Reflexionad un poco: en unos tres años, hemos creado más de 200.000 koljoses y cerca de 5.000 sovjoses, es decir, hemos creado completamente nuevas grandes empresas, que tienen la misma importancia para la agricultura que la que tienen las fábricas para la industria. Indicad un país que haya sabido crear en el transcurso de tres años no ya 205.000 nuevas grandes empresas, sino, por lo menos, 25.000 empresas análogas. No lo podréis indicar, porque ni existe ni ha existido tal país. Nosotros hemos creado 205.000 nuevas empresas en el dominio de la agricultura, y parece que hay gentes en el mundo que exigen que esas empresas sean inmediatamente rentables, y si no fuesen inmediatamente rentables, destruirlas y disolverlas. ¿No es acaso evidente que los laureles de Eróstrato no dejan descansar a estas gentes, más que extrañas?

Al hablar de la no rentabilidad de los koljoses y sovjoses, no quiero decir en manera alguna que todos sean no rentables. ¡Nada de esto! Todo el mundo sabe que hay ya actualmente toda una serie de koljoses y sovjoses de altos rendimientos. Tenemos miles de koljoses y decenas de sovjoses que son plenamente rentables ya en la actualidad. Estos koljoses y sovjoses son el orgullo de nuestro Partido, el orgullo del Poder Soviético. Claro está que los koljoses y sovjoses no son idénticos en todas partes. Los hay viejos, nuevos y novísimos. Estos últimos son débiles aún, no revisten todavía de un modo completo la forma de organismos económicos. Atraviesan en su organización más o menos el mismo período que nuestras fábricas atravesaron en 1920-21. Se comprende que, en su mayoría, no pueden ser rentables. Pero que lo serán dentro de unos dos o tres años, como nuestras fábricas comenzaron a ser rentables después de 1921, de esto no puede caber la menor duda. Negarles ayuda y apoyo porque no sean rentables en el presente, significa cometer el mayor crimen ante la clase obrera y los campesinos. Sólo los enemigos del pueblo y los contrarrevolucionarios pueden plantear la cuestión de la inutilidad de los koljoses y sovjoses.

Al realizar el Plan quinquenal en el dominio de la agricultura, el Partido ha aplicado la colectivización con ritmos acelerados. ¿Ha proce-

dido con acierto el Partido al aplicar la política de los ritmos acelerados en la colectivización? Sí, con absoluto acierto, a pesar de haberse producido algunas exageraciones. Al aplicar la política de liquidación de los kulaks como clase, y al extirpar los nidos kulakistas, el Partido no pudo detenerse en medio del camino, el Partido debía llevar la obra hasta su final.

Esto, en primer lugar.

En segundo lugar, disponiendo de tractores y de máquinas agrícolas, por una parte, y aprovechando la ausencia de propiedad privada de la tierra (¡la nacionalización de la tierra!), por otra, el Partido ha tenido todas las posibilidades de acelerar la colectivización de la agricultura. Y el Partido ha logrado, efectivamente, en este dominio el éxito más grande, pues ha llegado a sobrepasar en tres veces el programa del Plan quinquenal de colectivización.

¿Significa esto acaso que debemos aplicar la política de ritmos acelerados en la colectivización también durante el segundo Plan quinquenal? No, no significa esto. La situación nos dice que *ya hemos terminado* en lo fundamental la colectivización de los distritos esenciales de la U.R.S.S. Por lo tanto, hemos hecho en este dominio más de lo que se podía esperar. Y no sólo hemos terminado la colectivización en lo fundamental; hemos logrado que, en la conciencia de la enorme mayoría de los campesinos, los koljoses se conviertan en la forma más aceptable de la economía. Y esto es, camaradas, una enorme conquista. ¿Vale la pena acaso en estas circunstancias tomar medidas precipitadas con el fin de conseguir ritmos acelerados de la colectivización? Es evidente que no vale la pena.

Ahora no se plantea ya la cuestión de los ritmos acelerados de la colectivización, y menos aún la de si debe o no debe haber koljoses; esta cuestión ya está resuelta positivamente. Los koljoses están afianzados y el camino de la vieja economía individual está definitivamente cerrado. Actualmente, se impone la tarea de consolidar los koljoses *en el terreno de la organización*, expulsar de ellos a los elementos saboteadores, seleccionar cuadros auténticamente bolcheviques, cuadros probados, para los koljoses, y hacer de los koljoses verdaderas empresas bolcheviques.

Esto es actualmente lo esencial.

Esta es la situación con respecto al Plan quinquenal en 4 años, en el dominio de la agricultura.

V

LOS RESULTADOS DEL PLAN QUINQUENAL EN EL DOMINIO DEL MEJORAMIENTO DE LA SITUACION MATERIAL DE LOS OBREROS Y CAMPESINOS

Me he referido más arriba a los éxitos en el dominio de la industria y de la agricultura, al ascenso de la economía industrial y agrícola en la U.R.S.S. ¿Cuáles son los resultados de estos éxitos desde el punto de vista del mejoramiento de la situación material de los obreros y campesinos? ¿En qué consisten los resultados esenciales de nuestros éxitos en el dominio de la industria y de la agricultura, desde el punto de vista del mejoramiento radical de la situación material de los trabajadores?

Consisten, en primer lugar, en *la supresión del paro* y en la liquidación de la inseguridad en el día de mañana entre los obreros.

Consisten, en segundo lugar, en haber abarcado en la construcción koljosiana a casi todos los campesinos pobres, en haber minado, sobre esta base, la diferenciación de los campesinos en kulaks y campesinos pobres, y en *haber eliminado, en conexión con esto, la depauperización del campo.*

Esto es, camaradas, una enorme conquista con la que no puede ni soñar ningún Estado burgués, ni siquiera el más «democrático».

Entre nosotros, en la U.R.S.S., los obreros hace mucho tiempo ya que han olvidado lo que es el paro forzoso. Hace tres años teníamos cerca de 1.500.000 parados. Y ya hace dos años que hemos liquidado la desocupación. Los obreros han tenido ya tiempo de olvidar lo que es el paro, lo que es su opresión y sus horrores. Fijaos en los países capitalistas, en los horrores que allí se suceden a causa del paro forzoso. En dichos países, hay actualmente no menos de 30 a 40 millones de parados. ¿Quiénes son estos hombres? Por lo común, se dice que son «gente desahuciada de la vida».

Día tras día, tratan de conseguir trabajo, buscan, están dispuestos a aceptar casi cualquier condición de trabajo, pero no son admitidos, porque son gente que está «de más». Y esto sucede mientras enormes masas de mercancías y de productos son despilfarrados en aras de los caprichos de los mimados de la fortuna, de los señoritos, hijos de capitalistas y terratenientes. A los parados se les niegan alimentos, porque carecen de medios para pagarlos, se les niega albergue porque no disponen de medios para pagar la vivienda. ¿Con qué medios y cómo viven? Viven con las míseras migajas de la mesa de los pudientes; hurgan los cajones de basura donde hallan restos de alimentos podridos; viven en los tugurios de las grandes ciudades y más que nada en los cuchitriles de los suburbios, construídos por los parados con cajones viejos y corteza de árbol. Pero esto no es todo. No son sólo los desocupados los que sufren por falta de trabajo. También los obreros que trabajan sufren a

causa de ello. Sufren porque la presencia de una gran cantidad de parados crea para ellos una situación inestable en la fábrica, la incertidumbre del día de mañana. Hoy trabajan en la fábrica, pero sin estar seguros de que, al despertar mañana, no se encontrarán con que ya están despedidos.

Una de las esenciales conquistas del Plan quinquenal realizado en cuatro años, consiste en que hemos liquidado la desocupación, librando de sus horrores a los obreros de la U.R.S.S.

Lo mismo se puede decir con respecto a los campesinos. Ellos también han olvidado la diferenciación de los campesinos en kulaks y pobres, han olvidado la explotación de los pobres por los kulaks, la ruina que cada año hacía presa en centenares de miles y de millones de campesinos pobres, lanzándolos por el mundo. Hace unos tres o cuatro años, no menos del 30 por 100 de toda la población campesina estaba formada por campesinos pobres. Esto equivalía a más de una decena de millones de personas. Y en épocas anteriores, antes de la Revolución de Octubre, los campesinos pobres constituían no menos del 60 por 100 de la población campesina. ¿Quiénes eran los campesinos pobres? Eran personas que habitualmente carecían de semillas, de ganado de labor, de aperos de labranza, o de todas estas cosas a la vez. Campesinos pobres eran los que vivían en la indigencia, y, por regla general, se hallaban avasallados por los kulaks, y en los tiempos anteriores, por los kulaks y los terratenientes. Hace todavía poco tiempo, cerca de 1.500.000 campesinos pobres, y quizá 2.000.000, se dirigían anualmente a trabajar al Sur—al Cáucaso Septentrional y a Ucrania—de criados de los kulaks, y anteriormente de los kulaks y terratenientes. Muchos más acudían anualmente a las puertas de las fábricas, llenando las filas de los parados. Y en una situación tan deplorable se hallaban no sólo los campesinos pobres. Una buena mitad de los campesinos medios también se encontraba en la miseria y llena de privaciones como los campesinos pobres. Los campesinos han tenido ya tiempo de olvidar todo esto.

¿Qué ha dado el Plan quinquenal en cuatro años a los campesinos pobres y a las capas inferiores de los campesinos medios? El Plan quinquenal ha socavado y destrozado a los kulaks como clase, librando a los campesinos pobres y a una buena mitad de los campesinos medios del vasallaje de los kulaks. El Plan quinquenal los ha incorporado a los koljoses, creando para ellos una situación sólida. El Plan quinquenal ha eliminado con esto la posibilidad de la diferenciación de los campesinos, en explotadores, kulaks, y en explotados, campesinos pobres. El Plan quinquenal ha elevado a los campesinos pobres y a las capas inferiores de los campesinos medios al estado de personas con una posición asegurada, suprimiendo de esta manera el proceso de ruina y miseria de los campesinos. Actualmente ya no tenemos casos en que millones de campesinos abandonen anualmente sus hogares y vayan a trabajar a comarcas distantes. Para llevar al campesino a trabajar a alguna

parte, fuera de su koljós, es preciso ahora firmar un contrato con el koljós, y asegurar, además, al koljosiano el viaje gratuito en ferrocarril. Actualmente, no tenemos ya casos en que centenares de miles y millones de campesinos se arruinen y vayan de puerta en puerta por las fábricas. Lo había, pero hace ya mucho que se acabó. Actualmente, el campesino es un agricultor de posición asegurada, miembro de koljós, que tiene a su disposición tractores, máquinas agrícolas, fondos de semilla, fondos de reserva, etc.

Esto es lo que el Plan quinquenal ha proporcionado a los campesinos pobres y a las capas inferiores de los campesinos medios.

Esto es lo esencial de las conquistas logradas en el mejoramiento de la situación material de los obreros y campesinos.

Como resultado de estas conquistas fundamentales, en lo que atañe al mejoramiento de la situación material de los obreros y campesinos, tenemos lo siguiente en el primer Plan quinquenal:

a) Aumento al *doble* del número de los obreros y empleados de la gran industria en comparación con 1928, lo que da una superación del Plan quinquenal en un 57 por 100.

b) Crecimiento de los ingresos nacionales—por lo tanto, crecimiento de los ingresos de los obreros y campesinos—, que han alcanzado en 1932 la suma de 45.100 millones de rublos, lo que significa un aumento del 85 por 100, en comparación con el año 1928.

c) Crecimiento del salario medio anual de los obreros y empleados en la gran industria en un 67 por 100, en comparación con 1928, lo que significa la superación del Plan quinquenal en un 18 por 100.

d) Crecimiento del fondo de seguros sociales en 292 por 100, en comparación con 1928 (4.120 millones de rublos en 1932 contra 1.050 millones de rublos en 1928), lo que da la superación del Plan quinquenal en un 111 por 100.

e) Crecimiento de la alimentación colectiva, abarcando más del 70 por 100 de los obreros de las ramas industriales esenciales, lo que significa la superación del Plan quinquenal en un 600 por 100.

Claro está que no hemos logrado aún asegurar plenamente las demandas materiales de los obreros y campesinos. Y quizá no lo logremos en los años próximos. Pero hemos conseguido, indudablemente, que la situación material de los obreros y de los campesinos vaya mejorando de año en año. Pueden dudar de esto solamente los enemigos más acérrimos del Poder Soviético o, tal vez, algunos representantes de la prensa burguesa, entre ellos una parte de los corresponsales de dicha prensa, que residen en Moscú y que entienden de economía de los pueblos y de la situación de los trabajadores tanto como, por ejemplo, el rey de Abisinia entiende de matemáticas superiores.

¿Y cuál es la situación de los obreros y campesinos en los países capitalistas?

He aquí algunos datos oficiales.

Ha crecido en forma catastrófica el número de los parados en los países capitalistas. En los Estados Unidos, según datos oficiales, sólo en la industria manufacturera ha disminuído el número de los obreros ocupados, de 8.500.000 en 1928 a 5.500.000 en 1932; y según los datos de la Federación Americana del Trabajo, el número de los parados en los Estados Unidos en toda la industria era, a fines de 1932, de 11.000.000 de personas. En Inglaterra, el número de los parados, según datos de la estadística oficial, ha pasado de 1.290.000 en 1928 a 2.800.000 en 1932. En Alemania, según datos oficiales, el número de los parados ha pasado de 1.376.000, en 1928, a 5.500.000 en 1932. El mismo cuadro se observa en todos los países capitalistas, y hay que considerar que la estadística oficial, como norma, disminuye los datos sobre el número de los parados, cuya cantidad oscila en los países capitalistas entre 35 y 40 millones de personas.

Se está realizando una reducción sistemática de los salarios obreros. Según datos oficiales, la reducción del salario medio mensual en los Estados Unidos ha llegado al 35 por 100, en comparación con el nivel de 1928; en Inglaterra, durante el mismo período, al 15 por 100; en Alemania, hasta el 50 por 100. Según los cálculos de la Federación Americana del Trabajo, las pérdidas de los obreros americanos, como resultado de la reducción de los salarios, fueron en 1930-31 de 35.000 millones de dólares.

También están considerablemente reducidos los fondos del seguro obrero, de por sí insignificantes, en Inglaterra y Alemania. En los Estados Unidos y en Francia, falta en absoluto o no hay apenas el seguro de paro, en virtud de lo cual crece en forma colosal el número de los obreros sin albergue y de niños desamparados, sobre todo en los Estados Unidos.

No se encuentran en mejor estado las masas campesinas de los países capitalistas, en los cuales la crisis agrícola está socavando de raíz la economía campesina, lanzando a la mendicidad a millones de campesinos y granjeros arruinados.

Este es el balance del Plan quinquenal realizado en cuatro años, en lo que respecta al mejoramiento de la situación material de los trabajadores de la U.R.S.S.

VI

LOS RESULTADOS DEL PLAN QUINQUENAL EN EL DOMINIO DEL INTERCAMBIO MERCANTIL ENTRE LA CIUDAD Y EL CAMPO

Pasemos ahora a la cuestión del balance del Plan quinquenal realizado en cuatro años, en lo que respecta al aumento de la circulación de mercancías entre la ciudad y el campo.

El enorme crecimiento de la producción industrial y agrícola, el crecimiento de los excedentes de mercancías, tanto industriales como agrícolas, y en fin, el crecimiento de la demanda de los obreros y campesinos, no ha podido dejar de conducir, y realmente ha conducido, a reanimar y ampliar la circulación de mercancías entre la ciudad y el campo.

La alianza de producción entre la ciudad y el campo es la forma esencial de la alianza entre los obreros y los campesinos. Pero la sola alianza de producción no basta. Es preciso completarla con la alianza mercantil, con el fin de que la ligazón entre la ciudad y el campo sea sólida e indisoluble. Esto puede ser logrado solamente mediante el desarrollo del comercio soviético. Sería erróneo creer que es posible desarrollar el comercio soviético por un solo camino, por ejemplo, mediante las cooperativas. Para desarrollar el comercio soviético, es preciso utilizar todas las vías: la red de cooperativas, la red del comercio estatal y el comercio koljosiano.

Algunos camaradas creen que el desarrollo del comercio soviético, y sobre todo, el desarrollo del comercio koljosiano, es el retroceso hacia la primera etapa de la Nep. Esto es absolutamente inexacto.

Entre el comercio soviético, el koljosiano inclusive, y el comercio de la primera etapa de la Nep, hay una diferencia fundamental.

En la primera etapa de la Nep, toleramos la reanimación del capitalismo, admitimos el intercambio comercial privado, toleramos la «actividad» de los comerciantes privados, de los capitalistas, de los especuladores.

Esto era un comercio más o menos libre, restringido tan sólo por el papel regulador del Estado. En aquella época, el sector capitalista privado ocupaba en el intercambio comercial del país un puesto bastante importante. Dejo a un lado que en aquel entonces no teníamos una industria desarrollada como la que tenemos ahora, ni koljoses ni sovjoses, que trabajan de acuerdo con un plan y que suministran al Estado enormes reservas de productos agrícolas y de artículos urbanos.

¿Es posible, acaso, decir que ahora tenemos una situación análoga? No, no puede decirse.

En primer término, no se puede colocar el comercio soviético en el mismo rango que el comercio que existía durante la primera etapa de la Nep, por más que éste fuese regulado por el Estado. Si el comercio en la primera etapa de la Nep toleró la reanimación del capitalismo y la existencia del sector capitalista privado en el intercambio comercial, en cambio, el comercio soviético parte de la negación del uno y del otro. ¿Qué es el comercio soviético? El comercio soviético es un comercio sin capitalistas—grandes ni pequeños—, un comercio sin especuladores —grandes ni pequeños—. Es un comercio de un tipo específico, que la historia desconocía hasta ahora y que sólo nosotros, los bolcheviques, practicamos en las condiciones del desarrollo soviético.

En segundo lugar, tenemos actualmente la industria del Estado bastante desarrollada y todo un sistema de koljoses y sovjoses, que aseguran al Estado enormes reservas de productos agrícolas e industriales para el desenvolvimiento del comercio soviético. Esto no lo había, ni podía haberlo en las condiciones de la primera etapa de la Nep.

En tercer lugar, hemos logrado que durante el último período fuesen desalojados por completo del intercambio comercial los comerciantes privados, los traficantes, los intermediarios de toda especie. Claro está que esto no descarta que puedan de nuevo aparecer en el intercambio comercial, por atavismo, comerciantes privados y especuladores, aprovechando para ese fin el campo más propicio para ellos, o sea, el comercio koljosiano. Más aún; los mismos koljosianos no desdeñan de tanto en tanto la especulación, lo que no les hace, por supuesto, honor alguno. Pero contra estos fenómenos malsanos tenemos la ley sobre el comercio soviético, hace poco promulgada, acerca de las medidas de supresión de la especulación y de los castigos con que se pena a los especuladores. Sabéis, por supuesto, que dicha ley no adolece de suavidad excesiva. Comprenderéis, pues, que una ley semejante no ha existido ni ha podido existir en las condiciones de la primera etapa de la Nep.

Ya veis que hablar, después de lo dicho, de un retroceso al comercio de la primera etapa de la Nep no significa otra cosa que no entender nada en absoluto de nuestra economía soviética.

Se nos dice que es imposible desarrollar el comercio, ni siquiera un comercio soviético, sin una economía monetaria sana y sin una divisa sana; que es preciso, ante todo, sanear la economía monetaria y nuestra divisa monetaria, que, al parecer, no representa valor alguno. Así nos dicen los economistas de los países capitalistas. Creo que esos respetables economistas no entienden de economía política más de lo que entiende, por ejemplo, el arzobispo de Canterbury de propaganda antirreligiosa. ¿Cómo se puede afirmar que nuestra divisa soviética no representa valor alguno? ¿No es acaso un hecho que con esta divisa monetaria hemos construído el Magnitostrói, el Dnieprostrói, Kusnietskstrói, las fábricas de tractores de Stalingrado y Járkov, las fábricas de automóviles de la ciudad de Gorki y de Moscú, centenares de miles de koljoses y millares de sovjoses? ¿No creerán estos señores que todas las empresas mencionadas están construídas de paja o de arcilla y no de materiales efectivos que tienen un valor determinado? ¿Qué es lo que garantiza la estabilidad de la divisa monetaria soviética, si se toma en cuenta, claro está, el mercado organizado, que tiene una importancia decisiva en el intercambio comercial del país, y no el mercado no organizado, que tiene tan sólo una importancia de segundo orden? Por supuesto, no sólo la reserva de oro. La estabilidad de la divisa soviética está garantizada, ante todo, por la enorme cantidad de mercancías en poder del Estado que éste pone en circulación según precios estables. ¿Qué economista puede negar que una garantía semejante, que existe sólo en la U.R.S.S.,

es una garantía más real de la estabilidad de la divisa que cualquier reserva de oro? ¿Comprenderán alguna vez los economistas de los países capitalistas que se han enredado definitivamente en la teoría de la reserva de oro como única garantía de la estabilidad de la divisa?

Este es el estado de las cuestiones relacionadas con el desarrollo del comercio soviético.

¿Cuáles son los resultados logrados, a raíz de la aplicación del Plan quinquenal, en lo que atañe al desarrollo del comercio soviético?

Como resultado del Plan quinquenal tenemos:

a) El aumento de la producción de la industria ligera, que asciende al 187 por 100, en comparación con 1928.

b) El crecimiento del intercambio cooperativo y estatal de mercaderías al detalle, que constituye actualmente, a precios de 1932, la cantidad de 39.600 millones de rublos, es decir, un aumento de la masa de mercancías en el comercio al por menor del 175 por 100, en comparación con 1928.

c) El aumento de la red comercial cooperativa y estatal en 158.000 almacenes y tiendas, con respecto a 1929.

d) El desarrollo continuo del comercio koljosiano y del acopio de productos agrícolas por parte de las organizaciones estatales y cooperativas.

Estos son los hechos.

Muy distinto es el cuadro del intercambio comercial en los países *capitalistas*, en los cuales la crisis ha conducido a la reducción catastrófica del comercio, al cierre de fábricas en masa y a la ruina de los comerciantes pequeños y medios, a la bancarrota de importantes firmas comerciales y a la acumulación de mercancías en las casas de comercio con la continua baja de la capacidad adquisitiva de las masas trabajadoras.

Este es el balance del Plan quinquenal realizado en cuatro años, en lo que respecta al desarrollo de la circulación de mercancías.

VII

LOS RESULTADOS DEL PLAN QUINQUENAL EN LO QUE SE REFIERE A LA LUCHA CONTRA LOS RESTOS DE LAS CLASES ENEMIGAS

Como resultado de la realización del Plan quinquenal en la industria, la agricultura y el comercio, hemos afirmado en todas las esferas de la economía nacional el principio del socialismo, desalojando a los elementos capitalistas.

¿A qué debía conducir esto, en lo que respecta a los elementos capitalistas, y a qué ha conducido en la práctica?

A que los últimos restos de las clases agonizantes fueran desarraigados: los industriales y su servidumbre, los comerciantes y sus acólitos, los antiguos nobles y los popes, los kulaks y sus lacayos, los antiguos oficiales blancos y los sargentones, los antiguos policías y los gendarmes, toda clase de intelectuales burgueses de laya chovinista y los demás elementos antisoviéticos.

Desarraigados y dispersos por toda la U.R.S.S., estos ex-hombres se han desparramado por nuestras fábricas, por nuestras oficinas y organizaciones comerciales, por las empresas del transporte ferroviario y fluvial y, pincipalmente, por los koljoses y sovjoses. Se han desparramado y refugiado allí, poniéndose la máscara de «obreros» y «campesinos», incluso logrando algunos infiltrarse en el Partido.

¿Con qué bagaje llegaron? Claro está, con el sentimiento de odio al Poder Soviético, con el sentimiento de odio rabioso a las nuevas formas de la economía, del modo de vivir, de la cultura.

Dichos señores no están ya en condiciones de emprender un ataque directo contra el Poder Soviético. Ellos y sus clases han realizado ya más de una vez ataques idénticos, siendo derrotados y dispersados. Por lo tanto, lo único que les queda por hacer es cometer vilezas y perjudicar a los obreros, a los koljosianos, al Poder Soviético, al Partido. Por eso perjudican en todas las formas que pueden, minando y socavando solapadamente. Prenden fuego a los depósitos y rompen las máquinas. Organizan el sabotaje en los koljoses, en los sovjoses, llegando incluso algunos de ellos, entre los cuales hay algún profesor, a inocular al ganado en los koljoses y sovjoses la peste bubónica, el anthrax, contribuyen a la difusión de la meningitis entre los caballos, etc.

Pero lo esencial no consiste en esto. Lo esencial de la «actividad» de estos ex-hombres consiste en que organizan el robo y el pillaje en masa de los bienes del Estado, de los bienes de las cooperativas, de la propiedad koljosiana. El robo y el pillaje en las fábricas, el robo de las cargas ferroviarias, el robo y el pillaje en los depósitos y en las empresas comerciales—sobre todo, el robo y el pillaje en los sovjoses y koljoses—es la forma esencial de la «actividad» de estos ex-hombres. Como si sintieran, con su instinto de clase, que la base de la economía soviética es la propiedad colectiva, que precisamente esta base debe ser resquebrajada para perjudicar al Poder Soviético, procuran efectivamente quebrantar la propiedad colectiva mediante la organización de robos y pillaje en masa.

Para organizar los robos, aprovechan los hábitos y las supervivencias de pequeños propietarios privados que existen entre los koljosianos, propietarios individuales de ayer y hoy miembros de los koljoses. Vosotros, como marxistas, debéis saber que el desarrollo de la conciencia de los hombres está en retraso con respecto a su situación real. Los koljosianos, por su situación, ya no son propietarios individuales, sino colectivistas, pero su conciencia es aún por el momento vieja, de propietario

privado. Y he aquí que los ex-hombres de las filas de las clases explotadoras aprovechan estos hábitos de propietarios privados de los koljosianos, para organizar el despilfarro de los bienes colectivos y con ello quebrantar la base del régimen soviético, la propiedad colectiva.

Muchos de nuestros camaradas observan con complacencia semejante fenómeno, sin entender el sentido y la importancia del robo y el pillaje en masa. Pasan como ciegos cerca de estos hechos, creyendo que «no hay nada de extraño en eso». Pero ellos, esos camaradas, están profundamente equivocados. La base de nuestro régimen es la propiedad colectiva, así como la base del capitalismo es la propiedad privada. Si los capitalistas proclamaron la propiedad privada como sagrada e inviolable, logrando a su tiempo la consolidación del régimen capitalista, nosotros, los comunistas, debemos con tanta mayor razón proclamar la propiedad colectiva como sagrada e inviolable, a fin de consolidar con esto las nuevas formas socialistas de la economía, en todos los dominios de la producción y del comercio. Tolerar los robos y el pillaje de la propiedad colectiva, tanto si se trata de la propiedad del Estado, como de la propiedad cooperativa o koljosiana, y pasar por encima de estos escandalosos hechos contrarrevolucionarios, significa contribuir a la socavación del régimen soviético, que se basa en la propiedad colectiva inherente a él. De esto ha partido nuestro Gobierno Soviético, al promulgar hace poco la ley sobre la protección de la propiedad colectiva. Dicha ley es en la actualidad la base misma del derecho revolucionario. Y la obligación de aplicarla más rigurosamente en la vida, es el deber primordial de todo comunista, de todo obrero y de todo koljosiano.

Se dice que la legislación revolucionaria de nuestra época no se distingue en absoluto de la legislación revolucionaria del primer período de la Nep; que la legislación revolucionaria de hoy es el retroceso a la legislación revolucionaria del primer período de la Nep. Esto es absolutamente inexacto. La legislación revolucionaria del primer período de la Nep dirigía su filo principalmente contra los excesos cometidos durante el período del comunismo de guerra, contra las confiscaciones y recaudaciones «ilegales». Garantizaba al propietario privado, al campesino individual, al capitalista la conservación de sus bienes, a condición de observar estrictamente las leyes soviéticas. Muy distinta es la situación presente. La legislación revolucionaria actual dirige su filo no contra los excesos cometidos durante el período del comunismo de guerra, que no existe ya, sino contra los ladrones y saboteadores de la economía colectiva, contra los malhechores y expoliadores de la propiedad colectiva. La preocupación esencial de la legislación revolucionaria del presente consiste, pues, en proteger la propiedad colectiva y no en ninguna otra cosa.

He ahí por qué la lucha por la protección de la propiedad colectiva, lucha por todos los medios y medidas que ponen a nuestra disposi-

ción las leyes del Poder Soviético. es una de las tareas esenciales del Partido.

Una dictadura del proletariado vigorosa y potente, eso es lo que necesitamos actualmente para aventar los últimos restos de las clases agonizantes y desbaratar sus maquinaciones de pillaje.

Algunos camaradas comprendieron la tesis sobre la supresión de las clases, sobre la creación de la sociedad sin clases y sobre la extinción del Estado, como una justificación de la pereza y la complacencia, como una justificación de la teoría contrarrevolucionaria de la extinción de la lucha de clases y de la debilitación del Poder estatal. Ni que decir tiene que gente de esta índole no tiene nada de común con nuestro Partido. Son gente que degenera, o son hipócritas que deben ser expulsados de nuestro Partido. La supresión de las clases no se logra mediante la extinción de la lucha de clases, sino intensificándola. La desaparición del Estado no llegará por la debilitación del Poder estatal, sino mediante su máximo robustecimiento, indispensable para dar el golpe de gracia a los restos de las clases agonizantes y organizar la defensa contra el cerco capitalista, que dista mucho de estar aniquilado y que no lo será tan pronto.

Como resultado de la realización del Plan quinquenal, hemos logrado desalojar por completo de sus posiciones en la producción a los últimos restos de las clases hostiles, hemos derrotado a los kulaks y preparado el terreno para su supresión. Este es el balance del Plan quinquenal en el dominio de la lucha contra los últimos destacamentos de la burguesía. Pero esto es poco. La tarea consiste ahora en desalojar a estos ex-hombres de nuestras propias empresas e instituciones e inutilizarlos definitivamente.

No se puede decir que estos ex-hombres hayan podido cambiar en algo, con sus maquinaciones de sabotaje y de pillaje, la situación actual de la U.R.S.S. Son demasiado débiles e impotentes para oponer resistencia a las medidas del Poder Soviético. Pero si nuestros camaradas no se arman de vigilancia revolucionaria y no expulsan de la práctica la actitud pequeñoburguesa y complaciente frente a los hechos de robo y pillaje de la propiedad colectiva, esos ex-hombres pueden causarnos grandes perjuicios.

Es preciso tener presente que el crecimiento de la potencia del Estado soviético fortalecerá la resistencia de los últimos restos de las clases agonizantes. Precisamente porque están agonizando y viven sus últimos días, pueden pasar de unas formas de asalto a otras más agudas, apelando a las capas atrasadas de la población y movilizándolas contra el Poder Soviético. No hay ruindad ni calumnia que estos ex-hombres no lancen contra el Poder Soviético y en torno a las cuales no intenten movilizar a los elementos atrasados. Sobre este terreno pueden resucitar y ponerse en movimiento los grupos deshechos de los viejos partidos contrarrevolucionarios: de los socialrevolucionarios, los men-

cheviques, los nacionalistas burgueses del centro y de la periferia; pueden resucitar y ponerse en movimiento los restos de los elementos contrarrevolucionarios de la oposición trotskista y de las desviaciones derechistas. Claro está que esto no nos espanta. Sin embargo, es preciso tenerlo en cuenta, si queremos terminar con ellos rápidamente y sin sacrificios especiales.

He aquí por qué la vigilancia revolucionaria constituye por esto mismo una cualidad que los bolcheviques deben poseer especialmente ahora.

VIII

CONCLUSIONES GENERALES

Este es el balance fundamental de la aplicación del Plan quinquenal en la práctica en lo que respecta a la industria y a la agricultura, al mejoramiento de la condiciones de vida de los trabajadores, al desarrollo del intercambio comercial, a la consolidación del Poder Soviético y al desarrollo de la lucha de clases contra los restos y supervivencias de las clases agonizantes.

Estos son los éxitos y las conquistas del Poder Soviético durante los últimos cuatro años.

Sería erróneo creer, basándose en estos éxitos, que todo anda bien en nuestro país. Claro está que todavía no. Nuestro trabajo adolece de bastantes defectos y errores. La desidia en la administración de la economía y el desbarajuste están aún en uso en nuestra práctica. Desgraciadamente, no puedo detenerme ahora en los defectos y errores, pues los marcos del informe-balance que se me ha encargado no me dan suficiente espacio. Pero la cuestión no estriba en esto. Se trata de que, no obstante los defectos y los errores, cuya existencia nadie de nosotros negará, hemos logrado éxitos tan serios, que provocan la admiración de la clase obrera de todo el mundo; hemos logrado una victoria que tiene realmente una importancia histórica mundial.

¿Qué es lo que ha podido desempeñar y lo que realmente ha desempeñado el papel principal para que el Partido haya logrado éxitos decisivos en la aplicación del Plan quinquenal en cuatro años, pese a los errores y defectos?

¿Cuáles son las fuerzas esenciales que nos han asegurado esta histórica victoria, pese a todo?

Antes que nada, la actividad y la abnegación, el entusiasmo y la iniciativa de los millones y millones de obreros y koljosianos que han desarrollado, conjuntamente con los ingenieros y técnicos, una energía colosal en el desarrollo de la emulación socialista y de las brigadas de choque. No puede caber duda de que, sin la circunstancia apuntada, no

hubiéramos podido lograr el objetivo, no hubiéramos avanzado ni un solo paso.

En segundo lugar, la firme dirección del Partido y del Gobierno, que exhortaban a las masas a avanzar y que han allanado todas y cada una de las dificultades que se alzaban en el camino hacia el objetivo.

Son, por último, los méritos y ventajas específicos del sistema soviético de la economía, que guarda en su seno posibilidades colosales, indispensables para superar todas y cada una de las dificultades.

Estas son las tres fuerzas esenciales que han determinado la victoria histórica de la U.R.S.S.

Conclusiones generales:

1. El balance del Plan quinquenal ha destruído la afirmación de los estadistas burgueses y socialdemócratas de que el Plan quinquenal es una fantasía, un delirio, un sueño irrealizable. Los resultados han demostrado que el Plan quinquenal ya está realizado.

2. El balance del Plan quinquenal ha deshecho el célebre «credo» burgués de que la clase obrera no es capaz de construir nada nuevo, que tan sólo es capaz de destruir lo viejo. El balance del Plan quinquenal ha demostrado que la clase obrera es también capaz de construir tan excelentemente lo nuevo como de destruir lo viejo.

3. El balance del Plan quinquenal ha deshecho la tesis de los socialdemócratas de que es imposible construir el socialismo en un solo país. Los resultados del Plan quinquenal han demostrado que es absolutamente posible construir en un solo país la sociedad socialista, pues los cimientos económicos de semejante sociedad ya están echados en la U.R.S.S.

4. El balance del Plan quinquenal ha destruído la afirmación de los economistas burgueses de que el sistema económico capitalista es el mejor, de que cualquier otro sistema de economía carece de solidez y no es capaz de pasar por la prueba de las dificultades del desarrollo económico. El balance del Plan quinquenal ha demostrado que el sistema económico capitalista es inconsistente y falto de solidez, que ha caducado y debe ceder su puesto a otro sistema económico superior, al sistema soviético, socialista; que el único sistema económico que no teme las crisis y que es capaz de allanar las dificultades insolubles para el capitalismo, es el sistema soviético de economía.

5. Por último, el balance del Plan quinquenal ha demostrado que el Partido es invencible, *si* sabe hacia dónde llevar la obra y no teme las dificultades.

(Tempestuosos y prolongados aplausos. La sala aclama en pie al camarada Stalin.)

SOBRE EL TRABAJO EN EL CAMPO

DISCURSO PRONUNCIADO ANTE EL PLENO UNIFICADO DEL C.C. Y DE LA COMISION CENTRAL DE CONTROL DEL P.C.(b) DE LA U.R.S.S. EL 11 DE ENERO DE 1933

Camaradas:

Creo que los oradores han descrito acertadamente el estado del trabajo del Partido en el campo, sus defectos y sus méritos, principalmente sus defectos. Pero, a pesar de todo, me parece que no han dicho lo más importante sobre los defectos de nuestro trabajo en el campo, no han puesto al descubierto el fondo de dichos defectos. Sin embargo, este aspecto de la cuestión presenta para nosotros el mayor interés. Permitidme, por tanto, que exprese mi opinión sobre los defectos de nuestro trabajo en el campo, permitidme que lo exprese con toda la franqueza propia de los bolcheviques.

¿En qué consiste el principal defecto de nuestro trabajo en el campo durante el pasado año de 1932?

El defecto principal consiste en que los acopios de trigo se han llevado a cabo, en este año, con mayores dificultades que en el año anterior, en 1931.

Esto no puede explicarse, en modo alguno, por la mala cosecha, ya que, en este año, la cosecha no ha sido peor, sino mejor que el año anterior. Nadie puede negar que la recolección global de trigo, en 1932, ha sido superior a la de 1931, en que la sequía, que afectó a cinco regiones fundamentales del Noreste de la U.R.S.S., redujo considerablemente el balance del trigo del país. Evidentemente, también en 1932 hemos tenido ciertas pérdidas de cosecha a consecuencia de las desfavorables condiciones climatológicas en el Kubán y en Térek, así como en algunas regiones de Ucrania. Pero no cabe duda de que dichas pérdidas no constituyen ni la mitad de las pérdidas que tuvieron lugar en 1931 a consecuencia de la sequía de las regiones del Noreste de la U.R.S.S. Por consiguiente, hemos tenido en 1932 más trigo que en 1931. Y sin embargo, a pesar de dicha circunstancia, los acopios de trigo se han llevado a cabo, en 1932, con mayores dificultades que en el año anterior.

¿Qué ocurre? ¿Dónde están las causas de este defecto de nuestro trabajo? ¿Cómo puede explicarse esto?

1) Esto se explica, ante todo, por el hecho de que nuestros camaradas que trabajan en el campo, nuestros activistas del Partido en el

campo, no han sabido tener en cuenta la nueva situación creada en el campo a consecuencia del establecimiento del comercio koljosiano del trigo. Y precisamente por esto, por no haber tenido en cuenta la nueva situación, es por lo que no han sabido reorganizar su trabajo sobre una nueva base adaptada a la nueva situación. Mientras no existía el comercio koljosiano del trigo, mientras no existían dos precios para el trigo, el precio estatal y el del mercado, la situación en el campo era una. Con el establecimiento del comercio koljosiano del trigo, la situación debía cambiar bruscamente, ya que el establecimiento del comercio koljosiano significa la legalización de un precio de mercado para el trigo más elevado que el precio estatal establecido. No es preciso demostrar que dicha circunstancia había de crear en los campesinos un cierto retraimiento en sus entregas de trigo al Estado. El campesino sopesaba las cosas de esta manera: «Ha sido establecido el comercio koljosiano del trigo; ha sido legalizado el precio del mercado; por la misma cantidad de trigo puedo obtener en el mercado más de lo que obtendría entregándolo al Estado. Por consiguiente, si no soy un necio, debo retener el trigo, entregar menos al Estado, dejar más cantidad para el comercio koljosiano y, de este modo, obtener más por la misma cantidad de trigo vendido».

¡Es la lógica más simple y más natural!

Pero la desgracia radica aquí en el hecho de que nuestros activistas en el campo, en todo caso muchos de ellos, no han comprendido esta cosa simple y natural. Para no hacer fracasar las tareas encomendadas por el Poder Soviético, ante esta nueva situación, los comunistas tenían que haber intensificado e impulsado por todos los medios los acopios de trigo desde los primeros días de la recolección, ya en julio de 1932. Esto es lo que exigía la situación. ¿Pero cómo han procedido en la realidad? En lugar de impulsar los acopios, se han dedicado a impulsar la creación de toda clase de fondos, intensificando con ello el retraimiento de los campesinos en el cumplimiento de sus obligaciones ante el Estado. Al no comprender la nueva situación, no temieron que el retraimiento de los campesinos en las entregas de trigo pudiese retardar los acopios, sino que temieron que los campesinos no acertasen a retener el trigo para sacarlo más tarde al mercado del comercio koljosiano y, a lo mejor, entregasen todo su trigo a los graneros elevadores.

En otras palabras, nuestros comunistas del campo, por lo menos la mayoría de ellos, tan sólo han acertado a comprender el comercio koljosiano en su aspecto *positivo*, han entendido y asimilado su parte *positiva*, pero no han entendido ni asimilado en absoluto las partes *negativas* del comercio koljosiano, no han comprendido que las partes negativas del comercio koljosiano pueden causar un gran daño al Estado, si es que ellos, es decir los comunistas, no se dedican desde los primeros días de la recolección del trigo a impulsar con toda intensidad la campaña de acopio de trigo.

Y este error ha sido cometido no sólo por los activistas del Partido

en los koljoses. Ha sido cometido también por los directores de los sovjoses que, reteniendo criminalmente el trigo que debía ser entregado al Estado, se dedicaban a venderlo en otra parte a precio más elevado.

¿Han tenido en cuenta el Consejo de Comisarios del Pueblo y el Comité Central esta nueva situación, creada en relación con el comercio koljosiano del trigo, en su conocida disposición sobre el desarrollo del comercio koljosiano? Sí, lo han tenido. En dicha disposición se dice abiertamente que sólo se puede iniciar el comercio koljosiano del trigo después de haber cumplido completa e íntegramente el plan de acopio de trigo y después de haber almacenado las semillas. En ella se dice directamente que sólo después de la terminación del acopio de trigo y del almacenamiento de semillas, aproximadamente hacia el 15 de enero de 1933, sólo después de cumplidas dichas condiciones, puede abrirse el comercio koljosiano del trigo. Con esta disposición suya, el Consejo de Comisarios del Pueblo y el Comité Central parecen decir a nuestros activistas en el campo: no enturbiéis vuestra atención con la preocupación de los fondos y reservas de todo género, no os distraigais de la tarea principal; tenéis que desarrollar e impulsar el acopio de trigo desde los primeros días de la recolección, ya que la primera condición es el cumplimiento del plan de acopio de trigo y, la segunda, el almacenamiento de las semillas, y sólo después de cumplidas dichas condiciones podéis iniciar y desarrollar el comercio koljosiano del trigo.

El error del Buró Político del Comité Central y del Consejo de Comisarios del Pueblo ha consistido, posiblemente, en que no han subrayado con la suficiente insistencia este aspecto de la cuestión, ni han advertido con el suficiente vigor a nuestros activistas en el campo de los peligros que encierra el comercio koljosiano. Pero no cabe la menor duda de que han advertido la existencia de dichos peligros y lo han hecho con suficiente claridad. Es preciso reconocer que el Comité Central y el Consejo de Comisarios del Pueblo han sobreestimado en cierto modo el temple leninista y la clarividencia de nuestros activistas locales, no sólo de distrito, sino también de toda una serie de activistas regionales.

¿Quizá no debía haberse establecido el comercio koljosiano del trigo? ¿Quizá haya sido un error, sobre todo si se tiene en cuenta la circunstancia de que al comercio koljosiano no sólo son inherentes partes positivas, sino también algunas negativas?

No, esto no ha sido un error. Ninguna empresa revolucionaria se halla garantizada contra ciertas partes negativas, si es que se lleva a cabo desacertadamente. Lo mismo debe decirse sobre el comercio koljosiano del trigo. El comercio koljosiano es necesario y ventajoso tanto para el campo como para la ciudad, tanto para la clase obrera como para los campesinos. Y precisamente por esto, por ser ventajoso, era preciso introducirlo.

¿Qué es lo que ha guiado al Consejo de Comisarios del Pueblo y al Comité Central al introducir el comercio koljosiano del trigo?

Ha sido, ante todo, con objeto de ampliar la base de la circulación de mercancías entre la ciudad y el campo y mejorar el abastecimiento de los obreros con productos agrícolas y el de los campesinos con artículos urbanos. No puede caber duda alguna de que el comercio del Estado y el cooperativo solos, son insuficientes para este fin. Estas vías de la circulación de mercancías debían completarse con otra nueva: el comercio koljosiano. Y las hemos completado, introduciendo el comercio koljosiano.

Ha sido, también, para dar al koljosiano, mediante el comercio koljosiano del trigo, una fuente complementaria de ingresos y fortalecer su situación económica.

Ha sido, finalmente, con objeto de que al introducir el comercio koljosiano, se diese al campesino un nuevo impulso para mejorar el trabajo de los koljoses, tanto en lo que se refiere a la siembra, como a la recolección.

Sabéis que todas estas consideraciones del Consejo de Comisarios del Pueblo y del Comité Central se vieron confirmadas íntegra y plenamente por los hechos de la vida de los koljoses durante los últimos tiempos: se intensificó el proceso de fortalecimiento de los koljoses, terminaron las salidas de campesinos de los koljoses, crece la atracción de los campesinos individuales hacia los koljoses, la tendencia de los koljosianos a aceptar nuevos miembros con gran discernimiento. Todos estos hechos, y otros muchos semejantes, significan indudablemente que el comercio koljosiano no sólo no ha debilitado, sino que, por el contrario, ha fortalecido y afirmado la situación de los koljoses.

Por consiguiente, los defectos de nuestro trabajo en el campo no se explican por el comercio koljosiano, sino porque dicho comercio no siempre ha sido realizado correctamente, por no haber sabido tener en cuenta la nueva situación, por no haber sabido reagrupar las filas de acuerdo con la nueva situación creada por el establecimiento del comercio koljosiano del trigo.

2) La segunda causa de los defectos de nuestro trabajo en el campo consiste en que nuestros camaradas que trabajan en el campo—y no sólo ellos—no han comprendido el cambio de las condiciones de dicho trabajo, cambio ocurrido al haberse consolidado la situación dominante de los koljoses en las regiones cerealistas fundamentales. Todos nos regocijamos por el hecho de que la forma koljosiana de economía se haya convertido en la forma dominante en nuestras regiones cerealistas. Pero no todos comprenden que esta circunstancia no disminuye, sino que aumenta nuestras preocupaciones y nuestra responsabilidad por el desarrollo de la economía agrícola. Muchos piensan que puesto que se ha alcanzado, supongamos, un 70 ó un 80 por 100 de la colectivización en tal o cual distrito o región, ya queda todo hecho y podemos abandonar el asunto a su natural desarrollo, abandonarlo a la espontaneidad, suponiendo que la colectivización hará su labor por sí sola, que levantará

por sí sola la agricultura. Pero esto es un grave error, camaradas. En realidad, el paso a la economía colectiva como forma dominante de la economía, no disminuye, sino que aumenta nuestras preocupaciones por la economía agrícola, no disminuye, sino que aumenta el papel dirigente de los comunistas en el levantamiento de la economía agrícola. La espontaneidad es ahora más peligrosa que nunca para el desarrollo de la economía agrícola. La espontaneidad puede ahora echarlo todo a perder.

Mientras predominaba en el campo el cultivador individual, el Partido podía limitar su intervención en el desarrollo de la economía agrícola a ciertos actos aislados de ayuda, consejo o advertencia. En aquel entonces, el campesino individual debía preocuparse él solo de su hacienda, pues no tenía sobre quién hacer recaer la responsabilidad por la misma, ya que no era más que su hacienda personal, y no podía contar con nadie más que consigo mismo. En aquel entonces, el mismo campesino individual debía preocuparse de la siembra, de la recolección y, en general, de todos los procesos del trabajo en la agricultura, si no quería quedarse sin pan y ser víctima del hambre. Con el paso a la economía colectiva, la cuestión se ha modificado esencialmente. El koljós no es una economía individual. Los koljosianos ya lo dicen ahora: «El koljós es mío y no es mío; es mío, pero al mismo tiempo pertenece a Iván, a Filip, a Mijaíl y a otros miembros del koljós; el koljós es común». Actualmente, el koljosiano, individualista ayer, colectivista hoy, puede hacer recaer la responsabilidad sobre otros miembros del koljós y puede contar con ellos, sabiendo que el koljós no le dejará sin pan. Por eso, ahora, el koljosiano tiene menos preocupaciones que con la hacienda individual, ya que las preocupaciones y la responsabilidad por la hacienda se hallan repartidas actualmente entre todos los koljosianos.

¿Qué se deduce de esto? De esto se deduce que el centro de gravedad de la responsabilidad por la dirección de la hacienda se desplaza actualmente de los campesinos aislados a la dirección del koljós, al núcleo dirigente del koljós. La preocupación por la hacienda y la dirección sensata no se las exigen ahora los campesinos a ellos mismos, sino a la dirección del koljós, o mejor dicho, no tanto a ellos mismos como a la dirección del koljós. ¿Qué significa esto? Esto significa que el Partido ya no puede limitarse en la actualidad a actos aislados de intervención en el proceso del desarrollo agrícola. Actualmente, el Partido debe tomar en sus manos la dirección de los koljoses, debe aceptar la responsabilidad del trabajo y ayudar a los koljosianos a llevar adelante su hacienda, sobre la base de los datos suministrados por la ciencia y la técnica.

Pero esto no es todo. El koljós es una gran hacienda, y una gran hacienda no puede conducirse sin un plan. Las grandes haciendas agrícolas, que comprenden cientos y a veces miles de familias campesinas, no pueden ser conducidas si no es con arreglo a una dirección planificada. Sin esto, tienen que sucumbir y desmoronarse. Aquí tenéis una

nueva condición del régimen koljosiano, que difiere radicalmente de las condiciones de dirección de la pequeña economía individual. ¿Es que puede abandonarse la dirección de este tipo de haciendas al llamado curso natural de las cosas, a la espontaneidad? Es evidente que no. Para conducir una hacienda de este tipo, es preciso asegurar al koljós un determinado mínimo de personas elementalmente instruídas, capaces de planificar la economía y dirigirla organizadamente. Es evidente que sin una intervención sistemática del Poder Soviético en la construcción koljosiana, sin una ayuda sistemática, no es posible poner en orden tales haciendas.

¿Qué se deduce de esto? De esto se deduce que el régimen koljosiano no disminuye, sino que aumenta la preocupación y la responsabilidad del Partido y del Gobierno con respecto al desarrollo de la economía agrícola. Se deduce de esto que si el Partido quiere dirigir el movimiento koljosiano, debe penetrar en todos los detalles de la vida y de la dirección koljosianas. De esto se deduce que el Partido no debe disminuir, sino multiplicar sus vínculos con los koljoses, debe conocer todo lo que ocurre en los koljoses, para llegar a tiempo en ayuda de los mismos y prevenir los peligros que les amenazan.

¿Y qué es lo que vemos en realidad? En realidad vemos una falta de ligazón de toda una serie de organizaciones de distrito y regionales con la vida de los koljoses, con sus demandas. La gente queda metida en los despachos y, satisfecha de sí misma, emborrona papeles, sin percatarse de que el desarrollo de los koljoses deja a un lado los despachos burocráticos. En ciertos casos, la falta de ligazón con los koljoses ha llegado al extremo de que ciertos miembros de las organizaciones territoriales se enteraban de los asuntos de los koljoses de su territorio, no a través de las correspondientes organizaciones de distrito, sino por los miembros del Comité Central en Moscú. Esto es lamentable, camaradas, pero es un hecho. El tránsito de la economía individual al koljós tenía que conducir a un fortalecimiento de la dirección comunista en el campo. Pero en la práctica, en una serie de casos, dicho tránsito ha conducido a que los comunistas se durmieran sobre los laureles, alardeando del elevado porcentaje de la colectivización, y abandonaran el asunto a la espontaneidad, al curso natural de las cosas. El problema de la dirección planificada de la economía koljosiana tenía que conducir al fortalecimiento de la dirección comunista en los koljoses. Pero en la práctica, en una serie de casos, resultó que los comunistas se vieron anulados, mientras en los koljoses mangoneaban los antiguos oficiales blancos, los antiguos «petliuristas» y, en general, los enemigos de los obreros y de los campesinos.

Tal es el estado de cosas en lo que se refiere a la segunda causa de los defectos de nuestro trabajo en el campo.

3) La tercera causa de los defectos de nuestro trabajo en el campo consiste en que muchos de nuestros camaradas han sobreestimado los

koljoses como nueva forma de la economía; los han sobreestimado y los han convertido en iconos. Consideraron que al crearse los koljoses como forma socialista de la economía, ya quedaba todo hecho, ya quedaba asegurada la buena dirección de los asuntos koljosianos, la planificación acertada de la economía koljosiana, la transformación de los koljoses en haciendas socialistas ejemplares. No comprendieron que los koljoses son todavía débiles en el terreno de la organización y precisan una ayuda seria por parte del Partido, tanto en el sentido de proveerlos de cuadros bolcheviques probados, como en el sentido de la dirección cotidiana de los asuntos koljosianos. Pero esto no es todo, ni siquiera lo principal. El defecto principal consiste aquí en que muchos de nuestros camaradas han sobreestimado las fuerzas y las posibilidades de los koljoses mismos, en su calidad de forma nueva de organización de la economía agrícola. No comprendieron que, a pesar de ser una forma socialista de la economía, el koljós en sí todavía se halla lejos de estar garantizado contra toda clase de peligros y contra la penetración de toda clase de elementos contrarrevolucionarios en la dirección del mismo; no se halla garantizado contra el hecho de que, en determinadas condiciones, los koljoses pueden ser utilizados por elementos antisoviéticos para sus propios fines.

El koljós es la forma socialista de la organización *económica* al igual que los Soviets constituyen la forma socialista de la organización *política*. Tanto los koljoses como los Soviets constituyen una conquista grandiosa de nuestra Revolución, una conquista grandiosa de la clase obrera. Pero los koljoses y los Soviets no son más que una *forma* de organización, ciertamente socialista, pero, en fin de cuentas, una *forma* de organización. Todo depende del *contenido* que se dé a esta forma. Conocemos casos en los que los Soviets de diputados obreros y soldados apoyaban, durante un cierto período, a la contrarrevolución frente a la revolución. Así ocurrió en la U.R.S.S., por ejemplo, en julio de 1917, cuando los Soviets se hallaban dirigidos por los mencheviques y socialrevolucionarios y encubrían a la contrarrevolución frente a la revolución. Así ocurrió en Alemania, a fines de 1918, cuando los Soviets eran dirigidos por socialdemócratas y encubrían a la contrarrevolución frente a la revolución. Por consiguiente, la cuestión no radica sólo en los Soviets como forma de organización, a pesar de que dicha forma constituye una grandiosa conquista revolucionaria. La cuestión radica, ante todo, en el contenido del trabajo de los Soviets, en el carácter del trabajo de los Soviets; la cuestión radica precisamente en *quién* dirige los Soviets, si los revolucionarios o los contrarrevolucionarios. Aquí, realmente, tiene su explicación el hecho de que no siempre los contrarrevolucionarios se manifiestan en contra de los Soviets. Es sabido, por ejemplo, que durante la sublevación de Cronstadt, Miliukov, cabeza de la contrarrevolución rusa, se manifestaba en favor de los Soviets, pero sin comunistas. «Soviets sin comunistas»; tal era entonces la consigna del

jefe de la contrarrevolución rusa, Miliukov. Los contrarrevolucionarios comprendieron que la cuestión no radicaba únicamente en los Soviets, sino, ante todo, en quién los iba a dirigir.

Lo mismo cabe decir de los koljoses. Estos, en tanto que forma socialista de organización de la economía, pueden hacer milagros de construcción económica, si al frente de ellos se encuentran revolucionarios auténticos, bolcheviques, comunistas. Por el contrario, los koljoses pueden convertirse, durante un cierto período, en tapadera de toda clase de actividades contrarrevolucionarias, si es que en ellos mangonean socialrevolucionarios, mencheviques, oficiales de Petliura y demás guardias blancos, antiguos partidarios de Denikin y de Kolchak. Además, es preciso tener en cuenta que los koljoses, como forma de organización, no sólo no se hallan asegurados contra la penetración de elementos antisoviéticos, sino que incluso presentan, en los primeros tiempos, ciertas facilidades para una utilización temporal de los mismos por los contrarrevolucionarios. Mientras los campesinos llevaban una hacienda individual, se hallaban dispersos y separados unos de otros, en virtud de lo cual los intentos contrarrevolucionarios de los elementos antisoviéticos en el medio campesino no podían ser de gran efectividad. Pero el cuadro es completamente distinto al pasar los campesinos a la economía koljosiana. En este caso, los campesinos ya tienen preparada la forma de una organización de masas, representada por el koljós. En virtud de esto, la penetración de elementos antisoviéticos en el koljós y su actividad antisoviética pueden ser de mucho más efecto. Hay que suponer que todo esto es tenido en cuenta por los elementos antisoviéticos. Es sabido que una parte de los contrarrevolucionarios, por ejemplo, en el Cáucaso Septentrional, intenta crear ella misma una especie de koljoses, utilizándolos como tapadera legal para sus organizaciones clandestinas. Es sabido, asimismo, que en una serie de distritos, donde los elementos antisoviéticos no han sido todavía desenmascarados y aplastados, dichos elementos ingresan de buena gana en los koljoses e incluso los alaban para crear, dentro de los mismos, nidos de labor contrarrevolucionaria. Es sabido, también, que una parte de los elementos antisoviéticos se manifiesta ahora en pro de los koljoses, pero con la condición de que en ellos no participen los comunistas. «Koljoses sin comunistas»: he aquí la consigna que se está gestando ahora en los medios de los elementos antisoviéticos. Por consiguiente, la cuestión no radica únicamente en los koljoses mismos, como forma socialista de organización, sino, ante todo, en el contenido que se da a esta forma: la cuestión radica, ante todo, en *quién* se encuentra a la cabeza de los koljoses y *quién* los dirige.

Desde el punto de vista del leninismo, los koljoses, al igual que los Soviets, tomados como forma de organización, constituyen un arma, únicamente un arma. En determinadas condiciones, dicha arma puede ser dirigida contra la revolución. Puede ser dirigida también contra la contrarrevolución. Puede servir a la clase obrera y a los campesinos.

Pero en determinadas condiciones puede servir a los enemigos de la clase obrera y de los campesinos. Todo depende de las manos en las que se encuentre dicha arma y contra quién vaya dirigida.

Esto empiezan a comprenderlo, guiados por un instinto de clase, los enemigos de los obreros y de los campesinos.

Esto no lo han comprendido todavía, por desgracia, ciertos comunistas de entre nosotros.

Y precisamente por no haber comprendido ciertos comunistas de entre nosotros esta cosa sencilla, nos encontramos ahora ante un cuadro de esta naturaleza, en que una serie de koljoses se hallan mangoneados por elementos antisoviéticos bien camuflados, que organizan en ellos su labor dañina y saboteadora.

4) La cuarta causa de los defectos de nuestro trabajo en el campo consiste en la ignorancia por parte de toda una serie de nuestros camaradas locales de la forma en que debe reorganizarse el frente de lucha contra los kulaks, en la incomprensión de que durante los últimos tiempos ha cambiado la faz del enemigo de clase, ha cambiado su táctica en el campo y que, de acuerdo con esto, es preciso modificar nuestra propia táctica para poder alcanzar el éxito. El enemigo ha comprendido el cambio de situación, ha comprendido el vigor y la potencia del nuevo régimen en el campo y, al comprenderlo, ha reagrupado sus filas, ha modificado su táctica, pasando del ataque directo contra los koljoses a un trabajo de zapa silenciosa. Y nosotros no lo hemos comprendido, no hemos visto claramente la nueva situación y continuamos buscando al enemigo de clase donde ya no está, continuamos la vieja táctica de lucha simplista contra los kulaks, táctica que ha caducado hace tiempo.

Se busca al enemigo de clase fuera de los koljoses, se le busca bajo forma de individuos de fisonomía feroz, con enormes dientes, cuello ancho y trabuco en mano. Se busca al kulak tal como lo conocemos por los carteles. Pero hace ya tiempo que tales kulaks han desaparecido de la superficie. Los actuales kulaks y elementos «kulakizantes», los actuales elementos antisoviéticos en el campo son, las más de las veces, personas «tranquilas», «melosas», casi «santas». No es preciso buscarlas lejos de los koljoses, ya que se encuentran metidas dentro de los mismos, ocupando en ellos los cargos de jefes de almacén, administradores, contables, secretarios, etc. Estos elementos no dirán nunca: «¡Abajo los koljoses!» Ellos están «por» los koljoses. Pero llevan a cabo en los mismos tal actividad perniciosa y tal labor de sabotaje, que poca prosperidad va a obtener el koljós con estos elementos. Nunca dirán: «¡Abajo los acopios de trigo!» Ellos están «por» los acopios de trigo. «Unicamente», se lanzan a la demagogia y exigen que el koljós cree fondos destinados a la ganadería tres veces superiores a los precisos; exigen del koljós la creación de un fondo de seguro tres veces superior al que en realidad se precisa; exigen que el koljós entregue, para alimentación colectiva, de 6 a 10 libras de trigo por día y trabajador, etc. Es evidente

que después de tales «fondos» y tales entregas para alimentación colectiva, después de tal demagogia engañosa, la situación económica del koljós tiene que resultar quebrantada y no ha de quedar lugar para los acopios de trigo.

Para poder distinguir claramente a este hábil enemigo y no dejarse arrastrar por la demagogia, es preciso poseer una vigilancia revolucionaria, es preciso saber arrancar la careta del enemigo y mostrar a los koljosianos su auténtica faz contrarrevolucionaria. ¿Pero tenemos muchos comunistas en el campo que posean estas cualidades? Es frecuente que los comunistas no sólo no desenmascaren a tales enemigos de clase, sino que, por el contrario, se dejen llevar por su demagogia engañosa y vayan a remolque de ellos.

No distinguiendo al enemigo de clase bajo su nuevo disfraz y no sabiendo desenmascarar sus maquinaciones falaces, ciertos camaradas nuestros se tranquilizan frecuentemente con el hecho de que, al parecer, ya no existen kulaks en el mundo, los elementos antisoviéticos en el campo han sido aniquilados a consecuencia de la política de liquidación de los kulaks como clase y, en vista de esto, pueden transigir con la existencia de los koljoses «neutrales», que no son bolcheviques ni tampoco antisoviéticos, pero que tendrán que inclinarse por sí solos hacia el Poder Soviético, de un modo espontáneo, por así decirlo. Pero esto es un profundo error, camaradas. Los kulaks han sido deshechos, pero se hallan lejos de haber sido rematados. Es más, todavía tardarán en ser rematados, si es que los comunistas se dedican al bostezo y a la bonachonería, suponiendo que los kulaks bajarán por sí solos a la tumba, siguiendo, por así decirlo, su desarrollo natural. En cuanto a los koljoses «neutrales», éstos no existen ni pueden existir en la naturaleza. Los koljoses «neutrales» constituyen una fantasía de las personas a las que se han dado ojos para no ver. Ante una lucha de clases tan aguda como la que tenemos actualmente en el País Soviético, no puede caber lugar para los koljoses «neutrales»; ante tal situación, los koljoses sólo pueden ser *o* bolcheviques *o* antisoviéticos. Y si nosotros dejamos de dirigir tales o cuales koljoses, esto significa que dichos koljoses están dirigidos por elementos antisoviéticos. En esto no puede caber la menor duda.

5) Por último, una causa más del defecto de nuestro trabajo en el campo. Dicha causa consiste en que se ha menospreciado el papel y la responsabilidad de los comunistas en la cuestión de la organización de los koljoses, se ha menospreciado el papel y la responsabilidad de los comunistas en la cuestión de los acopios de trigo. Refiriéndose a las dificultades en los acopios de trigo, los comunistas acostumbran a hacer recaer la responsabilidad sobre los campesinos, afirmando que toda la culpa es de los campesinos. Pero esto es completamente falso e indudablemente injusto. Los campesinos no tienen nada que ver con esto. Si se trata de responsabilidades y culpabilidades, en ese caso la responsabili-

dad recae total e íntegramente sobre los comunistas, y la culpa de todo es exclusivamente nuestra, de los comunistas.

En el mundo no existe ni ha existido un Poder tan potente ni tan dotado de autoridad como nuestro Poder Soviético. En el mundo no existe ni ha existido un partido tan potente ni tan dotado de autoridad como nuestro Partido Comunista. Nadie nos impide ni puede impedirnos que dirijamos el movimiento koljosiano tal como lo exigen los intereses de los koljoses, los intereses del Estado. Y si no siempre conseguimos hacerlo tal como lo exige el leninismo, si cometemos con frecuencia una serie de errores graves e imperdonables en lo referente, pongamos por ejemplo, a los acopios de trigo, la culpa es nuestra, exclusivamente nuestra.

Nosotros somos los culpables por no haber sabido ver claramente los aspectos negativos del comercio koljosiano del trigo y haber cometido una serie de errores graves. Somos *nosotros* los culpables de que toda una serie de organizaciones nuestras se haya apartado de los koljoses, se haya dormido sobre los laureles, abandonándose a la espontaneidad de los acontecimientos. Somos *nosotros* los culpables de que toda una serie de camaradas continúen sobreestimando los koljoses en su calidad de forma de organización de masas, y no hayan comprendido que la cuestión no radica tanto en la forma misma como en el hecho de tomar en sus manos la dirección de los koljoses y expulsar de dicha dirección a los elementos antisoviéticos. Es *nuestra* la culpa por no haber sabido ver claro en la nueva situación y por no habernos sabido explicar la nueva táctica del enemigo de clase, que actúa con métodos de zapa silenciosa.

¿Qué tienen que ver con esto los campesinos?, preguntamos nosotros.

Conozco grupos enteros de koljoses que se desarrollan y prosperan, cumpliendo puntualmente las tareas encomendadas por el Estado, fortaleciéndose económicamente de día en día. Por otra parte, conozco también koljoses, vecinos de los anteriores, que a pesar de tener la misma cosecha y las mismas condiciones objetivas que ellos, languidecen y se descomponen. ¿Dónde está la causa? La causa está en que el primer grupo de koljoses se halla dirigido por comunistas auténticos, mientras que el segundo grupo lo dirigen elementos torpes, ciertamente con carnet del Partido en el bolsillo, pero torpes a pesar de todo.

¿Qué tienen que ver con esto los campesinos?, preguntamos nosotros.

Resultado del menosprecio del papel y de la responsabilidad de los comunistas es que, con frecuencia, no se busca la causa de los defectos de nuestro trabajo en el campo donde debe buscarse, y, por tanto, los defectos no se eliminan.

Las causas de las dificultades en los acopios de trigo no deben buscarse en los campesinos, sino en nosotros mismos, en nuestras propias filas. Pues *nosotros* nos hallamos en el Poder, *nosotros* disponemos de los medios del Estado, *nosotros* estamos llamados a dirigir los koljoses

y *nosotros* debemos cargar con toda la responsabilidad del trabajo en el campo.

Tales son las causas principales que han determinado los defectos de nuestro trabajo en el campo.

Pudiera parecer que he trazado un cuadro demasiado sombrío, que todo nuestro trabajo en el campo no tiene más que defectos. Pero esto, naturalmente, no es cierto. En realidad, al lado de dichos defectos, nuestro trabajo en el campo cuenta con toda una serie de éxitos grandes y decisivos. Pero ya he indicado al principio de mi discurso que en mis objetivos no entra el señalar nuestros éxitos; únicamente he querido hablar de los defectos de nuestro trabajo en el campo.

¿Pueden corregirse estos defectos? Indudablemente, sí. ¿Los corregiremos en un futuro inmediato? Sí, indudablemente los corregiremos. No puede caber ninguna duda en ello.

Mi opinión es que las secciones políticas de las estaciones de máquinas y tractores y de los sovjoses constituyen uno de los medios decisivos, mediante los cuales podrán ser eliminados dichos defectos en el plazo más breve. *(Clamorosos y prolongados aplausos.)*

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL PRIMER CONGRESO DE LOS KOLJOSIANOS DE CHOQUE

19 DE FEBRERO DE 1933

Camaradas koljosianos y koljosianas:

No pensaba intervenir en vuestro Congreso. No pensaba intervenir ya que en los discursos de los oradores que me han precedido, se ha dicho todo lo que había que decir, y se ha dicho bien y acertadamente. ¿Merece la pena intervenir, después de esto? Pero como habéis insistido y la fuerza está en vuestras manos *(prolongados aplausos)*, no tengo más remedio que someterme.

Diré algunas palabras acerca de las diversas cuestiones.

1. EL CAMINO KOLJOSIANO, EL UNICO CAMINO ACERTADO

Primera cuestión: ¿Es acertado el camino que los campesinos koljosianos han emprendido, es acertado el camino koljosiano?

Esta pregunta no es ociosa. Vosotros, koljosianos de choque, ciertamente no dudáis de que los koljoses van por un camino acertado. Y acaso por esto os parezca superflua esa pregunta. Pero no todos los campesinos piensan como vosotros. Entre los campesinos, incluso entre los mismos koljosianos, hay todavía no pocos que dudan de que el camino koljosiano sea acertado. Y la cosa no tiene nada de extraño. En realidad, la gente ha vivido cientos de años al modo antiguo, ha marchado por los caminos antiguos, doblando el espinazo ante el kulak y el terrateniente, ante el especulador y el usurero. Sería injusto decir que este viejo camino, camino capitalista, era aceptado por los campesinos. Pero este camino viejo era un camino trillado, consagrado por la costumbre, y nadie había demostrado todavía en la práctica que se pudiese vivir de algún otro modo, que se pudiese vivir mejor. Tanto más, cuanto que en todos los países burgueses la gente sigue viviendo todavía al modo antiguo. Y de pronto, irrumpen los bolcheviques en esta vieja vida empantanada, irrumpen como un huracán, y dicen: ha llegado la hora de abandonar el camino antiguo, ha llegado la hora de comenzar a vivir de un modo nuevo, en régimen koljosiano; ha llegado la hora de co-

menzar a vivir, no como vive todo el mundo en los países burgueses, sino de un modo nuevo, en régimen colectivo. Pero ¿qué vida nueva es ésta? ¿Quién la conoce? ¿Quién nos dice que no será peor aún que la vida antigua? Lo cierto es que el nuevo camino no es el camino consagrado por la costumbre, no es el camino trillado, sino un camino que todavía no está experimentado. ¿No sería mejor seguir por el camino antiguo? ¿No sería mejor esperar, antes de tomar el camino nuevo, el camino koljosiano? ¿Vale la pena arriesgarse?

Tales son las dudas que hoy asaltan a una parte de los trabajadores campesinos.

¿Debemos disipar estas dudas? ¿Debemos sacar estas dudas a la luz del día, para ver lo que valen? Sí, debemos hacerlo, indudablemente.

Por tanto, la pregunta formulada más arriba no puede decirse que sea una pregunta ociosa.

Repetimos, pues: ¿Es acertado el camino que han emprendido los campesinos koljosianos?

Algunos camaradas piensan que comenzamos a marchar por el nuevo camino, por el camino koljosiano, hace solamente tres años. Pero esto sólo es verdad en parte. Es cierto que no hace más que tres años que comenzó en nuestro país la organización en masa de koljoses. Este movimiento se caracterizó, como es sabido, por el aplastamiento de los kulaks y la afluencia a los koljoses de masas de millones de campesinos pobres y medios. Todo esto es cierto. Mas, para que este movimiento de masas hacia los koljoses pudiera comenzar, fué necesario contar con ciertas condiciones previas, sin las cuales, hablando en términos generales, el movimiento koljosiano de masas habría sido inconcebible. Fué necesario, ante todo, contar con un Poder Soviético, que ha ayudado y sigue ayudando a los campesinos a marchar por el camino de los koljoses. Fué necesario, en segundo lugar, arrojar a los terratenientes y a los capitalistas, arrancarles las tierras y las fábricas y convertirlas en propiedad del pueblo. En tercer lugar, fué necesario poner un freno a los kulaks y quitarles las máquinas y los tractores. En cuarto lugar, fué necesario declarar que las máquinas y los tractores sólo podrían ser utilizados por los campesinos pobres y medios, agrupados en koljoses. Y finalmente, fué necesario industrializar el país, crear una nueva industria de fabricación de tractores, levantar nuevas fábricas de construcción de maquinaria agrícola, para poder abastecer de tractores y máquinas en abundancia a los campesinos koljosianos. Sin estas condiciones previas, no se podía ni siquiera pensar en ese movimiento de masas hacia los koljoses, que comenzó hace tres años.

Por tanto, para marchar por el camino koljosiano, era necesario, ante todo, llevar a cabo la Revolución de Octubre, derrocar a los capitalistas y terratenientes, despojarles de las tierras y las fábricas y crear una nueva industria.

Es, pues, la Revolución de Octubre la que señala el paso hacia la nueva senda, hacia la senda koljosiana. Y si este movimiento no adquirió nuevas fuerzas hasta hace tres años, es, sencillamente, porque fué sólo entonces cuando empezaron a manifestarse en toda su amplitud los resultados económicos de la Revolución de Octubre, porque fué sólo entonces cuando se logró dar impulso a la industrialización del país.

La historia de los pueblos nos habla de no pocas revoluciones. Todas ellas se distinguen de la Revolución de Octubre en que fueron revoluciones unilaterales. Sustituían una forma de explotación de los trabajadores por otra forma de explotación, pero la explotación como tal continuaba. Sustituían a unos explotadores y opresores por otros, pero los explotadores y los opresores seguían existiendo. La Revolución de Octubre fué la única que se propuso como fin acabar con *toda clase* de explotación y suprimir *toda clase* de explotadores y opresores.

La revolución de los esclavos acabó con los esclavistas y abolió la forma de explotación de los trabajadores consistente en la esclavitud. Pero puso en su lugar a los señores feudales y la forma feudal de explotación de los trabajadores. Unos explotadores fueron sustituídos por otros. Bajo la esclavitud, la «ley» autorizaba a los esclavistas a matar a los esclavos. Bajo el régimen feudal, la «ley» «sólo» autorizaba a los señores feudales a vender a sus siervos.

La revolución de los campesinos, siervos de la gleba, acabó con los señores feudales y abolió la forma feudal de explotación. Pero puso en su lugar a los capitalistas y terratenientes, la forma capitalista y terrateniente de explotación de los trabajadores. Unos explotadores fueron sustituídos por otros. Bajo el régimen feudal, la «ley» autorizaba para vender a los siervos. Bajo el régimen capitalista, la «ley» «sólo» autoriza para condenar a los trabajadores al paro y a la miseria, a la ruina y a la muerte por hambre.

Nuestra Revolución Soviética, nuestra Revolución de Octubre es la única que ha planteado el problema no en el sentido de sustituir a unos explotadores por otros, de cambiar una forma de explotación por otra, sino en el sentido de extirpar toda clase de explotación, de aplastar todas las especies de explotadores, todas las especies de ricos y opresores, los viejos y los nuevos. *(Prolongados aplausos.)*

He aquí por qué la Revolución de Octubre era condición previa y premisa necesaria para que los campesinos pudieran empezar a marchar por el nuevo camino, por el camino koljosiano.

¿Procedieron acertadamente los campesinos, al apoyar la Revolución de Octubre? Sí, procedieron acertadamente. Procedieron acertadamente, puesto que la Revolución de Octubre les ayudó a sacudir el yugo de los terratenientes y capitalistas, de los kulaks y usureros, de los mercaderes y especuladores.

Pero éste no es más que un aspecto del problema. Arrojar a los opresores, a los terratenientes y capitalistas, poner un freno a los kulaks

y especuladores, es cosa que está muy bien. Pero no basta. Para liberarse definitivamente de las viejas trabas no bastaba solamente con aplastar a los explotadores. Para esto, hacía falta, además, construir una nueva vida, crear una vida que diese a los trabajadores campesinos la posibilidad de mejorar su situación material y cultural y de elevar su nivel de vida día tras día y año tras año. Para esto, había que instaurar en el campo un nuevo régimen, el régimen koljosiano. He aquí el segundo aspecto del problema.

¿En qué se distingue el viejo régimen del nuevo, del régimen koljosiano?

Bajo el antiguo régimen, los campesinos trabajaban individualmente, trabajaban con los viejos métodos de sus abuelos y con las viejas herramientas de trabajo, trabajaban para los terratenientes y capitalistas, para los kulaks y especuladores, trabajaban sin lograr matar nunca el hambre y enriqueciendo a otros. Bajo el nuevo régimen, bajo el régimen koljosiano, los campesinos trabajan en común, formando arteles, trabajan con ayuda de nuevos instrumentos: de tractores y de máquinas agrícolas, trabajan para ellos mismos y sus koljoses, viven sin capitalistas ni terratenientes, sin kulaks ni especuladores, trabajan para mejorar de día en día su situación material y cultural. Antes, bajo el viejo régimen, el gobierno, que era un gobierno burgués, apoyaba a los ricos contra los trabajadores campesinos. Ahora, bajo el nuevo régimen, bajo el régimen koljosiano, el Gobierno, que es un gobierno obrero y campesino, apoya a los obreros y campesinos contra todos los ricos. El viejo régimen conduce al capitalismo. El nuevo régimen conduce al socialismo.

He aquí los dos caminos: el camino capitalista y el camino socialista; el camino hacia adelante, hacia el socialismo, y el camino hacia atrás, hacia el capitalismo.

Hay gentes que creen que se puede seguir un tercer camino. Este tercer camino, que no conduce a ningún lado, gustan de buscarlo, muy especialmente, algunos camaradas vacilantes que no están aún del todo convencidos de que la senda koljosiana sea la senda verdadera. Ellos querrían que volviésemos al viejo régimen, que volviésemos al régimen de la economía individual, pero sin capitalistas ni terratenientes. Querrían, además, que permitiésemos «solamente» la vuelta de los kulaks y de otros pequeños capitalistas, como fenómeno legítimo de nuestro régimen económico. Pero, en realidad, esto no es un tercer camino, sino que es el segundo camino, el camino que conduce al capitalismo. En efecto, ¿qué significa volver a la economía individual y restaurar al kulak? Significa restaurar la servidumbre bajo el kulak, significa restaurar la explotación de los campesinos por los kulaks y entregar a éstos el Poder. Pero ¿cabría restaurar al kulak y mantener al mismo tiempo el Poder Soviético? No, esto sería imposible. La restauración del kulak conduciría necesariamente a la instauración del poder de los

kulaks y a la liquidación del Poder Soviético; es decir, conduciría necesariamente a la formación de un gobierno burgués. Y la formación de un gobierno burgués conduciría, a su vez, necesariamente, a la restauración de los terratenientes y capitalistas, a la restauración del capitalismo. Por tanto, el llamado tercer camino es, en realidad, el segundo camino, el camino de la vuelta al capitalismo. Preguntad a cualquier campesino si desea que se restaure la servidumbre bajo el kulak, si desea volver al capitalismo, que se acabe con el Poder Soviético y se restablezca el poder de los terratenientes y capitalistas. Preguntadles, y veréis qué camino es el que la mayoría de los trabajadores campesinos considera como el único justo.

Por lo tanto, sólo hay dos caminos: *o* hacia adelante, hacia arriba, hacia el nuevo régimen, hacia el régimen koljosiano, *o* hacia atrás, hacia abajo, hacia el viejo régimen, hacia el régimen de los kulaks y capitalistas.

Fuera de estos dos caminos, no existe otro.

Los trabajadores campesinos procedieron acertadamente al abandonar el camino capitalista y abrazar el camino de organización de los koljoses.

Se dice que el camino koljosiano es acertado, pero que es un camino difícil. Esto sólo es verdad en parte. Claro está que por este camino hay dificultades. Una vida próspera no se logra sin esfuerzo. Pero las mayores dificultades han sido vencidas ya, y las que ahora tenéis delante de vosotros no merecen siquiera la pena de que se hable en serio de ellas. En todo caso, en comparación con las dificultades por las que hubieron de pasar los obreros hace 10 ó 15 años, vuestras dificultades actuales, camaradas koljosianos, parecen juego de chicos. Vuestros oradores han ensalzado aquí a los obreros de Leningrado, de Moscú, de Járkov, de la cuenca del Donetz. Han dicho que ellos, los obreros, habían logrado grandes triunfos, mientras que vosotros, los koljosianos, sólo podíais presentar éxitos mucho menores. Me parece que en los discursos de vuestros oradores se trasluce, incluso, cierta envidia de camaradas; era como si viniesen a decir: ¡Qué magnífico sería que nosotros, los campesinos koljosianos, tuviésemos los mismos triunfos que vosotros, los obreros de Leningrado, de Moscú, de la cuenca del Donetz, de Járkov! ... Todo esto está bien. Pero ¿sabéis a qué costa lograron estos triunfos los obreros de Leningrado y de Moscú, por qué privaciones tuvieron que pasar hasta conseguir, por fin, estos éxitos? Podría relataros algunos hechos de la vida de los obreros en 1918, cuando se pasaban semanas enteras sin que los obreros recibiesen ni un bocado de pan y no digamos carne u otros productos alimenticios. Los días en que era posible dar a los obreros de Leningrado y de Moscú la octava parte de una libra de pan negro, que, además, estaba mezclado en su mitad con bagazo, eran los días más felices. Y esta situación no duró un mes, ni medio año, sino dos años enteros. Pero los obreros no desmayaron ni

se desanimaron, pues sabían que vendrían tiempos mejores y que estaban consiguiendo éxitos decisivos. Y ya veis que aquellos obreros no se equivocaron. Comparad vuestras dificultades y privaciones con las dificultades y privaciones experimentadas por los obreros, y veréis que no merecen ni siquiera la pena de que se hable en serio de ellas.

¿Qué se necesita para impulsar el movimiento koljosiano y para que la organización de koljoses se despliegue en toda su fuerza?

Se necesita, ante todo, que los koljoses posean completamente asegurada la tierra adecuada para su cultivo. ¿La poseen? Sí, la poseen. Sabido es que las mejores tierras han sido entregadas en su totalidad a los koljoses y que su disfrute les está plenamente garantizado. Por tanto, los koljosianos pueden trabajar y mejorar estas tierras a discreción, sin temor de que puedan pasar a otras manos.

Se necesita, en segundo lugar, que los koljosianos puedan servirse de máquinas y tractores. ¿Los tienen? Sí, los tienen. Todo el mundo sabe que nuestras fábricas de tractores y de maquinaria agrícola trabajan, en primer lugar y fundamentalmente, para los koljoses, para dotar a éstos de todos los instrumentos modernos de trabajo.

Se necesita, finalmente, que el gobierno ayude por todos los medios a los campesinos koljosianos con hombres y recursos financieros, no consintiendo que los residuos de las clases hostiles a ellos puedan llevar la discordia a los koljoses. ¿Existe este gobierno? Sí, existe. Este gobierno es el Gobierno Soviético obrero y campesino. Indicadme un solo país en que el gobierno apoye no a los capitalistas y terratenientes, no a los kulaks y a los ricos, sino a los campesinos trabajadores. No ha existido ni existe en el mundo semejante país. Sólo en el nuestro, en el País Soviético, existe un gobierno que defiende con todas sus fuerzas a los obreros y a los campesinos koljosianos, a todos los trabajadores de la ciudad y del campo, contra todos los ricos y los explotadores. *(Prolongados aplausos.)*

Tenéis, pues, en vuestras manos todo lo necesario para desarrollar vuestra construcción koljosiana y emanciparos plenamente de las viejas trabas.

Sólo se exige de vosotros una cosa: que trabajéis honradamente, que distribuyáis los ingresos koljosianos con arreglo al trabajo, que veléis por la hacienda de los koljoses, que cuidéis de los tractores y las máquinas, que tratéis bien al ganado, que cumpláis las tareas de vuestro Estado obrero y campesino, que fortalezcáis los koljoses y arrojéis de ellos a los kulaks y a sus agentes que logren deslizarse entre vosotros.

Espero que coincidiréis conmigo en que vencer estas dificultades, es decir, trabajar honradamente y velar por la hacienda koljosiana, ya no es tan difícil. Tanto más cuanto que ahora no trabajáis ya para los ricos ni los explotadores, sino para vosotros mismos y para vuestros propios koljoses.

Como veis, el camino koljosiano, el camino del socialismo es el único camino justo para los trabajadores campesinos.

2. NUESTRO OBJETIVO INMEDIATO: HACER DE TODOS LOS KOLJOSIANOS HOMBRES ACOMODADOS

Segunda cuestión: ¿Qué hemos conseguido por el nuevo camino, por nuestro camino koljosiano, y qué creemos poder conseguir en los dos o tres años próximos?

El socialismo es una cosa buena, indudablemente. La vida feliz bajo el socialismo es, indiscutiblemente, una cosa magnífica. Pero todo esto pertenece al porvenir. Y hoy, la cuestión fundamental no es saber lo que conseguiremos en el porvenir, sino lo que hemos conseguido ya en el presente. Los campesinos han abrazado el camino koljosiano. Perfectamente. Pero ¿qué han conseguido por este camino? ¿Qué hemos conseguido, tangiblemente, marchando por el camino koljosiano?

Hemos logrado ayudar a las masas de millones de campesinos pobres a ingresar en los koljoses. Hemos logrado que, entrando en los koljoses y disponiendo en ellos de mejores tierras y de mejores instrumentos de producción, masas de millones de campesinos pobres se hayan elevado al nivel de los campesinos medios. Hemos logrado que masas de millones de campesinos pobres, que antes vivían muertos de hambre, sean ahora dentro de los koljoses campesinos medios, hombres de una vida asegurada. Hemos logrado acabar con el proceso de diferenciación de los campesinos en campesinos pobres y kulaks, derrotar a los kulaks y ayudar a los campesinos pobres a ser dueños y señores de su trabajo dentro de los koljoses, a convertirse en campesinos medios.

¿Cuál era la situación hace cuatro años, antes de desarrollarse la organización de los koljoses? Los kulaks se enriquecían y marchaban viento en popa. Los campesinos pobres se hundían en la miseria, cayendo entre las garras de los kulaks. Los campesinos medios se esforzaban en escalar la altura de los kulaks y siempre se despeñaban cayendo en las filas de los campesinos pobres, para regocijo de los kulaks. Fácil es comprender que de todo este tejemaneje sólo salían ganando los kulaks, y tal vez algunos campesinos acomodados. De cada cien familias campesinas, puede calcularse que había 4 ó 5 kulaks y 8 ó 10 campesinos acomodados, de 45 a 50 campesinos medios y 35 campesinos pobres. Esto quiere decir que por lo menos el 35 por 100 de todos los campesinos, que era la proporción de los campesinos pobres, vivía obligada a soportar el yugo de la servidumbre bajo los kulaks. Y esto, sin hablar de las capas humildes de campesinos medios, que eran más de la mitad de éstos, cuya situación apenas se diferenciaba de la de los campesinos pobres y que vivían dependiendo directamente de los kulaks.

Desarrollando la obra de organización de los koljoses, hemos logrado acabar con este tejemaneje y estas injusticias, destruir la servidumbre bajo los kulaks, atraer a los koljoses a todas estas masas de campesinos pobres, darles aquí una vida asegurada y elevarlos al nivel de los campesinos medios, permitiéndoles utilizar las tierras koljosianas.

los tractores, las máquinas agrícolas y gozar de las exenciones y ventajas de que disfrutan los koljoses.

¿Qué significa esto? Significa haber salvado de la miseria y de la ruina, haber salvado de las garras de los kulaks por lo menos a unos 20 millones de campesinos pobres, para covertirlos, gracias a los koljoses, en hombres con su vida asegurada.

Y esto es una gran conquista, camaradas. Es una conquista como jamás se había conocido en el mundo, como ningún otro Estado del mundo la había logrado.

Ahí tenéis los resultados prácticos, tangibles, de la organización de los koljoses, los resultados del camino koljosiano seguido por los campesinos.

Pero esto no es más que nuestro *primer* paso, nuestra *primera* conquista por la senda de la organización de los koljoses.

Sería erróneo creer que debemos detenernos en este primer paso, en esta primera conquista. No, camaradas, no podemos contentarnos con esto. Para seguir avanzando y fortalecer definitivamente los koljoses, debemos dar el *segundo* paso, debemos alcanzar una *nueva* conquista. ¿En qué consiste este segundo paso? Consiste en elevar más aún el nivel de los koljosianos, tanto de los antiguos campesinos pobres como de los antiguos campesinos medios. Consiste *en hacer de todos los koljosianos hombres acomodados.* Sí, camaradas, hombres acomodados. *(Prolongados aplausos.)*

Hemos logrado, gracias a los koljoses, convertir a los campesinos pobres en campesinos medios. Esto es magnífico. Pero no basta. Ahora, tenemos que conseguir, dando un paso más, ayudar a todos los koljosianos, tanto a los antiguos campesinos pobres como a los antiguos campesinos medios, a elevarse hasta el nivel de hombres acomodados. Esto puede conseguirse y debemos conseguirlo, cueste lo que cueste. *(Prolongados aplausos.)* Hoy, contamos con todo lo necesario para alcanzar este fin. Nuestras máquinas y tractores se utilizan mal, actualmente. Nuestra tierra no se trabaja como es debido. Solamente con mejorar la utilización de nuestras máquinas y tractores, solamente con mejorar el cultivo de nuestra tierra, conseguiremos duplicar o triplicar la cantidad de nuestros productos. Y esto será del todo suficiente para convertir a todos los koljosianos en labradores acomodados de los campos koljosianos.

¿Qué había que hacer antes, para ser un hombre acomodado? Para ser un hombre acomodado había que expoliar a los vecinos, explotarlos, venderles caro y comprarles barato, alquilar unos cuantos obreros agrícolas, explotarlos concienzudamente, acumular un capitalito y, consolidando su posición, abrirse paso hacia el rango de los kulaks. Así se explica, entre otras cosas, que antes, bajo la economía individual, los campesinos acomodados se atrajesen la desconfianza y el odio de los campesinos pobres y de los campesinos medios. Ahora, la cosa ha cambiado y

han cambiado también las condiciones. Ahora, para ser un koljosiano acomodado, ya no es necesario, ni mucho menos, expoliar ni explotar a sus vecinos. Aparte de que, hoy, no es fácil tampoco explotar a nadie, puesto que ya no existe la propiedad privada sobre la tierra, ni existen los arriendos, las máquinas y tractores pertenecen al Estado y, en nuestros koljoses, las gentes que poseen un capital no están ahora de moda. Existió esta moda hace algún tiempo, pero ha desaparecido para siempre. Hoy, para ser un koljosiano acomodado sólo se requiere una cosa: trabajar honradamente en el koljós, aprovechar bien los tractores y las máquinas, saber utilizar bien el ganado de labor, trabajar bien la tierra y cuidar la propiedad koljosiana.

A veces, se dice: si tenemos el socialismo, ¿para qué trabajar ya? Trabajábamos antes y trabajamos ahora. ¿No ha llegado ya la hora de dejar de trabajar? Esas manifestaciones son radicalmente falsas, camaradas. Esa es la filosofía del haragán, pero no la de los hombres laboriosos y honrados. El socialismo no niega, ni mucho menos, el trabajo. Por el contrario, el socialismo se basa en el trabajo. El socialismo y el trabajo son inseparables el uno del otro. Lenin, nuestro gran maestro, decía: «El que no trabaja, no come». ¿Qué quiere decir esto? ¿Contra quién van dirigidas las palabras de Lenin? Contra los explotadores, contra todos los que no trabajan ellos mismos, sino que obligan a trabajar a otros, para enriquecerse a costa suya. ¿Y contra quién, además? Contra los que viven en la ociosidad y quieren medrar a costa de los otros. El socialismo no necesita ociosos; lo que necesita es que todos los hombres trabajen honradamente, no para otros, no para los ricos ni los explotadores, sino para ellos mismos, para la sociedad. Pues bien; si trabajamos honradamente, para nosotros mismos y nuestros koljoses, conseguiremos en término de unos 2 ó 3 años elevar a todos los koljosianos, tanto a los antiguos campesinos pobres como a los antiguos campesinos medios, al nivel de hombres acomodados, al nivel de hombres abastecidos de productos abundantes y dotados de una vida plenamente culta.

Tal es ahora nuestro objetivo inmediato, el que hoy podemos lograr y hemos de lograr, cueste lo que cueste. *(Prolongados aplausos.)*

3. UNAS OBSERVACIONES SUELTAS

Y ahora, permitidme que pase a hacer algunas observaciones sueltas. Ante todo, voy a referirme *a los miembros de nuestro Partido* en el campo. Entre vosotros, hay miembros del Partido, pero predominan los sin partido. Y está muy bien que en este Congreso se haya reunido un número mayor de koljosianos sin partido que de miembros del Partido, ya que es precisamente a los sin partido a los que ante todo debemos

atraer a nuestro lado. Hay comunistas que abordan a los koljosianos sin partido de un modo verdaderamente bolchevique. Pero hay otros que sólo saben jactarse de poseer el carnet del Partido y que no quieren admitir a los sin partido junto a ellos. Esto está mal y es peligroso. La fuerza de los bolcheviques, la fuerza de los comunistas, consiste en saber rodear a nuestro Partido de millones de hombres activos no afiliados a él. Nosotros, los bolcheviques, no habríamos logrado los éxitos que hemos conseguido, si no hubiéramos sabido ganar para el Partido la confianza de millones de obreros y campesinos situados fuera de él. ¿Qué hace falta para esto? Para esto, hace falta que los miembros del Partido no se aíslen de los sin partido, no se encierren en la cáscara del Partido, no se jacten de ser miembros del Partido, sino que escuchen la voz de los sin partido, para poder, no sólo enseñarles, sino también aprender de ellos.

No hay que olvidar que los miembros del Partido no caen del cielo. Hay que tener presente que todos los que hoy están afiliados al Partido, fueron también gente sin partido en otro tiempo. Hoy puede estar uno fuera del Partido y mañana militar en él. No hay, pues, aquí nada de que engreirse. Entre nosotros, entre los viejos bolcheviques, hay muchos que llevan ya 20 ó 30 años trabajando en el Partido. Pero nosotros mismos fuimos hombres sin partido alguna vez. ¿Qué hubiera sido de nosotros si, hace 20 ó 30 años, los que entonces pertenecían al Partido nos hubieran traído al retortero y no nos hubieran permitido acercarnos a él? Tal vez, de haber ocurrido esto, hubiéramos estado alejados del Partido durante una serie de años. Y esto nosotros, los viejos bolcheviques, que no somos los últimos llegados, camaradas. *(Alegre animación. Prolongados aplausos.)*

He aquí por qué nuestros miembros del Partido, los jóvenes afiliados al Partido de hoy, que a veces miran por encima del hombro a los sin partido, deben tener presente esto, deben tener presente que lo que adorna al bolchevique no es la jactancia, sino la modestia.

Ahora, diré algunas palabras *acerca de las mujeres, de las koljosianas.* El problema femenino en los koljoses es un problema muy importante, camaradas. Y sé que muchos de vosotros desdeñáis el papel de la mujer e incluso soléis bromear a cuenta de ellas. Pero esto es un error, camaradas, un grave error. No sólo porque las mujeres constituyen la mitad de la población de nuestro país, sino, sobre todo, porque el movimiento koljosiano ha destacado en sus puestos dirigentes a toda una serie de mujeres magníficas y capaces. Volved la vista al Congreso, a su composición, y veréis que la mujer hace ya mucho tiempo que ha pasado de las filas de las gentes atrasadas a las filas de vanguardia. La mujer es, en los koljoses, una fuerza considerable. Dar de lado a la mujer sería cometer un crimen. Nuestro deber es ayudar a la mujer en los koljoses a destacarse, y poner esta fuerza en marcha.

Es cierto que entre el Poder Soviético y las koljosianas hubo, no

hace mucho, algunas incomprensiones. Se trataba del problema de la vaca. Pero hoy este problema está resuelto y las incomprensiones han desaparecido. *(Prolongados aplausos.)* Hoy hemos logrado ya que la mayoría de los koljosianos tengan su vaca propia en el establo. Y a la vuelta de uno o dos años, no encontraréis ni un solo koljosiano que no tenga una vaca propia. Nosotros, los bolcheviques, nos esforzaremos por conseguir que así sea. *(Prolongados aplausos.)*

En cuanto a las koljosianas mismas, deben tener presente la fuerza que los koljoses representan y lo que significa para la mujer; deben tener en cuenta que sólo dentro del koljós puede la mujer elevarse al rango del hombre. Sin los koljoses, desigualdad; en los koljoses, igualdad de derechos. Que las camaradas koljosianas tengan esto presente y que cuiden del régimen koljosiano como de las niñas de sus ojos. *(Prolongados aplausos.)*

Dos palabras ahora *acerca de los miembros de las Juventudes Comunistas* en los koljoses. La juventud es nuestro porvenir, nuestra esperanza, camaradas. La juventud es la que ha de sustituirnos a nosotros, a los viejos. Es ella la que ha de llevar nuestra bandera hasta el triunfo final. Entre los campesinos, hay muchos hombres viejos agobiados por la carga de los viejos tiempos, agobiados por las costumbres y los recuerdos de la vieja vida. Es lógico que éstos no logren siempre adaptarse al ritmo del Partido, del Poder Soviético. No ocurre así con nuestra juventud. La juventud está libre de la carga del pasado y se asimila con más facilidad que nadie los preceptos leninistas. Precisamente por eso, porque se asimila con más facilidad que nadie los preceptos leninistas, es por lo que la juventud está llamada a impulsar a los rezagados y a los vacilantes. Es cierto que los jóvenes no poseen los conocimientos necesarios. Pero los conocimientos se adquieren. Hoy no los tienen, pero mañana los tendrán. Por eso la tarea, aquí, estriba en aprender y aprender hasta asimilarse el leninismo. Camaradas de las Juventudes Comunistas: ¡Aprended, asimilaos el bolchevismo y empujad a los vacilantes! ¡Charlad menos y trabajad más, y veréis cómo todo marcha a pedir de boca! *(Aplausos.)*

Ahora, algunas palabras acerca de los *campesinos individuales*. Aquí se ha hablado poco de los campesinos individuales. Pero esto no quiere decir que ya no existan. No; los campesinos individuales existen, y hay que tenerlos en cuenta, puesto que son nuestros koljosianos del mañana. Yo sé que una parte de los campesinos individuales se ha corrompido definitivamente y se ha lanzado a la especulación. Y esto es, tal vez, lo que explica que nuestros koljosianos sometan a los campesinos individuales que desean entrar en los koljoses a una gran selección, y a veces les nieguen la entrada en absoluto. Esto es, naturalmente, justo y contra ello no hay nada que objetar. Pero hay otra parte, la mayor parte de los campesinos individuales, que no se ha entregado a la especulación y que se ganan su pan trabajando honradamente. Estos campesinos individuales

tal vez no se mostrarían reacios a entrar en los koljoses. Pero se lo impiden, de una parte, sus dudas acerca de que la senda koljosiana sea la senda acertada, y de otra parte, la dureza con que los koljosianos tratan hoy a los campesinos individuales.

Claro está que hay que comprender a los koljosianos y ponerse en su caso. Durante estos años, han sufrido no pocas ofensas y burlas por parte de los campesinos individuales. Pero las ofensas y las burlas no deben tener aquí una importancia decisiva. Sería un mal dirigente quien no supiese olvidar las ofensas y antepusiese sus sentimientos a los intereses de la causa koljosiana. Si queréis ser buenos dirigentes, tenéis que saber olvidar las ofensas que los campesinos individuales os hayan inferido. Hace dos años, recibí una carta de una campesina viuda, del Volga. En esta carta, se quejaba de que no querían admitirla en el koljós y recababa mi ayuda. Pregunté al koljós, de donde me dijeron que no podían admitirla, porque había insultado a la asamblea koljosiana. ¿En qué consistía el insulto? En que en la asamblea de campesinos en la que los koljosianos habían invitado a los campesinos individuales a ingresar en el koljós, la viuda, por toda contestación, parece que se dió una palmada en el trasero exclamando: «¡Ahí tenéis vuestro koljós!» *(Animación; risas.)* Es indudable que, al obrar así, se condujo mal y ofendió a la asamblea. ¿Pero se le puede negar el ingreso en el koljós, si al cabo de un año se arrepiente sinceramente del hecho y reconoce su error? Yo entiendo que no se le puede negar el ingreso, y así se lo escribí al koljós. La viuda fué admitida. ¿Y qué resultó? Pues resultó que hoy esta campesina trabaja no en las últimas, sino en las primeras filas del koljós. *(Aplausos.)*

Ahí tenéis un ejemplo que os indica cómo los dirigentes, si quieren ser verdaderos dirigentes, tienen que saber olvidar las ofensas, cuando el interés de la causa lo exige.

Lo mismo hay que decir en lo que se refiere a los campesinos individuales en general. Yo no soy contrario a que se les seleccione, antes de admitirlos en los koljoses. Pero sí soy contrario a que se cierren las puertas de los koljoses a todos los campesinos individuales, sin selección. Esta no es nuestra política, la política bolchevique. Los koljosianos no deben olvidar que ellos mismos eran hasta hace poco campesinos individuales.

Para terminar, algunas palabras acerca de la *carta de los koljosianos de Biesenchuk*. Esta carta se ha publicado en la prensa, y tal vez la hayáis leído. La carta es, indudablemente, buena. Es una prueba de que entre nuestros koljosianos hay no pocos expertos y conscientes organizadores y agitadores de la causa koljosiana, que son el orgullo de nuestro país. Pero hay, en esta carta, un pasaje falso, con el cual no es posible estar de acuerdo. Es el pasaje en el que estos camaradas califican su trabajo en el koljós como un trabajo humilde y casi insignificante, considerando en cambio como un trabajo grandioso y creador el

de los oradores y jefes, que pronuncian a veces discursos interminables. ¿Podemos estar de acuerdo con esto? No, camaradas, no podemos. Los autores de la carta han cometido, al escribir esto, un error. Puede que lo hayan cometido por modestia. Pero no por ello deja de ser un error. Han pasado los tiempos en que los jefes se podían considerar como los únicos creadores de la historia, sin tomar en consideración para nada a los obreros y a los campesinos. Hoy, la suerte de los pueblos y de los Estados no la ventilan solamente los jefes, sino sobre todo y fundamentalmente las masas de millones de trabajadores. Los obreros y los campesinos que sin ruido, ni estrépito, construyen las fábricas, las minas y los ferrocarriles, los koljoses y los sovjoses, que crean todos los bienes de la vida, que alimentan y visten al mundo entero: ésos son los verdaderos héroes y creadores de la nueva vida. Los camaradas koljosianos, autores de la carta a que me refiero, se han olvidado, al parecer, de esto. No está bien que haya gente que exagere la importancia de sus fuerzas, se jacte de sus méritos; esto conduce a la fanfarronería, y la fanfarronería es una mala cosa. Pero aún es peor que la gente se ponga a desdeñar sus fuerzas y no vea que su «humilde» e «insignificante» trabajo es, en realidad, un trabajo grandioso y creador que decide la suerte de la historia.

Desearía que los camaradas koljosianos de Biesenchuk aprobasen esta pequeña enmienda mía a su carta.

Y con esto termino, camaradas.

(Gran ovación y vivas al camarada Stalin. Todos se ponen de pie. De todos los rincones de la sala se oyen voces de: «¡Viva el camarada Stalin! ¡Vivan los koljosianos de vanguardia! ¡Viva nuestro jefe, el camarada Stalin!»)

INFORME ANTE EL XVII CONGRESO DEL PARTIDO SOBRE LA LABOR DEL COMITE CENTRAL DEL P.C.(b) DE LA U.R.S.S.

26 DE ENERO DE 1934

I

LA PERSISTENTE CRISIS DEL CAPITALISMO MUNDIAL Y LA SITUACION INTERNACIONAL DE LA UNION SOVIETICA

Camaradas:

Desde el XVI Congreso han pasado más de tres años. Un período no muy grande, pero más impregnado de contenido que cualquier otro. Creo que ninguno de los períodos del último decenio ha sido tan rico como éste en acontecimientos.

En el dominio *económico*, han sido años de crisis económica mundial persistente. La crisis no sólo ha afectado a la industria, sino también a la economía agrícola en su conjunto. Se ha desencadenado, no solamente en la esfera de la producción y del comercio, sino que ha entrado también en la esfera de los créditos y de la circulación fiduciaria, quebrantando las relaciones de crédito y de cambio establecidas entre los países. Si antes se discutía todavía sobre la existencia de la crisis económica mundial, actualmente ya no se discute, pues la existencia de la crisis y su acción devastadora son demasiado evidentes. Ahora ya se discute si se puede o no salir de ella; y, si tiene salida, cuál es la manera de dar con ella.

En el dominio *político*, han sido años de una mayor tirantez de relaciones, tanto entre los países capitalistas como en el seno de cada país. La guerra del Japón contra China y la ocupación de Manchuria, que han agravado las relaciones en el Extremo Oriente; la victoria del fascismo en Alemania y el triunfo de la idea de revancha, que han agudizado las relaciones en Europa; la retirada del Japón y Alemania de la Sociedad de Naciones, que ha dado un nuevo impulso a la carrera de los armamentos y a los preparativos de guerra imperialista; la derrota del fascismo en España, que demuestra una vez más que la crisis revolucionaria está madurando y que el fascismo dista mucho de ser perenne; estos son los hechos fundamentales del período de que tratamos. No es de extrañar que el pacifismo burgués esté expirando y que las tendencias al desarme sean directa y abiertamente reemplazadas por las del rearme.

Entre las olas impetuosas de las conmociones económicas y de las catástrofes políticas y militares, la U.R.S.S. se levanta sola y fuerte como una roca, continuando la obra de construcción socialista y de la lucha por la conservación de la paz. Si allí, en los países capitalistas, sigue aún desencadenada la crisis económica, en la U.R.S.S. continúa el ascenso, tanto en el dominio industrial como en el de la agricultura. Si allí, en los países capitalistas, se realizan preparativos febriles para una nueva guerra, a fin de repartir nuevamente el mundo y las esferas de influencia, la U.R.S.S., en cambio, prosigue la lucha sistemática y tenaz contra la amenaza de guerra y por la paz y no se puede decir que sus esfuerzos, en este terreno, hayan carecido de éxito.

Tal es el cuadro general de la situación internacional en la hora presente.

Pasemos ahora a examinar los datos fundamentales sobre la situación económica y política de los países capitalistas.

1. El movimiento de la crisis económica en los países capitalistas

La actual crisis económica en los países capitalistas se diferencia de todas las crisis análogas, entre otras cosas, por ser más prolongada y duradera. Si anteriormente las crisis duraban uno o dos años, la crisis actual se prolonga desde hace ya cinco años, asolando año tras año la economía de los países capitalistas y consumiendo sus jugos, acumulados en los años precedentes. No es de extrañar, pues, que sea ésta la más grave de todas las crisis.

¿Cómo explicar este carácter prolongado, jamás visto, de la actual crisis industrial?

Ante todo, por el hecho de haber abarcado a todos los países capitalistas sin excepción, dificultando a cada país la posibilidad de maniobrar a expensas de los otros.

Se explica, en segundo lugar, por el hecho de que la crisis industrial se ha entrelazado con la crisis agraria, que ha afectado a todos los países agrarios y semiagrarios, sin excepción, circunstancia que no podía dejar de complicar y de ahondar la crisis industrial.

Se explica, en tercer lugar, porque la crisis agraria se ha intensificado durante este período, afectando a todas las ramas de la economía agrícola, incluso la ganadería, provocando la degradación, el paso del empleo de máquinas al trabajo manual, la sustitución del tractor por el caballo, la brusca reducción y a veces la renuncia completa del empleo de abonos artificiales, lo que ha prolongado todavía más la crisis industrial.

Se explica, en cuarto lugar, por el hecho de que los «cartels» monopolistas, que predominan en la industria, procuran conservar los altos

precios de las mercancías, circunstancia que hace la crisis singularmente dolorosa e impide la absorción de las reservas de mercancías.

Y se explica, por último, y esto es lo fundamental, por el hecho de que la crisis industrial se ha desencadenado en las condiciones de la crisis *general* del capitalismo, cuando el capitalismo no tiene ya ni puede tener en los Estados principales, ni en las colonias y en los países dependientes, la fuerza y la solidez que tuvo antes de la guerra y de la Revolución de Octubre; cuando la industria de los países capitalistas ha heredado de la guerra imperialista el trabajo incompleto crónico en las empresas y un ejército de millones de parados, de los que no está ya en condiciones de desembarazarse.

Tales son las circunstancias que han determinado el carácter profundamente prolongado de la actual crisis industrial.

Estas mismas circunstancias explican también el hecho de que la crisis no se haya circunscrito a la esfera de la producción y del comercio y haya abarcado también el sistema de créditos, el cambio, la esfera de las deudas, etc., destrozando las relaciones tradicionales, tanto entre los diferentes países como entre los grupos sociales en el seno de esos países.

La baja de los precios de las mercancías ha desempeñado en esto un gran papel. A pesar de la resistencia de los «cartels» monopolistas, la baja de los precios se aceleró con una fuerza espontánea, afectando en primer término y sobre todo a los precios de las mercancías de los propietarios no organizados (campesinos, artesanos, pequeños capitalistas), y sólo gradualmente y en escala menor a las mercancías de los propietarios organizados, de los capitalistas unificados en «cartels». La baja de los precios ha hecho insoportable la situación de los deudores (industriales, artesanos, campesinos, etc.). La situación de los acreedores, al contrario, se ha hecho privilegiada en una forma sin precedente. Tal situación debía conducir, y realmente ha conducido, a la colosal bancarrota de firmas y de capitalistas aislados. A causa de esto, durante los últimos tres años han sucumbido decenas de millares de sociedades anónimas en los EE.UU., en Alemania, en Inglaterra y en Francia. Después de las bancarrotas de las sociedades anónimas comenzó la desvalorización de la moneda, lo que alivió un tanto la situación de los deudores. Tras la desvalorización de la moneda, la falta de pago de las deudas exteriores e interiores, legalizada por los Estados. La bancarrota de bancos como el Banco de Darmstadt y de Dresde en Alemania, del Kredit Anstalt en Austria y de consorcios como el «Kreuger» en Suecia, del «Insull-Concern» en los EE.UU., etc., es de todos conocida.

Claro es que tras estos fenómenos, que quebrantaron las bases del sistema de créditos, debía seguir, y efectivamente siguió, la cesación de pagos de los créditos y de los empréstitos extranjeros, la cesación de pagos de las deudas interaliadas, la paralización de la exportación de capitales, una nueva disminución del comercio exterior, de la exporta-

ción de mercancías, la intensificación de la lucha por los mercados exteriores, la guerra comercial entre los países y el dumping. Sí, camaradas, el dumping. No me refiero al ficticio dumping soviético, con respecto al cual hasta hace poco vociferaban hasta desgañitarse ciertos honorables diputados de los honorables parlamentos de Europa y de América. Me refiero al dumping verdadero, que practican ahora casi todos los Estados «civilizados», y acerca del cual esos intrépidos y honorables diputados guardan prudentemente silencio.

Claro es también que estos fenómenos destructivos que acompañan a la crisis industrial, fenómenos desencadenados fuera de la esfera de la producción, no han podido a su vez dejar de ejercer influencia en el curso de la crisis industrial, en el sentido de ahondarla y complicarla.

Tal es el cuadro de conjunto del movimiento de la crisis industrial.

He aquí algunas cifras procedentes de fuentes oficiales, que ilustran el movimiento de la crisis industrial durante el período a que nos referimos:

VOLUMEN DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL EN TANTO POR 100 CON RELACION A 1929

	1929	1930	1931	1932	1933
U.R.S.S.	100,0	129,7	161,9	184,7	201,6
EE. UU.	100,0	80,7	68,1	53,8	64,9
Inglaterra	100,0	92,4	83,8	83,8	86,1
Alemania	100,0	88,3	71,7	59,8	66,8
Francia	100,0	100,7	89,2	69,1	77,4

Como veis, este cuadro habla por sí solo.

Al mismo tiempo que la industria de los principales países capitalistas bajaba de año en año, en comparación con el nivel de 1929, comenzando a reponerse un tanto únicamente en 1933, sin alcanzar, sin embargo, el nivel de 1929, la industria de la U.R.S.S. crece constantemente en un proceso de auge ininterrumpido.

Al mismo tiempo que la industria de los principales países capitalistas *reduce* para fines de 1933 su producción en un promedio de un 25 por 100, o más aún, en comparación con el nivel de 1929, la industria de la U.R.S.S. *crece* en ese lapso de tiempo en más del doble, es decir, más de un 100 por 100. *(Aplausos.)*

Juzgando por el cuadro citado, podría parecer que entre los cuatro países capitalistas, es Inglaterra el que se encuentra en situación más favorable. Pero no es exactamente así. Si tomamos la industria de dichos países y la comparamos con el nivel de anteguerra, el cuadro resultará algo distinto.

He aquí el cuadro correspondiente:

VOLUMEN DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL EN TANTO POR 100 CON RELACION AL NIVEL DE ANTEGUERRA

	1913	1929	1930	1931	1932	1933
U.R.S.S.	100,0	194,3	252,1	314,7	359,0	391,9
EE. UU.	100,0	170,2	137,3	115,9	91,4	110,2
Inglaterra	100,0	99,1	91,5	83,0	82,5	85,2
Alemania	100,0	113,0	99,8	81,0	67,6	75,4
Francia	100,0	139,0	140,0	124,0	96,1	107,6

Como veis, la industria de Inglaterra y de Alemania no han alcanzado aún el nivel de anteguerra, mientras que los EE.UU. y Francia superaron dicho nivel en algunos puntos, y la U.R.S.S. ha aumentado su producción industrial en ese período, en comparación con el nivel de anteguerra, en más de un 290 por 100. *(Aplausos.)*

Pero de estos cuadros se desprende aún otra conclusión.

Al mismo tiempo que la industria de los principales países capitalistas seguía bajando sin cesar, a partir de 1930 y especialmente desde 1931, hasta llegar en 1932 al punto de mayor descenso, en 1933 comenzó a reponerse un tanto y a ascender. Los datos mensuales de los años 1932 y 1933 confirman más aún esta conclusión, ya que en ellos se ve que la industria de estos países, a pesar de la oscilación de su producción en el año 1933, no ha revelado la tendencia a bajar hasta el nivel del mayor descenso, que tuvo lugar en el verano de 1932.

¿Qué significa esto?

Significa que la industria de los principales países capitalistas ha pasado ya, por lo visto, el punto más bajo de descenso, al cual no se ha vuelto en el transcurso de 1933.

Algunos pretenden atribuir este fenómeno a la influencia de factores exclusivamente artificiales, como la coyuntura de guerra y de inflación. No cabe duda de que la coyuntura de guerra y de inflación desempeña un papel no despreciable. Esto es particularmente cierto con respecto al Japón, donde este factor artificial es la fuerza principal y decisiva de cierta reanimación de determinadas ramas, sobre todo de las ramas de la industria de guerra. Pero sería un burdo error explicarlo todo por la coyuntura de guerra y de inflación. Esta explicación sería errónea aunque no fuese más que por el simple hecho de que las oscilaciones de la industria, que acabo de describir, se observan no en puntos aislados y de una manera fortuita, sino en todos o en casi todos los países industriales, incluso en aquellos que tienen un cambio firme. Por lo visto, al lado de la coyuntura de guerra y de inflación interviene también la acción de las fuerzas económicas internas del capitalismo.

El capitalismo ha logrado aliviar un tanto la situación de la industria: *a expensas de los obreros*, mediante una mayor explotación gracias al aumento de la intensidad de su trabajo; *a expensas de los granjeros*, por medio de la aplicación de la política de precios más bajos de los productos de su trabajo, de los artículos alimenticios y, en parte, de las materias primas; *a expensas de los campesinos de las colonias y de los países económicamente débiles*, por medio de una baja aún mayor de los precios de los productos de su trabajo, principalmente de las materias primas y luego de los productos alimenticios.

¿Significa esto que nos hallamos en el paso de la crisis a la depresión habitual, que provoca un nuevo ascenso y un florecimiento de la industria? No, de ningún modo. En todo caso, no hay actualmente datos directos o indirectos, que atestigüen el advenimiento del ascenso industrial en los países capitalistas. Más aún, si juzgamos por el conjunto de los hechos, no puede haber, seguramente, tales indicios, por lo menos en un porvenir próximo. No puede haberlos, ya que las condiciones desfavorables, que impiden a la industria capitalista ascender de nuevo en una forma seria, continúan ejerciendo su efecto. Se trata de la crisis *general* del capitalismo que continúa y dentro de la cual tiene lugar la crisis *económica*, la actividad incompleta y crónica de las fábricas, el paro crónico en masa, el entrelazamiento de la crisis industrial con la crisis agraria, la falta de tendencia a una renovación seria del capital básico, que es el precursor habitual del nuevo florecimiento, etc.

Tenemos ante nosotros, no hay duda, la transición del punto más bajo de la industria, del punto más profundo de la crisis industrial a la depresión, pero a una depresión que no es de tipo común, sino de un género especial, que no lleva a un nuevo impulso y a la prosperidad de la industria, pero que tampoco la conduce al punto más bajo.

2. *Agravación de la situación política en los países capitalistas*

El resultado de la persistente crisis económica es una inaudita agravación de la situación política de los países capitalistas, tanto en el interior de cada uno, como entre unos y otros.

La intensificación de la lucha por los mercados exteriores, la supresión de los últimos vestigios del comercio libre, las tarifas aduaneras prohibitivas, la guerra comercial, la guerra de los cambios, el dumping y otras muchas medidas análogas, que demuestran el extremo *nacionalismo* en la política económica, han exacerbado hasta el extremo las relaciones entre los países, han preparado el terreno para colisiones militares y puesto en el orden del día la guerra, como el medio de un nuevo reparto del mundo y de las esferas de influencia en favor de los Estados más fuertes.

La guerra del Japón contra China, la ocupación de Manchuria, la retirada del Japón de la Sociedad de Naciones y la invasión de la China

septentrional, han agravado todavía más la situación. La intensificación de la lucha por el Océano Pacífico y la carrera de los armamentos navales del Japón, de los EE.UU., de Inglaterra y Francia, son el resultado de esta agravación.

La retirada de Alemania de la Sociedad de Naciones y el espectro de la revancha han dado un nuevo impulso a la agravación de la situación y a la carrera de los armamentos en Europa.

Nada tiene de extraño que ahora el pacifismo burgués arrastre una lastimosa existencia y que las divagaciones sobre el desarme cedan el puesto a conversaciones «prácticas» sobre los armamentos y sobre el rearme.

Como en 1914, destácanse nuevamente al primer plano los partidos del imperialismo militante, los partidos de la guerra y de la revancha.

Las cosas marchan evidentemente hacia una nueva guerra.

Por la acción de estos mismos factores, se agudiza aún más la situación interior de los países capitalistas. Los cuatro años de la crisis industrial han extenuado a la clase obrera, llevándola a la desesperación. Los cuatro años de crisis agraria han arruinado por completo a las capas pobres del campo, no sólo en los principales países capitalistas, sino también, y de una manera especial, en los países dependientes y coloniales. Es un hecho que, a pesar de toda una serie de ingeniosidades estadísticas, cuyo fin es disminuir la cantidad de parados, su número llega, según datos oficiales de las instituciones burguesas, a unos 3.000.000 en Inglaterra, 5.000.000 en Alemania y 10.000.000 en los EE.UU., sin mencionar los demás países de Europa. Agregad a esto los parcialmente desocupados, cuyo número es superior a una decena de millones; añadid las masas de millones de campesinos arruinados, y obtendréis un cuadro aproximado de la miseria y de la desesperación de las masas trabajadoras. Las masas populares no han llegado aún al punto de ir al asalto contra el capitalismo, pero no puede caber la menor duda de que la idea del asalto madura en la conciencia de las masas. Lo atestiguan elocuentemente hechos como la revolución española, que ha derrocado el régimen del fascismo, y el crecimiento de las regiones soviéticas en China, que la contrarrevolución de la burguesía china, coligada con la extranjera, es incapaz de contener.

Esto precisamente nos explica el hecho de que las clases dominantes de los países capitalistas supriman y destruyan con todo empeño los últimos vestigios del parlamentarismo y de la democracia burguesa, que pudieran ser aprovechados por la clase obrera en su lucha contra los opresores, que lancen a la ilegalidad a los Partidos Comunistas y recurran a los métodos abiertamente terroristas de conservación de su dictadura.

El patrioterismo y la preparación de la guerra como elementos fundamentales de la política exterior, el amordazamiento de la clase obrera y el terror, en la política interior, como medio indispensable para fortalecer la retaguardia de los futuros frentes militares; en esto es en lo que ahora se ocupan especialmente los políticos imperialistas.

No es de extrañar que el fascismo sea hoy la mercancía más de moda entre los belicosos políticos burgueses. No me refiero solamente al fascismo en general, sino ante todo al fascismo de tipo alemán, que se titula falsamente nacionalsocialismo, cuando ni con el examen más prolijo puede llegarse a descubrir en él ni el más leve átomo de socialismo.

A este respecto, la victoria del fascismo en Alemania no debe ser considerada sólo como un síntoma de la debilidad de la clase obrera y como una consecuencia de las traiciones de la socialdemocracia al proletariado, con lo que ha abierto el camino al fascismo. Es también un indicio de la debilidad de la burguesía, un síntoma de que la burguesía no está ya en condiciones de dominar por los viejos métodos del parlamentarismo y de la democracia burguesa, en vista de lo cual se ve obligada a recurrir, en la política interior, a los métodos terroristas de gobierno; como un síntoma de que ya no está en condiciones de hallar una salida a la situación actual en la política pacífica exterior, en vista de lo cual se ve forzada a recurrir a la política de guerra.

Tal es la situación.

Como se ve, las cosas marchan, para salir de la situación actual, hacia una nueva guerra imperialista.

Claro es que no hay razón para creer que la guerra puede proporcionar una salida efectiva. Al contrario, la guerra ha de complicar todavía más la situación. Más aún, desencadenará con seguridad la revolución y pondrá en juego la existencia misma del capitalismo en una serie de países, como ocurrió en la pimera guerra imperialista. Y si, a pesar de la experiencia de la primera guerra imperialista, los políticos burgueses se aferran a la guerra, como el náufrago a una tabla, significa que han perdido definitivamente la cabeza, que se han metido en un callejón sin salida y que están prontos a precipitarse al abismo.

Por esta razón, no está de más que examinemos brevemente los planes de organización de la guerra que se incuban actualmente en los medios políticos burgueses.

Unos creen que hay que organizar la guerra contra una de las grandes potencias. Piensan infligirle una derrota aniquiladora y reparar sus negocios a expensas de ella. Admitamos que organizaran esta guerra. ¿Qué puede resultar de esto? Como es sabido, durante la primera guerra imperialista, también querían aniquilar a una de las grandes potencias, Alemania, y enriquecerse a su costa. ¿Y qué ocurrió? Alemania no fué aniquilada, pero sembraron en ella tal odio contra los vencedores y prepararon un terreno tan rico para la revancha, que no han podido aún, ni es fácil que puedan pronto, comerse el repugnante pisto que ellos mismos prepararon. Y, en cambio, se encontraron con el aniquilamiento del capitalismo en Rusia, el triunfo de la revolución proletaria, y claro está, la Unión Soviética. ¿Hay garantías de que la segunda guerra imperialista les dará «mejores» resultados que la primera? ¿No sería más acertado suponer lo contrario?

Otros creen que hay que organizar la guerra contra uno de los países débiles desde el punto de vista militar, pero vastos como mercado, por ejemplo, China, la cual, además, según ellos, no puede ser llamada Estado, en el sentido estricto de la palabra, sino que es tan sólo un «territorio no organizado» que debe ser anexionado por los Estados fuertes. Quieren, por lo visto, repartirse definitivamente ese país y sanear sus negocios a expensas de él. Admitamos que organizaran semejante guerra. ¿Qué resultados tendría? Es sabido que, a principios del siglo XIX, Italia y Alemania eran consideradas exactamente como lo es en la actualidad China, es decir, como «territorios no organizados» y no como Estados, y se los esclavizaba. ¿Y qué resultó? Como es sabido, dió por resultado la guerra de Alemania e Italia por su independencia y la unificación de dichos países en Estados independientes. Dió por resultado la intensificación del odio en el corazón de los pueblos de dichos países contra sus esclavizadores, odio cuyos resultados no han sido liquidados aún y que difícilmente se liquidarán pronto. Y hay que preguntarse: ¿dónde están las garantías de que no ocurrirá lo mismo en la guerra de los imperialistas contra China?

Hay un tercer grupo que cree que la guerra debe ser organizada por una «raza superior», por ejemplo, la alemana, contra una «raza inferior», ante todo, contra la eslava; que sólo una guerra de esta índole puede proporcionar una salida a la situación, puesto que la «raza superior» está llamada a fecundar la «inferior» y dominarla. Admitamos que esta extraña teoría, que dista tanto de la ciencia como el cielo de la tierra, es puesta en práctica. ¿Qué resultaría de esto? Como se sabe, la antigua Roma consideraba a los antecesores de los actuales alemanes y franceses en la misma forma que los representantes de la «raza superior» consideran actualmente a los pueblos eslavos. Como se sabe, la antigua Roma los trataba como «raza inferior», como «bárbaros» condenados a una eterna sumisión a la «raza superior», a la «Gran Roma», lo que la antigua Roma, dicho sea entre nosotros, tenía algún derecho a pretender, cosa que no se puede decir con respecto a los representantes de la actual «raza superior». (*Aplausos atronadores.*) ¿Y qué resultó? Resultó que los no romanos, es decir, todos los «bárbaros» se unieron contra el enemigo común y derrumbaron estruendosamente a Roma. Hay que preguntarse: ¿dónde están las garantías de que las pretensiones de los representantes de la actual «raza superior» no conducirán a los mismos deplorables resultados? ¿Dónde están las garantías de que los políticos literario-fascistas de Berlín tendrán mejor suerte que los viejos y probados conquistadores romanos? ¿No será más exacto suponer lo contrario?

Por último, hay un cuarto grupo que cree que se debe organizar la guerra contra la U.R.S.S. Piensan destrozar la U.R.S.S., repartirse sus territorios y enriquecerse a su costa. Sería erróneo suponer que esto lo piensan tan sólo algunos círculos militares en el Japón. Sabemos que estos mismos planes maduran en los círculos políticos dirigentes de

algunos Estados de Europa. Supongamos que estos señores pasan de las palabras a los hechos. ¿Qué puede resultar de esto? Hay pocas dudas de que ésta será la guerra más peligrosa para la burguesía. Será la más peligrosa, no sólo porque los pueblos de la U.R.S.S. lucharán a muerte por las conquistas de la revolución. Será también la más peligrosa para la burguesía, porque la guerra se hará no sólo en los frentes de batalla, sino también en la retaguardia del enemigo. La burguesía no debe dudar de que los numerosos amigos de la clase obrera de la U.R.S.S. en Europa y en Asia tratarán de asestar golpes en la retaguardia de sus opresores, que se hayan atrevido a desencadenar una guerra criminal contra la patria de la clase obrera de todos los países. Y que luego no se lamenten los señores burgueses, si al día siguiente de esta guerra pierden algunos de sus gobiernos que hoy reinan tranquilamente por la «gracia de Dios». *(Aplausos atronadores.)* Recordaréis que hace 15 años hubo una guerra semejante contra la U.R.S.S. Como es sabido, el honorable Churchill revistió entonces la guerra con una fórmula poética: «La cruzada de los 14 Estados». Recordaréis, por supuesto, que esta guerra agrupó a todos los trabajadores de nuestro país en un campo único de combatientes abnegados, que defendían con sus cuerpos su patria obrera y campesina contra los enemigos del exterior. Ya sabéis cómo terminó dicha guerra. Terminó con la expulsión de nuestro país de los intervencionistas y con la creación de «Comités de acción» revolucionarios en Europa. No se puede dudar de que la segunda guerra contra la U.R.S.S. conducirá a la completa derrota de los agresores, a la revolución en una serie de países de Europa y Asia y a la derrota de los gobiernos burgueses-terratenientes de dichos países.

Tales son los planes militares de los políticos burgueses, acorralados en un callejón sin salida.

Como veis, no brillan por su inteligencia, ni por su valor. *(Aplausos.)*

Pero si la burguesía opta por el camino de la guerra, la clase obrera de los países capitalistas, llevada a la desesperación por la crisis de cuatro años y por el paro, toma, en cambio, el camino de la revolución. Esto significa que madura y seguirá madurando la crisis revolucionaria. Y la crisis revolucionaria seguirá agudizándose con tanta mayor rapidez, cuanto más se enrede la burguesía en sus combinaciones de guerra, cuanto más frecuentemente recurra a los métodos terroristas de lucha contra la clase obrera y contra los campesinos trabajadores.

Algunos camaradas piensan que puesto que existe la crisis revolucionaria, la burguesía ha de caer en una situación sin salida, y que, por lo tanto, su fin está ya predeterminado, con lo que el triunfo de la revolución está ya asegurado y no falta más que aguardar la caída de la burguesía y escribir resoluciones victoriosas. Este es un profundo error. El triunfo de la revolución jamás llega por sí solo. Es necesario prepararlo y conquistarlo. Y sólo un fuerte partido revolucionario del prole-

tariado puede hacerlo. Hay momentos en que la situación es revolucionaria, el poder de la burguesía tiembla hasta los cimientos, y, no obstante, el triunfo de la revolución no llega, porque no existe un partido revolucionario del proletariado lo suficientemente fuerte y prestigioso para conducir tras de sí a las masas y tomar el Poder en sus manos. Sería insensato creer que semejantes «casos» no pueden tener lugar.

No estará de más recordar, a este respecto, las palabras proféticas de Lenin sobre la crisis revolucionaria, pronunciadas en el II Congreso de la Internacional Comunista:

«Llegamos ahora a la cuestión de la crisis revolucionaria, como base de nuestra acción revolucionaria. Y aquí es necesario, ante todo, hacer notar dos errores muy difundidos. De una parte, los economistas burgueses presentan esta crisis como una simple «perturbación», según la elegante expresión de los ingleses. Por otra, los revolucionarios tratan a veces de demostrar que la crisis no tiene absolutamente salida. Esto es un error. No existen situaciones absolutamente sin salida. La burguesía se porta como un pirata ensoberbecido y que ha perdido la cabeza, comete una tontería tras otra, agravando la situación, acelerando su catástrofe. Todo esto es cierto. Pero no se puede «probar» que esté descartada en absoluto la posibilidad de que adormezca a una cierta minoría de explotados, mediante algunas concesiones de poca monta, de que reprima tal o cual movimiento, o insurrección de tal o cual parte de los oprimidos y explotados. Intentar «probar» por adelantado la falta «absoluta» de salida, sería una pedantería huera o un juego de conceptos y de palabras. La verdadera «prueba», en esta y en otras cuestiones semejantes, puede ser tan sólo la práctica. El régimen burgués atraviesa en todo el mundo la más grande crisis revolucionaria. Es necesario «probar» ahora, con la práctica de los partidos revolucionarios, que ellos poseen suficiente conciencia, espíritu de organización, vínculos con las masas explotadas, decisión, capacidad de aprovechar esta crisis para la revolución eficaz y victoriosa» (*Lenin*, t. XXV, págs. 340-341, «Sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista»).

3. *Las relaciones entre la U.R.S.S. y los Estados capitalistas*

Es fácil comprender hasta qué punto ha sido difícil para la U.R.S.S. aplicar su política de paz en esta atmósfera, envenenada de miasmas de combinaciones de guerra.

En este maremágnum preguerrero de que es víctima toda una serie de países, la U.R.S.S. seguía permaneciendo durante estos años firme e inquebrantable en sus posiciones de paz, combatiendo la amenaza de guerra, luchando por la conservación de la paz, tendiendo la mano a aquellos países que están de una u otra manera en favor de la conservación de la paz, desenmascarando y denunciando a los que preparan, a los que provocan la guerra.

¿Con qué contaba la U.R.S.S. en esta difícil y compleja lucha por la paz?

a) Con su creciente potencia económica y política.

b) Con el apoyo moral de las masas de millones de hombres de la clase obrera de todos los países, vitalmente interesada en la conservación de la paz.

c) Con la sensatez de aquellos países que por unas u otras razones no están interesados en violar la paz y quieren desarrollar relaciones comerciales con un cliente puntual como la U.R.S.S.

d) Por último, con nuestro glorioso Ejército, preparado para defender el país contra las arremetidas del exterior.

Sobre esta base surgió nuestra campaña por la firma con los Estados vecinos de pactos de no agresión y pactos sobre la definición del agresor. Sabéis que esta campaña ha tenido éxito. No sólo hemos concertado pactos de no agresión con la mayoría de nuestros Estados vecinos en el Occidente y en el Sur, incluso con Finlandia y Polonia, sino también con países como Francia e Italia, y pactos sobre la definición del agresor con nuestros vecinos, incluso la Pequeña Entente.

Sobre esta misma base se ha robustecido la amistad entre la U.R.S.S. y Turquía, han mejorado y se han hecho indiscutiblemente satisfactorias las relaciones entre la U.R.S.S. e Italia, han mejorado las relaciones con Francia, con Polonia y otros Estados del Báltico, se han restablecido las relaciones con los EE.UU., con China, etc.

De la serie de hechos que reflejan los éxitos de la política de paz de la U.R.S.S., cabe señalar y destacar dos, que tienen indiscutiblemente una gran importancia.

1) Me refiero, en primer lugar, al mejoramiento de las relaciones entre la U.R.S.S. y Polonia, y entre la U.R.S.S. y Francia, cambio ocurrido en estos últimos tiempos. Como es sabido, nuestras relaciones con Polonia no eran del todo buenas en el pasado. En Polonia asesinaban a los representantes de nuestro Estado. Polonia se consideraba como una barrera de los Estados del Occidente contra la U.R.S.S. Con Polonia contaban todos los imperialistas, como con un destacamento de avanzada, en caso de un ataque militar contra la U.R.S.S. No andaban mejor las relaciones entre la U.R.S.S. y Francia. Basta recordar algunos hechos de la historia del proceso del grupo de saboteadores de Ramsin, en Moscú, para restablecer en la memoria el cuadro de las relaciones entre la U.R.S.S. y Francia. Y he aquí que estas relaciones no gratas comienzan gradualmente a desaparecer. Son sustituídas por otras relaciones que no pueden ser llamadas de otra manera que relaciones de acercamiento. No se trata tan sólo de la firma de pactos de no agresión con estos países, a pesar de que un pacto tiene de por sí la más seria importancia. Se trata, ante todo, de que la atmósfera, infectada de desconfianza mutua, comienza a depurarse. Esto no significa, naturalmente, que el proceso de acercamiento, que ya se perfila, pueda ser considerado como suficientemente sólido, y que asegure el éxito final de la obra. Estamos aún bien lejos de considerar descartada la posibilidad de sorpresas y zigzags en la política de Polonia, por ejemplo, donde los sentimientos antisoviéticos son todavía fuertes. Pero el cambio en el sentido de un mejoramiento de nuestras relaciones, prescindiendo de sus resultados en el

futuro, es un hecho que merece ser señalado y destacado como un factor del mejoramiento de la causa de la paz.

¿Dónde reside la causa de este cambio y qué lo estimula?

Esta causa reside, ante todo, en el aumento de la fuerza y de la potencia de la U.R.S.S.

En nuestros tiempos, no se acostumbra a tener en cuenta a los débiles, se tiene en cuenta únicamente a los fuertes. Y además, en ciertas modificaciones de la política de Alemania, que reflejan la exacerbación de los sentimientos de revancha y las aspiraciones imperialistas de este país.

Algunos políticos alemanes dicen, con este motivo, que la U.R.S.S. se orienta actualmente hacia Francia y Polonia, que la U.R.S.S. se ha transformado de adversaria del tratado de Versalles, en partidaria de él; que este cambio se explica por el hecho de haber sido instaurado el régimen fascista en Alemania. Esto no es cierto. Naturalmente, está muy lejos de entusiasmarnos el régimen fascista de Alemania. Pero no se trata aquí del fascismo, por la sencilla razón de que el fascismo en Italia, por ejemplo, no ha impedido a la U.R.S.S. establecer las mejores relaciones con dicho país. Tampoco se trata de supuestos cambios en nuestra actitud frente al tratado de Versalles. No nos corresponde a nosotros, que hemos sufrido la vergüenza de la paz de Brest-Litovsk, cantar loas al tratado de Versalles. Lo único que ocurre es que no estamos de acuerdo en que el mundo se precipite en el torbellino de una nueva guerra, a causa de este tratado. Lo mismo se debe decir de la supuesta nueva orientación de la U.R.S.S. No hemos tenido una orientación hacia Alemania, como tampoco tenemos una orientación hacia Polonia y Francia. Nos hemos orientado antes y nos orientamos ahora hacia la U.R.S.S. y solamente hacia la U.R.S.S. *(Aplausos tempestuosos.)* Y si los intereses de la U.R.S.S. exigen el acercamiento a tal o cual país que no tenga interés en violar la paz, iremos hacia él sin vacilaciones.

No, no se trata de esto. Se trata del cambio de la política de Alemania. Se trata de que ya antes del advenimiento de los actuales políticos alemanes al Poder, y sobre todo después de su advenimiento, comenzó en Alemania una lucha entre dos líneas políticas, entre la vieja política, reflejada en conocidos tratados entre la U.R.S.S. y Alemania, y la «nueva» política, que, en lo fundamental, recuerda la política del ex-káiser alemán, que ocupó un tiempo la Ucrania y emprendió una cruzada contra Leningrado, convirtiendo para ello a los países bálticos en una plaza de armas. Y es la «nueva» política la que de una manera evidente prevalece sobre la vieja. No debe ser considerado como fortuito el hecho de que la gente de la «nueva» política prevalezca y los partidarios de la vieja política caigan en desgracia. Tampoco es un azar la célebre intervención de Hugenberg en Londres, como tampoco son casuales las no menos célebres declaraciones de Rosenberg, dirigente de la política exterior del partido gobernante de Alemania. De esto es lo que se trata, camaradas.

2) Me refiero, en segundo lugar, al restablecimiento de relaciones

normales entre la U.R.S.S. y los Estados Unidos de América del Norte. Es indudable que este acto tiene una gran importancia en todo el sistema de relaciones internacionales. No se trata tan sólo de que este acto aumenta las probabilidades del mantenimiento de la paz, de que mejora las relaciones entre ambos países, de que fortalece las relaciones comerciales entre ellos y crea la base de una colaboración. Se trata de que marca un jalón entre la vieja situación, en que los EE.UU. eran considerados en los diferentes países como el baluarte de toda clase de tendencias antisoviéticas, y la nueva, en que este baluarte es retirado voluntariamente del camino, para mutua ventaja de ambos países.

Tales son los dos hechos fundamentales que reflejan los éxitos de la política soviética de paz.

Sería, no obstante, erróneo creer que todo anduvo bien en el período a que nos referimos. Nada de eso.

Recordad aunque sólo sea la presión de Inglaterra, el embargo de nuestra exportación, la tentativa de intervenir en nuestros asuntos interiores, para tantearnos, para probar la fuerza de nuestra resistencia. Es cierto que estos intentos quedaron en nada y el embargo fué derogado; pero un desagradable residuo se hace sentir aún en todo lo que se refiere a las relaciones entre Inglaterra y la U.R.S.S., incluso en las negociaciones para el tratado comercial. Estas maniobras contra la U.R.S.S. no pueden ser consideradas como una casualidad. Es sabido que una parte de los conservadores ingleses no puede vivir sin estas tentativas. Y precisamente porque no son casuales, debemos tener en cuenta que también en lo sucesivo se producirán contra la U.R.S.S., se crearán amenazas de todo género, se le causarán perjuicios, etc.

Tampoco debemos olvidar las relaciones entre la U.R.S.S. y el Japón, relaciones que necesitan un serio mejoramiento. La negativa del Japón a firmar el pacto de no agresión, que el Japón no necesita menos que la U.R.S.S., subraya una vez más que no todo anda bien en el dominio de nuestras relaciones. Lo mismo podemos decir respecto a la interrupción de las negociaciones sobre el ferrocarril del Este chino, interrupción no producida por culpa de la U.R.S.S.; así como del hecho de que los agentes japoneses realicen actos intolerables en el ferrocarril del Este de China, practiquen detenciones arbitrarias de empleados soviéticos, etc. Y dejo de lado la actitud de algunos militares del Japón que preconizan abiertamente en la prensa la necesidad de la guerra contra la U.R.S.S. y la anexión de Primorie, contando con la aprobación manifiesta de la otra parte de los militares, en tanto que el gobierno del Japón, en vez de llamar al orden a los instigadores de la guerra, hace como si esto no le concerniera. No es difícil comprender que estas circunstancias no pueden dejar de crear una atmósfera de intranquilidad e incertidumbre. Nosotros, naturalmente, seguiremos aplicando también en lo sucesivo perseverantemente una política de paz y procuraremos el mejoramiento de las relaciones con el Japón, porque queremos mejorar

estas relaciones. Pero no todo depende de nosotros. Por eso debemos tomar al mismo tiempo todas las medidas para defender nuestro país contra las sorpresas y estar prestos a defenderlo de cualquier ataque. *(Aplausos tempestuosos.)*

Como veis, paralelamente con los éxitos de nuestra política de paz, tenemos también una serie de fenómenos negativos.

Tal es la situación exterior de la U.R.S.S.

Nuestra política exterior es clara. Es una política de conservación de la paz y de intensificación de las relaciones comerciales con todos los países. La U.R.S.S. no piensa amenazar y mucho menos atacar a nadie. Estamos por la paz, defendemos la causa de la paz. Pero no tememos las amenazas y estamos dispuestos a responder con golpes a los golpes de los provocadores de la guerra. *(Aplausos tempestuosos.)* Todo el que quiera la paz y procure conseguir relaciones prácticas con nosotros, encontrará siempre nuestro apoyo. Y los que intenten atacar nuestro país, serán repelidos tan resueltamente, que no volverán a meter sus hocicos de puerco en nuestro jardín soviético. *(Aplausos atronadores.)*

Tal es nuestra política exterior. *(Aplausos atronadores.)*

Nuestra tarea consiste en aplicar esta política también en lo sucesivo con toda insistencia y de un modo consecuente.

II

EL AUGE CONTINUO DE LA ECONOMIA NACIONAL Y LA SITUACION INTERIOR DE LA U.R.S.S.

Pasaré a la cuestión de la situación interior de la U.R.S.S.

Desde este punto de vista, el período que tratamos nos ofrece el cuadro de un ascenso cada vez más potente, tanto en el dominio de la economía nacional como en el de la cultura.

Este ascenso no es tan sólo una simple acumulación cuantitativa de fuerzas. Este ascenso es notable, por haber introducido modificaciones de principio en la estructura de la U.R.S.S. y haber modificado cardinalmente la fisonomía del país.

La U.R.S.S. se ha transformado radicalmente en este período, ha sacudido su envoltura de atraso y de medievalismo. De país agrario, se ha transformado en país industrial. De país de pequeñas economías agrícolas individuales, se ha transformado en un país de gran agricultura colectiva mecanizada. De país de oscurantismo, analfabeto e inculto, se ha transformado—más exactamente, se está transformando—en un país instruído y culto, cubierto por una inmensa red de escuelas superiores, secundarias y primarias, que enseñan en las lenguas de las diversas nacionalidades de la U.R.S.S.

Se han creado nuevas ramas de producción: construcción de máqui-

nas, industria automovilística, de tractores, industria química, construcción de motores, construcción de aviones, construcción de segadoras-trilladoras, producción de poderosas turbinas y generadores, aceros de alta calidad, ferroaleaciones, caucho sintético, nitrógeno, fibra artificial, etc. *(Prolongados aplausos.)*

Se han construído y puesto en marcha en este período miles de nuevas empresas industriales completamente modernas. Se han construído gigantes como el Dnieprostrói, Magnitostrói, Kusnietskstrói, Cheliabstrói, Bóbriki, Uralmashstrói, Krammashstrói. Se han reconstruído millares de viejas fábricas, sobre la base de la nueva técnica. Se han edificado nuevas fábricas y creado focos de industria en las Repúblicas nacionales y en las regiones periféricas de la U.R.S.S.: en Bielorrusia, en Ucrania, en el Cáucaso Septentrional, en Transcaucasia, en el Asia Central, en el Kasajstán, en Buriato-Mongolia, en Tartaria, en Bashkiria, en los Urales, en la Siberia Oriental y Occidental, en el Extremo Oriente, etc.

Se han creado más de 200.000 koljoses y 5.000 sovjoses, con nuevos centros de distrito y sus puntos de apoyo industriales.

Han crecido, casi en terrenos yermos, nuevas grandes ciudades con una densa población. Han crecido en forma colosal las viejas ciudades y los centros industriales.

Se han echado las bases de la empresa combinada de los Urales-Kusnietsk, combinación del carbón de cok de Kusnietsk con el mineral de hierro de los Urales. De esta manera, se puede considerar que la nueva base siderúrgica en el Oriente ha dejado de ser un sueño para convertirse en realidad.

Se han echado los cimientos de una nueva potente base petrolífera en las estribaciones occidental y meridional de los Urales: en los Urales, en Bashkiria y en Kasajstán.

Es evidente que las enormes inversiones del Estado para obras básicas en todas las ramas de la economía nacional, inversiones que constituyen, en el período que nos ocupa, más de 60.000 millones de rublos, no fueron estériles y comienzan a dar sus frutos.

Como consecuencia de estos éxitos, los ingresos nacionales de la U.R.S.S. han aumentado, de 29.000 millones de rublos, que eran en 1929, a la suma de 50.000 millones en 1933, mientras que en todos los países capitalistas, sin excepción, se advierte un enorme descenso de los ingresos nacionales en el mismo período.

Claro es que estos progresos y todo este ascenso tenían que conducir, como efectivamente han conducido, al fortalecimiento de la situación interior de la Unión Soviética.

¿Cómo han podido producirse estos formidables cambios, en unos tres o cuatro años, en el territorio de un enorme Estado de técnica y cultura retrasadas? ¿No es esto un milagro? Lo sería, si el desarrollo se hubiera producido sobre la base del capitalismo y de la pequeña economía individual. Pero no puede llamarse milagro, si se tiene en cuenta

que el desarrollo se ha producido sobre la base del desenvolvimiento de la construcción socialista.

Se comprende que este gigantesco ascenso no podía desenvolverse más que sobre la base de una eficaz construcción del socialismo, sobre la base del trabajo colectivo de decenas de millones de hombres, sobre la base de las ventajas del sistema socialista de economía sobre el sistema capitalista y de campesinos individuales.

No es, pues, de extrañar que el colosal ascenso de la economía y de la cultura de la U.R.S.S., en el período a que nos referimos, signifique al mismo tiempo la liquidación de los elementos capitalistas y el desplazamiento de la economía individual campesina al último plano. Es un hecho que la proporción del sistema socialista de economía en el dominio industrial es actualmente de un 99 por 100, y de un 84,5 por 100 en la economía rural, si se tiene presente la superficie de siembra de granos, mientras que a la economía campesina individual le corresponde tan sólo el 15,5 por 100.

De aquí resulta que, en la U.R.S.S., la economía capitalista está ya liquidada y el sector campesino individual desplazado a posiciones de segundo orden.

Lenin decía, al implantarse la nueva política económica (Nep), que en nuestro país existen elementos de cinco formaciones económico-sociales: 1) la economía patriarcal (economía natural, en su mayor parte); 2) la pequeña producción mercantil (la mayoría de los campesinos que venden trigo); 3) el capitalismo privado; 4) el capitalismo de Estado; 5) el socialismo. Lenin afirmaba que, de todas estas formaciones económico-sociales, la socialista es la que, en resumidas cuentas, debe dominar. Hoy podemos decir que la primera, tercera y cuarta formaciones económico-sociales ya no existen, la segunda ha sido desplazada a posiciones de segundo orden y la quinta, la socialista, es la que predomina de una manera absoluta y es la única fuerza de mando en toda la economía nacional. *(Tempestuosos y prolongados aplausos.)*

Tal es el balance.

Y en este balance reside la base de la solidez de la situación interior de la U.R.S.S., la base de la estabilidad de sus posiciones de avanzada y de retaguardia, bajo las condiciones del cerco capitalista.

Pasemos ahora a examinar los materiales concretos sobre las diversas cuestiones de la situación económica y política de la Unión Soviética.

1. El ascenso de la industria

De todas las ramas de la economía nacional, la industria es la que ha crecido con mayor rapidez. En el período que nos ocupa, es decir, a partir de 1930, la industria ha crecido en más del doble, o sea, ha aumentado en un 101,6 por 100, y en comparación con el nivel de anteguerra casi se ha cuadruplicado, es decir, ha crecido en un 291,9 por 100.

Esto significa que la industrialización se ha desarrollado a todo vapor.

El rápido crecimiento de la industrialización ha determinado que la producción industrial ocupe el puesto predominante en la producción global de toda la economía nacional.

He aquí el cuadro respectivo:

PROPORCION DE LA INDUSTRIA EN LA PRODUCCION GLOBAL DE LA ECONOMIA NACIONAL EN TANTO POR 100
(Según precios de 1926—27)

	1913	1929	1930	1931	1932	1933
1. Industria (sin contar la pequeña industria)	42,1	54,5	61,6	66,7	70,7	70,4
2. Agricultura	57,9	45,5	38,4	33,3	29,3	29,6
Total . .	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Esto significa que nuestro país se ha convertido, sólida y definitivamente, en un país industrial.

El aumento de la producción de instrumentos y medios de producción, en el volumen general del desarrollo de la industria, tiene un valor decisivo en la industrialización. Los datos del período a que nos venimos refiriendo demuestran que la proporción de esta rama ha ocupado, en el volumen general de la industria, un puesto predominante.

He aquí el cuadro correspondiente:

PROPORCION DE LA PRODUCCION DE LOS DOS GRUPOS FUNDAMENTALES DE LAS RAMAS DE LA GRAN INDUSTRIA
(Según precios de 1926—27)

	Producción global (en miles de millones de rublos)				
	1929	1930	1931	1932	1933
Toda la gran industria . . .	21,0	27,5	33,9	38,5	41.9
Incluyendo:					
Grupo «A». Instrumentos y medios de producción	10,2	14,5	18,8	22,0	24,3
Grupo «B». Artículos de consumo . .	10,8	13,0	15,1	16,5	17,6
	Proporción (en tanto por 100)				
Grupo «A». Instrumentos y medios de producción	48,5	52,6	55,4	57,0	58,0
Grupo «B». Artículos de consumo . .	51,5	47,4	44,6	43,0	42,0
Total .	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

El cuadro, como veis, no necesita explicaciones.

La industria tiene en nuestro país, joven aún en el sentido técnico, una tarea especial. Tiene que reconstruir sobre una nueva base técnica no sólo la industria misma, no sólo todas las ramas de la industria, incluso la industria ligera, la de la Alimentación, la industria forestal. Debe también reconstruir todas las ramas del transporte y todas las ramas de la economía agrícola. Y sólo podrá cumplir esta tarea, en el caso de que la industria de la construcción de máquinas—palanca fundamental de la reconstrucción de la economía nacional—ocupe dentro de ella un puesto predominante. Los datos del período a que nos referimos demuestran que la construcción de máquinas ha conquistado un papel predominante en el volumen general de la industria.

He aquí el cuadro correspodiente:

PROPORCION DE LAS DISTINTAS RAMAS DE LA INDUSTRIA CON RESPECTO AL TOTAL DE LA PRODUCCION GLOBAL DE LA U.R.S.S.
(En tanto por 100)

	1913	1929	1932	1933
Carbón de piedra	2,9	2,1	1,7	2,0
Cok	0,8	0,4	0,5	0,6
Petrolífera (extractiva)	1,9	1,8	1,5	1,4
Petrolífera (transformación)	2,3	2,5	2,9	2,6
Siderurgia (hierro)	sin datos	4,5	3,7	4,0
Industria de metales no ferruginosos	»	1,5	1,3	1,2
Construcción de máquinas	11,0	14,8	25,0	26,1
Química básica	0,8	0,6	0,8	0,9
Tejidos de hilo	18,3	15,2	7,6	7,3
Tejidos de lana	3,1	3,1	1,9	1,8

Esto significa que nuestra industria se desarrolla sobre una base sana, y que la clave de la reconstrucción, la construcción de máquinas, se halla íntegramente en nuestras manos. Pero es necesario utilizarla hábilmente, racionalmente.

El desarrollo de la industria por sectores sociales en este período nos da un cuadro interesante.

He aquí el cuadro respectivo:

PRODUCCION GLOBAL DE LA INDUSTRIA POR SECTORES SOCIALES
(Según precios de 1926—27)

	Producción global (en millones de rublos)				
	1929	1930	1931	1932	1933
Toda la producción . .	21.025	27.477	33.903	38.464	41.968
Incluyendo:					
I. Industria socializada .	20.891	27.402	sin datos	38.436	41.940
Incluyendo:					
a) Industria del Estado .	19.143	24.989		35.587	38.932
b) Industria cooperativa .	1.748	2.413		2.849	3.008
2. Industria privada . . .	134	75		28	28
	Porcentajes				
Toda la producción	100	100	100	100	100
Incluyendo:					
1. Industria socializada . .	99,4	99,7	sin datos	99,93	99,93
Incluyendo:					
a) Industria del Estado .	91,1	90,9		92,52	92,76
b) Industria cooperativa .	8,3	8,8		7,41	7,17
2. Industria privada . . .	0,6	0,3		0,07	0,07

Este cuadro pone en evidencia que hemos acabado con los elementos capitalistas en la industria y que el sistema socialista de economía es ahora nuestro único y exclusivo sistema. *(Aplausos.)*

Pero de todos estos progresos conquistados por la industria en el período que tratamos, hay que considerar como el éxito más importante el que en todo este tiempo la industria ha sabido educar y forjar millares de nuevos hombres, de nuevos dirigentes de la industria, capas enteras de nuevos ingenieros y técnicos, millares y millares de jóvenes obreros calificados, que han asimilado la nueva técnica y han impulsado nuestra industria socialista. No puede caber duda de que, sin estos hombres, la industria no hubiera podido alcanzar los éxitos con que actualmente cuenta y de los cuales tiene derecho a enorgullecerse. Los datos dicen que durante el período que tratamos la industria ha lanzado a la producción, gracias a las escuelas de las fábricas y empresas industriales, cerca de 800.000 obreros más o menos calificados, y las universidades, así como las escuelas técnicas medias y superiores, más de 180.000 ingenieros y técnicos. Y si es cierto que el problema de los cuadros es

el más importante para nuestro desarrollo, es necesario reconocer que nuestra industria comienza a dominar seriamente este problema.

Tales son los éxitos fundamentales de nuestra industria.

Sería erróneo, sin embargo, creer que la industria no ha tenido más que éxitos. No. También adolece de defectos. Los principales de ellos son:

a) El persistente retraso de la *industria siderúrgica.*

b) La organización defectuosa de la *industria de metales no ferruginosos.*

c) El menosprecio del importantísimo valor que tiene el desarrollo de la extracción del *carbón local* en el balance general de combustibles del país (la región de Moscú, el Cáucaso, los Urales, Karagandá, el Asia Central, Siberia, el Extremo Oriente, la Zona Septentrional, etc.).

d) La falta de una debida atención a la organización de una nueva *base petrolífera* en las regiones de los Urales, de Bashkiria, de Emba.

e) La falta de una seria preocupación por el desenvolvimiento de la producción de mercancías de *gran consumo,* tanto en la industria ligera y alimenticia como en la industria de la madera.

f) La falta de una debida atención al desenvolvimiento de la *industria local.*

g) La actitud absolutamente intolerable con respecto al mejoramiento de la *calidad de la producción.*

h) El persistente retraso de la elevación de la *productividad del trabajo,* de la reducción del *costo* de la producción, de la implantación *del principio de la rentabilidad.*

i) La mala organización, no liquidada aún, del trabajo y de los salarios, la falta de responsabilidad personal en el trabajo, la nivelación del sistema de los salarios.

j) El método *oficinesco-burocrático,* que dista mucho de estar liquidado, en la dirección de los Comisariados del Pueblo ligados a la economía y en sus órganos administrativos, incluso en los Comisariados del Pueblo de la Industria Ligera y de la Alimentación.

Es superfluo insistir en la absoluta necesidad de una urgente liquidación de estos defectos. La siderurgia y la industria de los metales no ferruginosos no han cumplido, como es sabido, sus tareas del primer Plan quinquenal. Tampoco las han cumplido en el primer año del segundo Plan quinquenal. Si siguen retrasándose en lo sucesivo, pueden convertirse en un freno para la industria y en origen de su desequilibrio. En lo que se refiere a la creación de nuevas bases de la industria carbonífera y petrolífera, no es difícil comprender que de no llevar a cabo esta impostergable tarea, podemos hacer encallar tanto la industria como los transportes. La cuestión de los artículos de gran consumo y del desarrollo de la industria local, lo mismo que la referente al mejoramiento de la calidad de la producción, la elevación de la productividad del trabajo, la reducción del coste de producción y la implantación del principio de la rentabilidad, tampoco necesitan explicaciones. En cuanto a

la mala organización del trabajo y de los salarios, así como en lo que concierne al método oficinesco-burocrático de dirección, es una grave enfermedad que, como ha demostrado la historia de la cuenca del Donetz y de las fábricas de la industria ligera y de la alimentación, radica en todas las ramas de la industria, frenando su desarrollo. Si no se la llega a liquidar, la industria cojeará de los dos pies.

Así, nuestras tareas inmediatas son:

1) Conservar el actual papel dirigente de la construcción de máquinas, en el sistema de la industria.

2) Liquidar el retraso de la siderurgia.

3) Regularizar el estado de la industria de los metales no ferruginosos.

4) Desenvolver en toda su potencia la extracción del carbón local en todas las regiones ya exploradas, organizar nuevas regiones de extracción del carbón (por ejemplo, la región de Burei en el Extremo Oriente), convertir la cuenca del Kusnietsk en una segunda cuenca del Donetz. *(Aplausos prolongados.)*

5) Acometer seriamente la organización de una base petrolífera en las regiones de las estribaciones occidental y meridional de la cordillera de los Urales.

6) Intensificar la producción de mercancías de amplio consumo en todos los Comisariados del Pueblo que dirigen la economía.

7) Dar amplio vuelo a la industria soviética local, darle la posibilidad de manifestar su iniciativa en cuanto a la producción de mercancías de gran consumo y prestarle la ayuda necesaria en materias primas y recursos.

8) Mejorar la calidad de las mercancías elaboradas, suspender la salida de productos no terminados e imponer sanciones a todos los camaradas, sean quienes sean, que violen o eludan las leyes del Poder Soviético sobre la calidad y la producción de mercancías acabadas.

9) Conseguir un aumento sistemático de la productividad del trabajo, la reducción del costo de la producción y la implantación del principio de la rentabilidad.

10) Acabar con la falta de responsabilidad personal en el trabajo y con la nivelación en el sistema de los salarios.

11) Liquidar el método oficinesco-burocrático de dirección en todos los eslabones de los Comisariados del Pueblo ligados a la economía, comprobando de una manera sistemática el cumplimiento de las resoluciones e instrucciones de los centros directivos por parte de los órganos ejecutivos.

2. El auge de la economía agrícola

El desarrollo de la economía agrícola ha sido algo diferente. El ascenso de las ramas fundamentales de la economía agrícola ha crecido en este período con mucha más lentitud que en la industria, pero con

mayor rapidez, no obstante, que en el período del predominio de la economía individual. En cambio, en la ganadería tenemos incluso un proceso inverso, de disminución del número de cabezas de ganado. Sólo en 1933, y exclusivamente en la rama de la cría de cerdos, se advierten síntomas de ascenso.

Es evidente que las enormes dificultades de la unificación en koljoses de las pequeñas economías campesinas dispersas, la difícil obra de crear en lugares casi desiertos una enorme cantidad de grandes economías cerealistas y ganaderas, y, en general, el período de *reorganización*, de reconstrucción y encarrilamiento de la economía agrícola individual por los nuevos caminos koljosianos, paso que requiere mucho tiempo y grandes gastos, son los factores que han determinado inevitablemente tanto los ritmos lentos del ascenso de la economía agrícola como el período relativamente prolongado de la disminución del número de cabezas de ganado.

En el fondo, el período que tratamos ha sido para la agricultura más que un período de rápido ascenso y de poderoso impulso, una fase de creación de las premisas para ese ascenso y ese impulso en un futuro próximo.

Si tomamos las cifras de la superficie sembrada en todos los cultivos, y luego, los cultivos industriales por separado, el desarrollo de la agricultura durante este período se presenta como sigue:

SUPERFICIE SEMBRADA DE TODOS LOS CULTIVOS EN LA U.R.S.S.

	En millones de hectáreas					
	1913	1929	1930	1931	1932	1933
Total	105,0	118,0	127,2	136,3	134,4	129,7
Incluyendo:						
a) Granos	94,4	96,0	101,8	104,4	99,7	101,5
b) Cultivos industriales . . .	4,5	8,8	10,5	14,0	14,9	12,0
c) Huertas (hortalizas) . .	3,8	7,6	8,0	9,1	9,2	8,6
d) Forrajes	2,1	5,0	6,5	8,8	10,6	7,3

SUPERFICIE SEMBRADA DE CULTIVOS INDUSTRIALES EN LA U.R.S.S.

	En millones de hectáreas					
	1913	1929	1930	1931	1932	1933
Algodón	0,69	1,06	1,58	2,14	2,17	2,05
Lino	1,02	1,63	1,75	2,39	2,51	2,40
Remolacha azucarera	0,65	0,77	1,04	1,39	1,54	1,21
Oleaginosos	2,00	5,20	5,22	7,55	7,98	5,79

Estos cuadros reflejan dos líneas fundamentales en la economía agrícola:

1) La línea tendente a ampliar por todos los medios la superficie de siembra, en medio del fragor de la reorganización de la agricultura, cuando los koljoses se creaban por decenas de millares, cuando expulsaban a los kulaks, se incautaban de las tierras liberadas y las ponían en cultivo.

2) La línea de la renuncia a la ampliación global de la superficie de siembra, del paso de la ampliación global de las superficies a la mejora del cultivo de la tierra, al arraigo de una rotación acertada de las siembras y de las tierras en barbecho, a la elevación del rendimiento de la cosecha y, si la práctica lo requiere, a la reducción temporal de las superficies sembradas.

Como es sabido, la segunda línea, la única línea acertada en la economía agrícola, fué proclamada en 1932, cuando el período de reorganización de la agricultura se acercaba a su fin y la elevación del rendimiento de la cosecha se convirtió en una de las cuestiones fundamentales del ascenso de la agricultura.

Pero los datos del aumento de la superficie de siembra no pueden ser considerados como bastante demostrativos del desarrollo de la agricultura. Suele suceder que las superficies aumentan mientras la producción no, e incluso declina, debido al hecho de que el cultivo de la tierra ha empeorado y el rendimiento de la cosecha por unidad ha descendido. En vista de esto, los datos sobre las superficies deben ser completados con los de la producción global.

He aquí el cuadro respectivo:

PRODUCCION GLOBAL DE LOS CULTIVOS DE GRANOS E INDUSTRIALES EN LA U.R.S.S.

	En millones de quintales					
	1913	1929	1930	1931	1932	1933
Granos	801,0	717,4	835,4	694,8	698,7	898,0
Algodón (en rama)	7,4	8,6	11,1	12,9	12,7	13,2
Lino (fibra)	3,3	3,6	4,4	5,5	5,0	5,6
Remolacha azucarera	109,0	62,5	140,2	120,5	65,6	90,0
Oleaginosos	21,5	35,8	36,2	51,0	45,5	46,0

Estas cifras evidencian que los años de mayor fragor de la reorganización de la agricultura, 1931 y 1932, fueron los de mayor disminución de la producción de granos.

Se desprende, además, de este cuadro que el lino y el algodón, en cuyas regiones la reorganización de la agricultura seguía ritmos menos

rápidos, no han sufrido apenas y siguen su ruta ascendente con un ritmo más o menos igual y constante, conservando el alto nivel de su desarrollo.

De este cuadro se desprende, en tercer lugar, que mientras los cultivos oleaginosos han sufrido solamente una cierta oscilación, conservando el alto nivel de su desarrollo en relación con el de anteguerra, la remolacha azucarera, en cuyas regiones se dieron los ritmos más altos de reorganización de la agricultura y que fué la última en entrar en el período de la reorganización, sufrió el mayor descenso en 1932, último año de reorganización, reduciéndose la producción a un nivel inferior al de anteguerra.

Por último, se desprende de este cuadro que el año 1933, primer año que siguió a la determinación del período de reorganización, es un año de viraje en el desarrollo de los cultivos de granos e industriales.

Esto significa que los cultivos de granos, en primer término, y los cultivos industriales, después, marcharán desde ahora hacia un poderoso ascenso, firme y seguro.

La ganadería ha sido la rama de la economía rural que más dolorosamente ha sufrido en el período de reorganización.

He aquí el cuadro respectivo:

CABEZAS DE GANADO

	En millones					
	1916	1929	1930	1931	1932	1933
a) Caballos	35,1	34,0	30,2	26,2	19,6	16,6
b) Ganado vacuno	58,9	68,1	52,5	47,9	40,7	38,6
c) Ovejas y ganado cabrío	115,2	147,2	108,8	77,7	52,1	50,6
d) Ganado porcino	20,3	20,9	13,6	14,4	11,6	12,2

Este cuadro evidencia un descenso en cuanto al número de cabezas de ganado en el período de que tratamos, descenso que persiste todavía en relación con el nivel de anteguerra. Es evidente que, de una parte, la mayor infiltración de elementos kulaks en la ganadería y, de otra, la intensa agitación de los kulaks por la matanza del ganado, agitación que halló terreno favorable en los años de la reorganización, se refleja en el cuadro precedente.

Se desprende de este cuadro, además, que el descenso del número de cabezas de ganado comenzó el primer año de la reorganización (1930) y siguió hasta 1933. El nivel más bajo fué alcanzado en los tres primeros años; y en 1933, año siguiente, al final del período de reorganización, cuando los cultivos de granos comenzaron a ascender, las proporciones del descenso del número de cabezas de ganado llegaron al mínimo.

Por último, de este cuadro se desprende que la cría de ganado por-

cino ha iniciado ya un proceso inverso, advirtiéndose en 1933 síntomas de un ascenso directo.

Esto significa que el año 1934 puede y debe ser un año de viraje en toda la economía ganadera.

¿Cómo se ha desarrollado la colectivización de las economías campesinas en el período comprendido en este informe?

Veamos:

LA COLECTIVIZACION

	1929	1930	1931	1932	1933
Número de koljoses (en millares) . .	57,0	85,9	211,1	211,05	224,5
Número de explotaciones en los koljoses (en millones)	1,0	6,0	13,0	14,9	15,2
Tanto por ciento de la colectivización de las economías campesinas .	3,9	23,6	52,7	61,5	65,0

¿Y cuál ha sido el movimiento de la superficie de siembra de granos, por sectores?

He aquí el cuadro:

SUPERFICIE DE SIEMBRA DE GRANOS POR SECTORES

Sectores	En millones de hectáreas					Porcentajes en relación con la superficie del año 1933
	1929	1930	1931	1932	1933	
1. Sovjoses	1,5	2,9	8,1	9,3	10,8	10,6
2. Koljoses	3,4	29,7	61,0	69,1	75,0	73,9
3. Campesinos individuales	91,1	69,2	35,3	21,3	15,7	15,5
Total de la superficie de siembra en la U.R.S.S.	96,0	101,8	104,4	99,7	101,5	100,0

¿Qué testimonian estos cuadros?

Testimonian que el período de reorganización de la agricultura, durante el cual el número de koljoses y la cantidad de sus miembros crece con ritmos impetuosos, está ya terminado, terminó ya en 1932.

Por lo tanto, el proceso siguiente de la colectivización representa un proceso de paulatina absorción y reeducación, por los koljoses, de las economías campesinas individuales restantes.

Esto significa que los koljoses han triunfado definitiva e irrevocablemente. *(Tempestuosos y prolongados aplausos.)*

Testimonian también que entre los koljoses y sovjoses poseen el 84,5 por 100 de toda la superficie de siembra de granos en la U.R.S.S.

Esto significa que los koljoses y sovjoses en su conjunto se han convertido en una fuerza tal, que decide el destino de toda la economía agrícola y de todas sus ramas.

Atestigua también que el 65 por 100 de las economías campesinas reunidas en los koljoses poseen el 73,9 por 100 de toda la superficie de siembra de grano, mientras que toda la masa restante de las economías campesinas individuales, que constituyen el 35 por 100 de la población campesina, poseen tan sólo el 15,5 por 100 de toda la superficie de siembra de grano.

Si agregamos a esto el hecho de que los koljoses han entregado al Estado en 1933, por todos los conceptos de ingresos, más de 1.000 millones de puds de cereales, y los campesinos individuales, que han realizado el plan en un 100 por 100, no han entregado más que unos 130 millones, mientras en 1929-30 los campesinos individuales entregaron al Estado cerca de 780 millones de puds y los koljoses no entregaron más que 120 millones de puds, se verá con claridad meridiana que los koljoses y los campesinos individuales han cambiado por completo sus papeles en el período de que tratamos, tranformándose los koljoses en la fuerza predominante de la agricultura, y los campesinos individuales en una fuerza secundaria, obligada a subordinarse y adaptarse al régimen koljosiano.

Es necesario reconocer que los trabajadores campesinos, nuestros campesinos soviéticos, se han colocado definitiva y firmemente bajo la bandera roja del socialismo. *(Aplausos prolongados.)*

Las comadres socialrevolucionarias, mencheviques y burguesas-trotskistas pueden seguir cacareando que el campesino es contrarrevolucionario por naturaleza, que está llamado a restaurar el capitalismo en la U.R.S.S., que no puede ser un aliado de la clase obrera en la obra de la construcción del socialismo, que en la U.R.S.S. es imposible construir el socialismo. Los hechos dicen que estos señores calumnian a la U.R.S.S. y a los campesinos soviéticos. Los hechos dicen que nuestros campesinos soviéticos han soltado definitivamente las amarras de las costas del capitalismo y, aliados con la clase obrera, han puesto la proa hacia el socialismo. Los hechos dicen que hemos construído ya las bases de la sociedad socialista en la U.R.S.S. y no nos resta más que coronarlas de las varias superestructuras, obra indudablemente mucho más fácil que la construcción de las bases de la sociedad socialista.

La fuerza de los koljoses y sovjoses no se circunscribe, sin embargo, al crecimiento de las superficies de siembra y de su producción. Se refleja asimismo en el aumento del número de sus tractores, en el crecimiento de su mecanización. Es indudable que, en este sentido, nuestros koljoses y sovjoses han dado un gran paso.

He aquí el cuadro correspondiente:

EXISTENCIA DE TRACTORES EN LA AGRICULTURA DE LA U.R.S.S.
(teniendo en cuenta la amortización)

	En millares de unidades					Potencia en millares de HP				
	1929	1930	1931	1932	1933	1929	1930	1931	1932	1933
Total de tractores . .	34,9	72,1	125,3	148,5	204,1	391,4	1.003,5	1.850,0	2.225,0	3.100,0
Incluyendo:										
a) en las estaciones de máquinas y tractores	2,4	31,1	63,3	74,8	122,3	23,9	372,5	848,0	1.077,0	1.782,0
b) en los sovjoses de toda índole .	9,7	27,7	51,5	64,0	81,8	123,4	483,1	892,0	1.043,0	1.318,0

Por consiguiente, tenemos 204.000 tractores y 3.100.000 HP en los koljoses y sovjoses. Como veis, no es una fuerza despreciable; es capaz de extirpar todas y cada una de las raíces del capitalismo en el campo. Fuerza que supera en dos veces la cantidad de tractores de que habló en su tiempo Lenin como de una lejana perspectiva.

Por lo que se refiere a la existencia de máquinas agrícolas en las estaciones de máquinas y tractores y en los sovjoses del Comisariado del Pueblo de los Sovjoses, los datos figuran en los siguientes cuadros:

EN LAS ESTACIONES DE MAQUINAS Y TRACTORES

	1930	1931	1932	1933
Segadoras-trilladoras (en millares).	7 piezas	0,1	2,2	11,5
Motores y locomóviles (en millares)	0,1	4,9	6,2	17,6
Trilladoras complicadas y semicomplicadas (en millares) . . .	2,9	27,8	37,0	50,0
Instalaciones eléctricas para la trilla	168	268	551	1.283
Cantidad de talleres de reparación en las estaciones de máquinas y tractores . .	104	770	1.220	1.933
Camiones (en millares) . .	0,2	1,0	6,0	13,5
Automóviles (unidades) .	17	191	245	2.800

EN LOS SOVJOSES DEL COMISARIADO DEL PUEBLO DE LOS SOVJOSES

	1930	1931	1932	1933
Segadoras-trilladoras (en millares)	1,7	6,3	11,9	13,5
Motores y locomóviles (en millares)	0,3	0,7	1,2	2,5
Trilladoras complicadas y semicomplicadas (en millares)	1,4	4,2	7,1	8,0
Instalaciones eléctricas	42	112	164	222
Talleres de reparaciones:				
a) de reparación completa	72	133	208	302
b) de reparación media	75	160	215	476
c) de reparación corriente	205	310	578	1.166
Camiones (en millares)	2,1	3,7	6,2	10,9
Automóviles (unidades)	118	385	625	1.890

Creo que estos datos no necesitan explicaciones.

La formación de secciones políticas en las estaciones de máquinas y tractores y en los sovjoses y el suministro a la economía agrícola de personal de administración calificado, ha tenido no poca importancia en la elevación de la agricultura. Ahora todos reconocen que la actividad de las secciones políticas ha desempeñado un enorme papel en el mejoramiento del trabajo de los koljoses y sovjoses. Es sabido que en el período que estudiamos el Comité Central del Partido envió al campo, para reforzar los cuadros de la economía agrícola, más de 23.000 comunistas, de los cuales más de 3.000 fueron a trabajar a los Departamentos agrícolas, más de 2.000 a los sovjoses, más de 13.000 a las secciones políticas de las estaciones de máquinas y tractores y más de 5.000 a las secciones políticas de los sovjoses.

Lo mismo puede decirse del suministro a los koljoses y sovjoses de nuevas fuerzas de ingenieros, técnicos y agrónomos. Todos sabéis que en este período se han enviado a la agricultura más de 111.000 de aquellos profesionales.

Además, se prepararon más de 1.900.000 tractoristas, conductores de segadoras-trilladoras y chóferes, que se enviaron solamente a las empresas agrícolas que forman parte del sistema del Comisariado del Pueblo de la Agricultura.

Se prepararon y capacitaron en el mismo período más de 1.600.000 personas, entre presidentes y miembros de los consejos directivos de los koljoses, jefes de brigadas para el cultivo de la tierra y para la ganadería y contables.

Esto es poco, naturalmente, para nuestra economía agrícola; pero, sin embargo, es algo.

Como veis, el Estado ha hecho todo lo posible para aliviar el trabajo de los órganos de los Comisariados del Pueblo de la Agricultura y de los Sovjoses, en lo que respecta a la dirección de la construcción koljosiana y sovjosiana.

¿Es que se puede decir que han sido aprovechadas debidamente estas posibilidades?

Desgraciadamente, no.

En primer lugar, por el hecho de que estos Comisariados del Pueblo están contaminados, en mayor escala que los demás, de la enfermedad de tratar los asuntos de una manera burocrática. Resuelven los asuntos, pero no piensan en controlar el cumplimiento de sus decisiones, en llamar al orden a los que infringen las directivas y las disposiciones de los órganos dirigentes, en ascender a los que honrada y escrupulosamente cumplen con sus obligaciones.

La existencia del enorme número de máquinas y tractores debería, al parecer, obligar a los órganos agrarios a mantener en orden esta valiosa maquinaria, repararla a tiempo, aprovecharla en el trabajo en una forma más o menos pasable. ¿Qué hacen a este respecto? Desgraciadamente, muy poco. La conservación de los tractores y de las máquinas es poco satisfactoria. La reparación tampoco lo es más, ya que todavía no quieren comprender que la reparación básica es la ligera y media y no la reparación completa. En lo que se refiere a la utilización de los tractores y de las máquinas, el estado insatisfactorio de esta cuestión es hasta tal punto claro y notorio, que no necesita pruebas.

Una de las tareas fundamentales de la economía agrícola es la implantación de rotaciones acertadas de cultivos, la ampliación de los barbechos puros, el mejoramiento de las semillas en todas las ramas de la agricultura. ¿Qué se hace en este aspecto? Desgraciadamente, muy poco por el momento. En lo que se refiere a las semillas de cereales y algodón, el asunto está tan embrollado, que tardaremos mucho tiempo en desenredarlo.

Uno de los medios más efectivos de elevar el rendimiento de las cosechas de los cultivos técnicos es proveerlas de abonos. ¿Qué es lo que se hace a este propósito? Por el momento, bien poco. Hay abonos, pero los órganos del Comisariado del Pueblo de la Agricultura no saben hacerse cargo de ellos y, una vez recibidos, no se preocupan de que lleguen a tiempo a los lugares debidos y sean aprovechados racionalmente.

En lo que respecta a los sovjoses, debe decirse que no están todavía a la altura de sus tareas. Estoy lejos de menospreciar la gran significación revolucionaria de nuestros sovjoses. Pero si comparamos las enormes inversiones del Estado en los sovjoses, con los actuales resultados efectivos de su labor, hay una enorme desproporción en desventaja de los sovjoses. La causa principal de esta desproporción es la circunstancia de que nuestros sovjoses de granos son demasiado grandes, los di-

rectores no son capaces de dirigir sovjoses muy grandes, los sovjoses mismos están demasiado especializados, carecen de normas para la rotación de las siembras y para los barbechos, no tienen en su composición elementos de ganadería. Es necesario, por lo tanto, subdividir los sovjoses y liquidar su excesiva especialización. Se podría creer que el Comisariado del Pueblo de los Sovjoses ha planteado oportunamente esta cuestión y ha logrado resolverla. Pero esto no es cierto. La cuestión fué planteada y resuelta por iniciativa de gente que nada tiene que ver con el Comisariado del Pueblo de los Sovjoses.

Por último, la cuestión de la ganadería. Ya he hablado de la penosa situación de la ganadería. Se podría creer que nuestros órganos agrarios manifiestan una actividad febril en lo que respecta a la liquidación de la crisis de la ganadería, que dan la voz de alarma, movilizan especialistas y abordan el problema de la ganadería. Desgraciadamente, nada de eso ha sucedido, ni sucede. No sólo no dan la voz de alarma con motivo de la grave situación de la ganadería, sino que, al contrario, tratan de disimular la cuestión y a veces incluso intentan en sus informes ocultar a la opinión pública del país la verdadera situación de la ganadería, lo que es absolutamente intolerable en los bolcheviques. Confiar después de esto en que los órganos agrarios sabrán llevar al buen camino y elevar a la debida altura la ganadería, significa construir sobre arena. Todo el Partido, todos nuestros activistas del Partido y los sin partido deben tomar en sus manos el asunto de la ganadería, teniendo en cuenta que este problema es ahora tan primordial como lo era ayer el problema de los granos, ya solucionado con éxito. No hay necesidad de demostrar que los hombres soviéticos, que han arrollado más de un serio obstáculo en su camino, sabrán vencer también este. *(Aplausos atronadores.)*

Tal es la breve enumeración, que está muy lejos de ser completa, de los defectos que deben ser liquidados y de la serie de problemas que deben ser solucionados en el futuro más próximo.

Pero el asunto no se agota con esto. Hay también otros problemas en la economía agrícola, de los cuales habría que decir unas cuantas palabras.

Ante todo, se debe tener en cuenta que la vieja división de nuestras regiones en industriales y agrarias ha caducado. Ya no tenemos regiones exclusivamente agrarias, que abastecían de trigo, carne y legumbres a las regiones industriales. Ni tenemos tampoco regiones exclusivamente industriales, que puedan contar con obtener de fuera, de otras regiones, todos los productos necesarios. El desarrollo conduce a que todas las regiones se transformen en más o menos industriales, y cuanto más tiempo pase en mayor escala se industrializan. Esto significa que Ucrania, el Cáucaso Septentrional, la región central de las Tierras Negras y otras antiguas regiones agrarias, ya no pueden enviar a los centros industriales tantos productos como servían anteriormente, puesto que se ven obligadas a alimentar a sus propias ciudades y a sus propios obreros,

cuyo número sigue aumentando. Pero de esto se desprende que cada región debe implantar su propia base agropecuaria, con el fin de tener sus legumbres, sus patatas, su manteca, su leche, y en un grado mayor o menor, su propio pan, su propia carne, si no quiere encontrarse en una situación difícil. Ya sabéis que esta empresa es absolutamente realizable y que ya se está llevando a cabo.

La tarea consiste en realizar esta obra hasta el fin, cueste lo que cueste.

Es necesario, además, prestar atención al hecho de que la división de nuestras regiones en consumidoras y productoras empieza también a perder su carácter exclusivo. Regiones «consumidoras» como las de Moscú y Gorki han entregado este año al Estado cerca de 80.000.000 de puds de trigo. Esto, naturalmente, no es una bagatela. En la llamada zona consumidora, hay cerca de 5.000.000 de hectáreas de tierras vírgenes, cubiertas de malezas. Es sabido que el clima de esta zona no es malo, las lluvias son abundantes, no suele haber sequía. Si se limpiase de malezas estas tierras y se llevase a cabo una serie de medidas de organización, se podría obtener una enorme región para el cultivo de granos, susceptible de proporcionar, con grandes cosechas habituales en estos lugares, excedentes de grano para el mercado no menores de los que proporciona actualmente el Bajo Volga o el Volga Central. Esto sería una gran ayuda para los centros industriales del Norte.

Es evidente que la tarea consiste en formar en las regiones de la zona consumidora un gran macizo de cultivos de granos.

Por último, la cuestión de la lucha contra la sequía en las regiones del Este del Volga. El fomento de bosques y de zonas de protección de la vegetación forestal, en las regiones del Este del Volga, tiene una enorme importancia. Como es sabido, esta obra ya se está llevando a cabo, por más que no se puede decir que se realice con la suficiente intensidad. En lo que respecta a la irrigación de las regiones del Este del Volga—y esto es lo principal desde el punto de vista de la lucha contra la sequía—, no se puede permitir que este asunto se aplace hasta las calendas griegas. Es cierto que esta obra se vió dificultada por determinadas circunstancias exteriores, que han distraído muchísimas fuerzas y recursos. Pero ya no hay motivo para seguir aplazándola. No podemos prescindir de una base de producción de trigo en el Volga, una base seria y absolutamente estable, libre de las contingencias del tiempo, base que pueda proporcionar anualmente unos 200.000.000 de puds de excedente mercantil de granos. Esto es absolutamente necesario, si se tiene en cuenta, por una parte, el crecimiento de las ciudades del Volga, y por otra, toda clase de posibles complicaciones en el campo de las relaciones internacionales.

La tarea consiste en acometer la importante labor de organizar la obra de irrigación en las regiones del Este del Volga. *(Aplausos.)*

3. El mejoramiento de las condiciones materiales y la elevación cultural de los trabajadores

Hemos descrito a grandes rasgos la situación de nuestra industria y de la agricultura, su desarrollo durante el período de que tratamos, su estado en el momento actual.

En resumen tenemos:

a) Un potente ascenso de la producción, tanto en el terreno de la industria como en el de las ramas fundamentales de la agricultura.

b) La victoria definitiva, apoyada en este ascenso, del sistema socialista de economía sobre el sistema capitalista, tanto en la industria como en la agricultura; la transformación del sistema socialista en único sistema de toda la economía nacional; el desplazamiento de los elementos capitalistas de todas las esferas de la economía nacional.

c) El abandono definitivo de la pequeña economía individual mercantil, por la enorme mayoría de los campesinos individuales; su unificación en economías colectivas sobre la base del trabajo colectivo y de la propiedad colectiva de los medios de producción; el triunfo completo de la economía colectiva, sobre la pequeña economía mercantil individual.

d) El creciente proceso de extensión de los koljoses, a expensas de las economías campesinas individuales, cuya cantidad desciende de mes en mes y se transforma, en el fondo, en fuerza auxiliar de los koljoses y sovjoses.

Claro es que este histórico triunfo sobre los explotadores no ha podido dejar de conducir a mejoras radicales en la situación material y en toda la vida de los trabajadores.

La liquidación de las clases parasitarias ha conducido a la desaparición de la explotación del hombre por el hombre. El trabajo del obrero y del campesino ha sido libertado de la explotación. Los beneficios que los explotadores extraían del trabajo del pueblo quedan actualmente en manos de los trabajadores y son en parte utilizados para ampliar la producción y para incorporar a ellos nuevos contingentes de trabajadores, y en parte, para elevar directamente los ingresos de los obreros y campesinos.

Ha desaparecido la desocupación, ese azote de la clase obrera. Si en los países burgueses millones de parados sufren penurias y miseria por falta de trabajo, entre nosotros no hay ya obreros que no tengan ocupación y remuneración por su trabajo.

Con la desaparición de la expoliación de que los kulaks hacían objeto a los campesinos, ha desaparecido la miseria en el campo. Cualquier campesino, koljosiano o individual, tiene ahora la posibilidad de vivir una vida humana, si quiere trabajar honradamente y no holgazanear, no vagabundear ni robar los bienes de los koljoses.

La supresión de la explotación, del paro forzoso en la ciudad, de la

miseria en el campo, significan tal progreso histórico en la situación material de los trabajadores, como no lo pueden siquiera soñar los obreros y los campesinos de los países burgueses más «democráticos».

Se ha modificado la fisonomía de nuestras grandes ciudades y de los centros industriales. Un rasgo inevitable de las grandes ciudades de los países burgueses son los tugurios, las llamadas barriadas obreras en los suburbios de las ciudades, que forman un montón de casuchas oscuras, húmedas, en su mayor parte sótanos, semiderruídas, donde, por lo común, se alberga la gente indigente que hormiguea en el fango maldiciendo su destino. La revolución en la U.R.S.S. ha conseguido que estas pocilgas hayan desaparecido para siempre. Han sido sustituídas por hermosas barriadas obreras recién construídas, llenas de luz y de aire, que en muchos casos tienen mejor aspecto que los centros de las ciudades.

El aspecto del campo se ha modificado mucho más aún. La vieja aldea, con su iglesia en el lugar más prominente; con las mejores casas para el comisario de policía, el pope y el kulak, en primer plano, y con sus isbas semidestruídas para los campesinos, en el último plano, comienza a desaparecer. En su lugar se alza la nueva aldea con sus edificios públicos y administrativos, con su club, radio, cinema, escuelas, bibliotecas y casas-cuna; con sus tractores, segadoras-trilladoras, trilladoras, automóviles. Han desaparecido las viejas figuras distinguidas del kulak explotador, del usurero sanguijuela, del comerciante especulador, del pope-policía. Ahora la gente más distinguida son los activistas de los koljoses y sovjoses, de las escuelas y de los clubs, los tractoristas, los conductores de las segadoras-trilladoras, los jefes de brigada de la agricultura y de la ganadería, los mejores trabajadores de choque, hombres y mujeres de los campos koljosianos.

Desaparece el contraste entre la ciudad y el campo. La ciudad deja de ser a los ojos de los campesinos el centro de su explotación. Se hacen cada vez más fuertes los hilos de la alianza económica y cultural entre el campo y la ciudad. El campo recibe actualmente ayuda de la ciudad y de su industria: tractores, máquinas agrícolas, automóviles, hombres, recursos. Incluso el campo mismo tiene ahora su propia industria, como las estaciones de máquinas y tractores, los talleres de reparación, toda clase de empresas industriales de los koljoses, las pequeñas centrales eléctricas, etc. El abismo cultural entre la ciudad y el campo se está allanando.

Estos son los éxitos fundamentales de los trabajadores en el dominio del mejoramiento de sus condiciones materiales, del nivel de su vida, de la cultura.

Sobre la base de estos éxitos, durante el período de que tratamos, tenemos:

a) El crecimiento de los ingresos nacionales, de 35.000 millones, en 1930, a 50.000 millones en 1933, y que casi todos los ingresos nacionales se distribuyan entre los obreros y empleados, los trabajadores cam-

pesinos, las cooperativas y el Estado, ya que la parte de los elementos capitalistas, entre ellos los concesionarios, constituye en la actualidad menos del medio por 100.

b) El crecimiento de la población de la Unión Soviética, de 160 millones y medio de habitantes, a fines de 1930, a 168 millones a fines de 1933.

c) El crecimiento numérico de los obreros y empleados de 14.530.000, en 1930, a 21.883.000 en 1933. El número de obreros manuales se ha elevado en este período de 9.489.000 a 13.797.000; los obreros de la gran industria, incluyendo los obreros del transporte, han pasado de 5.079.000 a 6.882.000; el número de obreros agrícolas, de 1.426.000 a 2.519.000, y el número de obreros y empleados ocupados en el comercio, de 814.000 a 1.497.000.

d) El fondo de los salarios de los obreros y empleados ha pasado, de 13.597 millones de rublos, en 1930, a la suma de 34.280 millones de rublos en 1933.

e) El aumento del salario (promedio anual) de los obreros de la industria, de 991 rublos, en 1930, a 1.519 en 1933.

f) El aumento del fondo del seguro social de los obreros y empleados, de 1.810 millones de rublos, en 1930, a 4.610 millones de rublos en 1933.

g) La implantación de la jornada de 7 horas en toda la industria fabril.

h) La ayuda del Estado a los campesinos, organizando para ellos 2.860 estaciones de máquinas y tractores, e invirtiendo en esta obra 2.000 millones de rublos.

i) La ayuda del Estado a los campesinos en forma de créditos a los koljoses por la suma de 1.600 millones de rublos.

j) La ayuda del Estado a los campesinos en forma de préstamos de semillas y de víveres por la suma de 262 millones de puds de granos.

k) La ayuda del Estado a los campesinos pobres en forma de facilidades en los impuestos y en el seguro, por la suma de 370 millones de rublos.

En cuanto al desarrollo cultural del país, tenemos:

a) La implantación en toda la U.R.S.S. de la instrucción primaria general obligatoria y la elevación del porcentaje de las personas que saben leer, del 67 por 100, a fines de 1930, al 90 por 100 a fines de 1933.

b) El aumento del número de alumnos de las escuelas de todos los grados de 14.358.000, en 1929, a 26.419.000 en 1933; el número de alumnos de instrucción *primaria* ha pasado de 11.697.000 a 19.163.000; de instrucción *secundaria*, de 2.453.000 a 6.674.000 alumnos, y de enseñanza *superior* de 207.000 a 491.000.

c) El aumento del número de niños de instrucción preescolar, de 838.000, en 1929, a 5.917.000 en 1933.

d) El aumento del número de instituciones de enseñanza superior, comunes y especiales, de 91 unidades, en 1914, a 600 en 1933.

e) El aumento del número de institutos de investigación científica, de 400 unidades, en 1929, a 840 en 1933.

f) El aumento del número de instituciones del tipo de club, de 32.000, en 1929, a 54.000 en 1933.

g) El número de cinematógrafos, de instalaciones de cine en los clubs y de cinemas ambulantes ha pasado de 9.800 unidades, en 1929, a 29.200 en 1933.

h) La tirada diaria de los periódicos pasó de 12.500.000, en 1929, a 36.500.000 en 1933.

No estaría de más, quizá, señalar que la proporción de obreros entre los estudiantes de las instituciones de enseñanza superior constituye el 51,4 por 100 y el de trabajadores campesinos el del 16,5 por 100, mientras que en Alemania, por ejemplo, la proporción de obreros que estudian en las instituciones de enseñanza superior constituía, en el año escolar de 1932-33, apenas el 3,2 por 100, y el de los pequeños campesinos, apenas el 2,4 por 100.

Es necesario señalar como un hecho feliz, como un síntoma del crecimiento de la cultura en el campo, el aumento de la actividad de las mujeres koljosianas en el trabajo social y de organización. Como es sabido, las mujeres koljosianas que ocupan actualmente cargos de presidentes de koljoses llegan al número de 6.000; más de 60.000 son miembros de los consejos de administración de los koljoses; 28.000 son jefes de brigada; 100.000, dirigentes de grupos; 9.000, administradoras de granjas koljosianas; 7.000, conductoras de tractores. Ni que decir tiene que estos datos no son completos. Pero así y todo, hablan con suficiente claridad del enorme crecimiento de la cultura en el campo. Esto, camaradas, tiene una importancia inmensa. Tiene un valor inmenso, porque las mujeres constituyen en nuestro país la mitad de la población; forman un enorme ejército del trabajo y están llamadas a educar a nuestros hijos, nuestra futura generación, es decir, nuestro porvenir. ¡He aquí por qué no podemos admitir que este enorme ejército de trabajadores vegete en la oscuridad y en la ignorancia! He aquí por qué debemos saludar la creciente actividad social de las mujeres trabajadoras y su promoción a los puestos directivos, como un síntoma indiscutible de la elevación de nuestra cultura. *(Aplausos prolongados.)*

Por último, es necesario señalar otro hecho, pero de carácter negativo. Me refiero al fenómeno intolerable de que las «facultades» de pedagogía y de medicina estén todavía relegadas al último plano. Es un gran defecto que linda con la violación de los intereses del Estado. Hay que acabar absolutamente con esta situación. Y cuanto antes, mejor.

4. El ascenso de la circulación de mercancías y el transporte

Tenemos, pues:

a) Aumento de la producción industrial, incluso de la producción de artículos de gran consumo.

b) Aumento de la producción de la agricultura.

c) El crecimiento de las necesidades y de la demanda de productos y artículos por parte de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo.

¿Qué más se necesita para ligar estas condiciones y asegurar a toda la masa de consumidores la obtención de las mercancías y los productos necesarios?

Algunos camaradas creen que basta con que existan estas condiciones, para que la vida económica del país brote como un manantial. Es un profundo error. Puede darse el caso de que existan todas esas condiciones, pero si la mercancía no llega al consumidor, la vida económica no sólo no brotará como un manantial, sino que, al contrario, se desorganizará hasta en su base. Hay que comprender, por fin, que las mercancías se producen, no por producirlas, sino para el consumo. Ha habido casos en los que, aun teniendo bastantes mercancías y productos, no sólo no llegaban al consumidor, sino que seguían paseando años enteros en las intrincadas callejuelas burocráticas de la llamada red distribuidora de mercancías, sin llegar al consumidor. Es evidente que, en estas condiciones, la industria y la agricultura perdían todo estímulo para la ampliación de la producción y se acumulaban las mercancías en la red distribuidora, mientras los obreros y los campesinos se quedaban sin ellas. Esto tuvo por resultado la desorganización de la vida económica del país, a pesar de la existencia de mercancías y de productos. Para que la vida económica brote como un manantial y a fin de que la industria y la economía agrícola tengan un estímulo para el crecimiento de su producción, es necesaria una condición más, a saber: una amplia *circulación de mercancías* entre la ciudad y el campo, entre los distritos y las regiones del país, entre las distintas ramas de la economía nacional. Es necesario que el país se cubra de una amplia red de bases comerciales, de tiendas, de almacenes. Es necesario que las mercancías circulen constantemente por los canales de estas bases, de las tiendas, de los almacenes, desde los lugares de su producción hasta el consumidor. Es necesario que se incorporen a esta obra tanto la red comercial del Estado como la red comercial cooperativa, la industria local, los koljoses y los campesinos individuales.

Esto es lo que llamamos *comercio soviético* en toda su amplitud, comercio *sin* capitalistas, comercio *sin* especuladores.

Como veis, el desarrollo del comercio soviético es una tarea actualísima, sin cuya solución es imposible seguir adelante.

Y sin embargo, a pesar de la absoluta evidencia de esta verdad, el

Partido tuvo que vencer en este período toda una serie de obstáculos en el camino del desenvolvimiento del comercio soviético, lo que podríamos formular en pocas palabras, como resultado del desequilibrio mental de algunos comunistas, en lo que respecta a la necesidad e importancia del comercio soviético.

Comencemos por el hecho de que en algunos comunistas sigue reinando una actitud altanera, desdeñosa frente al comercio en general y al comercio soviético en particular. Estos comunistas, y perdonad que les llame así, consideran el comercio soviético como un asunto secundario, sin valor alguno, y a los que trabajan en él como gente que no tiene salvación. Esta gente no comprende, por lo visto, que con su actitud altanera frente al comercio soviético no expresan concepciones bolcheviques, sino más bien las de aristócratas arruinados con gran ambición, pero sin recursos. *(Aplausos.)* Esta gente no comprende que el comercio soviético es nuestra propia obra, bolchevique, y que los que en él trabajan, incluso los dependientes, si trabajan honradamente, son el vehículo de nuestra obra revolucionaria bolchevique. *(Aplausos.)* Claro es que el Partido tuvo que maltratar un poquito a estos comunistas (perdonad la expresión), y arrojar a la basura sus prejuicios hidalgos. *(Aplausos prolongados.)*

Luego hubo que vencer prejuicios de otra índole. Me refiero a las charlatanerías izquierdistas, muy en boga entre una parte de nuestros funcionarios, de que el comercio soviético es una fase ya superada, que tenemos que organizar un cambio directo de productos, que el dinero será pronto abolido, puesto que se ha convertido ya en simple signo de contabilidad; que no hay para qué desarrollar el comercio, toda vez que estamos en vísperas del cambio directo de productos. Es necesario señalar que estas charlas izquierdistas-pequeñoburguesas, que hacen el juego a los elementos capitalistas, que tienden a malograr el desenvolvimiento del comercio soviético, están en boga no sólo entre una parte de los profesores rojos, sino también entre algunos que trabajan en el comercio. Es, naturalmente, ridículo y divertido que esta gente, incapaz de organizar el asunto más sencillo del comercio soviético, hable de su capacidad de organizar un asunto mucho más complejo y difícil como es el cambio directo de productos. Pero los Quijotes se llaman precisamente Quijotes por carecer del más elemental sentido de la realidad. Esta gente, tan distante del marxismo como el cielo de la tierra, no comprende, por lo visto, que el dinero subsistirá todavía mucho tiempo, incluso hasta la terminación de la primera fase del comunismo, es decir, la fase socialista del desarrollo. No comprenden que el dinero es un instrumento de la economía burguesa, del cual el Poder Soviético se ha adueñado, adaptándolo a los intereses del socialismo, para desarrollar en toda su amplitud el comercio soviético y preparar con ello las condiciones para el cambio directo de productos. No entienden que el cambio de productos no puede sustituir al actual sistema sino como resultado

de un comercio soviético perfectamente organizado, cosa que en la actualidad no tenemos ni remotamente y que aún tardaremos en tener. Se entiende que el Partido, al tender a organizar un amplio comercio soviético, consideró necesario asestar unos golpes a estos monstruos «izquierdistas» y lanzar al viento sus charlas pequeñoburguesas.

Luego hubo que vencer las malas costumbres de los que trabajan en el comercio, en lo que se refiere a la distribución mecánica de las mercancías; hubo que liquidar la indiferencia que se observa frente a la demanda de surtido de mercancía y frente a las exigencias de los consumidores y liquidar el despacho mecánico de mercancías, la falta de responsabilidad personal en el comercio. Con este fin, se han abierto bases comerciales regionales y de distrito, se han abierto decenas de millares de nuevos comercios y tiendas.

Hubo que liquidar luego la situación monopolista de las cooperativas en el mercado, para lo cual se obligó a todos los Comisariados del Pueblo a iniciar el comercio con mercancías propias, y al Comisariado del Pueblo de Abastecimiento, a desarrollar un amplio comercio de productos agropecuarios. Esto nos llevó, de una parte, como resultado de la emulación, a mejorar el comercio en las cooperativas, y de otra, a la reducción de los precios en el mercado, al saneamiento del mercado.

Hemos desarrollado una amplia red de comedores con productos a precios reducidos («alimentación pública»), hemos organizado secciones de abastecimiento obrero («O.R.S.») anejas a las fábricas y talleres, desligando del abastecimiento fabril a los elementos que no tienen nada que ver con la fábrica, lo que sólo en el sistema del Comisariado del Pueblo de la Industria pesada afectó a no menos de 500.000 elementos extraños.

Hemos organizado un Banco central único de créditos a corto plazo, el Banco del Estado, con 2.200 sucursales de distrito, capaces de financiar las operaciones comerciales.

Como resultado de estas medidas tenemos durante el período de que rendimos cuenta:

a) Un aumento de la red de comercios y tiendas de 184.662, en 1930, a 277.974 en 1933.

b) Una nueva red de bases comerciales regionales, que llega a la cifra de 1.011 unidades, y de bases comerciales de distrito en número de 864.

c) Una nueva red de 1.600 secciones de abastecimiento obrero («O.R.S.»).

d) Un aumento de la red de establecimientos del Estado para la venta no racionada de pan, red que actualmente abarca 330 ciudades.

e) Un aumento de los comedores públicos, capaces hoy para 19.800.000 consumidores.

f) Un aumento de la circulación de mercancías por vía estatal y

cooperativa, incluyendo los comedores públicos, de 18.900 millones de rublos, en 1930, a 49.000 millones de rublos en 1933.

Sería erróneo pensar que todo este desarrollo del comercio soviético basta para satisfacer la demanda de nuestra economía. Al contrario, ahora se ve más claro que nunca que el actual estado de la circulación de mercancías no puede satisfacer nuestras demandas. Por eso, nuestra tarea consiste en seguir desarrollando el comercio soviético, en atraer a esta obra a la industria local, en fortalecer el comercio koljosiano campesino y en lograr nuevos éxitos decisivos en el ascenso del comercio soviético.

Es necesario señalar, sin embargo, que el asunto no puede circunscribirse sólo al desenvolvimiento del comercio soviético. Si el desarrollo de nuestra economía está relacionado con el desarrollo de la circulación de mercancías, con el desarrollo del comercio soviético, el desarrollo del comercio soviético depende a su vez del desarrollo de nuestro transporte, tanto ferroviario y fluvial como automovilístico. Puede darse el caso de que haya mercancías, o de que exista la plena posibilidad de desarrollar la circulación de mercancías, pero en cambio el transporte quede rezagado con respecto a dicha circulación y se niegue a transportar cargas. Como es sabido, así suele suceder muy a menudo. Por eso, el transporte es el punto débil en el que podemos tropezar, y en el que tal vez comienza a tropezar ya toda nuestra economía y ante todo nuestra circulación de mercancías.

Es cierto que los transportes ferroviarios han aumentado su circulación de 133.900 millones de kilómetros-toneladas, en 1930, a 172.000 millones en 1933. Pero esto es poco, demasiado poco para nosotros, para nuestra economía.

El transporte fluvial y marítimo ha aumentado su circulación de 45.600 millones de kilómetros-toneladas, en 1930, a 59.900 millones en 1933. Pero esto es poco, demasiado poco para nuestra economía.

Y no hablo del transporte automovilístico, cuyo parque ha aumentado de 8.800 camiones y automóviles, en 1913, a 117.800 a fines de 1933. Esto es tan poco para nuestra economía nacional, que da vergüenza hablar de ello.

No cabe duda de que todas estas formas de transporte podrían trabajar mucho mejor, si los órganos correspondientes no adolecieran de la célebre enfermedad que se llama método burocrático de dirección. Por eso, además de ser necesario ayudar a los transportes con hombres y recursos, tenemos que extirpar la actitud burocrática de los órganos del transporte y hacerlos más ágiles.

Camaradas: Hemos logrado que los principales problemas de la industria hayan sido solucionados con acierto y que la industria esté ahora asentada sobre bases firmes. Hemos logrado que los principales problemas de la agricultura hayan sido solucionados con acierto y que la economía agrícola—lo podemos decir abiertamente—esté también asentada sobre una base firme. Pero podemos echar a perder estos éxitos, si

nuestra circulación de mercancías comienza a cojear y el transporte se nos convierte en una carga pesada que nos impida avanzar. Por eso, el desarrollo de la circulación de mercancías y el mejoramiento decisivo de los transportes es la tarea inmediata más actual, sin cuya solución no podemos seguir adelante.

III

EL PARTIDO

Paso a la cuestión del Partido.

El presente Congreso se realiza bajo la bandera de la victoria completa del leninismo, de la liquidación de los restos de los grupos antileninistas.

El grupo antileninista de los trotskistas está derrotado y disperso. Sus organizadores se arrastran ahora por el extranjero ofreciendo sus servicios a los partidos burgueses.

El grupo antileninista de los desviacionistas de derecha está derrotado y disperso. Sus organizadores han renegado hace ya mucho tiempo de sus concepciones y se esfuerzan ahora por todos los medios por reparar sus faltas ante el Partido.

Están derrotados y dispersos los grupos que manifestaban desviaciones nacionalistas. Sus organizadores se han unido definitivamente a la emigración intervencionista o han pedido perdón.

La mayoría de los partidarios de estos grupos contrarrevolucionarios se vió obligada a reconocer el acierto de la línea del Partido y a capitular ante el Partido.

Si en el XV Congreso tuvimos todavía necesidad de demostrar el acierto de la línea del Partido y de luchar contra determinados grupos antileninistas, y en el XVI Congreso hubo que acabar con los últimos adeptos de estos grupos, en este Congreso no hay nada que demostrar y tal vez nadie a quien batir. Todos ven que la línea del Partido ha triunfado. *(Aplausos atronadores.)*

La política de industrialización del país ha triunfado. Sus resultados son ahora evidentes para todos. ¿Qué se puede objetar contra esto?

Ha triunfado la política de liquidación de los kulaks y la de la colectivización total. Sus resultados son también evidentes para todos. ¿Qué se puede objetar contra este hecho?

Se ha demostrado, sobre la base de la experiencia de nuestro país, que la victoria del socialismo en un solo país es completamente posible. ¿Qué se puede objetar contra esto?

Es evidente que todos estos éxitos, y ante todo el triunfo del Plan quinquenal, han desmoralizado y aniquilado definitivamente a todos los grupos antileninistas.

Hay que reconocer que el Partido está ahora más unido que nunca. *(Tempestuosos y prolongados aplausos.)*

1. Las cuestiones de la dirección política e ideológica

¿Significa esto, acaso, que la lucha ha terminado y que la ofensiva ulterior del socialismo está de más, como algo innecesario?

No, de ningún modo.

¿Significa esto, acaso, que en nuestro Partido todo marcha bien, que no habrá ya desviaciones y que, por consiguiente, podemos descansar sobre los laureles?

No, no significa eso.

Hemos destrozado a los enemigos del Partido, los oportunistas de todos los matices, las desviaciones nacionalistas de todo género. Pero los restos de su ideología subsisten en el cerebro de miembros aislados del Partido, y no pocas veces se dejan sentir. Al Partido no se le puede considerar como algo desligado de la gente que lo rodea. Vive y actúa en el medio que le circunda. Así, no tiene nada de extraño que penetre a veces en él un estado de espíritu malsano. Y el terreno para ese estado de espíritu es indudable que existe en nuestro país, aunque sólo sea porque existen aún algunas capas intermedias de población, tanto en la ciudad como en el campo, que constituyen terreno abonado para su desarrollo.

La XVII Conferencia de nuestro Partido ha dicho que una de las tareas políticas fundamentales al realizar el segundo Plan quinquenal consiste en «vencer las supervivencias del capitalismo en la economía y en la conciencia de los hombres». Esta es una idea completamente acertada. Pero ¿es que se puede decir que hemos vencido ya todas las supervivencias del capitalismo en la economía? No, no se puede decir. Mucho menos puede decirse que hayamos vencido las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres. Esto no se puede decir, no solamente porque el desarrollo de la conciencia de los hombres se retrasa con respecto a su situación económica, sino también porque existe aún el cerco capitalista, que se esfuerza por reavivar y sostener esas supervivencias del capitalismo en la economía y en la conciencia de los hombres de la U.R.S.S. y contra el cual nosotros, los bolcheviques, debemos tener siempre la pólvora seca.

Se comprende que estas supervivencias no pueden dejar de ser un terreno propicio para reanimar la ideología de los vencidos grupos antileninistas, en el cerebro de miembros aislados de nuestro Partido. Añadid a esto el nivel teórico no muy elevado de la mayoría de nuestros militantes, el débil trabajo ideológico de los órganos del Partido, el exceso de trabajo puramente práctico de los militantes activos, que les quita toda posibilidad de completar su preparación teórica, y compren-

deréis de dónde proviene la confusión que reina entre ellos en una serie de cuestiones del leninismo, confusión que a veces penetra en nuestra prensa y que facilita la reanimación de los restos de la ideología de los vencidos grupos antileninistas.

He aquí por qué no se puede decir que la lucha ha terminado y que ya no hay necesidad de una política de ofensiva del socialismo.

Podríamos tomar una serie de cuestiones del leninismo y demostrar con ellas lo vivos que son aún entre algunos miembros del Partido los restos de la ideología de los vencidos grupos antileninistas.

Tomemos, por ejemplo, la cuestión de la construcción de la *sociedad socialista sin clases*. La XVII Conferencia del Partido ha dicho que avanzamos hacia la creación de la sociedad socialista sin clases. Es evidente que la sociedad socialista sin clases no puede advenir espontáneamente, por decirlo así. Hay que conquistarla y construirla con los esfuerzos de todos los trabajadores, por medio del fortalecimiento de los órganos de la dictadura del proletariado, del desarrollo de la lucha de clases, de la abolición de las clases, de la liquidación de los restos de las clases capitalistas, en lucha contra los enemigos, tanto del interior como del exterior.

Me parece que la cosa es clara.

Pues bien, ¿quién ignora que la proclamación de esta clara y elemental tesis del leninismo ha engendrado no poca confusión en las cabezas y un estado de ánimo malsano en una parte de los miembros del Partido? La tesis de nuestro avance hacia la sociedad sin clases, dada como una consigna, la han comprendido como un proceso espontáneo. Y ellos se dijeron: puesto que se trata de la sociedad sin clases, esto quiere decir que se puede debilitar la lucha de clases, que se puede aflojar la dictadura del proletariado y terminar en general con el Estado, el cual de todas maneras tiene que desaparecer en un porvenir próximo. Y están locos de alegría, con la esperanza de que pronto no existirán las clases, es decir, que no habrá lucha de clases, que desaparecerán las preocupaciones e inquietudes, que se podrá deponer las armas y dormir en espera del advenimiento de la sociedad sin clases. *(Hilaridad general.)*

No cabe duda de que esta confusión en las ideas y este estado de espíritu se parecen como dos gotas de agua a determinadas concepciones derechistas, según las cuales lo viejo evoluciona espontáneamente hacia lo nuevo y un buen día nos damos cuenta de que hemos llegado insensiblemente a la sociedad socialista.

Como veis, los restos de la ideología de los derrotados grupos antileninistas son completamente susceptibles de reanimarse y distan mucho de haber perdido su vitalidad.

Se comprende que si esta confusión de concepciones y este estado de espíritu no bolchevique se hubieran apoderado de la mayoría de nuestro Partido, el Partido habría quedado inmovilizado y desarmado.

Veamos ahora la cuestión del *artel* agrícola y de la *comuna* agrícola. Hoy se reconoce por todos que el artel es, en las condiciones actuales, la única forma acertada del movimiento koljosiano. Y esto es completamente comprensible: a) el artel combina en forma justa los intereses de la vida personal de los koljosianos con sus intereses sociales; b) el artel adapta con éxito los intereses personales de la vida diaria a los intereses colectivos, facilitando con ello la educación de los campesinos individuales de ayer en el espíritu del colectivismo.

A diferencia del artel, donde están colectivizados únicamente los medios de producción, en las comunas no sólo se colectivizan hasta ahora los medios de producción, sino también los medios personales de vida de cada miembro; es decir, que los miembros de la comuna, a diferencia de los miembros del artel, no tenían como propiedad personal aves domésticas, ganado menudo, una vaca, cereales y el pedazo de tierra aneja a la casa. Esto significa que, en las comunas, los intereses personales, los de la vida privada de sus miembros, lejos de ser tenidos en cuenta para combinarlos con los intereses colectivos, eran sacrificados en aras de los intereses de un igualitarismo pequeñoburgués. Se ve que esta circunstancia es el lado más débil de las comunas. Precisamente esto explica el hecho de que las comunas no tengan una gran difusión y se cuenten en tan escaso número. Y por la misma razón, para defender su existencia y no desmoronarse, las comunas se han visto obligadas a renunciar a la socialización de los medios personales de vida y empiezan a trabajar aplicando el sistema del pago por día de trabajo, consienten en entregar cereales a la casa, permiten la posesión privada de aves domésticas, del ganado menudo, una vaca, etc. Pero esto quiere decir que las comunas se han transformado, en realidad, en arteles. Y en esto no hay nada de malo, ya que es una exigencia de los intereses del buen desarrollo del movimiento koljosiano de masas.

Esto no significa, naturalmente, que la comuna no sea necesaria en general, que no represente una forma superior del movimiento koljosiano. No, la comuna es necesaria y representa, naturalmente, la forma superior del movimiento koljosiano, pero no la comuna actual, surgida sobre la base de una técnica no desarrollada, sobre la base de la falta de productos y que pasa también a ser artel, sino la comuna futura que surgirá a base de una técnica más desarrollada y de la abundancia de productos. La actual comuna agrícola ha surgido sobre la base de una técnica poco desarrollada y con una insuficiencia de productos. Precisamente esto explica su aplicación del igualitarismo y el olvido de los intereses personales de sus miembros, razón por la cual ahora se ve obligada a adoptar la posición de los arteles, donde se combinan razonablemente los intereses personales y colectivos de los koljosianos. La futura comuna surgirá del artel desarrollado y próspero. La futura comuna agrícola surgirá cuando en los campos y en las granjas del artel abunden los cereales, el ganado, las aves, las legumbres y todos los demás productos;

cuando se organicen, junto a los arteles, lavaderos mecánicos, cocinas y comedores modernos, panaderías mecanizadas, etc.; cuando el koljosiano vea que le resulta más beneficioso recibir carne y leche de la granja, que mantener su vaca y su ganado menudo; cuando la koljosiana vea que le conviene más almorzar en el comedor, comprar el pan de la panadería y recibir la ropa lavada del lavadero colectivo, que ocuparse ella misma de estas cosas. La futura comuna surgirá sobre la base de una técnica más desarrollada y de un artel más desarrollado, sobre la base de la abundancia de productos. ¿Cuándo ocurrirá esto? Claro que no en seguida. Pero vendrá. Sería un crimen acelerar artificialmente el proceso de transformación del artel en la comuna futura. Esto embrollaría los papeles y facilitaría la obra de nuestros enemigos. El proceso de transformación del artel en la comuna futura tiene que realizarse paulatinamente, a medida que *todos* los koljosianos se convenzan de la necesidad de esa transformación.

Así se plantea la cuestión del artel y la comuna.

Aparentemente, el asunto es claro y casi elemental.

Pero en una parte de los miembros del Partido reina una gran confusión al respecto. Creen que, con declarar el artel como forma fundamental del movimiento koljosiano, el Partido se ha alejado del socialismo, ha retrocedido de la comuna, de la forma superior del movimiento koljosiano, a la forma inferior. ¿Por qué?, se pregunta uno. Porque en el artel no hay igualdad, ya que se mantiene la diferencia en las necesidades y en la vida personal de sus miembros, mientras que en la comuna reina la igualdad, ya que allí se igualan las necesidades y las condiciones de la vida personal de sus miembros. Pero, en primer lugar, no tenemos ya comunas donde exista el igualitarismo y la nivelación en el consumo y en la situación material personal. La práctica ha demostrado que las comunas hubieran perecido con seguridad, si no hubieran renunciado a la nivelación y si no hubieran pasado, en realidad, al estado de arteles. Por consiguiente, no hay que referirse a lo que ya no existe. Segundo, todo leninista, si lo es verdaderamente, sabe que el igualitarismo en lo que concierne a las necesidades y a la vida personal, es un absurdo reaccionario pequeñoburgués, digno de cualquier secta primitiva de ascetas, pero no de una sociedad socialista organizada al modo marxista, puesto que no se puede exigir que todos tengan las mismas necesidades, los mismos gustos, que vivan su vida personal según un modelo único. Y en fin, ¿es que entre los obreros no se mantiene la diferencia, tanto en las necesidades como en su vida personal? ¿Es que esto significa que los obreros están más distanciados del socialismo que los miembros de las comunas agrícolas?

Esta gente piensa, por lo visto, que el socialismo exige el igualitarismo y la nivelación de las necesidades y de la vida personal de los miembros de la sociedad. Ni que decir tiene que tal suposición no tiene nada de común con el marxismo, con el leninismo. El marxismo entiende

por igualdad, no la nivelación de las necesidades y de la vida personal, sino la abolición de las clases, es decir: a) la liberación igual de todos los trabajadores de la explotación, después del derrocamiento y de la expropiación de los capitalistas; b) la abolición, igual para todos, de la propiedad privada de los medios de producción, después de que estos últimos han pasado a ser propiedad de toda la sociedad; c) el deber, igual para todos, de trabajar según sus capacidades, y el derecho, igual para todos los trabajadores, de ser remunerados según su trabajo (sociedad *socialista)*; d) el deber, igual para todos, de trabajar según sus capacidades, y el derecho, igual para todos los trabajadores, de ser remunerados según sus necesidades (sociedad *comunista*). Según esto, el marxismo parte del hecho de que los gustos y las necesidades de los hombres no son ni pueden ser unas y las mismas en cantidad o en calidad ni en el período del socialismo ni en el período del comunismo.

Esta es la concepción marxista de la igualdad.

El marxismo no reconocía ni reconoce ninguna otra igualdad. Sacar de aquí la conclusión de que el socialismo exige una igualdad y una nivelación de las necesidades de los miembros de la sociedad, la uniformidad de sus gustos y de su vida personal, y que, según el plan marxista, todos tienen que vestir igual, comer lo mismo y en igual cantidad, es decir vaciedades y calumniar al marxismo.

Es hora de aprender que el marxismo es enemigo de la nivelación. Ya en el «Manifiesto Comunista» Marx y Engels fustigaban el primitivo socialismo utópico, llamándolo reaccionario por su propaganda de «un ascetismo universal y de un burdo igualitarismo». Engels consagró en su «Anti-Dühring» todo un capítulo a la crítica del «socialismo radical igualitario», idea lanzada por Dühring en oposición al socialismo marxista.

«El contenido real de la exigencia proletaria de la igualdad—dice Engels—se reduce a la *abolición de las clases*. Una igualdad que vaya más lejos conduce inevitablemente al absurdo».

Lo mismo decía Lenin:

«Engels tuvo mil veces razón cuando escribió: El concepto de la igualdad *fuera* de la abolición de las clases es un prejuicio imbécil y absurdo. Los profesores burgueses nos han criticado atribuyéndonos el propósito de hacer a los hombres iguales unos a otros. Han intentado acusar a los socialistas de esta estupidez inventada por ellos mismos. Pero por ser ignorantes no saben que los socialistas, y precisamente Marx y Engels, fundadores del socialismo científico contemporáneo, decían: La igualdad es una frase vacía, si no se entiende por ella la abolición de las clases. Queremos abolir las clases; por esto estamos en favor de la igualdad. Pero pretender que haremos a todos los hombres iguales es una frase vacía y una estúpida invención de intelectual» (*Discurso de Lenin* «Cómo se engaña al pueblo con consignas de libertad e igualdad», t. XXIV, págs. 293-294).

Me parece que está claro.

Los escritores burgueses se complacen en describir el socialismo

marxista como un viejo cuartel zarista, donde todo está sometido al «principio» de la nivelación. Pero los marxistas no pueden ser responsables de la ignorancia y de la estupidez de los escritores burgueses.

No cabe duda de que esta confusión en las concepciones de algunos miembros del Partido en lo que concierne al socialismo marxista, y la fascinación que ejercen sobre ellos las tendencias de nivelación de las comunas agrícolas, se parecen como dos gotas de agua a las concepciones pequeñoburguesas de nuestros papanatas izquierdistas, en los cuales la idealización de las comunas agrícolas llegó en ocasiones hasta el punto de intentar organizar comunas incluso en las empresas y fábricas donde los obreros calificados y no calificados, trabajando cada uno en su profesión, tenían que entregar su salario al puchero colectivo y distribuirlo luego por igual entre todos. Ya se sabe el daño que causaron a nuestra industria estos infantiles experimentos niveladores de los papanatas «izquierdistas».

Como veis, los restos de la ideología de los derrotados grupos enemigos del Partido tienen todavía una vitalidad bastante fuerte.

Claro es que si estas concepciones izquierdistas hubieran triunfado en el Partido, éste habría dejado de ser marxista y el movimiento koljosiano se hubiera, en resumidas cuentas, desorganizado.

Tomemos ahora, por ejemplo, la consigna: «*Hacer que todos los koljosianos tengan una vida acomodada*». Esta consigna se refiere no solamente a los koljosianos; concierne todavía más a los obreros, puesto que queremos hacer a todos los obreros acomodados, convertirlos en personas con una vida holgada y plenamente culta.

Se diría que la cuestión es clara. No había por qué derrocar el capitalismo en Octubre de 1917 y construir el socialismo durante una serie de años, si no se consigue el bienestar de los hombres. El socialismo no significa miseria y privaciones, sino la supresión de esos azotes, la organización de una vida próspera y culta para todos los miembros de la sociedad.

En cambio, esta consigna tan clara y tan elemental por su contenido, provocó una serie de falsas interpretaciones, confusiones y galimatías en una parte de los miembros del Partido. ¿No será esta consigna, decían, un retorno a la vieja consigna de «¡Enriqueceos!», rechazada por el Partido? Si todos se hacen acomodados, continúan, y los campesinos pobres dejan de existir, ¿en quién nos podremos apoyar los bolcheviques en nuestro trabajo? ¿Cómo vamos a trabajar sin los campesinos pobres?

Esto es quizá ridículo, pero la existencia de estas concepciones ingenuas y antileninistas entre una parte de los miembros del Partido es un hecho indudable que hay que tener en cuenta.

Por lo visto, esta gente no comprende que entre la consigna de «¡Enriqueceos!» y la de «Hacer que todos los koljosianos tengan una vida acomodada» hay todo un abismo. Primero, sólo pueden enriquecerse

personas o grupos *aislados*, mientras que la consigna que reclama una vida próspera se refiere no a personas o a grupos aislados, sino a *todos* los koljosianos. Segundo, personas o grupos *aislados* se enriquecen para someter a los demás y *explotarlos*, mientras que la consigna de una vida próspera de *todos* los koljosianos, sobre la base de la colectivización de los medios de producción de los koljoses, *descarta* toda posibilidad de explotación de los unos por los otros. En tercer lugar, la consigna de «¡Enriqueceos!» fué lanzada en el período de la primera fase de la Nep, cuando el capitalismo se restablecía parcialmente, cuando los kulaks eran una fuerza, cuando en el país prevalecía la economía campesina individual y la economía koljosiana se encontraba en un estado embrionario; mientras que la consigna de «Hacer que todos los koljosianos tengan una vida acomodada» es lanzada en la última fase de la Nep, cuando los elementos capitalistas están suprimidos en la industria, los kulaks derrotados en el campo, la agricultura individual desplazada al último plano y los koljoses transformados en la forma dominante de la agricultura. Y esto sin referirse a que la consigna de «Hacer que todos los koljosianos tengan una vida acomodada» ha sido lanzada no en forma aislada, sino en íntima relación con la de «Hacer a los koljoses bolcheviques».

¿No está claro que la consigna «¡Enriqueceos!» significó, en realidad, un llamamiento a *restablecer* el capitalismo, mientras que la de «Hacer que todos los koljosianos tengan una vida acomodada» significa un llamamiento a *dar el golpe de gracia* a los últimos restos del capitalismo, por medio del fortalecimiento de la potencia económica de los koljoses y de la transformación de todos los koljosianos en trabajadores acomodados? (*Exclamaciones:* «¡Es verdad!»)

¿No es evidente que entre estas consignas no hay ni puede haber nada de común? (*Exclamaciones:* «¡Es verdad!»)

En cuanto al argumento de que sin la existencia de pobres serán imposibles el trabajo bolchevique y el socialismo, es una tontería de la que no vale la pena hablar. Los leninistas se apoyan en los pobres, cuando existen elementos capitalistas y existen pobres a los que explotan los capitalistas. Pero cuando los elementos capitalistas están aplastados y los pobres están libertados de la explotación, la tarea de los leninistas no consiste en consolidar y perpetuar la pobreza y los pobres, las premisas de cuya existencia están suprimidas, sino en desterrar la pobreza y elevar a los pobres a una vida próspera. Sería estúpido pensar que el socialismo puede ser construído sobre la base de la miseria y de las privaciones, sobre la base de la reducción de las necesidades personales y del nivel de vida de la población hasta el nivel de vida de los pobres, los cuales, además, quieren dejar de serlo y forcejean para llegar a una vida próspera. ¿Quién necesita, pues, un socialismo (con perdón sea dicho) de esa especie? Esto no sería socialismo, sino una caricatura de socialismo. El socialismo no se puede construir más

que sobre la base de un crecimiento vigoroso de las fuerzas productivas de la sociedad, de la abundancia de productos y mercancías, de una vida próspera de los trabajadores, de un impetuoso crecimiento de la cultura. Porque el socialismo, el socialismo marxista, no significa la restricción de las necesidades personales, sino su mayor ampliación y florecimiento posibles; no la limitación o la renuncia a la satisfacción de esas necesidades, sino su satisfacción múltiple y completa por todos los trabajadores culturalmente desarrollados.

No cabe duda de que esta confusión en las concepciones de algunos miembros del Partido, en lo que atañe a la pobreza y al bienestar, son reflejo de las desviaciones de nuestros papanatas izquierdistas, que idealizan la pobreza, como un apoyo eterno del bolchevismo en todas las condiciones, y consideran a los koljoses como teatro de una encarnizada lucha de clases. Como veis, tampoco en esta cuestión pierden aún su vitalidad los resabios de la ideología de los derrotados grupos enemigos del Partido.

Claro que si estos conceptos de papanatas hubieran triunfado en nuestro Partido, los koljoses no hubieran obtenido los éxitos que han logrado en los dos últimos años y se hubieran disgregado rápidamente.

O tomemos, por ejemplo, la *cuestión nacional*. También por lo que se refiere a la cuestión nacional, como en todas las demás cuestiones, hay en un sector del Partido una confusión de ideas que origina determinado peligro. He hablado de la vitalidad de las supervivencias del capitalismo. Hay que señalar que las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres están mucho más arraigadas en el terreno de la cuestión nacional que en cualquier otra. Están más arraigadas, porque tienen la posibilidad de enmascararse bien con el ropaje nacional. Muchos piensan que el error de Skripnik es un caso aislado, una excepción de la regla. No es cierto. El error de Skripnik y de su grupo de Ucrania no es una excepción. Iguales deformaciones se observan en algunos camaradas de otras Repúblicas nacionales.

¿Qué significa la desviación nacionalista, tanto si se trata de una desviación hacia el nacionalismo gran-ruso como hacia el nacionalismo local? La desviación nacionalista es la adaptación de la política internacionalista de la clase obrera a la política nacionalista de la burguesía. La desviación nacionalista refleja las tentativas de «su propia» burguesía «nacional» de socavar el régimen soviético y restaurar el capitalismo. Como veis, la fuente de ambas desviaciones es la misma. Es el *abandono* del internacionalismo leninista. Si queréis hacer blanco en ambas desviaciones, hay que dirigir los golpes, ante todo, contra esta fuente, contra los que se separan del internacionalismo, ya se trate de la desviación nacionalista local o de la desviación nacionalista gran-rusa. *(Aplausos tempestuosos.)*

Se discute la cuestión de cuál es el peligro principal, si la desviación nacionalista gran-rusa o la desviación nacionalista local. En las

condiciones actuales, esto es una discusión puramente formal y por tanto una discusión vana. Sería estúpido dar una receta preparada, adaptable a todos los momentos y condiciones, sobre el peligro principal y el secundario. Estas recetas no existen, en general, en la naturaleza. El peligro principal es aquella desviación contra la que se cesó de combatir y a la que se ha permitido de este modo crecer hasta llegar a constituir un peligro para el Estado. *(Aplausos prolongados.)*

Hace todavía muy poco, la desviación nacionalista ucraniana no era en Ucrania un peligro principal, pero cuando se cesó de combatirla y se la permitió crecer hasta unirse con los intervencionistas, se convirtió en el peligro principal. La cuestión del peligro principal en la cuestión nacional no se resuelve mediante vanas discusiones formales, sino con el análisis marxista de la situación en el momento dado y con el examen de todos los errores cometidos en esta cuestión.

Lo mismo puede decirse *de las desviaciones de derecha y de «izquierda»* en la política general. También aquí, como en otras cuestiones, hay no poca confusión en los conceptos de algunos miembros de nuestro Partido. A veces, al combatir la desviación de derecha, dejan de luchar contra la desviación de «izquierda» y debilitan la lucha contra ella, suponiendo que no es peligrosa o poco peligrosa. Esto es un grave y peligroso error. Es una concesión a la desviación de «izquierda», inadmisible en un miembro del Partido. Y es tanto más inadmisible por el hecho de que últimamente la «izquierda» ha rodado definitivamente a la posición de la derecha y, en realidad, ya no se diferencian en nada. Siempre hemos declarado que las «izquierdas» son derechas que disfrazan su posición con frases izquierdistas. Actualmente, la propia «izquierda» confirma esta afirmación nuestra. Tomad los números del año pasado del «Boletín» trotskista. ¿Qué exigen y sobre qué escriben los señores trotskistas, en qué se expresa su programa de «izquierda»? Exigen: *la disolución de los sovjoses,* como no rentables; *la disolución de la mayor parte de los koljoses,* como ficticios; *renuncia a la política de liquidación de los kulaks, retorno a la política de concesiones y entrega en concesión de toda una serie de nuestras empresas industriales,* como no rentables.

¡He aquí el programa de los despreciables y cobardes capituladores, el programa contrarrevolucionario de la restauración del capitalismo en la U.R.S.S.!

¿En qué difiere del programa del la extrema derecha? Es evidente que en nada. Resulta que los «izquierdistas» se han unido abiertamente al programa contrarrevolucionario de la derecha, para constituir con ellos un bloque y luchar juntos contra el Partido.

¿Cómo se puede decir, después de esto, que los «izquierdistas» no son peligrosos o son poco peligrosos? ¿No es evidente que los que dicen una cosa tan absurda llevan el agua al molino de los enemigos jurados del leninismo?

Como veis, también aquí, en el terreno de las desviaciones contra la línea del Partido, ya se trate de desviaciones en la política general o en la cuestión nacional, las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres, incluso en la de algunos miembros de nuestro Partido, tienen suficiente vitalidad.

He aquí unas cuantas cuestiones serias y actuales de nuestro trabajo ideológico-político, sobre las cuales existen, en algunas capas del Partido, falta de claridad en los conceptos, confusión y a veces una desviación franca contra el leninismo. Pero éstas no son las únicas cuestiones en torno a las cuales se podría probar la confusión reinante entre algunos miembros del Partido.

¿Es que después de esto se puede decir que todo anda bien en el Partido?

Claro que no.

Nuestras tareas en el terreno del trabajo ideológico-político son:

1) Elevar el nivel teórico del Partido a la debida altura.

2) Intensificar el trabajo ideológico en todos los eslabones del Partido.

3) Desplegar una incansable propaganda del leninismo en las filas del Partido.

4) Educar las organizaciones del Partido y a los activistas sin partido que las rodean, en el espíritu del internacionalismo leninista.

5) No ocultar, sino criticar valientemente las desviaciones de algunos camaradas frente al marxismo-leninismo.

6) Desenmascarar sistemáticamente la ideología y los resabios ideológicos de las corrientes hostiles al leninismo.

2. *Las cuestiones de la dirección del trabajo de organización*

He hablado de nuestros éxitos. He hablado de la victoria de la línea del Partido tanto en el terreno de la economía nacional y de la cultura como en la lucha contra los grupos antileninistas. He hablado de la significación histórico-mundial de nuestra victoria. Sin embargo, esto no significa que la victoria esté obtenida en todas partes y en todo, ni que estén resueltos ya todos los problemas. Esta clase de éxitos y victorias no se dan generalmente en la vida. Aun nos quedan no pocas cuestiones y deficiencias de todo género sin resolver. Tenemos delante un montón de tareas que exigen una solución. Pero esto significa indudablemente, que la mayor parte de las tareas inmediatas e inaplazables está ya solucionada con éxito. En este sentido, es indiscutible la grandiosa victoria de nuestro Partido.

Pero se nos plantea esta cuestión: ¿Cómo se ha logrado esta victoria, cómo ha sido conseguida en la práctica, mediante qué lucha, por medio de qué esfuerzos?

Algunos piensan que es suficiente elaborar una línea acertada del

Partido, proclamarla públicamente, exponerla en forma de tesis y resoluciones generales y votarla unánimemente, para que la victoria llegue por sí sola, automáticamente, por decirlo así. Esto, claro está, no es cierto. Es un gran error. Así no pueden pensar más que burócratas y oficinistas incorregibles. En realidad, estos éxitos y victorias no han sido alcanzados automáticamente, sino mediante una lucha encarnizada por la aplicación de la línea del Partido. La victoria no llega nunca por sí sola; por lo común, hay que conquistarla. Unas buenas resoluciones y declaraciones en favor de la línea general del Partido constituyen tan sólo el comienzo de la obra, ya que eso no significa más que el deseo de triunfar, pero no la victoria misma. Una vez trazada una línea acertada, después de haber solucionado con acierto una cuestión, el éxito depende del trabajo de organización, depende de la organización de la lucha por aplicar en la práctica la línea del Partido, depende de una acertada selección de los hombres, del control del cumplimiento de las decisiones adoptadas por los órganos directivos. Sin esto, la línea acertada del Partido y las decisiones acertadas corren el riesgo de sufrir un serio quebranto. Más aún; después de trazada una línea política certera, es el trabajo de organización el que lo decide todo, incluso la suerte de la línea política misma, su aplicación o su fracaso.

En realidad, la victoria ha sido conseguida y conquistada gracias a una lucha sistemática y dura contra toda clase de dificultades en la aplicación de la línea del Partido, gracias a la eliminación de estas dificultades, a la movilización del Partido y de la clase obrera para vencerlas, a la organización de la lucha por su eliminación, a la destitución de cuadros inservibles y a la selección de otros mejores, capaces de combatir contra las dificultades.

¿Cuáles son estas dificultades y dónde radican?

Son dificultades de nuestro trabajo de organización, de la dirección de dicho trabajo. Radican en nosotros mismos, en nuestros cuadros dirigentes, en nuestras organizaciones, en los aparatos de nuestras organizaciones del Partido, de los Soviets, de la economía, de los sindicatos, de las Juventudes Comunistas y de todas las demás organizaciones.

Hay que comprender que la fuerza y la autoridad de nuestras organizaciones del Partido, soviéticas, económicas y todas las demás, así como de sus dirigentes, han crecido hasta un grado sin precedentes. Y precisamente porque su fuerza y autoridad han crecido de ese modo, todo o casi todo depende ahora de su trabajo. No hay razón para invocar las llamadas condiciones objetivas. Después de que el acierto de la línea política del Partido está confirmado por la experiencia de una serie de años y la voluntad de los obreros y campesinos para apoyarla no ofrece dudas, el papel de las llamadas condiciones objetivas se ha reducido al mínimo, mientras que el de nuestras organizaciones y sus dirigentes se ha hecho decisivo y excepcional. ¿Qué significa esto? Significa que la responsabilidad de nuestras faltas y deficiencias en el trabajo recae ac-

tualmente, en sus nueve décimas partes, sobre nosotros mismos y solamente sobre nosotros, no sobre las condiciones «objetivas».

Contamos en el Partido con más de dos millones de miembros y candidatos a miembros. Tenemos en las Juventudes Comunistas más de cuatro millones de miembros y candidatos. Tenemos más de tres millones de corresponsales obreros y campesinos. En la «Osoaviajim» (*) tenemos más de 12 millones de miembros. En los sindicatos hay más de 17 millones de miembros. A estas organizaciones debemos nuestros éxitos. Y si, a pesar de la existencia de estas organizaciones y de estas posibilidades, que facilitan los éxitos, tenemos no pocas deficiencias en el trabajo y una cantidad no menor de reveses, la culpa la tenemos solamente nosotros, nuestro trabajo de organización, nuestra mala dirección del trabajo de organización.

El burocratismo y el papeleo de los aparatos de administración; las charlatanerías sobre «dirección en general», en lugar de dirección viva y concreta; la estructura funcional de las organizaciones (**) y la falta de responsabilidad personal; la falta de responsabilidad personal en el trabajo y la nivelación en el sistema de los salarios; la falta del control sistemático del cumplimiento de las decisiones y el temor a la autocrítica: aquí es donde está el origen de nuestras dificultades, aquí es donde anidan ahora nuestras dificultades.

Sería ingenuo pensar que es posible vencer estas dificultades con resoluciones y disposiciones. Los burócratas y oficinistas tienen ya desde hace mucho tiempo una abundante práctica para probar de palabra la fidelidad a las decisiones del Partido y del Gobierno y, en la práctica, sepultarlas en un cajón. Para combatir estas dificultades ha habido necesidad de liquidar el atraso de nuestro trabajo de organización con respecto a las exigencias de la línea política del Partido, ha habido necesidad de elevar el nivel de la dirección del trabajo de organización en todas las esferas de la economía nacional hasta el nivel de la dirección política, ha habido necesidad de conseguir que nuestro trabajo de organización asegurara la aplicación práctica de las consignas políticas y de las decisiones del Partido.

Para vencer estas dificultades y conseguir el éxito, ha habido necesidad de *organizar* la lucha por la victoria sobre estas dificultades, ha habido necesidad de incorporar a las masas de obreros y campesinos a esta lucha, de movilizar el Partido mismo y de depurarlo, a él y a las organizaciones económicas, de los elementos inseguros, inestables y degenerados.

¿Qué se exigía para esto?

Hemos tenido necesidad de organizar:

(*) «Osoaviajim»: Asociación voluntaria cuyos fines son ayudar en la obra de la defensa del país y en el desarrollo de la Aviación y de la Química en la U.R.S.S. *(N. del T.)*

(**) Aislamiento entre los diferentes servicios de una y la misma empresa. *(N. de la E.)*

1) El desarrollo de la autocrítica y el descubrimiento de las deficiencias de nuestro trabajo.

2) La movilización de las organizaciones del Partido, de los Soviets, económicas, sindicales y de las Juventudes Comunistas para la lucha contra las dificultades.

3) La movilización de las masas obreras y campesinas para la lucha por la aplicación de las consignas y decisiones del Partido y del Gobierno.

4) El desarrollo de la emulación y del trabajo de choque entre los trabajadores.

5) Una amplia red de secciones políticas en las estaciones de máquinas y tractores y en los sovjoses y el mejoramiento de la dirección del Partido y de los Soviets en el campo.

6) La división de los Comisariados del Pueblo, de las direcciones centrales de ramas industriales y de los trusts y una relación más directa entre los consejos de administración y las empresas.

7) La supresión de la falta de responsabilidad personal en el trabajo y la liquidación del igualitarismo en el sistema de salarios.

8) La supresión de la estructura funcional, el fortalecimiento de la responsabilidad personal y la orientación hacia la liquidación del sistema de dirección colectiva.

9) La intensificación del control del cumplimiento de las decisiones y una orientación hacia la reorganización de la Comisión Central de Control del Partido y de la Inspección Obrera y Campesina de los Soviets en el sentido de intensificar el control del cumplimiento de las decisiones.

10) Un desplazamiento de los trabajadores calificados de las oficinas a puestos que los hagan estar más en contacto con la producción.

11) El desenmascaramiento y la expulsión, de los aparatos administrativos, de burócratas y oficinistas incorregibles.

12) La destitución de los embusteros y charlatanes, de los que violan las decisiones del Partido y del Gobierno, y la promoción en su lugar de gente nueva, gente práctica capaz de asegurar una dirección concreta del trabajo encomendado y el fortalecimiento de la disciplina del Partido y de los Soviets.

13) La depuración de las organizaciones soviéticas y económicas y la reducción de su aparato.

14) Por último, la depuración del Partido, arrojando de él a la gente insegura y degenerada.

Estos son los medios esenciales que debían ser aplicados por el Partido para vencer las dificultades, elevar el trabajo de organización hasta el nivel de la dirección política y asegurar de este modo la aplicación práctica de la línea del Partido.

Ya sabéis que el Comité Central de nuestro Partido ha conducido

precisamente de este modo su trabajo de organización en el período de que tratamos.

El C.C. se ha guiado por la idea genial de Lenin de que lo principal en el trabajo de organización es *la selección de los hombres y el control del cumplimiento de las decisiones adoptadas.*

Quisiera decir algunas palabras sobre la selección de los hombres y la sustitución de los que no han hecho honor a su nombramiento.

Aparte de algunos burócratas y oficinistas incorregibles, respecto a cuyo alejamiento no tenemos ninguna divergencia, hay dos tipos de militantes que dificultan nuestro trabajo, obstaculizándolo y no permitiéndonos avanzar.

Uno es el de militantes que contrajeron ciertos méritos en el pasado, gentes que se han convertido en grandes señores, que consideran que las leyes soviéticas y del Partido no están escritas para ellos, sino para los tontos. Son los mismos que no consideran deber suyo cumplir las decisiones del Partido y del Gobierno y que destruyen de este modo las bases de la disciplina del Partido y del Estado. ¿Con qué cuentan para violar las leyes soviéticas y del Partido? Confían en que el Poder Soviético no se decidirá a atacarlos por sus méritos pasados. Estos grandes señores ensoberbecidos piensan que son insustituíbles y que pueden violar impunemente las decisiones de los órganos directivos. ¿Qué hacer con estos militantes? Hay que destituirlos de los puestos directivos sin titubeos, sin miramientos para con sus méritos pasados. (*Exclamaciones:* «¡Muy bien!») Hay que removerlos, rebajándolos de categoría, y publicarlo en la prensa. (*Exclamaciones:* «¡Muy bien!») Esto es indispensable para castigar la altanería de estos ensoberbecidos grandes señores burócratas y colocarlos en el lugar que les corresponde. Es indispensable para consolidar la disciplina del Partido y de los Soviets en todo nuestro trabajo. *(Exlamaciones:* «¡Muy bien!» *Aplausos.)*

Y ahora, hablemos del segundo tipo de militantes. Me refiero al tipo de los charlatanes, de los charlatanes honrados, si puede decirse así. *(Risas.)* Gente honrada, fiel al Poder Soviético, pero incapaz de dirigir, incapaz de organizar nada. Tuve el año pasado una conversación con uno de estos camaradas, un camarada muy estimable, pero un charlatán incorregible, capaz de ahogar en un torrente de palabras la causa más viva. He aquí esta conversación:

Yo: ¿Cómo marcha entre vosotros el asunto de la siembra?

El: ¿La siembra, camarada Stalin? Nos hemos movilizado. *(Risas.)*

Yo: Bien; ¿y qué?

El: Hemos planteado la cuestión tajantemente. *(Risas.)*

Yo: Bien, ¿y qué más?

El: ¡Hay un viraje, camarada Stalin, pronto tendremos un viraje! *(Risas.)*

Yo: Bueno, pero ¿qué hay además?

El: Se notan desplazamientos. *(Risas.)*

Yo: Bien, pero ¿cómo marcha entre vosotros la cuestión de la siembra?

El: La siembra hasta ahora no marcha, camarada Stalin. *(Carcajada general.)*

He aquí la fisonomía del charlatán. Se han movilizado, han planteado la cuestión tajantemente, hay un viraje y desplazamientos, pero los asuntos no se mueven del sitio.

Justamente así es como ha caracterizado hace poco un obrero ucraniano el estado de una organización, cuando se le preguntó sobre la línea de ese organismo: «¿Qué, la línea?... La línea existe, naturalmente, sólo que el trabajo no se ve». *(Carcajada general.)* Por lo visto, esta organización tiene también sus charlatanes honrados.

Y cuando estos charlatanes son removidos de sus puestos, enviándolos lejos del trabajo activo, se quedan sorprendidos y se asombran: «¿Por qué nos destituyen? ¿Es que no hemos hecho todo lo necesario por la causa, es que no hemos reunido la conferencia de obreros de choque, no hemos proclamado en la conferencia de los obreros de choque las consignas del Partido y del Gobierno, no hemos elegido todo el Buró Político del Comité Central para la presidencia de honor? *(Hilaridad general.)* ¿Es que no hemos mandado saludos al camarada Stalin? ¿Qué más queréis de nosotros?» *(Carcajada general.)*

¿Qué hacer con estos charlatanes incorregibles? Si se les deja en el trabajo activo, son capaces de ahogar cualquier asunto vivo en un torrente de interminables discursos vacíos. Es evidente que hay que destituirlos de los puestos directivos y colocarlos en un trabajo no activo. En el trabajo activo no hay lugar para charlatanes. *(Exlamaciones:* «¡Muy bien!» *Aplausos.)*

Ya he informado brevemente de cómo el C.C. ha dirigido la selección de los hombres en las organizaciones soviéticas y económicas, y cómo ha realizado la consolidación del control del cumplimiento de las decisiones. El camarada Kaganóvich os informará más detalladamente en el tercer punto del orden del día del Congreso.

Ahora quisiera decir unas palabras sobre el trabajo a realizar en adelante con respecto a la intensificación del control del cumplimiento de las decisiones.

La acertada organización del control del cumplimiento de las decisiones tiene una importancia decisiva en la lucha contra el burocratismo y el papeleo. ¿Es que se ponen en práctica las decisiones de las organizaciones directivas o se traspapelan por los burócratas y los oficinistas? ¿Es que se aplican en forma acertada o en forma tergiversada? ¿Es que el aparato trabaja honradamente y en forma bolchevique o gira en el vacío? Todo esto se puede saber a tiempo, solamente con la condición de un control del cumplimiento bien organizado. Un control bien organizado es el reflector que ayuda a iluminar el estado del trabajo

del aparato en cualquier momento y saca a la luz del día a los burócratas y oficinistas. Se puede decir con seguridad que las nueve décimas partes de nuestras fallas y errores se explican por la falta de un control bien organizado del cumplimiento. No cabe duda que con un buen control del cumplimiento de las decisiones, las fallas y los errores serían prevenidos con seguridad.

Mas para que este control cumpla sus fines, son indispensables por lo menos dos condiciones: primero, que el control del cumplimiento sea sistemático y no episódico; segundo, que el control del cumplimiento en todos los eslabones de las organizaciones del Partido, soviéticas y económicas esté dirigido no por camaradas de segundo orden, sino por camaradas con suficiente autoridad, por los dirigentes mismos.

La organización acertada del control del cumplimiento de las decisiones es de la mayor importancia para las instituciones dirigentes centrales. La Inspección Obrera y Campesina, por su organización, no puede satisfacer las exigencias de un control bien organizado. Hace unos años, cuando nuestro trabajo económico era más sencillo y menos satisfactorio y cuando se tenía la posibilidad de *inspeccionar* el trabajo de todos los Comisariados del Pueblo y de todas las organizaciones económicas, la Inspección Obrera y Campesina cumplía sus fines. Pero ahora que nuestro trabajo económico ha crecido y se ha hecho más complicado y ya no hay necesidad ni posibilidad de que se haga la *inspección* desde un único centro, la Inspección Obrera y Campesina tiene que ser reorganizada. Ahora necesitamos no la inspección, sino la comprobación del cumplimiento de las decisiones del centro; necesitamos ahora el *control* del cumplimiento de las decisiones del centro. Se requiere ahora una organización que, sin encargarse del objetivo universal de hacer la inspección de todos y de todo, pueda concentrar toda su atención en el trabajo de control, en el trabajo de comprobación del cumplimiento de las decisiones de las instituciones centrales del Poder Soviético. Una organización de esta índole no puede ser más que la Comisión de Control Soviético, aneja al Consejo de Comisarios del Pueblo de la U.R.S.S., que trabaje por encargo del Consejo de Comisarios del Pueblo y que tenga en cada localidad representantes independientes de los órganos locales. Y para que tenga una autoridad suficiente y pueda, en caso de necesidad, enjuiciar a cualquier funcionario responsable, es necesario que todos los candidatos a miembros de la Comisión de Control Soviético sean nombrados por el Congreso del Partido y confirmados por el Consejo de Comisarios del Pueblo y por el Comité Ejecutivo Central de la U.R.S.S. Creo que solamente una organización de este tipo puede fortalecer el control y la disciplina en los Soviets.

En lo que respecta a la Comisión Central de Control del Partido, es sabido que se creó, sobre todo y principalmente, para prevenir una escisión del Partido. Sabéis que el peligro de escisión existió realmente entre nosotros hace algún tiempo. Sabéis que la Comisión Central de Control

y sus organizaciones lograron prevenir ese peligro. Pero ahora no hay ya el peligro de escisión. En cambio, sentimos la necesidad imperiosa de una organización capaz de concentrar su atención esencial en el trabajo de control del cumplimiento de las decisiones del Partido y de su Comité Central. Esta organización no puede ser más que una Comisión de Control del Partido, aneja al Comité Central del P.C.(b) de la U.R.S.S., que trabaje por encargo del Partido y de su C.C. y que tenga en cada localidad representantes independientes de las organizaciones locales. Claro que esta organización responsable debe tener una gran autoridad. Y para que la tenga y pueda enjuiciar a cualquier militante responsable que haya cometido un error, sin excluir a los miembros del Comité Central, es indispensable que solamente el órgano superior del Partido, su Congreso, pueda elegir y destituir a los miembros de esta Comisión. No cabe duda de que una organización de esta clase estará completamente capacitada para asegurar el control del cumplimiento de las decisiones de los órganos centrales y para fortalecer la disciplina del Partido.

Tal es el estado de las cuestiones de la dirección del trabajo de organización.

Nuestras tareas a este respecto son:

1) Ajustar también en lo sucesivo nuestro trabajo de organización a las exigencias de la línea política del Partido.

2) Elevar la dirección del trabajo de organización al nivel de la dirección política.

3) Conseguir que la dirección del trabajo de organización asegure por completo la realización de las consignas y decisiones políticas del Partido.

Camaradas: Termino el informe.

¿Qué conclusiones podemos deducir?

Todos reconocen ya que nuestros éxitos son grandes, extraordinarios. El país ha sido encauzado, en un plazo relativamente corto, por el camino de la industrialización y de la colectivización. El primer Plan quinquenal se ha realizado con éxito. Esto hace nacer un sentimiento de orgullo y consolida la fe de nuestros militantes en sus propias fuerzas. Esto, naturalmente, está bien. Pero los éxitos tienen algunas veces su lado sombrío. Engendran a veces algunos peligros, que, si se les permite desarrollarse, pueden echarlo todo a rodar. Por ejemplo, hay el peligro de que a algunos de nuestros camaradas los éxitos se les suban a la cabeza. Como es sabido, estos casos ya han sucedido. Hay el peligro de que algunos camaradas, embriagados por el éxito, se envanezcan, y comiencen a arrullarse con canciones presuntuosas, como «ahora el mar nos llega a la rodilla», «los vamos a matar a sombrerazos», etc. Esto no está descartado en absoluto, camaradas. No hay nada más peligroso que esta disposición de ánimo, porque desarma al Partido y desmoviliza sus filas. Si esta disposición de ánimo llegara a vencer en nuestro Partido,

nos veríamos ante la amenaza del fracaso de todos nuestros éxitos. Naturalmente, hemos cumplido el primer Plan quinquenal con éxito. Esto es cierto. ¡Pero con esto no termina ni puede terminar el asunto, camaradas! Estamos frente al segundo Plan quinquenal, que hay que cumplir también, y también con éxito. Ya sabéis que los planes se cumplen en lucha contra las dificultades, a medida que se vencen las dificultades. Quiere decirse que habrá dificultades, que habrá también lucha contra ellas. Los camaradas Mólotov y Kúibyshev os informarán sobre el segundo Plan quinquenal. Por sus informes, veréis las grandes dificultades que hay que vencer para cumplir este grandioso Plan. Por tanto, no hay que adormecer el Partido, sino desarrollar en él la vigilancia; no arrullarlo, sino mantenerlo siempre dispuesto al combate; no desarmarlo, sino armarlo; no desmovilizarlo, sino conservarlo en estado de movilización para llevar a cabo el segundo Plan quinquenal.

De aquí la primera conclusión: *No dejarse fascinar por los éxitos alcanzados ni envanecerse.*

Hemos conseguido éxitos, porque hemos tenido una acertada línea dirigente del Partido y hemos sabido organizar a las masas para la aplicación de esta línea. No hay que decir que, sin estas condiciones, no hubiéramos obtenido las conquistas que hemos alcanzado y de las que estamos legítimamente orgullosos. Pero tener una línea acertada y saber aplicarla es muy raro en la vida de los partidos gobernantes.

Mirad los países que nos rodean. ¿Es que encontráis muchos partidos gobernantes que tengan una línea acertada y la apliquen? En realidad, no hay tales partidos en el mundo, ya que todos viven sin perspectivas, se enredan en el caos de la crisis y no ven el camino para salir del abismo. Unicamente nuestro Partido sabe hacia dónde llevar la obra y la lleva adelante con éxito. ¿A qué debe nuestro Partido este privilegio? A que es un partido marxista, un partido leninista, a que se guía en su trabajo por la doctrina de Marx, Engels y Lenin. No puede caber duda de que, mientras sigamos fieles a esta doctrina, mientras nos guiemos por esta brújula, realizaremos nuestro trabajo con éxito.

Se dice que en Occidente, en algunos Estados, ya está destruído el marxismo. Se dice que lo ha destruído la corriente burguesa-nacionalista titulada fascismo. Esto es una tontería, naturalmente. Solamente gente que no conoce la historia puede hablar así. El marxismo es la expresión científica de los intereses vitales de la clase obrera. Para destruir el marxismo, hay que destruir a la clase obrera. Y esto es imposible. Más de 80 años han transcurrido desde que el marxismo entró en liza. En este tiempo, centenares de gobiernos burgueses intentaron destruirlo. ¿Y qué ha ocurrido? Los gobiernos burgueses vienen y se van, pero el marxismo queda. *(Aplausos tempestuosos.)* Más aún; el marxismo ha conseguido una victoria completa en la sexta parte del mundo, precisamente en el país donde el marxismo se consideraba definitivamente destruído. *(Aplausos tempestuosos.)* No puede considerarse como casual el hecho de que

el país donde el marxismo ha logrado una victoria completa sea en el mundo ahora el único país que no conoce las crisis y el paro, mientras que en los demás países, comprendidos los países del fascismo, reinan, desde hace ya cuatro años, la crisis y el paro. No, camaradas, esto no obedece a la casualidad. *(Aplausos prolongados.)*

Sí, camaradas, debemos nuestros éxitos al hecho de haber trabajado y luchado bajo la bandera de Marx, de Engels y de Lenin.

De aquí la segunda conclusión: *Ser fieles hasta el fin a la gloriosa bandera de Marx, Engels y Lenin. (Aplausos.)*

La clase obrera de la U.R.S.S. es fuerte, no sólo porque cuenta con un Partido leninista experimentado en las luchas; además, no sólo porque cuenta con el apoyo de masas innumerables de trabajadores campesinos, sino también porque la apoya y la sostiene el proletariado mundial. La clase obrera de la U.R.S.S. es parte del proletariado mundial, es su destacamento de vanguardia, y nuestra República es hija del proletariado mundial. No puede caber duda de que si no tuviera el apoyo de la clase obrera de los países capitalistas, no se habría mantenido en el Poder, no hubiera asegurado las condiciones para la construcción socialista, es decir, no habría tenido los éxitos que ahora tiene. Los vínculos internacionales de la clase obrera de la U.R.S.S. con los obreros de los países capitalistas, la unión fraternal de los obreros de la U.R.S.S. con los obreros de todos los países, son una de las piedras angulares de la fuerza y de la potencia de la República Soviética. Los obreros de Occidente dicen que la clase obrera de la U.R.S.S. es la brigada de choque del proletariado mundial. Esto está muy bien. Significa que el proletariado mundial está dispuesto a apoyar también en el porvenir a la clase obrera de la U.R.S.S., en la medida de sus fuerzas y posibilidades. Pero eso nos carga de serias obligaciones. Esto significa que tenemos que justificar con nuestro trabajo el título de honor de brigada de choque de los proletarios de todos los países. Esto nos obliga a trabajar mejor, a luchar mejor por la victoria definitiva del socialismo en nuestro país, por la victoria del socialismo en todos los países.

De aquí la tercera conclusión: *Ser fieles hasta el fin a la causa del internacionalismo proletario, a la causa de la unión fraternal de los proletarios de todos los países. (Aplausos.)*

Tales son las conclusiones.

¡Viva la gloriosa e invencible bandera de Marx, Engels y Lenin!

(Aplausos tempestuosos y prolongados en toda la sala. El Congreso ovaciona al camarada Stalin. Se canta la «Internacional». Después de cantar la «Internacional», la ovación se reanuda con renovada fuerza. Exclamaciones de «¡Hurra a Stalin! ¡Viva Stalin! ¡Viva el Comité Central del Partido!»)

EN LUGAR DE PALABRAS FINALES DE CLAUSURA

Camaradas:

Los debates del Congreso han evidenciado la completa unidad de los puntos de vista de nuestros dirigentes del Partido, podemos decir que en todos los problemas políticos del Partido. No ha habido, como sabéis, ninguna objeción contra el informe. Se ha visto, por consiguiente, la extraordinaria cohesión ideológica, política y de organización de las filas de nuestro Partido. *(Aplausos.)* Y ahora nos preguntamos: ¿hay acaso necesidad de hacer, después de esto, un discurso de clausura? Creo que no. Permitidme, pues, que renuncie al discurso de clausura. *(Ovación tempestuosa. El Congreso se pone de pie. Un «¡Hurra!» atronador, exclamaciones colectivas de «¡Viva Stalin!» El Congreso entona la «Internacional». Después de cantar la «Internacional», se reanuda la ovación. Gritos de «¡Hurra!», «¡Viva Stalin! ¡Viva el Comité Central!»)*

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL PALACIO DEL KREMLIN, ANTE LA PROMOCION DE MANDOS SALIDOS DE LAS ACADEMIAS DEL EJERCITO ROJO

4 DE MAYO DE 1935

Camaradas:

No se puede negar que en los últimos tiempos hemos obtenido grandes éxitos, tanto en el terreno de la construcción como en el de la administración. En relación con esto, se habla demasiado entre nosotros de los méritos de los dirigentes, de los jefes. Se los atribuye casi todos nuestros éxitos y progresos. Esto, naturalmente, no es ni cierto ni justo. La cuestión no estriba sólo en los jefes. Pero no es de esto de lo que yo quisiera hablar hoy. Quisiera decir unas cuantas palabras a propósito de los cuadros, a propósito de nuestros cuadros, en general, y de los cuadros de nuestro Ejército Rojo, en particular.

Sabéis que hemos recibido como herencia del pasado un país técnicamente atrasado y semiindigente, un país arruinado. Arruinado por cuatro años de guerra imperialista, arruinado una vez más por tres años de guerra civil, un país con una población semianalfabeta, con un bajo nivel técnico, con algunos oasis de industria que se ahogaban en el mar de pequeñísimas economías campesinas. Este es el país que recibimos en herencia del pasado. La tarea consistía en sacar este país de la senda del medioevo y de la ignorancia y llevarlo al cauce de la industria moderna y de la agricultura mecanizada. Una tarea, como veis, seria y difícil. La cuestión estaba planteada del siguiente modo: O resolvemos esta tarea en el plazo más breve y consolidamos en nuestro país el socialismo, o no la resolvemos y entonces nuestro país, técnicamente débil y falto de cultura, perderá su independencia y se convertirá en juguete de las potencias imperialistas.

Nuestro país atravesaba entonces el período del hambre más terrible en el terreno de la técnica. Faltaban máquinas para la industria. No había máquinas para la agricultura. No había máquinas para el transporte. Faltaba la base técnica elemental, sin la cual es inconcebible la transformación industrial del país. No había más que algunas premisas aisladas para crear esa base. Era necesario crear una industria de primer orden. Era necesario orientar esa industria para que fuese capaz de reorganizar técnicamente no sólo la industria, sino también la economía rural, así como nuestro transporte ferroviario. Y con tal objeto, fué preciso

hacer sacrificios y realizar las más duras economías en todos los sentidos; fué preciso hacer economías tanto en la alimentación como en las escuelas y en los artículos textiles, a fin de acumular los recursos indispensables para la creación de la industria. No había otro camino para vencer el hambre en el terreno de la técnica. Así nos lo ha enseñado Lenin, y nosotros hemos seguido en esta obra las huellas de Lenin.

Es evidente que, en una obra tan grande y difícil, no se podía esperar éxitos rápidos y en toda la línea. En una obra de esta índole los éxitos no comienzan a perfilarse hasta pasados unos años. Fué necesario, por esto, armarse de nervios de acero, de firmeza bolchevique y de paciencia tenaz, para superar los primeros fracasos y marchar inflexiblemente hacia adelante, hacia el gran fin, sin admitir vacilaciones ni inseguridad en nuestras filas.

Sabéis que hemos llevado a cabo esta obra, precisamente de esta manera. Pero no todos nuestros camaradas tuvieron nervios suficientemente templados, ni les alcanzaron la paciencia y la firmeza. Hubo entre nosotros quienes inmediatamente después de las primeras dificultades, comenzaron a llamar a retirada. Se dice que «a quien recuerde el pasado, que le saquen un ojo». Esto es, naturalmente, justo. Pero el hombre tiene memoria, e involuntariamente uno recuerda el pasado al hacer el balance de nuestra labor. *(Animación en la sala.)* Pues bien; hubo entre nosotros camaradas que se asustaron ante las dificultades y comenzaron a pedir que el Partido retrocediera. Decían: «¿Qué nos importa vuestra industrialización y vuestra colectivización, vuestras máquinas, la siderurgia, los tractores, las segadoras-trilladoras, los automóviles? Sería mejor que se nos diera más artículos manufacturados, que se comprara mayor cantidad de materias primas para producir artículos de consumo popular, que se proporcionara a la población la mayor cantidad posible de todas esas pequeñeces que embellecen la vida de los hombres. Crear una industria con nuestro atraso, y por añadidura, una industria de primer orden, es una ilusión peligrosa».

Claro que los tres mil millones de rublos oro en divisas, obtenidos a costa de las más duras economías e invertidos en la creación de nuestra industria, hubiéramos podido gastarlos en la importación de materias primas y en fortalecer la producción de artículos de consumo popular. Esto también es un «plan» de cierta índole. Pero, si hubiéramos adoptado un «plan» semejante, no tendríamos metalurgia, ni fabricación de máquinas, ni tractores, ni automóviles, ni aviación, ni tanques. Nos habríamos encontrado desarmados frente a nuestros enemigos exteriores. Habríamos minado las bases del socialismo en nuestro país. Habríamos resultado prisioneros de la burguesía interior y exterior.

Evidentemente, era necesario elegir entre los dos planes: entre el plan de retroceso, que conducía y no podía dejar de conducir a la derrota del socialismo, y el plan de ofensiva, que conducía y, como sabéis, nos ha llevado ya al triunfo del socialismo en nuestro país.

Elegimos el plan de la ofensiva y emprendimos el avance por la senda leninista, dejando atrás a esos camaradas, como a gente que no veía más allá de sus narices y cerraba los ojos ante el futuro próximo de nuestro país, ante el futuro del socialismo en nuestro país.

Pero esos camaradas no siempre se limitaron a criticar y a oponer resistencia pasiva. Nos amenazaron con provocar una sublevación contra el Comité Central en el seno del Partido. Más aún; a algunos de nosotros nos amenazaron de muerte. Por lo visto, creían poder amedrentarnos y obligarnos a que nos desviáramos de la senda leninista. Esta gente había olvidado, evidentemente, que nosotros, los bolcheviques, somos hombres de un temple especial. Habían olvidado que a los bolcheviques no les asustan ni las dificultades ni las amenazas. Habían olvidado que hemos sido forjados por el gran Lenin, nuestro jefe, nuestro maestro, nuestro padre, que ni conocía ni admitía el miedo en la lucha. Habían olvidado que cuanto más rabian los enemigos y cuanto más histéricamente se agitan los adversarios dentro del Partido, tanto más se enardecen los bolcheviques para los nuevos combates y con tanto mayor ímpetu marchan hacia adelante.

Claro que ni siquiera se nos ocurrió desviarnos del camino leninista. Es más; afianzándonos en este camino, hemos marchado adelante con mayor ímpetu aún, barriendo del camino toda clase de obstáculos. Es cierto que, en estas circunstancias, hemos tenido que propinar alguna que otra paliza a algunos de esos camaradas. Pero no había otro remedio. He de reconocer que yo también he contribuído con mi granito de arena a esta obra. *(Aplausos atronadores. Exclamaciones de «¡Hurra!»)*

Sí, camaradas, hemos marchado con seguridad e ímpetu por el camino de la industrialización y de la colectivización de nuestro país. Y hoy se puede considerar como recorrido este camino.

Ahora ya reconoce todo el mundo que en este camino hemos logrado enormes éxitos. Ahora, todo el mundo reconoce que tenemos ya una industria poderosa y de primer orden, una economía rural potente y mecanizada, un transporte que se está desarrollando y que marcha cuesta arriba, un Ejército Rojo poderoso y perfectamente equipado.

Esto significa que ya hemos liquidado en lo fundamental el período del hambre en el terreno de la técnica.

Pero al liquidar el período del hambre en el terreno de la técnica, hemos entrado en un nuevo período, en un período, diría, de hambre en el terreno de los hombres, en el terreno de los cuadros, en el terreno del personal capaz de dominar la técnica e impulsarla hacia adelante. Resulta que tenemos fábricas, talleres, koljoses, sovjoses, medios de transporte, un ejército, tenemos técnica para toda esta obra, pero adolecemos de insuficiencia de hombres que posean la debida experiencia, necesaria para extraer de la técnica el máximo de rendimiento posible. Antes decíamos que «la técnica lo decide todo». Esta consigna nos ha ayudado en el sentido de que hemos liquidado el hambre de técnica y hemos

creado una base técnica amplísima en todas las ramas de la actividad, para armar a nuestros hombres con una técnica de primer orden. Esto está muy bien. Pero dista mucho de ser suficiente. Para poner en movimiento la técnica y sacarle todo el rendimiento, hacen falta hombres que la dominen, hacen falta cuadros capaces de asimilar y aprovechar esta técnica de acuerdo con todas las reglas del arte. La técnica sin hombres que la dominen es una cosa muerta. La técnica con hombres al frente que la dominen puede y debe hacer milagros. Si nuestras fábricas y nuestras empresas industriales de primer orden, si nuestros sovjoses y koljoses, si nuestro transporte, si nuestro Ejército Rojo contaran con una cantidad suficiente de cuadros capaces de dominar la técnica, nuestro país obtendría un rendimiento tres o cuatro veces mayor que el que hoy obtiene. Por eso, actualmente, hay que hacer hincapié en la cuestión de los hombres, de los cuadros, del personal que domine la técnica. Por eso, la vieja consigna de «la técnica lo decide todo», consigna que era el reflejo de un período ya sobrepasado, en el que padecíamos hambre de técnica, debe ser sustituída actualmente por una nueva consigna, por la consigna de «los cuadros lo deciden todo». Esto es ahora lo fundamental.

¿Se puede decir, acaso, que nuestros hombres han comprendido y tienen la conciencia completa de la grandiosa importancia de esta nueva consigna? Yo no lo diría. Pues si así fuera, no asistiríamos a esta manera escandalosa de tratar a la gente, a los cuadros, al personal, que vemos a menudo en nuestra práctica diaria. La consigna de «los cuadros lo deciden todo» exige que nuestros dirigentes manifiesten el mayor cuidado para con nuestro personal «pequeño» y «grande», cualquiera que sea la rama en que trabaje, que lo cultiven cuidadosamente, que le ayuden cuando necesite apoyo, que le estimulen cuando alcance los primeros éxitos, que le animen a ir hacia adelante, etc. No obstante, en realidad, en toda una serie de casos observamos hechos de trato burocrático. inhumano, verdaderamente escandaloso. Precisamente esto explica el hecho de que en vez de estudiar a los hombres, y después del estudio asignarles los puestos, a menudo se juega con ellos como con peones de ajedrez. Han aprendido a apreciar las máquinas y a informar del grado de la técnica que nuestras fábricas y nuestros talleres han alcanzado. Pero no conozco ni un solo caso en el que se haya dado cuenta con esas mismas ganas de la cantidad de personas que hemos educado, durante tal o cual período, de cómo hemos ayudado a los hombres a que se eleven y se templen en el trabajo. ¿Cómo se explica esto? Esto se explica por el hecho de que no se ha aprendido todavía entre nosotros a apreciar a los hombres, a apreciar al personal, a apreciar los cuadros.

Recuerdo un caso ocurrido en Siberia durante mi destierro. Era en la primavera, durante el deshielo de los ríos. Unos treinta hombres fueron al río para sacar las maderas arrastradas por la corriente

desencadenada del enorme río. Al anochecer regresaron a la aldea, pero faltaba un compañero. Cuando se preguntó dónde estaba el ausente, contestaron indiferentemente: «Se quedó allá». A mi pregunta de: «¿Cómo se quedó?», contestaron con la misma indiferencia: «¿Qué tanto preguntar? ¡Se habrá ahogado!» Y en seguida uno de ellos comenzó a darse prisa, declarando que «había que llevar la yegua al abrevadero». Cuando les reproché que se compadecieran de la bestia más que de los hombres, uno de ellos contestó, con la aprobación unánime de los demás: «¿Para qué compadecer a la gente? A la gente siempre se la puede producir, pero una yegua..., a ver..., ¡produce una yegua!» *(Animación general en la sala.)* Ahí tenéis un rasgo, quizá insignificante, pero muy característico. Me parece que la actitud indiferente de algunos de nuestros dirigentes hacia los hombres, hacia los cuadros, así como el no saber apreciar a la gente, es una supervivencia de esa extraña actitud de los hombres frente a los hombres, que se refleja en el episodio de la lejana Siberia que acabo de relatar.

Pues bien, camaradas; si queremos liquidar con éxito el hambre en el terreno de los hombres y lograr que nuestro país tenga suficiente cantidad de cuadros, capaces de impulsar hacia adelante la técnica y de ponerla en movimiento, debemos, ante todo, aprender a apreciar a la gente, apreciar a los cuadros, apreciar a cada trabajador capaz de ser útil a nuestra causa común. Es necesario que se acabe de comprender que de todos los valiosos capitales que existen en el mundo, el capital más precioso y decisivo lo constituyen los hombres, los cuadros. Es necesario que se comprenda que, en nuestras actuales condiciones, «los cuadros lo deciden todo». Si contamos con buenos y numerosos cuadros en la industria, en la agricultura, en los transportes, en el Ejército, nuestro país será invencible. Si carecemos de ellos, cojearemos de los dos pies.

Al terminar mi discurso, permitidme brindar por la salud y la prosperidad de los mandos que han terminado sus estudios en las Academias del Ejército Rojo. ¡Les deseo éxito en la obra de organización y dirección de la defensa de nuestro país!

Camaradas: Habéis terminado la escuela superior y habéis adquirido el primer temple en ella. Pero la escuela no es más que un grado preparatorio. El verdadero temple lo reciben los cuadros en el trabajo vivo, fuera de las aulas, en la lucha contra las dificultades, en la superación de esas dificultades. Recordad, camaradas, que sólo son buenos aquellos cuadros que no tienen miedo a las dificultades, que no se esconden ante las dificultades, sino que, por el contrario, marchan a su encuentro para superarlas y liquidarlas. Sólo en la lucha contra las dificultades se forjan los verdaderos cuadros. Y si nuestro Ejército llega a tener una cantidad suficiente de cuadros verdaderos, templados, será invencible.

¡A vuestra salud, camaradas! *(Aplausos atronadores en toda la sala. Todos se ponen en pie y saludan al camarada Stalin con grandes exclamaciones de «¡Hurra!»)*

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA PRIMERA CONFERENCIA DE STAJANOVISTAS

17 DE NOVIEMBRE DE 1935

1. SIGNIFICACION DEL MOVIMIENTO STAJANOVISTA

Camaradas:

Se ha hablado ya tanto y tan bien de los stajanovistas en esta Conferencia, que, en realidad, pocas cosas me quedan por decir. Sin embargo, puesto que se me ha invitado a subir a la tribuna, diré algunas palabras.

El movimiento stajanovista no puede ser considerado como un movimiento ordinario de los obreros y de las obreras. Un movimiento de los obreros y de las obreras, tal como el movimiento stajanovista, entrará en la historia de nuestra construcción socialista como una de sus páginas más gloriosas.

¿En qué reside la significación del movimiento stajanovista?

En primer lugar, en que refleja el nuevo auge de la emulación socialista, una etapa nueva y más alta de la emulación socialista. ¿Por qué nueva? ¿Por qué más alta? Porque el movimiento stajanovista se distingue, con ventaja para él, de la etapa precedente, como la expresión de la emulación socialista. Antes, hace unos tres años, durante su primera etapa, la emulación socialista no implicaba forzosamente una técnica nueva. Además, en aquel momento, no teníamos apenas, propiamente hablando, una técnica nueva. En cambio, la etapa actual de la emulación socialista, el movimiento stajanovista, se halla forzosamente vinculada a la nueva técnica. El movimiento stajanovista no se concebiría sin una técnica nueva, superior. Tenéis ante vosotros a hombres como los camaradas Stajánov, Busyguin, Smetanin, Krivonós, Pronin, las Vinográdova y muchos otros, hombres nuevos, obreros y obreras, que se han hecho plenamente dueños de la técnica en su ramo, que la han dominado e impulsado. Hace tres años, no había o casi no había entre nosotros hombres semejantes. Estos son hombres nuevos, especiales.

Por otra parte, el movimiento stajanovista es un movimiento de obreros y obreras que se fija como objetivo sobrepasar las normas técnicas actuales, superar las previsiones de capacidad de las empresas, sobrepasar los planes y balances de producción actualmente previstos. Sobrepasarlas, pues estas mismas normas son ya anticuadas para nuestros días, para nuestros hombres nuevos. Este movimiento destruye las antiguas

concepciones sobre la técnica, las antiguas normas técnicas, las antiguas previsiones y capacidades de las empresas, los antiguos planes de producción, y exige la creación de normas técnicas nuevas, más elevadas, nuevas y más elevadas previsiones de rendimiento, nuevos y más elevados planes de producción. El movimiento stajanovista está llamado a revolucionar nuestra industria. Y precisamente por esto es por lo que el movimiento stajanovista, en su esencia, es profundamente revolucionario.

Se ha dicho ya aquí que el movimiento stajanovista, como expresión de normas técnicas más elevadas, representa un modelo de esta productividad elevada del trabajo, que sólo el socialismo puede dar y que no puede dar el capitalismo. Esto es completamente exacto. ¿Por qué el capitalismo derrotó y venció al feudalismo? Porque estableció normas más elevadas de la productividad del trabajo y permitió a la sociedad recibir una cantidad de productos incomparablemente mayor que la que había recibido bajo el régimen feudal. Porque hizo a la sociedad más rica. ¿Por qué el socialismo puede y debe vencer? ¿Por qué necesariamente vencerá al sistema capitalista de la economía? Porque puede dar mejores ejemplos de trabajo, un rendimiento más elevado del trabajo que el sistema de la economía capitalista. Porque puede proporcionar a la sociedad más productos y hacerla más rica de lo que la hace el sistema capitalista de la economía.

Algunos piensan que se puede consolidar el socialismo por medio de una cierta nivelación de los hombres sobre la base de una vida pobre. Esto es un error, ésta es una concepción pequeñoburguesa del socialismo. En realidad, el socialismo no puede vencer más que sobre la base de una productividad elevada del trabajo, una productividad más elevada que bajo el capitalismo, sobre la base de la abundancia de los productos y de los artículos de consumo de toda clase, sobre la base de una vida holgada y del desarrollo cultural de todos los miembros de la sociedad. Mas para que el socialismo pueda alcanzar este fin y hacer de nuestra sociedad soviética la sociedad más próspera, es necesario que exista en el país una productividad de trabajo tal, que supere a la de los países capitalistas avanzados. De otro modo, no se podrá tampoco pensar en la abundancia de los productos y de los artículos de consumo de toda clase. La importancia del movimiento stajanovista está en que es un movimiento que destruye las antiguas normas técnicas por insuficientes; en que, en cierto número de casos, sobrepasa la productividad del trabajo de los países capitalistas más avanzados, abriendo de este modo la posibilidad práctica de seguir consolidando el socialismo en nuestro país, la posibilidad de transformar nuestro país en el país más próspero.

Pero no se limita a esto la importancia del movimiento stajanovista. Su importancia reside también en que prepara las condiciones para el paso del socialismo al comunismo.

El principio del socialismo reside en que, en la sociedad socialista, cada uno trabaja según sus capacidades y recibe los artículos de con-

sumo no conforme a sus necesidades, sino conforme al trabajo que ha dado a la sociedad. Esto significa que el nivel cultural y técnico de la clase obrera continúa siendo poco elevado, que el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual continúa subsistiendo, que la productividad del trabajo todavía no es bastante elevada para asegurar la abundancia de los artículos de consumo, y que, por consiguiente, la sociedad se ve obligada a repartirlos no conforme a las necesidades de los miembros de la sociedad, sino conforme al trabajo que ellos han dado a la sociedad.

El comunismo representa un grado superior de desarrollo. El principio del comunismo consiste en que, en la sociedad comunista, cada uno trabaja según sus capacidades y recibe los artículos de consumo no según el trabajo que ha dado, sino con arreglo a sus necesidades de hombre culturalmente desarrollado. Esto significa que el nivel cultural y técnico de la clase obrera ha llegado a ser suficientemente elevado para socavar los fundamentos del contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. El contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual ha desaparecido ya, y la productividad del trabajo ha alcanzado un grado bastante elevado para asegurar la plena abundancia de artículos de consumo; por consiguiente, la sociedad está en condiciones de repartir estos objetos conforme a las necesidades de sus miembros.

Algunos piensan que la supresión del contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual puede ser obtenida por medio de una cierta nivelación cultural y técnica de los trabajadores intelectuales y manuales sobre la base de una reducción del nivel cultural y técnico de los ingenieros y técnicos, de los trabajadores intelectuales, hasta el nivel de los obreros medianamente calificados. Esto es absolutamente falso. Solamente los charlatanes pequeñoburgueses pueden tener tal idea del comunismo. En realidad, la supresión del contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual no puede ser obtenida más que sobre la base de la elevación del nivel cultural y técnico de la clase obrera hasta el nivel de los ingenieros y de los técnicos. Sería ridículo pensar que esta elevación es irrealizable. En las condiciones del régimen soviético, en que las fuerzas productivas del país están liberadas de las cadenas del capitalismo, donde el trabajo está liberado del yugo de la explotación, donde la clase obrera está en el Poder y donde la nueva generación de la clase obrera tiene todas las posibilidades para asegurarse una instrucción técnica suficiente, esta elevación es completamente realizable. No hay ninguna razón para dudar que sólo esta elevación cultural y técnica de la clase obrera puede destruir los fundamentos del contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, sólo ella puede asegurar esta gran productividad del trabajo y esta abundancia de artículos de consumo que son necesarios para comenzar a pasar del socialismo al comunismo.

En este aspecto, el movimiento stajanovista es significativo en el sentido de que encierra los primeros gérmenes, débiles aún, es cierto,

pero gérmenes al fin, precisamente de esta elevación cultural y técnica de la clase obrera de nuestro país.

Observad, en efecto, a los camaradas stajanovistas. ¿Quiénes son estos hombres? Son, principalmente, obreros y obreras jóvenes o de mediana edad, hombres preparados desde el punto de vista cultural y técnico, modelos de precisión y de exactitud en el trabajo, que saben apreciar el factor tiempo en el trabajo y han aprendido a contar no ya por minutos, sino por segundos. La mayoría de ellos han aprobado el llamado mínimo de conocimientos técnicos y continúa completando su instrucción técnica. Están exentos del conservadurismo y de la rutina de algunos ingenieros, técnicos y dirigentes de la economía. Marchan audazmente hacia adelante, destruyendo las normas técnicas anticuadas y creando otras nuevas, más avanzadas. Introducen enmiendas en las previsiones de capacidad de las empresas o de los planes económicos establecidos por los dirigentes de nuestra industria. A menudo completan y corrigen a los ingenieros y técnicos. Frecuentemente, los instruyen y los empujan hacia adelante, pues son hombres que dominan plenamente la técnica de su ramo y saben hacer que la técnica rinda el máximo de lo que se le puede hacer rendir. Hoy, los stajanovistas son todavía poco numerosos, pero ¿quién puede dudar de que mañana serán diez veces más? ¿No es evidente que los stajanovistas son innovadores en nuestra industria, que el movimiento stajanovista representa el porvenir de nuestra industria, que encierra el germen del futuro auge cultural y técnico de la clase obrera, que nos abre el único camino por el cual se pueden obtener los índices superiores de productividad del trabajo, necesarios para pasar del socialismo al comunismo y para suprimir el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual?

Tal es, camaradas, la significación del movimiento stajanovista para la obra de nuestra edificación socialista.

Stajánov y Busyguin ¿pensaban en esta gran significación del movimiento stajanovista, cuando abordaron la demolición de las antiguas normas técnicas? ¡Seguramente, no! Tenían sus preocupaciones. Se esforzaban por llenar la brecha en la producción de la empresa y sobrepasar el plan económico. Mas, para alcanzar este fin, han tenido que destruir las antiguas normas técnicas y desarrollar una gran productividad del trabajo, que ha superado a la de los países capitalistas avanzados. Pero sería ridículo pensar que esta circunstancia puede aminorar, por poco que sea, la gran importancia histórica del movimiento stajanovista.

Lo mismo puede decirse de los obreros que, por primera vez, organizaron en nuestro país los Soviets de diputados obreros en 1905. Ellos no pensaron, claro está, que los Soviets de diputados obreros servirían de base al régimen socialista. Al crear los Soviets de diputados obreros, no hicieron más que defenderse contra el zarismo, contra la burguesía. Pero esta circunstancia no está en modo alguno en contradicción con el hecho indudable de que el movimiento por los Soviets

de diputados obreros, comenzado en 1905 por los obreros de Leningrado y de Moscú, ha conducido, en fin de cuentas, a la demolición del capitalismo y a la victoria del socialismo en una sexta parte del globo.

2. RAICES DEL MOVIMIENTO STAJANOVISTA

Estamos hoy en el nacimiento del movimiento stajanovista, en su principio.

Será necesario señalar algunos rasgos característicos del movimiento stajanovista.

Lo que salta a la vista es, ante todo, el hecho de que este movimiento comienza en cierta forma casi espontáneamente, en la base, sin ninguna presión de la administración de nuestras empresas. Más aún, este movimiento ha nacido y comenzado a desarrollarse, en una cierta medida, contra la voluntad de la administración de nuestras empresas, y aun luchando contra ella. El camarada Mólotov os ha relatado ya los sufrimientos que ha tenido que soportar el camarada Musinski, serrador de madera en Arjánguelsk, cuando, a espaldas de la organización económica, a espaldas de los controladores, realizaba normas técnicas nuevas, más elevadas. La suerte del mismo Stajánov no ha sido mejor, pues ha tenido que defenderse, en su marcha adelante, no solamente contra ciertos funcionarios de la administración, sino también contra algunos obreros que se mofaban de él y le perseguían por sus «innovaciones». En lo que concierne a Busyguin, se sabe que, por sus «innovaciones», ha estado a punto de perder su trabajo en la fábrica, y que sólo la intervención del jefe del taller, camarada Sokolinski, le ayudó a permanecer en él.

Como veis, si hubo influencia de la administración de nuestras empresas, fué no para ir al encuentro del movimiento stajanovista, sino para oponerse a él. Por consiguiente, el movimiento stajanovista ha nacido y se ha desarrollado como un movimiento procedente de la base. Y es precisamente porque ha surgido de manera espontánea, porque viene de la base, por lo que es el movimiento más vital y más irresistible del período presente.

Conviene también detenerse todavía en un rasgo característico del movimiento stajanovista. Este rasgo característico consiste en que el movimiento stajanovista se propaga sobre todo el territorio de nuestra Unión no poco a poco, sino con una rapidez asombrosa, tal que un huracán. ¿Cómo ha comenzado la cosa? Stajánov ha quintuplicado o sextuplicado, si no más, la norma técnica de extracción de la hulla. Busyguin y Smetanin han hecho lo mismo, el uno en el dominio de la construcción de máquinas, el otro en la industria del calzado. Los periódicos han hecho conocer estos hechos. Y súbitamente, la llama del movimiento stajanovista se propaga a todo el país. ¿Cuál es la causa de esto? ¿De

dónde viene una tal rapidez en la extensión del movimiento stajanovista? ¿Tal vez Stajánov y Busyguin son grandes organizadores con amplios vínculos en las regiones y distritos de la U.R.S.S. y han organizado ellos mismos este movimiento? No, claro está que no. ¿Tal vez Stajánov y Busyguin tienen la pretensión de ser grandes figuras en nuestro país y han llevado ellos mismos a todo el país la chispa del movimiento stajanovista? Esto tampoco es cierto. Vosotros habéis visto aquí a Stajánov y Busyguin. Han intervenido en la Conferencia. Son hombres sencillos y modestos, sin ninguna pretensión de conquistar los laureles de figuras de importancia nacional. Me parece que hasta están un poco perplejos ante la amplitud del movimiento que se ha desarrollado entre nosotros, contrariamente a lo que ellos esperaban. Y si a pesar de esto, la cerilla echada por Stajánov y Busyguin ha bastado para que la llama se extienda, esto quiere decir que el movimiento stajanovista es una cosa completamente madura. Sólo un movimiento que ha madurado completamente y que espera una impulsión para desarrollarse con tanta amplitud, sólo un movimiento tal puede propagarse tan rápidamente y crecer como bola de nieve.

¿Cómo se explica que el movimiento stajanovista se revele cual una cosa completamente madura? ¿Cuáles son las causas de su propagación tan rápida? ¿Cuáles son las raíces del movimiento stajanovista?

Hay aquí, por lo menos, cuatro causas.

1) El movimiento stajanovista ha tenido ante todo por base el mejoramiento radical de la situación material de los obreros. La vida ha llegado a ser mejor, camaradas. La vida ha llegado a ser más alegre. Y cuando se vive alegremente, el trabajo marcha bien. De aquí las normas elevadas de rendimiento. De aquí los héroes y las heroínas del trabajo. Es aquí, ante todo, donde está la raíz del movimiento stajanovista. Si en nuestro país hubiera crisis, si en nuestro país hubiera paro, azote de la clase obrera, si viviéramos mal, de una manera miserable, sin alegría, no habría en nuestro país movimiento stajanovista. *(Aplausos.)* Nuestra revolución proletaria es la única revolución del mundo que ha podido mostrar al pueblo, no sólo resultados políticos, sino también resultados materiales. De todas las revoluciones obreras, no conocemos más que una que haya conquistado, en cierto modo, el Poder: es la Comuna de París. Pero no duró mucho tiempo. Es cierto que intentó romper las cadenas del capitalismo, pero no pudo lograrlo, y mucho menos consiguió mostrar al pueblo los beneficiosos resultados materiales de la revolución. Nuestra revolución es la única que no sólo ha roto las cadenas del capitalismo y ha dado libertad al pueblo, sino que ha conseguido, además, darle las condiciones materiales para una vida acomodada. En esto reside la fuerza invencible de nuestra revolución. Ciertamente, es bueno echar a los capitalistas, echar a los propietarios terratenientes, echar a los sicarios del zar, tomar el Poder y conquistar la libertad. Esto está muy bien. Desgraciadamente, la libertad sola está aún lejos de ser

suficiente. Si el pan falta, si la manteca y las grasas faltan, si las telas faltan, si las viviendas son malas, entonces no se va muy lejos sólo con libertad. Es muy difícil, camaradas, vivir solamente con la libertad. *(Exclamaciones de aprobación. Aplausos.)* Para que se pueda vivir bien y alegremente, es necesario que los bienes de la libertad política sean completados con los bienes materiales. La particularidad característica de nuestra revolución está en haber dado al pueblo no solamente la libertad, sino también los bienes materiales, la posibilidad de una vida desahogada y cultural. Por esto es por lo que en nuestro país la vida ha llegado a ser alegre y es sobre esta base sobre la que ha surgido el movimiento stajanovista.

2) La segunda causa del movimiento stajanovista es la ausencia de explotación en nuestro país. Las gentes trabajan en nuestro país no para los explotadores, no para el enriquecimiento de los parásitos, sino para sí mismos, para su clase, para su propia sociedad soviética, en la cual están en el Poder los mejores hombres de la clase obrera. Por esto es por lo que el trabajo en nuestro país tiene un valor social, es una cuestión de honor y de gloria. Bajo el capitalismo, el trabajo tiene un carácter privado, personal. Si has producido más, recibes más y vives como puedes. Nadie sabe ni quiere saber nada de tí. ¿Trabajas para los capitalistas, los enriqueces? ¿Cómo podría ser de otro modo? Se te da trabajo precisamente para que tú enriquezcas a los explotadores. Si no estás de acuerdo con esto, engrosa las filas de los parados y vegeta como puedas. ¡Ya encontraremos otros más dóciles que tú! He aquí por qué el trabajo de los hombres no es muy apreciado bajo el capitalismo. Se comprende que en tales condiciones no puede haber movimiento stajanovista. De muy distinta manera ocurre en las condiciones del régimen soviético. Aquí, el hombre que trabaja goza de todo respeto. No trabaja para los explotadores, sino para él mismo, para su clase, para la sociedad. Aquí el hombre que trabaja no puede sentirse abandonado y aislado. Al contrario, se siente entre nosotros un ciudadano libre de su país, una especie de hombre público, y si trabaja bien y da a la sociedad lo que puede dar, es un héroe del trabajo, es aureolado de gloria. Se comprende que solamente en tales condiciones ha podido nacer el movimiento stajanovista.

3) Es necesario considerar como tercera causa del movimiento stajanovista la existencia en nuestro país de una nueva técnica. El movimiento stajanovista está orgánicamente relacionado con la nueva técnica. Sin una nueva técnica, sin los nuevos talleres y fábricas, sin el nuevo utillaje, el movimiento stajanovista no habría podido nacer en nuestro país. Sin una nueva técnica se puede aumentar una o dos veces las normas técnicas, pero no más. Si los stajanovistas han aumentado cinco o seis veces las normas técnicas, esto quiere decir que se apoyan completamente en la nueva técnica. Resulta de esto que la industrialización de nuestro país, la reconstrucción de nuestros talleres y nuestras fábricas, la existen-

cia de una nueva técnica y de un nuevo utillaje han sido una de las causas que han engendrado el movimiento stajanovista.

4) Pero sólo con la nueva técnica no se iría muy lejos. Se puede tener una técnica de primer orden, talleres y fábricas de primer orden; pero si no hay hombres capaces de dominar esta técnica, vuestra técnica continúa siendo meros elementos técnicos y nada más. Para que la nueva técnica pueda dar sus resultados, es necesario tener también hombres, cuadros de obreros y de obreras capaces de ponerse al frente de la técnica y de hacerla ir adelante. El nacimiento y el crecimiento del movimiento stajanovista significan que, en nuestro país, ya se han formado tales cuadros entre los obreros y las obreras. Hace dos años, el Partido dijo que, al construir nuevos talleres y nuevas fábricas, al dotar a nuestras empresas de un utillaje nuevo, no habíamos hecho más que la mitad del trabajo. El Partido dijo entonces que el entusiasmo por la construcción de nuevas fábricas debe ser completado con el entusiasmo por su buena explotación, y que solamente por este camino se puede llevar la obra hasta el fin. Es evidente que durante estos dos últimos años se ha continuado la asimilación de esta nueva técnica y la formación de nuevos cuadros. Es indudable ahora que tales cuadros existen ya entre nosotros. No hay por qué decir que sin tales cuadros, sin estos hombres nuevos, no habría entre nosotros movimiento stajanovista. Así es como los hombres nuevos entre los obreros y las obreras que se han asimilado la nueva técnica han sido la fuerza que ha dado, formado e impulsado hacia adelante el movimiento stajanovista.

Tales son las condiciones que han hecho nacer y que han impulsado el movimiento stajanovista.

3. HOMBRES NUEVOS, NORMAS TECNICAS NUEVAS

He dicho que el movimiento stajanovista se ha desarrollado no poco a poco, sino como una explosión, rompiendo un dique. Evidentemente, ha sido necesario pasar por encima de algunas barreras. Alguien lo entorpecía, alguien lo comprimía, pero el movimiento stajanovista, concentrando sus fuerzas, ha roto estas barreras y se ha extendido por todo el país.

¿De qué se trata? ¿Qué era, pues, lo que lo entorpecía, propiamente hablando?

Lo que lo entorpecía eran las antiguas normas técnicas y las gentes que se escudaban tras estas normas. Hace algunos años, nuestros ingenieros, técnicos y jefes de empresas habían establecido determinadas normas técnicas conforme al nivel técnico atrasado de nuestros obreros y obreras. Desde entonces, han pasado algunos años. Durante este tiempo, las gentes han crecido y se han instruído técnicamente. En cuanto a las normas técnicas, han continuado invariables. Se comprende que estas nor-

mas sean ahora anticuadas para nuestros hombres nuevos. Todo el mundo censura actualmente las normas técnicas en vigor. Pero, sin embargo, estas normas no han caído del cielo. Y con esto, no se trata en modo alguno de que estas normas, cuando fueron establecidas, fueran demasiado bajas. Se trata, ante todo, del hecho de que estas normas, anticuadas ya, se las quiere defender como si correspondieran al momento presente. Se aferran al nivel técnico atrasado de nuestros obreros y obreras, se orientan sobre este estado de atraso, se toma éste como punto de partida y se llega finalmente hasta el extremo de comenzar a especular sobre este nivel atrasado. ¿Pero qué hacer, si dicho estado de atraso desaparece? ¿Nos vamos a inclinar ante nuestro estado de atraso y hacer de él un icono, un fetiche? ¿Qué hacer, si los obreros y obreras han conseguido crecer e instruirse técnicamente? ¿Qué hacer, si las antiguas normas técnicas han dejado de responder a la realidad y si nuestros obreros y obreras han conseguido ya, en la práctica, sobrepasarlas en cinco o diez veces? ¿Acaso hemos jurado jamás fidelidad a nuestro estado de atraso? Me parece, camaradas, que nosotros no hemos hecho eso nunca. *(Risa general.)* ¿Es que teníamos como punto de partida el que nuestros obreros y obreras serían eternamente atrasados? Me parece que nunca hemos partido de este punto. *(Risas.)* ¿De qué se trata, pues? ¿Es que carecemos de audacia para romper el conservadurismo de algunos de nuestros ingenieros y técnicos, para romper con las viejas tradiciones y dar libre curso a las nuevas fuerzas de la clase obrera?

Se habla de la ciencia. Se dice que los datos de la ciencia, los datos de los manuales y de las instrucciones técnicas están en contradicción con las exigencias de los stajanovistas en lo que concierne a las nuevas normas técnicas más elevadas. ¿Pero de qué ciencia se trata aquí? Los datos de la ciencia han sufrido siempre la prueba de la práctica, de la experiencia. ¿Cuál es, pues, esta ciencia que ha roto con la práctica, con la experiencia? ¿Qué ciencia es ésta? Si la ciencia fuera tal como se la representan algunos de nuestros camaradas conservadores, se habría perdido desde hace mucho tiempo ya para la humanidad. La ciencia se llama ciencia justamente porque no reconoce fetiches, porque no teme acabar con lo que se hace viejo y caduco y porque presta oído atento a la voz de la experiencia y de la práctica. Si hubiera sido de otro modo, no habría habido, hablando en general, ciencia entre nosotros; no habría habido, por ejemplo, astronomía y habríamos vuelto al sistema anticuado de Ptolomeo; no habría habido biología y continuaríamos todavía consolándonos con la leyenda de la creación del hombre; no habríamos tenido química y habríamos sido reducidos a las predicciones de los alquimistas.

Por eso opino que nuestros ingenieros, técnicos y jefes de empresas, que han conseguido ya quedarse muy rezagados en relación con el movimiento stajanovista, harían bien en no aferrarse durante más tiempo a las viejas normas técnicas y en llevar a cabo un verdadero viraje científico, nuevo, stajanovista.

Bien; se nos dirá: ¿Pero qué hacer con las normas técnicas en general? ¿Hay necesidad de ellas en la industria o puede uno prescindir completamente de todas las normas?

Unos dicen que no tenemos ya necesidad de normas técnicas. Esto no es exacto, camaradas. Más aún; es estúpido. Sin normas técnicas, la economía planificada es imposible. Las normas técnicas son además necesarias para estimular a las masas atrasadas con respecto a las de vanguardia. Las normas técnicas son una gran fuerza reguladora para organizar en la producción a las grandes masas de los obreros en torno a los elementos de vanguardia de la clase obrera. Por lo tanto, tenemos necesidad de normas técnicas, pero no de las que existen, sino de otras más elevadas.

Otros dicen que las normas técnicas son necesarias, pero que es necesario elevarlas desde ahora al nivel de lo que han realizado los Stajánov, los Busyguin, las Vinográdova y otros. Esto también es falso. Tales normas no serían realizables actualmente, pues los obreros y las obreras técnicamente menos preparados que los Stajánov y los Busyguin no las podrían realizar. Tenemos necesidad de normas técnicas que sean aproximadamente unas normas intermedias entre las normas técnicas actuales y las que han sido alcanzadas por los Stajánov y los Busyguin. Tomemos por ejemplo, a María Démchenko, conocida por todos por su cosecha de remolacha de 500 quintales y más por hectárea. ¿Puede hacerse de esta realización la norma de rendimiento para todo el cultivo de la remolacha en Ucrania, por ejemplo? No, no se puede. Es todavía demasiado pronto para hablar de ello. María Démchenko ha obtenido 500 quintales y más por hectárea, en tanto que la cosecha media de remolacha en Ucrania, por ejemplo, es este año de 130 a 132 quintales. La diferencia, como veis, no es pequeña. ¿Se puede fijar una norma de rendimiento de 400 ó de 300 quintales de remolacha por hectárea? Todos los hombres del oficio dicen que todavía no se puede hacer esto por el momento. Evidentemente, será necesario fijar para Ucrania, para 1936, una norma de rendimiento de 200 a 250 quintales de remolacha por hectárea. Y es una norma que no es pequeña, pues en caso de realización, podría darnos dos veces más de azúcar que en 1935. Lo mismo se puede decir de la industria. Stajánov ha superado creo que en diez veces aproximadamente, y aún más, la norma técnica establecida. No sería razonable fijar esta realización como nueva norma técnica para todos los que manejan el martillo-perforador. Será necesario, evidentemente, fijar una nueva norma, que esté aproximadamente entre la norma técnica en vigor y la realizada por el camarada Stajánov.

En todo caso, una cosa es clara: las normas técnicas actuales no responden ya a la realidad, están en retraso y han llegado a ser un freno para nuestra industria. Mas, para no frenar nuestra industria, es necesario sustituirlas por nuevas normas técnicas más elevadas. Hombres nuevos, tiempos nuevos, normas técnicas nuevas.

4. TAREAS INMEDIATAS

¿Cuáles son nuestras tareas inmediatas desde el punto de vista de los intereses del movimiento stajanovista?

Para no perdernos en detalles, nos limitaremos a dos tareas inmediatas.

Primero: La tarea es ayudar a los stajanovistas a impulsar el desarrollo del movimiento stajanovista y extenderlo en amplitud y profundidad en todas las regiones, en todos los distritos de la U.R.S.S. Esto, de una parte. Y de otra, encauzar a los elementos que hay entre los ingenieros y técnicos y jefes de empresa, que se aferran obstinadamente al viejo estado de cosas, que no quieren ir hacia adelante y frenan sistemáticamente el desarrollo del movimiento stajanovista. Para extender en toda su amplitud este movimiento por todo el país, los stajanovistas no se bastan, evidentemente, por sí solos. Es necesario que nuestras organizaciones del Partido se unan a este trabajo y ayuden a los stajanovistas a llevar hasta el fin el movimiento. A este respecto, nuestra organización de la cuenca del Donetz ha dado indudablemente pruebas de una gran iniciativa. También las organizaciones regionales de Moscú y Leningrado trabajan bien en este sentido. ¿Y las otras regiones? Parece que siguen todavía en tren de «ponerse en movimiento». Por ejemplo, no se oye hablar ni una vez o se oye hablar muy poco de los Urales, a pesar de que los Urales, como se sabe, constituyen un formidable centro industrial. Lo mismo hay que decir de Siberia Occidental, de la cuenca del Kusnietsk, donde, según todas las apariencias, todavía no se ha encontrado tiempo para «ponerse en movimiento». Por otra parte, es indudable que nuestras organizaciones del Partido se pondrán a este trabajo y ayudarán a los stajanovistas a vencer las dificultades.

En cuanto al otro aspecto de la cuestión: el de encauzar a los obstinados conservadores, que existen entre los ingenieros, técnicos y jefes de empresas, la situación se presentará de una manera algo más complicada. Será necesario, en primer lugar, convencer de una manera paciente y amistosa a estos elementos conservadores de la industria, del carácter progresivo del movimiento stajanovista y de que es necesario adoptar métodos stajanovistas. Pero si la persuasión es ineficaz, será necesario poner en práctica medidas más enérgicas.

Tomemos, por ejemplo, el Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación. En el aparato central de este Comisariado existía recientemente un grupo de profesores, ingenieros y otros especialistas—entre ellos, comunistas también—, que aseguraban a todo el mundo que una velocidad comercial de trece o catorce kilómetros por hora constituye un límite más allá del cual no se puede ir, si no quiere uno ponerse en contradicción con la «ciencia de la explotación ferroviaria». Este era un grupo que gozaba de una autoridad bastante grande y que propagaba sus ideas por medio de la palabra y por escrito, que daba instrucciones

a los organismos respectivos del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación, y que, en general, «reinaba sobre los espíritus», entre los especialistas de la explotación. Nosotros, que no somos especialistas, hemos asegurado a nuestra vez a estos profesores plenos de autoridad, basándonos en las proposiciones de un gran número de prácticos ferroviarios, que trece o catorce kilómetros no pueden constituir un límite, que con una cierta organización del trabajo se puede ampliar este límite. Este grupo, en lugar de prestar oído atento a la voz de la experiencia y de la práctica y revisar su actitud a este respecto, respondió lanzándose a la lucha contra los elementos progresivos de los ferrocarriles e intensificando aún más la propaganda de sus ideas conservadoras. Nosotros, claro está, hemos tenido que tratar un poco duramente a estas respetables personas y ponerlas muy cortésmente a la puerta del aparato central del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación. *(Aplausos.)* ¿Y qué ha ocurrido? Que ahora tenemos una velocidad comercial de dieciocho a diecinueve kilómetros por hora. *(Aplausos.)*

Me parece, camaradas, que habrá necesidad, en casos extremos, de tener que recurrir a estos métodos también en otras ramas de la economía nacional. desde luego, si los conservadores que se obstinan no cesan de entorpecer el movimiento stajanovista y de ponerle obstáculos.

Segundo: La segunda tarea consiste en ayudar a que adopten los métodos stajanovistas y a que se pongan al frente de este movimiento a aquellos ingenieros, técnicos y administradores de empresa que no quieren contrarrestar dicho movimiento, que simpatizan con él, pero que no han sabido aún readaptarse y ponerse a su frente. Yo diré, camaradas, que ingenieros, técnicos y jefes de empresa de este género, hay muchos entre nosotros. Y si ayudamos a estos camaradas, habrá, indudablemente, aún más.

Creo que, si realizamos estas tareas, el movimiento stajanovista tomará toda su amplitud, se extenderá a todas las regiones y a todos los distritos de nuestro país y nos mostrará los prodigios de nuevas realizaciones.

5. DOS PALABRAS MAS

Algunas palabras respecto a la presente Conferencia, respecto a su significación. Lenin nos ha enseñado que sólo los dirigentes que saben, no sólo instruir a los obreros y campesinos, sino también aprender de ellos, pueden ser verdaderos dirigentes bolcheviques. Estas palabras de Lenin no agradaron a algunos bolcheviques. Pero la historia muestra que también en este dominio Lenin tenía absoluta razón. En efecto, millones de trabajadores, de obreros y de campesinos, trabajan, viven, luchan. ¿Quién puede dudar de que estos hombres no viven en vano, que al vivir y luchar acumulan una enorme experiencia práctica? ¿Se puede

dudar, acaso, de que los dirigentes que desdeñan esta experiencia no pueden ser considerados como verdaderos dirigentes? Por consiguiente, nosotros, dirigentes del Partido y del Gobierno, debemos no sólo instruir a los obreros, sino también aprender de ellos. Que vosotros, miembros de esta Conferencia, habéis aprendido aquí, en esta Conferencia, algo de los dirigentes de nuestro Gobierno, yo no lo negaré. Pero tampoco se puede negar que también nosotros, dirigentes del Gobierno, hemos aprendido mucho de vosotros, de los stajanovistas, de los miembros de la presente Conferencia. ¡Y bien! ¡Gracias, camaradas, por la lección! ¡Muchas gracias! *(Grandes aplausos.)*

Para terminar, dos palabras sobre la manera de cómo será necesario señalar la presente Conferencia. Nosotros hemos deliberado en el Presidium y hemos acordado que será necesario hacer algo que señale esta Conferencia de los dirigentes del Poder y de los dirigentes del movimiento stajanovista, y hemos llegado a la conclusión de que cien o ciento veinte camaradas de entre vosotros deberán ser propuestos para la más alta recompensa.

Voces: ¡Muy bien! *(Grandes aplausos.)*

Stalin: Si estáis de acuerdo, camaradas, lo haremos.

(Los delegados de la Conferencia de stajanovistas ovacionan impetuosa y entusiásticamente al camarada Stalin. Tempestad de aplausos en toda la sala. Potentes «hurras», que hacen retumbar la sala. De todos los rincones salen innumerables exclamaciones en honor del jefe del Partido, camarada Stalin. La ovación termina con el canto de la «Internacional». Los tres mil participantes en la Conferencia entonan el himno proletario.)

SOBRE EL PROYECTO DE CONSTITUCION DE LA UNION DE REPUBLICAS SOCIALISTAS SOVIETICAS

INFORME ANTE EL VIII CONGRESO EXTRAORDINARIO DE LOS SOVIETS DE LA U.R.S.S. PRONUNCIADO EL 25 DE NOVIEMBRE DE 1936

Al aparecer el camarada STALIN en la tribuna, se le tributa una ovación entusiasta y prolongada de toda la sala. Todos se ponen de pie. De todas partes se oyen gritos de «¡Hurra al camarada STALIN! ¡Viva el camarada STALIN! ¡Viva el gran STALIN! ¡Hurra al gran genio, camarada STALIN! ¡Viva! ¡Rot Front! ¡Gloria al camarada STALIN!»

I

LA COMISION DE LA CONSTITUCION, SU FORMACION Y TAREAS

Camaradas:

La Comisión de la Constitución, cuyo proyecto ha sido presentado a este Congreso para su consideración, se formó, como es sabido, por decisión especial del VII Congreso de los Soviets de la U.R.S.S., decisión que fué aprobada el 6 de febrero de 1935 y que dice:

«1. Introducir modificaciones en la Constitución de la U.R.S.S., en el sentido de:

a) proseguir democratizando el sistema electoral, sustituyendo las elecciones que no eran del todo iguales por elecciones iguales, las elecciones indirectas por las directas, el voto público por el secreto;

b) precisar la base social y económica de la Constitución, poniendo ésta en consonancia con la actual correlación de las fuerzas de clase en la U.R.S.S. (creación de la nueva industria socialista, aplastamiento de la clase de los kulaks, triunfo del régimen koljosiano, consolidación de la propiedad socialista como base de la sociedad soviética, etc.).

2. Proponer al Comité Ejecutivo Central de la U.R.S.S., elegir una Comisión de la Constitución, encargada de elaborar el texto corregido de la Constitución sobre las bases mencionadas en el párrafo primero, y presentar el mismo a la aprobación del Comité Ejecutivo Central de la U.R.S.S.

3. Realizar las próximas elecciones ordinarias de los órganos del Poder Soviético en la U.R.S.S. sobre la base del nuevo sistema electoral».

Esto ocurrió el 6 de febrero de 1935. Un día después de ser tomado este acuerdo, esto es, el 7 de febrero de 1935, se reunió la primera sesión del Comité Ejecutivo Central de la U.R.S.S., y, en cumplimiento del acuerdo del VII Congreso de los Soviets de la U.R.S.S., formó una Comisión de la Constitución, compuesta de 31 miembros, a la que encargó elaborar el proyecto del texto corregido de la Constitución de la U.R.S.S.

Tales son los motivos oficiales y las directivas del órgano supremo de la U.R.S.S. que debían servir de base a los trabajos de la Comisión de la Constitución.

La Comisión de la Constitución debía, pues, introducir cambios en la Constitución vigente, que fué adoptada en 1924, teniendo en cuenta los progresos que en la vida de la U.R.S.S. se han efectuado desde 1924 hasta nuestros días en dirección hacia el socialismo.

II

LOS CAMBIOS EN LA VIDA DE LA U.R.S.S. DURANTE EL PERIODO DE 1924 A 1936

¿Cuáles son los cambios que se han producido en la vida de la U.R.S.S. durante el período de 1924 a 1936 y que la Comisión de la Constitución debía reflejar en su proyecto de Constitución?

¿Cuál es la esencia de estos cambios?

¿Qué teníamos en 1924?

Era el primer período de la Nep, cuando el Poder Soviético permitió cierta reanimación del capitalismo, al mismo tiempo que hacía todo lo posible por desarrollar el socialismo, confiando en organizar la preponderancia del sistema socialista sobre el capitalista en el curso de la emulación entre ambos sistemas de economía, el socialista y el capitalista. La tarea consistía en consolidar en el curso de esta emulación las posiciones del socialismo, lograr la liquidación de los elementos capitalistas y coronar la victoria del sistema socialista como sistema básico de la economía nacional.

Nuestra industria presentaba entonces un cuadro poco envidiable, sobre todo la industria pesada. Es verdad que poco a poco se iba restaurando, pero todavía estaba muy lejos de alcanzar el nivel de rendimiento de antes de la guerra. Estaba basada sobre la vieja técnica atrasada y pobre. Desde luego, se desarrollaba hacia el socialismo. La proporción del sector socialista en nuestra industria constituía, en aquella época, casi el 80 por 100. Pero el sector capitalista seguía poseyendo no menos del 20 por 100 de la industria.

Nuestra agricultura presentaba un cuadro aún más desconsolador. Verdad es que la clase de los terratenientes ya estaba liquidada, pero, en cambio, la clase de los capitalistas agrarios, la clase de los kulaks, todavía constituía una fuerza bastante considerable. Vista en su conjunto, la agricultura se parecía entonces a un vasto océano de pequeñas explotaciones campesinas individuales, con su técnica atrasada, medieval. En este océano existían, en forma de puntos aislados y de islotes, koljoses y sovjoses, que, por cierto, todavía no tenían ninguna importancia seria en nuestra economía nacional. Los koljoses y sovjoses eran débiles, mien-

tras que el kulak todavía mantenía su fuerza. Entonces no hablábamos de liquidar a los kulaks, sino de limitarlos.

Lo mismo puede decirse de la circulación de mercancías en el país. El sector socialista sólo constituía de un 50 a un 60 por 100 en la circulación de mercancías, mientras que la totalidad restante del campo de esta actividad pertenecía a mercaderes, especuladores y otros comerciantes particulares.

Este era el cuadro que presentaba nuestra economía en 1924.

¿Qué tenemos ahora, en 1936?

Mientras que entonces estábamos en el primer período de la Nep, en el comienzo de la Nep, período de cierta animación del capitalismo, ahora estamos en el último período de la Nep, en el fin de la Nep, en un período de completa liquidación del capitalismo en todas las esferas de la economía nacional.

Empecemos por el hecho de que nuestra industria se ha desarrollado durante este período llegando a constituir una fuerza gigantesca. En el momento actual, ya no se la puede calificar de débil y decir que está técnicamente mal equipada. Al contrario, ahora está basada sobre una técnica nueva, rica, moderna, con una industria pesada fuertemente desarrollada y una industria de construcción de maquinaria más desarrollada todavía. Lo más importante, sin embargo, es que el capitalismo ha sido desterrado completamente de la esfera de nuestra industria, mientras que la forma socialista de producción es ahora el sistema completamente dominante en la esfera de nuestra industria. No se puede tildar de pequeñez el hecho de que nuestra actual industria socialista, desde el punto de vista del volumen de producción, sobrepasa a la industria de los días de anteguerra en más de siete veces.

En la esfera de la agricultura, en lugar de un océano de pequeñas explotaciones campesinas individuales, técnicamente débiles y con predominio del kulak, tenemos ahora el sistema mecanizado de producción más grande del mundo, equipada con una técnica nueva, en forma de un sistema general de koljoses y sovjoses. Todo el mundo sabe que la clase de los kulaks ha sido suprimida en la agricultura y que el sector de la pequeña explotación campesina individual con su técnica atrasada, medieval, ocupa ahora un lugar insignificante, mientras que su relativo peso en la agricultura, en el sentido de la extensión de la superficie de siembra, se eleva a un 2 ó 3 por 100. Es imposible dejar de mencionar el hecho de que los koljoses cuentan ahora con 316.000 tractores de una capacidad de 5.700.000 HP y que, unidos a los sovjoses, tienen más de 400.000 tractores, con una capacidad de 7.580.000 HP.

En lo que se refiere a la circulación de mercancías en el país, los comerciantes y especuladores han sido expulsados completamente de este campo. Toda la circulación de mercancías se encuentra ahora en manos del Estado, de las cooperativas y de los koljoses. Ha surgido y se ha

desarrollado un nuevo comercio, el comercio soviético, comercio sin especuladores, sin capitalistas.

Es, pues, un hecho la victoria completa del sistema socialista en todas las esferas de la economía nacional.

¿Y qué significa esto?

Esto significa que la explotación del hombre por el hombre ha sido suprimida, liquidada, y que la propiedad socialista de los medios e instrumentos de producción se ha consolidado, como base inviolable de nuestra sociedad soviética. *(Prolongados aplausos.)*

Como resultado de todos estos cambios en la esfera de la economía nacional de la U.R.S.S., ahora contamos con una nueva economía, con la economía socialista, que no conoce las crisis ni el paro forzoso, que no conoce la miseria ni la ruina y que ofrece a los ciudadanos toda posibilidad de disfrutar de una vida de bienestar y de cultura.

Estos son, en esencia, los cambios que se han producido en el terreno de nuestra *economía* durante el período de 1924 a 1936.

En relación con estos cambios en el terreno de la economía de la U.R.S.S., también ha cambiado la *estructura de clase* de nuestra sociedad.

La clase de los terratenientes, como es sabido, había sido ya liquidada como resultado del término victorioso de la guerra civil. En lo que respecta a las demás clases explotadoras, han compartido la suerte de la clase de los terratenientes. Ya no existe la clase de los capitalistas en la esfera de la industria. Ya no existe la clase de los kulaks en la esfera de la agricultura. Ya no existen los comerciantes y especuladores en la esfera de la circulación de mercancías. Todas las clases explotadoras han sido, pues, liquidadas.

Queda la clase obrera.

Queda la clase campesina.

Quedan los intelectuales.

Pero sería un error pensar que estos grupos sociales no han sufrido ningún cambio durante este tiempo, que siguen siendo lo mismo que eran, por ejemplo, en el período del capitalismo.

Pongamos por ejemplo a la clase obrera de la U.R.S.S. Frecuentemente se la llama proletariado, por tradición. ¿Pero qué es el proletariado? El proletariado es una clase privada de los medios e instrumentos de producción, bajo un sistema económico en el que los medios e instrumentos de producción pertenecen a los capitalistas y en el que la clase de los capitalistas explota al proletariado. El proletariado es una clase explotada por los capitalistas. Pero en nuestro país, la clase de los capitalistas, como se sabe, ha sido ya liquidada, los medios e instrumentos de producción han sido quitados a los capitalistas y entregados al Estado, cuya fuerza dirigente es la clase obrera. Por lo tanto, ya no hay una clase de los capitalistas que pueda explotar a la clase obrera. Por lo tanto, nuestra clase obrera no solamente no está desposeída de los medios e instrumentos de producción, sino que, por el contrario, los posee en

común con todo el pueblo. Y al poseerlos, al haber sido liquidada la clase de los capitalistas, queda descartada toda posibilidad de explotación de la clase obrera. ¿Podemos, después de esto, llamar a nuestra clase obrera proletariado? Claro que no. Marx dijo que para que el proletariado pueda emanciparse tiene que aplastar a la clase de los capitalistas, quitar a los capitalistas los medios e instrumentos de producción y destruir aquellas condiciones de producción que engendran el proletariado. ¿Puede decirse que la clase obrera de la U.R.S.S. ha alcanzado ya estas condiciones de su emancipación? Indiscutiblemente, puede y debe decirse. ¿Y qué significa esto? Significa que el proletariado de la U.R.S.S. se ha transformado en una clase completamente nueva, en la clase obrera de la U.R.S.S., que ha destruído el sistema capitalista de economía, ha consolidado la propiedad socialista de los medios e instrumentos de producción y dirige la sociedad soviética por la ruta del comunismo.

Como veis, la clase obrera de la U.R.S.S. es una clase completamente nueva, liberada de la explotación, una clase obrera como no ha conocido hasta ahora la historia de la humanidad.

Pasemos a la cuestión de los campesinos. Se acostumbra a decir que los campesinos son una clase de pequeños productores, cuyos miembros están atomizados, dispersos por todo el país, que trabajan individualmente en sus pequeñas explotaciones, con su técnica atrasada; que son esclavos de la propiedad privada y explotados impunemente por los terratenientes, kulaks, comerciantes, especuladores, usureros, etc. Y, en efecto, los campesinos, en los países capitalistas, hablando de su masa fundamental, son precisamente una clase así. ¿Puede decirse que nuestros campesinos de hoy, los campesinos soviéticos, se parecen en su conjunto a semejantes campesinos? No; no puede decirse. Ya no existen tales campesinos en nuestro país. Nuestros campesinos soviéticos son campesinos absolutamente nuevos. Ya no existen en nuestro país terratenientes y knlaks, ni comerciantes y usureros, que puedan explotar a los campesinos. Por lo tanto, nuestros campesinos son campesinos emancipados de la explotación. Además, nuestros campesinos soviéticos, en su aplastante mayoría, son campesinos koljosianos, esto es, basan su trabajo y sns bienes no en el trabajo individual y en una técnica atrasada, sino en el trabajo colectivo y en una técnica moderna. Por último, la economía de nuestros campesinos no se basa en la propiedad privada, sino en la propiedad colectiva, que se ha desarrollado sobre la base del trabajo colectivo.

Como veis, los campesinos soviéticos son campesinos completamente nuevos, como no los ha conocido hasta ahora la historia de la humanidad.

Pasemos, por último, a la cuestión de los intelectuales, a la cuestión de los ingenieros y trabajadores técnicos, de los trabajadores del frente cultural, de los empleados en general, etc. También han cambiado mucho durante el período transcurrido. Ya no son los antiguos

intellectuales osificados, que trataban de colocarse por encima de las clases, cuando en realidad servían en su masa a los terratenientes y capitalistas. Nuestros intelectuales soviéticos son intelectuales completamente nuevos, cuyas raíces todas están vinculadas con la clase obrera y campesina. En primer lugar, ha cambiado la composición social de los intelectuales. Los descendientes de la nobleza y de la burguesía constituyen un porcentaje pequeño de nuestros intelectuales soviéticos. El 80 ó 90 por 100 de los intelectuales soviéticos proceden de la clase obrera, de los campesinos y de otros sectores de trabajadores. Y, por último, el mismo carácter de la actividad de los intelectuales ha cambiado. Antes tenían que servir a las clases ricas, puesto que no tenían otra salida. Ahora tienen que servir al pueblo, puesto que ya no existen clases explotadoras. Y precisamente por esto son ahora miembros con plenos derechos de la sociedad soviética, donde, en común con los obreros y campesinos, hombro a hombro con ellos, llevan a cabo la edificación de una nueva sociedad, de la sociedad socialista, sin clases.

Como veis, éstos son los trabajadores intelectuales, completamente nuevos, cuyo igual no encontraréis en ningún otro país del mundo.

Estos son los cambios producidos durante el último tiempo en el terreno de la estructura de clase de la sociedad soviética.

¿Qué demuestran estos cambios?

Demuestran, en primer lugar, que las líneas divisorias entre la clase obrera y los campesinos, así como entre estas clases y los intelectuales, se están borrando y que está desapareciendo el viejo exclusivismo de clase. Esto significa que la distancia entre estos grupos sociales se acorta cada vez más.

Demuestran, en segundo lugar, que las contradicciones económicas entre estos grupos sociales desaparecen, se borran.

Demuestran, por último, que desaparecen y se borran entre ellos, igualmente, las contradicciones políticas.

Estos son los cambios en la esfera de la *estructura de clase* en la U.R.S.S.

El cuadro de los cambios introducidos en la vida de la Unión Soviética no sería completo sin decir unas cuantas palabras sobre los cambios habidos en otro terreno. Me refiero a la esfera de las relaciones entre las *nacionalidades* en la U.R.S.S. Como se sabe, la Unión Soviética se compone de cerca de 60 naciones, grupos nacionales y nacionalidades. El Estado soviético es un Estado multinacional. Claro está que la cuestión de las relaciones entre los pueblos de la U.R.S.S. no puede por menos de ser para nosotros de una importancia de primer orden.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, como es sabido, se formó en 1922, en el I Congreso de los Soviets de la U.R.S.S. Se formó sobre el principio de igualdad y libre adhesión de los pueblos de la U.R.S.S. La Constitución actualmente en vigor, adoptada en 1924, es la primera Constitución de la U.R.S.S. Era aquél un período en el que

las relaciones entre los pueblos todavía no estaban debidamente organizadas, cuando las reminiscencias de desconfianza hacia los grandes rusos todavía no habían desaparecido, cuando las fuerzas centrífugas continuaban aún obrando. En aquellas condiciones era necesario establecer la cooperación fraternal de los pueblos sobre la base de la asistencia mutua, económica, política y militar, unificándolos en un Estado multinacional federado. El Poder Soviético no podía dejar de ver las dificultades de esta obra. Ante sí tenía los experimentos fracasados de los Estados multinacionales en los países burgueses. Tenía ante sí el fracaso del experimento del viejo imperio austro-húngaro. Sin embargo, se decidió a intentar la creación de un Estado multinacional, porque sabía que un Estado multinacional que surge sobre la base del socialismo, tenía que salir triunfante de toda clase de pruebas.

Desde entonces han transcurrido catorce años. El período ha sido suficiente para comprobar el ensayo. ¿Y cuál es el resultado? El período transcurrido ha demostrado indudablemente que el ensayo de formar un Estado multinacional, creado sobre la base del socialismo, ha tenido pleno éxito. Esta es una victoria indiscutible de la política leninista en la cuestión nacional. *(Aplausos prolongados.)*

¿A qué se debe esta victoria?

La ausencia de clases explotadoras, que son las principales organizadoras de los choques entre las naciones; la ausencia de la explotación, que cultiva la desconfianza mutua y atiza las pasiones nacionalistas; el hecho de que el Poder se halle en manos de la clase obrera, que es enemiga de toda esclavitud y fiel campeona de la idea del internacionalismo; la realización efectiva de la ayuda mutua entre los pueblos en todas las esferas de la vida económica y social; y por último, el florecimiento de la cultura nacional de los pueblos de la U.R.S.S., que es nacional en su forma y socialista en su contenido; todos estos factores y otros parecidos han cambiado fundamentalmente la fisonomía de los pueblos de la U.R.S.S.; su sentimiento de mutua desconfianza ha desaparecido, se ha desarrollado entre ellos el sentimiento de amistad mutua, y así se ha establecido una cooperación verdaderamente fraternal entre los pueblos en el sistema de un Estado federal único.

Como resultado de ello, tenemos ahora un Estado socialista multinacional perfectamente constituído, que ha salido triunfante de todas las pruebas y cuya solidez puede envidiar todo Estado nacional en cualquier parte del mundo. *(Aplausos clamorosos.)*

Estos son los cambios que se han producido durante el pasado período en la esfera de las *relaciones entre las nacionalidades* en la U.R.S.S.

Este es el balance general de los cambios habidos en la esfera de la vida económica, política y social de la Unión Soviética durante el período de 1924 a 1936.

III

PARTICULARIDADES ESENCIALES DEL PROYECTO DE CONSTITUCION

¿De qué manera se han reflejado en el proyecto de la nueva Constitución todos estos cambios producidos en la vida de la U.R.S.S.?

En otras palabras: ¿Cuáles son las características principales del proyecto de Constitución sometido a la consideración de este Congreso?

La Comisión de la Constitución recibió el encargo de introducir modificaciones en el texto de la Constitución de 1924. Como resultado del trabajo de la Comisión de la Constitución, ha surgido un nuevo texto de la Constitución: el proyecto de la nueva Constitución de la U.R.S.S. Al elaborar el proyecto de la nueva Constitución, la Comisión de la Constitución ha partido del principio de que una Constitución no debe confundirse con un programa. Esto significa que existe una diferencia esencial entre un programa y una Constitución. Mientras un programa formula lo que todavía no existe y lo que hay que alcanzar y conquistar en el futuro, una Constitución, por el contrario, debe tratar de lo que existe ya, de lo que ya se ha alcanzado y conquistado en el momento presente. Un programa se refiere principalmente al futuro, y una Constitución, al presente.

Dos ejemplos a modo de ilustración.

Nuestra sociedad soviética ha conseguido ya realizar el socialismo en lo fundamental; ha creado un régimen socialista; esto es, ha realizado lo que, en otros términos, los marxistas llaman la fase primera o inferior del comunismo. Esto significa que en nuestro país se ha realizado en lo fundamental la primera fase del comunismo, el socialismo. *(Aplausos prolongados.)* El principio básico de esta fase del comunismo es, como se sabe, la fórmula: «De cada uno, según sus capacidades; a cada uno, según su trabajo». ¿Debe reflejar nuestra Constitución este hecho, el hecho de haber conquistado el socialismo? ¿Debe basarse sobre esta conquista? Absolutamente. Debe hacerlo, porque el socialismo en la U.R.S.S. es algo que ya se ha alcanzado y conquistado.

Pero la sociedad soviética no ha alcanzado todavía la realización del comunismo en su fase superior, bajo el cual el principio dominante será la fórmula: «De cada uno, según sus capacidades; a cada uno, según sus necesidades», aunque se plantea el objetivo de lograr en el futuro la realización del comunismo en su fase superior. ¿Puede basarse nuestra Constitución en la fase superior del comunismo, que todavía no existe y que aún ha de ser conquistada? No; no puede, puesto que la fase superior del comunismo es para la U.R.S.S. algo que todavía no se ha realizado y que ha de realizarse en el futuro. No puede, si no quiere convertirse en un programa o en una declaración sobre conquistas futuras.

Estos son los marcos de nuestra Constitución en el actual momento histórico.

El proyecto de la nueva Constitución representa así un resumen del camino recorrido, un resumen de las conquistas alcanzadas ya. Es, por tanto, el registro y consolidación legislativa de lo que se ha alcanzado y conquistado de hecho. *(Aplausos clamorosos.)*

He aquí la primera particularidad del proyecto de la nueva Constitución de la U.R.S.S.

Además, las Constituciones de los países burgueses parten generalmente de la convicción de que el sistema capitalista es intangible. La base esencial de estas Constituciones son los principios del capitalismo, y sus fundamentos principales: la propiedad privada de la tierra, de los bosques, talleres, fábricas y demás instrumentos y medios de producción; la explotación del hombre por el hombre y la existencia de explotadores y explotados; la inseguridad del mañana para la mayoría trabajadora en un polo de la sociedad y el lujo para la minoría que no trabaja, pero cuyo mañana está asegurado, en el otro polo, etc., etc. Las Constituciones de los países burgueses reposan sobre éste y similares fundamentos del capitalismo. Los reflejan, los consolidan en el orden legislativo.

En contraste con estas Constituciones, el proyecto de la nueva Constitución de la U.R.S.S. parte del hecho de la liquidación del régimen capitalista, del hecho de la victoria del régimen socialista en la U.R.S.S. La base esencial del proyecto de la nueva Constitución de la U.R.S.S. descansa sobre los principios del socialismo, sobre sus fundamentos principales, que ya han sido conquistados y realizados, esto es: propiedad socialista de la tierra, bosques, talleres, fábricas y otros instrumentos y medios de producción; liquidación de la explotación y de las clases explotadoras; liquidación de la miseria de la mayoría y del lujo de la minoría; liquidación del paro forzoso; el trabajo como obligación y como deber de honor para todo ciudadano apto para el mismo, de acuerdo con la fórmula: «El que no trabaja no come». El derecho al trabajo, esto es, el derecho de todo ciudadano a obtener un empleo garantizado; el derecho al descanso; el derecho a la instrucción, etc., etc. El proyecto de la nueva Constitución se basa en estos y parecidos fundamentos del socialismo. Los refleja, les da fuerza de ley.

Esta es la segunda característica del proyecto de la nueva Constitución.

Hay más aún. Las Constituciones burguesas parten tácitamente de la premisa de que la sociedad se compone de clases antagónicas, de clases que poseen riquezas y de clases que no las poseen; que sea cual fuere el partido que llegue al Poder, la dirección estatal de la sociedad (dictadura) ha de hallarse en manos de la burguesía; que la Constitución es necesaria para consolidar el orden social deseable y beneficioso para las clases poseedoras.

En contraste con las Constituciones burguesas, el proyecto de la nueva Constitución de la U.R.S.S. parte de la premisa de que en la sociedad no hay ya clases antagónicas; que la sociedad se compone de dos clases amigas: la de los obreros y la de los campesinos; que precisamente estas clases trabajadoras son las que están en el Poder; que la dirección estatal de la sociedad (dictadura) se halla en manos de la clase obrera como la clase de vanguardia de la sociedad; que la Constitución es necesaria para consolidar el orden social deseable y beneficioso para los trabajadores.

Esta es la tercera particularidad del proyecto de la nueva Constitución.

Hay más aún. Las Constituciones burguesas parten, además, tácitamente de la premisa de que las naciones y las razas no pueden ser iguales en derechos; que hay naciones con plenos derechos y naciones sin plenos derechos, y que, además, hay una tercera categoría de naciones o razas; por ejemplo. en las colonias, que tienen todavía menos derechos que las naciones que no disfrutan de plenos derechos. Esto significa que todas las Constituciones son, en el fondo, nacionalistas, es decir, Constituciones de naciones dominantes.

En contraste con estas Constituciones, el proyecto de la nueva Constitución de la U.R.S.S. es, por el contrario, profundamente internacionalista. Parte del principio de que todas las naciones y razas son iguales en derechos. Parte del principio de que las diferencias de color o de idioma, de nivel cultural o de nivel de desarrollo estatal, así como cualquier otra diferencia entre naciones y razas, no pueden servir de base para justificar la desigualdad entre las naciones. Parte del principio de que todas las naciones y razas, independientemente de su situación pasada y presente, independientemente de su fuerza o debilidad, tienen que disfrutar de iguales derechos en todas las esferas de la vida económica, social, estatal y cultural de la sociedad.

Esta es la cuarta particularidad del proyecto de la nueva Constitución.

La quinta particularidad del proyecto de la nueva Constitución es su democratismo firme y consecuente hasta el fin. Desde el punto de vista de la democracia, las Constituciones burguesas pueden dividirse en dos grupos: un grupo de Constituciones niega directamente o reduce de hecho a la nada la igualdad de derechos de los ciudadanos y las libertades democráticas; el otro grupo de Constituciones acepta de buena gana, e incluso proclama a bombo y platillos, los principios democráticos. Pero, al hacerlo, pone tales reservas y restricciones, que los derechos y las libertades democráticas quedan completamente mutilados. Hablan de igualdad de derechos electorales para todos los ciudadanos; pero en seguida los limitan mediante requisitos de residencia, de instrucción e incluso de fortuna. Hablan de igualdad de derechos de los ciu-

dadanos; pero en seguida hacen la reserva de que no se refieren a las mujeres, o que se refieren parcialmente, etc., etc.

El rasgo característico del proyecto de la nueva Constitución de la U.R.S.S. consiste en que está exento de tales reservas y limitaciones. Para él no existen ciudadanos activos o pasivos; para él todos los ciudadanos son activos. No reconoce diferencias entre los derechos de las mujeres y de los hombres, o entre «domiciliados» y «no domiciliados», propietarios o no propietarios, instruídos o sin instrucción. Para la Constitución todos los ciudadanos son iguales en sus derechos. No es la situación de fortuna, no es el origen nacional o el sexo, ni la situación que uno ocupa oficialmente, sino la capacidad personal y el trabajo personal de cada ciudadano lo que determina su posición en la sociedad.

Por último, hay otra particularidad en el proyecto de la nueva Constitución. Las Constituciones burguesas se limitan generalmente a establecer los derechos formales de los ciudadanos, sin preocuparse de las condiciones para el ejercicio de estos derechos, de la posibilidad de su ejercicio, de los medios de su ejercicio. Hablan de la igualdad de los ciudadanos, pero olvidan que no puede haber verdadera igualdad entre el patrono y el obrero, entre el terrateniente y el campesino, si los primeros poscen riquezas e importancia política en la sociedad, mientras los segundos están privados de lo uno y de lo otro; si los primeros son explotadores, mientras que los segundos son explotados. O, si no, hablan de libertad de palabra, de reunión y de prensa, pero olvidan que todas estas libertades pueden convertirse en palabras huecas para la clase obrera si se la priva de la posibilidad de poseer un local adecuado para sus reuniones, de buenas imprentas, de suficiente cantidad de papel, etc.

El rasgo característico del proyecto de la nueva Constitución consiste en que no se limita a establecer los derechos formales de los ciudadanos, sino que acentúa la cuestión de las garantías de estos derechos, la cuestión de los medios de su realización. No proclama simplemente la igualdad de derechos de los ciudadanos, sino que la asegura consolidando legislativamente el hecho de la liquidación del régimen de explotación, el hecho de la emancipación de los ciudadanos de toda explotación. No proclama simplemente el derecho al trabajo, sino que lo garantiza, consolidando legislativamente la ausencia de crisis en la sociedad soviética, la supresión del paro forzoso. No solamente proclama las libertades democráticas, sino que las garantiza legislativamente, facilitando ciertos medios materiales. Por tanto, es evidente que la democracia del proyecto de la nueva Constitución no es una democracia en general, «corriente» y «generalmente reconocida», sino una democracia *socialista*.

Estas son las particularidades esenciales del proyecto de la nueva Constitución de la U.R.S.S.

Así se reflejan en el proyecto de la nueva Constitución los progresos y cambios producidos en la vida económica, social y política de la U.R.S.S. durante el período de 1924 a 1936.

IV

CRITICA BURGUESA DEL PROYECTO DE CONSTITUCION

Unas cuantas palabras sobre la crítica burguesa del proyecto de Constitución.

La cuestión de la actitud observada por la prensa burguesa extranjera ante el proyecto de Constitución. presenta indudablemente cierto interés. Por cuanto la prensa extranjera refleja la opinión pública de varios sectores de la población en los países burgueses, no podemos pasar por alto la crítica que esta prensa ha desplegado contra el proyecto de Constitución.

Las primeras señales de la reacción de la prensa extranjera ante el proyecto de Constitución se expresaron en una tendencia determinada a guardar silencio sobre el proyecto de Constitución. Me refiero en este caso a la prensa más reaccionaria, a la prensa fascista. Este grupo de críticos consideró más conveniente guardar sencillamente silencio sobre el proyecto de Constitución; hacer pasar las cosas como si tal proyecto nunca hubiera existido. Pudiera decirse que la táctica del silencio no es crítica. Pero no es cierto. El método del silencio, como método especial de ignorar los hechos, también es una forma de crítica, aunque ciertamente tonta y ridícula; pero siempre una forma de crítica. *(Hilaridad general. Aplausos.)* Pero su método de silenciar las cosas no les salió bien. Al fin se vieron obligados a abrir la válvula e informar al mundo de que, por muy triste que fuera, el proyecto de Constitución de la U.R.S.S. existe, sin embargo, y no solamente existe, sino que está empezando a ejercer una influencia perniciosa en el espíritu de los pueblos. Y no podía ser de otra manera, porque, al fin y al cabo, en el mundo hay una especie de opinión pública, lectores, hombres vivientes que quieren saber la verdad de los hechos, y es completamente imposible mantenerlos mucho tiempo en la garra del engaño. Con el engaño no se va muy lejos...

El *segundo* grupo de críticos reconoce que el proyecto de Constitución existe en realidad; pero considera que el proyecto no es de gran interés, porque no es esencialmente un proyecto de Constitución, sino una tira de papel, una promesa vana, preparada para hacer alguna maniobra y para engañar a la gente. Y a esto añaden que la U.R.S.S. no podía dar un proyecto mejor, ya que la U.R.S.S. misma no es un Estado, sino solamente un concepto geográfico. *(Hilaridad general.)* Y puesto que no es un Estado, su Constitución no puede ser una verdadera Cons-

titución. Un representante típico de este grupo de críticos es, aunque parezca extraño, la «Deutsche Diplomatisch-Politische Korrespondenz», órgano oficioso alemán. Esta revista dice claramente que el proyecto de Constitución de la U.R.S.S. es una promesa vana, un engaño, una «aldea Potemkin». Declara sin vacilar que la U.R.S.S. no es un Estado, que la U.R.S.S. «no representa más que un concepto geográfico exactamente definido». *(Hilaridad general.)* Que la Constitución de la U.R.S.S. no puede, en vista de esto, reconocerse como una verdadera Constitución.

¿Qué puede decirse de tales, dicho sea con perdón de la palabra, críticos?

En uno de sus cuentos, el gran escritor ruso Schedrín pinta un tipo de burócrata tirano, muy limitado y obtuso, pero vanidoso y celoso en extremo. Después de que este burócrata hubo establecido «orden y tranquilidad» en la región que se le había «confiado», exterminando a millares de habitantes y quemando decenas de ciudades, lanzó una mirada alrededor y divisó a América en el horizonte, un país, naturalmente, poco conocido, en el que resulta que existe cierta clase de libertades que perturban al pueblo y donde el Estado es gobernado por otros métodos. El burócrata vió América y se indignó: ¿Qué clase de país era aquél? ¿De dónde había salido? ¿Con qué derecho existía? *(Risa general. Aplausos.)* Claro que fué descubierto accidentalmente, hace algunos siglos; pero ¿no era posible cubrirlo de nuevo para no volver a oír hablar de él? *(Risa general.)* Y una vez dicho esto, decretó: «Que se vuelva a cubrir América». *(Hilaridad general.)*

Yo creo que esos señores de la «Deutsche Diplomatisch-Politische Korrespondenz» se parecen al burócrata de Schedrín como dos gotas de agua. *(Risa general. Aplausos aprobatorios.)* Hace ya tiempo que la U.R.S.S. es para estos señores una china en el ojo. Hace diecinueve años que la Unión Soviética se yergue como un faro, infundiendo a la clase obrera del mundo entero el espíritu de la emancipación y provocando la rabia de los enemigos de la clase obrera. Y he aquí que esta Unión Soviética no solamente existe, sino que crece, y no solamente crece, sino que prospera, y no solamente prospera, sino que redacta un proyecto de nueva Constitución, un proyecto que exalta el espíritu e inspira nuevas esperanzas a las clases oprimidas. *(Aplausos.)* Después de esto, ¿cómo es posible que los señores del órgano oficioso alemán no se indignen? ¿Qué clase de país es éste?, gritan. ¿Con qué derecho existe? *(Risa general.)* Y si fué descubierto en octubre de 1917, ¿por qué no se le puede cubrir de nuevo para no volver a oír hablar de él? Una vez dicho esto, resolvieron: volver a cubrir la Unión Soviética; proclamar alto y claro que la U.R.S.S., como Estado, no existe; que la U.R.S.S. no es más que un simple concepto geográfico. *(Risa general.)*

Una vez redactada la resolución de cubrir América de nuevo, el burócrata de Schedrín, a pesar de su estulticia, encontró, sin embargo, dentro de sí, elementos de comprensión de la realidad, pues se dijo a sí mismo:

«Pero yo creo que esto no depende de mí». *(Carcajada general. Grandes aplausos.)* No sé si estos señores del órgano oficioso alemán tendrán suficiente meollo para comprender que, desde luego, pueden «cubrir» un Estado cualquiera sobre el papel; pero, hablando en serio, «esto no depende de ellos»... *(Carcajada general. Grandes aplausos.)*

En cuanto a la afirmación de que la Constitución de la U.R.S.S. no es más que una promesa vana, una «aldea Potemkin», etc., quisiera referirme a una serie de hechos establecidos, elocuentes.

En 1917, los pueblos de la U.R.S.S. derribaron a la burguesía y establecieron la dictadura del proletariado, establecieron el Poder Soviético. Este es un hecho y no una promesa.

Después, el Poder Soviético suprimió la clase de los terratenientes y entregó a los campesinos más de 150 millones de hectáreas de tierras señoriales, del Estado y de los conventos; y esto, aparte y además de las tierras que previamente se hallaban en manos de los campesinos. Este es un hecho y no una promesa.

Después, el Poder Soviético expropió a la clase de los capitalistas, les quitó los Bancos, las fábricas, los ferrocarriles y demás instrumentos y medios de producción; los declaró propiedad socialista y colocó a la cabeza de estas empresas a los mejores hombres de la clase obrera. Esto es un hecho y no una promesa. *(Aplausos prolongados.)*

Después, una vez organizadas la industria y la agricultura sobre principios nuevos, socialistas, con una nueva base técnica, el Poder Soviético ha logrado que la agricultura rinda ahora en la U.R.S.S. vez y media más que antes de la guerra, que la industria produzca siete veces más que antes de la guerra y que los ingresos nacionales se hayan cuadruplicado en comparación con la época de antes de la guerra. Todos estos son hechos y no promesas. *(Aplausos prolongados.)*

Después, el Poder Soviético ha suprimido el paro forzoso, ha llevado a la práctica el derecho al trabajo, el derecho al descanso, el derecho a la instrucción; ha garantizado mejores condiciones materiales y culturales para los obreros, campesinos e intelectuales; ha garantizado a los ciudadanos el sufragio universal, directo, igual, en elecciones secretas. Todos estos son hechos y no promesas. *(Aplausos prolongados.)*

Por último, la U.R.S.S. ha trazado un proyecto de nueva Constitución, que no es una promesa, sino que registra y consolida legislativamente estos hechos generalmente conocidos, registra y consolida legislativamente lo que ya se ha alcanzado y conquistado.

Cabe preguntar: ¿a qué se reduce, pues, toda esta charlatanería de los señores del órgano oficioso alemán sobre «las aldeas Potemkin», si no es al objetivo que se han señalado de silenciar al pueblo la verdad sobre la U.R.S.S., de confundir al pueblo, de engañarlo?

Estos son los hechos. Y los hechos, según se dice, son tercos. Los señores del órgano oficioso alemán podrían decir: «Tanto peor para los hechos». *(Risa general.)* Pero se les puede contestar citando el cono-

cido proverbio ruso: «Las leyes no se han escrito para los tontos». *(Grandes carcajadas. Prolongados aplausos.)*

El *tercer* grupo de críticos está dispuesto a reconocer ciertos méritos en el proyecto de Constitución; lo considera como un fenómeno positivo, pero ya ven ustedes, duda mucho de que varias de sus tesis puedan llevarse a efecto, puesto que están convencidos de que, en general, son imposibles de realizar y que quedarán sobre el papel. Estos, hablando suavemente, son escépticos. Escépticos como éstos los hay en todos los países.

Es necesario decir que no es la primera vez que los encontramos. Cuando los bolcheviques tomaron el Poder en 1917, los escépticos decían: «Los bolcheviques quizá no sean malas personas, pero no sabrán administrar el Poder; fracasarán». En realidad resultó, sin embargo, que no fueron los bolcheviques, sino los escépticos, quienes fracasaron.

Durante la guerra civil y la intervención extranjera, este grupo de escépticos decía: «El Poder Soviético, claro está, no es malo; pero Denikin con Kolchak, ayudados por los extranjeros, lo aplastarán». En realidad ha resultado, sin embargo, que los escépticos se equivocaron también en este caso.

Cuando el Poder Soviético publicó el primer Plan quinquenal, los escépticos aparecieron de nuevo en escena diciendo: «El Plan quinquenal es, desde luego, bueno, pero apenas realizable; puede suponerse que los bolcheviques no realizarán su Plan quinquenal». Los hechos han demostrado, sin embargo, que los escépticos volvieron a tener mala suerte; el Plan quinquenal se llevó a cabo en cuatro años.

Lo mismo puede decirse del proyecto de la nueva Constitución y de la crítica que de él han hecho los escépticos. Bastó que se publicara el proyecto para que este grupo de críticos apareciera de nuevo en escena con su escepticismo pesado, con sus dudas respecto a la viabilidad de ciertas disposiciones de la Constitución. No hay ninguna razón para dudar de que los escépticos fracasarán también esta vez, fracasarán ahora como ya han fracasado más de una vez en el pasado.

El *cuarto* grupo de críticos, al atacar el proyecto de la nueva Constitución, lo caracterizan de «evolución a la derecha», de «abandono de la dictadura del proletariado», de «liquidación del régimen bolchevique». «Los bolcheviques se han desviado hacia la derecha; esto es un hecho», dicen en diferentes tonos. Especialmente celosos en este aspecto son algunos periódicos polacos y norteamericanos.

¿Qué puede decirse de tales, con perdón de la palabra, críticos?

Si la extensión de la base de la dictadura de la clase obrera y la conversión de la dictadura en un sistema más flexible y, por lo tanto, más poderoso de dirección estatal de la sociedad, lo consideran no como un fortalecimiento de la dictadura de la clase obrera, sino como su debilitamiento o incluso su abandono, entonces cabe preguntar: ¿es

que estos señores saben, en fin de cuentas, lo que es la dictadura de la clase obrera?

Si la consolidación legislativa de la victoria del socialismo, la consolidación legislativa de los éxitos de la industrialización, de la colectivización y de la democratización, la llaman «evolución a la derecha», entonces cabe preguntar: ¿pero es que estos señores saben en qué se diferencia la izquierda de la derecha? *(Risa general. Aplausos.)*

No cabe la menor duda de que estos señores se han hecho un lío en su crítica del proyecto de Constitución, y al haberse hecho un lío, han confundido la derecha con la izquierda.

No puede uno por menos de recordar con este motivo a la pequeña sirvienta Pelagueya, de «Almas muertas», de Gógol. Esta, según nos cuenta Gógol, una vez quiso mostrar el camino al cochero de Chíchikov, Selifán; pero como no sabía distinguir el lado derecho del izquierdo de la carretera, se hizo un lío, hallándose en una situación embarazosa. Hay que reconocer que nuestros críticos de los periódicos polacos, a pesar de su gran ambición, no han sobrepasado en mucho el nivel de comprensión de Pelagueya, la sirvienta de «Almas muertas». *(Aplausos.)* Como recordaréis, el cochero Selifán creyó necesario hacer un reproche a Pelagueya por confundir la derecha con la izquierda, y le dijo: «Anda, pies negros..., no sabes dónde tienes la derecha ni dónde tienes la izquierda». Yo creo que nuestros infortunados críticos también debían ser reñidos diciéndoseles: «Andad, desgraciados críticos..., no sabéis dónde tenéis la derecha ni dónde tenéis la izquierda». *(Prolongados aplausos.)*

Finalmente, hay otro grupo de críticos. Mientras el grupo anterior acusa al proyecto de Constitución de rechazar la dictadura de la clase obrera, este grupo, por el contrario, lo acusa de no cambiar nada en la situación existente en la U.R.S.S., de dejar intacta la dictadura de la clase obrera, de no admitir la libertad de partidos políticos y de mantener en vigor la presente situación dirigente del Partido Comunista en la U.R.S.S. Este grupo de críticos cree que la ausencia de libertad de partidos en la U.R.S.S. es un signo de violación de los principios de la democracia.

Debo reconocer que el proyecto de la nueva Constitución, desde luego, deja en vigor el régimen de la dictadura de la clase obrera, así como deja intacta la actual posición dirigente del Partido Comunista de la U.R.S.S. *(Gran ovación.)* Si los honorables críticos consideran esto como un defecto del proyecto de Constitución, no podemos hacer más que lamentarlo. Nosotros, bolcheviques, consideramos esto como un mérito del proyecto de Constitución. *(Grandes aplausos.)*

En lo que se refiere a la libertad para los diferentes partidos políticos, nosotros diferimos un poco de su opinión. Un partido es una parte de una clase, su parte de vanguardia. Varios partidos y, por consecuencia, la libertad de los partidos, sólo pueden existir en una sociedad en

la que existen clases antagónicas, cuyos intereses son hostiles e irreconciliables; donde, por ejemplo, hay capitalistas y obreros, terratenientes y campesinos, kulaks y campesinos pobres, etc. Pero en la U.R.S.S. ya no hay tales clases como capitalistas, terratenientes, kulaks, etc. En la Unión Soviética no hay más que dos clases: obreros y campesinos, cuyos intereses, lejos de ser hostiles, son, por el contrario, amistosos. Por lo tanto, en la U.R.S.S. no existe terreno para varios partidos y, por consiguiente, para libertades de esos partidos. En la U.R.S.S. sólo existe terreno para un solo partido: el Partido Comunista. En la U.R.S.S. sólo puede existir un partido, el Partido Comunista, que defiende valientemente y hasta el fin los intereses de los obreros y campesinos. Y que no defiende mal los intereses de estas clases es un hecho del que no puede dudarse. *(Grandes aplausos.)*

Se habla de democracia. ¿Pero qué es la democracia? La democracia en los países capitalistas, en los que existen clases antagónicas, no es, en última instancia, más que democracia para los fuertes, para la minoría poseyente. La democracia en la U.R.S.S. es, por el contrario, una democracia para los trabajadores; es decir, la democracia para todos. De aquí se deduce, pues, que los principios de la democracia no los viola el proyecto de la nueva Constitución de la U.R.S.S., sino las Constituciones burguesas. Por esto es por lo que creo que la Constitución de la U.R.S.S. es la única Constitución del mundo consecuentemente democrática.

Así están las cosas con referencia a la crítica burguesa del proyecto de la nueva Constitución de la U.R.S.S.

V

ENMIENDAS Y ADICIONES AL PROYECTO DE CONSTITUCION

Ahora vamos a tratar la cuestión de las enmiendas y adiciones al proyecto de Constitución hechas por los ciudadanos en el curso de la discusión del proyecto por el pueblo entero.

La discusión del proyecto de Constitución por el pueblo entero ha dado, como se sabe, un número bastante considerable de enmiendas y adiciones. Todas ellas han sido publicadas en la Prensa soviética. En vista de la gran variedad de enmiendas y de su valor desigual, lo mejor sería, en mi opinión, dividirlas en tres categorías.

El rasgo distintivo de las enmiendas de la primera categoría consiste en que no tratan cuestiones de la Constitución, sino cuestiones de labor legislativa corriente de los futuros órganos legislativos. Varias cuestiones sobre seguros, algunas cuestiones sobre la construcción koljosiana, algunas cuestiones sobre la construcción industrial, cuestiones de finan-

zas, tales son los temas de estas enmiendas. Al parecer, los autores de estas enmiendas no ven claramente la diferencia entre cuestiones constitucionales y cuestiones de legislación corriente. Precisamente por esto tratan de introducir en la Constitución el mayor número posible de leyes, llevando a una situación que convertiría la Constitución en algo así como un código de leyes. Pero una Constitución no es un código de leyes. Una Constitución es una ley fundamental, y nada más que una ley fundamental. Una Constitución no excluye, sino que presupone el trabajo legislativo corriente de los futuros órganos legislativos. Una Constitución provee la base jurídica para la actividad legislativa futura de estos órganos. Por consecuencia, las enmiendas y adiciones de este tipo deben ser relegadas, en mi opinión, a los futuros órganos legislativos del país, puesto que no tienen relación directa con la Constitución.

En la segunda categoría entran las enmiendas y adiciones que tienden a introducir en la Constitución elementos de hechos históricos o elementos de declaraciones sobre lo que el Poder Soviético todavía no ha logrado y que debe lograr en el futuro. Consignar en la Constitución las dificultades que el Partido, la clase obrera y todos los trabajadores han vencido durante muchos años en la lucha por la victoria del socialismo; indicar en la Constitución el objetivo final del movimiento soviético, es decir, la construcción de la sociedad comunista completa, éste es el contenido de estas enmiendas, que se repiten en numerosas variantes. Creo que las enmiendas y adiciones de este género deben también dejarse a un lado, puesto que no tienen relación directa con la Constitución. La Constitución es el registro y la consolidación legislativa de las conquistas ya obtenidas y aseguradas. Si no queremos alterar este carácter fundamental de la Constitución, no debemos llenarla de hechos históricos sobre el pasado o de declaraciones sobre las futuras conquistas de los trabajadores de la U.R.S.S. Para eso tenemos otros medios y otros documentos.

Por último, conviene clasificar en la tercera categoría las enmiendas y adiciones que tienen relación directa con el proyecto de Constitución.

Una parte considerable de las enmiendas de esta categoría son de carácter de redacción. Por esto, pueden pasarse a la Comisión de redacción, que yo creo quedará constituída por el presente Congreso, para establecer la redacción definitiva del texto de la nueva Constitución.

En cuanto a las demás enmiendas de la tercera categoría, tienen una importancia más sustancial, y yo creo que sobre ellas hay que decir algunas palabras.

1) Primeramente, sobre las enmiendas hechas al artículo primero del proyecto de Constitución. Hay cuatro enmiendas. Unos proponen que en lugar de decir: «Estado de obreros y campesinos», se diga: «Estado de trabajadores». Otros proponen se añada a las palabras «Estado de obreros y campesinos»: «y trabajadores intelectuales». Los terceros proponen que en lugar de las palabras «Estado de obreros y campesinos»,

se diga: «Estado de todas las razas y nacionalidades que pueblan el territorio de la U.R.S.S.» Los cuartos proponen reemplazar la palabra «campesinos» por la de «koljosianos», o por las palabras «trabajadores de la agricultura socialista».

¿Conviene aceptar estas enmiendas? Yo creo que no.

¿De qué trata el artículo primero del proyecto de Constitución? De la composición de clase de la sociedad soviética. ¿Podemos nosotros, marxistas, dejar a un lado en la Constitución la cuestión de la composición de clase de nuestra sociedad? No, evidentemente. La sociedad soviética se compone, como es sabido, de dos clases: de obreros y de campesinos. De eso precisamente trata el artículo primero del proyecto de Constitución. Por consiguiente, el artículo primero del proyecto de Constitución refleja de manera exacta la composición de clase de nuestra sociedad. Puede preguntarse: ¿y los trabajadores intelectuales? Los intelectuales nunca han sido ni pueden ser una clase: han sido y siguen siendo una capa social que recluta sus miembros entre todas las clases de la sociedad. Antiguamente, los intelectuales se reclutaban entre los nobles, entre la burguesía, en parte entre los campesinos, y solamente en la más ínfima proporción entre los obreros. En nuestra época, en la época soviética, los intelectuales se reclutan, ante todo, entre los obreros y campesinos. Pero sea cual sea la manera en que se recluten, sea cual sea el carácter que revistan, los intelectuales son, sin embargo, una capa social y no una clase.

¿No lesiona esta circunstancia los derechos de los trabajadores intelectuales? En absoluto. El artículo primero del proyecto de Constitución no habla de los derechos de las diversas capas de la sociedad soviética, sino de la composición de clase de esta sociedad. En cuanto a los derechos de las diversas capas de la sociedad soviética, incluso los derechos de los trabajadores intelectuales, de esto tratan principalmente los capítulos X y XI del proyecto de Constitución. De estos capítulos se desprende claramente que los obreros, los campesinos y los trabajadores intelectuales son completamente iguales en derechos en todas las esferas de la vida económica, política, social y cultural del país. Por tanto, no cabe duda de que no se trata de lesionar los derechos de los trabajadores intelectuales.

Hay que decir otro tanto de las naciones y de las razas que forman parte de la U.R.S.S. En el capítulo II del proyecto de Constitución se dice ya que la U.R.S.S. es una unión libre de naciones iguales en derechos. ¿Es necesario repetir esta fórmula en el artículo primero del proyecto de Constitución, que no trata de la composición nacional de la sociedad soviética, sino de su composición de clase? Claro que no. En cuanto a los derechos de las naciones y de las razas que forman parte de la U.R.S.S., de ello se habla en los capítulos II, X y XI del proyecto de Constitución. De estos capítulos se desprende claramente que las naciones y las razas de la U.R.S.S. disfrutan de los mismos derechos en to-

das las esferas de la vida económica, política, social y cultural del país. Por lo tanto, no cabe duda de que no se trata de lesionar los derechos de las naciones.

Sería igualmente equivocado reemplazar la palabra «campesino» por la palabra «koljosiano», o por las palabras «trabajador de la agricultura socialista». En primer lugar, entre los campesinos aún existe, además de los koljosianos, más de un millón de hogares no koljosianos. ¿Cómo proceder con ellos? ¿Los autores de estas enmiendas intentan no tenerlos en cuenta? Esto no sería razonable. En segundo lugar, si la mayoría de los campesinos han pasado a la economía koljosiana, esto no quiere decir todavía que hayan dejado de ser campesinos, que ya no tienen economía personal, hogar personal, etc. En tercer lugar, habría entonces que sustituir igualmente la palabra «obrero» por las palabras «trabajador de la industria socialista», lo que, sin embargo, no se sabe por qué, no proponen los autores de las enmiendas. Por último, ¿es que en nuestro país han desaparecido ya la clase de los obreros y la clase de los campesinos? Y si no han desaparecido, ¿hay que borrar del vocabulario las denominaciones establecidas para ellos? Los autores de la enmienda se refieren por lo visto, no a la sociedad actual, sino a la sociedad futura, en la que ya no habrá clases y en la que los obreros y campesinos se habrán convertido en trabajadores de una sociedad comunista única. Por lo tanto, se han anticipado, manifiestamente. Pero en la redacción de la Constitución hay que tomar como punto de partida no el futuro, sino el presente, lo que existe ya. La Constitución no puede ni debe anticiparse.

2) Sigue la enmienda al artículo 17 del proyecto de Constitución. Esta enmienda propone eliminar completamente del proyecto de Constitución el artículo 17, que dice que las Repúblicas federadas conservan el derecho de salirse libremente de la U.R.S.S. Yo creo que esta proposición no es acertada y que, por lo tanto, el Congreso no debe aprobarla. La U.R.S.S. es una unión libre de Repúblicas federadas iguales en derechos. Eliminar de la Constitución el artículo referente al derecho de separarse libremente de la U.R.S.S. significa violar el carácter de libre adhesión a esta unión. ¿Podemos nosotros dar este paso? Yo creo que ni podemos ni debemos hacerlo. Se dice que en la U.R.S.S. no hay una sola República que quiera separarse de la U.R.S.S. y que, por tanto, el artículo 17 no tiene importancia práctica. Naturalmente, es cierto que no hay una sola República que desee separarse de la U.R.S.S. Pero de eso no resulta, ni mucho menos, que no debamos establecer en la Constitución el derecho de las Repúblicas federadas a separarse libremente de la U.R.S.S. En la U.R.S.S. no hay Repúblicas federadas que quieran aplastar a otra República Soviética. Sin embargo, de ello no se deduce, ni mucho menos, que deba eliminarse de la Constitución el artículo que trata de la igualdad de derechos de las Repúblicas federadas.

3) También se ha hecho la proposición de completar el artículo se-

gundo del proyecto de Constitución con un nuevo artículo cuyo contenido es que las Repúblicas Socialistas Soviéticas autónomas, una vez alcanzado un nivel de desarrollo económico y cultural adecuado, pueden transformarse en Repúblicas Soviéticas federadas. ¿Puede aceptarse esta proposición? Yo creo que no. Es errónea no solamente en su contenido, sino también desde el punto de vista de sus motivos. No se puede motivar el paso de las Repúblicas autónomas a la categoría de Repúblicas federadas por su madurez económica y cultural, así como no puede motivarse el mantenimiento de esta u otra República en la lista de las Repúblicas autónomas por su retraso económico o cultural. Esto no sería una manera de apreciar marxista-leninista. La República Tártara, por ejemplo, sigue siendo autónoma, mientras que la República de Kasajia pasa a ser federada; pero esto no quiere decir que la República de Kasajia, desde el punto de vista del desarrollo cultural y económico, sea superior a la República Tártara. Es exactamente al contrario. Lo mismo puede decirse, por ejemplo, de la República autónoma de los alemanes del Volga y de la República federada de Kirguisia, siendo la primera, desde el punto de vista cultural y económico, superior a la segunda, aunque sigue siendo República autónoma.

¿Cuáles son las características que motivan el paso de las Repúblicas autónomas a la categoría de Repúblicas federadas?

Estas características son tres.

Primero, es necesario que la República sea periférica, que no esté rodeada por todos lados de territorio de la U.R.S.S. ¿Por qué? Porque si la República federada conserva el derecho de separarse de la U.R.S.S., es necesario que esta República, una vez que ha pasado a ser federada, tenga lógica y prácticamente la posibilidad de plantear la cuestión de su separación de la U.R.S.S. Pero tal cuestión sólo puede plantearla la República que, por ejemplo, es limítrofe de un Estado extranjero cualquiera, y que, por consiguiente, no esté rodeada por todos lados de territorio de la U.R.S.S. Es cierto que no tenemos Repúblicas que planteen prácticamente la cuestión de su salida de la U.R.S.S. Pero desde el momento en que una República federada tiene el derecho de separarse de la U.R.S.S., hay que hacerlo de manera que este derecho no se convierta en un jirón de papel desprovisto de sentido. Pongamos el ejemplo de la República de Bashkiria o de Tartaria. Admitamos que se haya elevado a estas Repúblicas autónomas a la categoría de Repúblicas federadas. ¿Podrían, lógica y prácticamente, plantear la cuestión de su salida de la U.R.S.S.? No, no podrían. ¿Por qué? Porque están rodeadas por todos lados de Repúblicas y regiones soviéticas y, por decirlo así, no tendrían por dónde salirse de la U.R.S.S. *(Hilaridad general. Aplausos.)* Sería, pues, erróneo hacer pasar estas Repúblicas a la categoría de federadas.

Segundo, es necesario que la nacionalidad que ha dado su nombre a la República Soviética represente en esta República una mayoría más

o menos compacta. Pongamos el ejemplo de la República autónoma de Crimea. Es una República periférica, pero los tártaros de Crimea no constituyen la mayoría en esta República; al contrario, representan en ella la minoría. Por lo tanto, sería falso e ilógico hacer pasar a la República de Crimea a la categoría de las Repúblicas federadas.

En tercer lugar, es necesario que la República no sea demasiado pequeña en el sentido de la población; que ésta, por ejemplo, no sea inferior, sino superior a un millón, por lo menos. ¿Por qué? Porque sería un error suponer que una pequeña República Soviética, con una población mínima y un ejército insignificante, pudiera contar con una existencia independiente como Estado. Es indudable que los tiburones imperialistas no tardarían en devorar tal República.

Yo creo que sin la existencia de estas tres características objetivas, sería erróneo plantear en el momento histórico actual la cuestión de pasar esta o aquella República autónoma a la categoría de República federada.

4) Se propone asimismo suprimir en los artículos 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28 y 29 la enumeración detallada de la división administrativa territorial de las Repúblicas federadas en territorios y regiones. Yo creo que esta proposición es igualmente inaceptable. En la U.R.S.S. hay gente dispuesta de buena gana a cortar y recortar incansablemente territorios y regiones, causando así confusión e incertidumbre en el trabajo. El proyecto de Constitución pone freno a esta gente. Y eso está muy bien, porque en esto, como en muchas otras cosas, necesitamos una atmósfera de certidumbre, necesitamos estabilidad y claridad.

5) La quinta enmienda se refiere al artículo 33. Se juzga que no es necesario crear dos Cámaras y se propone suprimir el Soviet de las Nacionalidades. Yo creo que esta enmienda es también errónea. El sistema de Cámara única sería mejor que el bicameral, si la U.R.S.S. fuera un Estado nacional homogéneo. Pero la U.R.S.S. no es un Estado nacional homogéneo. La U.R.S.S. es, como bien se sabe, un Estado multinacional. Poseemos un organismo supremo en el que están representados los intereses *comunes* de todos los trabajadores de la U.R.S.S. independientemente de su nacionalidad. Este es el Soviet de la Unión. Pero, además de los intereses comunes, las nacionalidades de la U.R.S.S. tienen también *sus* intereses *particulares, específicos*, vinculados a sus particularidades nacionales. ¿Pueden descuidarse esos intereses específicos? No, evidentemente. ¿Es necesario tener un organismo supremo especial que refleje precisamente esos intereses específicos? Indiscutiblemente, sí. No cabe la menor duda de que sin un organismo semejante sería imposible gobernar un Estado multinacional como la U.R.S.S. Este organismo es la segunda Cámara, el Soviet de las Nacionalidades de la U.R.S.S.

Se invoca la historia parlamentaria de los Estados de Europa y América; se invoca el hecho de que el sistema bicameral existente en esos países sólo ha tenido resultados negativos, que la segunda Cámara degenera habitualmente en un centro de reacción, en un freno contra la

marcha progresiva. Todo esto es exacto. Pero eso ocurre porque en estos países no hay igualdad entre las Cámaras. Se sabe que a la segunda Cámara se le conceden con frecuencia más derechos que a la primera, y además, como regla general, la segunda Cámara se constituye en forma no democrática; con frecuencia sus miembros son nombrados desde arriba. Es cierto que estos resultados negativos no existirían, si se estableciera la igualdad de ambas Cámaras y si se organizase la segunda en forma igualmente democrática que la primera.

6) Se propone también una adición al proyecto de Constitución, pidiendo sea igual el número de miembros en ambas Cámaras. Yo creo que podría aceptarse esta proposición. Ofrece, a mi modo de ver, ventajas políticas evidentes, puesto que subraya la igualdad de ambas Cámaras.

7) Luego hay una adición al proyecto de Constitución que propone elegir a los diputados al Soviet de las Nacionalidades de la misma manera que a los del Soviet de la Unión, mediante elecciones directas. Yo creo que también podría aceptarse esta proposición. Es cierto que puede causar ciertas incomodidades técnicas durante las elecciones. Pero, en compensación, ofrece una importante ventaja política, porque acrecienta la autoridad del Soviet de las Nacionalidades.

8) Después hay una enmienda al artículo 40, que propone se reserve al Presidium del Soviet Supremo el derecho de decretar actos legislativos provisionales. Yo creo que esta enmienda no es acertada, y que no debe ser aprobada por el Congreso. Hay que poner fin a esta situación, en la cual no es un organismo único el que legisla, sino una serie de organismos. Semejante situación es contraria al principio de la estabilidad de las leyes. Y la estabilidad de las leyes nos es necesaria ahora más que nunca. El poder legislativo en la U.R.S.S. debe ser ejercido por un solo organismo: el Soviet Supremo de la U.R.S.S.

9) Se propone también una adición al artículo 48 del proyecto de Constitución, pidiendo que el presidente del Presidium del Soviet Supremo de la Unión Soviética sea elegido no por el Soviet Supremo de la U.R.S.S., sino por la población entera del país. Yo creo que esta adición no es acertada, ya que no responde al espíritu de nuestra Constitución. De acuerdo con el sistema de nuestra Constitución, no debe haber en la U.R.S.S. un presidente único, elegido como tal por la población entera, con el mismo título que el Soviet Supremo y que pueda oponerse a éste. En la U.R.S.S., la Presidencia es colectiva, es el Presidium del Soviet Supremo, incluído el presidente del Presidium del Soviet Supremo, que no es elegido por toda la población, sino por el Soviet Supremo, y obligado a rendir ante él cuentas de su actuación. La experiencia de la historia demuestra que esta estructura de los organismos supremos es la más democrática y garantiza al país contra toda contingencia indeseable.

10) Sigue después una enmienda al mismo artículo 48. Dice: «Aumentar el número de vicepresidentes del Presidium del Soviet Supremo

de la U.R.S.S. hasta 11, para que haya un vicepresidente de cada República federada». Yo creo que podría aceptarse esta enmienda, que mejora las cosas y sólo puede reforzar la autoridad del Presidium del Soviet Supremo de la U.R.S.S.

11) Después sigue una enmienda al artículo 77. Pide que se organice un nuevo Comisariado del Pueblo de toda la Unión, a saber: el Comisariado del Pueblo de la Industria de Defensa. Yo creo que estaría bien, igualmente, aceptar esta enmienda *(aplausos)*, porque ha llegado el momento de separar nuestra industria de la Defensa y dotarla de un Comisariado correspondiente. Me parece que esto no haría más que mejorar la obra de la defensa de nuestro país.

12) Sigue luego una enmienda al artículo 124 del proyecto de Constitución, pidiendo que se introduzca un cambio en el sentido de prohibir el ejercicio de los cultos religiosos. Yo creo que hay que rechazar esta enmienda, porque no responde al espíritu de nuestra Constitución.

13) Por último, otra enmienda de carácter más o menos esencial. Hablo de la enmienda al artículo 135 del proyecto de Constitución. Propone privar de derechos electorales a los clérigos, a los antiguos guardias blancos, a toda aquella gente e individuos del pasado que no realizan un trabajo de utilidad social, o por lo menos, limitar los derechos electorales de los individuos de esta categoría, concediéndoles el derecho a elegir sin poder ser elegidos. Yo creo que hay que rechazar igualmente esta enmienda. El Poder Soviético privó de sus derechos electorales a los elementos no trabajadores y explotadores, pero no perpetuamente, sino provisionalmente, hasta cierto período. Hubo un tiempo en el que estos elementos llevaban a cabo una guerra abiertamente contra el pueblo y se oponían a las leyes soviéticas. La respuesta del Poder de los Soviets a esta oposición fué la ley soviética privándoles del derecho electoral. Desde entonces ha pasado bastante tiempo. Durante el período transcurrido hemos logrado que las clases explotadoras sean suprimidas, y el Poder Soviético se ha convertido en una fuerza invencible. ¿No ha llegado, pues, la hora de revisar esta ley? Yo creo que sí. Se dice que la cuestión es peligrosa, porque en los órganos supremos del país pueden deslizarse elementos hostiles al Poder Soviético: antiguos guardias blancos, kulaks, popes, etc. Pero, en realidad, ¿qué es lo que se teme? El que tenga miedo a los lobos, que no vaya al bosque. *(Animación en la sala. Clamorosos aplausos.)* En primer lugar, no todos los antiguos kulaks, guardias blancos o popes son hostiles al Poder Soviético. Y, en segundo lugar, si el pueblo elige aquí y allá hombres hostiles, eso querrá decir que nuestro trabajo de agitación no sirve para nada y que nos hemos merecido semejante vergüenza; si, por el contrario, nuestro trabajo de agitación se hace a la manera bolchevique, el pueblo no dejará que los elementos hostiles pasen a sus órganos supremos. Por consiguiente, hay que trabajar y no gemir. *(Tempestuosos aplausos.)* Hay que trabajar y no esperar a que le sirvan a uno las cosas preparadas mediante dispo-

siciones administrativas. Ya en 1919, Lenin decía que se acercaba el tiempo en que el Poder de los Soviets juzgaría útil introducir el sufragio universal sin ninguna restricción. ¿Oís bien? *Sin ninguna restricción.* Lo decía cuando la intervención militar extranjera aún no estaba liquidada y cuando nuestra industria y agricultura se hallaban en una situación pésima. Desde entonces han transcurrido diecisiete años. ¿No ha llegado la hora, camaradas, de cumplir esta indicación de Lenin? Yo creo que sí.

He aquí lo que dijo Lenin en 1919 en su obra «Proyecto de programa del Partido Comunista (bolchevique) de Rusia». Permitidme que os lo lea:

«El Partido Comunista de Rusia debe explicar a las masas trabajadoras, para evitar una generalización errónea de las necesidades históricas pasajeras, que el privar de los derechos electorales a una parte de los ciudadanos en la República Soviética no se refiere, en modo alguno, como ha ocurrido en la mayoría de las Repúblicas democráticas burguesas, a una categoría determinada de ciudadanos, a la que se declara privada de derechos por toda la vida; sólo se refiere a los explotadores, a los que, a pesar de las leyes fundamentales de la República Socialista Soviética, persisten en defender su posición de explotadores, en mantener las relaciones capitalistas. Por consiguiente, por una parte, en la República de los Soviets, a medida que se fortalece el socialismo de día en día y disminuye el número de aquellos que disponen de la posibilidad objetiva de seguir siendo explotadores o de mantener relaciones capitalistas, la proporción de los individuos privados del derecho electoral disminuye. Es dudoso que hoy día esta proporción sobrepase en Rusia el 2 ó 3 por 100. Por otra parte, en el futuro más próximo, el cese de la invasión del exterior y el logro de la expropiación de los expropiadores puede, bajo ciertas condiciones, crear tal estado de cosas, que el Poder del Estado proletario elegirá otros medios para aplastar la resistencia de los explotadores e introducirá el sufragio universal *sin ninguna restricción* (*)» (*Lenin*, t. XXIV, pág. 94).

Yo creo que está claro.

Así están las cosas en cuanto a las enmiendas y adiciones al proyecto de Constitución de la U.R.S.S.

VI

IMPORTANCIA DE LA NUEVA CONSTITUCION DE LA U.R.S.S.

A juzgar por los resultados de la discusión popular que ha durado aproximadamente cinco meses, puede suponerse que el proyecto de Constitución será aprobado por este Congreso. *(Tempestuosos aplausos. La sala entera se pone en pie.)*

Dentro de unos días, la Unión Soviética tendrá una nueva Constitución, una Constitución socialista, basada en los principios de una democracia socialista ampliamente desarrollada.

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

Será un documento histórico que trate con sencillez y concisión, casi en un estilo de proceso verbal, de los hechos de la victoria del socialismo en la U.R.S.S., de los hechos de la liberación de los trabajadores de la U.R.S.S. de la esclavitud capitalista, de los hechos de la victoria conquistada en la U.R.S.S. por la democracia ampliamente desarrollada y consecuente hasta el fin.

Será un documento que testimonie que aquello con lo que soñaban y siguen soñando millones de hombres honrados en los países capitalistas, se ha realizado ya en la U.R.S.S. *(Tempestuosos aplausos.)*

Será un documento que testimonie que lo que se ha realizado en la U.R.S.S. puede muy bien realizarse también en los demás países. *(Tempestuosos aplausos.)*

De esto se deduce que difícilmente puede estimarse en demasía la importancia internacional de la nueva Constitución de la U.R.S.S.

Ahora que la ola fangosa del fascismo vomita sobre el movimiento socialista de la clase obrera y pisotea en el lodo las aspiraciones democráticas de los mejores hombres del mundo civilizado, la nueva Constitución de la U.R.S.S. será un acta de acusación contra el fascismo, siendo testimonio de que el socialismo y la democracia son invencibles. *(Aplausos.)* La nueva Constitución de la U.R.S.S. será una ayuda moral y un sostén eficaz para todos aquellos que llevan a cabo actualmente la lucha contra la barbarie fascista. *(Tempestuosos aplausos.)*

Para los pueblos de la U.R.S.S., la importancia de la nueva Constitución es aún mayor. Mientras que para los pueblos de los países capitalistas la Constitución de la U.R.S.S. representará un programa de acción, para los pueblos de la U.R.S.S. representará el balance de su lucha, el balance de sus victorias en el frente de la liberación de la humanidad. Como resultado del camino de luchas y privaciones recorrido, es agradable y causa júbilo tener una Constitución que trata del fruto de nuestras victorias, es agradable y causa júbilo saber por qué han luchado nuestros hombres y cómo han ganado su victoria histórica mundial; es agradable y causa júbilo saber que la sangre abundantemente vertida por nuestros hombres no ha sido derramada en vano y que ha dado sus resultados. *(Prolongados aplausos.)* Esto es lo que arma moralmente a nuestra clase obrera, a nuestros campesinos, a nuestros trabajadores intelectuales. Esto es lo que impulsa adelante y estimula el sentimiento de orgullo legítimo. Esto es lo que afirma la fe que tenemos en nuestras propias fuerzas y nos moviliza para una lucha nueva, a fin de conquistar nuevas victorias para el comunismo. *(Tempestuosa ovación. Toda la sala se pone de pie. Estallan «hurras» atronadores. Gritos unánimes de «¡Viva el camarada Stalin!» El Congreso, de pie, entona la «Internacional». Nueva ovación. Nuevos gritos de «¡Hurra! ¡Viva nuestro jefe el camarada Stalin!»)*

SOBRE EL MATERIALISMO DIALECTICO Y EL MATERIALISMO HISTORICO

SEPTIEMBRE DE 1938

El materialismo dialéctico es la concepción filosófica del Partido marxista-leninista. Llámase materialismo dialéctico porque su modo de abordar los fenómenos de la naturaleza, su método de estudiar estos fenómenos y de concebirlos, es *dialéctico*, y su interpretación de los fenómenos de la naturaleza, su modo de enfocarlos, su teoría, *materialista*.

El materialismo histórico es la aplicación de los principios del materialismo dialéctico al estudio de la vida social, la aplicación de los principios del materialismo dialéctico a los fenómenos de la vida de la sociedad, al estudio de ésta y de su historia.

Caracterizando su método dialéctico, Marx y Engels se remiten generalmente a Hegel, como al filósofo que formuló los rasgos fundamentales de la dialéctica. Pero esto no quiere decir que la dialéctica de Marx y Engels sea idéntica a la dialéctica hegeliana. En realidad, Marx y Engels sólo tomaron de la dialéctica de Hegel su «médula racional», desechando la corteza idealista hegeliana y desarrollando la dialéctica, para darle una forma científica moderna.

«Mi método dialéctico—dice Marx—no sólo es en su base distinto del método de Hegel, sino que es directamente su reverso. Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte incluso, bajo el nombre de idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo (creador) de lo real, y lo real su simple forma externa. Para mí, por el contrario, lo ideal no es más que lo material traspuesto y traducido en la cabeza del hombre». (*C. Marx*, Palabras finales a la segunda edición alemana del t. I del «Capital»).

En la caracterización de su materialismo, Marx y Engels se remiten generalmente a Feuerbach, como al filósofo que restauró los derechos del materialismo. Pero esto no quiere decir que el materialismo de Marx y Engels sea idéntico al materialismo de Feuerbach. En realidad, Marx y Engels sólo tomaron del materialismo de Feuerbach su «médula», desarrollándola hasta convertirla en la teoría científico-filosófica del materialismo y desechando su escoria idealista y ético-religiosa. Es sabido que Feuerbach, que era en lo fundamental un materialista, se rebelaba contra el nombre de materialismo. Engels declaró más de una vez que,

«pese al cimiento materialista, Feuerbach no llegó a desprenderse de las ataduras idealistas tradicionales», y que «donde el verdadero idealismo de Feuerbach se pone de manifiesto es en su filosofía de la religión y en su ética» *(F. Engels,* «Ludwig Feuerbach», ed. alemana 1939, Moscú, págs. 24 y 26).

La palabra dialéctica viene del griego «dialego», que quiere decir diálogo o polémica. Los antiguos entendían por dialéctica el arte de descubrir la verdad poniendo de manifiesto las contradicciones implícitas en la argumentación del adversario y superando estas contradicciones. Algunos filósofos de la antigüedad entendían que el descubrimiento de las contradicciones en el proceso discursivo y el choque de las opiniones contrapuestas era el mejor medio para encontrar la verdad. Este modo dialéctico de pensar, que más tarde se hizo extensivo a los fenómenos naturales, se convirtió en el método dialéctico de conocimiento de la naturaleza, consistente en considerar los fenómenos naturales en perpetuo movimiento y cambio, y el desarrollo de la naturaleza como el resultado del desarrollo de las contradicciones existentes en ésta, como resultado de la acción recíproca de las fuerzas contradictorias en el seno de la naturaleza.

La dialéctica es, en su base, todo lo contrario de la metafísica.

1) *El método dialéctico marxista* se caracteriza por los siguientes rasgos fundamentales:

a) Por oposición a la metafísica, la dialéctica no considera la naturaleza como un conglomerado casual de objetos y fenómenos, desligados y aislados unos de otros y sin ninguna relación de dependencia entre sí, sino como un todo articulado y único, en el que los objetos y los fenómenos se hallan orgánicamente vinculados unos a otros, dependen unos de otros y se condicionan los unos a los otros.

Por eso, el método dialéctico entiende que ningún fenómeno de la naturaleza puede ser comprendido, si se le toma aisladamente, sin conexión con los fenómenos que le rodean, pues todo fenómeno, tomado de cualquier campo de la naturaleza, puede convertirse en un absurdo si se le examina sin conexión con las condiciones que le rodean, desligado de ellas; y por el contrario, todo fenómeno puede ser comprendido y explicado si se le examina en su conexión indisoluble con los fenómenos circundantes y condicionado por ellos.

b) Por oposición a la metafísica, la dialéctica no considera la naturaleza como algo quieto e inmóvil, estancado e inmutable, sino como algo sujeto a perenne movimiento y a cambio constante, como algo que se renueva y se desarrolla incesantemente y donde hay siempre algo que nace y se desarrolla y algo que muere y caduca.

Por eso, el método dialéctico exige que los fenómenos se examinen no sólo desde el punto de vista de sus relaciones mutuas y de su mutuo condicionamiento, sino también desde el punto de vista de su movimiento.

de sus cambios y de su desarrollo, desde el punto de vista de su nacimiento y de su muerte.

Lo que interesa, sobre todo, al método dialéctico no es lo que en un momento dado parece estable pero comienza ya a morir, sino lo que nace y se desarrolla, aunque en un momento dado parezca poco estable, pues lo único que hay insuperable, según él, es lo que se halla en estado de nacimiento y de desarrollo.

«Todo la naturaleza—dice Engels—, desde sus partículas más minúsculas hasta sus cuerpos más gigantescos, desde el grano de arena hasta el sol, desde el protozoo [organismo vivo unicelular. *J. St.*] hasta el hombre, se halla en estado perenne de nacimiento y muerte, en flujo constante, en movimiento y cambio incesantes» (*Engels*, en «Dialéctica de la naturaleza». Obras completas de Marx y Engels, ed. alemana del Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú, tomo especial, 1935, pág. 491).

Por eso, la dialéctica—dice Engels—«enfoca las cosas y sus imágenes conceptuales, sustancialmente, en sus conexiones mutuas, en su entronque y concatenación, en su dinámica, en su proceso de génesis y caducidad» (*F. Engels*, «Anti-Dühring», ed. alem., Moscú, 1939, pág. 8).

c) Por oposición a la metafísica, la dialéctica no examina el proceso de desarrollo de los fenómenos como un simple proceso de crecimiento, en que los cambios cuantitativos no se traducen en cambios cualitativos, sino como un proceso en que se pasa de los cambios cuantitativos insignificantes y ocultos a los cambios manifiestos, a los cambios radicales, a los cambios cualitativos; en que éstos se producen, no de modo gradual, sino repentina y súbitamente, en forma de saltos de un estado de cosas a otro, y no de un modo casual, sino con arreglo a las leyes, como resultado de la acumulación de una serie de cambios cuantitativos inadvertidos y graduales.

Por eso, el método dialéctico entiende que el proceso de desarrollo no debe concebirse como movimiento circular, como una simple repetición del camino ya recorrido, sino como un movimiento progresivo, como un movimiento en línea ascensional, como el tránsito del viejo estado cualitativo a un nuevo estado cualitativo, como la evolución de lo simple a lo complejo, de lo inferior a lo superior.

«La naturaleza—dice Engels—es la piedra de toque de la dialéctica, y las modernas ciencias naturales nos brindan como prueba de esto un acervo de datos extraordinariamente copiosos y enriquecido cada día que pasa, demostrando con ello que la naturaleza se mueve, en última instancia, por los cauces dialécticos y no por los carriles metafísicos, que no se mueve en la eterna monotonía de un ciclo constantemente repetido, sino que recorre una verdadera historia. Aquí, hay que citar en primer término a Darwin, quien, con su prueba de que toda la naturaleza orgánica existente, plantas y animales, y entre ellos, como es lógico, el hombre, es el producto de un proceso evolutivo que dura millones de años, ha asestado a la concepción metafísica de la naturaleza el más rudo golpe» (*F. Engels*, lug. cit.)

Caracterizando el desarrollo dialéctico como el tránsito de los cambios cuantitativos a los cambios cualitativos, dice Engels:

«En física..., todo cambio es una transformación de cantidad en calidad, una consecuencia del cambio cuantitativo de la masa de movimiento de cualquier forma inherente al cuerpo o que se transmite a éste. Así, por ejemplo, el grado de temperatura del agua no influye para nada, al principio, en su estado líquido; pero, al aumentar o disminuir la temperatura del agua líquida, se llega a un punto en que su estado de cohesión se modifica y el agua se convierte, en un caso, en vapor, y en otro caso, en hielo... Así también, para que el hilo de platino de la lámpara eléctrica se encienda, hace falta un mínimo de corriente; todo metal tiene su grado térmico de fusión, y todo líquido, dentro de una determinada presión, su punto fijo de congelación y de ebullición, en la medida en que los medios de que disponemos nos permiten producir la temperatura necesaria; y finalmente, todo gas tiene su punto crítico, en que bajo una presión y un enfriamiento adecuados se licúa en forma de gotas... Las llamadas constantes de la física [los puntos de transición de un estado a otro. *J. St.*] no son, la mayor parte de las veces, más que los nombres de los puntos nodulares en que la suma o la sustracción cuantitativa (cambios cuantitativos) de movimientos provocan cambios cualitativos en el estado del cuerpo de que se trata, y en que, por tanto, la cantidad se trueca en calidad» (*F. Engels*, «Dialéctica de la naturaleza», ed. alemana, Moscú, págs. 502-503).

Y más adelante, pasando a la química, Engels prosigue:

«Podríamos decir que la química es la ciencia de los cambios cualitativos de los cuerpos por efecto de los cambios producidos en su composición cuantitativa. Y esto lo sabía ya el mismo Hegel... Basta fijarse en el oxígeno: si combinamos, para formar una molécula, tres átomos en vez de dos, que es lo corriente, produciremos ozono, cuerpo que se distingue de un modo muy definido del oxígeno normal, tanto por su olor como por sus efectos. ¡Y no digamos de las diversas proporciones en que el oxígeno se combina con el nitrógeno o con el azufre, y cada una de las cuales produce un cuerpo cualitativamente distinto de todos los demás!» (Obra cit., pág. 503).

Por último, criticando a Dühring, que colma de injurias a Hegel—sin perjuicio de tomar de él, a la chita callando, la conocida tesis de que el tránsito del reino de lo insensible al reino de las sensaciones, del mundo inorgánico al mundo de la vida orgánica, representa un salto a un nuevo estado—, Engels dice:

«Es, en absoluto, la línea nodular hegeliana de las proporciones de medida, en que el simple aumento o la simple disminución cuantitativa producen, al llegar a un determinado punto nodular, un *salto cualitativo*, como ocurre, por ejemplo, con el agua puesta a calentar o a enfriar, donde el punto de ebullición y el punto de congelación son los nódulos en que—bajo una presión normal—se produce el salto a un nuevo estado de cohesión, es decir, en que la cantidad se trueca en calidad» (*F. Engels*, «Anti-Dühring», ed. alem., pág. 31).

d) Por oposición a la metafísica, la dialéctica parte del criterio de que los objetos y los fenómenos de la naturaleza llevan siempre implícitas contradicciones internas, pues todos ellos tienen su lado positivo y su lado negativo, su pasado y su futuro, su lado de caducidad y su lado de desarrollo; del criterio de que la lucha entre estos lados contrapuestos, la lucha entre lo viejo y lo nuevo, entre lo que agoniza y lo que nace, entre lo que caduca y lo que se desarrolla, forma el contenido

interno del proceso de desarrollo, el contenido interno de la transformación de los cambios cuantitativos en cambios cualitativos.

Por eso, el método dialéctico entiende que el proceso de desarrollo de lo inferior a lo superior no discurre a modo de un proceso de desenvolvimiento armónico de los fenómenos, sino poniendo siempre de relieve las contradicciones inherentes a los objetos y a los fenómenos, en un proceso de «lucha» entre las tendencias contrapuestas que actúan sobre la base de aquellas contradicciones.

«Dialéctica, en sentido estricto, es—dice Lenin—el estudio de las contradicciones contenidas *en la esencia misma de los objetos*» (*Lenin*, «Cuadernos filosóficos», pág. 263).

Y más adelante:

«El desarrollo es la «lucha» de los contrarios» (*Lenin*, t. XIII, pág. 301, ed. rusa).

Tales son, brevemente expuestos, los rasgos fundamentales del método dialéctico marxista.

No es difícil comprender cuán enorme es la importancia que la difusión de los principios del método dialéctico tiene para el estudio de la vida social y de la historia de la sociedad y qué importancia tan enorme encierra la aplicación de estos principios a la historia de la sociedad y a la actuación práctica del Partido del proletariado.

Si en el mundo no existen fenómenos aislados, si todos los fenómenos están vinculados entre sí y se condicionan unos a otros, es evidente que todo régimen social y todo movimiento social que aparece en la historia debe ser juzgado, no desde el punto de vista de la «justicia eterna» o de cualquier otra idea preconcebida, que es lo que suelen hacer los historiadores, sino desde el punto de vista de las condiciones que han engendrado este régimen y este movimiento sociales y a las cuales se hallan vinculados.

Dentro de las condiciones modernas, el régimen de la esclavitud es un absurdo y una necedad contraria a la lógica. En cambio, dentro de las condiciones de disgregación del régimen del comunismo primitivo, el régimen de la esclavitud era un fenómeno perfectamente lógico y natural, ya que representaba un progreso en comparación con el comunismo primitivo.

La reivindicación de la República democráticoburguesa dentro de las condiciones del zarismo y de la sociedad burguesa, por ejemplo en la Rusia de 1905, era una reivindicación perfectamente lógica, acertada y revolucionaria, pues la República burguesa representaba, en aquel tiempo, un progreso. En cambio, dentro de nuestras condiciones actuales en la U.R.S.S., la reivindicación de la República democráticoburguesa sería absurda y contrarrevolucionaria, ya que, comparada con la República Soviética, la República burguesa significa un paso atrás.

Todo depende, pues, de las condiciones, del lugar y del tiempo.

Es evidente que, sin abordar desde este punto de vista *histórico* los fenómenos sociales, no podría existir ni desarrollarse la ciencia de la historia, puesto que este modo de abordar los fenómenos es el único que impide a la ciencia histórica convertirse en un caos de sucesos fortuitos y en un montón de los más absurdos errores.

Continuemos. Si el mundo se halla en incesante movimiento y desarrollo y si la ley de este desarrollo es la extinción de lo viejo y el fortalecimiento de lo nuevo, es evidente que ya no puede haber ningún régimen social «inconmovible», ni pueden existir los «principios eternos» de la propiedad privada y la explotación, ni las «ideas eternas» de sumisión de los campesinos a los terratenientes y de los obreros a los capitalistas.

Esto quiere decir que el régimen capitalista puede ser sustituído por el régimen socialista, del mismo modo que, en su día, el régimen capitalista sustituyó al régimen feudal.

Esto quiere decir que hay que orientarse, no hacia aquellas capas de la sociedad que han llegado ya al término de su desarrollo, aunque en el momento presente constituyan la fuerza predominante, sino hacia aquellas otras que se están desarrollando y que tienen un porvenir, aunque no sean las fuerzas predominantes en el momento actual.

En la década del 80 del siglo pasado, en la época de lucha entre los marxistas y los populistas, el proletariado constituía, en Rusia, una minoría insignificante, en comparación con los campesinos individuales, que formaban la inmensa mayoría de la población. Pero el proletariado se estaba desarrollando como clase, mientras que los campesinos, como clase, se disgregaban. Precisamente por esto, porque el proletariado se estaba desarrollando como clase, los marxistas se orientaban hacia él. Y no se equivocaron, puesto que, como es sabido, el proletariado se convirtió, andando el tiempo, de una fuerza de escasa importancia en una fuerza histórica y política de primer orden.

Esto quiere decir que en política, para no equivocarse, hay que mirar hacia adelante y no hacia atrás.

Continuemos. Si el tránsito de los lentos cambios cuantitativos a los rápidos y súbitos cambios cualitativos constituye una ley del desarrollo, es evidente que las transformaciones revolucionarias llevadas a cabo por las clases oprimidas representan un fenómeno absolutamente natural e inevitable.

Esto quiere decir que el paso del capitalismo al socialismo y la liberación de la clase obrera del yugo capitalista no puede realizarse por medio de cambios lentos, por medio de reformas, sino sólo mediante la transformación cualitativa del régimen capitalista, es decir, mediante la revolución.

Esto quiere decir que en política, para no equivocarse, hay que ser revolucionario y no reformista.

Continuemos. Si el proceso de desarrollo es un proceso de revelación

de contradicciones internas, un proceso de choques entre fuerzas contrapuestas, sobre la base de estas contradicciones, y con el fin de superarlas, es evidente que la lucha de clases del proletariado constituye un fenómeno perfectamente natural e inevitable.

Esto quiere decir que lo que hay que hacer no es disimular las contradicciones del régimen capitalista, sino ponerlas al desnudo y desplegarlas en toda su extensión, no es amortiguar la lucha de clases, sino llevarla a cabo hasta el fin.

Esto quiere decir que en política, para no equivocarse, hay que mantener una política proletaria, de clase, intransigente, y no una política reformista, de armonía de intereses entre el proletariado y la burguesía, una política oportunista de «integración gradual» del capitalismo en el socialismo.

En esto consiste el método dialéctico marxista, aplicado a la vida social y a la historia de la sociedad.

Por lo que se refiere al materialismo filosófico marxista, es en su base lo opuesto al idealismo filosófico.

2) *El materialismo filosófico marxista* se caracteriza por los siguientes rasgos fundamentales:

a) En oposición al idealismo, que considera el mundo como la encarnación de la «idea absoluta», del «espíritu universal», de la «conciencia», el materialismo filosófico de Marx parte del criterio de que el mundo es, por su naturaleza, algo *material*; de que los múltiples y variados fenómenos del mundo constituyen diversas formas y modalidades de la materia en movimiento; de que los vínculos mutuos y las relaciones de interdependencia entre los fenómenos, que el método dialéctico pone de relieve, son las leyes con arreglo a las cuales se desarrolla la materia en movimiento; de que el mundo se desarrolla con arreglo a las leyes que rigen el movimiento de la materia, sin necesidad de ningún «espíritu universal».

«La concepción materialista del mundo—dice Engels—significa sencillamente concebir la naturaleza tal y como es, sin ninguna clase de aditamentos extraños» (*F. Engels*, «Ludwig Feuerbach», Apéndice, ed. alem., pág. 60).

Refiriéndose a la concepción materialista de un filósofo de la antigüedad, Heráclito, según el cual «el mundo, que es la unidad de todo lo existente, no ha sido creado por ningún dios ni por ningún hombre, sino que ha sido, es y será eternamente un fuego vivo que se enciende y se apaga con arreglo a las leyes», dice Lenin: «He aquí una excelente definición de los principios del materialismo dialéctico» (*Lenin*, «Cuadernos filosóficos», pág. 318, ed. rusa).

b) En oposición al idealismo, el cual afirma que sólo nuestra conciencia tiene una existencia real y que el mundo material, el ser, la naturaleza, sólo existen en nuestra conciencia, en nuestras sensaciones, en nuestras percepciones, en nuestros conceptos, el materialismo filosófico

marxista parte del criterio de que la materia, la naturaleza, el ser, son una realidad objetiva, existen fuera de nuestra conciencia e independientemente de ella, de que la materia es lo primario, ya que constituye la fuente de la que se derivan las sensaciones, las percepciones y la conciencia, y la conciencia lo secundario, lo derivado, ya que es la imagen refleja de la materia, la imagen refleja del ser; el materialismo filosófico marxista parte del criterio de que el pensamiento es un producto de la materia que ha llegado a un alto grado de perfección en su desarrollo, y más concretamente, un producto del cerebro, y éste el órgano del pensamiento, y de que, por tanto, no cabe, a menos de caer en un craso error, separar el pensamiento de la materia.

«El problema de la relación entre el pensar y el ser, entre el espíritu y la naturaleza es—dice Engels—el problema supremo de toda la filosofía... Los filósofos se dividían en dos grandes campos, según la contestación que diesen a esta pregunta. Los que afirmaban el carácter primario del espíritu frente a la naturaleza... formaban en el campo del *idealismo*. Los otros, los que reputaban la naturaleza como lo primario, figuran en las diversas escuelas del *materialismo*» (*F. Engels*, obra cit., págs. 16-17).

Y más adelante:

«El mundo material y perceptible por los sentidos, del que formamos parte también los hombres, es el único mundo real... Nuestra conciencia y nuestro pensamiento, por muy desligados de los sentidos que parezcan, son el producto de un órgano material, físico: el cerebro. La materia no es un producto del espíritu, y el espíritu mismo no es más que el producto supremo de la materia» (*F. Engels*, obra cit., pág. 20).

Refiriéndose al problema de la materia y el pensamiento, manifiesta Marx:

«*No es posible separar el pensamiento de la materia pensante.* La materia es el sujeto de todos los cambios» (*Marx-Engels*, Obras completas. t. III, ed. alem., Moscú, pág. 305).

Caracterizando el materialismo filosófico marxista, dice Lenin:

«El materialismo en general reconoce la existencia real y objetiva del ser (la materia), independientemente de la conciencia, de las sensaciones, de la experiencia... La conciencia... no es más que un reflejo del ser, en el mejor de los casos su reflejo aproximadamente exacto (adecuado, ideal en cuanto a precisión)» (*Lenin*, t. XIII, págs. 266-267, ed. rusa).

Y en otros pasajes:

— «Es materia lo que, actuando sobre nuestros órganos sensoriales, produce las sensaciones; la materia es la realidad objetiva, que las sensaciones nos transmiten... La materia, la naturaleza, el ser, lo físico, es lo primario; el espíritu, la conciencia, las sensaciones, lo psíquico, lo secundario» (Obra cit., págs. 119-120).

— «El cuadro del mundo es el cuadro de cómo se mueve y cómo «*piensa la materia*» (Obra cit., pág. 288).

— «El cerebro es el órgano del pensamiento» (Obra cit., pág. 125).

c) En oposición al idealismo, que discute la posibilidad de conocer el mundo y las leyes por que se rige, que no cree en la veracidad de nues-

tros conocimientos, que no reconoce la verdad objetiva y entiende que el mundo está lleno de «cosas en sí», que jamás podrán ser conocidas por la ciencia, el materialismo filosófico marxista parte del principio de que el mundo y las leyes por que se rige son perfectamente cognoscibles, de que nuestros conocimientos acerca de las leyes de la naturaleza, comprobados por la experiencia, por la práctica, son conocimientos veraces, que tienen el valor de verdades objetivas, de que en el mundo no hay cosas incognoscibles, sino simplemente aún no conocidas, pero que la ciencia y la experiencia se encargarán de revelar y de dar a conocer.

Criticando la tesis de Kant y de otros idealistas acerca de la incognoscibilidad del mundo y de las «cosas en sí» incognoscibles y defendiendo la consabida tesis del materialismo acerca de la veracidad de nuestros conocimientos, escribe Engels:

«La refutación más contundente de estas manías, como de todas las demás manías filosóficas, es la práctica, o sea el experimento y la industria. Si podemos demostrar la exactitud de nuestro modo de concebir un proceso natural reproduciéndolo nosotros mismos, creándolo como resultado de sus mismas condiciones, y si, además, lo ponemos al servicio de nuestros propios fines, daremos al traste con la «cosa en sí» inasequible de Kant. Las sustancias químicas producidas en el mundo animal y vegetal siguieron siendo «cosas en sí» inasequibles hasta que la química orgánica comenzó a producirlas unas tras otras; con ello, la «cosa en sí» se convirtió en una cosa para nosotros, como, por ejemplo, la materia colorante de la rubia, la alizarina, que hoy ya no se extrae de la raíz de aquella planta, sino que se obtiene de alquitrán de hulla, procedimiento mucho más barato y más sencillo. El sistema solar de Copérnico fué durante trescientos años una hipótesis, por la que se podía apostar cien, mil, diez mil contra uno, pero, a pesar de todo, una hipótesis, hasta que Leverrier con los datos tomados de este sistema, no sólo demostró que debía necesariamente existir un planeta desconocido hasta entonces, sino que, además, determinó mediante cálculos el lugar en que este planeta tenía que encontrarse en el firmamento, y cuando después Galle descubrió efectivamente este planeta, el sistema de Copérnico quedó demostrado» (*F. Engels*, «Ludwig Feuerbach», pág. 18).

Acusando a Bogdánov, Basárov, Yushkévich y otros partidarios de Mach de fideísmo (teoría reaccionaria que prefiere la fe a la ciencia) y defendiendo la consabida tesis del materialismo de que nuestros conocimientos científicos acerca de las leyes por las que se rige la naturaleza son conocimientos veraces y de que las leyes de la ciencia constituyen verdades objetivas, dice Lenin:

«El fideísmo moderno no rechaza, ni mucho menos, la ciencia; lo único que rechaza son las «pretensiones desmesuradas» de la ciencia, y concretamente, sus pretensiones de verdad objetiva. Si existe una verdad objetiva (como entienden los materialistas) y si las ciencias naturales, reflejando el mundo exterior en la «experiencia» del hombre, son las únicas que pueden darnos esa verdad objetiva, todo fideísmo queda refutado incontrovertiblemente» (*Lenin*, t. XIII, pág. 102, ed. rusa).

Tales son, brevemente expuestos, los rasgos característicos del materialismo filosófico marxista.

Fácil es comprender la importancia tan enorme que tiene la aplica-

ción de los principios del materialismo filosófico al estudio de la vida social, al estudio de la historia de la sociedad, la importancia tan enorme que tiene el aplicar estos principios a la historia de la sociedad y a la actuación práctica del Partido del proletariado.

Si la conexión entre los fenómenos de la naturaleza y su interdependencia representan la ley por la que se rige el desarrollo de la naturaleza, de esto se deduce que la conexión e interdependencia de los fenómenos de la vida social representan también no algo fortuito, sino la ley por la que se rige el desarrollo de la sociedad.

Esto quiere decir que la vida social y la historia de la sociedad ya no son un conglomerado de hechos «fortuitos», pues la historia de la sociedad se convierte en el desarrollo de la sociedad con arreglo a sus leyes, y el estudio de la historia de la sociedad adquiere categoría de ciencia.

Esto quiere decir que la actuación práctica del Partido del proletariado debe basarse, no en los buenos deseos de las «ilustres personalidades», no en los postulados de la «razón», de la «moral universal», etc., sino en las leyes del desarrollo de la sociedad y en el estudio de éstas.

Prosigamos. Si el mundo es cognoscible, y nuestros conocimientos acerca de las leyes que rigen el desarrollo de la naturaleza son conocimientos veraces, que tienen el valor de verdades objetivas, esto quiere decir que también la vida social, el desarrollo de la sociedad, son susceptibles de ser conocidos; y que los datos que nos brinda la ciencia sobre las leyes del desarrollo de la sociedad son datos veraces, que tienen el valor de verdades objetivas.

Esto quiere decir que la ciencia que estudia la historia de la sociedad puede adquirir, pese a toda la complejidad de los fenómenos de la vida social, la misma precisión que la biología, por ejemplo, ofreciéndonos la posibilidad de dar una aplicación práctica a las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad.

Esto quiere decir que, en su actuación práctica, el Partido del proletariado debe guiarse, no por estos o los otros motivos fortuitos, sino por las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad y por las conclusiones prácticas que de ellas se derivan.

Esto quiere decir que el socialismo deja de ser un sueño acerca de un futuro mejor de la humanidad, para convertirse en una ciencia.

Esto quiere decir que el enlace entre la ciencia y la actuación práctica, entre la teoría y la práctica, su unidad, debe ser la estrella polar que guíe al Partido del proletariado.

Prosigamos. Si la naturaleza, el ser, el mundo material son lo primario, y la conciencia, el pensamiento, lo secundario, lo derivado; si el mundo material constituye la realidad objetiva, que existe independientemente de la conciencia del hombre, y la conciencia es la imagen refleja de esta realidad objetiva, de aquí se deduce que la vida material de la sociedad, el ser social, es también lo primario y su vida espiritual, lo

secundario, lo derivado; que la vida material de la sociedad es la realidad objetiva, que existe independientemente de la voluntad de los hombres, y la vida espiritual de la sociedad el reflejo de esta realidad objetiva, el reflejo del ser.

Esto quiere decir que la fuente donde se forma la vida espiritual de la sociedad, la fuente de la que emanan las ideas sociales, las teorías sociales, las concepciones y las instituciones políticas hay que buscarla, no en estas mismas ideas, teorías, concepciones e instituciones políticas, sino en las condiciones de la vida material de la sociedad, en el ser social, del cual son reflejos estas ideas, teorías, concepciones, etc.

Esto quiere decir que, si en los diversos períodos de la historia de la sociedad nos encontramos con diversas ideas, teorías y concepciones sociales e instituciones políticas diferentes; si bajo el régimen de la esclavitud observamos unas ideas, teorías y concepciones sociales, unas instituciones políticas, bajo el feudalismo otras, y otras distintas bajo el capitalismo, la explicación de esto no reside en la «naturaleza», ni en la «propiedad» de las ideas, teorías, concepciones e instituciones políticas mismas, sino en las distintas condiciones de la vida material de la sociedad dentro de los diversos períodos de desarrollo social.

Según sean las condiciones de existencia de la sociedad, las condiciones en que se desenvuelve su vida material, así son sus ideas, sus teorías, sus concepciones e instituciones políticas.

En relación con esto, dice Marx:

«No es la conciencia del hombre la que determina el ser, sino por el contrario, el ser social es el que determina su conciencia» (*Carlos Marx*, Obras escogidas, t. I, pág. 359, ed. alem., Moscú, 1934).

Esto quiere decir que, en política, para no equivocarse y no convertirse en una colección de vacuos soñadores, el Partido del proletariado debe tomar como punto de partida para su actuación, no los «principios» abstractos de la «razón humana», sino las condiciones concretas de la vida material de la sociedad, que constituyen la fuerza decisiva del desarrollo social; no los buenos deseos de los «grandes hombres», sino las exigencias reales impuestas por el desarrollo de la vida material de la sociedad.

El fracaso de los utopistas, incluyendo entre ellos los populistas, los anarquistas y los socialrevolucionarios, se explica, entre otras razones, porque no reconocían la importancia primaria de las condiciones de vida material de la sociedad en cuanto al desarrollo de ésta, sino que, cayendo en el idealismo, erigían toda la actuación práctica, no sobre las exigencias del desarrollo de la vida material de la sociedad, sino, independientemente de ellas y en contra de ellas, sobre «planes ideales» y «proyectos universales», desligados de la vida real de la sociedad.

La fuerza y la vitalidad del marxismo-leninismo estriban precisamente en que toma como base para su actuación práctica las exigencias

del desarrollo de la vida material de la sociedad, sin desligarse jamás de la vida real de ésta.

Sin embargo, de las palabras de Marx no se desprende que las ideas y las teorías sociales, las concepciones y las instituciones políticas no tengan importancia alguna en la vida de la sociedad, que no ejerzan de rechazo una influencia sobre el ser social, sobre el desarrollo de las condiciones materiales de la vida de la sociedad. Hasta ahora, nos hemos venido refiriendo únicamente al *origen* de las ideas y teorías sociales y de las concepciones e instituciones políticas, a su *nacimiento*, al hecho de que la vida espiritual de la sociedad es el reflejo de las condiciones de su vida material. En lo tocante a la *importancia* de las ideas y teorías sociales y de las concepciones e instituciones políticas, en lo tocante al *papel* que desempeñan en la historia, el materialismo histórico no sólo no niega, sino que, por el contrario, subraya la importancia del papel y de la significación que les corresponden en la vida y en la historia de la sociedad.

Pero hay diferentes ideas y teorías sociales. Hay ideas y teorías viejas, que han cumplido ya su misión y que sirven a los intereses de fuerzas sociales caducas. Su papel consiste en frenar el desarrollo de la sociedad, su marcha progresiva. Y hay ideas y teorías nuevas, avanzadas, que sirven a los intereses de las fuerzas de vanguardia de la sociedad. El papel de éstas consiste en facilitar el desarrollo de la sociedad, su marcha progresiva, siendo su importancia tanto más grande cuanto mayor es la exactitud con que responden a las exigencias del desarrollo de la vida material de la sociedad.

Las nuevas ideas y teorías sociales sólo surgen después que el desarrollo de la vida material de la sociedad plantea a ésta nuevas tareas. Pero después de surgir, se convierten en una fuerza importante, que facilita la ejecución de estas nuevas tareas planteadas por el desarrollo de la vida material de la sociedad, que facilita los progresos de ésta. Es aquí, precisamente, donde se acusa la formidable importancia organizadora, movilizadora y transformadora de las nuevas ideas, de las nuevas teorías y de las nuevas concepciones políticas, de las nuevas instituciones políticas. Las nuevas ideas y teorías sociales surgen precisamente porque son necesarias para la sociedad, porque sin su labor organizadora, movilizadora y transformadora es *imposible* llevar a cabo las tareas que plantea el desarrollo de la vida material de la sociedad y que están ya en sazón de ser cumplidas. Y como surgen sobre la base de las nuevas tareas planteadas por el desarrollo de la vida material de la sociedad, las nuevas ideas y teorías sociales se abren paso, se convierten en patrimonio de las masas populares, movilizan y organizan a éstas contra las fuerzas sociales caducas, facilitando así el derrocamiento de estas fuerzas sociales caducas que frenan el desarrollo de la vida material de la sociedad.

He aquí cómo las ideas y teorías sociales, las instituciones políticas, que brotan sobre la base de las tareas ya maduras para su solución planteadas por el desarrollo de la vida material de la sociedad, por el desarrollo del ser social, actúan luego, a su vez, sobre este ser social, sobre la vida material de la sociedad, creando las condiciones necesarias para llevar a término la ejecución de las tareas ya maduras de la vida material de la sociedad y hacer posible su desarrollo ulterior.

En relación con esto, dice Marx:

«La teoría se convierte en una fuerza material tan pronto como prende en las masas» (*C. Marx* y *F. Engels*, Obras completas, t. I, pág. 614, ed. alem.).

Esto quiere decir que para poder influir sobre las condiciones de la vida material de la sociedad y acelerar su desarrollo, acelerar su mejoramiento, el Partido del proletariado tiene que apoyarse en una teoría social, en una idea social, que refleje certeramente las exigencias del desarrollo de la vida material de la sociedad y que, gracias a ello, sea capaz de poner en movimiento a las grandes masas del pueblo, de movilizarlas y organizar con ellas el gran ejército del Partido proletario, apto para aplastar a las fuerzas reaccionarias y allanar el camino a las fuerzas avanzadas de la sociedad.

El fracaso de los «economistas» y de los mencheviques se explica, entre otras razones, por el hecho de que no reconocían la importancia movilizadora, organizadora y transformadora de la teoría de vanguardia, de la idea de vanguardia y, cayendo en un materialismo vulgar, reducían su papel casi a la nada, y consiguientemente condenaban al Partido a la pasividad, a vivir vegetando.

La fuerza y la vitalidad del marxismo-leninismo estriban en que se apoya en una teoría de vanguardia, que refleja certeramente las exigencias del desarrollo de la vida material de la sociedad, en que eleva la teoría a la altura que le corresponde y considera su deber utilizar íntegramente su fuerza de movilización, de organización y de transformación.

Así es como resuelve el materialismo histórico el problema de las relaciones entre el ser social y la conciencia social, entre las condiciones de desarrollo de la vida material y el desarrollo de la vida espiritual de la sociedad.

3) *El materialismo histórico.* Resta sólo contestar a esta pregunta: ¿Qué se entiende, desde el punto de vista del materialismo histórico, por «condiciones de vida material de la sociedad», que son las que determinan, en última instancia, la fisonomía de la sociedad, sus ideas, sus concepciones, instituciones políticas, etc.?

¿Cuáles son, en realidad, esas «condiciones de vida material de la sociedad», cuáles son sus rasgos característicos?

Es indudable que en este concepto de «condiciones de vida material de la sociedad» entra, ante todo, la naturaleza que rodea a la sociedad,

el medio geográfico, que es una de las condiciones necesarias y constantes de la vida material de la sociedad y que, naturalmente, influye en el desarrollo de ésta. ¿Cuál es el papel del medio geográfico en el desarrollo de la sociedad? ¿No será, acaso, el medio geográfico el factor fundamental que determina la fisonomía de la sociedad, el carácter del régimen social de los hombres, la transición de un régimen a otro?

El materialismo histórico contesta negativamente a esta pregunta.

El medio geográfico es, indiscutiblemente, una de las condiciones constantes y necesarias del desarrollo de la sociedad e influye, indudablemente, en él, acelerándolo o amortiguándolo. Pero esta influencia no es *determinante*, ya que los cambios y el desarrollo de la sociedad se producen con una rapidez incomparablemente mayor que los que afectan al medio geográfico. En el transcurso de tres mil años, Europa vió desaparecer tres regímenes sociales: el comunismo primitivo, el de la esclavitud y el régimen feudal, y en la parte oriental de Europa, en la U.R.S.S., fenecieron cuatro. Pues bien; durante este tiempo, las condiciones geográficas de Europa o no sufrieron cambio alguno, o, si sufrieron alguno, fué tan leve, que la Geografía no cree que merece la pena registrarlo. Y se comprende que sea así. Para que el medio geográfico experimente cambios de cierta importancia, hacen falta millones de años, mientras que en unos cientos o un par de miles de años pueden producirse incluso cambios de la mayor importancia en el régimen social.

De aquí se desprende que el medio geográfico no puede ser la causa fundamental, la causa *determinante* del desarrollo social, pues lo que permanece casi invariable a través de decenas de miles de años no puede ser la causa fundamental a que obedezca el desarrollo de lo que en el espacio de unos cuantos cientos de años experimenta cambios radicales.

Asimismo, es indudable que el crecimiento de la población, la mayor o menor densidad de población es un factor que forma también parte del concepto de las «condiciones materiales de vida de la sociedad», ya que entre estas condiciones materiales se cuenta como elemento necesario el hombre, y es imposible la vida material de la sociedad sin un determinado mínimo de seres humanos. ¿No será, acaso, el desarrollo de la población el factor cardinal que determina el carácter del régimen social en que viven los hombres?

El materialismo histórico contesta negativamente también a esta pregunta.

Es indudable que el crecimiento de la población influye en el desarrollo de la sociedad, facilitando o entorpeciendo este desarrollo, pero no puede ser el factor cardinal a que obedece, ni su influencia sobre el desarrollo de la sociedad puede tener un carácter *determinante*, ya que el crecimiento de la población de por sí no nos ofrece la clave para explicar por qué un régimen social dado es sustituído precisamente por un determinado régimen nuevo y no por otro, por qué el régimen del comunismo primitivo fué sustituído precisamente por el régimen de la

esclavitud, el régimen esclavista por el régimen feudal y éste por el burgués, y no por otros cualesquiera.

Si el crecimiento de la población fuese el factor determinante del desarrollo social, a una mayor densidad de población tendría que corresponder forzosamente, en la práctica, un tipo proporcionalmente más elevado de régimen social. Pero, en realidad, no ocurre así. La densidad de la población de China es cuatro veces mayor que la de los Estados Unidos, a pesar de lo cual los Estados Unidos ocupan un lugar más elevado que China en lo que a desarrollo social se refiere, pues mientras que en China sigue imperando el régimen semifeudal, los Estados Unidos hace ya mucho tiempo que han llegado a la fase culminante de desarrollo del capitalismo. La densidad de población de Bélgica es 19 veces mayor que la de los Estados Unidos y 26 veces mayor que la de la U.R.S.S., y, sin embargo, Norteamérica sobrepasa a Bélgica en lo tocante a su desarrollo social, y la U.R.S.S. le lleva de ventaja toda una época histórica, pues mientras que en Bélgica impera el régimen capitalista, la U.R.S.S. ha liquidado ya el capitalismo e instaurado el régimen socialista.

De aquí se desprende que el crecimiento de la población no es ni puede ser el factor cardinal en el desarrollo de la sociedad, el factor *determinante* del carácter del régimen social, de la fisonomía de la sociedad.

a) ¿Cuál es, pues, dentro del sistema de las condiciones de vida material de la sociedad, el factor cardinal que determina la fisonomía de aquélla, el carácter del régimen social, el paso de la sociedad de un régimen a otro?

Este factor es, según el materialismo histórico, *el modo de obtención de los medios de vida* necesarios para la existencia del hombre, *el modo de producción de los bienes materiales:* del alimento, del vestido, del calzado, de la vivienda, del combustible, de los instrumentos de producción, etc., necesarios para que la sociedad pueda vivir y desarrollarse.

Para vivir, el hombre necesita alimentos, vestido, calzado, vivienda, combustible, etc.; para tener estos bienes materiales, ha de producirlos, y para poder producirlos necesita disponer de instrumentos de producción, con ayuda de los cuales se consigue el alimento, se fabrica el vestido, el calzado, se construye la vivienda, se obtiene el combustible, etc.; necesita saber producir estos instrumentos y servirse de ellos.

Instrumentos de producción con ayuda de los cuales se producen los bienes materiales, y *hombres* que los manejan y efectúan la producción de los bienes materiales, por tener una cierta *experiencia productiva* y *hábitos de trabajo:* tales son los elementos que, en conjunto, forman las *fuerzas productivas* de la sociedad.

Pero las fuerzas productivas no son más que uno de los aspectos de la producción, uno de los aspectos del modo de producción, el aspecto

que refleja la relación entre el hombre y los objetos y fuerzas de la naturaleza empleados para la producción de los bienes materiales. El otro aspecto de la producción, el otro aspecto del modo de producción, lo constituyen las relaciones de unos hombres con otros dentro del proceso de la producción, las *relaciones de producción* entre los hombres. Los hombres no luchan con la naturaleza y no la utilizan para la producción de bienes materiales aisladamente, desligados unos de otros, sino juntos, en grupos, en sociedades. Por eso, la producción es siempre y bajo condiciones cualesquiera una producción *social*. Al efectuar la producción de los bienes materiales, los hombres establecen entre sí, dentro de la producción, tales o cuales relaciones mutuas, tales o cuales relaciones de producción. Estas relaciones pueden ser relaciones de colaboración y ayuda mutua entre hombres libres de toda explotación, pueden ser relaciones de dominio y subordinación o pueden ser, por último, relaciones de transición entre una forma de relaciones de producción y otra. Pero, cualquiera que sea su carácter, las relaciones de producción constituyen—siempre y en todos los regímenes—un elemento tan necesario de la producción como las mismas fuerzas productivas de la sociedad.

«En la producción—dice Marx—los hombres no actúan solamente sobre la naturaleza, sino que actúan también los unos sobre los otros. No pueden producir sin asociarse de un cierto modo para actuar en común y establecer un intercambio de actividades. Para producir, los hombres contraen determinados vínculos y relaciones, y a través de estos vínculos y relaciones sociales, y sólo a través de ellos, es como se relacionan con la naturaleza y como se efectúa la producción» (*C. Marx*, Obras escogidas, t. I, pág. 261, ed. alemana).

Consiguientemente, la producción, el modo de producción, no abarca solamente las fuerzas productivas de la sociedad, sino también las relaciones de producción entre los hombres, relaciones que son, por tanto, la forma en que toma cuerpo su unidad dentro del proceso de la producción de bienes materiales.

b) La primera característica de la producción es que jamás se estanca en un punto durante un largo período, sino que cambia y se desarrolla constantemente, con la particularidad de que estos cambios ocurridos en el modo de producción provocan inevitablemente el cambio de todo el régimen social, de las ideas sociales, de las concepciones e instituciones políticas, provocan la reorganización de todo el sistema social y político. En las diversas fases de desarrollo, el hombre emplea diversos modos de producción o, para decirlo en términos más vulgares, mantiene distinto género de vida. Bajo el régimen del comunismo primitivo, el modo de producción empleado es distinto que bajo la esclavitud, bajo el régimen de la esclavitud es distinto que bajo el feudalismo, etc. Y, en consonancia con esto, varían también el régimen social de los hombres, su vida espiritual, sus concepciones, sus instituciones políticas.

Según sea el modo de producción existente en una sociedad, así es

también, fundamentalmente, esta misma sociedad y así son sus ideas y sus teorías, sus concepciones e instituciones políticas.

O, para decirlo en términos más vulgares, según vive el hombre, así piensa.

Esto significa que la historia del desarrollo de la sociedad es, ante todo, la historia del desarrollo de la producción, la historia de los modos de producción que se suceden unos a otros a lo largo de los siglos, la historia del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción entre los hombres.

Esto quiere decir que la historia del desarrollo social es, al mismo tiempo, la historia de los propios productores de bienes materiales, la historia de las masas trabajadoras, que son las fuerzas fundamentales del proceso de producción y las que llevan a cabo la producción de los bienes materiales necesarios para la existencia de la sociedad.

Esto quiere decir que la ciencia histórica, si pretende ser una verdadera ciencia, no debe seguir reduciendo la historia del desarrollo social a los actos de los reyes y de los caudillos militares, a los actos de los «conquistadores» y «avasalladores» de Estados, sino que debe ocuparse ante todo de la historia de los productores de los bienes materiales, de la historia de las masas trabajadoras, de la historia de los pueblos.

Esto quiere decir que la clave para el estudio de las leyes de la historia de la sociedad no hay que buscarla en las cabezas de los hombres, en las ideas y concepciones de la sociedad, sino en el modo de producción aplicado por la sociedad en cada uno de sus períodos históricos, es decir, en la economía de la sociedad.

Esto quiere decir que la tarea primordial de la ciencia histórica es el estudio y el descubrimiento de las leyes de la producción, de las leyes del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, de las leyes del desarrollo económico de la sociedad.

Esto quiere decir que el Partido del proletariado, para ser un verdadero partido, debe, ante todo, conocer las leyes del desarrollo de la producción, las leyes del desarrollo económico de la sociedad.

Esto quiere decir que en política, para no equivocarse, el Partido del proletariado debe, ante todo, tanto en lo que se refiere a la formación de su programa como en lo que atañe a su actuación práctica, arrancar de las leyes del desarrollo de la producción, de las leyes del desarrollo económico de la sociedad.

c) *La segunda característica* de la producción consiste en que sus cambios y su desarrollo arrancan siempre de los cambios y del desarrollo de las fuerzas productivas, y, ante todo, de los que afectan a los instrumentos de producción. Las fuerzas productivas son, por tanto, el elemento más dinámico y más revolucionario de la producción. Al principio, cambian y se desarrollan las fuerzas productivas de la sociedad, y luego, *en dependencia con* estos cambios y *en consonancia con ellos*, cambian las relaciones de producción entre los hombres, sus relaciones económicas.

Sin embargo, esto no quiere decir que las relaciones de producción no influyan sobre el desarrollo de las fuerzas productivas y que éstas no dependan de aquéllas. Las relaciones de producción, aunque su desarrollo dependa del de las fuerzas productivas, actúan a su vez sobre el desarrollo de éstas, acelerándolo o amortiguándolo. A este propósito conviene advertir que las relaciones de producción no pueden quedarse por un tiempo demasiado largo rezagadas de las fuerzas productivas al crecer éstas, ni hallarse en contradicción con ellas, ya que las fuerzas productivas sólo pueden desarrollarse plenamente cuando las relaciones de producción están en armonía con el carácter y el estado de progreso de dichas fuerzas productivas y dan curso libre al desarrollo de éstas. Por eso, por muy rezagadas que las relaciones de producción se queden con respecto al desarrollo de las fuerzas productivas, tienen necesariamente que ponerse y se ponen realmente—más tarde o más temprano—en armonía con el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y con el carácter de éstas. En otro caso, nos encontraríamos ante una ruptura radical de la unidad entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dentro del sistema de ésta, ante un descoyuntamiento de la producción en bloque, ante una crisis de producción, ante la destrucción de las fuerzas productivas.

Un ejemplo de desarmonía entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas, un ejemplo de conflicto entre ambos factores, lo tenemos en las crisis económicas de los países capitalistas, donde la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción está en violenta discordancia con el carácter social del proceso de producción, con el carácter de las fuerzas productivas. Resultado de esta discordancia son las crisis económicas, que conducen a la destrucción de las fuerzas productivas; y esta discordancia constituye, de por sí, la base económica de la revolución social, cuya misión consiste en destruir las relaciones de producción existentes y crear otras nuevas, que correspondan al carácter de las fuerzas productivas.

Por el contrario, el ejemplo de una armonía completa entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas nos lo ofrece la economía socialista de la U.R.S.S., donde la propiedad social sobre los medios de producción concuerda plenamente con el carácter social del proceso de la producción y donde, por tanto, no existen crisis económicas, ni se producen casos de destrucción de las fuerzas productivas.

Por consiguiente, las fuerzas productivas no son solamente el elemento más dinámico y más revolucionario de la producción, sino que son, además, el elemento determinante de su desarrollo.

Según sean las fuerzas productivas, así tienen que ser también las relaciones de producción.

Si el estado de las fuerzas productivas responde a la pregunta de con qué instrumentos de producción crean los hombres los bienes mate-

riales que les son necesarios, el estado de las relaciones de producción responde ya a otra pregunta: ¿en poder de quién están los *medios de producción* (la tierra, los bosques, las aguas, el subsuelo, las materias primas, las herramientas y los edificios dedicados a la producción, las vías y medios de comunicación, etc.), a disposición de quién se hallan los medios de producción: a disposición de toda la sociedad, o a disposición de determinados individuos, grupos o clases, que los emplean para explotar a otros individuos, grupos o clases?

He aquí un cuadro esquemático del desarrollo de las fuerzas productivas desde los tiempos primitivos hasta nuestros días. De las herramientas de piedra sin pulimentar se pasa al arco y la flecha y, en relación con esto, de la caza como sistema de vida a la domesticación de animales y a la ganadería primitiva; de las herramientas de piedra se pasa a las herramientas de metal (al hacha de hierro, al arado con reja de hierro, etc.) y, en consonancia con esto, al cultivo de las plantas y a la agricultura; viene luego el mejoramiento progresivo de las herramientas metálicas para la elaboración de materiales, se pasa a la fragua de fuelle y a la alfarería y, en consonancia con esto, se desarrollan los oficios artesanos, se desglosan estos oficios de la agricultura, se desarrolla la producción independiente de los artesanos y, más tarde, la manufactura; de los instrumentos artesanos de producción se pasa a la máquina, y la producción artesana y manufacturera se transforma en la industria mecánica, y, por último, se pasa al sistema de máquinas, y aparece la gran industria mecánica moderna: tal es, en líneas generales y no completas, ni mucho menos, el cuadro del desarrollo de las fuerzas productivas sociales a lo largo de la historia de la humanidad. Además, como es lógico, el desarrollo y perfeccionamiento de los instrumentos de producción corren a cargo de hombres relacionados con la producción y no se realizan con independencia de éstos; por tanto, a la par con los cambios y el desarrollo de los instrumentos de producción, cambian y se desarrollan también los hombres, como el elemento más importante que son de las fuerzas productivas, cambian y se desarrollan su experiencia en punto a la producción, sus hábitos de trabajo y su habilidad para el empleo de los instrumentos de producción.

En consonancia con los cambios y el desarrollo experimentados por las fuerzas productivas de la sociedad en el curso de la historia, cambian también y se desarrollan las relaciones de producción entre los hombres, sus relaciones económicas.

La historia conoce cinco tipos *fundamentales* de relaciones de producción: el comunismo primitivo, la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo y el socialismo.

Bajo el régimen del comunismo primitivo, la base de las relaciones de producción es la propiedad social sobre los medios de producción. Esto, en sustancia, corresponde al carácter de las fuerzas productivas durante este período. Las herramientas de piedra y el arco y

la flecha, que aparecen más tarde, excluían la posibilidad de luchar aisladamente contra las fuerzas de la naturaleza y contra las bestias feroces. Si no querían morir de hambre, ser devorados por las fieras o sucumbir a manos de las tribus vecinas, los hombres de aquella época veíanse obligados a trabajar en común, y así era como recogían los frutos en el bosque, como organizaban la pesca, como construían sus viviendas, etc. El trabajo en común condujo a la propiedad en común sobre los instrumentos de producción, al igual que sobre los productos. Aún no había surgido la idea de la propiedad privada sobre los medios de producción, exceptuando la propiedad personal de ciertas herramientas, que al mismo tiempo que herramientas de trabajo eran armas de defensa contra las bestias feroces. No existía aún explotación, no existían clases.

Bajo el régimen de la esclavitud, la base de las relaciones de producción es la propiedad del esclavista sobre los medios de producción, así como también sobre los mismos productores, los esclavos, a quienes el esclavista podía vender, comprar y matar, como ganado. Estas relaciones de producción se hallan, fundamentalmente, en consonancia con el estado de las fuerzas productivas durante este período. Ahora, en vez de las herramientas de piedra, el hombre dispone ya de herramientas de metal. En vez de aquella mísera economía primitiva basada en la caza y que no conocía ni la ganadería ni la agricultura, aparecen la ganadería, la agricultura, los oficios artesanos y la división del trabajo entre estas diversas ramas de producción; aparecen la posibilidad de efectuar un intercambio de productos entre los distintos individuos y las distintas sociedades y la posibilidad de acumular riquezas en manos de unas cuantas personas; se produce, en efecto, una acumulación de medios de producción en manos de una minoría y surge la posibilidad de que esta minoría sojuzgue a la mayoría y convierta a sus componentes en esclavos. Ya no existe el trabajo libre y en común de todos los miembros de la sociedad dentro del proceso de la producción, sino que impera el trabajo forzoso de los esclavos, explotados por los esclavistas, que no trabajan. No existe tampoco, por tanto, propiedad social sobre los medios de producción, ni sobre los productos. La propiedad social es sustituída por la propiedad privada. El esclavista es el primero y fundamental propietario con plenitud de derechos.

Ricos y pobres, explotadores y explotados, hombres con plenitud de derechos y hombres privados totalmente de derechos; una furiosa lucha de clases entre unos y otros: tal es el cuadro que presenta el régimen de la esclavitud.

Bajo el régimen feudal, la base de las relaciones de producción es la propiedad del señor feudal sobre los medios de producción y su propiedad parcial sobre los productores, sobre los siervos, a quienes ya no puede matar, pero a quienes sí puede comprar y vender. A la par con la propiedad feudal, existe la propiedad individual del campesino y del artesano sobre los instrumentos de producción y sobre su economía pri-

vada, basada en el trabajo personal. Estas relaciones de producción se hallan, fundamentalmente, en consonancia con el estado de las fuerzas productivas durante este período. El perfeccionamiento progresivo de la fundición y elaboración del hierro, la difusión del arado de hierro y del telar, los progresos de la agricultura, de la horticultura, de la viticultura y de la fabricación del aceite, la aparición de las primeras manufacturas junto a los talleres de los artesanos: tales son los rasgos característicos del estado de las fuerzas productivas durante este período.

Las nuevas fuerzas productivas exigen que se deje al trabajador cierta iniciativa en la producción, que sienta cierta inclinación al trabajo y se halle interesado en él. Por eso, el señor feudal prescinde de los esclavos, que no sienten ningún interés por su trabajo ni ponen en él la menor iniciativa, y prefiere entendérselas con los siervos, que tienen su propia economía y sus herramientas propias y se hallan interesados en cierto grado por el trabajo en la medida necesaria para trabajar la tierra y pagar al señor en especie, con una parte de la cosecha.

Durante este período, la propiedad privada hace nuevos progresos. La explotación sigue siendo casi tan rapaz como bajo la esclavitud, aunque un poco suavizada. La lucha de clases entre los explotadores y los explotados es el rasgo fundamental del feudalismo.

Bajo el régimen capitalista, la base de las relaciones de producción es la propiedad capitalista sobre los medios de producción y la inexistencia de propiedad sobre los productores, obreros asalariados, a quienes el capitalista no puede matar ni vender, pues se hallan exentos de los vínculos de sujeción personal, pero que carecen de medios de producción, por lo cual, para no morirse de hambre, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo al capitalista y a doblar la cerviz al yugo de la explotación. A la par con la propiedad capitalista sobre los medios de producción, existe y se halla en los primeros tiempos muy generalizada la propiedad privada del campesino y del artesano, libres de la servidumbre, sobre sus medios de producción, propiedad privada que está basada en el trabajo personal. En lugar de los talleres de los artesanos y de las manufacturas, surgen las grandes fábricas y empresas, dotadas de maquinaria. En lugar de las haciendas de los nobles, cultivadas con los primitivos instrumentos campesinos de producción, aparecen las grandes explotaciones agrícolas capitalistas, montadas a base de la técnica agraria y dotadas de maquinaria agrícola.

Las nuevas fuerzas productivas exigen trabajadores más cultos y más despiertos que los siervos, mantenidos en el embrutecimiento y en la ignorancia: trabajadores capaces de entender y manejar las máquinas. Por eso, los capitalistas prefieren tratar con obreros asalariados, libres de las cadenas de la servidumbre y lo suficientemente cultos para saber manejar la maquinaria.

Pero, después de desarrollar las fuerzas productivas en proporciones gigantescas, el capitalismo se enreda en contradicciones insolubles para

él. Al producir cada vez más mercancías y hacer bajar cada vez más sus precios, el capitalismo agudiza la competencia, arruina a una masa de pequeños y medianos propietarios, los convierte en proletarios y rebaja su poder adquisitivo, con lo cual se hace imposible la venta de las mercancías producidas. Al dilatar la producción y concentrar en enormes fábricas y empresas industriales a millones de obreros, el capitalismo da al proceso de producción un carácter social y va minando con ello su propia base, ya que el carácter social del proceso de producción reclama la propiedad social sobre los medios de producción, mientras que la propiedad sobre los medios de producción sigue siendo una propiedad privada capitalista, incompatible con el carácter social que el proceso de producción presenta.

Estas contradicciones irreductibles entre el carácter de las fuerzas productivas y el de las relaciones de producción se manifiestan en las crisis periódicas de superproducción, en que los capitalistas, no encontrando compradores solventes, como consecuencia del empobrecimiento de la masa de la población, provocado por ellos mismos, se ven obligados a quemar los productos, a destruir las mercancías elaboradas, a paralizar la producción y a devastar las fuerzas productivas, y en que millones de seres se ven condenados al paro forzoso y al hambre, no porque escaseen las mercancías, sino por todo lo contrario: por haberse producido en exceso.

Esto quiere decir que las relaciones capitalistas de producción ya no están en consonancia con el estado de las fuerzas productivas de la sociedad, sino que se hallan en irreductible contradicción con ellas.

Esto quiere decir que el capitalismo lleva en su entraña la revolución, una revolución que está llamada a suplantar la actual propiedad capitalista sobre los medios de producción por la propiedad socialista.

Esto quiere decir que el rasgo fundamental del régimen capitalista es la más encarnizada lucha de clases entre explotadores y explotados.

Bajo el régimen socialista, que hasta hoy sólo es una realidad en la U.R.S.S., la base de las relaciones de producción es la propiedad social sobre los medios de producción. Aquí, ya no hay explotadores ni explotados. Los productos creados se distribuyen con arreglo al trabajo, según el principio de «el que no trabaja, no come». Las relaciones mutuas entre los hombres dentro del proceso de producción tienen el carácter de relaciones de colaboración fraternal y de mutua ayuda socialista entre trabajadores libres de toda explotación. Las relaciones de producción se hallan en plena consonancia con el estado de las fuerzas productivas, pues el carácter social del proceso de producción es refrendado por la propiedad social sobre los medios de producción.

Por eso, la producción socialista de la U.R.S.S. no conoce las crisis periódicas de superproducción ni los absurdos que acarrean.

Por eso, en la U.R.S.S., las fuerzas productivas se desarrollan con ritmo acelerado, ya que las relaciones de producción, al hallarse en con-

sonancia con dichas fuerzas productivas, abren amplio cauce a este desarrollo.

Tal es el cuadro que presenta el desarrollo de las relaciones de producción entre los hombres, en el curso de la historia de la humanidad.

Tal es la relación de dependencia en que el desarrollo de las relaciones de producción se halla con respecto al desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, y en primer término, con respecto al desarrollo de los instrumentos de producción, relación de dependencia por virtud de la cual los cambios y el desarrollo que experimentan las fuerzas productivas se traducen, más tarde o más temprano, en los cambios y el desarrollo congruentes de las relaciones de producción.

«El uso y la creación de medios de trabajo (*) —dice Marx—, aunque en germen se presenten ya en ciertas especies animales, caracterizan el proceso de trabajo específicamente humano, razón por la cual Franklin define al hombre como un animal que fabrica instrumentos. Y así como la estructura de los restos fósiles de huesos tiene una gran importancia para reconstruir la organización de especies animales desaparecidas, los vestigios de medios de trabajo nos sirven para apreciar formaciones económicas de la sociedad ya desaparecidas. Lo que distingue a las épocas económicas unas de otras no es lo que se produce, sino cómo se produce... Los medios de trabajo no son solamente el barómetro del desarrollo de la fuerza de trabajo del hombre, sino también el exponente de las relaciones sociales en que se trabaja» (*C. Marx*, «El Capital». t. I, pág. 189).

Y en otros pasajes:

«Las relaciones sociales están íntimamente vinculadas a las fuerzas productivas. Al descubrir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian de modo de producción, y al cambiar el modo de producción, la manera de ganarse la vida, cambian todas sus relaciones sociales. El molino movido a brazo engendra la sociedad de los señores feudales; el molino de vapor, la sociedad de los capitalistas industriales» (*C. Marx*, «Miseria de la Filosofía», pág. 71, ed. alem., Moscú, 1939).

«Existe un movimiento constante de incremento de las fuerzas productivas, de destrucción de las relaciones sociales y de formación de las ideas; lo único inmutable es la abstracción del movimiento» (Obra cit., pág. 72).

Caracterizando el materialismo histórico, tal como se formula en el «Manifiesto del Partido Comunista», dice Engels:

«La producción económica y la estructura social que de ella se deriva necesariamente en cada época histórica, constituyen la base sobre la cual descansa la historia política e intelectual de esa época... Por tanto, toda la historia de la sociedad, desde la disolución del régimen primitivo de propiedad colectiva sobre el suelo, ha sido una historia de luchas de clases, de luchas entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, en las diferentes fases del desarrollo social... Ahora, esta lucha ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar al mismo tiempo para siempre a la sociedad entera de la explotación, la opresión y la lucha de clases...» (Prólogo de Engels a la edición alemana de 1883, «Manifiesto del Partido Comunista»).

(*) Por «medios de trabajo» entiende Marx, principalmente, los instrumentos de producción. *(J. St.)*

d) *La tercera característica* de la producción consiste en que las nuevas fuerzas productivas y las nuevas relaciones de producción congruentes con ellas no surgen desligadas del viejo régimen, después de desaparecer éste, sino que se forman en el seno de él; se forman no como fruto de la acción premeditada y consciente del hombre, sino de un modo espontáneo, inconsciente, e independientemente de la voluntad de los hombres. Se forman de un modo espontáneo e independientemente de la voluntad de los hombres, por dos razones.

En primer lugar, porque los hombres no son libres para elegir tal o cual modo de producción, pues cada nueva generación, al entrar en la vida, se encuentra ya con un sistema establecido de fuerzas productivas y relaciones de producción, como fruto del trabajo de las pasadas generaciones, en vista de lo cual, si quiere tener la posibilidad de producir bienes materiales, no tiene, en los primeros tiempos, más remedio que aceptar el estado de cosas con que se encuentra dentro del campo de la producción y adaptarse a él.

En segundo lugar, porque, cuando perfecciona este o el otro instrumento de producción, este o el otro elemento de las fuerzas productivas, el hombre no sabe, no comprende, ni se le ocurre siquiera pensar en ello, qué consecuencias *sociales* puede acarrear su innovación, sino que piensa única y exclusivamente en su interés inmediato, en facilitar su trabajo y en obtener algún provecho inmediato y tangible para sí.

Cuando algunos de los miembros de la sociedad comunista primitiva empezaron a sustituir, paulatinamente y tanteando el terreno, las herramientas de piedra por las de hierro, ignoraban, naturalmente, y no paraban mientes en ello, qué consecuencias *sociales* había de tener esta innovación, no sabían ni comprendían que el paso a las herramientas metálicas significaba un cambio radical en la producción, cambio que en fin de cuentas conduciría al régimen de la esclavitud; lo único que a ellos les interesaba era facilitar su trabajo y conseguir un provecho inmediato y sensible; su actuación consciente se limitaba al estrecho marco de esta ventaja tangible, de carácter personal.

Cuando, dentro del período del régimen feudal, la joven burguesía europea comenzó a organizar, junto a los pequeños talleres gremiales de los artesanos, las grandes empresas manufactureras, imprimiendo con ello un avance a las fuerzas productivas de la sociedad, no sabía, naturalmente, ni paraba mientes en ello, qué consecuencias *sociales* había de acarrear esta innovación: no sabía ni comprendía que esta «pequeña» innovación conduciría a una reagrupación tal de las fuerzas sociales, que necesariamente desembocaría en la revolución, la cual iría dirigida contra el poder real, cuyas mercedes apreciaba tanto, y contra la nobleza, cuyo rango soñaban con escalar no pocos de sus mejores representantes; lo único que le preocupaba era abaratar la producción de mercancías, lanzar una cantidad mayor de artículos a los mercados de Asia y de la

América recién descubierta, y obtener mayores ganancias; su actuación consciente se limitaba al estrecho marco de esta finalidad tangible.

Cuando los capitalistas rusos, juntamente con los capitalistas extranjeros, introdujeron en Rusia de un modo intensivo la moderna gran industria mecánica, dejando intacto el zarismo y entregando a los campesinos a la voracidad de los terratenientes, no sabían, naturalmente, ni paraban mientes en ello, qué consecuencias *sociales* había de acarrear este importante incremento de las fuerzas productivas: no sabían ni comprendían que este importante salto que se daba en el campo de las fuerzas productivas de la sociedad conduciría a una reagrupación tal de las fuerzas sociales, que daría al proletariado la posibilidad de unir con él a los campesinos y de llevar a cabo la revolución socialista victoriosa; lo único que ellos querían era incrementar hasta el máximo la producción industrial, dominar el gigantesco mercado interior del país, convertirse en monopolistas y sacar mayores ganancias de la economía nacional; la conciencia con que realizaban aquel acto no iba más allá del horizonte empírico y estrecho de sus intereses personales.

En relación con esto, dice Marx:

«En la producción social de su vida [es decir, en la producción de los bienes materiales necesarios para la vida de los hombres. *J. St.*], los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e *independientes* (*) de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales» (*Carlos Marx*, Obras escogidas, t. I. ed. alem., pág. 359).

Esto no significa, sin embargo, que los cambios ocurridos en las relaciones de producción y el paso de las viejas relaciones de producción a otras nuevas discurran lisa y llanamente, sin conflictos ni conmociones. Por el contrario, estos cambios revisten generalmente la forma de un derrocamiento revolucionario de las viejas relaciones de producción para dar paso a la instauración de otras nuevas. Hasta llegar a un cierto período, el desarrollo de las fuerzas productivas y los cambios que se operan en el campo de las relaciones de producción discurren de un modo espontáneo, independientemente de la voluntad de los hombres. Pero sólo hasta un determinado momento, hasta el momento en que las fuerzas productivas que surgen y se desarrollan logran madurar cumplidamente. Una vez que las nuevas fuerzas productivas están en sazón, las relaciones de producción existentes y sus representantes, las clases dominantes, se convierten en ese obstáculo «insuperable» que sólo puede eliminarse por medio de la actuación consciente de las nuevas clases, por medio de la acción violenta de estas clases, por medio de la revolucion. Aquí se destaca con gran nitidez la *enorme importancia* de las nuevas ideas sociales, de las nuevas instituciones políticas, del nuevo Poder político, llamados a liquidar por la fuerza las viejas relaciones de producción. Sobre la

(*) Subrayado por mí. *(J. St.)*

base del conflicto entre las nuevas fuerzas productivas y las viejas relaciones de producción, sobre la base de las nuevas exigencias económicas de la sociedad surgen nuevas ideas sociales; estas nuevas ideas organizan y movilizan a las masas, las masas se funden en un nuevo ejército político, crean un nuevo Poder revolucionario y utilizan este Poder para liquidar por la fuerza el viejo régimen establecido en el campo de las relaciones de producción y refrendar el régimen nuevo. El proceso espontáneo de desarrollo deja el puesto a la acción consciente del hombre, el desarrollo pacífico a la transformación violenta, la evolución a la revolución.

«El proletariado—dice Marx—se ve obligado a organizarse como clase para luchar contra la burguesía. . ., mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, destruye por la fuerza las viejas relaciones de producción» («Manifiesto del Partido Comunista»).

Y en otro lugar:

—«El proletariado se valdrá del Poder político para ir despojando gradualmente a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de producción, centralizándolos en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y procurando aumentar por todos los medios y con la mayor rapidez posible las fuerzas productivas» (Obra cit.).

—«La violencia es la comadrona de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas otra nueva» (*Marx*, «El Capital», t. I, pág. 791).

He aquí en qué términos formulaba Marx, con trazos geniales, la esencia del materialismo histórico, en el memorable «prólogo», escrito en 1859 para su famoso libro «Contribución a la crítica de la Economía política»:

«En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superstructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual. No es la conciencia del hombre la que determina el ser, sino, por el contrario, el ser social es el que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas transformaciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juz-

gar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de transformación por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando las condiciones materiales para su realización» (*C. Marx.* Obras escogidas, t. I, págs. 359-360, ed. alem.).

Tal es la concepción del materialismo marxista, en su aplicación a la vida social, en su aplicación a la historia de la sociedad.

Tales son los rasgos fundamentales del materialismo dialéctico y del materialismo histórico.

INFORME ANTE EL XVIII CONGRESO DEL PARTIDO SOBRE LA LABOR DEL COMITE CENTRAL DEL P.C.(b) DE LA U.R.S.S.

10 DE MARZO DE 1939

I

LA SITUACION INTERNACIONAL DE LA UNION SOVIETICA

Camaradas:

Han transcurrido cinco años desde que se celebró el XVII Congreso del Partido. Un período, como veis, considerable. Durante este período, el mundo ha sufrido cambios importantes. Los Estados y los países, sus relaciones mutuas han cambiado completamente en muchos aspectos.

¿Cuáles son los cambios que se han producido durante este período en la situación internacional? ¿Qué cambios concretos se han producido en la situación exterior e interior de nuestro país?

Para los países capitalistas, éste ha sido un período de gravísimas conmociones, tanto en el terreno de la economía como en el de la política. En el terreno de la economía, éstos han sido años de depresión, y más tarde, a partir de la segunda mitad del año 1937, años de una nueva crisis económica, años de un nuevo descenso de la industria en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Francia; por lo tanto, años de nuevas complicaciones económicas. En el terreno de la política, éstos han sido años de conflictos y conmociones políticas graves. Corre ya el segundo año de la nueva guerra imperialista, que se ha descencadenado en un inmenso territorio, desde Shanghai hasta Gibraltar, arrastrando a más de 500 millones de seres. Se está modificando por la fuerza el mapa de Europa, de Africa, de Asia. Todo el sistema del llamado régimen de paz de postguerra ha sido conmocionado hasta sus raíces.

Para la Unión Soviética, por el contrario, éstos han sido años de crecimiento y prosperidad, años de una continua marcha ascendente económica y cultural, años de crecimiento continuo de su potencia política y militar, años de lucha por el mantenimiento de la paz en el mundo entero.

Este es el panorama general.

Examinemos los datos concretos sobre los cambios ocurridos en la situación internacional.

1. Nueva crisis económica en los países capitalistas. Se recrudece la lucha por los mercados de venta, por las fuentes de materias primas, por un nuevo reparto del mundo

La crisis económica, que se había iniciado en los países capitalistas en la segunda mitad del año 1929, prosiguió hasta fines de 1933. A partir de esta fecha, la crisis pasó a ser depresión, y, algún tiempo después, la industria comenzó a reanimarse algo, experimentó cierto auge. Pero esta reanimación de la industria no se convirtió en florecimiento, como generalmente ocurre en el período de reanimación. Por el contrario, a partir de la segunda mitad del año 1937, se inició una nueva crisis económica, que ha afectado, ante todo, a los Estados Unidos, y seguidamente, a Inglaterra, Francia y a varios otros países.

Por tanto, cuando aún no habían tenido tiempo de reponerse de los golpes de la reciente crisis económica, los países capitalistas se han encontrado frente a una nueva crisis económica.

Como es natural, esta circunstancia ha traído como consecuencia el aumento del paro forzoso. El número de parados, en los países capitalistas, que había descendido de 30 millones de hombres, en 1933, a 14 millones, en 1937, volvió a elevarse, como resultado de la nueva crisis, a unos 18 millones de hombres.

El rasgo característico de la nueva crisis consiste en que se distingue mucho de la crisis precedente, y además, no en el aspecto mejor, sino en el peor.

En primer lugar, la nueva crisis se ha iniciado, no después de un florecimiento de la industria, como ocurrió en 1929, sino después de la depresión y de una cierta reanimación, la que, no obstante, no se convirtió en florecimiento. Esto quiere decir que la crisis actual será más dura, y será más difícil de combatir que la crisis anterior.

Además, la crisis actual se ha desencadenado, no en tiempo de paz, sino en un período en que se ha iniciado ya la segunda guerra imperialista, cuando el Japón, ya en el segundo año de guerra contra China, desorganiza el inmenso mercado chino y lo hace casi inaccesible para las mercancías de otros países; cuando Italia y Alemania ya han encarrilado su economía nacional por los cauces de la economía de guerra, habiendo derrochado en ello sus reservas de materias primas y de divisas; cuando todas las demás grandes potencias capitalistas comienzan a reorganizarse, poniendo su economía en pie de guerra. Esto significa que el capitalismo dispondrá, para la salida normal de la crisis actual, de muchos menos recursos que durante la crisis anterior.

Finalmente, a diferencia de la precedente, la crisis actual no es una crisis general, sino que comprende, por el momento, principalmente, a los países poderosos en el sentido económico, que aún no han encarrilado su economía por los cauces militares. En lo que se refiere a los países agresores, como el Japón, Alemania e Italia, que ya han reconstruído

su economía de una manera militar, al desarrollar intensivamente su industria de guerra, todavía no atraviesan el estado de crisis de superproducción, aunque se aproximan a tal estado. Esto quiere decir que, cuando los países económicamente poderosos, no agresores, comiencen a salir de la fase de crisis, los países agresores, una vez agotadas sus reservas de oro y de materias primas en el curso de la fiebre guerrera, tendrán que entrar en la fase de una durísima crisis.

Lo muestran palmariamente, aunque sólo sea, los datos sobre la existencia en los países capitalistas de las reservas conocidas de oro.

RESERVAS CONOCIDAS DE ORO EN LOS PAISES CAPITALISTAS
(En millones de dólares oro, curso antiguo)

	Fines de 1936	Septiembre de 1938
Total	12.980	14.301
Estados Unidos	6.649	8.126
Inglaterra	2.029	2.396
Francia	1.769	1.435
Holanda	289	595
Bélgica	373	318
Suiza	387	407
Alemania	16	17
Italia	123	124
Japón	273	97

A través de este cuadro se ve que las reservas de oro de Alemania, Italia y el Japón, en su conjunto, representan una suma inferior a la de las reservas de Suiza sola.

He aquí algunas cifras que muestran el estado de crisis de la industria de los países capitalistas, durante los cinco años últimos, y la marcha ascendente de la industria en la U.R.S.S.

VOLUMEN DE LA PRODUCCION INDUSTRIAL EN PROPORCION AL AÑO 1929
(1929 = 100)

	1934	1935	1936	1937	1938
Estados Unidos	66,4	75,6	88,1	92,2	72,0
Inglaterra	98,8	105,8	115,9	123,7	112,0
Francia	71,0	67,4	79,3	82,8	70,0
Italia	80,0	93,8	87,5	99,6	96,0
Alemania	79,8	94,0	106,3	117,2	125,0
Japón	128,7	141,8	151,1	170,8	165,0
U.R.S.S.	238,3	293,4	382,3	424,0	477,0

A través de este cuadro se ve que la Unión Soviética es el único país en el mundo que no conoce las crisis y cuya industria prosigue de una manera continua su marcha ascendente.

A través de este cuadro se ve, asimismo, que, en los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, ya se ha iniciado y se desarrolla una profunda crisis económica.

A través de este cuadro se ve, además, que en Italia y en el Japón, que habían encarrilado su economía nacional, antes de Alemania, por los cauces de la economía de guerra, ya se ha iniciado, en 1938, un período de movimiento descendente de la industria.

A través de este cuadro se ve, finalmente, que en Alemania, que ha reconstruído su economía, poniéndola en pie de guerra, más tarde que Italia y el Japón, la industria atraviesa, por el momento, un estado de cierto movimiento ascendente, en verdad, de poca monta, como ocurrió hasta estos últimos tiempos en el Japón y en Italia.

No cabe duda que, de no suceder algo imprevisto, en la industria de Alemania debe iniciarse el mismo movimiento descendente, que ya se ha iniciado en el Japón y en Italia. Pues ¿qué significa encarrilar al país por los cauces de la economía de guerra? Significa imprimir a la industria una dirección unilateral, de guerra; extender por todos los medios la producción de artículos necesarios para la guerra, producción que no está relacionada con el consumo de la población; restringir por todos los medios la producción y, sobre todo, el suministro al mercado de artículos de consumo popular; por lo tanto, reducir el consumo de la población y exponer al país a una crisis económica.

Este es el panorama concreto de la marcha de la nueva crisis económica en los países capitalistas.

Claro está que este giro tan desfavorable de los asuntos económicos ha tenido necesariamente que conducir a la agudización de las relaciones entre las potencias. Ya la crisis anterior había revuelto todas las cartas y recrudecido la lucha por los mercados y por las fuentes de materias primas. La anexión de Manchuria y de la China del Norte por el Japón; la anexión de Abisinia por Italia; todo esto ha reflejado la exacerbación de la lucha entre las potencias. La nueva crisis económica ha tenido que conducir, y, en efecto, ha conducido, a un mayor recrudecimiento de la lucha imperialista. Se trata, no ya de la competencia en los mercados, ni de la guerra comercial, ni del dumping. Estos medios de lucha habían sido, desde hacía mucho tiempo ya, reconocidos como insuficientes. Ahora se trata de un nuevo reparto del mundo, de las zonas de influencia, de las colonias, por medio de operaciones militares.

El Japón ha comenzado a justificar sus actos de agresión, aduciendo que, al concertar el tratado de las nueve potencias, fueron lesionados sus intereses y no se le permitió extender su territorio a expensas de China, mientras que Inglaterra y Francia poseen inmensas colonias. Italia se acordó de que no la tuvieron en cuenta durante el reparto del botín des-

pués de la primera guerra imperialista, y que tiene que resarcirse a costa de las zonas de influencia de Inglaterra y Francia. Alemania, que sufrió seriamente a consecuencia de la primera guerra imperialista y del tratado de Versalles, se unió al Japón y a Italia y exigió que se ampliase su territorio en Europa, que le restituyesen las colonias, que le habían sido arrebatadas por los vencedores en la primera guerra imperialista.

Así fué como comenzó a formarse el bloque de los tres Estados agresores.

Al orden del día se ha puesto la cuestión de un nuevo reparto del mundo por medio de la guerra.

2. Se recrudece la situación política internacional. Hundimiento del sistema de los tratados de paz de postguerra. Comienza la nueva guerra imperialista.

He aquí algunos de los acontecimientos más importantes ocurridos durante el período sobre que informamos y que han dado comienzo a la nueva guerra imperialista. En 1935, Italia se lanzó sobre Abisinia y la ocupó. En el verano de 1936, Alemania e Italia organizaron la intervención armada en España, afirmándose Alemania en el Norte de España y en el Marruecos español, e Italia, en el Sur de España y en las islas Baleares. En 1937, el Japón, después de ocupar Manchuria, invadió la China del Norte y la Central, ocupó Pekín, Tientsín y Shanghai y comenzó a desalojar de la zona ocupada a sus competidores extranjeros. A principios de 1938, Alemania se apoderó de Austria, y en el otoño de 1938, de la región de los Sudetes de Checoslovaquia. A fines de 1938, el Japón ocupó Cantón, y a principios de 1939, se apoderó de la isla de Hainán.

De este modo, la guerra, que se ha arrojado de una manera tan solapada sobre los pueblos, ha arrastrado dentro de su órbita a más de 500 millones de seres, extendiendo su campo de acción sobre un inmenso territorio, desde Tientsín, Shanghai y Cantón, a través de Abisinia, hasta Gibraltar.

Después de la primera guerra imperialista, los Estados vencedores, principalmente Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, crearon un nuevo régimen de relaciones entre los países, el régimen de paz de postguerra. Las bases principales de este régimen eran: en el Extremo Oriente, el tratado de las nueve potencias, y en Europa, el tratado de Versalles, así como toda una serie de otros tratados. La Sociedad de Naciones estaba llamada a regularizar las relaciones entre los países dentro del marco de este régimen, sobre la base del frente único de los Estados, sobre la base de la defensa colectiva de la seguridad de los Estados. Pero los tres Estados agresores y la nueva guerra imperialista, que éstos han iniciado, han dado al traste con todo este sistema de régimen de paz de

postguerra. El Japón hizo pedazos el tratado de las nueve potencias, y Alemania e Italia, el tratado de Versalles. Con el fin de tener las manos libres, estos tres Estados salieron de la Sociedad de Naciones.

La nueva guerra imperialista es ya un hecho.

En nuestros tiempos, no es tan fácil romper de golpe las trabas y lanzarse directamente a la guerra, sin tener en cuenta para nada los tratados de distinta clase, sin tener en cuenta la opinión pública. Los políticos burgueses lo saben perfectamente. Lo saben también los capitostes fascistas. Por eso, los cabecillas fascistas, antes de lanzarse a la guerra, decidieron preparar, en cierto modo, la opinión pública, es decir, inducirla a error, engañarla.

¿Bloque militar de Alemania e Italia en contra de los intereses de Inglaterra y Francia en Europa? ¡Quiá! ¿De qué bloque se trata? «Entre nosotros» no existe ningún bloque militar. «Entre nosotros» no existe más que un inofensivo «eje Berlín-Roma», es decir sólo una fórmula geométrica referente a un eje. *(Risas.)*

¿Bloque militar de Alemania, Italia y el Japón en contra de los intereses de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia en el Extremo Oriente? ¡Nada de eso! «Entre nosotros» no existe ningún bloque militar. «Entre nosotros» no existe más que un inofensivo «triángulo Berlín-Roma-Tokio»; es decir, un poco de apasionamiento por la geometría. *(Risa general.)*

¿Guerra contra los intereses de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos? ¡Tonterías! «Nosotros» dirigimos la guerra contra la Internacional Comunista y no contra estos Estados. Si no lo creéis, leed el «Pacto antikomintern», concertado entre Italia, Alemania y el Japón.

Así es como creían preparar a la opinión pública los señores agresores, aunque no es difícil comprender que todo este burdo camuflage está mal montado, pues es ridículo buscar «focos» de la Internacional Comunista en los desiertos de Mongolia, en las montañas de Abisinia, en los desolados campos del Marruecos español. *(Risas.)*

Pero la guerra es inexorable. No existen velos que puedan ocultarla. Porque ningún «eje», ningún «triángulo» y ningún «Pacto antikomintern» pueden ocultar el hecho de que el Japón se ha apoderado, durante este tiempo, de un inmenso territorio de China; Italia, de Abisinia; Alemania, de Austria y de la región de los Sudetes; Alemania e Italia, juntas, de España; todo esto, en contra de los intereses de los Estados no agresores. La guerra sigue siendo guerra, el bloque militar de los agresores, un bloque militar, y los agresores siguen siendo agresores.

El rasgo característico de la nueva guerra imperialista consiste en que, por el momento, no ha llegado aún a ser general, una guerra mundial. La guerra la llevan los Estados agresores, lesionando en toda medida los intereses de los Estados no agresores, ante todo de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, mientras que éstos reculan y ceden, haciendo a los agresores una concesión tras otra.

Por lo tanto, ante nuestros ojos se procede a un reparto descarado del mundo y de las esferas de influencia a costa de los intereses de los Estados no agresores, sin ninguna tentativa de resistencia, e incluso con cierta connivencia por parte de éstos.

Es increíble, pero es un hecho.

¿Cómo explicar este carácter unilateral y extraño de la nueva guerra imperialista?

¿Cómo ha podido ocurrir que los países no agresores, que disponen de formidables posibilidades, hayan renunciado tan fácilmente y sin resistencia a sus posiciones y a sus compromisos, en favor de los agresores?

¿No se explicará, acaso, por la debilidad de los Estados no agresores? ¡Claro está que no! Los Estados no agresores, democráticos, en conjunto, son indiscutiblemente más fuertes que los Estados fascistas, tanto económica como militarmente.

¿Cómo, pues, explicar en este caso las concesiones sistemáticas de estos Estados a los agresores?

Se podría explicar esto, por ejemplo, por el miedo a la revolución, que pudiera desencadenarse si los Estados no agresores entrasen en la guerra y ésta adquiriese un carácter mundial. Los políticos burgueses saben, naturalmente, que la primera guerra imperialista mundial dió el triunfo a la revolución en uno de los países más grandes, y temen que la segunda guerra imperialista mundial pueda conducir también al triunfo de la revolución en uno o en varios países.

Pero esto no es, ahora, la única causa, ni siquiera la principal. La causa principal es que la mayoría de los países no agresores, y ante todo Inglaterra y Francia, renuncian a la política de seguridad colectiva, a la política de resistencia colectiva a los agresores; que pasan a las posiciones de no intervención, a las posiciones de «neutralidad».

Formalmente, se podría caracterizar la política de no intervención del siguiente modo: «Que cada país se defienda de los agresores como quiera y pueda, a nosotros no nos importa, nosotros vamos a comerciar, tanto con los agresores como con sus víctimas». Mas, en realidad, la política de no intervención significa favorecer la agresión, el desencadenamiento de la guerra; por lo tanto, convertirla en una guerra mundial. En la política de no intervención se trasluce la aspiración, el deseo de no impedir a los agresores que lleven a cabo su obra funesta; no impedir, por ejemplo, que el Japón se enrede en una guerra contra China, y mejor aún, contra la Unión Soviética; no impedir, por ejemplo, que Alemania se hunda en los asuntos europeos, se enrede en una guerra contra la Unión Soviética, hacer que todos los beligerantes se empantanen profundamente en el cieno de la guerra, alentarlos para esto por debajo de cuerda, dejarles que se debiliten y agoten entre sí, para luego, cuando ya estén suficientemente quebrantados, aparecer en la liza con fuerzas frescas, intervenir, claro está, «en interés de la paz», y dictar a los beligerantes ya debilitados las condiciones de paz.

¡Cómodo y barato!

Consideremos, por ejemplo, el caso del Japón. Es característico que, en vísperas de la invasión por el Japón de la China del Norte, todos los periódicos franceses e ingleses de influencia pregonaban a voz en cuello la debilidad de China, su incapacidad de resistir, de que el Japón con su ejército podría someter a China en unos dos o tres meses. Luego, los políticos europeos y americanos se pusieron a la espectativa y a observar. Y más tarde, cuando el Japón desarrolló las operaciones militares, le cedieron Shanghai, corazón del capital extranjero en China; le cedieron Cantón, centro de la influencia monopolista británica en la China del Sur; le cedieron Hainán y le permitieron cercar a Hong-Kong. ¿No es cierto que todo esto se parece mucho a estimular al agresor, como si dijeran: «húndete más y más en la guerra, y luego ya veremos»?

O consideremos, por ejemplo, el caso de Alemania. Le cedieron Austria, a pesar de que existía un compromiso de defender su independencia; le cedieron la región de los Sudetes, abandonaron al azar a Checoslovaquia, violando todos y cada uno de los compromisos, para luego comenzar a mentir vocingleramente en la prensa sobre la «debilidad del ejército ruso», sobre la «descomposición de la aviación rusa», sobre «desórdenes» en la Unión Soviética, empujando a los alemanes más hacia el Este, prometiéndoles fácil botín y repitiendo: «No tenéis más que iniciar la guerra contra los bolcheviques, y en adelante todo marchará bien». Es preciso reconocer que esto también se parece mucho a empujar, a estimular al agresor.

Es característico el alboroto que la prensa anglofrancesa y norteamericana levantó con respecto a la Ucrania Soviética. Los publicistas de esta prensa vociferaban hasta la ronquera que los alemanes marchaban sobre la Ucrania Soviética, que tienen ahora en sus manos la llamada Ucrania Carpática, que cuenta con cerca de 700.000 habitantes; que los alemanes incorporarán, a más tardar en la primavera de este año, la Ucrania Soviética, que cuenta con más de 30 millones de habitantes, a la llamada Ucrania Carpática. Parece que este alboroto sospechoso tenía por objeto suscitar la ira de la Unión Soviética contra Alemania, envenenar la atmósfera y provocar un conflicto con Alemania sin motivos aparentes.

Claro está que es completamente posible que en Alemania existan locos que sueñen con incorporar el elefante, es decir, la Ucrania Soviética, a un mosquito, es decir, a la llamada Ucrania Carpática. Y si, efectivamente, existen allí desequilibrados de esta especie, no cabe duda de que en nuestro país ha de encontrarse la cantidad necesaria de camisas de fuerza para estos locos. *(Tempestad de aplausos.)* Pero, si dejamos aparte a los locos y nos dirigimos a hombres normales, ¿no será, acaso, evidente que es ridículo y tonto hablar en serio de la incorporación de la Ucrania Soviética a la llamada Ucrania Carpática? Meditad un poco. El mosquito viene a ver al elefante y arrogantemente le dice: «¡Oh, ami-

go, qué pena me das!... Vives sin terratenientes, sin capitalistas, sin opresión nacional, sin cabecillas fascistas; ¿qué vida es ésta?... Te miro y no puedo dejar de advertirte: no tienes otra salvación que unirte a mí... *(Risa general.)* Pues bien, que así sea, te permito unir tu pequeño territorio a mi territorio inmenso...» *(Risa general y aplausos.)*

Es aún más característico el que ciertos políticos y publicistas de Europa y de los Estados Unidos, perdida su paciencia en la espera de una «cruzada contra la Ucrania Soviética», comienzan, ellos mismos, a desenmascarar el verdadero fondo de la política de no intervención. Dicen y escriben francamente que los alemanes les han «decepcionado» duramente, puesto que, en vez de marchar más hacia el Este, contra la Unión Soviética, han virado—¡fijaos!—hacia el Oeste y reclaman colonias. Se podría creer que a los alemanes se les ha entregado las regiones de Checoslovaquia como precio por el compromiso de iniciar la guerra contra la Unión Soviética, pero que los alemanes se niegan ahora a amortizar el pagaré, mandándolos a paseo.

Estoy muy lejos de predicar moral con motivo de la política de no intervención, hablar de traición, de perfidia, etc. Es ingenuo predicar moral a gentes que no reconocen la moral humana.

La política es la política, como dicen los viejos y astutos diplomáticos burgueses. Sin embargo, es preciso observar que el juego político, grande y peligroso, que han iniciado los partidarios de la política de no intervención, puede terminar para ellos en un grave descalabro.

Esta es la verdadera fisonomía de la política de no intervención, que domina actualmente.

Esta es la situación política reinante en los países capitalistas.

3. La Unión Soviética y los países capitalistas

La guerra ha creado una nueva situación en las relaciones entre los países. Ha introducido en estas relaciones una atmósfera de alarma y de incertidumbre. Tras haber minado las bases del régimen de paz de postguerra y haber echado por tierra las nociones elementales del derecho internacional, la guerra ha puesto bajo un interrogante el valor de los tratados y compromisos internacionales. El pacifismo y los proyectos de desarme han quedado enterrados, habiendo venido a ocupar su puesto la fiebre de los armamentos. Han comenzado a armarse todos, desde los pequeños hasta los grandes Estados; entre ellos, y ante todo, los Estados que siguen la política de no intervención. Ya nadie cree en los discursos melifluos de que las concesiones de Munich a los agresores y el acuerdo de Munich han inaugurado una pretendida nueva era de «pacificación». Tampoco creen en esto los mismos participantes del acuerdo de Munich, Inglaterra y Francia, que han comenzado a armarse intensivamente no menos que otros.

Se comprende que la U.R.S.S. no ha podido pasar por alto estos acontecimientos amenazadores. Es indudable que toda guerra, por pequeña que sea, iniciada por los agresores en cualquier rincón alejado del mundo, representa un peligro para los países amantes de la paz. Tanto más grave es el peligro que representa la nueva guerra imperialista, que ya ha conseguido arrastrar dentro de su órbita a más de 500 millones de seres en Asia, Africa y Europa. En vista de lo cual, nuestro país, siguiendo firmemente la política de mantenimiento de la paz, ha desplegado, a la vez, una labor sumamente intensa de fortalecimiento de la capacidad combativa de nuestro Ejército Rojo y de nuestra Marina Roja de Guerra.

Al mismo tiempo, la Unión Soviética, con el fin de fortalecer sus posiciones internacionales, ha resuelto dar también otros pasos. A fines de 1934, nuestro país entró en la Sociedad de Naciones, partiendo del hecho de que, a pesar de su debilidad, este organismo podía servir de tribuna para desenmascarar a los agresores y de instrumento, aunque débil, de paz, que pudiera frenar el desencadenamiento de la guerra. La Unión Soviética entiende que, en tiempos de tanta alarma, no se debe desdeñar ni siquiera una organización internacional tan débil como la Sociedad de Naciones. En mayo de 1935, se concertó entre Francia y la Unión Soviética un pacto de ayuda mutua contra un posible ataque de los agresores. Simultáneamente, se concertó un pacto análogo con Checoslovaquia. En marzo de 1936, la Unión Soviética firmó con la República Popular de Mongolia un pacto de ayuda mutua. En agosto de 1937, se firmó un pacto de no agresión entre la Unión Soviética y la República china.

En estas difíciles condiciones internacionales, la Unión Soviética ha venido aplicando su política exterior, defendiendo la causa del mantenimiento de la paz.

La política exterior de la Unión Soviética es clara y comprensible:

1. Estamos por la paz y el fortalecimiento de relaciones prácticas con todos los países; ocupamos y seguiremos ocupando esta posición, en la medida en que estos países se atengan a las mismas relaciones con la Unión Soviética, en la medida en que no intenten lesionar los intereses de nuestro país.

2. Estamos por el mantenimiento de relaciones pacíficas de acercamiento y de buena vecindad con todos los países que tienen fronteras comunes con la U.R.S.S.; ocupamos y seguiremos ocupando esta posición, en la medida en que estos países se atengan a estas mismas relaciones con la Unión Soviética, en la medida en que no intenten lesionar, directa o indirectamente, los intereses de la integridad e inviolabilidad de las fronteras del Estado Soviético.

3. Estamos por el apoyo a los pueblos que son víctimas de la agresión y que luchan por la independencia de su patria.

4. No tememos las amenazas de los agresores y estamos dispuestos

a contestar con dos golpes a cada golpe de los incendiarios de la guerra, que traten de atentar contra la inviolabilidad de las fronteras soviéticas.

Esta es la política exterior de la Unión Soviética. *(Clamorosos y prolongados aplausos.)*

En su política exterior, la Unión Soviética se apoya:

1) en su creciente potencia económica, política y cultural;

2) en la unidad moral y política de nuestra sociedad soviética;

3) en la fraternidad de los pueblos de nuestro país;

4) en su Ejército Rojo y en su Marina Roja de Guerra;

5) en su política de paz;

6) en el apoyo moral de los trabajadores de todos los países vitalmente interesados en mantener la paz;

7) en la sensatez de los países que no están interesados, por unas u otras razones, en alterar la paz.

* * *

Las tareas del Partido en el terreno de la política exterior son:

1) seguir aplicando, también en lo sucesivo, la política de paz y de fortalecimiento de las relaciones prácticas con todos los países;

2) observar prudencia y no permitir que nuestro país sea arrastrado a conflictos por los provocadores de la guerra, acostumbrados a que otros les saquen las castañas del fuego;

3) reforzar por todos los medios la potencia militar de nuestro Ejército Rojo y de nuestra Marina Roja de Guerra;

4) fortalecer los lazos internacionales de amistad con los trabajadores de todos los países, interesados en la paz y en la amistad entre los pueblos.

II

LA SITUACION INTERIOR DE LA UNION SOVIETICA

Pasemos a analizar la situación interior de nuestro país.

Desde el punto de vista de la situación interior de la Unión Soviética, el período que abarca el presente informe ofrece un cuadro de la marcha ascendente continua de toda la economía nacional, del crecimiento de la cultura y del fortalecimiento de la potencia política del país.

Como el más importante de los resultados logrados en el desarrollo de la economía nacional, durante el período del que informamos, debe ser considerado el haber dado remate a la reconstrucción de la industria y de la agricultura sobre la base de la técnica nueva, moderna. Ya no tenemos, o casi no tenemos, fábricas viejas con su técnica atrasada, ni viejas explotaciones campesinas con sus aperos de labranza antediluvia-

nos. La base de nuestra industria y agricultura la constituye ahora la técnica nueva, moderna. Se puede afirmar sin exageración alguna que, desde el punto de vista de la técnica de la producción, de su saturación con elementos de la nueva técnica en la industria y en la agricultura, nuestro país es el más adelantado, en comparación con cualquier otro país, donde el equipo técnico antiguo entorpece la producción e impide la implantación de nuevos elementos técnicos.

En el terreno del desarrollo social y político del país, debe ser considerada como la conquista más importante, lograda durante el período que abarca el informe, la liquidación completa de los residuos de las clases explotadoras, la cohesión de los obreros, campesinos e intelectuales en un solo frente común de trabajo, el fortalecimiento de la unidad moral y política de la sociedad soviética, el fortalecimiento de la fraternidad de los pueblos de nuestro país, y como consecuencia de todo ello, la democratización completa de la vida política del país, la creación de la nueva Constitución. Nadie se atreverá a discutir que nuestra Constitución es la más democrática del mundo, y lo prueban con la mayor elocuencia los resultados de las elecciones al Soviet Supremo de la U.R.S.S., lo mismo que a los Soviets Supremos de las Repúblicas federadas.

Como resultado de todo esto, tenemos una estabilidad completa de la situación interior, y una solidez tal del Poder en el país, que bien puede envidiarla cualquier gobierno del mundo.

Examinemos los datos concretos sobre la situación económica y política de nuestro país.

1. Prosigue la marcha ascendente de la industria y de la agricultura

a) *La industria.* La marcha de nuestra industria, durante el período que abarca el presente informe, representa un cuadro de constante progreso. Este refleja, no sólo el incremento de la producción en general, sino, ante todo, el florecimiento de la industria socialista, por un lado, y, por otro, la desaparición de la industria privada.

He aquí el cuadro correspondiente: (v. el cuadro en la pág. siguiente).

Este cuadro demuestra que nuestra industria, durante el período del que informamos, se ha más que duplicado, correspondiendo todo el aumento de la producción a la industria socialista.

Este cuadro demuestra, asimismo, que el sistema socialista es el único sistema de la industria de la U.R.S.S.

Este cuadro demuestra, finalmente, que la desaparición definitiva de la industria privada es un hecho que ahora ni los ciegos pueden negarlo.

La desaparición de la industria privada no puede ser considerada como una casualidad. Sucumbió, ante todo, porque el sistema socialista de la economía es superior comparado con el capitalista. Sucumbió, en

CRECIMIENTO DE LA INDUSTRIA DE LA U.R.S.S. EN EL PERIODO DE 1934-1938

	1933	1934	1935	1936	1937	1938	En proporción al año anterior					1938, en prop. a 1933
							1934	1935	1936	1937	1938	
	en millones de rublos (valores de 1926—1927)											
Producción total	42030	50477	62137	80929	90166	100375	120,1	123,1	130,2	111,4	111,3	238,8
Comprende:												
1. Industria socialista .	42002	50443	62114	80898	90138	100349	120,1	123,1	130,2	111,4	111,3	238,9
2. Industria privada . .	28	34	23	31	28	26	121,4	67,6	134,8	90,3	92,9	92,9
	tanto por 100											
Producción total	100	100	100	100	100	100						
Comprende:												
1. Industria socialista .	99,93	99,93	99,96	99,96	99,97	99,97						
2. Industria privada . .	0,07	0,07	0,04	0,04	0,03	0,03						

segundo lugar, porque el sistema socialista de la economía nos dió la posibilidad de reequipar, en el curso de varios años, toda nuestra industria socialista sobre una base técnica nueva, moderna. Semejante posibilidad no la proporciona ni puede proporcionarla el sistema capitalista de economía. Es un hecho que, desde el punto de vista de la técnica de la producción, desde el punto de vista del grado de saturación de la producción industrial con nuevos elementos técnicos, nuestra industria ocupa el primer puesto en el mundo.

Si analizamos los ritmos del crecimiento de nuestra industria, en proporción al nivel de antes de la guerra, comparándolos con los ritmos del crecimiento de la industria de los principales países capitalistas, obtendremos el siguiente cuadro:

CRECIMIENTO DE LA INDUSTRIA EN LA U.R.S.S. Y EN LOS PRINCIPALES PAISES CAPITALISTAS EN EL PERIODO DE 1913—1938

	1913	1933	1934	1935	1936	1937	1938
U.R.S.S.	100,0	380,5	457,0	562,6	732,7	816,4	908,8
Estados Unidos	100,0	108,7	112,9	128,6	149,8	156,9	120,0
Inglaterra	100,0	87,0	97,1	104,0	114,2	121,9	113,3
Alemania	100,0	75,4	90,4	105,9	118,1	129,3	131,6
Francia	100,0	107,0	99,0	94,0	98,0	101,0	93,2

Este cuadro evidencia que nuestra industria aumentó, en comparación con el nivel anterior a la guerra, en más de nueve veces, en tanto que la industria de los principales países capitalistas sigue estancada alrededor del nivel de antes de la guerra, sobrepasándolo sólo del 20 al 30 por ciento.

Esto significa que, por los ritmos del crecimiento, nuestra industria socialista ocupa el primer puesto en el mundo.

Resulta, pues, que, por la técnica de la producción y los ritmos del desarrollo de nuestra industria, ya hemos alcanzado y sobrepasado a los principales países capitalistas.

Pero ¿en qué quedamos a la zaga? Estamos aún rezagados en el sentido económico, es decir, en lo relativo a las proporciones de nuestra producción industrial por habitante. Hemos producido, en 1938, unos 15 millones de toneladas de hierro fundido; e Inglaterra, 7 millones de toneladas. Al parecer, marchamos mejor que Inglaterra. Pero, si dividimos esas toneladas de hierro por el número de habitantes, resultará que en Inglaterra se fundía en 1938 por cada habitante 145 kilogramos de hierro, por término medio, mientras que en la U.R.S.S., sólo 87 kilogramos. O bien, otro ejemplo: Inglaterra elaboró, en 1938, 10,8 millones de toneladas de acero y cerca de 29.000 millones de kilovatios-hora de energía eléctrica, y la U.R.S.S. elaboró 18 millones de toneladas de

acero y más de 39.000 millones de kilovatios-hora. Al parecer, en nuestro país las cosas marchan mejor que en Inglaterra. Pero si dividimos todas esas toneladas y kilovatios-hora por el número de habitantes, resultará que, en Inglaterra, el promedio de acero correspondiente a cada habitante, en 1938, era de 226 kilogramos y de 620 el de kilovatios-hora; en tanto que, en la U.R.S.S., resultó sólo 107 kilogramos de acero y 233 kilovatios-hora de energía eléctrica por habitante.

¿A qué se debe esto? A que el número de habitantes es, en nuestro país, varias veces mayor que el de Inglaterra, y por tanto, a que aquí son mayores las necesidades que en Inglaterra: la Unión Soviética cuenta con 170 millones de habitantes e Inglaterra nada más que con 46 millones. La potencia económica de la industria no se manifiesta en el volumen de la producción industrial, en general, haciendo abstracción de la población del país, sino en el volumen de la producción industrial en conexión directa con las dimensiones del consumo de esta producción a tanto por habitante. Cuanto mayor es la producción industrial por habitante, tanto mayor es la potencialidad económica del país, e inversamente, cuanto menor es la producción que corresponde a cada habitante, tanto menor es la potencialidad económica del país y de su industria. Por consiguiente, cuanto mayor es la población con que cuenta el país, tanto mayores necesidades tiene de artículos de consumo y, en consecuencia, tanto mayor ha de ser el volumen de su producción industrial.

Tomemos, por ejemplo, la producción de hierro fundido. Para sobrepasar económicamente a Inglaterra en el terreno de la producción de hierro fundido, que alcanzó allí, en 1938, siete millones de toneladas, debemos llegar a fundir anualmente unos 25 millones de toneladas de hierro. Para sobrepasar económicamente a Alemania, que produjo, en 1938, en total 18 millones de toneladas de hierro, debemos llegar a fundir anualmente de 40 a 45 millones de toneladas. Y para sobrepasar económicamente a los Estados Unidos de América, teniendo en cuenta, no el nivel de 1938, año de crisis, cuando este país produjo en total 18,8 millones de toneladas de hierro, sino el nivel del año 1929, cuando este país acusaba un auge de la industria y fundió unos 43 millones de toneladas de hierro, debemos llegar a fundir anualmente de 50 a 60 millones de toneladas de hierro.

Lo mismo sucede con la producción de acero, de hierro laminado, con la construcción de maquinaria, etc., pues todas éstas, lo mismo que las demás ramas de la industria, dependen, en última instancia, de la producción de hierro fundido.

Hemos sobrepasado a los principales países capitalistas en el sentido de la técnica de la producción y de los ritmos del desarrollo industrial. Eso está muy bien, pero es poco. Es necesario sobrepasarlos también en el sentido económico. Podemos y debemos hacerlo. Sólo si logramos sobrepasar económicamente a los principales países capita-

listas, podemos esperar que nuestro país esté completamente provisto de artículos de consumo, tendremos una abundancia de productos y podremos pasar de la primera fase del comunismo a su segunda fase.

¿Qué hace falta para sobrepasar económicamente a los principales países capitalistas? Para ello es necesario, ante todo, poseer una voluntad tenaz e irreductible de avanzar y de estar dispuestos a hacer sacrificios, hacer grandes inversiones en obras básicas para la ampliación, por todos los medios, de nuestra industria socialista. ¿Poseemos estas condiciones? ¡Indiscutiblemente, sí! Para ello hacen falta, además, una alta técnica de la producción y ritmos acelerados en el desarrollo de la industria. ¿Poseemos estas condiciones? ¡Indiscutiblemente, las tenemos! Para ello, hace falta, finalmente, tiempo. Sí, camaradas, tiempo. Es necesario construir nuevas fábricas. Es necesario forjar nuevos cuadros para la industria. Pero esto requiere tiempo, y no poco. Es imposible sobrepasar económicamente en el plazo de dos o tres años a los principales países capitalistas. Esto requiere un tiempo algo más largo. Tomemos, por ejemplo, el caso del hierro fundido y su producción. ¿En qué lapso de tiempo se podría sobrepasar económicamente a los principales países capitalistas en la fundición de hierro? Algunos de los anteriores dirigentes del «Gosplan» (Plan del Estado), al elaborar el segundo Plan quinquenal, proponían incluir en el plan, para fines del quinquenio, la fundición de 60 millones de toneladas de hierro. Esto quiere decir que consideraban posible un aumento anual de la fundición de hierro hasta de 10 millones de toneladas. Era, naturalmente, una fantasía, si no algo peor. Digamos de paso que estos camaradas se entusiasmaron con fantasías no sólo en lo referente a la fundición de hierro. Calculaban, por ejemplo, que en el curso del segundo quinquenio el aumento anual de la población de la U.R.S.S. debía alcanzar a tres o cuatro millones de seres o más aún. También esto era una fantasía, si no algo peor. Pero, si rechazamos a los aficionados a fantasías y nos ponemos en el terreno de la realidad, se puede considerar completamente posible un aumento anual de la fundición de hierro de dos a dos millones y medio de toneladas, tomando en consideración el estado actual de la técnica de fundición de este metal. La historia de la industria de los principales países capitalistas, lo mismo que la de nuestro país, demuestra que esa norma de aumento anual requiere un esfuerzo intenso, pero es completamente realizable.

De modo que se requiere tiempo, y no poco, para sobrepasar económicamente a los principales países capitalistas. Y cuanto más alta sea en nuestro país la productividad del trabajo, cuanto más se perfeccione nuestra técnica de producción, tanto más rápidamente se podrá realizar esta importantísima tarea económica y tanto más se podrá reducir el plazo para cumplir esta tarea.

b) *La agricultura.* También el desarrollo de la agricultura, a la par que el de la industria, se ha realizado, durante el período que abarca

este informe, en línea ascendente. Esta marcha ascendente se manifiesta, no sólo en el crecimiento de la producción agrícola, sino, ante todo, en el incremento y fortalecimiento de la agricultura socialista, por una parte, y, por otra, en la desaparición de las economías campesinas individuales. Mientras la superficie de siembra de cereales, en los koljoses, aumentó de 75 millones de hectáreas, en 1933, a 92 millones, en 1938, la de los campesinos individuales disminuyó, durante el mismo período, de 15,7 millones de hectáreas a 600.000 hectáreas, es decir, hasta el 0,6 por 100 de toda la superficie de siembra de cereales. No me voy a referir a los sembrados de cultivos industriales, donde el papel de los campesinos individuales es nulo. Es sabido, además, que los koljoses agrupan ahora a 18.800.000 economías campesinas, es decir, el 93,5 por 100 de todos los hogares campesinos, sin contar los koljoses de pescadores y de otras industrias.

Esto significa que los koljoses están definitivamente afianzados y consolidados, y el sistema socialista de economía es actualmente la única forma de nuestra agricultura.

Si comparamos el desarrollo de la superficie de siembra de todos los cultivos, durante el período que comprende este informe, con las dimensiones de las sementeras del período anterior a la revolución, obtendremos el siguiente cuadro:

SUPERFICIE DE SIEMBRA DE TODOS LOS CULTIVOS EN LA U.R.S.S.

	En millones de hectáreas						1938, en prop. a 1913
	1913	1934	1935	1936	1937	1938	
Superficie total de siembra	105,0	131,5	132,8	133,8	135,3	136,9	130,4
Comprende:							
a) cereales	94,4	104,7	103,4	102,4	104,4	102,4	108,5
b) plantas industriales .	4,5	10,7	10,6	10,8	11,2	11,0	244,4
c) hortalizas y legumbres.	3,8	8,8	9,9	9,8	9,0	9,4	247,4
d) forrajes	2,1	7,1	8,6	10,6	10,6	14,1	671,4

Este cuadro demuestra que la superficie de siembra ha aumentado, en nuestro país, en todos los cultivos y, ante todo, en cuanto a la siembra de cultivos forrajeros, industriales y de huerta.

Esto significa que nuestra agricultura mejora de calidad, se hace más productiva, y que la implantación de una rotación adecuada de cultivos adquiere una base firme.

De cómo iba aumentando la dotación de nuestros koljoses y sovjoses con tractores, segadoras-trilladoras y otras, durante el período que abarca este informe, lo atestiguan los siguientes cuadros:

1) EXISTENCIA DE TRACTORES EN LA AGRICULTURA DE LA U.R.S.S.

	1933	1934	1935	1936	1937	1938	1938, en prop. a 1933
	a) Cantidad de tractores (en millares)						
Total de tractores	210,9	276,4	360,3	422,7	454,5	483,5	229,3
Comprende:							
a) estaciones de máquinas y tractores. . . .	123,2	177,3	254,7	328,5	365,8	394,0	319,8
b) sovjoses y empresas agrícolas auxiliares	83,2	95,5	102,1	88,5	84,5	85,0	102,2
	b) Potencia, en millares de HP.						
Del total de los tractores .	3.209,2	4.462,8	6.184,0	7.672,4	8.385,0	9.256,2	288,4
Comprende:							
a) tractores de las estaciones de máquinas y tractores	1.758,1	2.753,9	4.281,6	5.856,0	6.679,2	7.437,0	423,0
b) tractores de los sovjoses y empresas agrícolas auxiliares	1.401,7	1.669,5	1.861,4	1.730,7	1.647,5	1.751,8	125,0

2) EXISTENCIA DE SEGADORAS-TRILLADORAS Y OTRAS MAQUINAS EN LA AGRICULTURA DE LA U.R.S.S.
(en millares, a fines del año)

	1933	1934	1935	1936	1937	1938	1938, en prop. a 1933
Segadoras-trilladoras	25,4	32,3	50,3	87,8	128,8	153,5	604,3
Motores de combustión interna y locomóviles .	48,0	60,9	69,1	72,4	77,9	83,8	174,6
Trilladoras complicadas y semicomplicadas .	120,3	121,9	120,1	123,7	126,1	130,8	108,7
Camiones	26,6	40,3	63,7	96,2	144,5	195,8	736,1
Automóviles (unidades)	3.991	5.533	7.555	7.630	8.156	9.594	240,4

Si añadimos a estos datos el hecho de que la cantidad de las estaciones de máquinas y tractores aumentó, durante el período que comprende el presente informe, de 2.900, en 1934, a 6.350, en 1938, se puede afirmar, con seguridad, basándose en todos estos datos, que está ya terminada, en lo fundamental, la reconstrucción de nuestra agricultura sobre la base de la técnica nueva, moderna.

Nuestra agricultura, por lo tanto, no es sólo la más grande y la más mecanizada y, consiguientemente, la que rinde mayor cantidad de productos para el mercado, sino que también está mejor pertrechada con elementos técnicos modernos que la agricultura de cualquier otro país.

Si consideramos el aumento de la producción de cereales y cultivos industriales, durante el período que abarca este informe, en comparación con el período anterior a la revolución, los datos nos ofrecen el siguiente cuadro:

PRODUCCION TOTAL DE CEREALES Y CULTIVOS INDUSTRIALES EN LA U.R.S.S.

	En millones de quintales						1938, en prop. a 1913
	1913	1934	1935	1936	1937	1938	
Cereales	801,0	894,0	901,0	827,3	1.202,9	949,9	118,6
Algodón (en rama) . . .	7,4	11,8	17,2	23,9	25,8	26,9	363,5
Lino (en fibra)	3,3	5,3	5,5	5,8	5,7	5,46	165,5
Remolacha azucarera . .	109,0	113,6	162,1	168,3	218,6	166,8	153,0
Oleaginosos . .	21,5	36,9	42,7	42,3	51,1	46,6	216,7

Este cuadro prueba que, a pesar de la sequía en las regiones del Este y del Sureste, en 1936 y 1938, y no obstante el rendimiento extraordinariamente elevado de la cosecha obtenido en 1913, el aumento de la producción total de cereales y de cultivos industriales ha señalado en nuestro país, durante el período del que informamos, una constante marcha ascendente, en comparación con el nivel de 1913.

Especialmente interesante es el problema de la producción de cereales por los koljoses y sovjoses para el mercado. El conocido especialista en estadística, camarada Nemchínov, calculó que de 5.000 millones de puds de grano, producción total de cereales en el período anterior a la guerra, se destinaba para el mercado, en total, cerca de 1.300 millones de puds, es decir, el 26 por 100 de la producción total de grano desti-

nado entonces para el mercado. El camarada Nemchínov calcula que la parte de la producción de los koljoses y sovjoses destinada para el mercado, producción en gran escala, era, en 1926-1927, por ejemplo, el 47 por 100 de la producción total, mientras la parte correspondiente a las economías campesinas individuales se aproximaba al 12 por 100. Si enfocamos esta cuestión con mayor cautela y suponemos que la parte de la producción de los koljoses y sovjoses destinada para el mercado alcanza, en 1938, al 40 por 100 de la producción total, resultará que nuestra producción socialista de cereales pudo destinar, y realmente destinó, en el año corriente, unos 2.300 millones de puds de cereales para el mercado, o sea 1.000 millones de puds más que la producción de cereales de antes de la guerra.

Por tanto, la elevada producción de los sovjoses y los koljoses para el mercado constituye su peculiaridad esencial, que es de una gran importancia para el aprovisionamiento del país.

Precisamente, en esta peculiaridad de los koljoses y sovjoses está el secreto de cómo nuestro país ha logrado resolver tan fácil y rápidamente el problema de los cereales, el problema de abastecer suficientemente el mercado del inmenso país con grano mercantil.

Es necesario consignar que durante los últimos tres años los acopios anuales de grano no han bajado, en nuestro país, de 1.600 millones de puds, elevándose, a veces, por ejemplo, en 1937, hasta 1.800 millones de puds. Si añadimos a esto unos 200 millones de puds de grano que se adquieren anualmente, así como varios centenares de millones de puds correspondientes al comercio de cereales de los koljoses, obtendremos el total de los cereales destinados para el mercado por los koljoses y sovjoses, al que nos hemos referido más arriba.

Asimismo, es interesante consignar que, durante los últimos tres años, la base del grano destinado para el mercado se ha desplazado de Ucrania, considerada anteriormente como el granero de nuestro país, hacia el Norte y el Este, es decir, a la R.S.F.S.R. Es sabido que durante los últimos dos o tres años, en Ucrania se acopia en total unos 400 millones de puds de cereales anualmente, mientras la R.S.F.S.R. acopia anualmente, durante los mismos años, de 1.100 a 1.200 millones de puds de cereales destinados para el mercado.

Tal es la situación con respecto a la producción de cereales.

En cuanto a la ganadería, también en esta rama, la más atrasada de la economía agropecuaria, se notan, durante los últimos años, progresos importantes. Ciertamente, todavía estamos a la zaga del nivel anterior a la revolución en cuanto a la cantidad de caballos y a la cría de ovejas, pero en la cría del ganado mayor y porcino ya hemos rebasado aquel nivel.

He aquí algunos datos a este respecto:

CANTIDAD DE GANADO EN LA U.R.S.S.
(en millones de cabezas)

	Al mes de julio							1938, en proporción	
	1916, según censo	1933	1934	1935	1936	1937	1938	Al año 1916, según censo	Al año 1933
Caballos . .	35,8	16,6	15,7	15,9	16,6	16,7	17,5	48,9	105,4
Ganado mayor de cuerna . .	60,6	38,4	42,4	49,2	56,7	57,0	63,2	104,3	164,6
Ganado menor . . .	121,2	50,2	51,9	61,1	73,7	81,3	102,5	84,6	204,2
Porcino . .	20,9	12,1	17,4	22,5	30,5	22,8	30,6	146,4	252,9

No cabe duda de que el atraso en la cría de caballos y ovejas será liquidado en un plazo muy breve.

c) *Circulación de mercancías. Transporte.* Paralelamente a la marcha ascendente de la industria y de la agricultura, ha crecido también la circulación de mercancías en el país. La red de comercio al por menor del Estado y de las cooperativas aumentó, durante el período que abarca el informe, en un 25 por 100. El volumen de las operaciones del comercio al por menor del Estado y de las cooperativas aumentó en un 178 por 100, y el del comercio de los mercados koljosianos aumentó en un 112 por 100.

He aquí el cuadro correspondiente: (v. el cuadro en la pág. 575.)

Se entiende que la circulación de mercancías en el país no podría adquirir tanto desarrollo sin un cierto aumento de las cargas transportadas. Y, efectivamente, éstas aumentaron, durante el período que abarca el informe, en todas las clases de transporte, sobre todo por ferrocarril y por las vías aéreas. Asimismo, acusó un aumento el transporte fluvial y marítimo, que registra, sin embargo, grandes oscilaciones. En 1938, este transporte señaló, lamentablemente, cierta disminución en comparación con el año anterior.

CIRCULACION DE MERCANCIAS

	1933	1934	1935	1936	1937	1938	1938, en prop. a 1933
1. Red comercial al por menor, del Estado y de las cooperativas (almacenes y tiendas) hacia fines del año	285.355	286.236	268.713	289.473	327.361	356.930	125,1
2. Operaciones al *por menor, en los comercios* del Estado y de las cooperativas (incluída la alimentación pública), en millones de rublos	49.789,2	61.814,7	81.712,1	106.760,9	125.943,2	138.574,3	278,3
3. Operaciones del comercio en los mercados koljosianos, en millones de rublos	11.500,0	14.000,0	14.500,0	15.607,2	17.799,7	24.399,2	212,2
4. Bases comerciales regionales de venta, de los Comisariados del Pueblo de la Industria de la Alimentación, Industria Ligera, Industria Pesada, Industria Forestal e Industria Local de las Repúblicas Federadas, hacia fines del año	718	836	1.141	1.798	1.912	1.994	277,7

He aquí el cuadro correspondiente:

MOVIMIENTO DE CARGAS

	1933	1934	1935	1936	1937	1938	1938, en prop. a 1933
Ferrocarriles (en miles de millones de toneladas-kilómetros)	169,5	205,7	258,1	323,4	354,8	369,1	217,7
Transporte fluvial y marítimo (en miles de millones de toneladas-kilómetros)	50,2	56,5	68,3	72,3	70,1	66,0	131,5
Flota aérea civil (en millones de toneladas-kilómetros) . .	3,1	6,4	9,8	21,9	24,9	31,7	1.022,6

No cabe duda de que este atraso del transporte fluvial y marítimo, registrado durante el año 1938, será liquidado en el curso del año 1939.

2. *Sigue mejorando la situación material y cultural del pueblo*

La continua marcha ascendente de la industria y de la agricultura forzosamente tenía que conducir, y realmente condujo, a un nuevo mejoramiento de la situación material y cultural del pueblo.

La supresión de la explotación y la consolidación del sistema socialista en la economía nacional, la ausencia del paro forzoso y de la miseria que lo acompaña en la ciudad y en el campo, la inmensa extensión de la industria y el crecimiento ininterrumpido del número de obreros, el aumento de la productividad del trabajo de los obreros y de los koljosianos, la entrega de la tierra a perpetuidad a los koljoses y el pertrechamiento de los mismos con una inmensa cantidad de tractores y máquinas agrícolas de primera calidad; todo esto ha creado condiciones reales para seguir mejorando la situación material de los obreros y campesinos. Y el mejoramiento de la situación material de los obreros y campesinos ha conducido, naturalmente, al mejoramiento de la situación material de los intelectuales, que constituyen en nuestro país una fuerza importante, puesta al servicio de los intereses de los obreros y campesinos.

Ahora, ya no se trata de colocar, de una u otra manera, en la industria y admitir, como una merced, a los campesinos sin trabajo y sin techo que se desarraigaron del campo y que vivían acosados por el hambre. Ya hace mucho que no existen en nuestro país campesinos de esta clase. Y esto, naturalmente, está muy bien, pues prueba la vida hol-

gada de nuestro campo. Ahora, sólo puede tratarse ya de proponer a los koljoses que atiendan nuestra petición y nos destinen anualmente, para la creciente industria, aunque sólo sea cerca de un millón y medio de jóvenes koljosianos. Los koljoses, que ya llevan una vida próspera, deben tener en cuenta que sin esta ayuda de su parte, será más difícil seguir desarrollando la industria, y que sin esta ampliación, no podremos satisfacer la creciente demanda por los campesinos de mercancías de gran consumo. Los koljoses tienen plena posibilidad de satisfacer nuestra petición, pues la abundancia de elementos técnicos en ellos deja disponible una parte de los trabajadores del campo, y éstos, incorporados a la industria, podrían aportar una inmensa utilidad a toda nuestra economía nacional.

En resumen, tenemos las siguientes pruebas del mejoramiento de la situación material de los obreros y campesinos durante el período correspondiente a este informe:

1. Los ingresos nacionales han aumentado de 48.500 millones de rublos, en 1933, a 105.000 millones de rublos, en 1938.

2. El número de obreros y empleados se ha elevado de algo más de 22 millones, en 1933, a 28 millones de hombres en 1938.

3. El fondo anual de salarios de los obreros y empleados ha aumentado de 34.953 millones a 96.425 millones de rublos.

4. El promedio anual de salario de los obreros industriales, que en 1933 era de 1.513 rublos, ha aumentado a 3.447 rublos, en 1938.

5. Los ingresos en efectivo de los koljoses han aumentado de 5.661,9 millones de rublos, en 1933, a 14.180,1 millones de rublos, en 1937.

6. El promedio de la remuneración con grano por cada hogar koljosiano de las regiones cerealistas ha aumentado de 61 puds, en 1933, a 144 puds, en 1937, sin contar la semilla, los fondos de seguros de la semilla, el fondo de forrajes para el ganado colectivo, el suministro de grano al Estado y el pago en especie del trabajo de las estaciones de máquinas y tractores.

7. Las asignaciones estatales por el presupuesto para las empresas de carácter social-cultural han aumentado de 5.839,9 millones de rublos, en 1933, a 35.202,5 millones de rublos, en 1938.

En cuanto al estado cultural del pueblo, su elevación ha seguido al mejoramiento material de su situación.

Desde el punto de vista del desarrollo cultural del pueblo, el período que abarca el presente informe ha sido realmente un período de revolución cultural. El arraigo de la instrucción primaria obligatoria general en las lenguas de las nacionalidades de la U.R.S.S., el crecimiento del número de escuelas y de alumnos de los centros de enseñanza de todos los grados, el aumento del número de especialistas graduados en las escuelas superiores, la formación y consolidación de la nueva intelectualidad soviética: tal es el cuadro general de la elevación cultural del pueblo.

He aquí los datos referentes a este punto:

1) ELEVACION DEL NIVEL CULTURAL DEL PUEBLO

Indices	Unidad de medida	1933—34	1938—39	1938—39, en proporción a 1933—34
Número de alumnos en los centros de enseñanza de todos los grados	en millares	23.814	33.965,4	142,6
Comprende:				
En las escuelas primarias		17.873,5	21.288,4	119,1
En las escuelas secundarias (comunes y especiales)		5.482,2	12.076,0	220,3
En las escuelas superiores		458,3	601,0	131,1
Número de estudiantes en la U.R.S.S. (incluyendo toda clase de enseñanza)		—	47.442,1	—
Número de bibliotecas populares	„	40,3	70,0	173,7
Número de libros en éstas	en millones	86,0	126,6	147,2
„ „ clubs	en millares	61,1	95,6	156,5
„ „ teatros	unidades	587	790	134,6
Número de equipos cinematográficos (sin los de película estrecha)		27.467	30.461	110,9
Entre éstos, sonoros		498	15.202	31 veces más
Número de equipos cinematográficos en el campo (sin los de película estrecha)		17.470	18.991	108,7
Entre éstos, sonoros		24	6.670	278 veces más
Tirada anual de periódicos	en millones	4.984,6	7.092,4	142,3

2) ESCUELAS CONSTRUIDAS EN LA U.R.S.S. EN EL PERIODO DE 1933—1938

Años	número de escuelas		Total
	En las ciudades y poblaciones de tipo urbano	En las localidades rurales	
1933	326	3.261	3.587
1934	577	3.488	4.065
1935	533	2.829	3.362
1936	1.505	4.206	5.711
1937	730	1.323	2.053
1938	583	1.246	1.829
Total durante 1933—38	4.254	16.353	20.607

3) JOVENES ESPECIALISTAS GRADUADOS EN LAS ESCUELAS SUPERIORES EN EL PERIODO DE 1933—1938
(en millares)

	1933	1934	1935	1936	1937	1938
Total en la U.R.S.S.: (sin contar los especialistas militares)	34,6	49,2	83,7	97,6	104,8	106,7
1. Ingenieros de la industria y edificación	6,1	14,9	29,6	29,2	27,6	25,2
2. Ingenieros del transporte y de comunicaciones	1,8	4,0	7,6	6,6	7,0	6,1
3. Ingenieros en maquinaria agrícola, agrónomos, veterinarios y zootécnicos	4,8	6,3	8,8	10,4	11,3	10,6
4. Economistas y juristas	2,5	2,5	5,0	6,4	6,0	5,7
5. Profesores de las escuelas secundarias, universidades obreras, escuelas industriales y otros trabajadores de la enseñanza, incluso de las artes	10,5	7,9	12,5	21,6	31,7	35,7
6. Médicos, farmacéuticos y profesores de cultura física	4,6	2,5	7,5	9,2	12,3	13,6
7. Otras especialidades	4,3	11,1	12,7	14,2	9,9	9,8

Como consecuencia de toda esta inmensa labor cultural, ha surgido y se ha formado en nuestro país una nueva y numerosa intelectualidad, intelectualidad soviética, procedente del seno de la clase obrera, de los campesinos y empleados soviéticos, carne de la carne y sangre de la sangre de nuestro pueblo, una intelectualidad que no conoce el yugo de la explotación, que odia a los explotadores y está dispuesta a servir fielmente a los pueblos de la U.R.S.S.

Creo que la formación de esta nueva intelectualidad socialista, popular, constituye uno de los resultados más importantes de la revolución cultural de nuestro país.

3. *Consolidación ulterior del régimen soviético*

Uno de los resultados más importantes del período del que informamos consiste en que ha seguido afianzándose la situación interior del país y ha continuado consolidándose el régimen soviético.

Tampoco podía suceder de otro modo. La afirmación del sistema socialista en todas las ramas de la economía nacional, la marcha ascendente de la industria y de la agricultura, el mejoramiento de la situación material de los trabajadores, la elevación de la cultura de las masas populares, el aumento de sus actividades políticas; todo esto, realizado bajo la dirección del Poder Soviético, necesariamente ha tenido que conducir a la consolidación ulterior del régimen soviético.

La peculiaridad de la sociedad soviética del período actual, a diferencia de cualquier sociedad capitalista, estriba en que en ella no existen ya clases antagónicas, hostiles; las clases explotadoras han sido liquidadas, y los obreros, campesinos e intelectuales, que constituyen la sociedad soviética, viven y trabajan sobre la base de los principios de la colaboración fraternal. Mientras que a la sociedad capitalista la desgarran las contradicciones irreconciliables entre los obreros y los capitalistas, entre los campesinos y los terratenientes, lo cual conduce a la inestabilidad de su situación interior, la sociedad soviética, liberada del yugo de la explotación, no conoce estas contradicciones, está libre de choques de clases y ofrece el cuadro de la colaboración fraternal de los obreros, campesinos e intelectuales. Sobre la base de esta comunidad, se han desplegado fuerzas motrices tales como la unidad moral y política de la sociedad soviética, la fraternidad de los pueblos de la U.R.S.S., el patriotismo soviético. Sobre esta misma base, han surgido la Constitución de la U.R.S.S., aprobada en noviembre de 1936, y la completa democratización de las elecciones para los órganos supremos del país.

En cuanto a las mismas elecciones para los órganos supremos del país, éstas han servido de brillante manifestación de la unidad de la sociedad soviética y de la fraternidad de los pueblos de la U.R.S.S., que constituyen la peculiaridad caractrística de la situación interior de

nuestro país. Como es sabido, en las elecciones para el Soviet Supremo de la U.R.S.S., en diciembre de 1937, por el bloque de los comunistas y de los sin partido votaron casi 90 millones de electores, o sea el 98,6 por 100 de todos los votantes, y en las elecciones para los Soviets Supremos de las Repúblicas federadas, en junio de 1938, por el bloque de los comunistas y de los sin partido votaron 92 millones de electores, o sea el 99,4 por 100 de todos los votantes.

He aquí dónde reside la base de la solidez del régimen soviético y la fuente de la fuerza inagotable del Poder de los Soviets.

Esto significa, entre otras cosas, que en caso de guerra, la retaguardia y el frente de nuestro Ejército, dada su homogeneidad y unidad interior, serán más sólidos que los de cualquier otro país, lo que no deberían olvidar los aficionados extranjeros a los conflictos militares.

Algunos publicistas de la prensa extranjera charlan de que el limpiar las organizaciones soviéticas de los espías, asesinos y saboteadores, por el estilo de Trotski, Zinóviev, Kámenev, Yakir, Tujachevski, Rosengoltz, Bujarin y otros monstruos, hizo «tambalear», según ellos, el régimen soviético, originó la «descomposición». Esta charlatanería vulgar no merece más que ser puesta en ridículo. ¿Cómo puede hacer tambalear y disgregar el régimen soviético el hecho de limpiar de elementos perniciosos y enemigos las organizaciones soviéticas? Un puñado de espías, asesinos y saboteadores trotskistas-bujarinistas, que se arrastran ante el extranjero, impregnados de servilismo, y que se prosternan ante cualquier chupatintas del extranjero dispuestos a servirle de espías; un puñado de individuos que no ha comprendido que el último de los ciudadanos soviéticos, libre de las cadenas del capital, se halla a una altura mucho mayor que cualquier chupatintas del extranjero de elevada posición que lleva sobre sus hombros el yugo de la esclavitud capitalista: ¿quién necesita de esta miserable banda de esclavos corrompidos y qué valor puede representar para el pueblo y a quién puede «descomponer»? En 1937, fueron condenados al fusilamiento Tujachevski, Yakir, Uborévich y otros monstruos. Poco después, se celebraron las elecciones al Soviet Supremo de la U.R.S.S., que dieron al Poder Soviético el 98,6 por 100 de los votos de todos los electores. A principios de 1938, fueron condenados a fusilamiento Rosengoltz, Rykov, Bujarin y otros monstruos. Poco después, tuvieron lugar las elecciones a los Soviets Supremos de las Repúblicas federadas, que dieron al Poder Soviético el 99,4 por 100 de los votos de todos los electores. Cabe preguntar: ¿Dónde están los síntomas de la «descomposición» y por qué esa «descomposición» no repercutió en los resultados de las elecciones?

Escuchando a estos charlatanes del extranjero, se puede llegar a la conclusión de que si se dejara en libertad a los espías, asesinos y saboteadores y no se les hubiera impedido sabotear, matar y espiar, las organizaciones soviéticas serían mucho más sólidas y estables. *(Risas.)* ¿No se delatan, acaso, de cuerpo entero demasiado temprano estos seño-

res, que defienden tan descaradamente a los espías, asesinos y saboteadores?

¿No sería, acaso, más exacto afirmar que el hecho de limpiar de espías, asesinos y saboteadores las organizaciones soviéticas debía conducir y, en efecto, condujo al fortalecimiento ulterior de dichas organizaciones?

¿Qué testimonian, por ejemplo, los acontecimientos del lago Jasán, sino que el limpiar de espías y saboteadores las organizaciones soviéticas es el medio más seguro para fortalecerlas?

* * *

Las tareas del Partido en el terreno de la política interior son:

1. Seguir desarrollando el incremento de nuestra industria, el aumento de la productividad del trabajo, el perfeccionamiento de la técnica de la producción, con el fin de que, después de haber sobrepasado a los principales países capitalistas en el terreno de la técnica de la producción y en el de los ritmos del crecimiento de la industria, los sobrepasemos también económicamente, durante los próximos 10 ó 15 años.

2. Seguir desarrollando el incremento de nuestra agricultura y ganadería, con el fin de lograr durante los próximos 3 ó 4 años la producción anual de 8.000 millones de puds de cereales, con un promedio de 12 ó 13 quintales de rendimiento por hectárea; aumentar la producción de los cultivos industriales, término medio, en un 30 ó 35 por 100; duplicar la cantidad de ovejas y cerdos; aumentar la cantidad del ganado mayor en un 40 por 100, aproximadamente, y la de caballos, en un 35 por 100.

3. Continuar mejorando la situación material y cultural de los obreros, campesinos e intelectuales.

4. Llevar firmemente a la práctica nuestra Constitución socialista; realizar hasta el fin la democratización de la vida política del país; fortalecer la unidad moral y política de la sociedad soviética y la colaboración fraternal de los obreros, campesinos e intelectuales; fortalecer por todos los medios la amistad entre los pueblos de la U.R.S.S., desarrollar y cultivar el patriotismo soviético.

5. No olvidarse del cerco capitalista; acordarse de que el servicio de espionaje extranjero enviará a nuestro país espías, asesinos, saboteadores; recordarlo y consolidar nuestro servicio socialista de contraespionaje, ayudándole sistemáticamente a aplastar y extirpar a los enemigos del pueblo.

III

EL FORTALECIMIENTO SUCESIVO DEL PARTIDO COMUNISTA (BOLCHEVIQUE) DE LA U.R.S.S.

Desde el punto de vista de la línea política y de la labor práctica cotidiana, el período del que rendimos cuenta ha sido un período de triunfo completo de la línea general de nuestro Partido. *(Clamorosos y prolongados aplausos.)*

El afianzamiento del sistema socialista en toda la economía nacional, el remate de la reconstrucción de la industria y de la agricultura sobre la base de una nueva técnica; el cumplimiento, antes del plazo señalado, del segundo Plan quinquenal en la industria; el crecimiento de la producción anual de cereales hasta 7.000 millones de puds, la supresión de la miseria y del paro forzoso y la elevación del nivel material y cultural del pueblo; tales son las conquistas fundamentales que prueban lo acertado de la política de nuestro Partido, lo acertado de su dirección.

Ante estas conquistas grandiosas, los adversarios de la línea general de nuestro Partido, esas diversas corrientes «izquierdistas» y «derechistas», toda esa ralea de degenerados trotskistas-piatakovistas y bujarinistas-rykovistas, se vieron obligados a encogerse en un ovillo, a ocultar sus «plataformas» trilladas y pasar a la clandestinidad. Careciendo de valentía para someterse a la voluntad del pueblo, prefirieron fusionarse con los mencheviques, los socialrevolucionarios y los fascistas, pasando al servicio de espionaje del extranjero, a emplearse como espías y comprometerse a ayudar a los enemigos de la Unión Soviética para desmembrar nuestro país y restaurar en él la esclavitud capitalista.

Tal es el fin sin gloria de los adversarios de la línea de nuestro Partido, que se convirtieron más tarde en enemigos del pueblo.

Habiendo aplastado a los enemigos del pueblo y limpiado de degenerados las organizaciones del Partido y de los Soviets, el Partido se ha hecho más monolítico aún en su labor política y de organización; el Partido se ha agrupado aún más compactamente en torno a su Comité Central. *(Clamorosos aplausos. Todos los delegados se ponen de pie y saludan al informante. Exclamaciones: «¡Hurra al camarada Stalin! ¡Viva el camarada Stalin! ¡Viva el Comité Central de nuestro Partido! ¡Hurra!»)*

Analicemos los datos concretos acerca del desarrollo de la vida interior del Partido, de su labor de organización y propaganda, durante el período que abarca este informe.

1. Medidas para mejorar la composición del Partido. Se subdividen las grandes organizaciones. Acercamiento de los organismos dirigentes al trabajo de base

El fortalecimiento del Partido y de sus órganos dirigentes se ha venido realizando, durante el período que abarca el presente informe, en primer término, en dos direcciones: una, encaminada a regularizar la composición del Partido, eliminar a los elementos inseguros y seleccionar a los mejores, y la otra, tendente a subdividir las grandes organizaciones, reducir sus dimensiones y acercar los organismos dirigentes al trabajo efectivo, concreto, de base.

En el XVII Congreso del Partido estaban representados 1.874.488 afiliados al Partido. Si comparamos esos datos con los de los miembros del Partido representados en el Congreso anterior, en el XVI Congreso, resultará que, durante el período que media entre el XVI y el XVII Congreso del Partido, ingresaron en él más de 600.000 nuevos afiliados. El Partido no pudo dejar de sentir que semejante afluencia en masa a sus filas, en las condiciones de los años de 1930 a 1933, representaba un crecimiento anormal e indeseable de sus efectivos. El Partido sabía que a sus filas acuden, no sólo los hombres honrados y fieles, sino también individuos casuales, también arrivistas que procuran aprovechar la bandera del Partido para sus fines personales. El Partido necesariamente tenía que saber que es poderoso, no sólo por el número de sus afiliados, sino, ante todo, por su calidad. En relación con esto, se planteó la cuestión de regularizar la composición del Partido. Se decidió proseguir la depuración de los miembros del Partido y de los candidatos a miembros, que se había comenzado ya en 1933, depuración que fué, efectivamente, prorrogada hasta mayo de 1935. Se acordó, además, suspender la admisión de nuevos afiliados en el Partido, lo cual se hizo hasta el mes de septiembre de 1936, reanudándose la admisión sólo el 1 de noviembre de 1936. Luego, en relación con el infame asesinato del camarada Kírov, lo que testimoniaba que en el Partido había no pocos elementos sospechosos, se había resuelto proceder a la revisión y cambio de los documentos acreditativos de la condición de afiliados al Partido, y estas dos medidas fueron realizadas por completo hacia septiembre de 1936. Sólo después fué reanudada la admisión de nuevos afiliados y candidatos. Como resultado de todas estas medidas, el Partido logró limpiar sus filas de los elementos casuales, pasivos, arrivistas y directamente hostiles, seleccionando a las personas más firmes y fieles. No se puede afirmar que la depuración se llevara a cabo sin serios errores. Desgraciadamente, hubo más errores de lo que se podía suponer. Indudablemente, no hemos de emplear más el método de la depuración en masa. Pero la depuración de 1933 a 1936 era, no obstante, inevitable y, en lo fundamental, dió resultados positivos. En este XVIII Congreso, están representados cerca de 1.600.000 afiliados al Partido, o sea 270.000 afiliados menos

que en el XVII Congreso. Pero nada malo hay en esto. Por el contrario, esto es mejor, ya que el Partido se fortalece limpiando de inmundicia sus filas. El Partido es actualmente algo menor, por el número de sus miembros, pero, en cambio, es mejor por la calidad.

Esta es una gran conquista.

En cuanto al mejoramiento de la dirección diaria del Partido, en el sentido de su aproximación a la labor de base, en el sentido de concretar su actuación en lo sucesivo, el Partido llegó a la conclusión de que la subdivisión de las organizaciones grandes, la disminución de sus dimensiones, es el mejor medio para facilitar a los órganos del Partido la dirección de estas organizaciones y que la misma dirección sea concreta, viva y efectiva. Se procedió a subdividir tanto los Comisariados del Pueblo como las organizaciones de la administración territorial, es decir, de las Repúblicas federadas, de los territorios, regiones, distritos, etc. Como resultado de las medidas adoptadas, tenemos ahora, en lugar de 7, 11 Repúblicas federadas; 34 Comisariados del Pueblo de la U.R.S.S., en lugar de 14; 110 territorios y regiones, en lugar de 70, y, en lugar de 2.559 distritos urbanos y rurales, 3.815. Congruentemente con esto, en el sistema de los órganos directivos del Partido, tenemos ahora 11 Comités Centrales encabezados por el C.C. del P.C. (b) de la U.R.S.S.; 6 Comités territoriales; 104 comarcales regionales; 30 de distrito; 212 Comités locales urbanos; 336 Comités de radio urbanos; 3.479 rurales y 113.060 organizaciones de base del Partido.

No se puede afirmar que esta obra de la subdivisión de las organizaciones grandes está ya terminada. Lo más probable es que la subdivisión prosiga. Pero, en todo caso, está rindiendo ya resultados favorables, tanto en el sentido del mejoramiento de la dirección cotidiana del trabajo como en el sentido del acercamiento de la dirección misma a la labor concreta, de base. Y eso que no me refiero ahora a que la subdivisión de las organizaciones grandes ha hecho posible destacar para el trabajo de dirección a centenares y millares de hombres nuevos.

Tambien ésta es una gran conquista.

2. Selección de cuadros; su promoción y distribución

La regularización de la composición del Partido y el acercamiento de los órganos directivos a la labor concreta de base no eran ni podían ser el único medio para seguir afianzando el Partido y su dirección. Otro medio para afianzar el Partido, durante el período del que informamos, ha sido mejorar radicalmente la labor referente a los cuadros, mejorar la obra de selección de cuadros, de su promoción, su distribución y su control en el proceso del trabajo.

Los cuadros del Partido son los mandos del Partido, y, ya que nuestro Partido se halla en el Poder, son también los mandos de los órganos dirigentes del Estado. Una vez elaborada una línea política acertada,

comprobada en la práctica, los cuadros del Partido vienen a ser la fuerza decisiva para la dirección del Partido y del Estado. Tener una línea política acertada es, claro está, lo primordial y esencial. Pero aún no es suficiente. Una línea política acertada es necesaria, no para hacer declaraciones, sino para llevarla a la práctica. Mas, para llevar a la práctica una línea política acertada, se necesitan cuadros, se necesitan hombres que comprendan la línea política del Partido, que la conciban como una línea propia, que estén dispuestos a realizarla en la práctica, que sepan hacerlo y sean capaces de hacerse responsables de ella, de defenderla y de luchar por ella. Sin esto, una línea política acertada corre el riesgo de quedarse sobre el papel.

Aquí, precisamente, es donde se plantea el problema de la selección acertada de los cuadros, de su educación, de la promoción de nuevos hombres, de la distribución acertada de los cuadros, de su control en el proceso del trabajo que realizan.

¿Qué significa seleccionar acertadamente los cuadros?

Seleccionar acertadamente los cuadros no quiere aún decir proveerse de adjuntos y sustitutos, abrir una oficina y lanzar desde ella toda clase de directivas. *(Risas.)* Tampoco quiere decir abusar de su poder, mover sin tino, sin orden a decenas y centenares de hombres de un lugar para otro y viceversa, haciendo interminables «reorganizaciones». *(Risas.)*

Seleccionar acertadamente los cuadros significa:

Primero, apreciar los cuadros como el fondo de oro del Partido y del Estado, valorarlos y respetarlos.

Segundo, conocer los cuadros, estudiar minuciosamente los méritos y defectos de cada uno de los militantes activos, saber en qué puesto pueden desarrollarse con mayor facilidad las aptitudes de cada militante responsable.

Tercero, formar solícitamente los cuadros, ayudar a elevarse a cada uno de los militantes que progresan, no regatear el tiempo para educar pacientemente a estos militantes y acelerar su avance.

Cuarto, promover oportuna y audazmente cuadros nuevos, jóvenes, sin darles la posibilidad de estancarse en los viejos puestos, sin dejarles tiempo para enmohecerse.

Quinto, distribuir a los militantes en sus puestos de tal modo, que cada uno sienta que ocupa el lugar que le corresponde, que cada militante pueda aportar a nuestra obra común el máximo de lo que, en general, es capaz de aportar por sus cualidades personales; para que la tendencia general en la obra de distribución de los cuadros esté de completo acuerdo con las exigencias de la línea política, en nombre de la cual se realiza esta distribución.

Aquí adquiere una importancia especial la cuestión de la promoción audaz y oportuna de nuevos cuadros jóvenes. Creo que nuestros hombres no ven todavía con toda claridad este problema. Unos consideran que,

al seleccionar a los hombres, es necesario orientarse, ante todo, sobre los viejos cuadros. Otros, a la inversa, piensan orientarse, principalmente, sobre los cuadros jóvenes. Me parece que se equivocan, tanto unos como otros. Los cuadros viejos representan, naturalmente, una gran riqueza para el Partido y para el Estado. Poseen lo que falta a los cuadros jóvenes: una inmensa experiencia en la dirección, un temple marxista-leninista en los principios, conocimiento del trabajo, fuerza de orientación. Pero, en primer lugar, los cuadros viejos siempre son escasos, son menos de los que se necesitan y, en parte, ya comienzan a quedar fuera de combate, en virtud de las leyes normales de la naturaleza. En segundo lugar, una parte de los viejos cuadros padece, a veces, de la inclinación a mirar obstinadamente hacia el pasado, a atascarse en el pasado, en lo viejo, sin percibir lo nuevo en la vida. Esto se llama pérdida del sentido de lo nuevo. Este es un defecto muy grave y peligroso. En cuanto a los cuadros jóvenes, éstos no poseen, claro está, la experiencia, ni el temple, ni el conocimiento del trabajo, ni la fuerza de orientación que tienen los cuadros viejos. Pero, primeramente, los cuadros jóvenes constituyen la inmensa mayoría; segundo, son jóvenes y, por ahora, no corren el peligro de ser puestos fuera de combate; tercero, rebosa en ellos el sentido de lo nuevo, cualidad preciosa para todo militante bolchevique; y, cuarto, crecen y se instruyen tan rápidamente, van subiendo pujantes con tal impetuosidad, que ya no está lejos la hora en que alcanzarán a los viejos, se pondrán a la par con ellos y constituirán su digno relevo. Por lo tanto, la tarea no consiste en orientarse sobre los cuadros viejos o sobre los jóvenes, sino en mantener el rumbo a la armonía, a la fusión de los cuadros viejos y jóvenes, en una sola orquesta de la labor dirigente del Partido y del Estado. *(Aplausos prolongados.)*

He aquí por qué es necesario promover oportuna y audazmente a los cuadros jóvenes a los puestos de dirección.

Una de las conquistas importantes del Partido, durante el período que abarca el presente informe, en cuanto al afianzamiento de la dirección del Partido, consiste en que precisamente esta línea ha realizado con éxito, de arriba abajo, la fusión armónica de los viejos y jóvenes militantes en la selección de cuadros.

El Comité Central del Partido posee datos que muestran que, durante el período del que informamos, el Partido ha sabido destacar a los puestos de dirección del Estado y del Partido a más de 500.000 jóvenes bolcheviques, afiliados al Partido y próximos al mismo, entre los cuales más del 20 por 100 son mujeres.

¿En qué consiste la tarea actual?

Consiste en concentrar completamente en una sola mano la obra de la selección de cuadros, de arriba abajo, y elevarla a la debida altura científica, bolchevique.

Para esto, es necesario acabar con el método de desperdigar el estu-

dio, la promoción y selección de los cuadros por diversos sectores y secciones, y concentrarlo en un solo lugar.

Este lugar debe ser la Sección de cuadros del C.C. del P.C.(b) de la U.R.S.S. y las respectivas secciones de cuadros en cada organización del Partido de las Repúblicas, de los territorios y regiones.

3. La propaganda del Partido. La educación marxista-leninista de los afiliados y de los cuadros del Partido

Existe otra rama de trabajo del Partido, de mucha importancia y responsabilidad, que, en el período del que informamos, ha afianzado al Partido y a sus órganos directivos: la propaganda y agitación del Partido, verbal y escrita; la labor de educación de los afiliados al Partido y de los cuadros del mismo en el espíritu del marxismo-leninismo, el trabajo para la elevación del nivel político y teórico del Partido y de sus militantes.

Apenas si hace falta hablar detenidamente de la significación tan importante que tiene la obra de propaganda del Partido, la obra de la educación marxista-leninista de nuestros militantes. Me refiero, no sólo a los colaboradores del aparato del Partido, sino también a los cuadros de las organizaciones de las Juventudes Comunistas, de los sindicatos, de las organizaciones comerciales, cooperativas, económicas, de los Soviets, de la instrucción pública, militares y otras. Es posible organizar satisfactoriamente la regularización de la composición del Partido y del acercamiento de los órganos directivos al trabajo de base; se puede organizar satisfactoriamente la promoción de cuadros, su selección y distribución; pero si con todo ello nuestra propaganda de Partido comienza a cojear por una u otra causa, si comienza a languidecer la obra de la educación marxista-leninista de nuestros cuadros, si flaquea nuestra labor de elevación del nivel político y teórico de estos cuadros, y estos últimos, en relación con ello, dejan de interesarse por la perspectiva de nuestro avance, dejan de comprender la justicia de nuestra causa y se convierten en rutinarios sin perspectivas que cumplen ciega y mecánicamente indicaciones de arriba; entonces, toda nuestra labor del Estado y del Partido debe inevitablemente languidecer. Es necesario reconocer como axioma que cuanto más elevado es el nivel político y el grado de conciencia marxista-leninista de los trabajadores de cualquier rama de la labor del Estado y del Partido, tanto más elevado y fructífero es el propio trabajo, tanto más eficientes son los resultados del mismo, y, a la inversa, cuanto más bajo es el nivel político y el grado de conciencia marxista-leninista de los trabajadores, tanto más probables son las fallas y los fracasos en el trabajo, tanto más probables son la mezquindad y la degradación de los militantes que se convierten en cicateros rutinarios, tanto más probable es su degeneración. Se puede afirmar con

seguridad que, si pudiésemos educar ideológicamente a nuestros cuadros en todos los dominios del trabajo y templarlos políticamente de modo que llegasen a orientarse fácilmente en la situación interior y exterior, si lográsemos convertirlos en marxistas-leninistas completamente maduros, capaces de resolver los problemas de la dirección del país sin cometer errores graves, tendríamos todos los motivos para considerar resueltas las nueve décimas de todos nuestros problemas. E, indiscutiblemente, podemos resolver este problema, porque disponemos de todos los medios y posibilidades necesarios para resolverlo.

La educación y formación de cuadros jóvenes, generalmente, la realizamos en las diversas ramas de la ciencia y de la técnica, de acuerdo con las especialidades. Esto es necesario y conveniente. No hay necesidad de que un médico especializado lo sea, al mismo tiempo, también en física o botánica y viceversa. Pero hay una rama de la ciencia, cuyo conocimiento debe ser obligatorio para los bolcheviques de todas las ramas científicas: la ciencia marxista-leninista sobre la sociedad, sobre las leyes de su desarrollo, sobre las leyes del desarrollo de la revolución proletaria, sobre las leyes del desarrollo de la edificación socialista, sobre el triunfo del comunismo. Pues no puede ser considerado como leninista verdadero el que se denomina leninista, pero que se ha encastillado en su especialidad, que se ha encastillado, por ejemplo, en las matemáticas, en la botánica o en la química, y que no ve nada más allá de su especialidad. Un leninista no puede ser solamente un especialista en la ciencia de su predilección, sino que debe ser, al mismo tiempo, un hombre activo en la vida política y social, que se interesa vivamente por los destinos de su país, que conoce las leyes del desarrollo social, que sabe utilizarlas y aspira a tomar parte activa en la dirección política del país. Esto, claro está, será otra carga complementaria para los especialistas bolcheviques. Pero será una carga retribuída con creces.

La tarea de la propaganda del Partido, la de la educación marxista-leninista de los cuadros, consiste en ayudar a nuestros cuadros de todas las ramas del trabajo a asimilar la ciencia marxista-leninista sobre las leyes de desarrollo de la sociedad.

El problema de las medidas para mejorar la obra de la propaganda y de la educación marxista-leninista de los cuadros ha sido objeto de examen reiterado por parte del C.C. del P.C.(b) de la U.R.S.S. con la participación de propagandistas de diversas organizaciones regionales del Partido. Al hacerlo, se ha tomado en consideración la aparición del «Compendio de Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.», en septiembre de 1938. Se ha comprobado que su publicación echa las bases para un nuevo desarrollo de la propaganda marxista-leninista en nuestro país. Los resultados de los trabajos del C.C. del P.C. (b) de la U.R.S.S. fueron hechos públicos en su conocida resolución «Sobre la organización de la propaganda del Partido, en relación

con la aparición del «Compendio de Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.».

Partiendo de esta resolución y teniendo en cuenta las conocidas resoluciones del Pleno del C.C. del P.C. (b) de la U.R.S.S. del mes de marzo de 1937, «Sobre las deficiencias de la labor del Partido», el C.C. del P.C. (b) de la U.R.S.S. fijó las siguientes medidas principales para eliminar los defectos en la propaganda del Partido y para mejorar la obra de la educación marxista-leninista de los afiliados y de los cuadros del Partido:

1. Concentrar en un solo lugar el trabajo de la propaganda y agitación del Partido y fundir las secciones de propaganda y agitación con las de prensa bajo una sola Sección de propaganda y agitación, aneja al C.C. del P.C. (b) de la U.R.S.S., organizando las correspondientes secciones de propaganda y agitación en cada organización de República, territorio y región del Partido.

2. Considerando equivocado el entusiasmo excesivo por el sistema de propaganda a través de los círculos y juzgando más útil el método del estudio individual de los fundamentos del marxismo-leninismo por los afiliados al Partido, concentrar la atención del Partido en la propaganda en la prensa, así como en la organización de un sistema de propaganda por medio de conferencias.

3. Organizar, en cada centro regional, Cursos anuales para el perfeccionamiento de nuestros cuadros de base.

4. Organizar, en varios centros de nuestro país, Escuelas Leninistas con cursos de dos años para nuestros cuadros del grupo intermedio.

5. Organizar una Escuela superior de marxismo-leninismo, aneja al C.C. del P.C. (b) de la U.R.S.S., con cursos de tres años, para formar cuadros teóricos calificados del Partido.

6. Formar, en varios centros de nuestro país, Cursos anuales para el perfeccionamiento de los propagandistas y periodistas.

7. Crear, anejos a la Escuela superior de marxismo-leninismo, Cursos de 6 meses para el perfeccionamiento de los profesores de marxismo-leninismo en las Universidades.

No cabe duda de que la realización de estas medidas, que ya están llevándose a la práctica, pero todavía en proporción insuficiente, no tardará en dar resultados positivos.

4. Algunas cuestiones teóricas

Entre las deficiencias de nuestro trabajo de propaganda e ideológico hay que incluir también el hecho de que entre nuestros camaradas no existe toda la claridad debida respecto a algunas cuestiones teóricas, de gran importancia práctica; existe cierta confusión en estas cuestiones. Me refiero a la cuestión del Estado, en general, y, sobre todo, de

nuestro Estado socialista, así como a la cuestión de nuestra intelectualidad soviética.

A veces, se pregunta: «En nuestro país, han sido suprimidas las clases explotadoras, ya no existen clases hostiles, no hay a quién aplastar; por tanto, tampoco hay necesidad de Estado, y éste debe extinguirse. ¿Por qué, pues, no contribuímos a la extinción de nuestro Estado socialista, por qué no tratamos de acabar con él? ¿No ha llegado la hora de echar por la borda todo este trasto de la organización estatal?»

O bien: «Las clases explotadoras ya han sido suprimidas en nuestro país, el socialismo ha sido construído en lo fundamental, marchamos hacia el comunismo, y la doctrina marxista sobre el Estado dice que con el comunismo no debe existir ningún Estado. ¿Por qué, pues, no contribuímos a la extinción de nuestro Estado socialista? ¿No ha llegado la hora de entregarlo al museo de antigüedades?»

Estas preguntas son testimonio de que los que las formulan se han aprendido concienzudamente ciertas tesis de la doctrina de Marx y Engels sobre el Estado. Pero son, asimismo, testimonio de que estos camaradas no han comprendido la esencia de esta doctrina, no se han percatado de las condiciones históricas en que se elaboraron ciertas tesis de esta doctrina y, sobre todo, no han comprendido la situación internacional actual, han pasado por alto el hecho del cerco capitalista y los peligros que de él derivan para el país del socialismo. Estas preguntas revelan, no sólo que se da menos importancia de la debida al hecho del cerco capitalista; revelan también que se desconoce el papel y la importancia de los Estados burgueses y de sus órganos, que envían a nuestro país espías, asesinos y saboteadores y que aguardan la ocasión para atacarlo militarmente; asimismo, revelan que se menosprecia el papel y la importancia de nuestro Estado socialista y de sus órganos militares, de sanción y de contraespionaje, necesarios para defender el país del socialismo contra un ataque del exterior. Es preciso reconocer que, en esto, no sólo pecan los camaradas arriba citados. Pecamos, también, en cierto grado, todos nosotros, los bolcheviques, todos sin excepción. ¿No es, acaso, de extrañar que nos hayamos enterado de las actividades de espionaje y de conjuración de los cabecillas trotskistas y bujarinistas sólo últimamente, en los años 1937 y 1938, aunque, como se ve por la documentación, estos señores eran espías de los servicios extranjeros y desplegaban sus actividades de conjuradores ya en los primeros días de la Revolución de Octubre? ¿Cómo se nos ha podido escapar un asunto tan grave? ¿Cómo explicar este yerro? Habitualmente, se contesta a esta pregunta del siguiente modo: «No podíamos suponer que estas gentes habían caído tan bajo». Pero esto no es una explicación y, mucho menos, una justificación, porque el hecho del yerro sigue siendo un hecho. ¿Cómo explicarlo? Esto se explica por menospreciar la fuerza y la importancia del mecanismo de los Estados burgueses, que nos rodean, y de sus órganos de espionaje, que tratan de aprovechar la flaqueza de los

hombres, su vanidad, su falta de carácter, para enredarlos en sus redes de espionaje y cercar con ellos los órganos del Estado Soviético. Se explica por menospreciar el papel y la importancia del mecanismo de nuestro Estado socialista y de sus órganos de contraespionaje, por menospreciar a estos órganos, por la charlatanería de que el contraespionaje, en el Estado Soviético, es una nimiedad y una tontería, que el órgano de contraespionaje soviético, lo mismo que el propio Estado Soviético, habrá que entregarlos pronto al museo de antigüedades.

¿Cuál es el origen de este menosprecio?

El origen radica en la elaboración inacabada e insuficiente de algunas tesis generales de la doctrina del marxismo sobre el Estado. Se ha difundido como resultado de nuestra actitud imperdonablemente despreocupada frente a las cuestiones de la teoría sobre el Estado, a pesar de que contamos con la experiencia práctica de veinte años de actuación estatal, experiencia que brinda un rico material para síntesis teóricas; a pesar de que, deseándolo, tenemos la posibilidad de llenar con éxito esta laguna teórica. Hemos olvidado una indicación esencial de Lenin sobre las obligaciones teóricas de los marxistas rusos, llamados a seguir desarrollando la teoría del marxismo. He aquí lo que dice Lenin a este propósito:

«Nosotros no consideramos, en absoluto, la teoría de Marx como algo acabado e inmutable: estamos convencidos, por el contrario, de que esta teoría no ha hecho sino colocar las piedras angulares de la ciencia que los socialistas *deben* impulsar en todos los sentidos, siempre que no quieran quedar rezagados en la vida. Creemos que para los socialistas rusos es particularmente necesario impulsar *independientemente* la teoría de Marx, porque esta teoría da solamente los principios *directivos* generales, que se aplican *en particular* a Inglaterra, de un modo distinto que a Francia; a Francia, de un modo distinto que a Alemania; a Alemania, de un modo distinto que a Rusia» (*Lenin*, t. II, pág. 492, «Nuestro programa»).

Tomemos, por ejemplo, la fórmula clásica de Engels de la teoría sobre el desarrollo del Estado socialista:

«Cuando ya no exista ninguna clase social a la que haya que mantener en la opresión; cuando desaparezcan, junto con la dominación de clase, junto con la lucha por la existencia individual, engendrada por la actual anarquía de la producción, los choques y los excesos resultantes de esta lucha, no habrá ya nada que reprimir ni hará falta, por tanto, esa fuerza especial de represión, el Estado. El primer acto en que el Estado se manifiesta efectivamente como representante de toda la sociedad: la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad, es a la par su último acto independiente como Estado. La intervención de la autoridad del Estado en las relaciones sociales se hará superflua en un campo tras otro de la vida social y se adormecerá por sí misma. El gobierno sobre las personas es sustituído por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no será «abolido»; se extingue» (*F. Engels*, «Anti-Dühring»).

¿Es justa esta tesis de Engels?

Sí, es justa, pero con una de estas dos condiciones: a) *si* estudiamos el Estado socialista desde el punto de vista del desarrollo interior

del país únicamente, haciendo de antemano abstracción del factor internacional, aislando, para mayor comodidad de la investigación, al país y al Estado de la situación internacional, o bien b) *si* suponemos que el socialismo ya ha vencido en todos los países, o en la mayoría de los países, y, en lugar del cerco capitalista, existe un cerco socialista; no existe ya la amenaza de ataque del exterior, no hay ya necesidad de fortalecer el Ejército y el Estado.

Ahora bien, y si el socialismo no ha triunfado más que en un solo país, en vista de lo cual no es posible, en modo alguno, abstraerse de las condiciones internacionales, ¿cómo proceder en este caso? A esta pregunta la fórmula de Engels no da respuesta. Propiamente dicho, Engels ni siquiera se planteó esta pregunta; por tanto, tampoco podía dar respuesta a ella. Engels partió del supuesto de que el socialismo ya había vencido, más o menos simultáneamente, en todos los países o en la mayoría de los países. Por tanto, Engels investiga aquí, no este u otro Estado socialista concreto de tal o cual país por separado, sino el desarrollo del Estado socialista, en general, admitiendo el hecho de que el socialismo ha triunfado en la mayoría de los países, según la siguiente fórmula: «Admitamos que el socialismo ha triunfado en la mayoría de los países. Cabe preguntar: ¿Qué cambios ha de sufrir en este caso el Estado proletario, socialista?» Solamente este carácter general y abstracto del problema puede explicar el hecho de que al investigar la cuestión del Estado socialista, Engels hizo completa abstracción de un factor como el de las condiciones internacionales, el de la situación internacional.

Pero de esto se infiere que no se debe extender la fórmula general de Engels referente al destino del Estado socialista, en general, sobre el caso particular y concreto del triunfo del socialismo en un solo país, rodeado de países capitalistas, que se halla bajo la amenaza de un ataque armado del exterior, el cual, en vista de ello, no puede abstraerse de la situación internacional y debe disponer de un ejército bien instruído, de órganos de sanción bien organizados, de un fuerte servicio de contraespionaje; por tanto, debe mantener a su Estado suficientemente fuerte, para tener la posibilidad de defender las conquistas del socialismo contra los ataques del exterior.

No se puede exigir de los clásicos del marxismo, separados de nuestra época por un período de 45 a 55 años, que hayan previsto para un futuro lejano todos y cada uno de los casos de zigzags de la historia de cada país por separado. Sería ridículo exigir que los clásicos del marxismo hubiesen elaborado soluciones hechas para nosotros, para todos y cada uno de los problemas teóricos que pudiesen surgir en tal o cual país, 50 ó 100 años más tarde, para que nosotros, sucesores de los clásicos del marxismo, tuviésemos la posibilidad de quedarnos tranquilamente con los brazos cruzados y rumiando las soluciones hechas. *(Risa general.)* Pero podemos y debemos exigir de los marxistas-leninistas de nuestra época que no se limiten a aprender de memoria algunas tesis

generales del marxismo, que penetren en el fondo del marxismo, que aprendan a tener en cuenta la experiencia de los veinte años de existencia del Estado socialista en nuestro país, que aprendan, finalmente, a concretar, apoyándose en esta experiencia y basándose en la esencia del marxismo, algunas tesis generales del marxismo, puntualizarlas y mejorarlas. Lenin escribió su famosa obra «El Estado y la Revolución», en agosto de 1917, es decir, unos meses antes de la Revolución de Octubre y de la creación del Estado Soviético. Lenin consideraba como objetivo principal de esta obra la defensa de la doctrina de Marx y Engels sobre el Estado, contra las deformaciones y las vulgaridades por parte de los oportunistas. Lenin tenía el propósito de escribir la segunda parte de esta obra, en que iba a hacer el balance principal de la experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917. No cabe duda de que Lenin se proponía desarrollar e impulsar, en la segunda parte de su libro, la teoría sobre el Estado apoyándose en la práctica de la existencia del Poder Soviético en nuestro país. Pero la muerte le impidió llevar a cabo este propósito. Mas lo que no consiguió realizar Lenin, lo deben realizar sus discípulos. *(Clamorosos aplausos.)*

El Estado surgió sobre la base de la división de la sociedad en clases hostiles, surgió para mantener sujeta a la mayoría explotada, en interés de la minoría explotadora. Los instrumentos de poder del Estado se concentraban, principalmente, en el ejército, en los órganos de sanción, en el servicio de espionaje, en las cárceles. Dos funciones fundamentales caracterizan la actividad del Estado: una interior (la principal), la de mantener sujeta a la mayoría explotada, y otra exterior (no principal), la de extender el territorio de su propia clase, la dominante, a costa del territorio de otros Estados, o defender el territorio de su Estado contra los ataques de otros Estados. Esto es lo que sucedía bajo el régimen esclavista y feudal. Lo mismo ocurre bajo el capitalismo.

Para derrocar el capitalismo, hubo necesidad, no sólo de eliminar a la burguesía del Poder, no sólo de expropiar a los capitalistas, sino también de demoler totalmente la máquina estatal de la burguesía, su viejo ejército, su burocracia, su policía, y colocar en su lugar un nuevo sistema estatal, el sistema estatal proletario, el nuevo Estado socialista. Como es sabido, fué precisamente así como procedieron los bolcheviques. Pero de esto no se desprende, en absoluto, que el nuevo Estado, el Estado proletario no pueda conservar ciertas funciones del viejo Estado, modificadas de acuerdo con las necesidades del Estado proletario. De esto no se desprende, ni mucho menos, que las formas de nuestro Estado socialista deben quedar inalterables, que todas las funciones iniciales de nuestro Estado deben seguir manteniéndose plenamente también en lo sucesivo. En realidad, las formas de nuestro Estado se modifican y se irán modificando, de acuerdo con el desarrollo de nuestro país y con el cambio de la situación exterior.

Lenin tiene mil veces razón cuando dice:

«Las formas de los Estados burgueses son extraordinariamente diversas, pero su esencia es la misma: todos esos Estados son, bajo una forma o bajo otra, pero, en último resultado, necesariamente, una *dictadura de la burguesía*. La transición del capitalismo al comunismo no puede, naturalmente, por menos de proporcionar una enorme abundancia y diversidad de formas políticas, pero la esencia de todas ellas será, necesariamente, una: la *dictadura del proletariado*» (*Lenin*, t. XXI, pág. 393, «El Estado y la Revolución»).

Desde la época de la Revolución de Octubre, nuestro Estado socialista ha atravesado en su desarrollo dos fases principales.

Primera fase: el período desde la Revolución de Octubre hasta la liquidación de las clases explotadoras. La tarea fundamental de este período consistió en aplastar la resistencia de las clases derrocadas, organizar la defensa del país contra los ataques de los intervencionistas, restaurar la industria y la agricultura, preparar las condiciones para liquidar los elementos capitalistas. Congruentemente con eso, nuestro Estado realizó, en aquel período, dos funciones fundamentales. La primera, aplastar a las clases derrocadas dentro del país. Con ello, nuestro Estado se parecía, en lo externo, a los Estados precedentes, cuya función consistía en aplastar a los insumisos, pero con la diferencia de principios de que nuestro Estado aplastaba a la minoría explotadora, en aras de los intereses de la mayoría trabajadora, mientras que los Estados anteriores aplastaban a la mayoría explotada, en aras de los intereses de la minoría explotadora. La segunda función: defensa del país de los ataques del exterior. En esto también se parecía exteriormente a los Estados precedentes, que también se ocupaban de la defensa armada de sus países, pero con la diferencia de principio de que nuestro Estado defendía de los ataques del exterior las conquistas de la mayoría trabajadora, mientras que los Estados anteriores defendían, en estos casos, la riqueza y los privilegios de la minoría explotadora. Había también una tercera función: la de los organismos de nuestro Estado en el trabajo de organización económica y de educación cultural, que tenía por objeto desarrollar los brotes de la economía nueva, socialista, y reeducar a los hombres en el espíritu del socialismo. Pero esta nueva función no alcanzó, en aquel período, gran desarrollo.

Segunda fase: el período que va desde la liquidación de los elementos capitalistas de la ciudad y del campo hasta el triunfo completo del sistema socialista de la economía y la adopción de la nueva Constitución. La tarea fundamental de este período era: organizar la economía socialista en todo el país y liquidar los últimos residuos de los elementos capitalistas, organizar la revolución cultural, organizar un ejército completamente moderno para la defensa del país. Congruentemente con esto, han cambiado también las funciones de nuestro Estado socialista. Ha desaparecido, se ha extinguido la función de aplastamiento militar dentro del país, porque la explotación ha sido suprimida,

ya no existen explotadores y no hay a quién aplastar. En el lugar de la función de represión, surgió la función, para el Estado, de salvaguardar la propiedad socialista contra los ladrones y dilapidadores de los bienes del pueblo. Se ha mantenido plenamente la función de la defensa militar del país contra ataques del exterior; por consiguiente, se ha mantenido también el Ejército Rojo, la Marina Roja de Guerra, lo mismo que los organismos de sanción y de contraespionaje, necesarios para capturar y castigar a los espías, asesinos, saboteadores, que los servicios de espionaje extranjeros envían a nuestro país. Asimismo se ha conservado, obteniendo un desarrollo completo, la función de los organismos del Estado en el trabajo de organización económica y de educación cultural. Ahora, la tarea fundamental de nuestro Estado, dentro del país, consiste en desplegar el trabajo pacífico de organización económica y de educación cultural. En lo que se refiere a nuestro Ejército, a los organismos de sanción y de contraespionaje, éstos van dirigidos, no ya contra el interior del país, sino contra el exterior, contra los enemigos exteriores.

Como veis, tenemos ahora un Estado completamente nuevo, socialista, sin precedentes en la historia, y que se distingue considerablemente, por su forma y sus funciones, del Estado socialista de la primera fase.

Pero el desarrollo no puede detenerse aquí. Seguimos avanzando, hacia el comunismo. ¿Se mantendrá en nuestro país el Estado también durante el período del comunismo?

Sí, se mantendrá, si no se liquida el cerco capitalista, si no se suprime el peligro de un ataque armado del exterior. Claro está que, en este caso, las formas de nuestro Estado volverán a modificarse, con arreglo al cambio de la situación interior y exterior.

No, no se mantendrá y se extinguirá, si el cerco capitalista se liquida, si lo sustituye un cerco socialista.

Este es el estado de cosas, en cuanto a la cuestión del Estado socialista.

La segunda cuestión es la de la intelectualidad soviética.

En esta cuestión, lo mismo que en la del Estado, existe en nuestro Partido cierta falta de claridad, cierta confusión.

A pesar de la claridad completa de la posición del Partido en cuanto a la intelectualidad soviética, están aún difundidos, en nuestro Partido, conceptos hostiles a la intelectualidad soviética e incompatibles con la posición del Partido. Los portavoces de estos conceptos equivocados sostienen en la práctica, como es sabido, una actitud despectiva, desdeñosa hacia los intelectuales soviéticos, considerándolos como fuerza extraña e incluso hostil a la clase obrera y a los campesinos. Ciertamente, la intelectualidad ha podido, durante el período del desarrollo soviético, cambiar radicalmente, tanto en su composición como en su situación. acercándose al pueblo y colaborando honradamente con él, por lo cual se diferencia en principio de la antigua intelectualidad,

de la intelectualidad burguesa. Pero, por lo visto, estos camaradas no lo tienen en cuenta. Continúan las viejas cantinelas, aplicando erróneamente a los intelectuales soviéticos los conceptos y la actitud que tenían fundamento en otros tiempos, en que la intelectualidad estaba al servicio de los terratenientes y de los capitalistas.

En otros tiempos, antes de la revolución, bajo las condiciones del capitalismo, la intelectualidad se componía, ante todo, de hombres salidos de las clases pudientes: nobles, industriales, comerciantes, kulaks, etc. Había en las filas de la intelectualidad también hombres procedentes de la pequeña burguesía, hijos de funcionarios de menor jerarquía e, incluso, de campesinos y obreros; pero éstos no desempeñaban ni podían desempeñar ningún papel decisivo. A los intelectuales, en su conjunto, los mantenían las clases pudientes, a las que servían. Se comprende, pues, la desconfianza, que a menudo se convertía en odio, que sentían hacia ellos los elementos revolucionarios de nuestro país, y, en primer lugar, los obreros. Por cierto, los antiguos intelectuales proporcionaron algunas personas aisladas y decenas de hombres valientes y revolucionarios que abrazaron las posiciones de la clase obrera y que ligaron su suerte hasta el final a la suerte de la clase obrera. Pero eran muy contados los hombres de esta clase entre los intelectuales, y no pudieron cambiar la fisonomía de la intelectualidad en conjunto.

Mas las cosas, en cuanto a los intelectuales, cambiaron radicalmente después de la Revolución de Octubre, después de ser aplastada la intervención armada extranjera, sobre todo después del triunfo de la industrialización y de la colectivización, cuando la supresión de la explotación y el afianzamiento del sistema socialista de la economía crearon posibilidades reales para dar al país la nueva Constitución y llevarla a la práctica. La parte más influyente y calificada de los antiguos intelectuales, ya en los primeros días de la Revolución de Octubre, se separó de la masa restante de la intelectualidad, declaró la guerra al Poder Soviético y abrazó el camino del sabotaje. Sufrió por ello el castigo merecido, fué deshecha y dispersa por los órganos del Poder Soviético. Más tarde, la mayoría de los que quedaron indemnes fueron enrolados por los enemigos de nuestro país como saboteadores, como espías, borrando así ellos mismos sus nombres de las filas de los intelectuales. Otra parte de los viejos intelectuales, menos calificada, pero más numerosa, seguía durante un largo período indecisa, aguardando «mejores tiempos». Pero luego, por lo visto, se decidió a resignarse y a emplearse, a convivir con el Poder Soviético. Una gran parte de este grupo de los viejos intelectuales ya envejeció y comienza a ponerse fuera de combate. La tercera parte de los viejos intelectuales, principalmente los intelectuales de filas, menos calificados aún que los anteriores, se unió al pueblo y siguió tras el Poder Soviético. Tuvo que completar sus estudios, y, efectivamente, se puso a completar sus estudios en nuestras escuelas superiores. Pero, paralelamente a este proceso torturante de

diferenciación y fraccionamiento de los viejos intelectuales, se efectuaba un proceso impetuoso de formación, movilización y concentración de fuerzas de la nueva intelectualidad. Centenares de millares de hombres jóvenes, procedentes del seno de la clase obrera, de los campesinos y de la intelectualidad trabajadora, ingresaron en las Universidades y en las escuelas técnicas y, después de pasar por los centros de enseñanza, rellenaron las filas mermadas de la intelectualidad, inyectándole nueva sangre y reanimándola a la manera nueva, soviética; cambiaron radicalmente toda la fisonomía de la intelectualidad, a su imagen y semejanza. Los restos de los antiguos intelectuales se disolvieron en el seno de los intelectuales nuevos, soviéticos, del pueblo. Así, pues, se ha creado una intelectualidad nueva, soviética, íntimamente ligada al pueblo y dispuesta, en su conjunto, a servirle fielmente.

Como resultado, disponemos ahora de una numerosa intelectualidad, nueva, popular, socialista, que se distingue radicalmente de la intelectualidad antigua, burguesa, tanto por su composición como por su fisonomía social y política.

A la antigua intelectualidad, anterior a la revolución, que servía a los terratenientes y a los capitalistas, era plenamente aplicable la antigua teoría sobre la intelectualidad, que señalaba la necesidad de desconfiar de ella y de combatirla. Ahora, esta teoría ha caducado y es ya inaplicable a nuestra intelectualidad nueva, soviética. Para la nueva intelectualidad hace falta una nueva teoría, que señale la necesidad de relaciones fraternales con ella, de solicitud para con ella, de respeto y de colaboración con ella, en aras de los intereses de la clase obrera y de los campesinos.

Parece que está claro.

Tanto más asombroso y extraño es que, después de todos estos cambios radicales ocurridos en la situación de la intelectualidad, existan aún, como veis, en nuestro Partido, hombres que traten de aplicar la antigua teoría dirigida contra la intelectualidad burguesa a nuestra intelectualidad nueva, soviética, que en su esencia es una intelectualidad socialista. Resulta que esta gente afirma que los obreros y los campesinos, que hasta hace poco trabajaban a la manera stajanovista en las fábricas y en los koljoses, siendo luego enviados a las escuelas superiores para recibir instrucción, dejan por ello de ser verdaderos hombres y se convierten en hombres de segunda categoría. Resulta que la instrucción es una cosa perjudicial y peligrosa. *(Risas.)* Queremos hacer de todos los obreros y de todos los campesinos hombres cultos e instruídos, y lo conseguiremos con el tiempo. Pero, según el punto de vista de estos extraños camaradas, resulta que semejante proyecto entraña un gran peligro, porque, después de que se hagan cultos e instruídos, los obreros y los campesinos pueden encontrarse frente al peligro de verse incluídos entre las personas de segunda categoría. *(Risa general.)* No está descartado que, andando el tiempo, estos extraños camaradas puedan llegar a cantar loas

al atraso, a la ignorancia, a la incultura y al oscurantismo. Y se comprende. Las desviaciones teóricas jamás condujeron, ni pueden conducir a nada bueno.

Este es el estado de cosas, en cuanto a la cuestión de nuestra nueva intelectualidad, la intelectualidad socialista.

*

Nuestras tareas en cuanto al fortalecimiento ulterior del Partido son:

1. Mejorar sistemáticamente la composición del Partido, elevando el nivel de conciencia de los miembros del Partido y admitiendo en las filas del Partido, mediante una selección individual, solamente a camaradas probados y entregados a la causa del comunismo.

2. Acercar los órganos dirigentes al trabajo de base, con el fin de que su trabajo directivo sea más concreto y efectivo, con menor ajetreo de reuniones y burocratismo.

3. Centralizar la labor de selección de cuadros, cultivándolos solícitamente, estudiando cuidadosamente los méritos y los defectos de los militantes, promover más audazmente a jóvenes militantes, adaptar la labor de selección y de distribución de los cuadros a las necesidades y exigencias de la línea política del Partido.

4. Centralizar la labor de propaganda y agitación del Partido, extender la propaganda de las ideas del marxismo-leninismo, elevar el nivel teórico y el temple político de nuestros cuadros.

* * *

Camaradas: Termino mi informe.

He esbozado, en líneas generales, el camino recorrido por nuestro Partido durante el período que abarca este informe. Los resultados de la actuación del Partido y de su Comité Central, durante este período, son conocidos. Hemos tenido defectos y hemos cometido errores. El Partido y su Comité Central no los han ocultado y han tratado de corregirlos. Tenemos también importantes éxitos y grandes conquistas que no deben subírsenos a la cabeza.

El resultado principal consiste en que la clase obrera de nuestro país, después de haber suprimido la explotación del hombre por el hombre y afianzado el régimen socialista, ha probado al mundo entero la justicia de su causa. En esto consiste el resultado principal, puesto que reafirma la fe en las fuerzas de la clase obrera y en la inevitabilidad de su triunfo definitivo.

La burguesía de todos los países pregona que el pueblo no puede prescindir de capitalistas y terratenientes, de comerciantes y kulaks. La clase obrera de nuestro país ha demostrado, en la práctica, que el pueblo puede prescindir con éxito de los explotadores.

La burguesía de todos los países pregona que, al destruir el viejo orden burgués, la clase obrera no es capaz de construir nada nuevo en lugar de lo viejo. La clase obrera de nuestro país ha demostrado, en la práctica, que es completamente capaz, no sólo de destruir el viejo régimen, sino también de construir un régimen nuevo, mejor, socialista, y además, un régimen que no conoce las crisis ni el paro forzoso.

La burguesía de todos los países pregona que los campesinos no son capaces de abrazar el camino del socialismo. Los campesinos koljosianos de nuestro país han demostrado, en la práctica, que son capaces de abrazar con éxito el camino del socialismo.

Lo principal que la burguesía de todos los países y sus acólitos reformistas tratan particularmente de conseguir, es extirpar en la clase obrera la fe en sus fuerzas, la fe en la posibilidad e inevitabilidad de su triunfo, para perpetuar con ello la esclavitud capitalista. Porque la burguesía sabe que si el capitalismo no ha sido aún derrocado y sigue subsistiendo, se lo debe, no a sus buenas cualidades, sino al hecho de que el proletariado carece aún de suficiente fe en la posibilidad de su triunfo. No se puede afirmar que los esfuerzos de la burguesía, en este sentido, hayan sido completamente ineficaces. Es preciso reconocer que la burguesía y sus agentes dentro de la clase obrera han logrado, en cierta medida, envenenar el alma de la clase obrera con la ponzoña de la duda y de la falta de fe. Si los éxitos de la clase obrera de nuestro país, si su lucha y su triunfo pueden servir para elevar el ánimo de la clase obrera de los países capitalistas y fortalecer en ella la fe en sus fuerzas, la fe en el triunfo, nuestro Partido puede afirmar que no trabaja en vano. No cabe duda que así será. *(Clamorosos y prolongados aplausos.)*

¡Viva nuestra victoriosa clase obrera! *(Aplausos.)*

¡Vivan nuestros victoriosos campesinos koljosianos! *(Aplausos.)*

¡Viva nuestra intelectualidad socialista! *(Aplausos.)*

¡Viva la gran fraternidad de los pueblos de nuestro país! *(Aplausos.)*

¡Viva el Partido Comunista bolchevique de la U.R.S.S.! *(Aplausos.)*

(Todos los delegados se ponen de pie y saludan al camarada Stalin. Prolongada ovación. Exclamaciones: «¡Hurra! ¡Viva el camarada Stalin! ¡Hurra al gran Stalin! ¡Hurra a nuestro querido Stalin!»)

INDICE

Nota del editor 5

SOBRE LOS FUNDAMENTOS DEL LENINISMO

(Conferencias pronunciadas en la Universidad Sverdlov a comienzos de abril de 1924) . . . . . 9—82

I. Las raíces históricas del leninismo . 11
II. El método . 15
III. La teoría 21
IV. La dictadura del proletariado . 32
V. La cuestión campesina 41
VI. La cuestión nacional 51
VII. Estrategia y táctica 58
VIII. El Partido 70
IX. El estilo en el trabajo 81

LA REVOLUCION DE OCTUBRE Y LA TACTICA DE LOS COMUNISTAS RUSOS.

(Prólogo para el libro «En el camino hacia Octubre») . . 83—109

I. La situación interior y exterior en la Revolución de Octubre . . 83
II. Acerca de dos particularidades de la Revolución de Octubre, u Octubre y la teoría de la revolución permanente de Trotski . . 85
III. Acerca de algunas particularidades de la táctica de los bolcheviques en el período de la preparación de Octubre 97
IV. La Revolución de Octubre, comienzo y premisa de la revolución mundial 106

EN TORNO A LAS CUESTIONES DEL LENINISMO . . 110—159

I. Definición del leninismo . . . 110
II. Lo fundamental en el leninismo . 112
III. La cuestión de la revolución «permanente» 113
IV. La revolución proletaria y la dictadura del proletariado 115
V. El Partido y la clase obrera dentro del sistema de la dictadura del proletariado 122
VI. La cuestión del triunfo del socialismo en un solo país . 140
VII. La lucha por el triunfo de la construcción socialista . 150

ACERCA DE LAS TRES CONSIGNAS FUNDAMENTALES DEL PARTIDO SOBRE EL PROBLEMA CAMPESINO

(Respuesta al camarada Yan-sky) . . . . . 160—169

SOBRE LA CONSIGNA DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO Y DE LOS CAMPESINOS POBRES EN EL PERIODO DE PREPARACION DE LA REVOLUCION DE OCTUBRE

(Respuesta al camarada S. Pokrovski) . . . 170—178

EL CARACTER INTERNACIONAL DE LA REVOLUCION DE OCTUBRE

(En el X aniversario de Octubre) . . 179—185

EN EL FRENTE DEL TRIGO

(De una entrevista celebrada con los estudiantes del Instituto de profesores rojos, de la Academia Comunista y de la Universidad Sverdlov, el 28 de mayo de 1928) . . . . . 186—195

LENIN Y LA CUESTION DE LA ALIANZA CON LOS CAMPESINOS MEDIOS

(Respuesta al camarada S) . . . . . 196—205

SOBRE EL PELIGRO DE DERECHA EN EL PARTIDO COMUNISTA (BOLCHEVIQUE) DE LA U.R.S.S.

(Discurso pronunciado en el Pleno del Comité de Moscú del Partido y de la Comisión de Control de Moscú, el 19 de octubre de 1928) . . . 206—216

SOBRE LA DESVIACION DERECHISTA EN EL PARTIDO COMUNISTA (BOLCHEVIQUE) DE LA U.R.S.S.

(Extracto del discurso pronunciado en el Pleno del C.C. del P.C.(b) de la U.R.S.S., en abril de 1929) . . . 217—265

I. Los cambios en las relaciones de clase y nuestras discrepancias . . 217

II. Discrepancias en cuanto a la Internacional Comunista 223

III. Discrepancias en materia de política interior 228

a) Sobre la lucha de clases 229

b) Sobre la agudización de la lucha de clases . 232

c) Sobre los campesinos . . . 235

d) Sobre la Nep y sobre el mercado 238

e) Sobre el ritmo de desarrollo de la industria y las nuevas formas de alianza entre la ciudad y el campo . 241

f) Bujarin como teórico 249

g) ¿Plan quinquenal o plan bienal? . . 255

h) La cuestión de la superficie de siembra . 258

i) Sobre el acopio de cereales 259

IV. Sobre la lucha contra la desviación derechista . 263

EL AÑO DEL GRAN VIRAJE

(En el XII aniversario de la Revolución de Octubre) . . 256—276

I. En el terreno de la productividad del trabajo . 267

II. En el terreno de la edificación industrial . . . 268

III. En el terreno de la construcción de la economía rural . 270

Conclusión 276

SOBRE LAS CUESTIONES DE LA POLITICA AGRARIA EN LA U.R.S.S.
(Discurso pronunciado en la Conferencia de los técnicos agrarios marxistas, el 27 de diciembre de 1929) . . 277—296

I. Teoría del «equilibrio» 278
II. La teoría del «automatismo» en la edificación socialista . . 280
III. La teoría de la «estabilidad» de la pequeña economía campesina 282
IV. La ciudad y el campo 286
V. Qué son los koljoses 289
VI. Los cambios en las relaciones de clase y el viraje en la política del Partido 292
VII. Conclusiones 295

SOBRE LA CUESTION DE LA POLITICA DE LIQUIDACION DE LOS KULAKS COMO CLASE . . 297—300

LOS EXITOS SE NOS SUBEN A LA CABEZA
(En torno a los problemas del movimiento koljosiano) . 301—306

RESPUESTA A LOS CAMARADAS KOLJOSIANOS . . . 307—323

LAS TAREAS DE LOS DIRIGENTES DE LA INDUSTRIA
(Discurso pronunciado en la primera Conferencia de dirigentes de la industria socialista de la U.R.S.S., el 4 de febrero de 1931) . 324—332

NUEVA SITUACION, NUEVAS TAREAS PARA LA ORGANIZACION DE LA ECONOMIA
(Discurso pronunciado en la Conferencia de dirigentes de la industria, el 23 de junio de 1931) . . 333—351

I. La mano de obra . 334
II. El salario de los obreros 335
III. Organización del trabajo 338
IV. La cuestión de los intelectuales técnicos de la producción salidos de la clase obrera 341
V. Indicios del cambio producido entre los antiguos intelectuales técnicos de la producción 344
VI. Sobre el principio de la rentabilidad . 346
VII. Trabajar de manera nueva, dirigir de forma nueva . 348

SOBRE ALGUNAS CUESTIONES DE LA HISTORIA DEL BOLCHEVISMO
(Carta a la redacción de la revista «Proletárskaia Revolutsia») . . 352—362

BALANCE DEL PRIMER PLAN QUINQUENAL
(Discurso pronunciado ante el Pleno del C.C. y de la Comisión Central de Control del P.C.(b) de la U.R.S.S., el 7 de enero de 1933) . . . 363—396

I. Importancia internacional del Plan 363
II. La tarea fundamental del Plan quinquenal y el camino de su realización . 369

III. Los resultados del Plan quinquenal en la industria . 373
IV. Los resultados del Plan quinquenal en la agricultura . . 380
V. Los resultados del Plan quinquenal en el dominio del mejoramiento de la situación material de los obreros y campesinos 385
VI. Los resultados del Plan quinquenal en el dominio del intercambio mercantil entre la ciudad y el campo 388
VII. Los resultados del Plan quinquenal en lo que se refiere a la lucha contra los restos de las clases enemigas . 391
VIII. Conclusiones generales 395

SOBRE EL TRABAJO EN EL CAMPO
(Discurso pronunciado ante el Pleno unificado del C.C. y de la Comisión Central de Control del P.C.(b) de la U.R.S.S. el 11 de enero de 1933) 397—408

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL PRIMER CONGRESO DE LOS KOLJOSIANOS DE CHOQUE
(19 de febrero de 1933) . . 409—421

1. El camino koljosiano, el único camino acertado . 409
2. Nuestro objetivo inmediato: hacer de todos los koljosianos hombres acomodados 415
3. Unas observaciones sueltas 417

INFORME ANTE EL XVII CONGRESO DEL PARTIDO SOBRE LA LABOR DEL COMITE CENTRAL DEL P.C.(b) DE LA U.R.S.S.
(26 de enero de 1934) . . 422—482

I. La persistente crisis del capitalismo mundial y la situación internacional de la Unión Soviética . . 422
1. El movimiento de la crisis económica en los países capitalistas 423
2. Agravación de la situación política en los países capitalistas 427
3. Las relaciones entre la U.R.S.S. y los Estados capitalistas . 432

II. El auge continuo de la economía nacional y la situación interior de la U.R.S.S. 436
1. El ascenso de la industria . . 438
2. El auge de la economía agrícola . . . 443
3. El mejoramiento de las condiciones materiales y la elevación cultural de los trabajadores 454
4. El aumento de la circulación de mercancías y el transporte 458

III. El Partido . 462
1. Las cuestiones de la dirección política e ideológica . 463
2. Las cuestiones de la dirección del trabajo de organización . 472
En lugar de palabras finales de clausura . 482

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL PALACIO DEL KREMLIN, ANTE LA PROMOCION DE MANDOS SALIDOS DE LAS ACADEMIAS DEL EJERCITO ROJO

(4 de mayo de 1935) . . 483—487

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA PRIMERA CONFERENCIA DE STAJANOVISTAS

(17 de noviembre de 1935) . . . 488—500

1. Significación del movimiento stajanovista . 488
2. Raíces del movimiento stajanovista . . 492
3. Hombres nuevos, normas técnicas nuevas . 495
4. Tareas inmediatas . 498
5. Dos palabras más 499

SOBRE EL PROYECTO DE CONSTITUCION DE LA UNION DE REPUBLICAS SOCIALISTAS SOVIETICAS

(Informe ante el VIII Congreso extraordinario de los Soviets de la U.R.S.S., pronunciado el 25 de noviembre de 1936) . . 501—526

I. La Comisión de la Constitución, su formación y tareas . 501

II. Los cambios en la vida de la U.R.S.S. durante el período de 1924 a 1936 502

III. Particularidades esenciales del proyecto de Constitución 508

IV. Crítica burguesa del proyecto de Constitución . . 512

V. Enmiendas y adiciones al proyecto de Constitución . 517

VI. Importancia de la nueva Constitución de la U.R.S.S. . 525

SOBRE EL MATERIALISMO DIALECTICO Y EL MATERIALISMO HISTORICO

(Septiembre de 1938) . 527—553

INFORME ANTE EL XVIII CONGRESO DEL PARTIDO SOBRE LA LABOR DEL COMITE CENTRAL DEL P.C.(b) DE LA U.R.S.S.

(10 de marzo de 1939) . 554—600

I. La situación internacional de la Unión Soviética 554

1. Nueva crisis económica en los países capitalistas. Se recrudece la lucha por los mercados de venta, por las fuentes de materias primas, por un nuevo reparto del mundo . . 555

2. Se recrudece la situación política internacional. Hundimiento del sistema de los tratados de paz, posteriores a la guerra. Comienza la nueva guerra imperialista 558

3. La Unión Soviética y los países capitalistas . 562

II. La situación interior de la Unión Soviética . 564

1. Prosigue la marcha ascendente de la industria y de la agricultura . . . 565

2. Sigue mejorando la situación material y cultural del pueblo . 576

3 Consolidación ulterior del régimen soviético . 580

III. El fortalecimiento sucesivo del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S. 583

1. Medidas para mejorar la composición del Partido. Se subdividen las grandes organizaciones. Acercamiento de los organismos dirigentes al trabajo de base . . 584

2. Selección de cuadros; su promoción y distribución . 585

3. La propaganda del Partido. La educación marxista-leninista de los afiliados y de los cuadros del Partido 588

4. Alguno problemas teóricos . 590